



PROGRAMA INTERINSTITUCIONAL DE DOCTORADO  
EN ARQUITECTURA

---



**“SEGREGACIÓN RESIDENCIAL SOCIOECONÓMICA EN LAS ZONAS  
CONURBADAS DEL ESTADO DE COLIMA.”**

Tesis que para obtener el grado de:  
**DOCTOR EN ARQUITECTURA**

Presenta:

**M. ARQ. ABEL GIOVANI GALVÁN FARÍAS**

**Directora:**

Dra. Marina Inés de la Torre Vázquez

Colima, Col. a 27 de abril de 2022



PROGRAMA INTERINSTITUCIONAL DE DOCTORADO  
EN ARQUITECTURA

---



**“SEGREGACIÓN RESIDENCIAL SOCIOECONÓMICA EN LAS ZONAS  
CONURBADAS DEL ESTADO DE COLIMA.”**

Tesis que para obtener el grado de:  
**DOCTOR EN ARQUITECTURA**

Presenta:

**M. ARQ. ABEL GIOVANI GALVÁN FARÍAS**

**Directora:**

Dra. Marina Inés de la Torre Vázquez

**Co-directoras:**

Dra. Reyna Valladares Anguiano

Dra. Alejandra Rasse Figueroa

Colima, Col. a 27 de abril de 2022

## **JURADO**

Dra. Marina Inés de la Torre Vázquez

Dra. Reyna Valladares Anguiano

Dra. Alejandra Rasse Figueroa

Dra. Martha Chávez González

Dra. María Elena Torres Pérez

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



Guanajuato, Gto., 17 de marzo de 2022

DRA. GLORIA CARDONA BENAVIDES  
DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE  
ARQUITECTURA ARTE Y DISEÑO  
CAMPUS GUANAJUATO

Por medio de la presente, le comunico que he revisado el trabajo de titulación denominado **Segregación residencial socioeconómica en las zonas conurbadas del estado de Colima del Mtro. ABEL GIAVANI GALVÁN FARIAS**, quien opta por el grado de Doctor en Arquitectura en el Programa Interinstitucional de Doctorado en Arquitectura, encontrando que dicho trabajo cumple con los requisitos suficientes para ser presentado en el examen de grado correspondiente y, por lo tanto, **cuenta con mi voto aprobatorio** para su impresión y defensa.

ATENTAMENTE

Una firma manuscrita en tinta azul que parece leerse "Marina Inés de la Torre".

MARINA INÉS DE LA TORRE  
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO

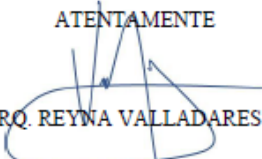


Guanajuato, Gto., 17 de marzo de 2022

DRA. GLORIA CARDONA BENAVIDES  
DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE  
ARQUITECTURA ARTE Y DISEÑO  
CAMPUS GUANAJUATO

Por medio de la presente, le comunico que he revisado el trabajo de titulación denominado **Segregación residencial socioeconómica en las zonas conurbadas del estado de Colima del Mtro. ABEL GIOVANI GALVÁN FARIÁS**, quien opta por el grado de Doctor en Arquitectura en el Programa Interinstitucional de Doctorado en Arquitectura, encontrando que dicho trabajo cumple con los requisitos suficientes para ser presentado en el examen de grado correspondiente y, por lo tanto, **cuenta con mi voto aprobatorio** para su impresión y defensa.

ATENTAMENTE

  
DRA. EN ARQ. REYNA VALLADARES ANGUIANO  
UNIVERSIDAD DE COLIMA

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO

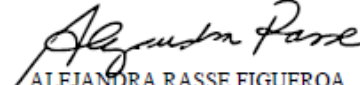


Guanajuato, Gto., 17 de marzo de 2022

DRA. GLORIA CARDONA BENAVIDES  
DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE  
ARQUITECTURA ARTE Y DISEÑO  
CAMPUS GUANAJUATO

Por medio de la presente, le comunico que he revisado el trabajo de titulación denominado **Segregación residencial socioeconómica en las zonas conurbadas del estado de Colima del Mtro. ABEL GIAVANI GALVÁN FARIAS**, quien opta por el grado de Doctor en Arquitectura en el Programa Interinstitucional de Doctorado en Arquitectura, encontrando que dicho trabajo cumple con los requisitos suficientes para ser presentado en el examen de grado correspondiente y, por lo tanto, **cuenta con mi voto aprobatorio** para su impresión y defensa.

ATENTAMENTE

  
ALEJANDRA RASSE FIGUEROA  
PROFESORA ASOCIADA ORDINARIA  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE



**DRA. GLORIA CARDONA BENAVIDES**  
DIRECTORA DE LA DIVISI3N DE ARQUITECTURA, ARTE Y DISEÑO  
CAMPUS GUANAJUATO  
PRESENTE.

Por este conducto me permito informar que he revisado el documento de tesis para la titulaci3n denominado *Segregaci3n residencial socioecon3mica en las zonas conurbadas del estado de Colima* del Mtro. en Arq. ABEL GIOVANI GALVÁN FARIÁS, quien opta por el grado de Doctor en Arquitectura en el Programa Interinstitucional de Doctorado en Arquitectura, encontrando que dicho trabajo cumple con los requisitos suficientes para ser presentado en el examen de grado correspondiente y, por lo tanto, tiene mi voto aprobatorio para que realice la impresi3n y defensa del mismo.

Colima, Col., a 5 de abril de 2022.

**DRA. MARTHA E. CHÁVEZ GONZÁLEZ**  
Profesora e Investigadora de la Universidad de Colima

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



Guanajuato, Gto., 17 de marzo de 2022

DRA. GLORIA CARDONA BENAVIDES  
DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE  
ARQUITECTURA ARTE Y DISEÑO  
CAMPUS GUANAJUATO

Por medio de la presente, le comunico que he revisado el trabajo de titulación denominado Segregación residencial socioeconómica en las zonas conurbadas del estado de Colima del Mtro. ABEL GIAVANI GALVÁN FARIÁS, quien opta por el grado de Doctor en Arquitectura en el Programa Interinstitucional de Doctorado en Arquitectura, encontrando que dicho trabajo cumple con los requisitos suficientes para ser presentado en el examen de grado correspondiente y, por lo tanto, cuenta con mi voto aprobatorio para su impresión y defensa.

ATENTAMENTE

Una firma manuscrita en tinta azul, que parece ser la de María Elena Torres Pérez, con un estilo cursivo y fluido.

DRA. EN AQ. MARIA ELENA TORRES PEREZ  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN



## AGRADECIMIENTOS

Al Programa Interinstitucional de Doctorado en Arquitectura (PIDA) y cada uno de los docentes que lo integran, ya que su apoyo durante cada una de las etapas que comprendió este reto fue fundamental para lograr culminarlo de la mejor manera.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), pues al formar parte de su programa de becas se logró llevar a cabo esta investigación.

Al Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), ya que gracias a la información proporcionada fue posible realizar este proyecto de investigación.

Al cuerpo tutorial que me orientó, apoyó y animó durante casi cuatro años, a la Dra. Reyna Valladares y a la Dra. Alejandra Rasse por sus comentarios siempre pertinentes y palabras de aliento durante este proceso, a la Dra. Marina de la Torre, a quien le agradezco especialmente por su dedicación como directora, el tiempo, la confianza que desde un inicio tuvo sobre el proyecto, sus observaciones tan acertadas, por todo, gracias.

A las sinodales, Dra. Martha Chávez y Dra. Ma. Elena Torres, gracias por aceptar acompañarme durante el desarrollo de este trabajo, por su interés, sus revisiones constantes y sus aportaciones, las cuales fueron de gran importancia para lograr los objetivos.

A la Dra. Norma Mejía, por su apoyo constante en todos los procesos administrativos, por su amabilidad y puntualidad.

A mi familia, por el apoyo firme e incesante, a mis amigos, compañeros, y a todos aquellos que de alguna forma contribuyeron en el desarrollo de la investigación.

Abel Giovani Galván

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO I. ANTECEDENTES.....	18
1.1. Primera fase de renovación urbana: la ciudad de la edad moderna.....	21
1.2. Segunda fase de renovación urbana: la ciudad industrial.....	23
1.3. La ciudad del siglo XXI: una nueva modernidad.....	29
1.4. Urbanismo y sociedad en la ciudad contemporánea.....	35
CAPÍTULO II. ESTADO DEL ARTE.....	47
2.1. Segregación residencial en Europa.....	49
2.2. Segregación residencial en Norteamérica.....	58
2.3. Segregación residencial en ciudades Latinoamericanas.....	72
2.4. Segregación residencial en el contexto de México.....	124
2.5. Segregación residencial en la conurbación Colima-Villa de Álvarez.....	135
CAPÍTULO III. MARCO TEÓRICO.....	176
3.1. El concepto de segregación.....	177
3.1.1. Segregación urbana (SU), segregación residencial (SR) y segregación residencial socioeconómica (SRS).....	181
3.1.2. Dimensiones de la segregación.....	214
3.1.3. Estigmas territoriales.....	218
3.1.4. Segregación voluntaria y segregación forzada.....	220
3.1.5. Efectos positivos y negativos asociados a la segregación.....	222
3.1.6. Escala geográfica, de agregación, espacial o de análisis de la segregación.....	226
3.1.7. Modificación al patrón tradicional de segregación: reducción de la escala.....	233
3.1.8. Propuestas de medición.....	238
3.2. Conurbación: concepción inicial y actual.....	249

3.3. Pregunta de investigación e hipótesis .....	259
3.4. Objetivo general y específicos .....	260
3.5. Justificación .....	261
CAPÍTULO IV. ESTRATEGIA DE INVESTIGACIÓN .....	267
4.1. Ontología y epistemología .....	268
4.2. Metodología y tipo de investigación.....	273
4.3. Marco operativo .....	275
4.3.1. Variables e indicadores .....	279
4.3.2. Métodos de análisis .....	284
4.4. Fuentes de información.....	289
4.5. Técnicas de investigación .....	290
4.6. Instrumentos de investigación .....	291
4.7. Universo de estudio y selección de la muestra .....	292
4.8. Ética del investigador.....	294
CAPÍTULO V. MARCO CONTEXTUAL .....	296
5.1. El estado de Colima .....	301
5.2. Conurbación Colima-Villa de Álvarez .....	308
5.3. Conurbación Tecomán-Armería .....	318
5.4. Conurbación Manzanillo-El Colomo.....	323
CAPÍTULO VI. ANÁLISIS COMPARATIVO DE SEGREGACIÓN RESIDENCIAL EN TRES CIUDADES CONURBADAS.....	330
6.1. Análisis comparativo de los niveles y patrones de segregación residencial.....	331
6.2. Vínculos entre los patrones de segregación residencial de tres ciudades conurbadas del estado de Colima y otras ciudades medias.....	380
6.3. Relaciones entre las dinámicas segregativas de tres ciudades medias de tipo conurbado y el patrón general de segregación de las zonas metropolitanas actuales. ....	389

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES .....	400
SIGLAS Y ACRÓNIMOS .....	425
INDICE DE IMÁGENES.....	426
ÍNDICE DE MAPAS .....	427
ÍNDICE DE TABLAS.....	429
BIBLIOGRAFÍA .....	430
ANEXOS .....	446
Anexo I. Análisis particular de resultados .....	446
1.1. Conurbación Colima-Villa de Álvarez.....	446
1.1.1. Análisis de distribución de grupos .....	448
1.1.2. Análisis de índices y patrones de segregación .....	453
1.2. Conurbación Tecomán-Armería.....	465
1.2.1. Análisis de distribución de grupos .....	468
1.2.2. Análisis de índices y patrones de segregación .....	473
1.3. Conurbación Manzanillo-El Colomo .....	489
1.3.1. Análisis de distribución de grupos .....	491
1.3.2. Análisis de índices y patrones de segregación .....	498

## INTRODUCCIÓN

La segregación residencial se ha mantenido, desde mediados del siglo pasado, como un tema relevante en los debates asociados con la cuestión social y urbana. Dentro de la literatura, se expone que este fenómeno guarda una estrecha relación con el factor socioeconómico en las ciudades de América Latina, convirtiéndose en segregación residencial socioeconómica, quizá el tipo de segregación que hoy en día refleja la división social del territorio urbano con mayor firmeza. Con el tiempo, la segregación ha desarrollado una serie de cambios en la forma espacial con que se expresa, principalmente reduciendo su escala geográfica, lo cual se ha convertido en un detonante de los efectos, principalmente negativos, con los que se le relaciona.

Sin embargo, a pesar de ser un fenómeno que, en la contemporaneidad, se ha extendido a todo tipo de ciudades, la hegemonía de los estudios enfocados en zonas metropolitanas ha prevalecido, dejando de lado a otros sitios urbanos de menor magnitud como son las ciudades medias de tipo conurbado, las cuales son pieza clave para la comprensión de las dinámicas segregativas que suceden en ciudades mayores. Asimismo, ha sido poco abordada la incidencia que la morfología urbana y la vocación productiva de una ciudad pueden llegar a tener sobre las características que adquiere la segregación residencial. Y, de la misma manera, la realización de análisis en los que se comparen múltiples ciudades pertenecientes a una misma región y que comparten un marco institucional y cultural para verificar los elementos segregativos que mantienen en común y aquellos en los que discrepan, es escasa.

En este sentido, la presente tesis pretende ser un avance en el estudio y comprensión de la segregación residencial, de carácter socioeconómico, que tiene lugar en ciudades conurbadas. Se enfoca la atención en cinco aspectos principales; los diferentes patrones socioespaciales que se construyen de acuerdo a cada una de las cinco dimensiones del fenómeno; los niveles o grados de segregación residencial y su criticidad; el impacto en los resultados del uso de variables diferidas para la conformación de los grupos sociales (educación e ingreso); cómo y en qué medida la morfología urbana y la vocación productiva del sitio condicionan la forma en que se produce la segregación residencial; y qué relaciones guardan entre sí los resultados obtenidos.

De forma general, se realiza el análisis comparado de los patrones de segregación residencial socioeconómica de tres ciudades conurbadas del estado de Colima: Colima-Villa de Álvarez, Manzanillo-El Colomo y Tecomán-Armería. Con esto, se busca identificar los posibles elementos transversales y de diferenciación que existen entre ellos, así como con los patrones de segregación que exhiben otras grandes y medianas ciudades en la actualidad. Coadyuvando a un entendimiento más amplio del fenómeno a la vez que se demuestra la importancia de las ciudades menores para la temática, acciones que en conjunto posibilitan la elaboración de recomendaciones para la política pública y así trabajar en pro de una distribución más equitativa de la sociedad.

Se profundiza en la dimensión objetiva de la segregación, pues la complejidad que supone este fenómeno socioespacial sumada a los alcances de la propia investigación dificulta incorporar, además, la cuestión subjetiva. En este sentido, la pregunta central de la investigación es: **¿Cuál es la relación existente entre las características que guardan los patrones de segregación residencial socioeconómica de las tres ciudades conurbadas del estado de Colima, considerando las transversalidades institucionales, culturales y demográficas que asumen al ser parte de un mismo estado, así como sus particularidades territoriales y económicas?**

Para responder a la pregunta de investigación se plantea la siguiente hipótesis: **los patrones de segregación residencial socioeconómica de las ciudades conurbadas del estado de Colima refuerzan la idea de multipolarización socio-urbana, teniendo que las áreas y direcciones sobre las cuales el fenómeno se extiende y se torna más crítico son discrepantes en función de las condiciones morfológicas y de vocación productiva de cada lugar. Sin embargo, en todos los casos la segregación se presenta a escala urbana reducida; se alcanzan niveles superiores al 30.00%, refiriendo situaciones de alta segregación; y las periferias se consolidan como espacios socialmente homogéneos, de forma semejante a lo que sucede en las grandes zonas metropolitanas actuales.**

Los conceptos que rigen la investigación son *segregación residencial socioeconómica* y *conurbación*. El primero, se define como una modalidad de la segregación en la que la condición socioeconómica de los distintos grupos de población determina el patrón de ocupación del espacio residencial, el cual se corresponde con las dinámicas del

sistema económico en curso y actúa como limitante para la interacción e integración social entre estratos diferenciados, causando la mutua exclusión de los mismos a pesar de que la distancia física ha disminuido para modificar el esquema de ciudad polarizada a uno de multipolarización, donde las desigualdades son más evidentes y los menos favorecidos padecen más sus consecuencias; mientras que el segundo, es entendido como el proceso en el que la evolución de las ciudades propicia su expansión hacia las periferias, suscitando continuidad física con una o más ciudades próximas, constituyendo una nueva agrupación espacial urbana de mayor magnitud donde se desvanecen los límites político-administrativos para establecer una relación funcional estrecha, adquiriendo un carácter policéntrico que incide directamente en las interacciones sociales y distribuciones espaciales que ahí se desarrollan.

La estructura de la tesis comprende seis capítulos además de la introducción y las conclusiones. El *primer capítulo* corresponde a los antecedentes y está compuesto por cuatro subcapítulos en los que se explica cómo las ciudades han venido evolucionando a lo largo del tiempo, y a través de una serie de revoluciones urbanas, hasta adquirir las características sociales y urbanas que muestran en la actualidad. Y a la vez que las ciudades se han vuelto más complejas en un sentido social, urbano, económico y político, las dinámicas de segregación residencial también lo han hecho.

El *segundo capítulo* aborda el estado del arte, y comprende cinco subcapítulos que explican cómo la segregación se ha extendido a toda clase de ciudades alrededor del mundo (Europa, Norteamérica, Latinoamérica, México y el estado de Colima), así como las distintas posturas y tipos de estudios que se han realizado en torno al tema. Asimismo, se exponen los principales hallazgos y vacíos de conocimiento que es necesario subsanar, y se definen los conceptos que van a direccionar el marco teórico de la investigación, siendo: *segregación* y *conurbación*.

El *tercer capítulo* expone la cuestión del marco teórico y se divide en cinco subcapítulos. Aquí, se desarrolla ampliamente el concepto de segregación, definiendo de forma particular cada una de sus variantes y las características que adoptan las mismas. Se muestran las diferentes dimensiones en que se puede presentar el fenómeno, sus principales efectos para la ciudad y la sociedad y algunos aspectos de especial cuidado al trabajar el

tema, como son la escala de agregación, los índices de medición y el reconocimiento del reconocido patrón tradicional de segregación de las ciudades. Además, se explica el concepto de conurbación, reconociendo las cualidades físicas y sociales que guardan estos modelos de ciudad. El capítulo culmina con la presentación de la pregunta de investigación, la hipótesis y los objetivos generales y específicos del estudio.

El *cuarto capítulo* presenta la estrategia de investigación, y se compone de ocho subcapítulos que explican detalladamente toda la cuestión metodológica y el marco operativo del proyecto. Se parte de la teoría estructuralista y de una ontología subjetiva, para seleccionar una metodología cuantitativa con alcance correlacional-explicativo y una serie de variables, indicadores, métodos de análisis, fuentes de información y técnicas de investigación que permitan explorar las diferentes realidades segregativas a las que son susceptibles las ciudades conurbadas del estado de Colima.

El *quinto capítulo* se compone de cuatro subcapítulos y corresponde al marco contextual. En primer lugar, se muestra información relacionada con el país (México) y el crecimiento demográfico y urbano que ha tenido desde 1980. Después, se expone la información relacionada con el estado de Colima, sus características económicas, educativas y socioespaciales. Y, posteriormente, se presenta la información relacionada con sus tres ciudades medias de tipo conurbado, poniendo especial atención en su morfología urbana, vocación productiva y condiciones socioespaciales.

Finalmente, el *sexto capítulo* presenta los resultados de la investigación y se compone de tres subcapítulos. El primero, hace énfasis en el análisis comparativo de los niveles y patrones de segregación residencial socioeconómica de las tres ciudades conurbadas, verificando cómo y en qué grado la morfología y vocación del lugar influyen en los procesos segregativos. El segundo, construye vínculos entre los patrones y niveles de segregación de las tres zonas de estudio, verificando los elementos que mantienen en común y aquellos en los que discrepan. Y el tercero, analiza las relaciones que hay entre las dinámicas segregativas de las tres ciudades conurbadas seleccionadas y otras ciudades conurbadas con latitudes diferidas, así como con otras grandes zonas metropolitanas.



Después del sexto capítulo, se presentan las conclusiones generales de la tesis, puntualizando en los principales hallazgos, discutiendo las respuestas correspondientes a las preguntas de investigación y confrontando la hipótesis planteada. Respecto a las aportaciones de la investigación, destaca el hecho de que se pretende contribuir teórica y empíricamente sobre las diferentes dinámicas de segregación residencial socioeconómica que suceden en ciudades menores (conurbadas), y las relaciones que éstas mantienen con ciudades de estructura urbana similar y con otras de mayor magnitud.

Además, se procura a través de la forma comparativa en que se realiza el análisis, incluyendo tres ciudades que pertenecen a una misma región pero que difieren en sus condiciones urbanas y de vocación productiva; de la incorporación de las cinco dimensiones del fenómeno; y de la aplicación de dos tipos de variables, la creación de un método novedoso para medir y comprender con detalle la realidad segregativa de algunas ciudades intermedias de México desde la especificidad de su morfología y vocación. Vislumbrando sus particularidades a la vez que intentado conservar algún grado de comparabilidad con otras investigaciones.

Realzar la importancia de la inclusión de ciudades menores en el campo de la segregación residencial y alejarse de la preeminencia de los estudios con interés en grandes ciudades, son actividades primordiales para el entendimiento de los complejos procesos socioespaciales que enfrentan las zonas metropolitanas en la actualidad. Y en vista de que éstas últimas siguen aumentando en el país, se hace necesario incentivar la realización de investigaciones enfocadas en modelos conurbados de ciudad, coadyuvando a la ampliación y fortalecimiento del conocimiento que existe sobre segregación residencial en el contexto de las ciudades mexicanas.

Esta investigación servirá de apoyo, tanto al sector público como al privado, en la toma de decisiones que involucren cuestiones urbanas de planeación o de producción del espacio habitable, orientado a una mayor equidad socio-territorial. De igual manera, aspira a integrar una base teórica consistente en torno al concepto y sus múltiples interpretaciones, y a su vez, fomentar el interés por la realización de investigaciones que consideren como objeto de estudio a las ciudades medias, principalmente las de tipo conurbado.

## **CAPÍTULO I. ANTECEDENTES**

Actualmente, la segregación residencial se ha convertido en una cualidad indiscutible de las ciudades contemporáneas que incide en su funcionamiento e imagen, evidenciando la conformación de grupos sociales diferenciados y distribuidos inequitativamente en el territorio urbano teniendo efectos, negativos en su mayoría, sobre el sistema social y urbano. Sin embargo, no siempre se han tenido una estratificación social y una organización territorial como se aprecia hoy en día, sino que han sido influenciadas por las transformaciones urbanas, sociales, económicas, políticas y tecnológicas en las que se han visto inmersas las ciudades del siglo XXI.

Por este motivo, es necesario que, antes de abordar el tema concretamente y con el afán de tener una mejor comprensión del mismo, realicemos un análisis contextual de la situación social y urbana, principalmente, de las ciudades que han precedido a las que tenemos en la actualidad. Para esto, tomaremos como punto de referencia la segunda mitad del siglo XVIII, cuando surge la ciudad de la edad moderna, sucesora de la del renacimiento y antecesora de la industrial y la contemporánea. La elección del periodo se debe a que es a partir de 1750 que las ciudades comienzan a adquirir un carácter urbano más racional vinculado, en gran medida, con el acelerado proceso de avances tecno-industriales, ampliando las fronteras de la segmentación social.

No podemos concebir a las ciudades como entes monótonos carentes de evolución, sino que por el contrario se han venido modificando a la par que lo han hecho las lógicas de la sociedad, aunque a un ritmo más lento, teniendo una fuerte influencia sobre estos cambios la acción política y económica, aunque esta última en mayor medida. Además, desde la conformación de las primeras ciudades se ha evidenciado una división y zonificación de las actividades que en ellas suceden, lo que ha resultado en una reestructuración continua de la sociedad logrando fragmentarla.

Si bien, la diferenciación de grupos en la sociedad ubicados en distintas áreas del territorio se remonta a distintos periodos de la antigüedad, por ejemplo, el siglo XV cuando la nobleza (los privilegiados de la sociedad) no coexistía con la clase campesina, consideramos que no es necesario, para la finalidad de nuestra investigación, realizar una

explicación con tal alcance histórico. Resulta más viable concentrarnos en épocas más recientes como las ya señaladas, donde se demuestra que el cambio en la distribución de la población se debe a las nuevas configuraciones urbanas que presentan las ciudades, mismas que son atribuidas al racionalismo, las políticas urbanas, los modelos económicos, las esferas sociales y los efectos medioambientales que se han venido forjando, así como a las innovaciones tecnológicas, elementos que forman parte de un principio más amplio: la modernización.

De acuerdo con Gorelik (2003), debatir la modernidad, al menos en América Latina, implica debatir la ciudad. Sin embargo, la modernidad no se ha limitado únicamente al continente americano, por lo que hablar de modernidad es referirnos, en general, a las ciudades del mundo, independientemente de su tamaño y condición. Tal vez algunas se adentren con más lentitud al proceso, pero sin duda todas lo están experimentando en algún sentido, social, urbano u otro, favoreciendo su propagación.

A la modernidad o modernización como es más correcto nombrarle debido a que no se trata de un estado sino de un proceso que ha transformado materialmente el mundo (Gorelik, 2003), se le atribuyen una multiplicidad de cualidades que es necesario exponer, ya que ha sido el eje rector del conjunto de cambios producidos en el territorio urbano a lo largo de los últimos dos siglos, constatando la estrecha relación que guardan la ciudad y la sociedad. En primera instancia, se refiere a un proceso de transformación social y espacial que encontró en las ciudades el medio para manifestarse con mayor claridad.

Este movimiento inició durante la década de 1920 y alcanzó su esplendor en 1970 (Goossens, 2013), distinguiendo el cambio como principio fundamental de las sociedades modernas (Ascher, 2007). Dentro de sus aspectos más relevantes, que han incidido en las dinámicas de crecimiento urbano y organización socioterritorial en las ciudades, están el desarrollo de los medios de transporte y el almacenamiento de bienes, personas e información (Ascher, 2007).

La modernidad fue el camino para que la modernización pudiera surgir, donde tuvieron que interactuar tres dinámicas socioantropológicas: la individualización, la racionalización y la diferenciación social (Ascher, 2007). La individualización es la forma

de percibir el mundo desde una perspectiva particular, individualista, habiendo un desapego por las lógicas colectivas. “Las sociedades modernas separan y reúnen individuos y no grupos” (Ascher, 2007, p. 22). La racionalización, como la propia palabra lo refiere, es el uso de la razón antes de realizar un acto, relegando las tradiciones y la repetitividad en busca de la conveniencia.

Finalmente, la diferenciación social se traduce como la segmentación de los individuos en grupos con algún tipo de afinidad dentro de la sociedad, como actividades, nivel académico, o ingresos y ubicación que son los que predominan actualmente en las ciudades latinoamericanas, produciendo diversidad y desigualdad a la vez que incrementan la complejidad de la sociedad (Ascher, 2007). Así pues, la modernidad supone una serie de modificaciones, muchas en un sentido negativo, que se trasladan al territorio urbano en forma de trastornos sociales, fragmentación social y urbana, cambios en los estilos de vida, así como en las formas de interacción. De esta manera, podríamos decir que la modernidad tiene un impacto generalizado en todos los aspectos espaciales y sociales, rompiendo radicalmente con los sistemas tradicionales de hacer ciudad.

El objetivo de este preámbulo no es otro que ampliar el panorama sobre cómo han cambiado las dinámicas urbanas de organización territorial e interacción social vinculadas estrictamente con el entendimiento que se ha tenido y se tiene del mundo, así como con las inevitables actualizaciones del modelo económico apoyadas en los procesos de innovación tecnológica. Es decir, la concepción de las ciudades ha estado sujeta a las ideologías predominantes de cada época, favoreciendo transformaciones en los patrones de distribución poblacional, los cuales están alcanzando una nueva etapa en la actualidad que evidencia la preferencia por la individualidad ante lo colectivo.

Podríamos decir que, como sociedad, hemos estado inmersos en un proceso continuo de cambios dentro de las estructuras socioespaciales que creamos, sujetos en mayor medida a las condiciones del capital económico e intelectual. Por este motivo, el entendimiento de las mutaciones espaciales de esas estructuras sociales construidas por los individuos, que han tomado un giro global, nos permitirá identificar el nicho de oportunidad dentro de la investigación para el tema de la segregación residencial, el cual ha alcanzado un alto nivel de relevancia por sus implicaciones socioespaciales.

En este sentido, Ascher (2004) define tres grandes fases de renovación urbana para el periodo de análisis que nos interesa contextualizar (siglo XVIII al XXI) y que han determinado la transformación física y social de las ciudades, siendo impulsadas por el fenómeno de la modernización. La primera y segunda fase se caracterizan por inclinarse hacia un pensamiento racional de sus estructuras sociales, aunque con algunas variaciones entre ambos, mientras que la tercera es producto de una concepción que va más allá del racionalismo y lleva a la reflexión.

Esta última puede ser entendida, además, como una consecuencia de la globalización o, como se refieren Dureau, Lulle, Souchaud, & Contreras (2015) al resultado de una serie de eventos económicos, sociales y políticos que inciden en los proyectos de urbanización de las ciudades contemporáneas, reflejo de los nuevos sistemas de comunicación y movilidad: la mundialización. Cabe señalar que las dos primeras revoluciones urbanas se expondrán de forma breve ya que sólo serán la base para comprender el conjunto de cambios, de diversa índole, que han tenido que enfrentar las ciudades a lo largo de la historia para llegar a configurar el territorio urbano tal como lo vemos en el presente.

Por otra parte, la tercera etapa de modernización correspondiente al siglo XX y XXI, altamente influida por los procesos globales, se analizará a profundidad con el objetivo de identificar las cualidades socioespaciales de las ciudades contemporáneas, respondiendo a una serie de cuestionamientos: ¿qué influencia han tenido las modificaciones del sistema económico y las innovaciones tecnológicas en la configuración del territorio urbano moderno?, ¿qué impactos tienen para la sociedad las dinámicas urbanas de las ciudades actuales?, ¿qué tipo de estructuras sociales se pueden observar y cómo se distribuyen en el espacio físico? y ¿cómo se ha beneficiado el fenómeno de la segregación residencial a partir de los efectos de la globalización?.

### *1.1. Primera fase de renovación urbana: la ciudad de la edad moderna*

La primera revolución urbana o primera etapa de modernización, hace referencia a la ciudad de la edad moderna (1500-1750), comprendida entre el fin de la edad media y el principio de la revolución industrial. Este periodo se caracteriza por una serie de cambios radicales en múltiples ámbitos. La economía pasó del sistema feudal a la instauración del capitalismo

mercantil; en lo político, hubo una descomposición de las estructuras centralizadas del poder permitiendo el surgimiento del estado-nación; en lo ideológico, hubo una transformación del pensamiento y la forma de concebir al actor social y, en general, el mundo (Ascher, 2007). De la misma manera, el componente tecnológico también acompañó a estas ciudades, pero “fue el factor militar el que definió el predominio geopolítico la mayoría de las veces” (Oropeza García, 2013, p. 202).

Por otra parte, durante este movimiento conocido también como alta modernidad, el urbanismo, que es uno de los temas que nos interesa mayormente, adquirió un nuevo sentido. El modelo preponderante de ciudad ya no dependía social ni culturalmente de la ruralidad, pero seguía libre de las transformaciones ocasionadas años más tarde por la industrialización (Holston, 2008). Por su parte, Ascher (2007) menciona que la primera revolución urbana:

Traza avenidas, plazas y jardines urbanos que acaban con la mezcla de callejuelas, callejones y huertas, aleja y transforma las murallas, redefine y separa lo público de lo privado, los espacios interiores y exteriores, les asigna funciones, inventa las aceras y los escaparates. El desplazamiento ocupa más espacio, las calles se amplían y se diferencian funcional y socialmente, las ciudades se extienden y los barrios proliferan, aglomerando de una nueva forma poblaciones y actividades. (Ascher, 2007, p. 24)

Las ciudades preindustriales pueden concebirse, desde una perspectiva arquitectónica, “como una masa sólida de edificaciones contiguas en la que se trazan los espacios de circulación” (Holston, 2008, p. 266). La racionalización en la estructuración y ordenamiento de la ciudad comienza a cobrar mayor relevancia, manifestándose un orden coherente en la construcción de los espacios. La movilidad adquiere un nuevo sentido, y surge la necesidad de pensar en las consecuencias del crecimiento territorial que comienza a absorber espacios rurales cercanos.

Son estas ciudades concebidas a partir del pensamiento racional las que imprimen un cambio en el paradigma de la modernidad, permitiendo el surgimiento de nuevas técnicas de organización acordes a las lógicas de la sociedad, dejando atrás, de manera paulatina, el carácter orgánico de hacer urbanismo que hasta entonces se tenía, basado en la tradición y la repetitividad. Añade Holston (2008), que pensar en que la ciudad era construida de forma

orgánica o espontánea es erróneo, ya que por mínima que haya sido siempre tuvo que haber estado presente la planeación. Entonces, en la época moderna se comienza a considerar al individuo, sus cualidades y necesidades, como elemento imprescindible en la construcción de la ciudad, al mismo tiempo que la sociedad comienza a adquirir autonomía, fortaleciendo la individualización (Ascher, 2007). No solo se busca tener un mayor control en el urbanismo sino también redireccionar las relaciones y prácticas sociales en la ciudad.

En relación a la cuestión política, durante este periodo la disputa entre las ciudades y el entorno feudal se resuelve por medio de la construcción del estado moderno (Silva Moyano, 2014). Se crea una estructura política jerarquizada y es el propio estado quien pasa a tomar el control de casi todas las actividades que suceden en los centros urbanos. En ese momento, la ciudad pasa a formar parte esencial del estado, sin la cual éste no puede subsistir.

Se vuelve necesario reflexionar sobre qué es exactamente lo que transforma este territorio en moderno o introduce a la modernización a la ciudad de la edad moderna. La cualidad distintiva, desde el punto de vista urbano, radica en que las formas orgánicas, momentáneas e irracionales de organización del territorio, que se venían construyendo conforme se requerían sin un entendimiento claro de la situación, se empiezan a diluir para convertirse en proyectos que intentan resolver las necesidades presentes y a la vez predecir la evolución de la sociedad. Quizá este sea el principal aporte, junto con el nuevo pensamiento de considerar al individuo y a la ciudad como elementos correlacionados, que en ese entonces el urbanismo nos pudo dejar.

### *1.2. Segunda fase de renovación urbana: la ciudad industrial*

Por otro lado, la segunda fase de modernización o modernidad media corresponde a la ciudad industrializada, entendida desde el punto de vista económico como la era de sustitución de importaciones. Durante este periodo la producción artesanal queda relegada adoptando la fabril, dando paso al surgimiento de la economía moderna (Chaves Palacios, 2004). Sáinz Guerra (2008) y Chaves Palacios (2004) mencionan que la revolución industrial inicia en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVIII (1750-1850) introduciendo nuevos retos para la transformación de las ciudades, las cuales experimentaron, por primera vez, la masiva

emigración de población rural hacia sus áreas urbanizadas como consecuencia de la instauración de las fábricas, la búsqueda de mejores salarios y condiciones de vida.

El éxodo de población del campo como respuesta a la industrialización urbana compulsiva, trajo consigo una serie de problemáticas para las ciudades debido a su incapacidad de soportar el elevado crecimiento demográfico y el desarrollo económico acelerado orientado hacia las lógicas del capitalismo industrial, que aún seguía conteniendo características feudales o estamentales (Lash & Urry, 1998). Lo anterior detonó la expansión espacial desordenada, principalmente hacia las periferias, donde la carencia de viviendas, la poca sanidad, la pobreza, la delincuencia, el hacinamiento, las revueltas, entre otros, se hicieron presentes, afectando a todos los estratos sociales (Sáinz Guerra, 2008). Mientras los procesos de producción se veían beneficiados por los continuos avances tecnológicos, la diferenciación social aumentaba causando tensiones (Chaves Palacios, 2004).

En este contexto, de forma generalizada y pionera, comienzan a surgir nuevas ideas para organizar la ciudad, en las que la disciplina urbanística, basada en los planteamientos de la lógica industrial, inicia a tomar el control sobre la utilización y el aprovechamiento del suelo clasificándolo en distintas categorías, apareciendo los primeros planes reguladores (Colavidas, 2008). Y es finales del siglo XIX cuando esos proyectos de zonificación, basados en principio en el Taylorismo, adquieren mayor importancia, separando las áreas de acuerdo a las actividades específicas que asistían, industria, vivienda, ocio, comercio, etc., elevando así el funcionamiento de las ciudades (Ascher, 2007).

Lo que estaba sucediendo en realidad, era el comienzo de un proceso de adaptación urbana a las condiciones que el sistema económico imponía, donde la producción, el consumo y los intercambios mercantiles ahora eran las nuevas exigencias. Esto provocó que el concepto de movilidad adquiriera un nuevo sentido, y el desplazamiento de personas, bienes e informaciones, junto con la expansión urbana a gran escala, tomaron un papel determinante en la configuración de la ciudad (Ascher, 2007). Asimismo, el modelo de sociedad que surgía tomaba sus fundamentos en la producción industrial (Silva Moyano, 2014).

Comienzan a desarrollarse grandes vías de comunicación y transporte, redes de agua potable, electricidad, alcantarillado e información, las cuales van a incentivar el crecimiento



horizontal y vertical de las ciudades. Aparecen los barrios de élite alejados de las zonas industriales, mientras que los barrios obreros se concentraron en áreas periféricas cercanas a las fábricas, caracterizados por la aguda pobreza en la que vivían, la cual se extendió al resto de ciudades industrializadas. La segregación empieza a ser determinante en las ciudades, dividiendo a la población en dos grupos, el dominante y el dominado, los cuales se emplazaban en áreas específicas dentro del territorio urbano distanciadas entre sí.

Más tarde, el surgimiento del fordismo, con su ideología de producción y consumo en masa, se traduce en el territorio urbano a través de la construcción de vivienda en serie, conjuntos de vivienda social, supermercados e infraestructuras (Ascher, 2007). Asimismo, “el espacio público, constituido por su red unitaria de calles, vías, plazas, espacios libres y zonas verdes” (Colavidas, 2008, p. 139) se vuelve un elemento de interés. Lo que se intentaba era dar solución a los problemas inminentes a la masificación de la población en las ciudades poniendo en práctica los instrumentos de ordenamiento territorial que se estaban desarrollando, en los que se priorizaba el funcionalismo industrial, pero comenzaban a aparecer destellos de importancia hacia el propio individuo.

La ciudad cambia, construyéndose en relación a los servicios que es capaz de ofrecer, se vuelve más funcional, a la vez que “el pensamiento técnico ocupa un lugar central en la sociedad y se constituye el estado del bienestar” (Ascher, 2007, p. 23). Es decir, las ciudades dejan de crearse de forma irracional, desaparecen definitivamente los trazados orgánicos, se entra en una etapa de planificación urbana donde las áreas se jerarquizan, por lo que el urbanismo se vuelve importante para los gobiernos en su objetivo de ordenar el territorio de acuerdo a la situación industrial que se vivía, teniendo el doble propósito de beneficiar a la economía, facilitando el flujo de personas, mercancías e información, y a la sociedad, brindándole los servicios y equipamientos necesarios.

La organización espacial de actividades en el tejido urbano, que ahora debía considerar necesariamente un sistema de movilidad integral, suscitó un cambio relevante en la estructura social, volviendo más vulnerables a las personas con menor capacidad económica segregándolas físicamente y socialmente del resto de la población, concentrándolas en áreas periféricas con múltiples carencias. Los medios de transporte, cada vez más eficientes, permitían acceder con facilidad a sitios alejados, restando importancia a

la ciudad central y beneficiando la proliferación de urbanizaciones aisladas promovidas, en ocasiones, por agentes particulares a los que el estado no era capaz de controlar, pero tenían el poder de influir en la traza urbana de las ciudades a través de sus proyectos de vivienda.

Es quizá, en ese momento de explosión tecnológica, que la fragmentación social toma un giro radical reflejándose sobre el territorio urbano con mayor intensidad que en épocas anteriores, permitiendo visualizar cómo los estratos de la sociedad comienzan a separarse geográficamente unos de otros apoyados por la economía (formas de producción) y la tecnología, cobrando importancia el campo de estudio que nos compete: la segregación. La división de la sociedad en categorías no resultó ser algo desconocido pues ya se había venido dando con anterioridad, sin embargo, lo que sí resultó novedoso, fue la forma en la que ahora se podían distanciar físicamente esos grupos disminuyendo su interacción.

Esta serie de sucesos que determinaron el nuevo rumbo de las ciudades durante la época industrial no pueden ser atribuidos de forma particular a los procesos mecánicos de producción en serie o al peso de la influencia del modelo económico, sino que corresponden al nacimiento de una corriente tecnológico-industrial permanente, que aún sigue vigente, detonada por la acumulación de conocimiento (Oropeza García, 2013). Este movimiento fue impulsado por los avances tecnológicos, que han acompañado al hombre desde su existencia, por lo que “renunciar a la tecnología al principio de la historia era atentar contra la supervivencia, contra la vida...al no desarrollo” (Oropeza García, 2013, p. 200)

De acuerdo con Chaves Palacios (2004), la revolución industrial no puede ser entendida como un cambio brusco, sino como una evolución constante, estricta y determinante, donde cada ciudad o país que la adoptó lo hizo con un ritmo particular, mismo que fue dependiente de sus posibilidades económicas para acceder a la tecnología. Entonces, una sociedad industrial es aquella que sabe explotar los métodos de producción modernos a través de la implementación de un racionalismo superior alcanzado durante la edad media utilizándolos para su beneficio, sin olvidar hacerse responsable de las consecuencias inevitables que sobre el territorio urbano y la población pueda tener la industrialización.

Por su parte, Oropeza García (2013) menciona que la revolución industrial es producto de la apropiación masiva del conjunto de técnicas y saberes que surgen de la

experiencia, generando conocimiento. Además, su influencia ha sido determinante para la humanidad, mejorando sus condiciones de vida y bienestar. Desde nuestra perspectiva, esta afirmación no es del todo cierta ya que, si bien el desarrollo tecnológico ha mejorado algunos aspectos de la vida, como la movilidad, propiciando que las ciudades aumenten su tamaño debido a la facilidad con la que ahora se pueden realizar los desplazamientos, también ha habido propagación de la pobreza, favoreciendo a la distinción social. Lo que es cierto es que ambas, tecnología e industria, “han jugado un papel preponderante en la vida económica, política y social de la humanidad” (Oropeza García, 2013, p. 200).

Se puede observar que a cada uno de los dos modelos de ciudad que se han abordado le ha correspondido una lógica singular de entender el mundo, diferenciándose por su forma de dividir el poder, de abordar la economía, y dentro de lo que nos corresponde profundizar, de concebir y organizar el territorio y la sociedad. Sin embargo, esos cambios se efectuaron de manera acelerada sobrepasando la capacidad de las esferas sociales para asimilar la forma de vida que se estaba suscitando, donde ahora había que adaptarse a condiciones modernas de trabajo, desplazamiento, vivienda, organización social y urbanismo, que se conjugaban dando como resultado ciudades nuevas, en las cuales se originaron periodos de crisis ante la incertidumbre sobre cómo reaccionar a la modernidad (Ascher, 2007).

Aunque los procesos industriales que potenciaron las modificaciones en las ciudades iniciaron en Inglaterra, pronto se propagaron a otros países, estableciendo una etapa de modernización mundial. La lucha de las ciudades por obtener la etiqueta de “modernas” fue cada vez mayor, pensando erróneamente que la apropiación tecnológica era sinónimo de progreso en todos los sentidos, aunque durante este periodo pesaba más el interés económico, olvidando que no sólo se trataba de imponer nuevos modelos de desarrollo urbano en favor de la economía, sino que tenían que preocuparse, además, por los impactos que estos iban a generar en el sector social y la propia ciudad.

Agrega Sáinz Guerra (2008) que los urbanistas de la ciudad industrial en su búsqueda de una organización espacial con carácter estrictamente funcional, tanto para la zona central como las periferias, que considerara una planeación para el futuro, tomaron consciencia de que esto no sería posible sin cometer errores. De esta manera, se hicieron propuestas urbanas de corto alcance renovando sectores, y no ciudades completas, para que respondieran a las

necesidades de producción estandarizada, con el objetivo de identificar un método de diseño del territorio susceptible de replicar. Esto parece no haber tenido los resultados esperados, ya que la velocidad de los cambios arraigados a la modernidad hacía imposible alcanzar el mismo ritmo en la materialización de las propuestas urbanas, convirtiendo a las ciudades en un experimento de prueba y error.

A pesar de que los avances tecnológicos acapararon el interés de la mayoría, hubo ciudades que se resistían a adoptar las transformaciones, “que no cabe entender como bruscas, sino que fueron lentas y dispares entre unos países y otros” (Chaves Palacios, 2004, p. 95). Mientras los países menos desarrollados apenas se lograban iniciar en los procesos de industrialización, los más poderosos ya se estaban adentrando en nuevas revoluciones tecnológicas.

Estas modificaciones introducidas por la industrialización provocaron la pérdida de historia arquitectónica y urbana en las ciudades (Colavidas, 2008), “pues supusieron una ruptura con el pasado mucho más drástica que cualquier otra desde la invención de la rueda” (Chaves Palacios, 2004, p. 95). Pero no todas las ciudades preexistentes fueron sustituidas, sino que algunas lograron readaptarse, al igual que lo hicieron los habitantes, a los requerimientos de la época, demostrando “su capacidad para sedimentar las diferentes capas de su historia, es decir, su función de palimpsestos, pergaminos que no cambian sino que acogen sucesivamente escritos distintos” (Ascher, 2007, p. 27).

Las dos primeras etapas de modernización nos mostraron las profundas transformaciones que la generación de conocimiento puede provocar en la forma de concebir el mundo, el pensamiento de los individuos, la gestión y organización del territorio y la sociedad, repercutiendo directamente en la configuración de la ciudad (Ascher, 2007). Sin embargo, estos cambios se han producido con distinta magnitud a través del tiempo, reconfigurando el territorio y la estructura social de acuerdo con la dinámica de acumulación de conocimiento y tecnología que se vive.

Es decir, se han desarrollado más innovaciones tecnológicas en el último siglo que las que se podían esperar hace un milenio, por consiguiente, las transformaciones tienen mayor impacto en las ciudades actuales que el que ocasionaban en el pasado. Ahora los

individuos se sienten abrumados por los incesantes descubrimientos cuya velocidad de producción no admite un periodo de prueba que permita asimilarlos, aumentando la incertidumbre sobre cómo responder a un mundo tecnológico-industrial donde a pesar del vasto conocimiento que se tiene no se puede precisar qué sucederá en el futuro (Oropeza García, 2013).

La rapidez con la que se están propagando los conocimientos empieza a esbozar cambios en el urbanismo moderno y en la distribución geográfica de la población nuevamente, donde la industria ya no juega el mismo papel central. Se está abriendo paso a una etapa más de modernización con otras dinámicas sociales, políticas, económicas y urbanas de funcionamiento basadas ampliamente en la tecnología, la cual, de acuerdo con Oropeza García (2013), se ha vuelto un concepto hipermoderno.

Ahora la movilidad y la transnacionalización han tomado relevancia, conectando amplios sectores del mundo en un instante por medio de las telecomunicaciones. Comienzan a aparecer estructuras sociales que no se contemplaban, urbanizaciones aisladas que no necesitan del resto de la ciudad para funcionar, grupos definidos estrictamente por su situación económica y distanciados unos de otros espacialmente debilitando las interacciones, provocando que la segregación alcance una dimensión que no puede pasar desapercibida.

Los cambios socioterritoriales han tomado un nuevo orden, con un ritmo más acelerado y una intensidad superior que en la época industrial. La tecnología es más avanzada y no deja actualizarse, e irónicamente seguimos siendo incapaces de resolver muchos de los efectos negativos que durante la modernidad alta y media surgieron. Sin duda, estamos siendo testigos de la consolidación de una fase más de la modernidad donde la globalización ha tomado relevancia en la configuración de las ciudades contemporáneas.

### *1.3. La ciudad del siglo XXI: una nueva modernidad.*

La tercera modernidad, que se contempla inicia durante el siglo XX y abarca hasta lo que va del XXI, se refiere a la metápolis, entendida como ciudad de flujos y redes, también conocida como baja modernidad, sobremodernidad, modernidad avanzada o modernidad radical (Ascher, 2007). Esta se caracteriza por el abandono definitivo del pensamiento funcional

demasiado simplista que aún se evidenciaba durante la época industrial, aunque tuvo su origen durante la edad media, sustituyéndolo por el pensamiento reflexivo, originando una nueva articulación del territorio.

La modernidad actual se puede equiparar con una tercera revolución industrial donde la palabra tecnología, a pesar de ser tan antigua como el hombre, toma un sentido distinto que no somos capaces de entender longitudinalmente por sus actualizaciones constantes (Oropeza García, 2013). De esta forma, las ciudades seguirán cambiando conforme las innovaciones tecnológicas se hagan presentes, y lo están haciendo cada vez más de prisa, pero la capacidad de los individuos para asimilar dichos procesos, que terminan por influir en todos los aspectos de sus vidas, no lo hace al mismo ritmo, desencadenando una serie de situaciones que se traducen en el territorio a través de una marcada distinción social.

Una triple acción reformista que ha permitido que las ciudades aumenten su tamaño y adquieran una condición fragmentada, así como a la acción urbanística tomar importancia, se pone en práctica en el siglo XX y XXI: “hacia afuera en el territorio, hacia adentro en la sociedad y hacia adelante en el tiempo” (Gorelik, 2003, p. 16). Es decir, el territorio se expande rápidamente gracias a las vías de comunicación modernas, creando emplazamientos urbanos aislados dotados de toda clase de servicios, restando importancia a la ciudad central; la integración de la sociedad recibe los embates de la individualización, teniendo como resultado estructuras sociales frágiles y complejas, incentivando la segregación socioespacial; la planeación o el proyecto urbano se vuelve un mecanismo de vital importancia en todas las ciudades para estructurarlas de forma eficiente y de acuerdo a las lógicas actuales, sin perder de vista el factor futurista e intentar resolver posibles situaciones que se puedan suscitar más adelante.

Estos cambios se han visto favorecidos en gran medida por la globalización, la cual tiene mayor presencia en las ciudades contemporáneas donde la reflexividad ha sucedido al racionalismo. Se trata de un fenómeno económico, social, político, cultural y tecnológico que ha redefinido el urbanismo, desarrollando nuevas formas de organizar el territorio donde podría entenderse como “una malla global de sitios estratégicos que emergen como una nueva geografía de centralidad” (Sassen, 1998, s/p). Las ciudades ya no tienen sólo un centro urbano donde se concentran la mayor parte de las actividades, sino que se crea una multicentralidad.

Es decir, diversas zonas de una misma ciudad, principalmente las más desarrolladas, toman el papel de área central, cada una con distinta especialización.

Silva Moyano (2014) coincide en que el mundo moderno se articula “como una retícula urbana de alcance global” (Silva Moyano, 2014, p. 1), derivado del modelo de estado actual, el cual contribuye al crecimiento desmedido de las ciudades a la vez que intenta establecer un orden social homogéneo. Este cambio a escala global permitió que, en la primera década del siglo XXI, la mayor parte de la población se concentrara en centros urbanos, restando importancia al entorno rural.

Sin embargo, no podemos asumir que las urbes que se inician en las cuestiones globales adquieren la etiqueta de “ciudades globalizadas” inmediatamente, ya que el concepto es muy amplio e implica una serie de cualidades con las que pocas ciudades del mundo cumplen. Lo que sí podemos referir es que la globalización ha modificado su radio de influencia y ya no es característica sólo de las grandes aglomeraciones altamente desarrolladas, sino que ha alcanzado sitios con menor jerarquía urbana de orientación nacional y regional más que global (Sassen, 1998).

En este sentido, las modificaciones en el sistema económico, al igual que en las etapas anteriores, han sido determinantes para la configuración que han adquirido la sociedad y la ciudad del siglo presente. El industrialismo que lideraba las sociedades occidentales y priorizaba la explotación de las materias primas y las fuentes de energía ha quedado relegado. Ahora la economía ha tomado un nuevo rumbo basándose en la “producción, apropiación, venta y uso de conocimientos, información y procedimientos” (Ascher, 2007, p. 44).

No obstante, el proceso de globalización no ha sido sólo de carácter económico, sino también social. La propia ciudad se ha convertido en un mundo a partir de la intensa movilidad humana en su interior, ocasionando una multipolarización social liderada por posiciones económicas. La estructura social eleva su complejidad al mismo tiempo que se debilitan las interacciones entre individuos, como efecto de las actuales posibilidades para realizar desplazamientos intraurbanos de índole laboral, educativa o cualquier otra, que terminan por volverse rutinarios y promueven nuevas dinámicas socioespaciales caracterizadas por la homogeneidad.

La nueva sociedad está orientada hacia una economía cognitiva determinada por la alta tecnología, donde la adaptación es clave para acceder al futuro (Oropeza García, 2013). Las fronteras territoriales y sociales nacionales han sido eliminadas por los procesos globales permitiendo el flujo multinacional de bienes, servicios e información libremente, generalizando el conocimiento que se distribuye en el mundo e intentando homogeneizar el pensamiento, impactando en la forma de vida de los habitantes, principalmente sus interacciones (De Mattos & Iracheta, 2008).

Esto no significa que los procesos industriales hayan llegado a su fin, ya que han tenido un papel relevante en las distintas formas que ha adoptado la economía (Sassen, 1998) pero, al igual que sucedió con la agricultura cuando se adoptó el capitalismo industrial y pasó a depender de la industria, están sujetos en gran medida a las lógicas de la nueva economía cognitiva (Ascher, 2007). La dirección de la economía en la época contemporánea es resultado de un largo proceso de modernización y se corresponde con una sociedad que recibe el prefijo de hipertexto, la cual se explicará más adelante.

Entre la década de 1960 y 1970 la producción industrial masiva entró en crisis debido a la diversidad social y a la apertura económica. El sistema fordista y keynesiano alcanzaron su punto de quiebre al no poder limitar más las incertidumbres de un mercado cambiante (Ascher, 2007). Predecir las necesidades futuras por periodos de tiempo amplios ya no era posible. Las nuevas exigencias eran tan diversas que un mismo producto no satisfacía la demanda de una sociedad que se adentraba en la tercera etapa de la modernidad, donde la diferenciación, la inseguridad y la inestabilidad social son imprescindibles.

La economía del conocimiento se basa pues en el capital cognitivo de las personas y en las innovaciones tecnológicas, que se convierten en un campo de oportunidad al agilizar la movilidad de información, individuos y servicios, pero desde otra perspectiva, también pueden llegar a ser un factor de impulso a la desigualdad, destruyendo los lazos sociales y llevando al caos. Además, esta economía es más individualizada tanto en consumo como en producción, obligando a las empresas a analizar las particularidades del mercado potencial para poder ser competitivas; y diferenciada, por lo que el rigor en la selección de trabajadores depende de la especialización del campo laboral, aumentando las exigencias para su contratación.



Asimismo, sus efectos han trascendido hasta reflejarse en el contexto urbano, transformando a las ciudades en espacios productivos (Ascher, 2007) y en centros de acumulación de capital (Silva Moyano, 2014), que son aprovechados por “las principales industrias de información de nuestro tiempo” (Sassen, 1998, s/p). Las actividades ya no se realizan sólo al interior de las empresas, sino que han externalizado sus procesos apoyados en la eficiencia de la movilidad general, ocasionando la dispersión geográfica de la economía y una renovación de las funciones centrales de la ciudad. Los gobiernos de las naciones con dominio industrial superior que promueven la globalización económica apuestan por la transnacionalización, justificando que “necesitan más territorios para alcanzar las escalas de producción y de ganancia requeridas” (De Mattos & Iracheta, 2008).

De esta manera, con la nueva modernidad se ha venido creando una red de ciudades principales alrededor del mundo donde se coordinan las actividades globales. Las zonas de mayor desarrollo urbanístico, ciudades mundiales o globales, se vuelven a convertir en sitios clave de producción, recuperando el papel que habían perdido durante la época del capitalismo industrial (Sassen, 1998). Esta organización entre naciones de la misma forma que ha permitido beneficios a la economía global también ha traído consigo consecuencias como la polarización social afectando directamente la configuración del espacio urbano.

En este sentido, surge la necesidad de crear políticas y formas de gobernanza con sentido social que contribuyan a la construcción y reestructuración de ciudades acordes, en todos los aspectos, a la economía cognitiva, donde la accesibilidad juega un papel fundamental sin restar importancia a los actores sociales, así como a reducir las nuevas expresiones físicas de la inequidad espacial y social. Ahora es obligatorio contar con grandes vías de comunicación terrestre, aérea, marítima e informática, así como priorizar el estado del bienestar de la población, incluyendo todos los servicios y equipamientos necesarios para el desarrollo social y urbano y atraer estratos con mejor posición económica en beneficio de las ciudades.

Sin embargo, a pesar de que la globalización ha conducido hacia una reestructuración del territorio moderno donde la zonificación actual de las actividades difiere por mucho a la de la ciudad industrial, también ha fungido como instrumento restrictivo y diferenciador donde las políticas, al menos económicas, reflejan una contradicción. Si bien se trata de

impulsar el movimiento de capital económico interconectando ciudades de distintas naciones y permitiendo el intercambio de bienes, servicios e información entre ellas, esas oportunidades no están al alcance de todos los individuos.

Podríamos decir que esas políticas capitalistas se han diseñado en favor de los sectores acomodados de la sociedad y se expresan a través de la tendencia hacia el aceleramiento y redireccionamiento de los flujos migratorios, los cuales se han vuelto más complejos (Dureau et al., 2015), causando un fenómeno de contraglobalización. Es decir, al mismo tiempo que intentan generar una cultura de apertura mundial, limitan la movilidad de aquellos que pertenecen a países con menor desarrollo hacia los más desarrollados (De Mattos & Iracheta, 2008).

Las emigraciones de lo rural a lo urbano han disminuido, sin llegar a desaparecer, mientras que las inmigraciones intraurbanas han aumentado dirigiéndose hacia las ciudades de mayor tamaño (Dureau et al., 2015). De la misma forma, la migración internacional se ha elevado permitiendo la creación de nuevas estructuras sociales de escala superior donde no todos los individuos son admitidos. Sólo los estratos capaces profesional y económicamente pueden acceder legalmente a esas redes de circulación multinacional, descartando a aquellos de economía limitada. Estos últimos, en su afán por adquirir mejores condiciones de vida, recurren a actos ilegales de migración para insertarse en esas redes de carácter internacional, por ejemplo, el incesante caso de los mexicanos en condiciones de pobreza que constantemente buscan acceder a territorio estadounidense.

Es cierto que las fronteras se han ampliado, convirtiendo a las ciudades en lugares estratégicos con nuevas formas espaciales y organizacionales como producto de la globalización (Sassen, 1998), pero lo han hecho de forma selectiva, definiendo una nueva forma de desigualdad social, más crítica que la que se observaba con los modelos anteriores de ciudad, reflejada en el territorio urbano moderno. Las tecnologías de la información y comunicación forman parte de esta dinámica de cambio ya que están diseñadas para una sociedad reflexiva liderada por el capitalismo cognitivo. Por sí solas no tienen la capacidad de incidir en la sociedad, pero en el momento en que entran en contacto con los sectores de consumo y producción promueven la individualización y la diferenciación.

La acumulación de capital sigue aumentando en el contexto de la economía moderna y de la globalización (Ascher, 2007). Las naciones con mayor poder y desarrollo son las que organizan las actividades en el mundo, mientras que los planes reguladores y leyes creados en el periodo industrial se aplican ya en un contexto diferente, en el marco de una economía capitalista que está sufriendo una fase de crisis a causa del nuevo capitalismo cognitivo, por lo que su funcionamiento viene en decremento. Como resultado, tenemos el surgimiento de una serie de problemáticas relacionadas con la inestabilidad social y económica de los individuos que los vuelve más vulnerables en el mundo contemporáneo, reforzando las desigualdades y configurando ciudades fragmentadas.

Son los propios actores sociales quienes deben actuar de forma colectiva ante la individualización incansable de la nueva modernidad que se está viviendo para adaptarse al conjunto de cambios sociales, culturales, económicos, tecnológicos, políticos y territoriales acelerados que se presentan en esta sociedad abierta, diversa y llena de todo tipo de incertidumbres. Además, la tercera revolución urbana por la que están pasando las ciudades esboza formas distintas de estructurar el territorio, de concebir lo urbano y de organizar a la sociedad donde la integración social pierde cada vez más su significado.

#### *1.4. Urbanismo y sociedad en la ciudad contemporánea*

Como se mencionó en un principio, para abordar el tema de la segregación residencial se vuelve necesario analizar con detenimiento la estructura social y urbana de las ciudades del siglo en curso. Las modificaciones económicas, políticas, tecnológicas y de movilidad de las que ya hemos hablado con anterioridad, han terminado por generar nuevas formas de configurar el territorio donde los actores sociales cobran mayor importancia, y es sobre ellos que se ven reflejados los efectos de la lógica actual con la que se percibe el mundo, la cual tiene una orientación globalizada.

La etapa de modernización por la que están pasando algunas ciudades del siglo XXI tiende a crear una sociedad en extremo reflexiva, y el urbanismo toma un profundo cambio de orientación donde los valores sociales adquieren importancia con el objetivo de lograr el bienestar, la eficiencia y el progreso a través de las ciudades (Goossens, 2013). Ahora el urbanismo, más que sólo organizar el territorio a través de trazados de calles y manzanas

correctamente definidos, se convierte en un instrumento que estructura procesos vitales en el afán de lograr mejorar el mundo.

El pensamiento sobre las acciones se vuelve profundo, sobrepasando lo simplista, lo básico o lo meramente funcional, conduciendo a una “reflexividad de la vida social moderna” (Ascher, 2007, p. 30). Las estructuras sociales elevan su complejidad constantemente, desafiando a los individuos y colectividades a utilizar la reflexión ante las situaciones modernas, sin dar cabida a la selección de un método de acción preestablecido o tradicional para resolverlas.

Tal parece que estamos ante una nueva forma de modernización interrelacionada con la acción reflexiva e impulsada por la movilidad acelerada de objetos, personas e información, así como por los avances tecnológicos que contribuyen a producir una geografía de marginalidad (Sassen, 1998), por lo que las ciudades se vuelven dependientes de la planificación para asegurar su funcionamiento, por lo menos por un periodo corto (Goossens, 2013). El aumento en la velocidad de los traslados ha dado como resultado relaciones sociales débiles, provocando que los sujetos se vuelvan más superficiales y vacíos, perdiendo sentido la interacción social (Lash & Urry, 1998).

Esa complejidad gradual de la vida social, ha ocasionado el desarrollo de técnicas y teorías que contribuyan a orientar la forma de actuar de los individuos de acuerdo a las lógicas del mundo actual. Ahora se tiene mayor conciencia sobre las acciones, por lo que es posible determinar los efectos que causarán en el futuro dependiendo de la forma en que se realicen, generando cantidades enormes de información sobre una misma acción y visualizando con antelación los peligros que representan.

La dimensión cognitiva de la modernización va en aumento a un ritmo acelerado sin intención de detenerse, dando a los sujetos la posibilidad de manipular con más exactitud todo tipo de situaciones. Este es el resultado de la modernidad reflexiva, la cual aumenta los riesgos en la sociedad debido a que ahora hay un catálogo muy amplio de opciones para resolver un problema y, además, podemos elegir sobre qué consecuencias responsabilizarnos (Ascher, 2007). Sin embargo, la incertidumbre también crece, ya que los constantes avances

tecnológicos amplían aún más el abanico de posibilidades en la forma de actuar, dificultando la toma de decisiones.

El creciente conocimiento, en las distintas disciplinas, promueve el cambio socioterritorial en las ciudades contemporáneas. Los peligros ahora son globales y tienen magnitudes más significativas afectando a toda la población, ricos y pobres, directa o indirectamente. El destino se vuelve calculable o predecible gracias a la ciencia, y se propaga la información con rapidez entre los estratos sociales mejor preparados, cultural y científicamente, surgiendo la necesidad ascendente de saber todo sobre todo, sin dejar nada al azar, tras el afán de controlar cada aspecto del futuro inmediato.

De acuerdo con Lash & Urry (1998), estamos ante una transición de la sociedad dominada por la industria hacia una sociedad sometida al riesgo, donde el conocimiento se vuelve su principio axial y las lógicas del mundo actual ya no giran en torno a la distribución de bienes sino de información, traspasando los límites nacionales, alcanzando un carácter multinacional. La sociedad nacional ha sido sustituida por la sociedad del riesgo o multinacional, planteando peligros con un orden distinto, como los medioambientales, pasando la distinción de clases sociales a un segundo plano ya que sus efectos recaen sobre toda la población, aunque de una forma u otra quienes resultan más afectados son los menos privilegiados.

Al igual que Ascher (2004) propone tres fases de modernización para las ciudades (ciudad de la edad moderna, industrial y metápolis), Lash & Urry (1998) periodizan a la sociedad en tres etapas (sociedad preindustrial, industrial y del riesgo), las cuales tienen correspondencia con las primeras y suponen distintos riesgos. En la ciudad de la edad moderna-sociedad preindustrial los riesgos eran naturales como las epidemias, sin atribuirse al avance técnico-económico; en la ciudad industrial-sociedad industrial los riesgos ya no son consecuencia de causas naturales o del destino, sino que es el hombre el que interviene en su construcción; y finalmente, en la metápolis-sociedad del riesgo los propios riesgos suponen tal importancia que se convierten en ordenadores sociales y se caracterizan por ser incalculables e ilimitados.

Los riesgos, por tanto, se crean socialmente y muchos de ellos son controlables, sin embargo “el riesgo cero es un horizonte que se aleja a medida que creemos alcanzarlo” (Ascher, 2007, p. 34). En las sociedades de la tercera modernidad se producen más riesgos de los que se pueden controlar, e incluso son más cambiantes, por lo que la responsabilidad sobre aquellos que aún tenemos la capacidad de resolver se limita a lapsos que se van atenuando, creando incertidumbre sobre el futuro.

Este fenómeno, que es en parte impulsado por el desarrollo tecnológico, hace que la seguridad se vuelva subjetiva en la sociedad actual (Lash & Urry, 1998), impulsando la autosegregación. Además, se vincula con la forma de actuar de los sujetos, perdiendo el interés de la interacción colectiva y priorizando la autonomía y el individualismo, lo cual representa un riesgo aún mayor para las ciudades del siglo XXI. Asimismo, los estilos de vida y organización social se han venido generalizando e institucionalizando, sin detenerse, desde que el pensamiento racional de crear la ciudad tomó relevancia y hasta alcanzar el estado reflexivo (Gorelik, 2003).

Una cualidad de la sociedad moderna sobre la que tenemos que poner especial atención, es esa autonomía que los individuos están adquiriendo, ya que ha influido notoriamente en la organización de las ciudades distribuyendo, en un nuevo formato, a los habitantes dentro del territorio urbano, así como el no urbano. El proceso de individualización se ve beneficiado por el desarrollo de los medios de transporte y el almacenamiento de bienes e información en las ciudades, los cuales comprimen los límites espaciales y temporales haciendo innecesaria la proximidad física para llevar a cabo las prácticas sociales (Lash & Urry, 1998).

Ahora es más sencillo utilizar los diferentes medios de comunicación (internet, teléfono, etc.) o desplazarse rápidamente a sitios de reunión previamente seleccionados independientemente de la distancia a la que estos se encuentran. La línea entre tiempo y espacio se vuelve tan delgada que genera la sensación de que los individuos pueden estar e interactuar en más de un sitio y momento a la vez. De esta manera, la movilidad espacial, desde un enfoque social, se ha constituido como un concepto de mayor amplitud e importancia en la tercera modernidad, entendiéndose como “el conjunto de los desplazamientos en el espacio geográfico, de individuos o de grupos de individuos,

independientemente de la duración y de la distancia de dichos desplazamientos” (Dureau et al., 2015, p. 18).

El sistema de movilidad moderno, que incluye movilidad cotidiana, residencial intrametropolitana, migración interna y migración internacional (Dureau et al., 2015), promueve la modificación de las prácticas sociales de ubicación en la ciudad, adquiriendo un nivel más complejo. Las comunidades locales comienzan a debilitarse debido a las múltiples opciones que ahora existen para desplazarse hacia actividades como el trabajo, la vivienda, el ocio, entre otros. Los lugares dejan de ser únicos, tradicionales u obligatorios y se vuelven menos importantes para las personas conforme la reflexividad aumenta. Estas lógicas modernas de ubicuidad generan problemas de cohesión e integración social, identidad y pertenencia, apareciendo nuevas formas de división social y desigualdad territorial que refuerzan la segregación (Ascher, 2007).

Por otra parte, la toma de decisiones es otro factor que apoya la consolidación del individualismo. De cierta forma los sujetos son los que tienen la última palabra sobre qué sí y qué no hacer de acuerdo a un razonamiento reflexivo ante una situación, pero estas decisiones van a estar determinadas por las interacciones sociales (Ascher, 2007). La amplia gama de posibilidades de elección provoca una sociedad más diversificada. Los grupos sociales se multiplican y alcanzan una especificidad mayor, por lo que el sentido de pertenencia a éstos disminuye, ocasionando una diferenciación social difícilmente asimilable.

Los procesos de producción, apoyados por la movilidad generalizada de bienes, personas, capitales, mercancías e información, se encuentran en una etapa que exige una organización más elaborada de nivel internacional y que implica la asociación de sociedades distintas dentro de un mismo proceso. De esta forma, la distinción social está ligada a la diferenciación territorial (Ascher, 2007), creando sistemas residenciales complejos que se expresan a través de copresencias y exclusiones (Dureau et al., 2015).

A pesar de que los procesos globales tienden a homogeneizar las prácticas de consumo e ideologías en la mayoría de las ciudades, la interacción entre sociedades diferenciadas durante los procesos de producción promueve el intercambio cultural,

ocasionando una diversificación social que es capaz incluso de modificar la estructura de las familias (Ascher, 2007). Aparecen nuevos grupos poblacionales con características específicas, más definidos, a los cuales las personas pueden decidir integrarse o no dependiendo, más que por sus intereses, de sus capacidades, tanto económicas como de adaptación.

El desequilibrio de oportunidades para pertenecer a determinado grupo enmarca el tema de la desigualdad social, la cual se ha visto potenciada con el ingreso de la tercera modernidad y la nueva forma económica, social, política, tecnológica y urbana de operar de las ciudades. Las consecuencias se traducen en el territorio a través de la creación de conjuntos aislados de población que impactan en la interacción social, fragmentan la ciudad y son el resultado de los cambios en los estilos de vida. Aparecen ciudades autosuficientes de menor tamaño dentro de las propias ciudades, albergando una estructura social homogénea, rompiendo el esquema de ciudad abierta, segmentando a la sociedad y ocasionando la consolidación de la segregación.

Ascher (2004) señala a la movilidad física como factor determinante de la diferenciación. Es decir, las costumbres que los individuos adquieren en su sitio de origen ya no se replican cuando cambian su lugar de residencia debido a la diversidad cultural a la que están sometidos y a las distintas formas de socialización, influenciadas en gran medida por los procesos modernos de comunicación y transporte. Al movimiento continuo de personas e información se le pueden atribuir dos efectos; el primero, con sentido positivo, propicia el encuentro social a pesar de la distancia que puede haber entre grupos, sin llegar a significar que en ese encuentro haya interacción; el segundo, con perspectiva negativa, es que amplía las fronteras de la distinción social por la facilidad de elección sobre dónde y con quien realizar esos encuentros.

Los estratos sociales bajos son los que se ven más afectados por la diferenciación social, ya que están inmersos en una constante lucha por pertenecer a un grupo de mayor prestigio, pero son ellos quienes vuelven a las ciudades más diversas y heterogéneas. Los estratos sociales acomodados, por su parte, se desenvuelven en ambientes más homogéneos con personas de su misma categoría sin tener que adaptarse a nuevas costumbres ni estilos de vida.



Hoy en día, independientemente del nivel socioeconómico, la búsqueda de los individuos por pertenecer a grupos sociales afines a sus intereses se ha intensificado, exponiendo una nueva dinámica de organización poblacional en las ciudades. Esta es caracterizada por la conformación de grupos más pequeños y homogéneos distribuidos de forma desigual en el territorio, y tiene congruencia con las lógicas contemporáneas de movilidad, las cuales restan importancia a la distancia física para la consolidación de asentamientos específicos, aunque son los niveles inferiores quienes más padecen las consecuencias de las grandes distancias que en ocasiones hay que recorrer para llegar a los centros urbanos.

El aumento de la desigualdad es característico de los países en desarrollo donde los habitantes privilegian la autonomía. Sin embargo, las interacciones sociales pueden ser concebidas como un mecanismo que, mientras los seres humanos sigamos existiendo en el planeta, no dejará de funcionar. Si bien, la forma de socializar ya no es la misma que hace unos años, como consecuencia de los nuevos retos implantados por los avances tecnológicos que cumplen la doble función de acercar y distanciar a la población al mismo tiempo que generan más oportunidades para los sectores mejor acomodados, “los vínculos sociales no se han roto” (Ascher, 2007, p. 39).

Es decir, la dinámica de construcción de redes sociales en la ciudad moderna ha adquirido un carácter diferente, modificando el tejido social. Los vínculos sociales se han multiplicado, pero ya no son tan sólidos como antes (cuando se consideraba común conocer a los vecinos) sino que se han fragilizado. Este debilitamiento de los lazos sociales toma relevancia a partir del surgimiento del urbanismo y la industria y se potencia con la globalización, ya que vinieron a diversificar la naturaleza de las relaciones con el acercamiento de individuos provenientes de distinto contexto social, económico y cultural (Ascher, 2007). El resultado de esa mezcla de individuos es un acortamiento de distancias entre esferas sociales con características específicas, que muy difícilmente coinciden e interactúan entre sí.

Podemos referir de lo anterior que la sociedad se ha vuelto más heterogénea, social y culturalmente, pero se distribuye de forma más homogénea en la ciudad. Aunque los grupos a los cuales pertenecer han aumentado exponencialmente en número, la probabilidad de que

esos grupos se relacionen con otros disminuye por la especificidad de los mismos y su naturaleza inestable de cambio dependiente del nuevo conocimiento que se genera. Esto impulsa la fragmentación de la sociedad y forzosamente del territorio, principalmente por la localización geográfica de las esferas sociales.

Las estructuras sociales fracturadas actuales se articulan en forma de red reticular para agilizar los flujos de personas, mercancías e información, interconectándose unas con otras. Los límites espaciales se desvanecen en una creciente era tecnológica originando una solidaridad conmutativa que “relaciona a individuos...pertenecientes a muchas redes conectadas entre sí” (Ascher, 2007, p. 41). Por tanto, se vuelve necesario comprender cómo funcionan esta serie de redes creadas por los propios individuos y que son las responsables de mantener activas las interacciones sociales.

La reflexividad, característica de la modernidad actual, toma un papel preponderante, ya que los individuos deben tomar conciencia sobre la importancia de la acción colectiva en la construcción de sistemas sociales dentro de un mundo que es gobernado más y más por el individualismo. El desplazamiento entre un sistema y otro provoca un sentido de multipertenencia social que, metafóricamente, compara Ascher (2004) con los hipervínculos de los textos digitales, refiriéndose a la capacidad de un mismo sujeto para tomar un rol distinto de interacciones en cada uno de los campos sociales a los que se integra física o virtualmente, además de convertirse en vínculo de los mismos.

Este movimiento entre campos sociales se vuelve cómplice de la desigualdad social ya que, como se ha reiterado, no todas las personas tienen la posibilidad de pertenecer a las mismas esferas sociales impulsando, de nueva cuenta, el proceso de segregación en las ciudades contemporáneas. Las diferencias sociales y geográficas entre individuos ahora son más evidentes, las interacciones han perdido sentido y la multipertenencia no favorece a todos. En este sentido, son los estratos sociales bajos quienes siguen preservando parte la cultura, las costumbres, los valores y la identidad que se han venido perdiendo a lo largo de proceso de modernización, no por gusto, sino por la incapacidad de acceder a los beneficios sociales, urbanos, económicos y tecnológicos ligados a la globalización.

Como se puede apreciar, las revoluciones urbanas pueden ser entendidas como procesos evolutivos que modifican de forma singular, profunda y en distinta escala el territorio, redefiniendo su estructura social y organización espacial por medio de las políticas, ideologías, modelos económicos y tecnologías desarrolladas en el periodo en que suceden. De esta forma, en la primera modernización surgieron las primeras utopías, mientras que en la segunda revolución urbana el urbanismo se establece como materia y se generan los primeros modelos de ciudad (Ascher, 2007), donde la planificación estaba presente y había la intención de prevenir necesidades futuras.

El proceso de urbanización y crecimiento territorial suscitado durante las primeras dos etapas de modernización no se ha detenido. La articulación de las ciudades como una especie de retícula urbana global donde toman la función de nodos, estableciendo conexiones alrededor del mundo, ha propiciado que aparezcan “ciudades gigantescas que superan por mucho las dimensiones poblacionales de la mayoría de los estados conocidos para el siglo XIX” (Silva Moyano, 2014, p. 7).

Actualmente, la revolución urbana que estamos experimentando está causando cambios económicos, sociales, territoriales, políticos y tecnológicos con magnitudes más significativas que las revoluciones anteriores, y se reflejan en la ciudad necesariamente en un sentido geográfico a través de nuevas formas de distribución de las esferas sociales donde prepondera la desigualdad, incentivando la segregación y la auto-segregación de todos los estratos como consecuencia de la autonomía que ahora se puede tener gracias al desarrollo de los medios de transporte, poniendo en riesgo la cohesión social y urbana. Además, se manifiesta una tendencia de reagrupación de los grupos con menos oportunidades para acceder a los beneficios socio-técnicos de un mundo moderno, generando emplazamientos conocidos como guetos (Ascher, 2007).

Los efectos de la tercera modernidad siguen aumentando, y se evidencian claramente en la estructura social y urbana de las ciudades. Ahora, los fraccionamientos cerrados surgen como islas de riqueza dentro de un inmenso mar de desigualdades, aunque las barreras físicas ya no son características de los grupos acomodados. Estos conjuntos de vivienda privados, amurallados, protegidos de la sociedad abierta, apoyan la consolidación de la fragmentación socioterritorial, más aún en el caso de los sectores acomodados, a quienes no les importa

ubicarse en las periferias mientras logren pertenecer a un sitio con exclusividad. Hoy en día no sólo se crean grupos afines en cualidades económicas, educativas, culturales o cualquier otra, sino que ahora se separan estrictamente de forma física unos de otros, situación que va en aumento.

Las aglomeraciones urbanas se han adaptado a las lógicas del mundo moderno, medios de transporte más eficientes e individuales, modelos económicos, divisiones sociales, etc., y han crecido a ritmos acelerados hacia sus periferias absorbiendo ciudades menores y pueblos cada vez más alejados, volviendo difícil de precisar “los límites y las diferencias físicas y sociales entre campo y ciudad” (Ascher, 2007, p. 57). Además, las interacciones sociales que se llevan a cabo ya no sólo en grandes aglomeraciones, sino también en ciudades medianas y pequeñas que buscan crear conexiones con aquellas de mayor tamaño y nivel de urbanización para beneficiarse, siguen perdiendo cada vez más el sentido y significado.

Así pues, la segregación residencial socioeconómica debe entenderse como un fenómeno inherente a la naturaleza de las ciudades, aunque se desarrolla de manera distinta de acuerdo a la latitud que se trate. Al igual que el resto del mundo, las ciudades de América Latina no han escapado de los cambios que conlleva formar parte de la nueva modernidad. Sin embargo, su proceso de renovación o evolución urbana ha sido discrepante en relación con las ciudades europeas, en las cuales la industrialización comenzó antes y se desarrolló durante poco más de un siglo, permitiéndoles asimilar de mejor manera los cambios urbanos y sociales que se derivaron. En el caso de América Latina, no fue sino hasta 1920 que comenzaron a tener auge los procesos industriales, desarrollándose de forma acelerada hasta 1970.

Es decir, 170 años después que las ciudades de Europa, las ciudades latinoamericanas comenzaron a experimentar la industrialización y sus problemas inminentes, de forma que mientras en las primeras se hacía presente la tercera etapa de renovación urbana, las segundas apenas se iniciaban con la revolución industrial, etapa de gran importancia para la consolidación de la ciudad polarizada y detonante de nuevas formas de segregación socioespacial. Si bien, en algunas ciudades de países como Estados Unidos y Japón la industrialización se produjo un par de décadas después que en Europa, el lapso que tomó para llegar a América Latina fue más considerable.

La conservación del modelo de ciudad compacta hasta principios del siglo XX, o lo que es igual, el retraso urbano frente a las ciudades europeas y estadounidenses, provocó que en poco más de medio siglo las ciudades latinoamericanas experimentaran de forma más aguda todas las problemáticas que la industrialización traía consigo, principalmente la masificación de la población. Es decir, al ser las ciudades entendidas como mercados potenciales de trabajo, la urbanización fue acelerada como respuesta a la cantidad de población proveniente de entornos rurales que llegaba a ellas con la intención de emplearse en las fábricas que se construían.

Sin embargo, el proceso de urbanización sobrepasó al proceso de industrialización, comenzándose a consolidar ciudades sobrepobladas en las que la falta de empleo ahora era una cualidad. Si bien, a finales del siglo XX y principios del XXI las ciudades latinoamericanas adquirieron mayor complejidad como resultado de su adentramiento a la tercera etapa de renovación urbana caracterizada por proponer un urbanismo basado en la reflexión, no es correcto pensar que sus sociedades se han vuelto reflexivas. Da la impresión de que estas ciudades no han superado del todo la etapa de industrialización y, tanto en lo urbano como en lo social, la preocupación principal sigue siendo resolver las necesidades apremiantes antes que la reflexión.

Sin duda, las sociedades han evolucionado a la par que lo han hecho las ciudades, y considerando que la tercera modernidad (relativa a las ciudades fragmentadas) inició en Europa desde principios del siglo XX y que en América Latina apenas está comenzando, cae en la obviedad el hecho de que, en las primeras, las sociedades son más complejas, pero también más capaces de resolver las contrariedades que el mundo individualista representa, como es la segregación. En cambio, las ciudades latinoamericanas, menos desarrolladas social y urbanamente, padecen en gran medida por este fenómeno socioespacial que cada vez se torna más agudo, y realza las desigualdades sociales que se expresan a través del territorio urbano.

En el mismo sentido, la ubicuidad o capacidad de estar en varios sitios a la vez (aunque no físicamente) gracias a la tecnología, ha propiciado que el territorio urbano se expanda considerablemente dificultando su planeación y gobernanza. Esto se traduce en el espacio físico a través de la consolidación de conjuntos residenciales en formato cerrado,

alejados de las ciudades consolidadas y atractivos para las clases medias y altas, así como por la producción de asentamientos informales. Y es que ambas son dinámicas posibles de observar no sólo en Latinoamérica, sino también en otras ciudades de países con un desarrollo urbano superior.

De acuerdo a lo anterior y respondiendo a los cuestionamientos que se plantearon en un principio, las modificaciones del sistema económico y los avances tecnológicos incesantes detonados a partir de la edad moderna han influido en gran medida para la actual configuración del territorio urbano moderno. Asimismo, las dinámicas urbanas de las ciudades contemporáneas, altamente determinadas por el capitalismo cognitivo, impactan directamente a las relaciones sociales a través de una configuración fragmentada de ciudad, con emplazamientos distanciados y grupos de población distribuidos inequitativamente en el espacio físico que conforman estructuras sociales débiles.

Todo esto ha dado como resultado una crítica dinámica de segregación residencial que se ha favorecido de los procesos globales, surgiendo estructuras sociales poco sólidas. Es decir, las nuevas formas que han adoptado la economía, las políticas, las sociedades y las ciudades en todo el mundo, han fomentado la desigualdad en todos los sentidos, dentro de lo que nos compete, en lo urbano y social (socioespacial). Esta división socioterritorial desequilibrada sigue en aumento y es cada vez más evidente en ciudades de todos los tamaños. Debido a esto, se vuelve necesario analizar cómo se está organizando la población dentro del territorio urbano de acuerdo a las lógicas del mundo contemporáneo, y cuáles son las consecuencias o beneficios de dicha distribución de estructuras sociales.

En el siguiente apartado se expone una discusión sobre las principales investigaciones que se han realizado en distintas ciudades alrededor del mundo donde se aborda el tema de la segregación. La intención es demostrar que la fragmentación social expresada en el territorio urbano es un tema de vital importancia en la actualidad y que aún existen nichos de oportunidad en los cuales concentrar la atención para lograr explicar adecuadamente el fenómeno y contribuir a un mejor entendimiento del mismo, procurando anticiparnos a los retos que la separación de grupos podría suponer para las ciudades en el futuro próximo.

## **CAPÍTULO II. ESTADO DEL ARTE**

Los estudios con perspectiva global sobre segregación residencial tienen sus inicios en la Escuela de Chicago durante las primeras décadas del siglo XX, cuando autores como Park, Burgess y Wirth se concentraron en las manifestaciones étnicas y raciales del fenómeno entendiéndolo como una expresión natural de las diferencias, así como una consecuencia de la falta de integración social (Kaminker, 2015; Martori, 2007; Martori et al., 2006). El origen de esta forma de tematizar el fenómeno está basado en un modelo de ciudad cosmopolita donde el contacto, la diversidad y la mixtura deberían ser primordiales (Kaminker, 2015).

En principio, el darwinismo social dirigió las explicaciones de los procesos segregativos basados en la competencia, invasión y sucesión del espacio urbano. Aquellos individuos con elevado nivel social o actividades de mayor importancia para la estructura urbana y social se ubicarían en las mejores zonas, mientras que el resto tendría que adaptarse a las áreas más degradadas (Garín Contreras et al., 2009). Ante esta dinámica de separación de grupos, la polarización de las ciudades se hacía inminente.

Desde ese momento, se comienzan a evidenciar los patrones residenciales de segregación en el territorio urbano ocasionados por las diferencias en los niveles de ingresos de sus habitantes, conformando áreas socialmente homogéneas caracterizadas por su localización geográfica específica. Posteriormente, los estudios de segregación se basaron en los modelos de Hoyt (1939) y Harris y Ullman (1945), orientados a describir la diferenciación socioespacial pero mostrando ciertas deficiencias (Garín Contreras et al., 2009).

Más tarde, la década de 1990 fue el escenario en el que los estudios sociales y urbanos relacionados con patrones de urbanización y segregación residencial tuvieron auge como resultado de la pauperización de la situación social en América Latina (Kaminker, 2015). La tendencia fue comprender las consecuencias que tenía el neoliberalismo en las ciudades y cómo afectaba a la población urbana (violencia, delincuencia, aparición de subculturas, conformación de nuevos barrios étnicos), recuperando tradiciones de la sociología, la geografía y la antropología europea y norteamericana. Esto sin duda permitió avanzar en el entendimiento del fenómeno, pero generó confusión al trasladar acríticamente las

construcciones elaboradas en países distintos. Así, la segregación se constituyó como una problemática central en la agenda de estudios urbanos de la región (Kaminker, 2015).

Las investigaciones sobre segregación residencial se han intensificado en América Latina durante las últimas décadas, ya que sus efectos y modalidades están influyendo con mayor agresividad en la configuración socioespacial de las ciudades. La segregación es inherente a la vida urbana y la relevancia actual que se le imputa radica en su naturaleza socioeconómica, compleja de medir y explicar (Rodríguez & Arriagada, 2004). Una de sus principales cualidades en la actualidad es el patrón de ocupación de suelo urbano que refleja la separación espacial entre áreas de ricos y pobres, resultado de la planificación basada en la separación de actividades y los procesos de renovación urbana (Garín Contreras et al., 2009).

Estas nuevas formas de organización social dentro del territorio se vinculan con la construcción de nuevas redes viales, centros comerciales y una diversidad de equipamientos que refuerzan los procesos de segregación, ya que permiten el surgimiento de aglomeraciones urbanas aisladas conocidas como barrios cerrados. Esta tipología habitacional ha acaparado el interés de los estratos socioeconómicos medios y altos, hacia los cuales es dirigida la oferta en mayor proporción, excluyendo a las clases de escasos recursos para pertenecer a estos desarrollos, incentivándolos a tomar medidas de autosegregación como forma de protección ante la ciudad abierta.

Lo anterior, deriva en una serie de modificaciones al patrón tradicional de segregación residencial de las ciudades Latinoamericanas. Ahora los conjuntos cerrados se ubican cerca o dentro de zonas donde habitan los estratos socioeconómicos bajos causando el acortamiento de distancia física entre clases sin incentivar la interacción. Esta dinámica de segregación a pequeña escala ha potenciado las desigualdades en el territorio urbano del siglo XXI.

De esta forma, se hace necesario analizar los avances que han tenido los estudios sobre segregación residencial socioeconómica en los diferentes países en los que se ha abordado el tema hasta el día de hoy. Esto para identificar los vacíos de información que aún existen, permitiéndonos realizar un aporte pertinente que sirva de base para comprender cómo el fenómeno social se expresa en el territorio urbano de las ciudades contemporáneas,



sus niveles, modalidades y patrones. A continuación, se exponen los trabajos de investigación que consideramos más relevantes, elaborados por expertos de distintas partes del mundo, como Europa, Norteamérica, Latinoamérica, México y Colima.

### *2.1. Segregación residencial en Europa*

Martori, Hoberg, & Surinach (2006) analizaron la distribución de la creciente población inmigrante en el territorio urbano de la ciudad de Barcelona utilizando indicadores, de larga tradición, propuestos con un enfoque estadístico. Esta metodología les permitió cuantificar la segregación residencial de los grupos minoritarios y detectar las pautas que rigen el fenómeno. Cabe señalar que los grupos se conformaron a partir de la nacionalidad de los inmigrantes.

Dentro de sus resultados, obtuvieron que la segregación difiere de acuerdo al grupo estudiado, lo cual resulta muy obvio pues cada uno guarda características específicas (económicas, culturales, étnicas, raciales, de localización, etc.) que lo distinguen del resto. Por tanto, su representación en el espacio urbano, de acuerdo al atributo que se seleccione para la diferenciación, variará alterando los niveles de segregación, haciendo relevante detectar la cualidad con que se producen situaciones más críticas.

En un sentido muy general, la segregación residencial en una ciudad hace referencia al “nivel de desigualdad de la distribución de la población entre las diferentes zonas” (Martori et al., 2006, p. 50). De acuerdo con los autores, son dos las razones económicas que fomentan la propagación de la distribución inequitativa de grupos en el territorio urbano. La primera está relacionada con la nueva economía urbana que favorece el desarrollo de un modelo monocéntrico, en el cual las familias compiten por ubicarse en las proximidades del centro urbano. Sin embargo, la diferencia socioeconómica de las mismas provoca que haya una distribución desigual.

La segunda, tiene que ver con la concentración espacial de las familias de menos recursos en sitios específicos de la ciudad, propiciando la consolidación de zonas socialmente homogéneas. Por esta razón, tener una visión cuantitativa del fenómeno permite, desde la política pública y la planeación urbana, actuar sobre las áreas que sufren mayormente sus

efectos, con la finalidad de controlar la inequidad territorial en la distribución poblacional, motivando así la interacción e integración social entre estratos diferenciados.

En su trabajo, Martori et al. (2006) explican las primeras cuatro dimensiones de la segregación propuestas por Massey & Denton (1988), ya que son las que utilizaron para su análisis de distribución espacial de población inmigrante en Barcelona en búsqueda de patrones de localización por nacionalidad. Además, hacen énfasis en tres elementos que consideraron con especial atención para asegurar que el cálculo de la segregación fuera válido: la unidad espacial de referencia, la definición clara del atributo diferenciador para evitar ambigüedades en su entendimiento y la delimitación del área central para permitirse abarcar la dimensión de centralidad.

Dentro de sus conclusiones, determinaron que no existe relación entre el porcentaje de un grupo de población inmigrante (cualquiera que sea la nacionalidad) y los valores que se obtuvieron de la aplicación de los índices de segregación. En la medida de autocorrelación espacial rechazaron la hipótesis que se tenía sobre una distribución aleatoria de los colectivos de inmigrantes, teniendo que sí existe asociación espacial en dicha distribución. Finalmente, evidenciaron que los niveles de segregación, así como las pautas de localización, difieren cuando se cambia el grupo de análisis, y esas alteraciones son aún más evidentes cuando se analizan los mismos grupos en ciudades distintas.

A pesar de que el análisis que realizaron Martori et al. (2006) es muy explícito en cuanto a las formas de medir la segregación y los aspectos que consideraron para la obtención de los resultados, la dificultad para la diferenciación de grupos de inmigrantes por nacionalidad no se compara con la complejidad que representa clasificar grupos socioeconómicos, y más si hablamos de las ciudades latinoamericanas. La misma apreciación hacen Rodríguez & Arriagada (2004) cuando comparan la segregación racial con la segregación residencial socioeconómica. Por este motivo, el trabajo de estos autores, sin quitar mérito a su aporte, resulta un tanto sencillo, pues los datos que requirieron sobre los inmigrantes son accesibles y de fácil manejo.

Un elemento importante de rescatar de su estudio es el hecho de que para lograr que un análisis sobre segregación residencial pueda trascender en la actualidad, se vuelve

necesario utilizar diversas herramientas de medición, abarcando de forma global el fenómeno y contrastando los resultados a través de métodos correlacionales. En el mismo sentido, exponen que las variables culturales no explican las modalidades ni los niveles que adquiere la segregación, o al menos no con la misma claridad que lo hacen otros aspectos como la vivienda o el estatus socioeconómico (Martori, 2007; Martori et al., 2006).

De esta forma, podemos señalar que abordar el tema de la distribución de grupos en el territorio no es trabajo sencillo y su relevancia está ligada con el seguimiento que se le dé. Es decir, no podemos suponer que al estudiar sólo un periodo temporal seremos capaces de explicar cómo se manifiesta la segregación en un espacio urbano para un grupo determinado de población, sino que es necesario continuar analizando su proceso de evolución por medio de los índices que se han elaborado, detectando aquel que nos permita acercarnos con mayor precisión a nuestros objetivos.

Por ejemplo, mientras que para el caso español el estudio de la segregación es más viable desde el sentido de la inmigración, en América Latina tendría más importancia analizar cómo se comporta la distribución de los grupos socioeconómicos en el territorio, implicando muy seguramente la selección de métodos distintos. Sin embargo, el problema va más allá de la selección de un índice de medición, iniciando desde la conceptualización de la propia segregación, ya que quienes se han dedicado a estudiar el tema han propuesto múltiples conceptos para el fenómeno, haciendo necesario especificar aquel que se va a retomar.

La situación se complica cuando intentamos hacer comparaciones sobre segregación residencial entre ciudades debido a la gran cantidad de variantes que se pueden utilizar, desde la escala de desagregación hasta el tipo de diferenciación de los grupos sociales. Martori et al. (2006) señalan que los índices de disimilitud admiten comparaciones y su sencillez de cálculo impone cierta ventaja sobre los demás. Sin embargo, no debemos dejarnos llevar por la facilidad que nos genere un cierto tipo de índice, sino que como investigadores debemos tener la ética de seleccionar los métodos acordes a nuestras necesidades, aunque eso implique tener que recurrir a técnicas complejas de medición y análisis.

En cuanto a la segregación residencial, puede entenderse como un fenómeno contemporáneo que está presente en todas las ciudades en mayor o menor medida,

dependiendo de la dimensión y del grupo de población que se trate. De esta manera, pensar en que la distribución inequitativa de grupos en el territorio urbano, e incluso el no urbano, tienda a disminuir es una utopía. Por el contrario, seguirá aumentando direccionada por el nuevo modelo económico, las prácticas de movilidad y los avances tecnológicos que están redefiniendo la configuración de las ciudades del siglo en curso.

Abordar la segregación residencial por nacionalidad en las ciudades Europeas se ha vuelto relevante en las últimas décadas debido a los amplios colectivos de inmigrantes que se ven forzados a localizarse en los barrios o zonas más degradadas, teniendo como resultado una guetización del espacio (Martori, 2007). Es decir, se produce una alta concentración de inmigrantes de la misma nacionalidad en superficies urbanas de tamaño limitado que contribuyen a la modificación de los patrones tradicionales de distribución socioterritorial.

Por este motivo, en otro de sus trabajos realizado en 2007 también para el municipio de Barcelona, Martori (2007) analiza, a través de las herramientas de la estadística espacial, las pautas de distribución de once grupos con diferente nacionalidad y nueve de diferente categoría socioeconómica en el territorio urbano, y mide los niveles de segregación residencial de los mismos utilizando como unidad de análisis la sección censal. La metodología que utilizó fue de tipo cuantitativo, apoyándose en fórmulas matemáticas y datos estadísticos para obtener una visión más amplia del comportamiento de la distribución de grupos en el territorio urbano permitiendo contribuir en la construcción de políticas urbanas para las zonas más afectadas.

Para la conformación de grupos por nacionalidad y socioeconómicos, Martori (2007) recurre a información proporcionada por los censos de población relacionada con origen de procedencia para los primeros, y ocupación y nivel educativo para los segundos. Mientras que para el cálculo de los índices, que incluyen distancias y matrices espaciales en su formulación, se apoya en diferentes softwares<sup>1</sup>. Tanto los censos de población y vivienda como los programas de información geográfica se vuelven indispensables en el cálculo de la segregación residencial debido a que permiten obtener y trabajar cantidades considerables de información.

---

<sup>1</sup> Geoda, Mapinfo, Arcview.

Sin embargo, el aprovechamiento máximo de ambas herramientas depende directamente de la capacidad del investigador para analizar los datos y detectar aquellos que le permitirán obtener, de forma más precisa, los niveles de segregación espacial después de procesarlos, representándolos gráficamente para su mejor comprensión. No obstante, a pesar de contar con fuentes de información a nivel nacional, una de las dificultades principales radica en el establecimiento de la distinción de los grupos socioeconómicos mayoritario y minoritario, ya que se pueden considerar distintas variables para delimitarlos abriendo un debate sobre cuáles son las más adecuadas.

Las conclusiones de Martori (2007) dejan entender que, efectivamente, el grupo minoritario (13.80%) está representado por población no española, y la nacionalidad más segregada son los pakistaníes con un 75% de índice de desigualdad, porcentaje que es considerado crítico por ser superior al 60% (Massey & Denton, 1988). En las dimensiones de concentración o aislamiento, agrupamiento y centralización los pakistaníes también fueron los más segregados, entendiéndose que este grupo presenta los mayores problemas de distribución espacial en Barcelona, teniendo que ser especialmente atendido para lograr una mejor integración y representación del mismo en la ciudad.

En investigaciones previas, realizadas por el mismo autor, se tuvieron resultados más altos para los índices de segregación exceptuando el de aislamiento y centralidad, lo que evidencia una reducción en la escala urbana del fenómeno. Los grupos comienzan a adoptar una tendencia más equitativa de distribución en el territorio favorecida por los nuevos modelos habitacionales, desarrollo de infraestructura y la globalización, sin llegar a significar la construcción de relaciones sociales sólidas, sino mera cercanía.

De esta forma, aquellos índices que muestran el grado de igualdad en la distribución de un grupo en el territorio urbano se ven disminuidos y los que demuestran la concentración o agrupamiento se ven aumentados. Los patrones actuales de segregación residencial reflejan la consolidación de zonas más pequeñas y diferenciadas con lazos sociales cada vez más débiles que, más que disminuir los niveles de segregación urbana, expresan el surgimiento de una nueva modalidad de separación espacial donde la distancia toma una importancia

superior, convirtiendo a la ciudad polarizada (de ricos y pobres) en un espacio multipolarizado<sup>2</sup>.

Así como ya no es posible referirnos a la totalidad de una ciudad en cuestiones de ocupación territorial (Cortés, 2008), tampoco podemos referirnos a la sociedad de forma general considerando sólo dos grupos. Es indispensable clasificar a los estratos de la población en categorías más definidas para entender sus dinámicas territoriales. Esto implica un incremento en la dificultad para trabajar la segregación residencial ya que, si bien antes se tenía la ventaja de trabajar únicamente con dos grupos de individuos estrictamente diferenciados, ahora se ha perdido tal virtud, teniendo que analizar previamente la configuración de la escala social antes de su forma de distribución en el territorio de la ciudad.

En el mismo sentido, García Palomares & Gutiérrez Puebla (2007) realizaron, de forma empírica y desde una perspectiva que prioriza las diferencias espaciales, un análisis de las transformaciones recientes en los espacios residenciales de la periferia de Madrid, España, poniendo especial atención al crecimiento del parque de vivienda, las tipologías edificatorias y las densidades de los espacios residenciales. Mencionan que las metrópolis actuales están experimentando un proceso de transformación urbana, pasando de ciudades compactas a discontinuas, dispersas y fragmentadas. Los efectos de este cambio se han dejado sentir más en sus estructuras territoriales periféricas, reorganizando a la población en forma de nuevos desarrollos habitacionales de baja densidad que se articulan con las áreas funcionales, siendo característicos ya no sólo de los estratos acomodados, sino también de la clase media.

Parte de su objetivo fue identificar las características que definen los nuevos espacios residenciales en el área de estudio. Para esto, tomaron como fuentes de referencia el censo de población y vivienda, que les ofrecía información sobre la evolución del parque de vivienda y la tipología de las mismas; y el microseccionado de la comunidad de Madrid, para los datos correspondientes a los espacios residenciales, usos de suelo actuales y previstos, así

---

<sup>2</sup> El espacio multipolarizado se refiere a los nuevos esquemas de ciudad que se han venido consolidando, a través del tiempo, como consecuencia de las modificaciones políticas, económicas, sociales y tecnológicas. Es decir, se han conformado subcentros y han surgido nuevos modelos habitacionales, como los fraccionamientos cerrados, que terminan por generar afectaciones en las dinámicas socioespaciales, principalmente discontinuidades urbanas que impulsan la fragmentación social, esto sin importar la clasificación o el tamaño de la ciudad.

como la distribución de la población en el territorio. La escala de agregación que utilizaron fue doble, abarcando el nivel municipal según coronas de distancia a la capital y de acuerdo a sectores metropolitanos.

En sus conclusiones, exponen que el espacio metropolitano de la ciudad de Madrid está experimentando profundos e intensos cambios en su periferia con una tendencia a la conformación de suburbios, de forma similar que sucede en las ciudades norteamericanas. En los últimos años, la característica de las nuevas periferias ha sido el desarrollo residencial extensivo, el cual contrasta con la urbanización que se tenía en las periferias durante la segunda mitad del siglo XX. Parte de esta situación se debe al aumento de las viviendas unifamiliares y las renovaciones arquitectónicas de los conjuntos multifamiliares, surgiendo islas residenciales conectadas con la ciudad, pero separadas física y socialmente unas de otras.

Ahora, los desarrollos compactos se han sometido frente al urbanismo difuso, donde la explotación del suelo es una actividad que ha pasado a ser controlada por los intereses particulares del sector inmobiliario y, aunado a la mejora de los transportes y la descentralización del empleo, equipamientos y servicios, tiene la capacidad de segmentar a la población de forma residencial. De esta manera, se prioriza la construcción de desarrollos residenciales periféricos, de aparente uniformidad y diferenciados por el poder adquisitivo de sus habitantes, causando una expansión del territorio que no se corresponde con el crecimiento demográfico de las áreas metropolitanas en general, no sólo la de Madrid.

Aunque adoptar este modelo residencial de tipo expansivo puede significar una mejora en los estilos de vida de las personas, en el caso madrileño, también supone algunos problemas de sostenibilidad. Destacan la gran cantidad de suelo que se consume, las grandes distancias que hay que recorrer para trasladarse de un lugar a otro y el uso intensivo de medios de transporte privados como el automóvil. Esto último se traduce en un mayor consumo de combustibles y costo de mantenimiento y construcción de infraestructura de transporte.

Por su parte, Checa-Olmos, Arjona-Garrido, & Checa-Olmos (2011) estudiaron la segregación espacial que sufren los inmigrantes de origen extranjero en la ciudad de Andalucía, España, así como las principales causas que la explican. De acuerdo con los

autores, la diferenciación residencial se ha convertido en una constante en todo proceso de configuración urbana, y dibuja las desigualdades sociales y las fronteras que separan a los grupos sociales. Además, se crean contextos de mayor heterogeneidad en los que las distinciones residenciales preexistentes se ven aumentadas.

Su objetivo principal fue cuantificar la segregación residencial, por lo que su metodología se enmarca dentro del ámbito cuantitativo. Para esto, aplicaron diferentes técnicas de investigación y de consulta de datos, en las que incluyeron la utilización de los índices de disimilitud e interacción, además de la aplicación de una encuesta a la población de inmigrantes que les permitiera conocer los elementos que determinan el proceso segregativo en la zona, principalmente aquellos referidos a las características de los grupos. La escala de agregación con la que realizaron su análisis fueron las secciones censales, y dividieron a la población en cinco categorías de acuerdo a su país de procedencia (considerados en vías de desarrollo): América, África, Europa de la Unión, resto de Europa y Asia.

Asimismo, como forma de complementar los datos cuantitativos, incorporaron la perspectiva cualitativa por medio de la observación directa intensiva. Esta técnica de observación les permitió profundizar en algunos de sus objetivos surgidos de las visitas de campo, y consistió en la aplicación de entrevistas de opinión no dirigidas cuya finalidad no fue tabularlas, sino más bien conocer la opinión de los inmigrantes y de algunos agentes del sector inmobiliario.

Los resultados que obtuvieron demuestran que el mercado residencial de los municipios donde se concentran los inmigrantes se encuentra segmentados a partir de su nacionalidad (los asiáticos y africanos fueron los más afectados), y las causas que lo provocan se relacionan con cuestiones económicas y de exclusión étnica. Sin embargo, de forma general y comparada con otros sitios, la segregación que sufre la población inmigrante en Andalucía no es excesivamente elevada, teniendo en cuenta que los datos generados podrían estar infrarrepresentados considerando el tamaño poblacional de los grupos y las secciones censales que se utilizaron.



Otra de sus conclusiones, que vale la pena mencionar, es que la segregación residencial de las personas extranjeras se sigue acentuando como consecuencia de las diferencias salariales, la falta de actuación administrativa y las actitudes de discriminación de los españoles locales. También sobresalen otros motivos como la nueva configuración urbana con tendencia a la diversidad poblacional, que desde sus inicios se ha caracterizado por su poder segregador y, en este caso, ha tenido implicaciones en la calidad de vida de los actores sociales en cuestión.

Martori et al. (2006), Martori (2007), García Palomares & Gutiérrez Puebla (2007) y Checa-Olmos et al., (2011) demuestran la importancia de analizar la segregación residencial de forma global aplicando distintos índices y seleccionando la situación (racial, socioeconómica, étnica, etc.) que supone mayores contrastes poblacionales. Además, hacen evidente la necesidad de continuar estudiando el comportamiento de la segregación en los diferentes países, aunque su comparabilidad resulte compleja por los diversos enfoques que se le pueden dar al concepto.

Ya que la segregación residencial existe en todas las ciudades contemporáneas (Martori, 2007), mientras más conocimiento se tenga sobre los patrones de distribución poblacional en éstas, más será la certeza con la cual tratar de contrarrestar la situación a través de la acción política, sólo si concluimos que sus impactos son de carácter negativo, lo cual parece ser así o, al menos, así se consideran en muchos de los casos. Intervenciones correctas por parte del estado en materia de vivienda y política habitacional llevarán a la no segregación, mientras que su retirada de ambos temas significará un aumento de la misma (Martori, 2007).

Por otra parte, tomar en cuenta un horizonte temporal amplio es imprescindible para establecer que ha habido cambios en la distribución espacial de determinado grupo. Si bien los censos de población, los índices desarrollados para la medición de la segregación residencial y las distintas unidades espaciales que podemos elegir para nuestros análisis juegan un papel fundamental, dedicar nuestros esfuerzos a un periodo de tiempo limitado puede ocasionar la ausencia de relevancia en nuestros resultados, ya que difícilmente habrá un punto de referencia con el cual contrastarlos y que permita determinar que realmente las dinámicas urbanas de localización de las distintas esferas sociales se han transformado.

De acuerdo con lo anterior, es evidente que la investigación sobre segregación residencial en las ciudades europeas se ha enfocado en la población inmigrante y su nacionalidad de procedencia, pues esta cualidad se ha convertido en uno de los principales ejes explicativos del fenómeno estudiando, con menor énfasis, la separación de los grupos sociales a partir de sus condiciones económicas. Además, las metodologías que han sido utilizadas son de tipo cuantitativo apoyadas en la estadística espacial e información proporcionada por los censos de población y vivienda, dejando de lado la implementación de técnicas cualitativas que permitan el contacto directo con los individuos para conocer su percepción del fenómeno.

Asimismo, queda pendiente elaborar una categorización social específica con la cual delimitar a los distintos estratos que residen en la ciudad, tomando en cuenta una perspectiva económica. Aunque existe la iniciativa de dividir a la población a partir de su ocupación y nivel educativo, quizá haya otras variables que reflejen una distinción más nítida de su situación social, lo cual habría que corroborar. Si bien, la problemática principal que enfrenta la ciudad se vincula con los grupos de inmigrantes que llegan, la inserción de éstos en el mercado laboral tendrá una alta incidencia en su forma de distribución en el territorio urbano y en la de los grupos originarios, haciendo pertinente analizar la configuración espacial de las ciudades bajo la óptica socioeconómica.

A pesar de los temas que aún quedan faltos de investigar, debemos reconocer que los autores abordan análisis de manera integral incluyendo más de una dimensión de la segregación en sus trabajos, diferenciando con más de un atributo a los individuos (nacionalidad y posición económica), e incluso utilizando una escala de desagregación del territorio apropiada para explicar con detalle la organización de la población en el espacio urbano. Esta característica debe ser retomada para futuras investigaciones, puesto que es la única forma de comprender más claramente el comportamiento de la distribución de grupos sociales en las ciudades, y más ahora que se ha expandido a nivel mundial la tendencia de reducción de la escala de segregación residencial, acercando a los diferentes estratos, originando la aparición de nuevos patrones socioespaciales.

## *2.2. Segregación residencial en Norteamérica*

Duncan & Duncan (1955) mostraron preocupación por encontrar una forma contundente de medir matemáticamente la segregación residencial racial a principios de la segunda mitad del siglo XX. Durante este periodo, la validación de los índices de segregación comenzó a perfilarse como una de las principales problemáticas, no sólo para dimensionarla, sino también para justificar adecuadamente la investigación sociológica sobre el tema. Si bien hasta ese entonces habían sido expuestos en la literatura varios índices para medir el fenómeno, demostraron que todos éstos podían ser considerados como funciones de un constructo geométrico único, la curva de segregación.

A partir de esto se desarrollaron varias implicaciones importantes, como que los índices de segregación residencial propuestos tienen un número inadvertido de interrelaciones que pueden ser demostradas matemáticamente; algunos índices contienen propiedades matemáticas, de las cuales sus creadores no fueron conscientes, que conducen a una dificultad de interpretación; y como consecuencia de lo anterior, el estado del trabajo empírico elaborado con índices de segregación será cuestionable y su validez para la investigación posterior indeterminada (Duncan & Duncan, 1955). De esta forma, el trabajo de Duncan & Duncan (1955) constituye un resumen de análisis matemáticos elaborados para distintos índices relacionados con la curva de segregación, donde dejan entender la dificultad que supone la construcción de un algoritmo de medición de la segregación.

Desde nuestra postura, uno de los problemas más críticos a los que se enfrenta cualquier análisis de segregación residencial radica en la variedad de criterios que han sido expuestos para la selección de un índice de medición, sin llegar a haber un consenso entre expertos sobre cuáles deberían ser retomados de acuerdo a la precisión de los resultados que permiten obtener, idea que comparten Duncan & Duncan (1955). Sin embargo, la diferencia de perspectivas e información impiden que se logren establecer fórmulas estandarizadas de medición a nivel internacional, recurriendo a adecuaciones de las mismas quizá no de planteamiento, pero sí de los datos requeridos para su aplicación, dependiendo de las necesidades del estudio a realizar.

Asimismo, Duncan & Duncan (1955) mencionan que no se ha enfatizado suficiente en que los resultados empíricos obtenidos a través de la utilización de cualquier índice de medición de la segregación residencial pueden ser fuertemente afectados por las propiedades

matemáticas de los mismos, por lo que una modificación mínima en la fórmula derivará en cambios de magnitud considerable. Además, es necesario entender que los índices de segregación permiten establecer relaciones entre grupos de población con características diferentes en unidades espaciales previamente delimitadas, por lo que deben ser trabajados de forma independiente sin intentar mezclar información distinta a la requerida durante el proceso. Una vez calculados los niveles de segregación se podrán hacer correlaciones con variables ajenas al tema, por ejemplo, de salud o demográficas.

En los documentos que tratan el tema de los índices de segregación mucho se ha hablado sobre las dificultades de su uso e interpretación. No obstante, hay algunos puntos que se deben tratar con detenimiento. En primer lugar, muchos de los índices asumen que la segregación puede ser medida sin necesidad de considerar los patrones espaciales de distribución de la población en una ciudad. Los grupos sociales (independientemente de la cualidad que los distinga) pueden adoptar formas de localización espacial diferenciadas, es decir, encontrarse estrictamente agrupados conformando zonas homogéneas, o dispersos a manera de islas contribuyendo a la heterogeneidad, por mencionar algunas, condición que obliga a repensar la inclusión de los patrones de distribución poblacional para el planteamiento de los índices.

En segundo lugar, tanto las múltiples formas de organización territorial de las esferas sociales como de expresión de la segregación impiden que el análisis, para cualquier ciudad, sea válido si se recurre sólo a una forma de medición, teniendo que hacer uso de más de uno de los índices para tener una visión más amplia del fenómeno y tener los fundamentos suficientes para ser capaces de explicarlo (Duncan & Duncan, 1955). Aunque su investigación está enfocada en la segregación residencial racial en Chicago, Duncan & Duncan (1955) señalan que los factores socioeconómicos (como el estatus ocupacional) están altamente relacionadas con los patrones socioespaciales marcando evidentes diferencias entre la zona norte y sur de la ciudad, situación por la que deben ser considerados en análisis posteriores.

De acuerdo con lo anterior y debido a la complejidad que asumen los patrones socioespaciales de la población, además de implementar más de un índice de medición, es necesario replicar dichas mediciones conformando grupos sociales a partir de variables diferenciadas manteniendo la misma escala espacial, con la finalidad de alcanzar un

entendimiento más profundo del comportamiento de la segregación y bajo qué condiciones se agravan los resultados. Entonces, se vuelve indispensable continuar con la construcción de conocimiento sobre la medición de la segregación residencial para lograr establecer bases matemáticas y empíricas que hagan posible anticiparnos a sus efectos, como la proliferación de amplias zonas homogéneas socialmente o el desplazamiento de estratos bajos por otros superiores, causando la expansión urbana.

Uno de los principales aportes de Duncan & Duncan (1955) fue la construcción del índice de disimilitud (D) para el cálculo de los niveles de segregación residencial. Esta fórmula permite determinar qué tan equitativa es la proporción entre dos grupos sociales diferenciados en una subunidad territorial tomando como referencia la unidad espacial de orden superior. Los autores demostraron que había poca información para aplicar cualquier otro índice ajeno al de disimilitud, por lo que los estudios del fenómeno con una metodología distinta serían deficientes, situación que fue nuevamente reafirmada por Taeuber & Taeuber (1965) años después.

De esta manera, el índice de Disimilitud se convirtió, por más de 20 años, en una medida estándar de la segregación residencial empleada para conocer el nivel de segregación entre dos grupos sociales. Y a pesar de que es uno de los índices referentes para medir la segregación en la actualidad, fue ampliamente criticado por Cortese, Falk & Cohen (1976) por no incorporar información sobre la configuración de las unidades en el espacio (Martori & Hoberg, 2004). No obstante, su desacuerdo no tuvo un impacto directo en la forma de medir la segregación residencial ya que los ajustes que proponían nunca fueron adoptados.

Sin embargo, indirectamente, provocó nuevas formas de pensamiento sobre cómo dimensionar el fenómeno, volviendo a poner en la mesa el viejo debate sobre la medición de la segregación. A partir de ese momento, el campo de la segregación entró en un estado de desarrollo teórico y metodológico, por lo que comenzaron a surgir múltiples propuestas de conceptualización y formas de medición, incluso redescubriendo viejos índices, que cuestionan los méritos del índice de disimilitud e intentan corregir sus “deficiencias” (Massey & Denton, 1988).

A la vez que se intenta avanzar en la construcción de un algoritmo capaz de expresar los niveles reales de segregación residencial de una ciudad, se retrocede en el campo de las comparaciones. Es decir, los estudios sobre segregación residencial se han seguido realizando, pero han recurrido a diversas metodologías relacionadas con las posturas particulares de los investigadores quienes, en su afán por mejorar la precisión de sus análisis matemáticos, terminan impidiendo que los resultados obtenidos para ciudades de distinto país, e incluso del mismo, puedan ser contrastados. Si bien, ahora hay otras formas de mensurar la segregación que suponen ser más exactas, también se ha logrado restar relevancia al nuevo conocimiento por su limitada compatibilidad con otros estudios, aunque esto no es generalizado.

Por su parte, White (1983) coincide en que la segregación espacial de grupos sociales ha recibido especial atención por parte de los sociólogos y en que el índice de disimilitud (D) se ha convertido en referente para el cálculo de la misma. Sin embargo, es uno de los autores que expanden el debate sobre la idoneidad de este índice planteando que debe ser reformulado incorporando la cuestión espacial. En su trabajo donde mide la segregación residencial racial en 17 zonas metropolitanas de Chicago, propone una metodología que muestra la relación de proximidad espacial entre secciones geográficas (característica ausente en el índice de disimilitud y sus similares) haciendo posible distinguir entre patrones residenciales de agrupamiento individual o múltiple. Sus resultados demostraron que la distancia promedio entre personas blancas es de 20.30 millas, para las personas de color es de 9.60 millas y entre blancos y de color de 18.30 millas. Esto sugiere que la distribución residencial de la población de color en el área urbana de Chicago es relativamente concentrada.

A diferencia de Duncan & Duncan (1955) quienes explican la segregación espacial con una perspectiva de uniformidad como el desequilibrio entre proporciones de población con cualidades diferidas reflejadas en el territorio urbano, White (1983) comienza a tener una visión más amplia del fenómeno señalando que puede entenderse desde dos sentidos. En sociología, se refiere a la ausencia de interacción entre grupos sociales, mientras que, para la geografía, se trata de la desigualdad en la distribución de grupos sociales en el espacio físico. La existencia de un tipo de segregación no asegura la presencia del otro, y menos aún en una

sociedad de estratos como la que tenemos hoy en día, donde la segregación social puede ser absoluta incluso cuando los miembros de distintos estratos se encuentren próximos en el espacio físico (White, 1983).

La segregación deja de ser entendida como una repartición uniforme de la población en la ciudad y comienza a complejizarse, ahora la interacción social y la distancia física entre grupos pasan a formar parte del fenómeno. Aunque la proximidad espacial no justifique del todo la forma en que se desarrollan las relaciones sociales, puesto que hay otros factores que intervienen como la raza o el nivel económico, tomarla en cuenta adquiere importancia para comprender con mayor claridad los patrones de distribución socioespacial.

A pesar de las bondades que ofrece el índice de disimilitud, como su facilidad de aplicación e interpretación, sus debilidades salen a la luz cuando observamos que no considera la relación espacial entre unidades geográficas. Es decir, para los cálculos, las unidades territoriales de análisis son manejadas de forma independiente y no interrelacionadas entre sí, ignorando la similitud o diferencia de su composición social con respecto al resto de las que se encuentran más próximas.

De ninguna forma intentamos quitar mérito al índice propuesto por Duncan & Duncan (1955), ya que está plasmado en la literatura que retomar sus planteamientos es un primer paso para cualquier estudio de segregación residencial. Lo que tratamos de exponer es la diferencia de percepciones sobre cómo medir la distribución espacial de la población en las ciudades, siendo responsabilidad de cada investigador, dependiendo de sus necesidades, ideologías y bagaje, la selección del índice que más crea conveniente a sus intereses.

Lo que White (1983) intenta explicar es que, al implementar el índice de disimilitud, independientemente de los resultados que obtengamos, y posteriormente hacer una redistribución de las unidades espaciales, las proporciones de los grupos seguirán siendo las mismas. Sin embargo, al añadir la cuestión de proximidad física, seremos capaces de conocer, además de cómo se distribuye proporcionalmente la población en cada unidad territorial independiente, si hay una tendencia hacia el agrupamiento de individuos de la misma clase en algún sector de la ciudad contribuyendo a la conformación de guetos, o si por el contrario,

se encuentran dispersos a manera de islas urbanas. A esta forma de entender la segregación residencial se le denomina el problema del tablero de ajedrez (White, 1983).

Lo anterior se vincula con la escala de análisis, la cual, para el cálculo de la segregación residencial, debe procurar ser el mayor nivel de desagregación geográfica que la información nos permita (White, 1983). Tanto el estudio de Duncan & Duncan (1955) como el de White (1983) no son recientes, pero fueron dos de los que sentaron las bases para comprender la segregación como se hace actualmente. Desde mediados del siglo XX, las preocupaciones por temas como la escala de análisis, el índice de medición o las cualidades diferenciadoras ya estaban presentes, y siguen siendo puntos de desacuerdo entre los investigadores contemporáneos, evidenciando la complejidad que supone cuantificar la segregación urbana.

Autores como Massey & Denton (1988), también han dedicado sus esfuerzos a analizar y seleccionar una serie de índices propuestos que permitan medir adecuadamente el nivel de segregación residencial en las distintas subunidades territoriales en que se pueden dividir las ciudades. A pesar de que su trabajo fue elaborado hace poco más de tres décadas sigue siendo uno de los más relevantes en la materia, y es tomado como base por la gran mayoría de los investigadores que se han propuesto a analizar el fenómeno en épocas recientes, realizando sólo algunas adecuaciones a la información requerida por las ecuaciones que proponen.

Desde su perspectiva, la segregación residencial debe ser entendida como un fenómeno multidimensional que puede ser medido desde cinco ejes o dimensiones distintas: uniformidad, exposición, concentración, centralización y agrupamiento (o clustering). En su metodología, utilizaron una amplia serie de datos obtenidos de distintas áreas metropolitanas de Estados Unidos, lo cual les permitió interrelacionar los índices y analizar sus factores, produciendo consistentes matrices de patrones relacionadas con la estructura dimensional propuesta. Así, seleccionaron un índice representativo para cada una de las dimensiones de la segregación residencial, recomendando adoptarlos como indicadores estándar en futuros estudios.



Si bien, se han desarrollado documentos que intentan evaluar los diferentes índices contrastándolos unos contra otros, ninguno ha logrado incluir la totalidad de los que han sido propuestos, y tampoco se han aplicado sobre una muestra representativa de ciudades. Por este motivo, Massey & Denton (1988) realizan la evaluación metodológica y sistemática de 20 índices potenciales para la medición de la segregación residencial identificados en la literatura. Clasifican los índices conceptualmente y explican cómo cada uno de éstos se corresponde con una de las cinco dimensiones espaciales de la segregación. La relevancia de su análisis radica en que los índices son probados a través de la medición de la segregación residencial de tres grupos minoritarios de blancos no hispanos en 60 áreas metropolitanas.

Los resultados son correlacionados y su comportamiento empírico es examinado mediante el análisis factorial, determinando cinco ejes que corresponden a las dimensiones de variación espacial que identifican. De esta forma, basados en la revisión conceptual y el análisis empírico, seleccionan un índice único para cada una de las cinco dimensiones de la segregación, y apoyados en un análisis factorial final confirman que estos índices son los mejores para medir, comprender e interpretar gráficamente los niveles de segregación residencial en las ciudades.

En general, la segregación residencial hace referencia al grado en que dos o más grupos viven separados entre sí, ubicándose en distintas partes del territorio urbano (Massey & Denton, 1988). Aunque es aparentemente sencillo de comprender, cada una de sus dimensiones representa una conceptualización diferente de la segregación, entendiéndose que existe *uniformidad* cuando los miembros de dos grupos, uno mayoritario y otro minoritario, se encuentran distribuidos de forma equitativa en las subunidades territoriales tomando como referencia su representación en la unidad territorial de orden superior; la *exposición* se refiere al grado de contacto potencial o de posible interacción entre miembros de distintos grupos sociales (mayoritario y minoritario) que comparten un mismo espacio; la *concentración* se produce cuando un grupo minoritario ocupa un espacio físico limitado en el territorio urbano; la *centralización* es el grado de cercanía en que un grupo se encuentra respecto al centro de un área urbana; y por último, el *agrupamiento* se genera cuando las unidades espaciales ocupadas por miembros de la minoría se encuentran próximas unas de otras formando enclaves contiguos.

De forma particular, la dimensión de uniformidad se refiere a la desigual distribución de dos grupos sociales en las subunidades territoriales de una ciudad. En este caso, un grupo minoritario o mayoritario estará segregado si no se distribuye de forma equitativa en todas las subunidades espaciales tomando como referencia su representación en la totalidad de la ciudad. La uniformidad no puede ser medida en un sentido absoluto, sino que debe hacerse en relación a otro grupo, por lo que una uniformidad mayor de ambos grupos tendrá como resultado un nivel de segregación bajo. Por el contrario, la segregación será máxima y la uniformidad mínima cuando tanto el grupo mayoritario como el minoritario no compartan áreas de residencia en común. El índice más utilizado para medir esta dimensión de la segregación es el de disimilitud (D).

La dimensión de exposición se trata, como ya se dijo antes, del grado de contacto e interacción potencial entre miembros de un grupo mayoritario y uno minoritario ubicados en determinada área geográfica de la ciudad. Los índices de exposición se encargan de medir la probabilidad de que los miembros de una minoría y una mayoría, que comparten un área residencial en común, se encuentren físicamente. Así pues, la exposición depende directamente del tamaño de los grupos que son comparados, entendiendo que un grupo minoritario tendrá más probabilidades de contacto con un grupo mayoritario cuando la diferencia de tamaño sea considerable, independientemente del patrón de uniformidad que presenten. Contrario a lo anterior, si la diferencia del tamaño entre grupos es mínima, la posibilidad de contacto del grupo minoritario tenderá a disminuir. El índice de mayor relevancia para esta dimensión es el de interacción ( $xP*y$ ), que mide la probabilidad de interacción entre miembros de una minoría (X) y un grupo mayoritario (Y).

Por otra parte, la dimensión de concentración muestra la cantidad de espacio físico ocupado por un grupo minoritario en el territorio urbano. Los grupos que ocupan un área pequeña con respecto a la superficie de la ciudad estarán altamente concentrados representando niveles de segregación residencial considerables. De acuerdo con Massey & Denton (1988), el índice más recomendado para medir esta dimensión del fenómeno es el de concentración relativa (RCO), sin embargo, supone gran complejidad para ser determinado. Así pues, implementaremos el índice Delta (DEL), ya que es el más utilizado para medir el

grado de concentración de un determinado grupo social y es mencionado recurrentemente en la literatura.

La dimensión de centralización expresa el grado al que un grupo se encuentra espacialmente localizado cerca del centro de un área urbana. Los grupos que se consolidan próximos a las áreas centrales de la ciudad también tienden a mostrar algún grado de concentración, aunque esto no necesariamente tiene que ser así. En los Estados Unidos, la centralización se vuelve un componente de la segregación residencial porque la discriminación de las minorías, que pertenecen a estratos socioeconómicos bajos, los obliga a abandonar los centros urbanos.

En los países más industrializados, algunas minorías raciales y étnicas aún están concentradas en áreas centrales, habitando las casas más viejas de la zona. Sin embargo, los programas de renovación urbana han terminado por generar un proceso de gentrificación, expulsando a los antiguos habitantes hacia áreas periféricas. El grado de centralización siempre se ha mostrado como una preocupación para el campo de la sociología, y el índice para medirla es el de centralización relativa (RCE).

La última dimensión de la segregación residencial es el grado de agrupamiento espacial exhibido por un grupo minoritario, es decir, en qué medida las áreas habitadas por miembros de dicho grupo se unen o agrupan entre sí en el territorio urbano. Mientras que las dimensiones anteriores se enfocan en cómo se distribuye un grupo con respecto a otro entre unidades espaciales o tomando como referencia un punto fijo de la ciudad, como su zona central, la agrupación se refiere a la distribución de las áreas minoritarias entre sí.

Un alto nivel de agrupamiento implica una estructura residencial donde las áreas minoritarias se encuentran contiguas o muy cerca creando un gran enclave étnico o racial, en tanto un bajo nivel de agrupamiento indica que las áreas minoritarias se encuentran dispersas en la ciudad. Es decir, si determinado grupo muestra un alto grado de homogeneidad muy probablemente estará en una situación de agrupación. El índice apropiado para medir el agrupamiento es el de proximidad espacial (SP).

Parte de lo que vale la pena rescatar del trabajo de Massey & Denton (1988) es su argumentación sobre lo poco fructífera que ha sido la discusión sobre la medición de la

segregación. Los investigadores han pretendido establecer un índice único y descartar el resto, cuando en realidad la preocupación principal debería radicar en llegar a un consenso sobre las dimensiones del fenómeno y proponer formas de medición específicas para cada una de ellas. Al tratarse, la segregación residencial, de un constructo global multidimensional (uniformidad, exposición, concentración, centralización y agrupamiento), no sería correcto medirlo por medio de una fórmula única, debido a que no seríamos capaces de obtener una visión completa de su comportamiento.

Cada dimensión se corresponde con un proceso de distribución socioespacial con implicaciones específicas y cada una representa una faceta diferente de lo que los investigadores llaman segregación. Un grupo altamente centralizado, espacialmente concentrado, inequitativamente distribuido, estrechamente agrupado y mínimamente expuesto a otro, podría considerarse que se encuentra en una situación de máxima segregación. La importancia del análisis de la segregación residencial, en la totalidad de los ejes en que se divide, radica en que los grupos tienden a segregarse en más de una dimensión.

Hablando de estudios más recientes, Arriagada Luco (2006) comparó las pautas de segregación residencial de tres grandes áreas metropolitanas, Gran Santiago en Chile, y Toronto y Vancouver en Canadá. De acuerdo con el autor, ambos países muestran indicadores de segregación elevados, pero difieren en sus dinámicas y grados de integración social. Así, mientras el Gran Santiago exhibe graves problemas de segregación socioespacial vinculada con la cuestión económica, las ciudades canadienses presentan una segmentación urbana que no está asociada con la división de la población, conservando altos niveles de integración urbana.

Es justamente, el alto contraste urbano y social entre las ciudades lo que condujo a su elección. Sobresale el hecho de que Toronto y Vancouver han sido elegidas por mucho tiempo como las mejores ciudades del mundo para vivir, caracterizadas por conservar una alta multiculturalidad social, políticas más sólidas que promueven un contexto socioespacial conformado por vecindarios diferenciados en cuanto al origen de sus residentes, pero distribuidos equitativamente y una gradiente de densidad poblacional que disminuye conforme aumenta la distancia al centro. Por otra parte, el Gran Santiago es considerado como un centro de negocios segregado por clases sociales, tiene una baja representación de

población inmigrante y los bienes públicos urbanos se concentran en los sectores de mayor prestigio (Arriagada Luco, 2006).

En su trabajo, Arriagada Luco (2006) incluye una revisión del estado de la investigación sobre segregación residencial socioeconómica en los dos países y realiza un estudio comparativo de la segregación de inmigrantes internacionales basado en una tipología de identificación de barrios específica para los Estados Unidos y el índice de disimilitud de Duncan. Dentro de sus conclusiones, examina las condiciones de las áreas de estudio e identifica las acciones que, desde la política urbana, podrían ser aplicadas para contrarrestar los efectos de la segregación residencial y alcanzar un bienestar mayor para la sociedad.

Menciona que los indicadores de segregación mostraron un cambio en la expresión del fenómeno en ambas ciudades, habiendo una reducción de la escala con que se presenta, lo que también se conoce como “la forma urbana global” (Arriagada Luco, 2006). Específicamente para Santiago, se evidenció que ahora los estratos pobres y las clases medias coexisten en el mismo espacio, y la autosegregación de las élites se ha moderado a gran escala, pero siguen localizándose distanciados de los pobres. Para Toronto y Vancouver la situación es distinta, se trata de ciudades que albergan una sociedad muy diversa, con oportunidades de ascenso económico, alta calidad de vida y problemas de integración social moderados.

Por otra parte, Nieves-Ayala (2012) determinó, para el año 2000, la existencia de diferencias en la distribución espacial de la población de las seis áreas metropolitanas de Puerto Rico, considerando el comportamiento de las variables ingreso, educación y ocupación. Su investigación se circunscribe bajo el enfoque de tipo cuantitativo, utilizando variables dependientes e independientes y realizando la medición y el análisis de las relaciones causales entre ellas. Además, tiene alcance descriptivo y explicativo, así como temporal transversal, y utiliza como fuente de datos información del censo de población y vivienda.

Su interés por abordar el estado de Puerto Rico gira en torno a los escasos antecedentes de investigación sobre segregación residencial socioeconómica que hay en sus

ciudades, muchos de los cuales en realidad están enfocados en diferenciar entre pobreza urbana y rural. Asimismo, sus áreas metropolitanas presentan una configuración socioespacial que se asemeja al modelo latinoamericano de centro-periferia, el cual determina la localización de grupos ricos y pobres. No obstante, se comienza a vislumbrar un proceso de apropiación de espacios residenciales periféricos por parte de los sectores de mayores ingresos, similar a lo que está sucediendo en las ciudades norteamericanas.

En su metodología, incorpora los índices de entropía, disimilitud y centralización, altamente reconocidos en los estudios de segregación residencial que se llevan a cabo hoy en día y correspondientes a las dimensiones de uniformidad y concentración. Su selección fue debido a la capacidad de los mismos para demostrar los efectos de cada una de las variables empleadas sobre la organización de la población en el territorio urbano y la admisión de comparaciones entre sí. Su objetivo principal se puede resumir en el análisis de las relaciones del nivel socioeconómico de los habitantes y su distribución espacial, pudiendo encontrar casos de uniformidad o centralización como indicios de una necesaria reconstrucción del contexto social en el espacio de la ciudad.

Un aspecto relevante de su trabajo es que permite visualizar distintos escenarios de distribución socioespacial en los que es posible identificar a los grupos de población más vulnerables, o segregados, sobre los que tendría que actuar el ámbito político para mejorar sus condiciones. Dentro de sus resultados, se evidenció la presencia de segregación residencial de acuerdo al nivel socioeconómico de la población puertorriqueña en la dimensión de uniformidad, aunque los niveles fueron bajos o poco significativos para los tres atributos de diferenciación, considerando una escala de agregación de sectores censales. Parte de la situación, que no es de preocuparse, posiblemente está relacionada con la estructura residencial de las unidades de análisis, ya que en un mismo sector censal es posible ubicar desarrollos habitacionales contrastantes para ricos, clase media o pobres. En cuanto a la centralización y su relación con el nivel de ingreso, los datos demostraron ser muy poco variables.

Se vuelve a poner en evidencia la obligatoria necesidad de utilizar diversos índices de medición para la segregación residencial, y aún más si se trata con la cuestión económica, independientemente de la variable que se utilice para la diferenciación de los grupos de

población (ingresos, educación, etc.). Además, el carácter multidimensional del fenómeno impide establecer un método o un índice universal para su medición, y aunado a las características urbanas y sociales propias que guarda cada ciudad, la dificultad para identificar la mejor opción de cuantificación de la segregación se incrementa exponencialmente.

Como se puede observar, las investigaciones en Norteamérica han concentrado sus esfuerzos en proponer índices adecuados para la medición de la segregación residencial, en cada una de las dimensiones en que se puede dividir, a través de análisis matemáticos minuciosos. Al igual que sucede en Europa, la máxima preocupación no ha sido cómo se distribuyen los estratos socioeconómicos en el territorio, sino que el interés principal está en la cualidad racial, la cual se vuelve más sencilla de analizar por la facilidad que supone la delimitación de los grupos.

Esto es entendible debido a que las ciudades de esta parte del continente americano se han consagrado como receptoras de inmigrantes de otros países, conformando asentamientos periféricos que afectan radicalmente la composición socioespacial tradicional. Por otra parte, los estudios orientados a la cuestión socioeconómica han intentado captar de forma global las manifestaciones de la segregación, incorporando más de una de sus dimensiones y segmentando a la población a través de múltiples variables. Sin embargo, las ciudades norteamericanas no parecen mostrar situaciones graves de segregación residencial socioeconómica, sino más bien racial, de ahí la preferencia por este último tema.

Los vacíos de información que dejan los estudios norteamericanos son muy similares a los europeos. En primer lugar, la cuestión cualitativa no es abordada en ningún momento, imposibilitando conocer cómo percibe la sociedad el fenómeno de la segregación residencial. En segundo lugar, se menciona la importancia de analizar la segregación desde el punto de vista socioeconómico, más no se aplican los índices utilizando grupos clasificados de esta manera, cuestión que toma gran importancia por la relación que se señala entre la agrupación de población de color y los altos niveles de pobreza. Dicha relación provoca el surgimiento de amplias zonas homogéneas en condiciones deficientes en las periferias, donde valdría la pena prestar atención para conocer sus dinámicas sociales y urbanas y poder explicar de qué manera inciden en el aumento de los niveles de segregación residencial.

Por otra parte, los estudios se enfocan sólo en ciudades de gran tamaño, como son las zonas metropolitanas. Sin embargo, los asentamientos urbanos de menor tamaño también son participes de estos procesos segregativos como resultado de sus inicios en la globalización, aunque en menor medida por supuesto. Por esta razón, su análisis podría servir para explicar las dinámicas socioespaciales de las zonas urbanas de mayor tamaño, y más si hablamos de una división social determinada por la situación económica de las familias. Se agregan, además, la ausencia de análisis globales que incluyan índices para las cinco dimensiones de la segregación y una propuesta de estratificación de la población más compleja determinada por sus cualidades socioeconómicas.

Es necesario considerar que este conjunto de autores, Massey & Denton (1988), Duncan & Duncan (1955) y White (1983), entre otros, han tenido el firme interés de brindarnos una serie de fórmulas matemáticas precisas y asimilables para medir y comprender la segregación. Si bien, se han detectado algunas deficiencias, las cuales se han podido corregir haciendo leves ajustes a los algoritmos, valdría la pena adoptar estos índices existentes contruidos a partir de un extenso trabajo analítico y dejar de contribuir en el deterioro de la comparabilidad entre estudios de distintos países o ciudades de un mismo país.

Con lo anterior, no estamos indicando que se deba dejar de indagar en la construcción de métodos que permitan cuantificar la segregación, ya que probablemente haya quien, desde su postura, no esté de acuerdo con lo que hasta hoy ha sido propuesto. Sin embargo, refutar cualquiera de los índices que se mantienen vigentes después de más de medio siglo resultaría complicado por su larga trayectoria de utilización y defensa por parte de los expertos en el tema. De esta forma, el empleo de los índices elaborados por los autores antes mencionados, nos permitiría explicar con mayor certeza los patrones de segregación residencial socioeconómica de las ciudades contemporáneas incrementando su grado de comparabilidad, lo cual es un aspecto bastante positivo dentro de un análisis de este tipo.

### *2.3. Segregación residencial en ciudades Latinoamericanas*

La situación actual de segregación residencial que vive Latinoamérica está relacionada en gran medida con el incremento de su población, la cual tuvo su época de esplendor entre



1925 y 1975, manteniendo un nivel de urbanización similar que América del Norte y Europa. En el año 2000, América Latina aportó cerca del 8.50% al total de la población mundial, 14% a la población urbana y cuatro de las veinte megaciudades que hasta ese momento existían se ubicaban en esta región (Schteingart, n.d.).

Rodríguez Vignoli (2001) analiza la situación de segregación residencial en Santiago de Chile, ya que es considerada, por muchos expertos, como una de las ciudades más segregadas del planeta. Menciona, a diferencia de lo que dicen Sabatini (2002, 2006) y Rodríguez & Arriagada (2004), que hay abundante evidencia sobre las agudas condiciones de inequidad socioeconómica en las ciudades de América Latina y el Caribe. Esas desigualdades socioeconómicas se expresan a través del territorio y la más evidente es la segregación residencial de los grupos desaventajados.

Además, retoma como ejemplo el caso norteamericano y sus graves problemas de segregación racial, mencionando que la segregación residencial de las ciudades latinoamericanas, caracterizada por la distribución de grupos en el territorio urbano a partir de sus condiciones socioeconómicas, se estructura de forma distinta que la primera, y se presenta en niveles inferiores a los considerados como críticos, aunque los problemas de desintegración social no dejan de agudizarse (Sabatini et al., 2001). Sobre esto, Borja & Castells (2000) señalan que el racismo y la segregación urbana existen en todas las sociedades, y por ende en todas las ciudades, pero sus perfiles no son tan evidentes y sus consecuencias tan violentas como lo que sucede en las ciudades de América del Norte.

La metodología que utilizó Rodríguez Vignoli (2001) fue de tipo estadístico-cuantitativo, haciendo uso de diferentes fuentes de información como censos, encuestas, registros y estadísticas para la obtención de datos y la posterior aplicación de los índices de segregación por medio de la plataforma REDATAM. La principal característica diferenciadora para la conformación de los grupos fue el máximo nivel de escolaridad de los jefes de hogar y el periodo de análisis fue de 1982 a 1992.

La aplicación de este método permitió hacer una lectura de los resultados en diferentes escalas de desagregación del territorio (comunas, distritos censales, manzanas), revelando la intensidad de segregación residencial socioeconómica en cada nivel geográfico. De la misma

manera, evidenció el patrón de cambio de los índices de segregación a través de la jerarquización espacial, indicando la modalidad del fenómeno, a pequeña o gran escala, tema sobre el que se había avanzado poco conceptual y metodológicamente, según Rodríguez Vignoli (2001).

El procedimiento resultó ser relevante ya que ofrece una metodología sencilla de comprender y comparable, que puede ser aplicada en ciudades de otros países que cuenten con una base de datos similar; utiliza información de origen censal, escasamente explotada (Rodríguez & Arriagada, 2004; Rodríguez Vignoli, 2001); se puede analizar la segregación en cualquier localidad urbana y dar seguimiento histórico hasta donde la información censal lo permita; se obtienen indicadores que permiten evaluar la intensidad y modalidad de la segregación; puede ser comparable con otras medidas aplicadas en el estudio del fenómeno, principalmente las que se utilizan en Norteamérica; y por último, puede abarcar distintas escalas de desagregación del territorio generando indicadores específicos, abriendo la posibilidad de observar los determinantes o consecuencias de la segregación para dichas escalas.

A pesar de sus bondades, la metodología tiene algunos inconvenientes. Por ejemplo, las variables socioeconómicas que recaban los censos muchas veces no son adecuadas para efectuar el cálculo de la segregación, teniendo que recurrir a la adaptación de las mismas, y el espacio que hay entre censos es amplio. Además, los algoritmos que aquí se emplearon no incorporan la variable distancia y sus resultados tienen que ser interpretados en relación a la escala de medición.

De acuerdo a esto, la magnitud de la importancia de especificar cómo es que llevaremos a cabo un análisis sobre segregación residencial socioeconómica es alta. Tanto las variables socioeconómicas como la escala, así como el tipo de índice para el cálculo tienen que ser abordados explícitamente. En todo procedimiento de medición de la segregación residencial, la variable seleccionada para la conformación de grupos socioeconómicos va a afectar significativamente los indicadores de la propia segregación. De esta forma, la comparabilidad entre estudios que empleen distintas variables socioeconómicas de segmentación de la población quedará limitada, más aún si no se utiliza la misma escala de análisis.

La elección del sitio de estudio está relacionada con el crecimiento que se ha tenido, clasificado como de tipo expansivo. Las comunas centrales han registrado pérdida de habitantes entre 1970 y el 2000, en tanto las que conforman la periferia la han multiplicado por cuatro en el mismo lapso (Rodríguez Vignoli, 2001). Esto ha sido favorecido por las alzas en los precios de los terrenos, quedando subutilizada la zona central de la ciudad mientras que el crecimiento periférico se realiza con altos costos económicos (desarrollo de infraestructura) y sociales (el aumento en el tiempo de los trayectos).

Otros factores que inciden en la pertinencia del análisis para el área metropolitana de Santiago son la poca restricción formal que tienen los cambios de residencia en la ciudad, es decir, la movilidad residencial intrametropolitana; y la ausencia de anclas administrativas. Asimismo, la segregación residencial socioeconómica incentiva los traslados residenciales desde un contexto de movilidad social. Conforme se avanza en la escala social (hacia arriba) se buscan localizaciones acordes al nuevo nivel adquirido (Rodríguez Vignoli, 2001).

Por otra parte, la descentralización del aparato estatal, que ha transferido múltiples funciones y recursos a los municipios, también ha estimulado los movimientos internos de residencia, habiendo preferencia por aquellos lugares en los que se pueden obtener mayores beneficios. Lo anterior, aunado a las marcadas disparidades demográficas, socioeconómicas y políticas, advierte que en el Área Metropolitana de Santiago será evidente la existencia de algún grado de segregación residencial socioeconómica (Rodríguez Vignoli, 2001).

Rodríguez Vignoli (2001) destaca que la segregación residencial es una condición que depende de la escala geográfica desde la que se analiza y no tiene que ver directamente con la distribución del atributo socioeconómico seleccionado para la división de estratos, sino con la localización de los grupos con distinto nivel económico en el territorio. Estamos de acuerdo con lo anterior, puesto que, efectivamente, los niveles que tome la segregación estarán estrechamente relacionados con las unidades o subunidades territoriales de referencia entendiendo que, al cambiar la escala geográfica, los valores de la segregación residencial se verán afectados.

Relacionado a la segunda afirmación, también consideramos que es correcta. El o los atributos que se seleccionen sólo permitirán establecer la diferenciación socioeconómica

entre grupos de población, y el nivel de segregación estará en función de cómo esos grupos, ya distinguidos, se localizan en el espacio geográfico, siendo irrelevante la distribución del atributo en el territorio. Esta cuestión suele causar conflicto cuando se vincula a la segregación residencial con homogeneidad o heterogeneidad socioeconómica (Rodríguez Vignoli, 2001), perdiendo de vista que se trata de un fenómeno y no de un problema (Sabatini, 2006) por sus vínculos con el efecto vecindario del que habla Kaztman (1999).

Dentro de los resultados, el Área Metropolitana del Gran Santiago se mostró segregada en términos socioeconómicos, sin llegar a tener una intensidad alarmante a lo largo de su proceso evolutivo, contrario a lo que exponen otros autores. Si bien existe segregación ésta no es aguda, lo cual es alentador, ya que sugiere que estratos con diferente nivel educativo coexisten en el mismo espacio residencial. A pesar de que es considerada como una de las regiones más segregadas del mundo, el Área Metropolitana del Gran Santiago está lejos de alcanzar los niveles de segregación residencial racial e incluso socioeconómica que presentan las áreas metropolitanas de Estados Unidos de América (Rodríguez Vignoli, 2001).

Sin embargo, comparado con otras ciudades, los resultados de la aplicación del índice de segregación no resultan tan bajos en Santiago, ya que en 1987 alcanzó un 19.80% mientras que Montevideo presentó un 20.10% (Rodríguez Vignoli, 2001). De cualquier forma, los resultados revelaron que la segregación residencial socioeconómica disminuyó para el área y periodo de estudio (recordando que la división de estratos fue por medio de cualidades educacionales), contrastando con las tendencias actuales de aumento del fenómeno que muchos sugieren. Asimismo, la segregación residencial se presentó tanto a pequeña como a gran escala, siendo esta última relativa a escala geográfica de comunas; y a nivel intracomunal, las modalidades y niveles de la segregación residencial no reflejaron tener algún vínculo con las condiciones socioeconómicas de las propias comunas.

Es necesario considerar que los resultados obtenidos por Rodríguez Vignoli (2001) tampoco son absolutos. Puede suceder que, si se analiza el mismo periodo cambiando el atributo diferenciador, la segregación muestre distintos niveles, patrones o tendencias. No obstante, esta situación es algo con lo que se tendrá que lidiar en todos los estudios sobre la segmentación de población en el territorio por la multiplicidad de vertientes de abordaje en la temática.

Los pendientes de investigación que deja Rodríguez Vignoli (2001) están relacionados con los determinantes próximos de la segregación residencial. Por una parte, aquellos que tienen que ver con la dinámica demográfica de los distintos grupos socioeconómicos, particularmente sus patrones de movilidad intrametropolitana. Por otra, “los vinculados al cambio de atributo en los individuos a través del tiempo” (Rodríguez Vignoli, 2001, p. 72).

En cuanto a la dinámica de movilidad territorial de los distintos grupos sociales al interior de la ciudad, dicha acción es capaz de influir directamente en los niveles de segregación, por lo que no debe pasar desapercibida. Incluso, autores como Dureau et al. (2015) mencionan que la movilidad se expresa en más de un sentido en la actualidad, por lo que merece especial énfasis para lograr comprender más claramente el fenómeno de la segregación residencial. La escasa mezcla entre ricos y pobres es el resultado de ese cambio de residencia que ha gatillado la marcada diferenciación de grupos socioeconómicos en el territorio urbano.

Ahora, los estratos altos buscan pertenecer a zonas acordes a su posición, alejados de los menos favorecidos, autosegregándose. Por otra parte, los grupos pobres buscan integrarse a zonas de mayor prestigio en un intento desesperado por alcanzar una movilidad social ascendente, incentivando situaciones de rechazo social, gentrificación y otros aspectos negativos atribuidos a la segregación residencial, alterando sus niveles. Lo que podemos concluir es que, en las ciudades latinoamericanas contemporáneas, la segregación ya no está sujeta únicamente a las características socioeconómicas de la población y, lejos de considerarse una problemática, se ha convertido en una dinámica de impulso a la movilidad social.

Asimismo, hay determinantes secundarios, pero no menos importantes, que también se tienen que abarcar en estudios próximos, principalmente porque se relacionan con el contexto político (Rodríguez Vignoli, 2001). Están los costos del suelo, las políticas habitacionales y urbanas, la distancia cultural entre grupos socioeconómicos, así como la identidad de los mismos y la infraestructura urbana. Todos estos procesos son capaces de incidir en los niveles y modalidades de la segregación residencial socioeconómica, por lo que

realizar estudios que aborden el fenómeno en las ciudades latinoamericanas para producir información más variada y actualizada es una actividad de orden latente.

En el plano de las consecuencias que supone la segregación residencial, Rodríguez Vignoli (2001) plantea que ha habido avances, entre los que destaca una visión dual de sus efectos. La forma actual de hacer ciudad representa una oportunidad de reducción de la escala de segregación, lo cual, por una parte, termina siendo beneficioso al acercar a grupos de distinta categoría social sin significar que interactúen entre sí; y promueve la agrupación de pares, que para nada tiene que ser interpretada de forma negativa prematuramente, sino que permite la consolidación de comunidades con gente de intereses y estilos de vida en común, volviéndose un aspecto favorable de la segregación en el espacio urbano.

Sin embargo, el lado negativo de la segregación nos hace cuestionar los beneficios de acercar artificialmente, por medio de ejercicios políticos, a grupos sociales distintos. Quizá caigamos en cuenta que más que propiciar la integración social de los mismos estamos fomentando una cultura de exclusión y autoaislamiento por parte de los estratos superiores, lo cual resultaría contraproducente (Rodríguez Vignoli, 2001). Lo anterior se deriva de la idea de que el capital económico del que disponen las clases altas, que es por mucho mejor como consecuencia de la forma de organización estatal de recursos que tienen en Chile, puede ser aprovechado por los grupos más pobres al propiciar la cercanía entre ambos, suscitando nuevas problemáticas vinculadas con identidades territoriales (Sabatini, 2002).

Además, se suman a las cuestiones negativas las desventajas que tienen los pobres dentro del sistema político que se maneja, el cual fomenta la reproducción de la pobreza; el deterioro urbano que se genera por la segmentación socioeconómica de la población; el rechazo por la acción colectiva; la reproducción de las desigualdades sociales y territoriales; y problemas urbanos como la violencia, la deserción escolar, la drogadicción y los embarazos entre otros. Si bien la investigación que desarrolló Rodríguez Vignoli (2001) no abarcó la vinculación teórica de la segregación residencial hacia con las problemáticas descritas, deja un precedente que, desde su enfoque y forma de entender la segregación, evidencia la disminución de sus niveles en el periodo de 1982 a 1992.

Rodríguez Vignoli (2001) hace un comentario final muy similar a una metáfora que utiliza Sabatini (2002) en la que compara a la segregación residencial con una enfermedad. En este sentido, dice Rodríguez Vignoli (2001) que la mezcla social a escala geográfica reducida es uno de los objetivos políticos como respuesta a la segregación, olvidando dar solución a los problemas que originan la distribución inequitativa de la sociedad en el espacio. De esta manera, Sabatini (2002) menciona que “actuar sobre la segregación sería lo mismo que actuar sobre los síntomas de una enfermedad en vez de actuar sobre sus causas. No tendría mayor sentido” (Sabatini, 2002, p. 19).

Al hablar de segregación apuntamos hacia las desigualdades y la pobreza que hay en la sociedad y que se traducen en el espacio urbano, ambas problemáticas que tendrán que atenderse desde el aparato estatal si se quiere llegar a resolver la situación de inequidad socioterritorial en las ciudades latinoamericanas. Las políticas públicas se deben orientar hacia los grupos menos privilegiados, promoviendo su integración con el resto de la sociedad logrando mayor equidad en todos los sentidos. Aunque se ha intentado, esto ha resultado poco eficaz en el tratamiento de la segregación, por lo que se ha optado en intervenir directamente sobre las dos caras de la separación espacial de estratos sociales, afinidad y exclusión (Rodríguez Vignoli, 2001).

Así pues, cualquier intento de resolver los efectos de la segregación e incluso la segregación misma, debe estar sustentada en investigaciones que expliquen cómo es vivida por las personas, esto es, estudios de naturaleza cualitativa, los cuales son escasos para el caso de América Latina. A pesar de los esfuerzos por minimizar la exclusión de segmentos de población en el territorio y la conformación de zonas homogéneas por afinidad, la simple proximidad a la que tanto se apuesta no es indicativa de aumento de interacción entre grupos socioeconómicos, por lo que dar por hecho que se están teniendo avances en solucionar adecuadamente estos fenómenos resultaría dudoso.

Respecto al tema de las afectaciones de la segregación a los grupos vulnerables y la necesidad de políticas urbanas que permitan resolverlas, Kaztman (2001) realizó un estudio sobre la segregación residencial de los pobres en América Latina, definiendo el fenómeno como un proceso por el cual la población tiende a localizarse en espacios urbanos de composición social homogénea dentro de la ciudad. Su trabajo contribuye a demostrar la

malignidad que está alcanzando la segregación, especialmente para los estratos socioeconómicos bajos, concentrándolos en determinados barrios de la ciudad que muestran una densidad de privación material elevada, marcando amplias disparidades comparados con la calidad de vida a la que accede la élite.

Una vez más se evidencia la importancia de la cuestión económica en la distribución de los grupos en el territorio urbano, demostrando que sí persiste una desigualdad de oportunidades para ubicarse en determinados espacios, clasificados de acuerdo al nivel socioeconómico de las familias que los habitan. Kaztman (2001) menciona, además, que la segregación varía dependiendo del grado de urbanización de las ciudades, la forma de concentración de los ingresos y las características de las estructuras sociales, es decir, su homogeneidad o heterogeneidad.

El peso relativo de los grupos pobres y sus dificultades para integrarse a la sociedad, también influyen en gran medida en el funcionamiento del tejido social de la ciudad. De esta manera, las expresiones territoriales de la segregación, en las que los pobres urbanos resultan más afectados, deben ser analizadas con especial atención con la finalidad de producir políticas públicas que beneficien la integración de estratos sociales diferenciados (Rubén Kaztman, 2001), disminuyendo así la concentración espacial de la pobreza y el aislamiento social.

La problemática más preocupante que se puede esperar de la condición de concentración de los grupos pobres en la ciudad es la formación de subculturas “que se apartan de las corrientes predominantes en la sociedad” (Rubén Kaztman, 2001, p. 178). La formación de culturas alternas se deriva de la concentración zonal de población con características similares y, tomando en cuenta que el patrón actual de distribución de la población en las ciudades latinoamericanas es altamente diferenciado entre grupos socioeconómicos, podríamos suponer que resulta un hecho natural.

Estos barrios populares urbanos que emergen y son entendidos como una consecuencia de la segregación residencial, se han caracterizado siempre por la homogeneidad socioeconómica de los habitantes que albergan, así como por desarrollar patrones de interacción característicos al interior (en el mismo barrio) y al exterior (con la



ciudad), acentuando la conformación de subculturas (Rubén Kaztman, 2001). De esta forma, el aislamiento social adquiere un significado distinto al de otras formas de concentración espacial de los estratos bajos, apareciendo como una expresión moderna de la segregación residencial.

Sabatini (2002) realizó un análisis sobre la segregación de los pobres en ciudades de Chile, en el cual, evidenció las repercusiones que han tenido las políticas de vivienda promovidas por el estado, apareciendo agrupaciones de población en condiciones desfavorables ubicadas en un mismo espacio geográfico, principalmente en las periferias. Desde su perspectiva la segregación es entendida como “la aglomeración geográfica de familias de una misma condición social, sea esta por motivos étnicos, religiosos o económicos” (Sabatini, 2002, p. 18).

En primera instancia, menciona que la segregación residencial o segregación urbana se ha vuelto un fenómeno característico de las ciudades contemporáneas, principalmente las de mayor tamaño, y no se debe confundir con la pobreza urbana o con las desigualdades sociales, aunque son elementos que guardan una estrecha relación entre sí. Tampoco es correcto tratar a la segregación con perspectiva negativa todo el tiempo, ya que puede significar ventajas para el territorio urbano y la sociedad. Se trata de un fenómeno social que se refleja a través del territorio, donde el atributo diferenciador, que servirá para la conformación de grupos de población, tiene que ser definido con claridad para poder analizarlo (Sabatini, 2002).

La ideología que se tiene por parte del estado es que el beneficio por dotar de vivienda a la población de escasos recursos, por malas que sean sus condiciones, es mayor que tener a los habitantes sin un lugar para vivir. Es decir, “es un mal menor que va de la mano con un beneficio que lo excede” (Sabatini, 2002, p. 18). Sin embargo, lo que se está logrando es concentrar grandes cantidades de población que son segregadas del resto por la serie de problemáticas urbanas y sociales que en esos “infiernos urbanos” (Sabatini, 2002, p. 18) llenos de desesperanza tienen lugar. De esta forma, el acceso a la vivienda queda opacado frente a la situación negativa que se genera, desplazando hacia las periferias a la población de menores ingresos, lo cual hace aumentar la segregación (Garín Contreras et al., 2009).

Dentro de los efectos urbanos negativos que se atribuyen a la segregación está la agudización de la pobreza de los mismos grupos pobres, aunque no generalizado, debido a las largas distancias que tienen que recorrer para trasladarse al trabajo, sus viviendas, servicios o equipamientos (Sabatini et al., 2001). También hay efectos ambientales y sociales. Los primeros se refieren a la mala ubicación de los conjuntos habitacionales en zonas no aptas susceptibles a inundaciones y otros peligros; y los segundos, que se pueden considerar como los más graves, son los sociales, que se continúan agudizando, y se generan de forma individual y colectiva (Sabatini, 2002).

La concentración espacial de los grupos pobres provoca que, en lo individual, se haga incuestionable su condición de desfavorecidos, reforzando la idea de que su posición es consecuencia de un sistema social injusto. En relación a lo colectivo, hay un desapego por el sitio de origen, teniendo la firme intención de abandonarlo en la primera oportunidad en busca de un cambio de residencia que les permita obtener una sensación de progreso (Sabatini, 2002).

Si bien, la segregación se vuelve una expresión urbana de la pobreza y las desigualdades en la ciudad, actuar directamente sobre ésta sería equivalente a atacar un problema secundario, lo cual no tendría sentido (Sabatini, 2002). Lo anterior se refiere a que la pobreza y la desigualdad social son las que producen la segregación por lo que habría que enfocar los esfuerzos en resolver estas cuestiones y la segregación desaparecería automáticamente. La problemática gira en torno a que resolverlas se trata de una tarea continua que quizá concluyamos que resulta prácticamente imposible de hacer, convirtiendo a la segregación en algo normal que siempre ha estado ahí en mayor o menor medida.

Aunque resolver las problemáticas que causan la segregación residencial resulta prácticamente imposible, no significa que tenemos que dejar de actuar para disminuir los efectos que produce. Por el contrario, el interés de dirigir sus impactos sociales y urbanos debe ser aún mayor sabiendo que suprimirla es algo complicado de lograr. De no tomar conciencia, estaríamos aceptando vivir con los problemas inherentes a la segmentación socioterritorial, como la ausencia de interacción entre clases, que terminarían fragmentando aún más las ciudades contemporáneas.

A pesar de que comúnmente se considera que la segregación impacta negativamente a las estructuras sociales, pues como ya se ha mencionado tiende a aumentar el estigma de pobreza de quienes pertenecen a este grupo, ésta puede ser revertida e incluso se le pueden atribuir algunos efectos positivos. Por ejemplo, entre los grupos desfavorecidos existen distintos niveles de segregación, habiendo quienes se ubican en las proximidades de los estratos superiores beneficiándose de esa situación (Sabatini, 2002). Asimismo, la concentración de los grupos étnicos con menos oportunidades en espacios específicos permite conservar la identidad cultural enriqueciendo la vida en la ciudad, volviéndola “más diversa y cosmopolita” (Sabatini, 2002, p. 20).

Hoy en día los efectos positivos de la segregación se han atenuado mientras que los negativos han adquirido nuevas dimensiones, al menos para el caso chileno, como lo expone Sabatini (2002). Las causas varían destacando la liberación de los mercados de suelo, la flexibilización de los mercados de trabajo, la masificación de la inseguridad y la acción política. Lo que es cierto es que los más afectados, de cualquier forma, siguen siendo los grupos vulnerables, perdiendo gradualmente la esperanza de progresar.

De acuerdo con Rodríguez & Arriagada (2004) la evidencia sobre la magnitud, tendencias, mecanismos de reproducción y consecuencias de la segregación residencial socioeconómica (SRS) en América Latina y el Caribe es escasa, fragmentaria y difícilmente comparable entre países e incluso entre ciudades de un mismo país. Por este motivo, realizan un aporte empírico sobre la situación de SRS en ciudades como México, Santiago de Chile, Lima, Sao Paulo y Río de Janeiro, concentrándose en cuatro puntos específicos: medición, determinantes directos, disparidades de comportamiento y condiciones de vida entre zonas ricas y pobres y políticas relativas al tema.

Dentro de su trabajo, mencionan que la segregación residencial se ha vuelto inherente a la vida urbana evidenciándose con mayor claridad en la actualidad, enmarcando una distribución desigual de grupos de población en el territorio que puede manifestarse de distintas maneras, por ejemplo, por proximidad física, homogeneidad social o concentración de grupos sociales, entre otras. Sin embargo, la segregación residencial adquiere aún más importancia cuando se agrega el factor socioeconómico, es decir, cuando se convierte en

segregación residencial socioeconómica. Esto implica una separación de grupos en el espacio físico de las ciudades de acuerdo al nivel económico de sus habitantes.

La SRS amplifica las desigualdades socioeconómicas “de las cuales ella misma es manifestación” (Rodríguez & Arriagada, 2004, p. 6), habiendo una tendencia de pensamiento sobre el hecho de que tiene mayor repercusión para los sectores menos acomodados. Dicho de una forma desensibilizada aísla a los pobres quienes, al estar inmersos en contextos dominados por la carencia, dirigen sus conductas y acciones hacia una movilidad social ascendente (Rodríguez & Arriagada, 2004). Estos grupos de población viven en una constante lucha por pertenecer a un contexto de estatus social superior.

La problemática no termina con la separación física de las distintas esferas sociales en el territorio, sino que trasciende reduciendo la interacción entre grupos socioeconómicos. Además, la ausencia de relaciones sociales, o el interés selectivo de las mismas, se vincula fuertemente con la segmentación educativa. Las personas buscan pertenecer a grupos con su misma condición de estudios excluyendo al resto de la población, debilitando la capacidad de acción colectiva así como la vida comunitaria, incentivando climas de violencia y desconfianza donde nuevamente los estratos sociales bajos son los más afectados (Rodríguez & Arriagada, 2004).

Si bien, para tener una mejor comprensión de la SRS se necesita mayor evidencia, Rodríguez & Arriagada (2004) afirman que los censos de población se convierten en un instrumento cuya explotación permitiría subsanar tal insuficiencia. Dentro de sus resultados, exponen que a diferencia de lo que sucede en otras partes del mundo, en América Latina no hay estudios sistemáticos de largo plazo sobre la evolución de la SRS, haciéndola un fenómeno de complejo análisis debido a la especificidad de los estudios que se han realizado, principalmente su medición.

Por otra parte, la línea divisoria entre grupos socioeconómicos no es evidente. En este sentido, los autores proponen como un primer paso para la medición tradicional de la segregación residencial diferenciar grupos socioeconómicos a través de tres variables: necesidades básicas insatisfechas, hacinamiento y educación del jefe de hogar. Este método

fue utilizado para el Área Metropolitana del Gran Santiago, conformando dos grupos de población que evidenciaban situaciones socioeconómicas opuestas.

Los resultados admitieron la comparación de las proporciones de los grupos en las distintas escalas territoriales de la ciudad, llegando incluso a nivel de manzanas, teniendo un índice de disimilitud de 0.54% en este último. La conclusión fue que mientras más se reduce la escala de análisis los valores del índice aumentan. Respecto a los valores de referencia que pueden considerarse como críticos, de acuerdo con estudios que se han elaborado sobre SRR en las áreas metropolitanas de los Estados Unidos, una disimilitud del 0.60% o superior representa hipersegregación (Rodríguez & Arriagada, 2004).

Por tanto, el patrón de localización de jefes de hogar con alta educación en el territorio analizado muestra una segregación considerable. Otro dato relevante de la investigación realizada en Santiago fue que, contrario a “la idea predominante en la literatura especializada” (Rodríguez & Arriagada, 2004, p. 7), los resultados obtenidos con información de los censos elaborados entre 1982 y 1992 demostraron una disminución en los niveles de segregación.

Rodríguez & Arriagada (2004) mencionan que la combinación de variables de educación con variables de inserción laboral resulta una buena opción para la elaboración de grupos socioeconómicos polarizados, ya que ambas cualidades guardan una estrecha relación con la variable de ingresos. Esta afirmación es correcta desde nuestro punto de vista, ya que en la actualidad un alto nivel educativo representa mayores oportunidades de acceder al campo laboral mejor remunerado, haciendo coherente que los grupos con niveles educativos bajos sean los que perciben menores ingresos y viceversa.

En el mismo sentido, Kaztman (2001) argumenta que la pobreza urbana está sufriendo modificaciones en los países latinoamericanos debido a los procesos de desindustrialización, las nuevas organizaciones del estado y la acelerada incorporación de innovaciones tecnológicas en los diversos sectores de actividad. Esta situación se relaciona directamente con la segmentación educativa, ya que aumenta las disparidades de ingreso entre trabajadores de alto y bajo nivel académico, así como los problemas de desempleo y subempleo (Rubén Kaztman, 2001).

Además, Rodríguez & Arriagada (2004) señalan como ventaja del uso de índices clásicos para la segregación, que permiten determinar de forma sintetizada una medida para el nivel de SRS de las subunidades territoriales de una ciudad, así como la propia ciudad, detectando las zonas segregadas. Su desventaja es que no permiten visualizar la modalidad en que se produce la segregación, a pequeña o gran escala. Incluso se vuelve imposible determinar los grados de interacción que los diferentes grupos pueden llegar a tener.

Así pues, los resultados obtenidos a través del índice de disimilitud de Duncan, además de evidenciar la similitud media entre una estructura social de orden metropolitano y una de orden territorial inferior, tienden a mostrar una medida aproximada de homogeneidad o heterogeneidad territorial. Sin embargo, un índice de disimilitud alto no va a evidenciar concretamente las zonas donde se concentran grupos pobres, étnicos o cualquier otro que sea excluido (Rodríguez & Arriagada, 2004). Se vuelve necesario entonces recurrir a otros indicadores de dispersión como la varianza, la desviación estándar o el coeficiente de variación, este último de acuerdo con Rodríguez & Arriagada (2004) es el más adecuado para comparar niveles de homogeneidad. De esta forma, podemos decir que las zonas de bajo nivel socioeconómico con un alto grado de homogeneidad están ante una clara y preocupante situación de segregación, donde habrá una tendencia a la expansión de la pobreza (Rodríguez & Arriagada, 2004).

Rodríguez & Arriagada (2004) concluyen, sobre la medición de la SRS, que efectivamente los censos de población y vivienda son una herramienta fundamental para el cálculo del fenómeno. Es importante considerar también otros métodos además del índice de disimilitud (aunque este debería ser un primer paso en cualquier estudio sobre el tema), como el índice de Moran, que permite identificar agrupamientos territoriales impulsados por la econometría espacial. Asimismo, debemos considerar que cuando se trabaja la segregación residencial, independientemente de la forma en que esta se vaya a medir, existen criterios preestablecidos para clasificar a los grupos socioeconómicos específicos, como la elite, el sector popular, los grupos medios, etc.

En cuanto a los determinantes directos de la SRS, éstos se encuentran relacionados con el ámbito demográfico. Rodríguez & Arriagada (2004) señalan tres elementos clave que promueven y modifican la forma e intensidad de la segregación: los diferenciales de

crecimiento natural de los diferentes grupos socioeconómicos, la migración intra y extrametropolitana y las modificaciones dentro de cada grupo social.

El primero se refiere al aumento natural de población de un grupo con nivel socioeconómico específico, lo cual, modifica su forma de distribución en el espacio urbano; el segundo expone una movilidad de sujetos con diferente condición social hacia adentro o hacia afuera de las subunidades territoriales de la ciudad, teniendo que si hay un desplazamiento hacia zonas donde la población conserva características socioeconómicas similares habrá un aumento de la segregación, por el contrario si la migración se da hacia áreas con población de distinta clase económica la segregación tenderá a disminuir; por último, el tercero se trata de cambios internos dentro de los grupos sociales, es decir, si la totalidad de un grupo modifica sus condiciones socioeconómicas afectará directamente la intensidad y la forma en que promueve o debilita la SRS.

Por otra parte, al fenómeno de la segregación residencial socioeconómica se le atribuyen una serie de consecuencias adversas en la literatura, aunque su evidencia es escasa para el caso de América Latina, pero no inexistente. Dentro los efectos negativos al capital humano que mencionan Rodríguez & Arriagada (2004) están el riesgo de ser víctima de algún delito por las elevadas tasas de delincuencia, el rezago educativo y las escasas oportunidades de movilidad social.

Los dos últimos temas se encuentran dentro de los más preocupantes. El desempeño educativo está ligado a las características sociales del lugar, de manera que la expansión del territorio y la descentralización han afectado negativamente a la integración escolar, determinando “que el incremento de la segregación residencial ha favorecido aumentos de la segregación escolar” (Rodríguez & Arriagada, 2004, p. 18). Esto genera la incapacidad desarrollar la resiliencia e impacta en mayor proporción a los jóvenes que habitan en zonas menos privilegiadas, acentuando la diferencia de oportunidades debido a la distinción social.

Siguiendo el tema del rezago educativo y la carencia de oportunidades, Flores (2006) aborda la teoría de los efectos de barrio o efectos vecindario, la cual habla sobre cómo la exposición que tienen los jóvenes a estos ambientes aislados, caracterizados por la austeridad y la pobreza, desde muy temprana edad o durante sus años de formación, termina por influir

en sus conductas y en su vida en general, reforzando la idea de que pertenecen a ese contexto y ahí deben seguir. La idea central de la teoría de los efectos de barrio es que existen ciertos procesos sociales ligados al espacio que causan efectos en el proceso de desarrollo de los jóvenes expuestos a una situación de pobreza espacialmente concentrada.

Schteingart (2010) refuerza lo anterior señalando que, actualmente, al elegir un lugar de residencia se está eligiendo también a los vecinos, es decir, el tipo de personas con quienes se va a interactuar, principalmente los hijos. “Existe la convicción de que la calidad del ambiente social inmediato pesa mucho en el éxito o fracaso de las vidas de cada uno, en su porvenir o su nivel social” (Schteingart & Garza, 2010, p. 348). Entonces, el contexto social en el que se habita es capaz de incidir directamente en las condiciones futuras de los individuos, donde los jóvenes son los que resultan más desfavorecidos si se encuentran inmersos en climas no aptos para su desarrollo.

Asimismo, Kaztman (1999) expone que las incidencias del efecto vecindario se producen con mayor magnitud entre los menores provenientes de hogares con ingresos y climas educativos bajos y donde los padres mantienen una relación inestable o disfuncional, reforzando lo señalado por Flores (2006). Los jóvenes con hogares en estas condiciones son más permeables a las influencias del vecindario, por lo que en los barrios donde se concentra la pobreza extrema, hay una alta probabilidad de que se desarrollen problemas de disciplina y conductas de riesgo como venta y consumo de drogas o el incremento de actos delictivos.

Las características de los barrios traspasan la experiencia individual, alcanzando lo colectivo, a través de ciertos mecanismos. Uno de ellos es el proceso de difusión de comportamientos entre un individuo y otro. Este proceso se vincula con el “efecto de pares” y propone que la concentración de comportamientos no funcionales (desempleo, deserción escolar, embarazo adolescente) asociados a una situación de concentración espacial de la pobreza, tiende a aumentar las probabilidades de que una persona constantemente expuesta a esas condiciones presente, también, comportamientos no funcionales.

Un segundo mecanismo es el proceso de socialización colectiva. Aquí los adultos de las comunidades actúan como modelos para los jóvenes. Adultos preparados transmiten a los jóvenes valores asociados con la productividad y el éxito, permitiendo que se visualicen en



posiciones favorables en un futuro. Pero al tratarse de barrios poco favorecidos, con una alta tasa de desempleo, los jóvenes crecen sin tener un modelo de rol adecuado para una inclusión posterior exitosa al mercado laboral. El aislamiento y la concentración de la pobreza siguen aumentando, lo cual termina por debilitar el sistema de expectativas de los jóvenes por la cultura del trabajo.

La teoría de los efectos de barrio expone que el espacio afecta los resultados individuales de los jóvenes por medio del proceso de socialización institucional. Se hace énfasis en el efecto que ejercen los adultos que pertenecen a instituciones que sirven a comunidades segregadas, como profesores o directores de escuela. Las prácticas de socialización institucional varían de comunidad en comunidad de acuerdo a intereses particulares o deficiencias culturales detectadas que se quieren atacar. Los tres mecanismos descritos permiten entender la importancia de los efectos que las relaciones sociales son capaces de generar cuando los ambientes son hostiles y desfavorables, los cuales impactan directamente sobre la estructura social y urbana de las ciudades de forma negativa.

Por último, un cuarto mecanismo que no está relacionado con la interacción social sino con los mercados de suelo, se refiere a las condiciones objetivas de vida en áreas donde la pobreza es un problema generalizado. La concentración espacial de la pobreza representa un límite para las oportunidades de acumular riqueza por medio de las propiedades. El precio de las tierras en áreas segregadas tiende a aumentar más lentamente que en otras áreas, desfavoreciendo la acumulación de riqueza por este medio a las familias en condiciones de segregación residencial socioeconómica.

Al igual que Sabatini (2002), Flores (2006) plantea que la segregación no debe ser juzgada de forma prematura como un fenómeno adverso. Así, los modelos de pobreza relativa sugieren que la segregación residencial socioeconómica no es negativa para el desarrollo de los jóvenes, aunque hay muchos motivos por los que así se le considera. Se tiene la idea de que, al estar segregadas, las personas tienden a compararse con sus vecinos de estratos superiores, adquiriendo la motivación para incrementar sus capacidades e intentar acceder a los mismos beneficios que los otros grupos.

Esta última cuestión de positividad de la relación entre segregación residencial socioeconómica y la motivación de los grupos pobres es relativa. La diferencia de oportunidades tiende a crear sentimientos de rechazo o exclusión en los grupos menos favorecidos, por lo que pertenecer a un grupo distinto (superior) no es una idea que pueda ser generalizada a la totalidad de la población de escasos recursos. Si bien se intenta subir de nivel social, no se busca cambiar el lugar de residencia en todos los casos. Muchos se sienten cómodos donde están y prefieren mantenerse con sus semejantes, conservando la homogeneidad social de la zona e incentivando la segregación residencial asociada al factor económico, pero también preservando la identidad y cultura dentro del espacio urbano.

En cuanto a la movilidad social, entendida como el desplazamiento de individuos entre grupos con distinta clasificación socioeconómica fuera de un contexto territorial, la situación urbana actual, en la que se evidencian patrones de segregación residencial, dificulta el acceso a mejores condiciones de vida. En este sentido, la rigidez distributiva y la inmovilidad social se han convertido en cualidades características y preocupantes del desarrollo urbano latinoamericano (Rodríguez & Arriagada, 2004). Lo que se está promoviendo es la restricción de interacción entre grupos socioeconómicos distintos (pobres con pobres, ricos con ricos), segmentando la sociedad, debilitando los vínculos entre clases y creando un escepticismo sobre la propia movilidad social.

Asimismo, la segregación residencial ha adquirido centralidad en las ciudades contemporáneas que demuestran estar pasando por un momento de inestabilidad, caracterizadas por la concentración de ingresos en la minoría, la pobreza y la fragilidad de sus gobiernos y formas de gobernanza (Rodríguez & Arriagada, 2004). De esta manera, la segregación actúa como mecanismo reproductor de las desigualdades a la vez que las remarca, aísla a los pobres, vuelve más ricos a los ricos e incentiva la inseguridad, siempre teniendo efectos más representativos y desfavorables para los sectores menos acomodados. Las nuevas modalidades de concentración territorial de la pobreza están afectando particularmente la acumulación de capital educativo y social, este último entendido como las interacciones, vínculos e inserción de los grupos en redes (Rodríguez & Arriagada, 2004).

El trabajo de Rodríguez & Arriagada (2004) nos permite entender que las áreas metropolitanas de América Latina son ciudades segregadas, pero no alcanzan los niveles de

fragmentación que presentan las ciudades norteamericanas en cuanto a segregación residencial racial. Sin embargo, esto no es motivo para restar atención a la problemática de la segmentación geográfica de clases sociales en el territorio urbano, puesto que estamos cerca de alcanzar cifras consideradas como críticas y la tendencia hacia la segregación no se detiene. De acuerdo con esto, las variables relacionadas con la educación deben seguirse utilizando como referencia en la diferenciación de clases y la intervención en la SRS debe atenderse en todas sus escalas y modalidades (Rodríguez & Arriagada, 2004).

La elite y los pobres evidencian patrones claros de concentración en el espacio físico (por ejemplo, estos últimos se distinguen por ubicarse en las periferias), por lo que surge la necesidad de crear una agenda de políticas públicas que actúen sobre las pautas de segregación urbana extrema entre grupos polarizados en América Latina a través de programas que incentiven la integración espacial y social del territorio urbano. Dentro de las políticas que se han propuesto para aminorar los efectos de la segregación en distintos países están el fortalecimiento del espacio público “como elemento ordenador de la ciudad y como factor de redistribución e integración social” (Rodríguez & Arriagada, 2004, p. 23), los programas de prevención de la inseguridad y la violencia urbana y la regulación de los proyectos de vivienda social masiva.

Otras estrategias que podemos mencionar son la dispersión de familias pobres en zonas de clase media, principalmente en Estados Unidos, logrando una mixtura social (Sabatini, 2002) y el apoyo a patrones de crecimiento territorial con un enfoque social autosustentable, ya que promueven la inclusión, equidad y diversidad social, así como la regeneración de áreas urbanas desfavorecidas (Rodríguez & Arriagada, 2004). Sin embargo, pese a la gran cantidad de esfuerzos que se han realizado para combatir la segregación residencial en su dimensión socioeconómica por medio de la acción política, aún existe la necesidad de seguir replanteando los esquemas de actuación para lograr disminuir su expresión en el espacio urbano. No obstante, la segregación tiene que ser enfrentada desde una perspectiva integral, mediante estrategias que “vinculen las dimensiones social y urbana” (Rodríguez & Arriagada, 2004, p. 21) y que permitan combatir la exclusión de los pobres.

Además de la falta de políticas, la cuestión psicológica tiene una fuerte influencia en la división de grupos. Ahora, las personas difícilmente piensan en interactuar con otros

distintos a su categoría socioeconómica debido al sentimiento de rechazo o exclusión, impidiendo que se construyan estructuras sociales sólidas. Por este motivo, quienes se desplazan de forma intraurbana buscan acceder a zonas con un nivel socio-educacional superior, es decir, avanzar “hacia arriba” en la pirámide social, lo cual les genera la percepción de haber adquirido un estilo de vida superior al que tenían con anterioridad (Rodríguez & Arriagada, 2004). Estas prácticas de movilidad física terminan por agravar la segregación residencial, ya que tienden a agudizar la homogeneidad de las subunidades territoriales de las ciudades.

Sabatini (2002) y Rodríguez & Arriagada (2004) coinciden en que las desigualdades sociales son una característica de las ciudades latinoamericanas, predominando la segregación de la población urbana de acuerdo a grupos socioeconómicos. Actualmente, y como resultado de las políticas de vivienda planteadas por el estado chileno, se ha desarrollado una tendencia hacia la conformación de barrios precarios que concentran a los estratos menos privilegiados, donde la segregación ha jugado un papel crítico reforzando su condición de pobreza.

Asimismo, consideran que la investigación sobre segregación se ha descuidado y hay carencia de información. Sin embargo, los estudios que existen demuestran que la situación se ha complejizado haciendo relevante retomar la temática, desde otras perspectivas que contribuyan a un entendimiento más profundo de los efectos que supone para la sociedad y la ciudad, ya que la malignidad que ha adquirido la segregación espacial de los grupos socioeconómicos inferiores ha alcanzado el nivel internacional.

Además, ambos autores recurren al ejemplo de la población estadounidense y sus problemas de SRR. Se trata de la agudización de la pobreza en los barrios conformados por personas negras, siendo excluidos geográficamente del resto de la población. La diversidad social también ha favorecido la creación de zonas con doble segregación, racial y socioeconómica, convirtiéndose en un caso de segregación extrema.

Aunque no con la misma magnitud, este tipo de situaciones comienzan a emerger en ciudades de los distintos países alrededor del mundo y ya no sólo en las de mayor tamaño, por lo que proponer formas de medición acordes a la situación de fragmentación social y

urbana derivada de las lógicas de la modernidad actual, no es trabajo fácil ni de poca importancia. Más aún si pensamos en la velocidad con la que las desigualdades socioterritoriales se modifican en las ciudades del siglo XXI, donde las innovaciones tecnológicas, la internacionalización y la economía cognitiva dirigen muchos de los fenómenos que en ellas suceden, dentro de las cuales se encuentra la segregación.

Sabatini (2006) analiza nuevamente, de forma empírica, la segregación social en las ciudades de América Latina y el Caribe, concentrando sus esfuerzos en la segmentación espacial de los grupos pobres. Explica las características y tendencias de la segregación residencial, sus causas y consecuencias y los avances en la investigación de la temática. Además, reitera que, a la segregación, no sólo se pueden inferir efectos negativos como la estigmatización social de los hogares de bajo nivel económico o la conformación de barrios socialmente homogéneos, sino que también existe una dimensión positiva que puede apoyar a la producción de políticas sociales territorialmente focalizadas.

En primera instancia, indica que las ciudades significan una oportunidad de desarrollo económico y social, ya que concentran más de dos tercios de la población y el 75% de las actividades que en ellas suceden son eminentemente urbanas. Por este motivo, se hace necesario plantear políticas públicas urbanas orientadas al aprovechamiento de las virtudes que las ciudades son capaces de ofrecer, elevando su competitividad a través de la provisión de infraestructura, empleo y buenas condiciones de vida.

No obstante, se han constituido barreras que impiden el desarrollo social en las ciudades, como la segregación espacial de los pobres y la discriminación étnica o cultural, situaciones que se hace necesario resolver por medio de la inclusión social para lograr disminuir los comportamientos antisociales e incentivar los procesos de producción económica (Sabatini, 2006). Sin embargo, en este caso en particular, sólo se aborda con detalle la primera de las barreras mencionadas.

A lo largo del siglo XX, el patrón de segregación residencial que mostraron las ciudades de América Latina era semejante al modelo europeo de ciudad compacta, en el cual, los grupos sociales superiores se ubican en las áreas centrales (Sabatini, 2006). Las ciudades se degradaban física y socialmente hacia las periferias, con excepción de “los conos de

concentración de los grupos de mayores ingresos en una dirección geográfica definida” (Sabatini, 2006, p. 3).

A diferencia de lo que sucedía en Europa, en América Latina las elites comenzaron a abandonar los centros urbanos en un grado superior. Apoyado por el capitalismo, el modelo de ciudad latinoamericana inicia un proceso de cambio y adopta el patrón del suburbio. Las élites desarrollan una inclinación hacia las periferias, formulando una ideología antiurbana quedando, las áreas centrales, habitadas por los grupos más bajos de la escala social (Sabatini, 2006).

Sabatini (2006) hace una comparación entre la situación de las ciudades estadounidenses y las latinoamericanas. En las primeras, caracterizadas por problemas relacionados con segregación residencial racial, los suburbios habitados en su mayoría por personas blancas de estatus económico alto y medio, tienden a ser más homogéneos socialmente excluyendo la llegada de estratos sociales menores, originando una diversidad social superior en las áreas donde se concentran los grupos inferiores, denominados como guetos. En cambio, las segundas, caracterizadas por problemas de segregación residencial socioeconómica, presentan una situación inversa. En las áreas donde se concentran los pobres, que son las más amplias, la homogeneidad social es superior que en aquellas donde residen los grupos de élite. Es decir, la diversidad social se inclina hacia las zonas más afluentes de las ciudades de América Latina.

Esta relación inversa ayuda poco a explicar la segregación residencial para el caso latinoamericano puesto que se tratan variables distintas, raza y nivel económico. Lo que sí podemos deducir es que, todas las ciudades, independientemente del atributo predominante, presentan algún tipo de segregación, por lo que se ha vuelto un fenómeno de alcance mundial, sobre el cual, aún hay vacíos de información que impiden controlar sus efectos a placer, haciendo pertinente la continuidad de los estudios sobre la temática.

La segregación se ha desarrollado a gran escala en las ciudades latinoamericanas, evidenciando dos grupos polarizados que difícilmente coexisten en el mismo espacio geográfico, ricos y pobres (Sabatini, 2006). Al disminuir la escala geográfica de análisis, los resultados indicarían que los barrios de alta renta son poco segregados contrastados con las

áreas donde se localizan los grupos inferiores, debido a la diversidad social vinculada con los primeros.

La explicación de lo anterior está asociada con la exclusión de los grupos más pobres de las zonas privilegiadas. Su condición marginal provoca que sean rechazados por el resto de la población, obligándolos a concentrarse en las periferias mal servidas de la ciudad generando amplias aglomeraciones de pobreza que, en ocasiones, recurren al mercado informal de suelo (Sabatini, 2002). Este proceso de exclusión termina por evidenciar la homogeneidad social extrema de las ciudades latinoamericanas contemporáneas en las que predomina la desigualdad, y donde la calidad de vida, referida como una buena ubicación dentro del territorio urbano, depende del nivel económico al que se es capaz de acceder.

Por otra parte, aunque la segregación residencial de las ciudades latinoamericanas está fuertemente ligada a la cuestión socioeconómica, no se limita sólo a esta característica. Existen diferencias raciales, étnicas o etarias en la población urbana que tienen influencia en el espacio físico, a las que se ha dado mínima importancia. Los pocos estudios al respecto que se han elaborado, demuestran que la segregación racial de grupos coincide espacialmente con la segregación socioeconómica de los estratos bajos (Sabatini, 2006), entendiendo que una misma área puede reflejar dos tipos de segregación a la vez (Sabatini, 2002).

Los esfuerzos se han concentrado en la cualidad más significativa que tiende a evidenciar con mayor firmeza la segmentación social, pero que, además, es la más complicada de analizar por la dificultad que supone establecer una categorización de estratos. Es decir, hay diferentes perspectivas sobre cómo abordar la segregación residencial ya que existen distintas variables que son consideradas como adecuadas para la delimitación de grupos de análisis. Una vez más la situación se vuelve a complicar en relación a la comparabilidad entre estudios, ya que cada país recaba información socioeconómica a través de censos sin haber un estándar internacional que permita considerar el mismo tipo de datos, por lo que los resultados de la aplicación de cualquier método de medición entre dos ciudades de distintos países siempre serán muy difícilmente comparables habiendo algún grado de error.

Si bien, el patrón tradicional de segregación residencial se mantuvo por muchas décadas durante el siglo XX, se ha demostrado que no es incapaz de modificarse. Ha tenido una serie de cambios desde finales del siglo pasado promovidos por la apertura de alternativas residenciales para los grupos de élite fuera de las áreas centrales, inmersas en asentamientos de bajos ingresos; la instauración de equipamiento y servicios fuera de las zonas privilegiadas; las alzas en los precios del suelo, que terminaron por obligar a los grupos de ingresos bajos a ubicarse en las periferias; “la aparición de formas de crecimiento residencial discontinuas respecto de la ciudad” (Sabatini, 2006, p. 6); y los procesos de renovación urbana de las zonas centrales en deterioro.

No todas las ciudades son afectadas por los cinco aspectos señalados que modifican el patrón tradicional de segregación, sino sólo aquellas más desarrolladas económicamente, adoptando la clasificación de regiones urbanas o ciudades difusas (Sabatini, 2006). Los cambios en el patrón tradicional de segregación residencial de las ciudades que se había observado iniciado el siglo pasado, dan cuenta de la importancia que tiene la temática en la actualidad. La población comienza a distribuirse de forma distinta como respuesta al aumento de las desigualdades sociales, por lo que los niveles de segregación tienen que ser nuevamente analizados, respondiendo a las lógicas sociales, económicas y territoriales del siglo XXI.

Las causas que promueven la segregación residencial, de acuerdo con Sabatini (2006), se pueden clasificar en dos tipos: motivacionales y sistémicas. Las primeras se relacionan con el afán de construir una identidad de ciudad y sociedad de país desarrollado; la valorización de la propiedad inmueble, que es vista como un producto a través del cual se puede negociar obteniendo beneficios económicos; la búsqueda de sitios que les faciliten el acceso a bienes que de forma individual difícilmente accederían por parte de los grupos que tienen la posibilidad de elegir la localización de su residencia; y la autosegregación de los estratos sociales altos en defensa de su identidad de superioridad.

Las sistémicas se refieren a la aglomeración de los pobres y la constitución de amplias áreas homogéneas en pobreza; la subordinación de los agentes constructores a la estructura de los precios de suelo, encontrando conveniencias económicas al construir sus desarrollos en áreas periféricas. La liberación de los mercados de suelo, la concentración del capital



inmobiliario, la aparición de la tipología habitacional cerrada denominada condominio, la especulación del suelo y el desarrollo de nueva infraestructura urbana de nivel regional, principalmente vialidades, han contribuido de igual forma a modificar el patrón de segregación que se había conservado hasta los años ochenta (Sabatini, 2006).

Como ya se ha mencionado, los efectos que se le pueden atribuir a la segregación pueden ser positivos y negativos. Como aspecto positivo podemos mencionar la preservación de las costumbres e identidades de los grupos étnicos que representan las minorías en las ciudades, así como el empoderamiento social y político de los pobres urbanos (Sabatini, 2002, 2006). Los efectos negativos están asociados con los aumentos de la homogeneidad social en el espacio, siendo característica la desintegración social de los pobres.

Estos últimos, son los que sufren en mayor medida las consecuencias de la segregación, ya que son excluidos de ciertos barrios de la ciudad, creando aglomeraciones en las peores áreas. Aquí surgen dos vertientes importantes de señalar, la segregación voluntaria y la segregación forzada (Sabatini, 2006). Aunque se trate de áreas predominantemente pobres, no están limitadas a ser habitadas sólo por este grupo, sino que otros sectores de estatus más elevado podrían decidir pertenecer a la zona por conveniencia laboral, familiar, cultural u otra. Pero también hay quienes deciden habitar en zonas de su misma categoría socioeconómica, impulsando la homogeneización y consecuentemente la segregación.

Por otra parte, no todos los grupos pueden seleccionar el espacio urbano donde quieren habitar. Esto se da más en los menos favorecidos quienes, por su condición económica, tienen que adaptarse a las peores áreas, ya que representan para ellos una oportunidad de pertenencia social y de acceso a una vivienda, aunque dista mucho de ser una cuestión de preferencia. En este caso, estamos ante una forma de segregación forzada, donde no hay posibilidad de elección. De cualquier forma, sea voluntaria o forzada, hablamos de concentración espacial de diferentes grupos sociales en la ciudad, lo cual es una forma de segregación.

Podemos referir que “la homogeneidad social del espacio es la característica más sobresaliente de la situación de segregación de los grupos de menor categoría social en la ciudad latinoamericana” (Sabatini, 2006, p. 18). Y esta condición está lejos de ser resultado

de un proceso de libre decisión sobre donde localizarse territorialmente. Es decir, resulta improbable que por decisiones e intereses individuales se lleguen a conformar aglomeraciones, de pobres urbanos, altamente homogéneas.

Además de la segregación vista desde un enfoque objetivo, Sabatini (2006) plantea que la materialización de los efectos de la desintegración social tiene que ver con un tipo de segregación subjetiva. Esto es, la separación de los grupos sociales de élite de los más desfavorecidos crea en los segundos el estigma, que más tarde se vuelve convicción, de estar de más o de sobrar (Sabatini, 2006). La sensación de no pertenencia hacia el sitio provoca que los mismos grupos pobres maximicen su aislamiento, llegando incluso a desarrollar el sentimiento de vergüenza por su sitio de residencia (Cortés, 2008). De esta forma, los estigmas territoriales, más allá de las condiciones de aislamiento social y homogeneidad social que los favorecen, son una de las cualidades más preocupantes de la segregación en las ciudades modernas.

Las problemáticas sociales directas que surgen de la aglomeración de los grupos pobres en zonas específicas y degradadas son el bajo rendimiento escolar, el desempleo, el embarazo adolescente, la inacción juvenil, inaccesibilidad y carencia de equipamientos y servicios urbanos de calidad (Rodríguez & Arriagada, 2004; Sabatini, 2006). En cuanto a los impactos urbanos podemos mencionar la desintegración social, que conlleva al aislamiento físico. De nueva cuenta, se vuelve a hacer presente la cuestión educativa como una de las más afectadas por el fenómeno de la segregación residencial.

Sabatini (2006) expresa, además, que la escala geográfica de segregación ha venido mostrando tendencias contradictorias durante las últimas décadas en las ciudades latinoamericanas, ya que en un sentido parece estar reduciendo, y en otro, aumentando (Sabatini, 2006). Sin embargo, a diferencia de lo que hace Rodríguez & Arriagada (2004), Sabatini (2006) no afirma que los niveles de segregación residencial estén disminuyendo de forma general, sino que deja abierta la posibilidad de pensar que estamos tratando con nuevas modalidades de separación de grupos sociales en el territorio, que suponen nuevos efectos para las ciudades. Asimismo, menciona que el aumento en la intensidad de la segregación residencial de los pobres ha sido incesante y está lejos de disminuir.

Lo que sí es probable que esté sucediendo es una reducción en la escala de segregación. Es decir, el aumento en los desplazamientos de la población ocasiona que los distintos grupos vivan en cercanía, sin ser obligado que haya interacción entre los mismos. Ahora los niveles de segregación que podían observarse a gran escala, donde los grupos socioeconómicos altos, al ser minoría, se encontraban concentrados en áreas específicas de la ciudad, ya no son los mismos como consecuencia del surgimiento de la tipología habitacional cerrada. La heterogeneidad aumenta a gran escala, pero en una escala reducida la homogeneidad es la que predomina.

Los niveles de segregación seguramente habrán cambiado por esta situación, pero no significa que hayan disminuido, sino que han aumentado al mismo tiempo que han modificado su forma de expresión en el territorio. De esta manera, debemos desarrollar nuevas formas de dimensionar el fenómeno, acordes a los patrones de distribución socioterritorial que muestran las ciudades contemporáneas, sin olvidar que en cada país la situación social y urbana adquiere características específicas. Así, replicar tal cual la metodología utilizada en otras áreas del mundo para un caso particular puede entenderse como un error exorbitante.

A manera de conclusión, Sabatini (2006) reitera que los efectos positivos y negativos (urbanos y sociales) de la segregación para los grupos pobres siempre han estado presentes, desde que el fenómeno comenzó a ser estudiado. Actualmente, los efectos más negativos están tomando niveles críticos ocasionando y acelerando la descomposición social, mientras los efectos positivos se disuelven en ciudades llenas cada vez más de desigualdad socioterritorial.

La razón de estos cambios tiene tres explicaciones; con un enfoque objetivo espacial, el aumento de la intensidad y la escala de segregación de los grupos más pobres; desde la subjetividad espacial, el surgimiento de estigmas territoriales y el reforzamiento de los que ya existen; por último, con enfoque no espacial, la flexibilización de los mercados laborales y los avances del sistema político (Sabatini, 2006). Lo que resulta incuestionable es la necesidad de seguir elaborando estudios sobre el tema para complementar los que existen y mejorar su entendimiento, ya que se ha reiterado la falta de información, y más ahora que la ciudad y la sociedad se adentran en una tercera revolución urbana.

Arriagada Luco & Morales Lazo (2006) amplían lo señalado por Sabatini (2002) y Rodríguez & Arriagada (2004) respecto al aumento de la inseguridad en las ciudades chilenas como efecto de la segregación residencial de los sectores de escasos recursos. Mencionan que, a pesar de las consecuencias adversas que se le atribuyen, la atención que se le ha dado a la segregación como mecanismo reproductor de situaciones de riesgo social ha sido poca.

De esta forma, realizan un estudio empírico en el que asocian un índice de segregación residencial socioeconómica con los niveles de denuncia de delitos de mayor connotación social, demostrando que la segregación tiene influencia sobre la delincuencia (en Estados Unidos) y el rezago educativo (en Latinoamérica). Además, la segregación se ha convertido en un recurso novedoso para el análisis de las causas y efectos de la inseguridad urbana y se encuentra dentro del debate social actual (Arriagada Luco & Morales Lazo, 2006).

En su metodología utilizan, para la medición de la segregación, el índice de disimilitud de Duncan, teniendo como atributo diferenciador el máximo grado de estudios del jefe de hogar, el cual es muy utilizado para los estudios de este tipo en las ciudades chilenas, y como escala de medición optaron por el distrito censal. En el mismo sentido, hacen uso de la varianza para explicar la cuestión territorial, donde el aumento en su valor porcentual significa un mayor nivel de segregación puesto que la población es más homogénea.

Sus resultados expresan que, efectivamente, las ciudades con menores índices de segregación son menos susceptibles a tasas delictivas altas. Asimismo, la mayoría de las ciudades estuvieron por encima de la media en relación a las tasas delictivas promedio a nivel nacional y presentaron niveles elevados de segregación residencial. De acuerdo con esto, la segregación sí tiene influencia en la forma en que se desarrolla la inseguridad urbana, especialmente los actos delictivos, que tienden a reproducirse casi de forma particular en ambientes sociales degradados.

Si bien, el problema de la segregación no es reciente, pues se ha venido estudiando desde las primeras décadas del siglo XX, han aparecido nuevas formas de segmentación urbana, social y económica que restringen estrictamente a los grupos pobres a interactuar con personas de su misma condición (Rubén Kaztman, 2001), incentivando la inseguridad y el

aumento de la segregación residencial socioeconómica. Entonces, la segregación residencial adquiere relevancia en las ciudades latinoamericanas, ya que la lógica organizacional gira en torno a la conformación de grupos diferenciados económicamente reforzando el distanciamiento social, la desigualdad y la pérdida de cohesión social (Arriagada Luco & Morales Lazo, 2006), logrando debilitar e incluso romper los vínculos de las clases medias y altas hacia con la población menos favorecida.

La ciudad está cambiando su configuración, pasando de los barrios, entendidos como áreas de concentración residencial diferenciadas por las capacidades económicas de sus pobladores, a los enclaves y guetos. Los primeros hacen referencia a las áreas donde se concentran los miembros de la élite o grupos dominantes, organizados para proteger su posición ante amenazas externas; y los segundos son áreas de concentración espacial que delimitan a los sectores urbanos de menor capacidad económica (Marcuse, 2004 citado en Arriagada Luco & Morales Lazo, 2006).

Por este motivo, es necesario que la actuación sobre el problema de segregación residencial se contemple desde tres líneas de políticas urbanas públicas: el desarrollo de programas compensatorios destinados a zonas segregadas, medidas de prevención del incremento de la segregación e intervenciones en los problemas de desigualdad al interior de las ciudades (Arriagada Luco & Morales Lazo, 2006). Abordar los tres aspectos antes descritos no asegura que las ciudades van a funcionar completamente, pero al menos permitirá mejorar las formas de distribución poblacional acortando distancia entre grupos, disminuyendo así las problemáticas sociales asociadas con la delincuencia, la educación y la pobreza.

Cortés (2008) retoma el enfoque objetivo espacial expuesto por Sabatini (2006) y habla sobre el patrón distributivo de segregación residencial socioeconómica a gran escala, ausente de espacios urbanos de interacción entre estratos sociales diferenciados, que caracteriza a Santiago, capital de Chile. Dicha escala geográfica de segregación residencial ha demostrado, en algunos casos, reducción en las últimas dos décadas gracias a la consolidación, cada vez más evidente, del modelo habitacional conocido como condominio cerrado. Esto ha propiciado que familias de altos y bajos ingresos se aproximen físicamente, principalmente en las periferias de la ciudad.

El trabajo realizado por Cortés (2008) se centra en la comuna de Peñalolén, verificando tres cuestiones; si, efectivamente, la disminución en la escala de segregación residencial representa una nueva tendencia distributiva o sólo se trata de casos aislados; los efectos socioespaciales que este fenómeno tiene a corto y largo plazo para la ciudad y la sociedad; y si la reducción de la escala de segregación residencial promueve la interacción e integración social. Además, analiza los efectos negativos de la segregación residencial y la idea de que la interacción e integración social no son consecuencia natural de la simple cercanía física entre estratos, considerando el contexto social y económico de Chile dentro de un mundo globalizado.

De forma general, y no distinto de lo que se ha expuesto hasta el momento, Cortés (2008) menciona que Santiago, al igual que el resto de las ciudades latinoamericanas, expresa sus desigualdades sociales y económicas a través de la distribución espacial de sus habitantes, teniendo un patrón de segregación residencial socioeconómica de gran escala. Por una parte, la ciudad se encuentra segmentada en áreas homogéneas socioeconómicamente, y por otra, pobres y ricos se encuentran distanciados geográficamente conformando amplios sectores, bien delimitados, ocupados por personas de la misma categoría socioeconómica, donde las periferias vuelven a ser las que acogen a los menos favorecidos.

Así pues, el espacio urbano se fragmenta a causa de los distintos estratos socioeconómicos ubicados en áreas específicas del territorio, polarizando las ciudades e incentivando que personas de posición diferente en la escala social no coexistan en el mismo lugar. En el caso de Santiago, la diferenciación socioterritorial a gran escala es tan marcada que muy difícilmente se generan encuentros, por sencillos que puedan ser, como el simple cruce de caras, entre grupos sociales (Cortés, 2008).

Sobre la reducción de escala de segregación, Cortés (2008) explica que, comunas como Peñalolén y Huechuraba, originalmente ocupadas por habitantes de bajos ingresos, se han convertido en escenario de un nuevo patrón de distribución residencial impulsado por la acción inmobiliaria a través de la construcción de grandes proyectos habitacionales destinados a personas de nivel económico medio, medio-alto y alto. El fenómeno ha acaparado la atención de investigadores prestigiosos en Latinoamérica como Sabatini (2006),

quien plantea estas comunas como ejemplos de la nueva tendencia distributiva que se está promoviendo en Santiago.

Es decir, se está reduciendo la escala geográfica de segregación residencial socioeconómica en la ciudad como consecuencia de la promoción inmobiliaria que emergió con la liberación de los mercados de suelo urbano, convirtiéndose dicho patrón, desde finales de los años 70, en “una tendencia estable” (Sabatini, 2000, p. 64). La diferencia con el patrón tradicional de segregación residencial donde grupos de altos y bajos ingresos no coexisten en el mismo espacio geográfico, radica en la disminución de distancia físicas entre residencias de esos grupos, quedando obligados a cohabitar más no a interactuar.

Si como menciona Sabatini (2000), la tendencia de reducción de la segregación residencial se ha estabilizado, lejos de tratarse de casos aislados se está ante un proceso generalizado de modificación distributiva de población cuyos efectos rebasaran, tarde o temprano, los límites comunales, y sólo es cuestión de tiempo para que el resto de la ciudad de Santiago experimente ese acercamiento territorial de grupos socioeconómicos distintos. Quienes apuestan por los efectos positivos de este fenómeno, dentro de los que destaca la integración social, consideran que debe incentivarse desde las políticas públicas para que realmente se vuelva una tendencia (Cortés, 2008).

Las áreas donde tal situación se evidencia con más claridad, por ser en las que los costos del suelo representan una ventaja a los agentes inmobiliarios, son las periferias, atrayendo a un mercado de nivel económico superior. Lo que se logra es desplazar a los sectores acomodados de sus lugares tradicionales de residencia, ofreciéndoles “un estilo de vida semi-rural, pero urbano al mismo tiempo” (Cortés, 2008, p. 425), contribuyendo así a la modificación del patrón de segregación residencial que se tenía anteriormente.

Esto deja entender que el principal responsable del acercamiento de grupos socioeconómicos diferenciados es el agente inmobiliario, por medio de la construcción de grandes proyectos, que incluyen incluso obras de infraestructura, en terrenos precarios donde se ubica la población de bajo nivel socioeconómico de los que pueden obtener el mayor beneficio. A la vez que los grandes promotores inmobiliarios facilitan la reducción de la escala de segregación residencial, los pequeños promotores, el estado y los invasores ilegales

de tierras incentivan la consolidación del patrón de gran escala ya que tienden a promover la homogeneización de las zonas (Sabatini, 2000).

En contraste con Sabatini (2000), los efectos que sugiere Cortés (2008) para el largo plazo sobre la disminución en la escala de segregación residencial es que se descubra que más allá del acercamiento de grupos socioeconómicos se trataba de una etapa inicial de un proceso de gentrificación, es decir el desplazamiento y reemplazo espacial de un grupo por otro superior. Si esta fuera la situación, la heterogeneidad socioeconómica vinculada a los conjuntos cerrados de vivienda sería relativa y temporal. En principio el grupo superior tendría una representación mínima en el espacio original del grupo inferior, pero con el tiempo iría en aumento hasta homogenizar la zona, pero ahora con un estatus social más elevado, habiendo desplazado a los grupos de bajos recursos.

En el corto plazo, Cortés (2008) retoma las ideas de Sabatini (2000) y Rodríguez Vignoli (2001) suponiendo efectos positivos, en términos de integración social, para la reducción de segregación residencial socioeconómica. La necesidad de mano de obra doméstica por parte de los nuevos habitantes y de empleo por los originarios, podrían permitir el desarrollo de una dinámica de interacción e integración social, aunque se ejecutaría de forma asimétrica, por lo que la situación social de las familias no cambiaría. Al respecto, Galván (2017) agrega que si bien la distancia física entre estratos con diferente nivel socioeconómico disminuye, no significa que suceda naturalmente la interacción o que se construyan lazos de amistad, sino más bien por conveniencia laboral, lo cual para nada es muestra de progreso en cuanto a integración social se refiere.

Sobre los efectos negativos de corto plazo, el espacio público se vuelve reproductor de las desigualdades. Habitantes nuevos de mayor poder adquisitivo y antiguos de menor nivel tienen que compartir, en ocasiones, instalaciones de carácter público que evidencian sus diferencias de intereses generando conflictos (Cortés, 2008). De esta forma, se vislumbra la relevancia que adquiere la investigación cualitativa, que es el único medio para comprender la percepción de las personas ricas y pobres, sobre el fenómeno de la segregación residencial socioeconómica, específicamente la cuestión de integración social.



De acuerdo con lo anterior, ya no es posible referirse a la totalidad de una comuna (hablando de las subdivisiones político-administrativas de Santiago) respecto al ámbito socioeconómico, debido a la proliferación de los barrios cerrados que albergan familias socialmente homogéneas (Cortés, 2008). Ahora, las percepciones se deben realizar de acuerdo a sectores internos de la misma comuna. Generalizar la situación económica (pobreza o riqueza) de determinado espacio geográfico sería irrelevante para los estudios de la segregación residencial, puesto que hacerlo significaría un error en el actual contexto habitacional aislado que se desarrolla, que suprime las grandes distancias entre clases sociales opuestas y origina la creación de una ciudad discontinua.

Cortés (2008) complementa la idea de Sabatini (2000) sobre el agente inmobiliario como reproductor de la disminución de la escala de segregación residencial socioeconómica. De acuerdo con la autora, la construcción de barrios cerrados en comunas periféricas mal servidas y las estrategias de marketing son, efectivamente, factores que propician tal acercamiento de grupos, pero, además, está la posibilidad que tengan las familias para acceder a la nueva lógica espacial de los flujos. Es decir, su capacidad para, independientemente de las distancias y costos, pertenecer a un conjunto habitacional alejado de las áreas urbanas centrales congestionadas y trasladarse a sus múltiples destinos diarios.

De esta forma, pierde sentido la lógica del espacio de los lugares. El espacio carece de identidad, significado y cultura a causa de la forma de vida ligada estrechamente con la era de la tecnología o la tercera revolución urbana (Ascher, 2007). No obstante, muchas personas que no pueden acceder a los beneficios de la lógica de flujos, siguen viviendo dentro de la lógica de los lugares, permitiendo que se conserve al menos un poco de la identidad de esos sitios dentro de la ciudad (Sabatini, 2002). Lo que es cierto es que los conjuntos cerrados funcionan como elemento de protección ante situaciones delictivas, pero también ante la lógica espacial circundante, la del lugar (Cortés, 2008).

En sus conclusiones, Cortés (2008) plantea necesaria una reconceptualización de la segregación residencial socioeconómica de acuerdo al contexto actual de las ciudades, con lo cual coincidimos. Quizá hace dos o tres décadas, la proliferación de subgrupos con un alto grado de especificidad, diferenciados y delimitados espacialmente dentro del territorio urbano no tenía la misma magnitud que ha alcanzado en el siglo XXI, resultando en impactos

que no se tenían contemplados, por lo que creer que nos estamos acercando a la solución del fenómeno y más aún al entendimiento del mismo, sería desacertado.

El estudio de la segregación debe tratarse como un proceso continuo, ya que la sociedad es un ente cambiante que adquiere la forma de las lógicas con las que se entiende el mundo. Cada modificación a esas lógicas termina por impactar a la población de forma espacial, a través de nuevos modelos de distribución de grupos socioeconómicos en el territorio urbano que reflejan una inequidad más densa. En una era donde predominan las desigualdades y diferencias, “se accede al mundo por vías diferentes según el grupo y la lógica de que se es parte” (Cortés, 2008, p. 440).

Asimismo, Cortés (2008) cuestiona la forma de ver las cosas de Sabatini (2000) sobre las oportunidades que supone la reducción de la escala de segregación residencial para la integración social. Si bien, hay la posibilidad de que grupos pobres y ricos coincidan por cuestiones laborales, esto no sería una forma de integración social pura. “La interacción social no está asegurada por la mera contigüidad o cercanía en el espacio del lugar, menos aún la integración” (Cortés, 2008, p. 442). Lo que se debería lograr es tener relaciones simétricas que permitan generar cambios en la estructura de los grupos socioeconómicos, orientados hacia una movilidad social ascendente de los estratos inferiores.

Como comentario final, Cortés (2008) expone que para el estudio de la segregación residencial se tiene que poner especial atención en la escala de análisis y, de forma paralela, en los grupos que servirán como referencia. Independientemente del tamaño geográfico del espacio que se vaya a analizar, se debe abarcar al total de la población. La importancia del análisis de la segregación residencial consiste en evaluar la relación de un fragmento de la sociedad con un contexto general, sin necesidad de abarcar el conjunto de la ciudad en todos los casos (Cortés, 2008).

Por otra parte, Garín Contreras, Salvo Garrido, & Bravo Araneda (2009) realizan una revisión de la investigación sobre segregación residencial socioeconómica desarrollada, a nivel nacional, en Chile. Mencionan nuevamente que los análisis sobre el tema son escasos en el país, pero están adquiriendo mayor importancia debido a que sus efectos sociales son cada vez más evidentes en el territorio urbano. Asimismo, predomina el abordaje del

fenómeno desde una perspectiva cuantitativa que evidencia el uso heterogéneo de indicadores, descuidando el enfoque cualitativo, que podría dar cuenta de la percepción de los habitantes de zonas segregadas, sean éstas de alto o bajo nivel socioeconómico, sobre los efectos de la separación entre clases.

De forma similar que Rodríguez & Arriagada (2004), Garín Contreras et al. (2009) encontraron que la segregación residencial, característica de las ciudades modernas, está disminuyendo como consecuencia del funcionamiento del mercado de suelo, las políticas públicas a favor de la integración social y la migración nacional. Sin embargo, su disminución está provocando otras problemáticas como la delincuencia, inseguridad y deserción escolar, teniendo nuevas implicaciones sobre la vida urbana y atentado contra la estabilidad social, la acción democrática y los logros económicos. En general, nos referimos a una disminución en la escala geográfica de segregación, entendida como el acercamiento de grupos socioeconómicos diferenciados como causante de las nuevas adversidades. Asimismo, es importante considerar que la migración interna favorecida por las obras de infraestructura incide en la reproducción de las desigualdades socioterritoriales sin llegar a ser causa directa de las diferencias económicas (Garín Contreras et al., 2009).

Sobre el tema de movilidad, Fischer, Jäger, & Parnreiter (2003) agregan que el aumento de las migraciones internas en las ciudades provoca cambios en la segregación residencial. Las clases medias empobrecidas comienzan a habitar en zonas de clase baja, mientras que los “nuevos pobres” intentan acercarse a las áreas de estratos medios ascendentes y altos con la intención de mejorar el aspecto laboral. Esos cambios de residencia constantes son el resultado de los procesos de suburbanización y las nuevas tipologías habitacionales.

En Chile, el estudio de la segregación residencial aún es insuficiente para explicar el fenómeno y se ha limitado a ciudades de gran tamaño (Garín Contreras et al., 2009; Rodríguez & Arriagada, 2004; Sabatini, 2002), como Santiago, restando importancia a las de menor dimensión que son las que abastecen de población a las primeras. Dentro de los resultados más importantes, se ha demostrado que conforme aumenta el tamaño de las áreas en pobreza con estructura social homogénea, los problemas urbanos y sociales se agravan también, así como la malignidad que adquiere la segregación (Garín Contreras et al., 2009).

El enfoque estructuralista ha predominado en la mayor parte de los estudios que se han realizado sobre segregación residencial en este país, advirtiendo que la implementación del modelo económico neoliberal ha permitido intensificar los procesos de segregación, principalmente por la liberación de los mercados de suelo que profundizan y evidencian las desigualdades socioespaciales (Garín Contreras et al., 2009). En este sentido, quienes tienen capacidad económica superior acceden a sitios mejor ubicados, considerados como barrios buenos o de alta renta, por lo que las desigualdades económicas juegan un papel determinante en la producción de los modelos segregativos contemporáneos. Esto, sumado con el rol que juegan los grupos sociales diferenciados, tiene como resultado una segregación del espacio urbano aún más crítica.

De acuerdo con Kaztman (2001), “la ampliación de las diferencias de ingreso entre segmentos de la población urbana alargará las distancias entre los pobres y los no pobres” (Rubén Kaztman, 2001, p. 173). Su afirmación es pertinente para la situación actual de las ciudades, habiendo una línea muy marcada que divide a la sociedad acomodada de los menos privilegiados, donde las disparidades de ingreso se transforman en disparidades sociales y espaciales. Además, las interacciones sociales se producen de forma asimétrica, habiendo desinterés por la construcción de lazos de amistad e interés por la conveniencia laboral, doméstica en su mayoría.

Lo anterior permite entender que, efectivamente, cuando a la segregación residencial se le agrega el sentido económico sus impactos se vuelven más complejos de analizar y tienden a ser los que modifican en un sentido negativo la configuración del territorio urbanizado. Sin embargo, la visión estructuralista de la segregación residencial es criticada por su enfoque reduccionista orientado a estudios de caso y a la tipología habitacional de condominios cerrados, que pretenden demostrar que la globalización es la responsable del aumento proporcional entre las desigualdades espaciales y la segregación (Garín Contreras et al., 2009).

Dentro de los efectos más preocupantes que se le atribuyen está el aislamiento social que, como menciona Sabatini (2002), estimula el sentimiento de exclusión y la falta de identidad territorial. Los efectos van a variar dependiendo de la escala de medición y los indicadores que se utilicen en los análisis, a lo que Garín Contreras et al. (2009) refieren que,

en cuanto al índice de aislamiento o exposición, los resultados indican que el aislamiento espacial de los más desfavorecidos está asociado con las altas tasas de desempleo de los jefes de hogar, fomentando la aparición de guetos urbanos.

Por otra parte, también existe una relación directa entre la segregación residencial socioeconómica y la delincuencia, afectando las preferencias de localización, incentivando la aparición de conjuntos cerrados y la privatización del espacio público, dando origen a la producción de ciudades poco sustentables dominadas por la inequidad urbana y social (Arriagada Luco & Morales Lazo, 2006). Esta proliferación de espacios habitacionales protegidos de peligros externos a través de elementos físicos que impiden que suceda la actividad social al exterior e incluso en su interior, provocan la fragmentación social de la ciudad y se suman como factor de cambio en el patrón tradicional de distribución socioespacial.

De esta forma, la investigación sobre la segregación residencial seguirá adquiriendo relevancia en Chile gracias a la magnitud de los efectos socioterritoriales que está generando. Sin embargo, se distingue una marcada heterogeneidad en la forma de abordar los estudios, en cuanto a teoría, formas de medición, escala de desagregación del territorio, entre otros, limitando la realización de comparaciones, explicaciones contundentes y su utilidad para la elaboración de políticas públicas que permitan contrarrestarla (Garín Contreras et al., 2009).

En sus conclusiones, Garín Contreras et al. (2009) al igual que Rodríguez & Arriagada (2004), mencionan que la segregación persiste en el tiempo pero se encuentra en un proceso de disminución en todas las escalas territoriales debido a los movimientos migratorios intraurbanos de la población, destacando el desplazamiento de los sectores de altos recursos hacia zonas pobres. Desde nuestra perspectiva, esta afirmación tiene sentido, puesto que la segregación ha ido en aumento apoyada de una marcada distinción de los grupos sociales y de una división socioterritorial de complejidad creciente, dinámicas que ahora son capaces de interactuar en superficies menores.

Lo anterior, significa que ha disminuido la escala urbana con la que debe ser analizado el fenómeno, teniendo que a gran escala cabe la posibilidad de encontrar un decaimiento en los niveles de segregación residencial relacionado con los motivos antes señalados por Garín

Contreras et al. (2009) y Rodríguez & Arriagada (2004), los cuales hacen alusión a una idea de mezcla o aproximación social creciente dentro del territorio urbano. Sin embargo, al reducir la escala de agregación se da cuenta de que en realidad hay situaciones de segregación más agudas promovidas, justamente, por esa cercanía física que ahora se ha comenzado a generar entre grupos socioeconómicamente contrastantes. Entonces, los niveles de segregación no han disminuido, sino que se ha reconfigurado la distribución de los grupos sociales al punto de requerir análisis socioespaciales más específicos que posibiliten conocer los nuevos patrones, bondades y consecuencias, que ahora tiene la segregación residencial.

Molinatti (2013) coincide con la idea de que la mayor parte de la investigación empírica que se ha elaborado para documentar la segregación residencial socioeconómica ha canalizado sus esfuerzos en las grandes metrópolis. En este sentido, realiza un estudio cuantitativo que pretende contribuir en el análisis de este fenómeno, sus patrones y tendencias, en ciudades intermedias, como es el caso de Córdoba, Argentina. La intención es demostrar que no sólo en las grandes ciudades están aumentando las desigualdades sociales y los procesos de privatización del suelo, sino que las urbes de menor tamaño se han adentrado en procesos similares, creciendo en tamaño y multiplicando su número, pero aún sin ser atendidas como deberían.

Para esto, parte de microdatos censales para conocer los niveles de segregación de la ciudad a una escala geográfica de fracciones y radios censales, tomando como punto de referencia los años de 1991, 2001 y 2008, de forma que la dimensión temporal que propone es amplia y permite observar los cambios del fenómeno. En relación a la división de la población en grupos, debido a la ausencia de información referida a los ingresos, utiliza un indicador de aproximación al nivel socioeconómico de las familias entendido como el máximo nivel educativo del jefe del hogar (quizá la variable con mayor poder de segmentación para las ciudades latinoamericanas), pudiendo ser bajo, medio-bajo, medio-alto o alto. Su elección se debe, en parte, a la posibilidad que brinda para realizar comparaciones entre los diferentes censos, compatibilizando las categorías para lograr una mayor similitud entre ellas y procurar mayor relevancia en el estudio.

Las dimensiones en las que se enfoca son las de concentración y uniformidad, recurriendo a los índices de segregación, de disimilitud y de aislamiento corregido, por su

pertinencia para proporcionar información sintetizada y global de las expresiones objetivas o cuantificables de la segregación. Además, aplica medidas de autocorrelación espacial (índice de Morán) para analizar la expresión de la segregación en el espacio urbano de Córdoba. Los dos primeros indicadores hacen alusión a la homogeneidad social o la igualdad en la distribución de los grupos de población en el territorio, su diferencia radica en que el primero compara las proporciones entre dos grupos, mientras que el segundo mide la distribución de un grupo respecto al total de la población en la ciudad de referencia. El tercero, por su parte, indica el grado de homogeneidad social de las áreas de residencia.

En cuanto a la correlación espacial, el índice de Morán se basa en medidas georreferenciadas que toman como punto de partida la semejanza de las unidades espaciales, permitiendo tener un panorama distinto del comportamiento de la segregación relacionado con la conformación de conglomerados. De acuerdo con algunos autores, cuanto mayor es el área sobre la que se mide la segregación residencial los valores de los índices tienden a disminuir, de manera que, si hablamos de zonas que representan casi a la ciudad en su totalidad, el fenómeno será casi imperceptible. Por otro lado, al disminuir la escala o el área de análisis los valores aumentan, teniendo que su máxima expresión sería alcanzada si tomamos como referencia el tamaño mínimo de desagregación que existe, la vivienda, lo cual resulta complicado por la ausencia de información con tal grado de especificidad territorial.

En sus conclusiones, Molinatti (2013) evidencia que, de acuerdo a los índices de segregación y disimilitud, los jefes de hogar con alto nivel educativo se encuentran más segregados o repartidos de forma menos homogénea en la ciudad en su conjunto, y los jefes de nivel medio son los menos segregados. La misma situación se replicó en los tres años que se abarcaron, de forma que el patrón de distribución poblacional se asemeja al de otras ciudades latinoamericanas. De forma generalizada, la segregación entre grupos educativos mostró una tendencia hacia el aumento.

Por otra parte, el índice de aislamiento permitió observar que todos los grupos se encuentran relativamente poco segregados, ya que sus valores no rebasaron el 25% en los tres años censales. No obstante, el grupo más aislado es el de los jefes de hogar con mayor nivel educativo, y el menos aislado es aquel de educación media-alta. También se notó un retroceso en la segregación de los grupos con educación baja. Finalmente, el índice de Morán

mostró valores positivos y significativos para los cuatro grupos analizados, lo que indica que los jefes de hogar independientemente de su nivel educativo, exhiben un patrón de distribución espacial no aleatorio, es decir, altamente concentrado, el cual ha venido en aumento para los grupos con educación alta y media-baja.

Así pues, la ciudad de Córdoba presenta niveles significativos de segregación residencial socioeconómica, los cuales no se han detenido, sino que han aumentado en el periodo de estudio. De esta forma, los diferentes grupos sociales presentan un patrón residencial bien definido apropiándose de zonas específicas del territorio urbano y, a pesar de que la situación educativa se ha visto beneficiada, éste no se ha modificado, más bien se ha reafirmado permitiendo observar con mayor claridad la homogeneidad y concentración socioeconómica que se experimenta.

Por su parte, Linares (2013) estudió la segregación socioespacial en tres ciudades medias bonaerenses, Olavarría, Pergamino y Tandil, durante la década de los noventa. Partiendo de la geografía, analizó la relación que existe entre la intensidad de la segregación socioespacial y las consecuencias en el espacio residencial de las áreas segregadas, señalando que el aislamiento espacial y el distanciamiento social tienden a afectar de forma más aguda a los grupos pobres, dando lugar a grandes zonas en condición de homogeneidad social que terminan por ser estigmatizadas. Asimismo, menciona que las ciudades medias argentinas, al igual que las mexicanas, demuestran el modelo segregativo europeo de ciudad compacta. Esto es, las áreas centrales contienen a los grupos mejor posicionados, habiendo un decaimiento social y urbano conforme se avanza hacia las periferias, excepto en el cono de expansión de la clase alta.

No obstante, este formato tradicional de segregación residencial se comenzó a modificar a partir de 1990 como resultado de las nuevas dinámicas socioespaciales que se consolidaban con la apertura de alternativas residenciales para las élites fuera de las zonas de altos ingresos, la emergencia de subcentros comerciales y laborales y el comienzo de un acelerado crecimiento residencial discontinuo (Linares 2013). Su metodología se establece como cuantitativa, aplicando índices de segregación espacial para cuantificar el grado de asociación entre la intensidad de la segregación y las consecuencias socio habitacionales, tales como la deserción educativa, la inseguridad social y la degradación urbanístico



habitacional. Los resultados evidencian que el aumento de la diferenciación social, la cual fue más notoria a partir de 1990, incrementó exponencialmente las consecuencias negativas de la segregación residencial, entendidas como distribución social polarizada y falta de integración social.

Continuando con la perspectiva geográfica, Prieto (2012) demuestra que los procesos de segregación residencial en la ciudad media de Bahía Blanca, en Argentina, no discrepan de lo expuesto con anterioridad. La metodología que utiliza también conserva un carácter cuantitativo y se apoya en el método de análisis de componentes principales, identificando que la configuración espacial de las estructuras sociales resulta, independientemente de la variable aplicada (económica, cultural, educativa, etc.), con situaciones de segregación considerables. De esta manera, el territorio urbano de Bahía Blanca se muestra fragmentado más que polarizado, creándose una amplia zona periférica socialmente heterogénea en la que coexisten asentamientos precarios y de élite, estos últimos con un protagonismo ascendente, dando cuenta una vez más del nuevo patrón descentralizado de segregación residencial que se está desarrollando en las ciudades medias.

Ahora bien, con enfoque sociológico, Cabrera Hollich (2016) estudió, en 2016, la segregación residencial en las ciudades intermedias de Uruguay, como San Carlos, implementando una metodología cuantitativa de alcance descriptivo. Su objetivo, fue conocer la distribución residencial de dos grupos sociales determinados por su nivel educativo y condición laboral a través de la aplicación del índice de Duncan. Sus resultados demuestran una distribución inequitativa de población, sugiriendo un alto grado segregativo en disimilitud, así como un patrón de organización socioespacial semejante al tradicional latinoamericano, teniendo que la población con menor educación se ubica en las periferias de la ciudad, mientras que las áreas céntricas son ocupadas por aquellos de mayor nivel educativo.

Asimismo, Rasse (2016) identifica particularidades en los patrones de segregación en ciudades intermedias chilenas como Antofagasta, o las conurbaciones Temuco-Padre Las Casas y La Serena- Coquimbo, las que atribuye a cuestiones morfológicas y/o de historia local. Cabe destacar que esta serie de autores como Hollich Cabrera (2016), Linares (2013), Molinatti (2013), Prieto (2012) y Rasse (2016) reconocen la importancia de incluir a las

ciudades medias en los análisis que se realizan sobre segregación residencial. Y es que se trata de un fenómeno que ha acompañado a las ciudades desde su fundación (independientemente de su extensión o cantidad de población), sin ser característico de las grandes zonas metropolitanas. Sin embargo, como es en este tipo de ciudades donde se exhiben más sus efectos, es en ellas donde se concentra la mayor parte de la investigación. Olvidando que las ciudades menores son las que terminan por configurar a las mayores a través de su proceso de crecimiento, y es en las primeras donde se pueden encontrar muchas respuestas acerca del comportamiento de las dinámicas segregativas de las segundas.

Manteniendo la perspectiva sociológica, Tocarruncho (2020) analizó, en 2020, los conceptos de segregación socioespacial y segregación residencial aplicados en los estudios urbanos que se realizan en las ciudades intermedias de América Latina. Su metodología fue de carácter descriptivo, la cual consistió en una revisión documental de artículos, tesis e informes publicados entre 1900 y 2018, para el posterior análisis de su aplicabilidad. Detectó que ambos conceptos poseen un carácter espacial y están articulados con el sistema económico, pero mientras que el primero se refiere a una segregación global incapaz de ser comprendida a través de particularizar en aspectos de diferenciación social, el segundo observa al espacio urbano desde una escala micro, donde los mecanismos de distinción de grupos sociales tienen incidencia.

Entre sus aportes destaca la argumentación de tres dinámicas segregativas que están sucediendo en las ciudades medias. La primera, tiene que ver con la conformación de aglomeraciones de población en sitios específicos según sus condiciones socioeconómicas; la segunda, que el potencial de la renta de suelo es promotor de la fragmentación espacial; y la tercera, que existe una tendencia de los estratos bajos a ubicarse en las periferias, dando origen a nuevos problemas de inseguridad que perjudican la calidad de vida de los habitantes. Además, puntualiza que el patrón de segregación residencial de las ciudades intermedias modernas ha dejado de ser a gran escala, pasando a uno de escala reducida como consecuencia del acercamiento espacial que se ha generado entre las distintas clases sociales, nuevamente, a semejanza de lo que ocurre en las ciudades mayores.

Por último, dentro del apartado de estudios sobre segregación residencial enfocados en ciudades de América Latina, Kaminker (2015) también indica que el concepto tiene una

genealogía y carga normativa importantes, por lo que su uso ha recibido diversas definiciones y embates. En su trabajo, plantea una definición conceptual que reflexiona sobre su utilización en Latinoamérica en las últimas décadas; señala la necesidad de descentrar los estudios de segregación residencial de las lecturas mecánicas entre espacio y desigualdad social delineadas por el aspecto socioeconómico, considerando que hay otros atributos que también son relevantes como la raza, clase y etnicidad; y finalmente, analiza la importancia de la escala, los límites y potencialidades de la segregación residencial en una ciudad intermedia en expansión: Puerto Madryn (Patagonia central argentina).

En Argentina, como en el resto de la región latinoamericana, la mayoría de los trabajos sobre problemáticas urbanas se han centrado en las grandes ciudades (Kaminker, 2015). Por este motivo, la producción de trabajos que analicen los procesos de urbanización o distribución poblacional en ciudades de menor tamaño (intermedias), consideradas como lugares privilegiados para el crecimiento económico (Jordan & Simioni, 1998) y cuya expansión demográfica ha cobrado importancia en los últimos años, resulta trascendente para comprender sus dinámicas, consecuencias e implicaciones para la política pública (Kaminker, 2015).

Analizar la segregación residencial se vuelve fundamental para comprender el proceso de urbanización en las ciudades intermedias en franca expansión, sus causas locales y cómo éstas se vinculan con los procesos estructurales, sus variaciones y continuidades históricas, las dos últimas desde la sociología. Para el caso de Puerto Madryn, se trata de un tema introductorio a los mecanismos de exclusión, donde, además de las características socioeconómicas, las redes familiares, étnicas y raciales se articulan para crear “una división y jerarquización compleja de la ciudad” (Kaminker, 2015, p. 2).

En este sentido, aunque no hablaremos de forma explícita sobre el concepto de segregación residencial o urbana en este apartado sino hasta el marco teórico, es necesario señalar que coincidimos con Kaminker (2015) cuando menciona que se trata de un concepto controversial en términos teóricos y que, como problemática urbana de orden sociológico, no resulta novedoso. En lo que diferimos, es en la concepción de la segregación residencial como problemática y no como fenómeno, que es como lo visualiza Sabatini (2002). La segregación residencial por sí sola no puede ser considerada negativamente, ya que se nutre

de las desigualdades socioeconómicas y de la pobreza, las cuales sí son considerados como problemas y, de forma similar que Rodríguez & Arriagada (2004) lo indican para la segregación, también son inherentes a la vida urbana.

La importancia de señalar lo anterior es que, desde nuestra perspectiva, se han generado una multiplicidad de conceptos que derivan en un entendimiento confuso de la segregación residencial, y más aún cuando se le imputan cualidades diferenciadoras como la socioeconómica, racial, étnica, etc. Esa variedad de visiones, consideraciones o formas de percibir el fenómeno, tienen que ser analizadas para lograr conjugar la información y proponer un concepto que abarque, si no todas, la mayoría de las dimensiones de la segregación, facilitando su entendimiento para investigadores ajenos al urbanismo o la sociología, que es desde donde se ha elaborado la mayor parte del conocimiento sobre el tema.

Por otra parte, en los estudios latinoamericanos hay opiniones compartidas entre los expertos sobre los beneficios que suponen las variables socioeconómicas para comprender el patrón tradicional de distribución territorial de los diferentes grupos de población (Kaminker, 2015; Rodríguez & Arriagada, 2004; Sabatini et al., 2001). No obstante, su utilización está alcanzando un punto que podría considerarse como un abuso, minimizando la importancia e interés por problematizar otras variables. Se hace énfasis en la expresión socioeconómica de la segregación sin llegar a considerar la cuestión racial, étnica o migratoria como sucede en otros países, habiendo escasas de información sobre estos últimos temas.

De acuerdo con Kaminker (2015), en Argentina los análisis de segregación residencial se han concentrado en los ricos autosegregados y en el emergente mundo de los pobres urbanos, evidenciando la territorialidad a través de metodologías de corte cuantitativo, dejando de lado la dimensión práctica y simbólica de la segregación, la cualitativa. Esta última, es una vía que permite dar cuenta de que la segregación urbana propicia la generación de ciudades duales o fragmentadas “favoreciendo la generación de mundos aislados o espacios segmentados, donde la distancia física se transforma en productora de diferencia” (Kaminker, 2015, p. 6).

Sin embargo, la distancia comienza a pasar a un segundo plano en las ciudades actuales donde la aparición de grupos y subgrupos parece ser una actividad de rutina. La homogeneidad se sigue reproduciendo a menor escala a la vez que la heterogeneidad cobra relevancia a escala mayor. Más que la distancia física, son las características específicas de los individuos, que buscan agruparse con sus similares, las que definen las diferencias y desigualdades hoy en día, creando ciudades “mosaico” heterogéneas (Kaminker, 2015).

Para el caso argentino, el análisis de las formas que adquiere la segregación residencial desde el aspecto racial no ha sido abordado con significación por la sociología o la antropología. Es necesario tomar con seriedad dicha situación, dice Kaminker (2015), ya que aunque la raza no es una forma de abordar la segregación que culmine con la propuesta de políticas públicas, sí permite comprender cómo opera la raza en la delimitación de fronteras simbólicas al interior de las ciudades, forjando una territorialidad distinta a como lo hace la cuestión socioeconómica.

La importancia de incluir esta variable en los estudios de segregación de las ciudades argentinas radica en la relación que guardan la raza y la clase social. A pesar de la relativa sencillez que aparenta realizar un estudio de segregación residencial orientado hacia la condición racial debido a la facilidad de identificación de la variable como lo exponen Rodríguez & Arriagada (2004), existen limitaciones en cuanto a la producción de información estadística de la población argentina, atenuando la relevancia de los resultados que se puedan obtener (Kaminker, 2015).

Si bien, para Argentina los estudios de segregación residencial racial suponen un reto por la ausencia de datos o diseños de investigación adecuados, quizá para otros países latinoamericanos exista la posibilidad de explorar la relación que pueda existir entre la segregación residencial socioeconómica y la cuestión racial. Esta última entendida como un elemento partícipe en la jerarquización social interna de las ciudades, sobre el que habría que repensar la noción de segregación residencial.

Asimismo, creemos que si en la experiencia empírica acumulada que se tiene sobre segregación residencial ya está enfatizado que en Latinoamérica la cualidad capaz de delinear con mayor detalle las diferencias entre clases sociales que se traducen al territorio urbano es

el nivel económico, concentrar los esfuerzos en variables diferentes sería trabajo con pocas posibilidades de relevancia. Si bien, los estudios de este tipo de variables étnicas o raciales son limitados, su utilización o posible aceptación entraría en duda al contraponerlos con la importancia del aspecto socioeconómico en materia urbana y social.

Lo que rescatamos de lo expuesto anteriormente es la reiteración de la falta de análisis cualitativos de la segregación más que el interés por cambiar la variable socioeconómica por la racial para los estudios de segregación residencial en las ciudades latinoamericanas. En realidad, en lo que se tiene que profundizar es en el análisis de la información censal para ser capaces de establecer una diferenciación de grupos adecuada a los fines de determinar los niveles de desigualdad social reflejados en el espacio urbano.

Finalmente, Kaminker (2015) aborda el tema de las escalas de la segregación, considerándolas como una noción polisémica en los estudios socioespaciales que, a pesar de su naturaleza teórico-metodológica, pocas veces se tratan de forma distinta a una problemática. Además, expone que hay diversas concepciones sobre la escala, como tamaño, como nivel, como red y como relación. Cada una de estas formas de entenderla representa jerarquías e interacciones distintas, por lo que, sociológicamente, el cambio en la escala implica un cambio de naturaleza, haciendo fundamental mantener una escala única, de principio a fin, cuando se analiza la segregación residencial.

Estas acepciones no deben considerarse o analizarse como capas independientes del mundo social, sino que es necesario visualizar “cómo se enredan unas con otras, se mezclan e hibridizan” (González, 2005, p.2 citado en Kaminker, 2015, p. 7). Así, el papel de la investigación cualitativa se vuelve fundamental, ya que es a través de ella que podemos analizar los múltiples sentidos que adquiere la noción de escala, más allá de la conformación de esferas sociales repartidas inequitativamente en el territorio urbano, por medio de fórmulas matemáticas de índole cuantitativo. La escala se vuelve entonces, una construcción social que no está preestablecida, sino que somos nosotros quienes la proponemos de acuerdo a la temática que vayamos a explorar.

Kaminker (2015) menciona que, para el estudio de la segregación en América Latina, la escala debe ser pensada en dos sentidos prioritarios. Por un lado, desde la noción de tamaño

existe un vacío de información acerca de las ciudades intermedias, favoreciendo que el campo de análisis y reflexión sobre este tema continúe abierto. Los organismos nacionales e internacionales, así como los centros de investigación, no se han interesado aún con la misma magnitud en asentamientos con características distintas a los de las zonas metropolitanas o ciudades de tamaño territorial y demográfico superior, ya que son las que suponen problemáticas de mayor envergadura.

No obstante, las ciudades intermedias se han comenzado a analizar en los últimos años, dando cuenta del lugar que están alcanzando dentro del sistema urbano de orden superior que las contiene, principalmente por su tendencia hacia el acelerado crecimiento demográfico y urbano. Dicha situación está relacionada con los procesos de globalización que han dejado de ser exclusivos de las grandes ciudades, permitiendo que aquellas de menor tamaño se conviertan en espacios, conectados con el resto del mundo, que resguardan contextos sociales y aspectos morfológicos particulares, diferentes a lo que se ha estudiado en demasía, resultando objetos de estudio atractivos para la generación de conocimiento inédito (Kaminker, 2015).

Aunado a estas características de crecimiento urbano, demográfico y globalización, hay un elemento que quizá tenga más peso que los anteriores para considerar de relativa importancia el análisis de las ciudades intermedias. Se trata del “grupo de personas que movilizan su poder alrededor de un espacio” (González, 2005, p. 107), en este caso el territorio urbano. Los grupos de elite y los pobres ocupan el espacio de la ciudad evidenciando una dinámica de movilización continua por conveniencia, dando un nuevo significado a la noción de escala al reducir la distancia física entre estratos, residiendo en áreas que anteriormente era impensable que lo hicieran. Entonces, a la vez que la distancia física marca diferencias y refuerza las desigualdades sociales, la cercanía también lo hace.

Si bien, el peso económico y social que comienzan a tener las urbes secundarias en los sistemas urbanos nacionales va en aumento, “también surgen como una posibilidad para repensar cualitativamente los fenómenos de naturaleza urbana” (Kaminker, 2015, p. 8). Es decir, el estudio cualitativo de las ciudades intermedias funciona como una vía para comprender las dinámicas sociales en la compleja heterogeneidad y homogeneidad de las grandes áreas metropolitanas, ambos contextos espaciales difícilmente abordables. En este

sentido, la escala, lejos de ser una cuestión de tamaño (de superficie o de población), se convierte en una posibilidad.

Asimismo, hay diferentes tipos de ciudades intermedias. Las que pertenecen a las extensas áreas metropolitanas, como es el caso de la mayoría de las ciudades de tal índole en Latinoamérica, y las que se consolidan constituyendo un sistema independiente (Kaminker, 2015). Ambas tienen formas de funcionamiento, problemáticas y necesidades que difieren entre sí, por lo que el análisis de sólo una de ellas no es suficiente para comprender, de forma global, la situación de segregación residencial socioeconómica de todo el conjunto, sino que es necesario abarcar cada uno de estos modelos urbanos.

En la misma línea, Kaminker (2015) sostiene que existe una correlación entre el tamaño de la ciudad y la cantidad e intensidad de los problemas que la abaten, aunque también habría que considerar la forma de urbanización que se desarrolla. Dos puntos clave que toca el autor son la dimensión temporal, la cual deja comprender que las modificaciones en una ciudad intermedia, por ejemplo la expansión urbana, se producen con una velocidad superior que en las zonas metropolitanas; y la dimensión política, sugiriendo que se siguen planteando soluciones para la segregación residencial diseñadas para grandes ciudades, lo cual termina siendo error puesto que se invierten recursos financieros y humanos de forma inadecuada para resolver conflictos que no han sido analizados adecuadamente.

Los motivos anteriores, junto con los pocos estudios que hay para las ciudades intermedias y la atención focalizada en las zonas metropolitanas, originan la insistencia de analizar cómo funcionan los procesos socioterritoriales, sus efectos e impactos, en este tipo de áreas urbanas de menor tamaño, más susceptibles al cambio, pertenecientes a América Latina. Todo con el afán de progresar en el entendimiento de la segregación residencial en las ciudades más grandes por medio del estudio de modelos urbanos intermedios, situación que se vuelve relevante dentro del campo de la segregación residencial de carácter socioeconómico.

Por otro lado, descentrar el análisis de la segregación residencial de las variables socioeconómicas podría volverse una cuestión positiva dependiendo del contexto en que se realice el estudio. Si existe una variable distinta que tenga el mismo poder de segmentación



social, o incluso mayor, para determinada área, sin duda valdría la pena analizarla. Por el contrario, estaríamos realizando una investigación que probablemente carecerá de importancia dentro de la temática.

Sobre los métodos de medición, Kaminker (2015), al igual que Rodríguez Vignoli (2001), Sabatini et al. (2001), Cortés (2008), Sabatini (2006), entre otros, señala que la cuestión de la escala se vuelve sencilla y compleja a la vez, debiendo definirse, explicarse y mantenerse a lo largo de un análisis de segregación residencial. Cualquier cambio, por más insignificante que parezca, modificaría diametralmente los resultados y terminaría por restar validez a la investigación.

Al respecto, surgen dos problemas centrales. El primero se genera por la medición aislada de la composición social de cada unidad de referencia. Es decir, cada subunidad espacial contenida en una unidad de orden superior se analiza de forma particular, definiendo en qué medida se concentra cada uno de los grupos sociales que alberga. Si esas subunidades tuvieran un reacomodo en el territorio seguirían conservando la misma proporción de cada grupo, por lo que la situación de segregación residencial no se modificaría. El segundo es el de la unidad espacial modificable, a medida que crece un agrupamiento de población dentro de la unidad de referencia, la heterogeneidad se ve disminuida (Kaminker, 2015). Este último se refiere al aumento de la homogeneidad territorial por el crecimiento natural o artificial de un grupo determinado, pudiendo llegar a generar que la segregación residencial aumente en la totalidad de la ciudad.

Es entonces que los índices para el cálculo de los niveles de segregación residencial que consideran la distancia física toman importancia, por ejemplo, el de correlación espacial de Moran. Estos índices surgen de la necesidad de analizar áreas urbanas con distinta escala geográfica de agregación y, similar a lo que plantea Cortés (2008) sobre lo erróneo que es referirse a la situación socioeconómica de una comuna en su totalidad en la actualidad, hacer alusión a la condición de segregación residencial de una ciudad en su totalidad, y más si se trata de una zona metropolitana, también sería incorrecto.

Las nuevas formas de hacer ciudad, con asentamientos aislados en las periferias que funcionan como ciudades de menor tamaño con determinada independencia, complejizan

considerarla como un todo dentro de los análisis de segregación residencial, teniendo que reducir la escala de agregación de manera forzada. Quizá las ciudades intermedias, por su estructura urbana y social, aún pueden ser analizadas de forma general, representando un campo de oportunidad para la generación de conocimiento. Independientemente del tamaño de la ciudad, en ocasiones, la escala de análisis está limitada a la información que somos capaces de acceder, la cual suele ser obtenida de los censos. El principal parámetro para la selección del detalle con que trabajaremos es el nivel de desagregación en el que esos datos se encuentren. Otra de las limitantes de la información proporcionada por los institutos nacionales, es la diferencia de límites político-administrativos que se manejan (Kaminker, 2015).

En conclusión, podemos referir que los análisis sobre segregación residencial socioeconómica, de carácter cuantitativo, tienen que ser abordados con diferentes escalas e índices de medición logrando obtener una visión global del fenómeno para la totalidad de la ciudad que esté en cuestión, evitando el estudio de fragmentos urbanos y captando las interrelaciones y la lógica organizacional de la población en el territorio urbano. Asimismo, las investigaciones de orden cualitativo tenderán a centrarse a escalas menores por la complejidad que éstas representan al tratar con cuestiones de subjetividad.

De esta forma, se hace necesario realizar estudios más amplios y que no se concentren únicamente en las ciudades más grandes, sino que abarquen las ciudades de menor tamaño para conocer cómo se está comportando la segregación residencial socioeconómica en espacios urbanos de menor extensión. Además, sería de gran relevancia considerar la incorporación constante de la metodología cualitativa en los análisis sobre segregación residencial socioeconómica, para así desarrollar trabajos integrales que permitan entender de forma más amplia las características del fenómeno, su medición y la percepción de los habitantes sobre la conformación de grupos diferenciados y separados físicamente en el territorio urbano.

En relación a la inclinación cuantitativa de los análisis que se han realizado en Chile e incluso en otros países, debería trabajarse en una homologación de los distintos métodos de medición y de la categorización social que admita comparaciones entre sí, con la finalidad de seguir realizando estudios longitudinales y transversales sobre segregación que puedan

ser contrastados con los de otros investigadores y permitan producir nuevos conocimientos sobre el tema. No obstante, y a final de cuentas, elaborar un estándar de medición para la segregación residencial socioeconómica resultaría una idea utópica debido la gran cantidad de perspectivas desde las cuales se puede abordar el fenómeno, la diversidad de posturas de los investigadores y los diferentes tipos de ciudades que existen.

Sin embargo, parte de lo que sí tendríamos que tomar como obligatorio en el estudio de la segregación residencial es la implementación de una perspectiva global de la situación, tanto de los efectos y consecuencias, así como de sus mecanismos de origen. De esta forma, estaríamos en posición de diseñar y proponer políticas públicas que actúen en pro de la integración y cohesión social a pesar de la distribución inequitativa de población que existe en el territorio urbano del siglo en curso.

A manera de resumen, los vacíos de información que detectamos en los estudios abordados para las ciudades latinoamericanas se relacionan con la falta de presencia de las ciudades intermedias en los análisis de segregación residencial socioeconómica, así como la ausencia de la metodología cualitativa o la parte subjetiva que tiene que ver con el prestigio de las zonas y las identidades sociales. De la misma manera, es necesario profundizar en la información que nos proporcionan los censos para procurar incluir distintos periodos temporales o enfocarse en periodos específicos que representen alguna oportunidad; incorporar la cuestión multidimensional; e incluir nuevas formas de división social, aumentando la capacidad comparativa de los resultados y el entendimiento de la evolución del fenómeno.

Asimismo, hay una inclinación por explicar cómo se organizan los estratos sociales bajos en el espacio urbano, ya que son los que sufren en mayor medida los efectos de la segregación residencial por su incapacidad para pertenecer a zonas mejor servidas. Sin embargo, no se debe perder de vista la situación de los grupos superiores, debido a que profundizar en sus patrones de distribución puede ser un mecanismo que facilite el entendimiento de las complejas configuraciones urbanas que toma la sociedad en las ciudades del siglo en curso, caracterizadas por la intensa movilidad física de los individuos, la cual coadyuva a la aparición de grupos y subgrupos de alta especificidad.

#### *2.4. Segregación residencial en el contexto de México*

En México, como en el resto de las ciudades latinoamericanas, las desigualdades sociales a partir del factor económico reflejadas en el territorio urbano se intensificaron a lo largo del siglo XX, y lo continúan haciendo en el XXI. Los procesos de globalización, que han propiciado cambios de gran magnitud en la estructura económica e industrial mundial, se han integrado a buena parte de las ciudades del país, transformando su esquema socioespacial y suscitando nuevas formas de organización territorial con sus correspondientes efectos y consecuencias.

Si bien, la globalización es entendida como un fenómeno que ha maximizado los niveles de segmentación social del espacio urbano (Sassen, 1991), ésta se ha extendido no sólo a las grandes ciudades mundiales, sino también a las de menor tamaño (Kaminker, 2015), donde América Latina no pasa desapercibida. Dinámicas como el crecimiento de los sectores en pobreza que son excluidos o el estricto aislamiento de los grupos acomodados a través de modalidades habitacionales cerradas, evidencian que la segregación residencial socioeconómica es un tema relevante en el actual contexto urbano y social de las ciudades mexicanas.

Ante esta situación, los análisis realizados por Schteingart (2010, 2013) y Gómez Maturano & Alvarado Rosas (2016) sobre la división social del espacio y segregación para la ciudad de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla son muy pertinentes, ya que elaboran una diferenciación de estratos a partir de las variables que tienen mayor poder de segmentación de la sociedad. De la misma manera, trasladan la información de forma gráfica e incorporan distintas escalas de desagregación para permitir observar cómo esos grupos se distribuyen en el espacio urbano y las modificaciones que han tenido a lo largo del tiempo. Su aporte es trascendental, pues dejan entender que las grandes ciudades de México se encuentran socialmente divididas y su población inequitativamente distribuida, siendo el factor socioeconómico un elemento de impacto superlativo.

Schteingart (2010) realizó un análisis orientado a responder en qué medida, de qué manera y en qué tiempos se han dado las transformaciones en la configuración espacial de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) como consecuencia de la economía

globalizada, y cómo estos cambios en la organización del espacio urbano son capaces de influir en la sociedad, dividiéndola y localizando a las distintas esferas sociales en áreas específicas del territorio. Su trabajo constituye un esfuerzo por combinar estudios cuantitativos y cualitativos, ya que estos últimos, cuando se relacionan con los temas de producción de vivienda y servicios, se convierten en puntos clave para la determinación de patrones de localización de los distintos grupos sociales en el espacio. Su objetivo principal es presentar una forma de describir y medir la segregación en la ciudad de México, cómo ha cambiado a lo largo de las últimas décadas y sus posibles causas.

Para la parte cuantitativa del estudio se utilizaron, como única fuente de información, los censos de población y vivienda elaborados por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), permitiendo analizar los cambios socioespaciales en distintos periodos. La metodología incluyó el procedimiento multivariado de análisis factorial, en el que se toma un conjunto de variables y se analizan sus vínculos, todo en relación a la varianza total. El periodo de estudio fue de 1950 al 2000, realizando el análisis cada diez años, y las unidades de análisis fueron las divisiones político-administrativas de la ZMCM, así como las AGEB que la componen. Los resultados obtenidos muestran un índice que define la representación de cada estrato en un área, y dicha información puede ser representada de forma cartográfica. Las variables seleccionadas están referidas a ocupación (población económicamente activa), ingreso (de \$5,000 o más) y educación (población con primaria completa).

En sus conclusiones, Schteingart (2010) indica que, a pesar del enorme crecimiento demográfico y el acelerado proceso de expansión urbana de la ZMCM, el patrón de división social del espacio urbano ha conservado parte de sus características durante el periodo analizado, ubicándose en la zona central los estratos altos y en las periferias los más pobres. Importante de rescatar es la división de estratos que se propone, incluyendo seis categorías: alto, medio-alto, medio, medio-bajo, bajo y muy bajo. Si bien, ha habido cierta constancia en la modalidad de la segregación residencial, la separación de grupos se ha complejizado al grado de que el que podría considerarse como patrón tradicional (centro-periferia y oriente-poniente) de segregación en la ZMCM se ha modificado, de tal suerte que han aparecido AGEB'S de alto nivel en enclaves de naturaleza inferior (periferias) y viceversa.

La zona oriente de la ciudad, caracterizada por contener a la población desfavorecida, se ha seguido expandiendo, logrando mejorar algunas de sus áreas de forma trascendental, como Ecatepec y Nezahualcóyotl, mientras otras siguen inmersas en las mismas condiciones reprobables que han tenido por años, careciendo de empleo, educación, vivienda y servicios, como Chimalhuacán. Si bien, no todos los sitios han tenido la misma fortuna de progreso, es innegable la mejoría generalizada de la zona metropolitana, aunque aún sigue siendo amplia la diferencia entre los estratos más altos y más bajos de la sociedad (Schteingart & Garza, 2010).

Lo descrito en el párrafo anterior, hace referencia a la dimensión temporal de las ciudades expuesta por Kaminker (2015) y a la sensación de progreso de la que habla Sabatini (2002). De esta forma, es natural que algunos sectores de la zona oriente, dependiendo de su tamaño y de las dinámicas que comparten con áreas de nivel superior, hayan avanzado positivamente en sus condiciones sociales y urbanas respecto a otras que se han quedado estancadas. De la misma manera, los grupos socioeconómicos bajos que se aproximan físicamente a las zonas de nivel superior, lo hacen en búsqueda de una sensación de progreso estimulada por los beneficios que la cercanía a mejores servicios les permite tener, aunque también se corre el riesgo de que haya convergencia con una sensación menos positiva, que es la de no pertenencia al sitio (Cortés, 2008).

Otro resultado al que llega Schteingart (2010) es que la concentración de los estratos altos ha disminuido en tanto la de los estratos bajos se ha elevado, por lo que el desequilibrio social durante la década de los noventa degradó aún más al grupo de escasos recursos. Asimismo, expone que aunque el 40% de la población se ubica en unidades espaciales con estrato bajo o muy bajo, de acuerdo a la escala construida, sin tener alguna cercanía con niveles más altos, sólo el 23% de la población metropolitana está muy segregada; el 6% conformado por poco más de un millón de habitantes de escasos recursos vive en zonas de máxima segregación, al igual que el 3% de la contraparte (población más afluyente); y el 50% se concentra en zonas donde se mezclan estratos medios y medios-bajos.

La ZMCM, considerada como el centro económico más importante del país junto con la ciudad capital, presenta una situación social peor que ciudades como Monterrey y Guadalajara, las cuales le siguen en número de habitantes (Schteingart & Garza, 2010). La

dimensión geográfica y la tasa de crecimiento poblacional son factores que influyen directamente en el proceso de división social del espacio y pueden ser los que expliquen las diferencias en la organización socioespacial en comparación con otras ciudades. De la misma manera, el surgimiento de grandes aglomerados sub-urbanizados cada vez más distantes del centro de la ciudad, refuerza la condición de segregación forzada de la población en condición de pobreza y de segregación por elección por parte del sector acomodado (Schteingart & Garza, 2010).

La problemática gira en torno a que la gran concentración de personas de escasos recursos en áreas muy segregadas trae consigo condiciones de vida adversas. Mientras más amplias sean las áreas homogéneas en situación de pobreza, más complicados son los traslados, las oportunidades de empleo o el acceso a servicios y equipamientos de calidad. Esto deriva en el surgimiento de sentimientos de exclusión (Sabatini, 2002) afectando directamente a la estructura social, impidiendo que se lleve a cabo la interacción entre individuos de estratos diferenciados y, en consecuencia, se dificulte la movilidad social de los más pobres. Incluso, la acumulación de la pobreza tiende a acentuar la violencia, la inseguridad, el consumo y venta de drogas, la deserción escolar y la precarización del trabajo de los jefes de hogar (Schteingart & Garza, 2010).

Una cuestión que cabe señalar, es el papel que juegan los programas y acciones de vivienda en la configuración de la trama urbana y la división social inequitativa del espacio. A diferencia de las ciudades de países desarrollados que han diseñado estrategias habitacionales para mantener a sectores de población de estratos inferiores en áreas urbanas centrales impidiendo su desplazamiento hacia las periferias, México no ha logrado resolver esta situación. Como consecuencia de la priorización de desarrollos de vivienda fuera de los centros urbanos, la expulsión de población pobre de las zonas acomodadas (no sólo las centrales) continúa, propiciando el crecimiento urbano acelerado en los extremos de las ciudades y favoreciendo la reproducción de las desigualdades socioespaciales.

Dentro de los temas que se precisa es necesario abordar en estudios futuros para una mejor comprensión de los factores que influyen en la división social del espacio en las ciudades mexicanas, está la problematización de los cambios ocurridos en la conformación de los diferentes estratos que componen la estructura social de las ciudades, lo cual promueve

la utilización de categorías carentes de contenido social. Asimismo, es necesario incluir estudios específicos que abarquen megaproyectos de alta tecnología y sobre los barrios cerrados exclusivos para las clases medias y altas, los cuales contribuyen a generar diferentes tipos de segregación residencial. Además, en las últimas décadas ha habido una carencia de investigaciones que analicen la división del espacio y su relación con la estructura social o la morfología de las ciudades.

Por otra parte, Schteingart (2013) realizó un estudio posterior que incluyó a las tres metrópolis que le siguen en tamaño a la ciudad de México: Guadalajara, Monterrey y Puebla. Las características metodológicas fueron similares a las del primero, utilizando el análisis factorial para la generación de índices con los cuales definir áreas y estratos. Las variables también fueron retomadas de los censos de población y vivienda, haciendo énfasis en aquellas relacionadas a ingresos, escolaridad, agua en la vivienda, hacinamiento y tenencia de la vivienda, y se utilizaron las mismas clasificaciones sociales propuestas para la ZMCM.

El periodo de análisis fue de 1950 al 2000, haciendo una comparación de resultados en lapsos de diez años. Se tomó como unidad de análisis la división político-administrativa estatal de las tres ciudades y se anexó un análisis de la división espacial de estratos por AGEB para el periodo comprendido entre 1990 y 2000. De esta forma, fue posible apreciar el proceso evolutivo de la división social del espacio y las etapas de crecimiento territorial de las ciudades en cuestión.

En sus resultados, Schteingart (2013) menciona que las condiciones más favorables se observan, para todos los indicadores utilizados, en las áreas centrales de las cuatro metrópolis. En la zona metropolitana de Monterrey destaca la reducción de las diferencias entre unidades espaciales centrales y periféricas, confirmando la centralidad disminuida de los estratos altos en la ciudad. En cuanto a la población, los porcentajes de los dos estratos más altos y los más bajos mostraron una diferencia significativa al comparar las áreas centrales y el resto de unidades espaciales de las ciudades.

Asimismo, la distribución de la población estuvo más equilibrada entre los estratos más bajos y más altos en las áreas centrales de las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey. En sus áreas periféricas hubo un desequilibrio más evidente. Puebla presentó un



caso extremo, donde el 45% de la población del municipio central se ubicó en los estratos altos y medios-altos. En general, la Zona Metropolitana de Monterrey mostró las mejores condiciones, en tanto Puebla las peores. La capital del país tuvo una situación inferior en varias de las variables, lo cual es de llamar la atención. Con esto, queda confirmado que las grandes ciudades mexicanas están enfrentando los mismos procesos de segregación residencial que el resto de las ciudades latinoamericanas, guardando la relación centro (estratos altos)-periferia (estratos bajos) a la vez que surgen dinámicas socioespaciales específicas relacionadas con la reducción de la escala del fenómeno.

Por su parte, Gómez Maturano & Alvarado Rosas (2016) realizaron un estudio cuantitativo de las dinámicas de segregación residencial en la zona metropolitana del Valle de México, con un enfoque espacial de las dimensiones de concentración y exposición. Su objetivo fue generar conocimiento sobre la transformación del patrón de segregación y su dinámica espacial, identificando las tendencias de cambio desde la ciudad central hasta sus contornos periféricos. Se verificó, además, el proceso de desconcentración de las élites en la ciudad central y periferias urbanas y, para los estratos más bajos, se observó una segregación paradójica, mientras su concentración disminuye en la zona central en las periferias aumenta.

Desde su perspectiva, en el modelo de segregación residencial de la Zona Metropolitana del Valle de México se pueden identificar dos tendencias. La primera de 1950 a 1970, en la que el factor urbano comienza a incidir en la configuración espacial de los diferentes estratos socioeconómicos, aumentando la heterogeneidad de los grupos más acomodados en las zonas cercanas al centro de la ciudad y la homogeneidad de los pobres en las periferias. En la segunda, que va de 1990 al 2005, se presenta una situación similar, habiendo una reducción del aislamiento de los grupos de élite ocasionada por su aproximación física con los grupos menos favorecidos.

En su metodología, incorporan el índice de segregación para la dimensión de concentración o uniformidad, el cual trabaja a base de proporciones de población; y el índice de aislamiento para la dimensión de homogeneidad, que está más orientado a cuantificar el grado de contacto potencial entre individuos pertenecientes a distintos grupos socioeconómicos. Aunque estos índices no son espaciales, pues generan valores absolutos, al medirlos particularmente en las distintas áreas que conforman la ciudad dicha situación

queda corregida. La división de los grupos sociales por nivel socioeconómico se hizo considerando el máximo grado de estudio del jefe de familia, retomando la información de los censos de población y vivienda elaborados por el INEGI en 2000 y 2010.

Los resultados demostraron que los grupos socioeconómicos de menores ingresos tienden a estar más concentrados conforme se acercan más al centro de la ciudad. En contraparte, los sectores más acomodados se vuelven más concentrados en la medida que se alejan de la zona central, es decir, su distribución es más uniforme en la ciudad central, pero en las periferias buscan agruparse con sus similares. Para los estratos medios la situación se asemeja a la anterior, y a medida que se alejan del centro su concentración se hace evidente, aunque en menor medida que los estratos altos.

Por otra parte, en el año 2000 hubo una tendencia de los estratos socioeconómicos más bajos de vivir en espacios cuya homogeneidad era mayor en la medida que se ubicaban en zonas más periféricas. En cambio, las residencias de los estratos altos resultaron ser más homogéneas en la medida que se acercan más a la ciudad central. Sin embargo, para ninguno de los dos panoramas los índices reflejaron valores altos. Este patrón demuestra que la dinámica espacial es similar para los estratos altos y medios, y los barrios más homogéneos se concentran en la zona central. Asimismo, para los grupos de bajo nivel socioeconómico la ciudad central es el espacio en que viven en mayor heterogeneidad y su homogeneidad aumenta mientras más se acercan a las periferias.

La peor situación se dibuja para los grupos sociales de menores ingresos, quienes tienden a ubicarse en las periferias “formando un conjunto de desventajas acumuladas” (Gómez Maturano & Alvarado Rosas, 2016, p. 193), las cuales se traducen como espacios aislados que admiten una alta desintegración urbana y social. De esta forma, al ser capaces de elegir su localización, los grupos de élite rechazan la idea de compartir su espacio, dificultando la interacción entre individuos socioeconómicamente diferenciados debido a su aislamiento voluntario y al aislamiento forzado de los grupos pobres. Además, queda evidenciado que, efectivamente, los grupos de posición más alta en la escala social están adoptando una tendencia de desconcentración.

Los análisis realizados por Gómez Maturano & Alvarado Rosas (2016), Schteingar (2013) y Schteingart & Garza (2010) son un avance incuestionable en la producción de conocimiento sobre segregación residencial en las ciudades mexicanas. Sin embargo, un aspecto a cuestionar es la determinación de algún grado del fenómeno a través de los resultados obtenidos del ejercicio de división social del espacio, así como la atención en demasía a las grandes metrópolis. Es decir, el enfoque de su trabajo, principalmente el de Schteingart (2010, 2013), está dirigido hacia la categorización de la sociedad en estratos y cómo éstos se distribuyen en el territorio urbano, la cercanía o lejanía entre ellos, lo homogéneos o heterogéneos que los grupos sociales puedan estar en las diferentes áreas de la ciudad. Haciendo falta la realización de un análisis específico que implemente índices de segregación como el de Duncan, el de Moran o el de correlación espacial, desarrollados con la firme intención de medir concretamente los niveles de segregación en las ciudades.

En cambio, por medio de relaciones factoriales de los índices arrojados por las variables implementadas se proponen condiciones de segregación que, si bien dejan entender parte de las dinámicas socioterritoriales mexicanas, necesitan ser complementadas con estudios cuantitativos y cualitativos enfocados en la segregación residencial socioeconómica. En ningún momento se está demeritando el valor de los hallazgos obtenidos, más sí se cree que para comprender cómo funcionan las estructuras sociales y su distribución en el espacio urbano, patrones, niveles y tendencias, es imprescindible dedicar estudios completos a esta cuestión de la segregación. Así como hacer mayor énfasis en ciudades contemporáneas de menor tamaño, las cuales también han sido objeto de los cambios sociales y urbanos constantes que originan la economía globalizada y los avances tecnológicos.

Señala Schteingart (n.d.) que durante de los 80 y 90 la investigación de la división de grupos en el espacio urbano estuvo dirigida a casos específicos y no al análisis estructural global. Es apenas en años recientes que se pueden encontrar estudios sobre segregación residencial en distintos países de Latinoamérica como México, Chile, Uruguay, Brasil y Argentina. La desventaja es que se han enfocado en las grandes ciudades, realizando explicaciones macro-estructurales, dejando de lado a ciudades de menor tamaño que tienen participación activa en los procesos globales y que pueden funcionar como vía para explicar el proceso de segregación urbana y residencial de las primeras.

Es un gran reto para los planificadores urbanos implementar medidas que pretendan resolver las diferencias territoriales que se tienen hoy en día, las cuales se han acentuado debido al aumento de las desigualdades sociales, principalmente las económicas. De aquí la necesidad de abordar la temática de la segregación residencial, de índole socioeconómica, con la finalidad de comprender la relación que existe entre la posición económica de los actores sociales y su localización geográfica dentro de las urbes mexicanas, y no sólo las de mayor magnitud.

Si bien, no es amplio el repertorio de autores que han abordado las ciudades medias a pesar de las ventajas que estas pueden tener frente a las grandes urbes cuando se trabaja el tema de la segregación residencial, sí se han producido algunos estudios que muestran un panorama de lo que está sucediendo en este tipo de zonas urbanas. Pérez-Tamayo, Gil-Alonso, & Bayona-I-carrasco (2017) examinaron, desde un enfoque sociológico y geográfico, los procesos de segregación residencial en la ciudad de Culiacán, Sinaloa. Su investigación fue elaborada en 2017, teniendo como objetivo contribuir al entendimiento de este fenómeno en las zonas urbanas medias de México, a través del análisis del nivel y el patrón segregativo de Culiacán, así como su evolución entre los años 2000 y 2010.

Su metodología fue de corte cuantitativo, recurriendo a una serie de índices de segregación que se corresponden con cuatro de las dimensiones del fenómeno propuestas por Massey & Denton (1988). Retomaron información estadística contenida en los censos de población y vivienda para la medición e interpretación de los niveles y patrones de segregación, utilizando una escala de desagregación del territorio a nivel de AGEBS urbanas. Los resultados que obtuvieron muestran que Culiacán presenta rasgos segregativos que coinciden con el patrón tradicional de segregación latinoamericano.

Esto es, los grupos de élite se ubican en zonas privilegiadas, principalmente al centro de la ciudad, donde hay una alta dotación de servicios y equipamientos, en tanto la dispersión de los estratos más bajos se genera hacia las periferias. Además, se están produciendo procesos socioespaciales que apuntan hacia la construcción de un modelo de ciudad fragmentada, teniendo que la apertura de nuevos modelos residenciales ubicados fuera de los centros urbanos y dirigidos al sector acomodado promueve la diversificación social, más no

la interacción, en las colonias periféricas, de modo similar a lo que ocurre en las grandes urbes latinoamericanas.

Con perspectiva urbana, Castillo Pavón (2011) y Díaz-Núñez and Acosta-Rendón (2011) analizaron la segregación residencial en las ciudades medias de Cancún y Puerto Vallarta, respectivamente. Identificaron dinámicas particulares vinculadas a la condición costera de ambas ciudades, habiendo marcados contrastes socioeconómicos con fuerte expresión espacial. En sus metodologías, ambas de corte cuantitativo, utilizaron el índice de marginación urbana y el método de análisis de componentes principales, así como distintas variables socioeconómicas que les posibilitaron segmentar a la población y referenciar sus ubicaciones en el territorio urbano.

El modelo de ciudad que se construyó es fragmentado, similar al de Culiacán, habiendo altos niveles de segregación residencial entre las zonas turísticas y las habitacionales, y delimitándose tres sectores de ocupación. El primero, identificado como de altos recursos, es la zona de la ciudad más cercana a la costa; el segundo, pertenece a los sectores medio y medio-alto, ubicado fuera del perímetro de altos ingresos a la vez que funge como nodo entre las periferias y la costa; y el tercero, es el área periférica, donde se ubica la población de menores recursos.

El patrón segregativo de las ciudades costeras difiere de las pautas del patrón tradicional de centro-periferia y cono de alta renta que caracteriza a las ciudades latinoamericanas. En este caso, las zonas de segregación se organizan en franjas en relación al borde costero, y la forma en que se generan el crecimiento urbano y el decaimiento social es unidireccional. De esta manera, se constituye un patrón de segregación residencial específico, entendido como de costa-periferia, el cual obliga a la población desfavorecida a interactuar con dos realidades contradictorias en la cotidianeidad, la exclusión y la opulencia.

Pérez-Campuzano (2016) apoya lo anterior basado en su análisis para la ciudad media de Puerto Vallarta, Jalisco, elaborado en 2016. Argumenta que los patrones de segregación socioespacial en sitios costeros con alta dependencia del turismo exhiben situaciones más críticas. Y es a través de la implementación de índices de segregación que concluye que la dinámica segregativa que predomina está relacionada con el proceso de expansión física de

la ciudad, derivando en zonas periféricas mal servidas de infraestructura urbana y servicios que concentran a los estratos más bajos, evidenciando la separación espacial de los diferentes grupos sociales.

A partir de lo anterior, es evidente la falta de estudios globales de segregación residencial socioeconómica para las ciudades del país, tanto las de mayor tamaño como las más pequeñas. Si bien, se ha trabajado contundentemente en realizar una categorización social a partir de variables que tienen una alta capacidad para definir las condiciones económicas de los habitantes y, por medio de este ejercicio, tratar de explicar cómo se distribuye la población en el territorio urbano, también es necesario ocuparnos de medir los niveles e identificar los patrones de segregación residencial a través de un análisis detallado que involucre las cinco dimensiones del fenómeno: uniformidad, concentración, exposición, centralidad y agrupamiento.

De esta manera, no sólo se estaría exponiendo si existe o no algún grado de segregación residencial basados en la simple organización espacial de los individuos y la cercanía entre unos y otros. Sino que estaríamos considerando factores como proporciones de grupos, distancia física, probabilidad de contacto, etc., que nos ayudarían a fundamentar los patrones de distribución espacial de las estructuras sociales que puedan resultar. Además, se evidenciaría si, efectivamente, las diferencias en las oportunidades laborales o educativas guardan relación, y de qué tipo, con las desigualdades sociales que se traducen al territorio urbano.

Por otra parte, aunque Schteingart (2010) divide detalladamente a la sociedad en seis grupos, replicar su procedimiento para cualquier otra ciudad, incluso de menor tamaño, y pensar en cuantificar el grado de segregación residencial para cada uno de ellos, sería una labor titánica debido a la gran cantidad de información que se generaría. Lo más adecuado sería que, a partir de esas seis categorías, se buscara la forma de delimitar sólo dos grupos de población para posibilitar la aplicación de los distintos índices de segregación y conocer la situación de segregación residencial de las áreas de estudio.

Por esta razón, una cuestión importante de abordar es la problematización de los diferentes estratos que componen la estructura social de las ciudades. En este sentido, ante la

ausencia inminente de información sobre segregación residencial socioeconómica de las ciudades pequeñas, valdría la pena analizar para éstas su población y estratificarla. Asimismo, conocer con mayor profundidad los niveles y patrones de segregación residencial que están desarrollando este tipo de ciudades, con estructuras sociales y urbanas de menor magnitud, pero de igual o mayor complejidad, coadyuvaría a una mejor comprensión de este fenómeno socioespacial en las grandes ciudades, pues se trata de zonas urbanas que pueden ser entendidas como el paso previo a la consolidación de una zona metropolitana.

De acuerdo con Schteingart (2010), el conocimiento que se tiene sobre la segregación residencial en las ciudades mexicanas aún es escaso, más si se habla de ciudades menores, aunque ya se ha comenzado a trabajar en su construcción. La importancia de mantener este campo de investigación actualizado radica en los cambios espaciales que han venido sobrellevando las ciudades latinoamericanas como resultado del acaparamiento de las nuevas dinámicas económicas y de movilidad producidas por los efectos globales. Estos últimos, han promovido que las esferas sociales se adentren en una etapa de constante reorganización dominada por la especificidad territorial, donde los menos favorecidos tienen escasas oportunidades para seleccionar su localización, pero una alta capacidad para definir el patrón socioespacial general del territorio urbano.

### *2.5. Segregación residencial en la conurbación Colima-Villa de Álvarez*

En las ciudades del estado de Colima, específicamente Colima y Villa de Álvarez, el fenómeno de la segregación residencial también se ha hecho presente y ha sido favorecido, en gran medida, por la proliferación del modelo habitacional condominal tanto en formato horizontal como vertical (Galván, 2017; Juárez Martínez, 2007). La aparición de estos nuevos asentamientos de vivienda caracterizados por contener barreras físicas que limitan o impiden el contacto de sus residentes con el exterior, así como el desarrollo de infraestructura de movilidad que posibilita la construcción de viviendas en zonas alejadas del centro urbano, han terminado por ocasionar transformaciones en la ciudad.

El patrón tradicional de distribución de población que se había mantenido por varias décadas, en el cual, los estratos ubicados en la cima de la escala social se ubicaban al centro y norte de la ciudad mientras que los estratos bajos al sur, oriente y poniente, ha sido

modificado. Ahora es posible encontrar a personas de niveles socioeconómicos medios o bajos emplazados en áreas cercanas a los asentamientos que albergan a los estratos superiores (principalmente al norte de la ciudad) y viceversa, islas de ricos en zonas características por contener a los estratos inferiores.

De acuerdo con Juárez Martínez (2007), quien desde un enfoque mixto analizó los fraccionamientos cerrados y su relación con la segregación e integración urbana en la ciudad media de Colima para el periodo de 1980-2005 en 2007, los fraccionamientos o condóminos cerrados son una expresión de la llegada de los procesos de globalización al territorio urbano en cuestión, apareciendo restaurantes de comida rápida, tiendas departamentales, agencias de autos, industrias, comercios, etc., detonando la actividad inmobiliaria a partir del 2003. Este modelo habitacional comenzó a surgir en la década de los 80 (existían 10 conjuntos) y tuvo su mayor auge durante los años 90 (se constituyeron 27 conjuntos nuevos), aunque su producción se ha mantenido, a partir del 2000, con un ritmo superior que en la década de los 80 pero menor que en los 90 (se consolidaron 11 conjuntos más).

Lo anterior indica que cada vez son más los fraccionamientos cerrados y están ocupando superficies mayores en la zona conurbada de Colima y Villa de Álvarez, promoviendo los procesos segregativos e impactando de forma más notoria a Colima por ser donde se concentran las fuentes de empleo. Estos complejos habitacionales tienden a ubicarse estratégicamente en la cercanía de ejes centrales, sobre autopistas y rutas principales, ofreciendo diferentes oportunidades de elección a las clases de menores y altos ingresos (Juárez Martínez, 2007), lo cual indica que los condominios horizontales, en formato cerrado, ya no son característicos de los estratos superiores, sino que se producen ajustados a la capacidad de compra de los sectores de medios y bajos recursos fomentando aún más la segregación residencial.

De esta forma, “como expresión de la segregación urbana, en Colima-Villa de Álvarez existen fraccionamientos cerrados horizontales y verticales. Territorialmente se expresan dentro de la morfología urbana de la zona conurbada de manera creciente” (Juárez Martínez, 2007, p. 66). Se han consolidado redensificando el interior de las ciudades,



principalmente los condominios verticales<sup>3</sup>, mientras que los horizontales mantienen una tendencia de emplazamiento hacia la zona norte periférica y al poniente de la conurbación (Juárez Martínez, 2007).

Menciona Juárez Martínez (2007) que durante la década de los 80, los primeros condominios horizontales cerrados se colocaron en la zona centro, sur y norte de la ciudad de Colima, ubicándose en esta última sobre las áreas de mayor plusvalía (cerca de las avenidas principales y en las periferias) quedando, con el paso del tiempo, dentro de la traza urbana al ser absorbidos por el crecimiento de la ciudad. Más tarde, en la década de los 90, la ciudad de Villa de Álvarez y la zona sur de la ciudad de Colima, sobre el límite de colindancia de la zona conurbada y al norte en la periferia, fueron los escenarios donde se concentró su producción, provocando la expansión de la conurbación. Del 2000 al 2005, aparecieron 10 nuevos condominios horizontales cerrados manteniendo el interés por las áreas periféricas<sup>4</sup> y algunos verticales redensificando el área intraurbana.

Hasta este punto, puede entenderse que el modelo habitacional del condominio horizontal cerrado, al igual que en las ciudades chilenas, ha incentivado la expansión del área que comprende la conurbación Colima-Villa de Álvarez. Contrario a lo que se estipula en el Programa Nacional de Vivienda 2014-2018 aprobado en el Diario Oficial de la Federación (2014) donde se hace énfasis en la necesidad de controlar el crecimiento urbano promoviendo la construcción del parque habitacional en áreas ya urbanizadas y a través de la implementación de vivienda vertical logrando ciudades compactas capaces de brindar más y mejores servicios a sus habitantes, los fraccionamientos horizontales han contribuido a la consolidación de una ciudad dispersa, fragmentada y ausente de interacción social, fomentando la producción de segregación residencial.

Desde el enfoque cualitativo, señala Juárez Martínez (2007) que estos espacios residenciales cerrados parecen estar siendo asimilados tanto por sus residentes como por quienes habitan sus inmediaciones, probablemente produciendo efectos positivos para los

---

<sup>3</sup> El tema de la vivienda vertical en la conurbación Colima-Villa de Álvarez es analizado a profundidad por Galván (2017).

<sup>4</sup> Destaca el Condominio Residencial Las Parotas, siendo el de mayor superficie dentro de la zona conurbada con un total de 153,958.50m<sup>2</sup> construido entre 2000 y 2005, ubicado en la zona norte periférica de la ciudad de Villa de Álvarez.

últimos. Sin embargo, han ocasionado la aparición de nuevos esquemas sociales, en algunos desarrollándose interacción con los vecinos externos, pero no en todos los casos. Además, la percepción externa no en todos los casos es positiva, pues se expresó que, aunque este tipo de conjuntos habitacionales trae consigo beneficios relativos a la dotación de infraestructura y servicios, cuando están destinados a estratos sociales bajos promueven la delincuencia, desconfianza e inseguridad.

Los motivos para residir en condominios horizontales cerrados no difieren al resto de los países. Las personas buscan exclusividad, seguridad, mejores ubicaciones y accesibilidad a equipamientos y servicios que el municipio es incapaz de satisfacer, principalmente. Pero aún más importante que lo anterior, es la necesidad de los individuos de un espacio de resguardo ante la ciudad y sociedad abierta que les transmita la sensación de seguridad. Este sentimiento se vuelve subjetivo debido a que no existe relación entre la disminución de los índices delictivos y el emplazamiento de conjuntos habitacionales cerrados (Galván, 2017), incluso los primeros no han disminuido.

Así pues, hasta el 2007, el crecimiento urbano de la conurbación Colima-Villa de Álvarez se mantuvo principalmente en la zona norte y poniente que fue donde aparecieron los condominios horizontales más importantes situándose en las periferias, aunque también de forma dispersa (Juárez Martínez, 2007). Actualmente, la expansión urbana se sigue concentrando en las mismas áreas, a las cuales se han incluido la zona sur y parte de la oriente, y los conjuntos horizontales y verticales cerrados se siguen construyendo en las periferias evidenciando una forma de hacer ciudad contradictoria a los objetivos planteados en el programa nacional de vivienda relacionados con la compactación urbana.

La investigación de Juárez Martínez (2007) no aborda directamente el tema de la segregación residencial socioeconómica, pero permite entender que las dinámicas socioespaciales del territorio urbano de Colima-Villa de Álvarez se encuentra en un proceso de cambio incentivado, en gran medida, por el incremento de las tipologías habitacionales condominales cerradas sin adecuada planeación y los avances en infraestructura. Estas modificaciones en la distribución de la población repercuten en el patrón tradicional de segregación residencial causando, de forma similar que en el resto de las ciudades

latinoamericanas, una reducción en su escala, acercando a los distintos estratos haciendo pertinente un análisis específico sobre el tema para la conurbación.

El Instituto de Planeación para el Municipio de Colima (IPCO, 2013) se percató de la necesidad de realizar un estudio de segregación espacial debido a las modificaciones socioterritoriales que se estaban suscitando en la ciudad de Colima como resultado del proceso de expansión urbana. De esta forma elaboró, en 2013, un análisis cuantitativo de la división social del espacio basado en información del Censo de Población y Vivienda de 2010, abarcando cuatro dimensiones (uniformidad, agrupamiento, centralización y concentración) de las cinco en que se puede producir la segregación residencial (Massey & Denton, 1988).

Las ciudades pueden ser entendidas como espacios físicos que conjuntan grandes cantidades de habitantes, transformándose también en espacios sociales complejos que reflejan valores, creencias y estilos de vida (IPCO, 2013). Al ser la sociedad un ente cambiante que modifica sus actividades constantemente, las ciudades con su traza, configuración y espacios actuales no son capaces de soportar ese proceso, sino que tienen que adaptarse a las exigencias económicas, tecnológicas, sociales y urbanas contemporáneas. “Las ciudades que no se adapten rápidamente a las nuevas condiciones de la vida moderna quedarán sofocadas; perecerán; otras mejor adaptadas las reemplazarán” (Revol, 2001, p. 63). Es decir, “una ciudad negada al cambio se puede entender como una ciudad sin esperanza, atrofiada e incapaz de contener una sociedad” (Galván, 2017, p. 31).

Así pues, la ciudad de Colima, que inicia a incorporar parte de los considerados procesos globales, está pasando por una etapa de cambio en su configuración urbana y social apareciendo nuevos proyectos de infraestructura y vivienda, así como estructuras sociales, lo cual deja entender que se está adaptando a las particularidades del siglo XXI. Parte de esa adaptación ha detonado la aparición de fenómenos urbanos que inciden en el espacio físico y social de la ciudad, generando nuevas dinámicas socioespaciales que impactan en la calidad de vida de los habitantes, similar a lo que sucede en las grandes metrópolis, destacando la segregación residencial.

El estudio elaborado por el Instituto de Planeación para el Municipio de Colima (2013) pretende explicar las disparidades de la organización social en el territorio de la ciudad de Colima a través del análisis de las transformaciones y fenómenos urbanos a nivel espacial, definiendo los patrones actuales de diferenciación en la ubicación de los individuos, las viviendas y los negocios. La finalidad es la creación de una herramienta que ayude a comprender el comportamiento urbano de la ciudad y coadyuve a crear políticas públicas enfocadas a la diversificación social equitativa del espacio.

La importancia de un estudio de estas características para la ciudad de Colima es elevada considerando que se trata del principal centro económico y político del estado, además de ser su capital y concentrar la mayoría de los servicios públicos, administrativos y educativos, así como actividades comerciales y turísticas. Estas cualidades han contribuido al aumento de la población urbana en la ciudad, concentrando al 93% de los habitantes del municipio. Además, la interdependencia que manifiestan el resto de las localidades cercanas e incluso los municipios, ha transformado la estructura espacial urbana y el comportamiento y evolución de las actividades que se realizan generando nuevas dinámicas urbanas internas a las que es necesario dar respuesta para lograr la integración social del territorio (IPCO, 2013).

De acuerdo con el IPCO (2013), la segregación espacial se trata de un proceso urbano que se refiere a la relación espacial entre los individuos como consecuencia de una serie de factores políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales. Efectivamente, la segregación hace alusión a la cuestión espacial, pero resultaría erróneo dejar de lado la cuestión de las interacciones sociales ya que forman parte fundamental en el proceso de la separación de grupos. Asimismo, se señala que la segregación engloba múltiples factores en el mismo proceso, espaciales, residenciales y socioeconómicos, y cada sector de la población los asimila de forma distinta.

Es por esto que, desde un principio, se ha hecho hincapié en la importancia de definir claramente la forma en que se llevará a cabo un análisis de segregación, las características diferenciadoras que se utilizaran, la escala de desagregación e incluso la forma de entender el propio concepto. En este sentido, aunque el trabajo realizado por el Instituto de Planeación para el Municipio de Colima (2013) supone ser un proyecto integral basado en el diagnóstico

territorial, social, urbano y económico para comprender el comportamiento de la distribución espacial de los grupos de población en la ciudad, tiene una serie de deficiencias de magnitud considerable que restan mérito a su elaboración e incluso lo vuelven irrelevante.

Tomando en cuenta que la segregación residencial se ha manifestado en todas las ciudades en mayor o menor medida, y ante la falta evidente de investigaciones sobre el tema enfocadas en ciudades de menor tamaño, como es el caso de Colima, se hace necesario retomar el análisis del fenómeno incorporando una metodología más apropiada para las cualidades socio-urbanas actuales que presenta la zona de estudio tratada. A continuación se explican los aspectos que, desde nuestra perspectiva, merman el valor de los resultados obtenidos en el estudio de segregación espacial elaborado por el IPCO (2013).

En primer lugar, muy difícilmente podría considerarse, para un correcto análisis de segregación espacial, sólo a la ciudad de Colima, debido a la relación funcional tan estrecha que guarda con Villa de Álvarez, donde incluso los límites políticos entre una y otra ciudad se vuelven imperceptibles. Estaríamos cometiendo un error al considerar a ambas ciudades de forma independiente y más aún al proponer políticas públicas particulares para cada caso que intenten asegurar la distribución equitativa del espacio urbano para todos los grupos sociales, ya que las intervenciones que se hagan en una afectarán directamente a la otra como resultado de la dinámica social, laboral, económica y urbana que las une.

En segundo lugar, se intenta abarcar la segregación en más de una unidad de análisis. Es decir, se analiza en el mismo documento la distribución espacial de los individuos, las viviendas y los negocios, mezclando información y explicando temas de distinta índole que sería mejor trabajar por separado. Tan sólo abordar el tema de la organización territorial de los actores sociales en las ciudades representa un alto grado de complejidad, desde la selección de las variables para la conformación de los diferentes grupos hasta la selección del índice que se acerque más a la situación de segregación residencial que enfrenta la zona a estudiar, por lo que agregar la cuestión de la vivienda y los negocios supone un reto aún mayor que quizá no valga la pena enfrentar, sino que sería mejor concentrarse en un tema específico que tratar de incluir varios tratándolos de forma superficial.

Además, las viviendas y los usos de suelo (negocios) se manejan como si se tratara de individuos, conformando grupos en cada rubro para la posterior aplicación de los índices de segregación, cuando en realidad son objetos y clasificaciones que no son mencionadas en la literatura como posibles opciones que expliquen la segregación residencial socioeconómica. Esta cuestión no se menciona en la literatura, pero desde una postura crítica, nos hace suponer que no es correcto, ya que los índices de segregación están diseñados para trabajar con grupos de población y dimensionar el grado de separación física o interacción que puede o no haber entre ellos. Calcular los índices de segregación residencial utilizando grupos de índole ajena a la social generaría resultados dudosos y difícil aceptación, que incluso merecerían ser analizados de forma particular sólo para asegurar que el procedimiento es correcto.

En tercer lugar, y dentro de las cualidades más preocupantes, está la ausencia de comparaciones temporales, tomando como fuente única de información el Censo de Población y Vivienda elaborado por el INEGI en 2010. El cálculo de la segregación residencial, o espacial como la llama el IPCO (2013), tiene que incluir, al menos, dos periodos de tiempo que permitan observar los cambios socioespaciales que se han suscitado en determinado asentamiento urbano entre un año y otro. Se trata de un fenómeno que no es estático sino más bien sensible a los cambios políticos, económicos, sociales, urbanos e incluso medioambientales que se generan en las ciudades, mutando constantemente, por lo que pretender determinar y explicar patrones o modalidades de segregación basados en datos limitados a un periodo temporal resultaría cuestionable.

En cuarto lugar, se omite la dimensión de exposición de la segregación. Si bien se trata de analizar la distribución espacial de los grupos sociales en el territorio urbano, también se tiene que considerar el contacto que sucede entre los mismos, debido a que puede ser un factor determinante en los niveles de segregación residencial. Cuanto más expuesto esté un grupo a otro, más probabilidad de interacción habrá, beneficiando la integración social. Por el contrario, si la exposición es mínima, se fomentará la fragmentación socioterritorial tendiendo a crear entornos socialmente homogéneos, que es lo que sucede mayormente con las personas de escasos recursos de las ciudades latinoamericanas, cuyas áreas de

concentración ocupan cada vez más superficie y su oportunidad de coincidir con miembros de estratos superiores disminuye.

En quinto lugar, la dimensión de uniformidad o igualdad se analiza únicamente a través del índice de disimilitud de Duncan (D). Autores como Sabatini (2006), Sabatini et al. (2001), Rodríguez Vignoli (2001) y Rodríguez & Arriagada (2004) señalan que este método puede funcionar como un primer acercamiento en cualquier estudio de segregación permitiendo conocer las proporciones que existen de determinado grupo social en cada subunidad territorial con respecto a su representación en la unidad territorial de orden superior mostrando un panorama general de organización poblacional. Sin embargo, este índice por sí sólo no admite distancias físicas, motivo por el cual se han elaborado adecuaciones al mismo para incluir la cuestión espacial, teniendo como resultado el índice de disimilitud corregido por la forma y el índice de disimilitud corregido por la frontera. Ambos permiten explicar con mayor detalle la situación de segregación residencial de una ciudad.

En sexto lugar, en la dimensión de concentración los cálculos se realizan por medio del índice Delta (DEL). Aunque este algoritmo es el más utilizado a nivel internacional para el eje de concentración de la segregación, ha sido criticado por guardar una relación estrecha con la dimensión de uniformidad. De esta forma, el índice más confiable para la dimensión de concentración, de acuerdo con Massey & Denton (1988), es el de concentración relativa (RCO), el cual compara la concentración espacial de un grupo minoritario con la de un grupo mayoritario en términos de superficie ocupada y densidad (Martori, 2007).

En séptimo lugar, las variables utilizadas no son las adecuadas para explicar la segregación residencial socioeconómica de la ciudad de Colima. Se utilizó información relacionada con la edad, el sexo, la educación, la ocupación, la vivienda y las actividades económicas. De esta serie de variables, únicamente el nivel educativo y la ocupación nos podrían permitir configurar grupos de población representativos para el tema socioeconómico. Sin embargo, el análisis que se hace de las mismas es bastante simple retomando dos indicadores para cada una, cuando en realidad lo que se tendría que realizar es una propuesta de estratificación social detallada, similar a la que hace Schteingart (2010)

para la ciudad de México, que justifique la selección tanto de variables como de indicadores e incremente el peso de los resultados.

Finalmente, en octavo lugar, el análisis que se hace de los índices de segregación residencial es muy vano para establecer su aplicación. Lo que se hace es retomar el trabajo de Massey & Denton (1988) y Martori (2007), excluyendo la dimensión de exposición. Si bien ambos autores son referentes en el tema, ellos mismos son quienes explican las debilidades y virtudes de cada uno de los índices para la medición del fenómeno, hecho que hace suponer que por la selección del índice de Disimilitud (D) y del índice Delta (D) no hubo un correcto entendimiento de los mismos o se buscó disminuir la dificultad de la investigación.

Podemos observar que el estudio realizado por el Instituto de Planeación para el Municipio de Colima (2013) está lejos de reflejar la realidad de los efectos de la segregación residencial en la ciudad de Colima. Podría considerarse como un trabajo que roza lo superficial, simplemente para permitirnos conocer cómo se distribuyen espacialmente algunos grupos de población definidos de forma en extremo sencilla seleccionando información de un par de indicadores de cada variable incorporada. Por ejemplo, conformaron grupos de individuos a partir de la edad dividiéndolos en adultos mayores y población infantil; por sexo, población masculina y femenina; por educación, población con educación básica y con educación pos-básica; por ocupación, población ocupada y desocupada. Asimismo, conformaron grupos a partir de los inmuebles, diferenciando las viviendas habitadas que disponen de internet y las que no; y de los usos de suelo, distinguiendo entre comercio y servicios especializados y comercio y servicios básicos.

Se ha explicado reiteradamente en la literatura que, en las ciudades latinoamericanas, la posición socioeconómica de los habitantes es el principal factor que define su ubicación dentro del territorio urbano, localizándose los estratos superiores en las mejores zonas y los menos favorecidos en las más degradadas. También se ha expuesto que hay una tendencia hacia la concentración de pares, es decir, la inclinación de los grupos sociales por pertenecer a sitios donde habiten personas de su misma condición, ocasionando la conformación de áreas homogéneas tanto de ricos como de pobres.



Ante estos planteamientos y la evidente modificación en los patrones de localización espacial que están enfrentando las ciudades contemporáneas -como consecuencia del modelo económico neoliberal, los procesos de globalización, los avances tecnológicos y los modelos de vivienda-, los cuales acortan la distancia física entre clases sociales que son cada vez más definidas y difíciles de clasificar, habría sido más trascendental que el IPCO (2013) hubiera direccionado su estudio hacia lo que realmente se está volviendo una problemática en las ciudades, la segregación residencial en su ámbito socioeconómico. Más aun teniendo el antecedente de la investigación realizada por Juárez Martínez (2007) quien demuestra que la conurbación Colima-Villa de Álvarez está pasando por un proceso reconfiguración urbana donde los fraccionamientos cerrados se han vuelto protagonistas, ocasionando migraciones intraurbanas y reordenando a la población.

Lo que es rescatable del análisis de la distribución espacial de los grupos que el Instituto de Planeación para el Municipio de Colima (2013) seleccionó es la utilización de las colonias del municipio como unidades territoriales de referencia. Esta escala de desagregación sin duda permite explicar de mejor manera el comportamiento de los fenómenos urbanos a diferencia del uso de AGEB'S, como se hace en muchos otros casos. No obstante, la necesidad de estudiar la segregación residencial como tema particular en las ciudades de Colima sigue latente, con el objetivo de comprender los patrones de distribución socioespacial actuales y su evolución, permitiendo plantear estrategias públicas que contribuyan realmente al desarrollo de un territorio urbano más equitativo e integrado socialmente.

En este sentido, la investigación de Galván (2017) constituye un esfuerzo por analizar la segregación residencial socioeconómica en una ciudad media del país, Colima. Su estudio, a diferencia del realizado por Juárez Martínez (2007) y el del IPCO (2013), está centrado en el impacto social y urbano que tiene la tipología habitacional vertical en la conurbación Colima-Villa de Álvarez e incluye un análisis de segregación residencial en el que retoma el concepto propuesto por Cortés (2008). De esta manera, deja entender cómo la conformación de grupos sociales diferenciados, distribuidos de forma desigual en el espacio urbano, se relaciona con los conjuntos verticales (los cuales se han producido en menor medida que los horizontales) y los efectos que expresa sobre la zona conurbada.

La metodología fue de tipo mixto, vinculando los enfoques cualitativo y cuantitativo en las distintas etapas del trabajo. La selección del método estuvo relacionada con el contenido objetivo y subjetivo que implica un análisis integral de segregación residencial. Por una parte, se realizó la medición de la segregación residencial a través de fórmulas reconocidas a nivel internacional, teniendo como escala de desagregación las colonias que conforman la conurbación (etapa cuantitativa). Por otra, se realizaron grupos de enfoque en los conjuntos verticales tomados como caso de estudio para conocer la percepción de los habitantes respecto a su condición de localización, categorización socioeconómica e integración social (etapa cualitativa).

La finalidad de la implementación de ambos enfoques fue poder comprender si existe correlación entre los niveles de segregación residencial socioeconómica y los conjuntos de vivienda vertical en las colonias con presencia de esta tipología habitacional. El interés de esta situación deriva de las problemáticas que le son impuestas al modelo habitacional vertical, conocido como condominio, por permitir aumentar la densidad de población y conjuntar individuos en una superficie limitada que en ocasiones no tienen la cultura para habitar de forma conjunta, derivando en conflictos sociales que limitan la interacción e integración tanto al interior de los propios conjuntos como con su contexto.

Para el cálculo de los niveles de segregación residencial socioeconómica se consideraron sólo dos de las cinco dimensiones propuestas por Massey & Denton (1988): uniformidad y concentración. Para la primera, se utilizó el Índice de Disimilitud de Duncan (D), el cual constituye un indicador de la relación que existe entre la composición social de las subunidades territoriales, en este caso las colonias, y la unidad territorial de orden superior, la conurbación en su totalidad; y para la segunda, el Índice Delta (DEL), que demuestra la diferencia entre la proporción de un grupo en cada subunidad territorial respecto al total del mismo grupo en la ciudad.

La selección de las dimensiones de uniformidad y concentración está relacionada con las características socioespaciales de la conurbación, donde se ha demostrado que existe homogeneidad de estratos basada en sus condiciones económicas. La zona norte es reconocida por albergar a los grupos superiores mientras que la sur, oriente y poniente a los inferiores o la clase trabajadora. Los grupos de población, mayoritario (bajos ingresos) y

minoritario (altos ingresos), requeridos para la aplicación de ambos índices, se conformaron utilizando variables relacionadas con la educación, reconocidas por tener un alto poder de segmentación social en las ciudades latinoamericanas (Molinatti, 2013), tomando como principal fuente de información el Censo de Población y Vivienda que realizó el INEGI en 2010. Para el procesamiento de los datos se recurrió al sistema de información geográfica QGIS y, a través del mismo, se hizo la representación gráfica de los resultados.

Si bien en la literatura se indica que el máximo nivel educativo del jefe de hogar es una variable que ha funcionado para la conformación de grupos durante el análisis de la segregación residencial socioeconómica (Molinatti, 2013; Rodríguez & Arriagada, 2004; Rodríguez Vignoli, 2001), para el caso mexicano esa información no es recabada en los censos. Debido a esto, fue necesario adecuar la información disponible sobre la variable educación para delimitar los grupos de máximo y mínimo nivel educativo.

Los resultados demostraron que el patrón tradicional de distribución de la población en la conurbación, donde era reconocido que los grupos de menores niveles económicos se ubicaban en la zona sur, oriente o poniente y la zona norte pertenecía a personas de estratos sociales altos, se ha modificado. Seguir pensando en ese patrón de distribución para la zona conurbada es erróneo actualmente, ya que algunas colonias de la zona norte de ambos municipios (Colima y Villa de Álvarez) presentaron una alta concentración de población con menores niveles de educación.

Podemos entender que los estratos altos han dejado de ser característicos de la zona norte como consecuencia de una dinámica de cambio socioespacial, y ahora también se ubican en la zona oriente, sur y poniente de la zona conurbada. Esto refuerza y evidencia lo señalado por autores como Meyer & Bähr (2004) y Rojo Mendoza (2014), quienes explican que la configuración actual de las ciudades está modificando la distribución de los grupos de población acortando la distancia entre los mismos y se está iniciando una etapa donde los sectores acomodados prefieren habitar en las periferias de la zona urbana como alternativa de escape ante la vida moderna, situación que se empieza a reflejar en el área de análisis.

Como menciona Cortés (2008), ya no es posible asociar las distintas zonas de la conurbación con determinados grupos socioeconómicos, debido a que se están generando

cambios espaciales en la distribución de la población. La distancia física entre clases sociales altas y bajas es cada vez menor, al igual que lo que está sucediendo en las ciudades chilenas, desconociendo si hay una integración o fragmentación socioespacial. Lo que fue evidente es la distribución más homogénea del grupo de mayores ingresos en ambos municipios (Colima y Villa de Álvarez), mientras que aquellos de menores recursos mantienen una tendencia de heterogeneidad.

Por otra parte, el Índice de Disimilitud en la zona conurbada fue del 26.10%, porcentaje que, de acuerdo con expertos sobre el tema, aún se encuentra dentro de un rango aceptable para una ciudad, mostrando zonas homogéneas. De cualquier forma, aunque actualmente nos encontramos por debajo de un porcentaje de segregación en su dimensión de uniformidad que se considere alarmante, se está generando una tendencia clara de cambio en el patrón de distribución de la población que podría propiciar que, en un futuro no muy lejano, se alcance un nivel de disimilitud considerable ante el cual se tendrá que replantear la visión de ciudad para lograr organizar a la población de forma más eficiente y equitativa.

La situación de disimilitud actual de la zona conurbada puede ser explicada por dos factores: el primero, podría estar relacionado con el sentido de pertenencia de las personas de menores ingresos, las cuales buscan habitar zonas cercanas a los grupos más acomodados de la sociedad para sentir que forman parte de ese estrato social y diferenciarse de los demás; y el segundo, que los habitantes de mayor nivel económico se están alejando del centro urbano en busca de un lugar de residencia libre de tráfico, ruido y contaminación que les permita estar en contacto con ambientes naturales, tal y como está sucediendo en otras ciudades de Latinoamérica.

Relacionado con el Índice de Delta, el cual mide la diferencia entre la proporción de cada grupo en las subunidades territoriales con respecto al total de los mismos grupos en la ciudad tomando en cuenta la superficie geográfica de la subunidad con respecto a la unidad territorial de orden superior, los resultados revelaron que hay un 43.28% de concentración del grupo mayoritario y un 38.16% para el minoritario en la conurbación. Este índice, a diferencia del anterior, se encuentra en un nivel que empieza a ser preocupante para la superficie que representa, dentro del territorio mexicano, la zona de estudio.

Villa de Álvarez presentó una concentración mayor de población de bajos recursos que podría ser efecto del desarrollo urbano, superior a Colima, que ha tenido en los últimos años, catalogando a la zona poniente como el lugar que alberga a los habitantes menos favorecidos. La cuestión interesante es que la zona norte y centro de la conurbación se han convertido en sitios atractivos de residencia no sólo para personas de altos recursos, sino también para los niveles medios y bajos, ocasionando la pérdida de la homogeneidad que las había caracterizado por contener a personas de alto nivel económico y demostrando, una vez más, que la distancia entre estratos sociales altos y bajos ha disminuido.

Asimismo, la distribución del grupo de mayores ingresos fue más heterogénea que el anterior, habiendo una tendencia de ocupación en la zona norte, centro y poniente de la conurbación. La zona sur y oriente no estuvieron exentas de albergar habitantes de este grupo, pero lo hicieron en menor proporción. Con esto, queda demostrado que los estratos altos de la sociedad, en la actualidad, no tienen la misma inclinación hacia la ocupación de las áreas norte o centro de la conurbación, sino que ya empiezan a establecerse en distintas zonas de la ciudad alejadas de los centros urbanos, unas en menor magnitud que otras.

Lo anterior confirma que, en las ciudades latinoamericanas contemporáneas, independientemente de su tamaño, la segregación residencial socioeconómica ha entrado en una fase de cambio que debe ser objeto de estudio por las implicaciones socioterritoriales que supone. Las distintas esferas sociales comienzan a ubicarse en áreas cercanas entre sí, originando nuevas dinámicas de interacción e integración social que modifican los patrones tradicionales de segregación residencial, donde altos y bajos ingresos ahora son capaces de coexistir.

Por sus cualidades, esta investigación puede considerarse como un avance significativo en el campo de estudio de la segregación residencial socioeconómica en ciudades de menor tamaño de México. A diferencia de lo que hace Schteingart (2013), se analizan, además de la distribución de los distintos estratos socioeconómicos en el espacio geográfico de la ciudad (sin llegar a hacer una propuesta detallada de categorización social), las dimensiones de uniformidad y concentración de la segregación residencial utilizando índices específicos para medir el fenómeno.

Además, la escala de desagregación fue a nivel de colonias lo cual significó un gran reto, ya que la información que proporciona el INEGI se encuentra por AGEBS, teniendo que hacer el procesamiento manual de los datos para adaptarlos a las subunidades territoriales de la ciudad. La implementación de esta escala, en comparación con trabajos que toman como referencia las AGEBS para su desarrollo, permite mayor exactitud en la representación gráfica del fenómeno, dando mayor relevancia al conocimiento que se genera.

De esta forma, conocer con certeza las colonias que evidencian grados más críticos de diferenciación socioeconómica nos aclara el panorama sobre cómo se está comportando la distribución de los estratos sociales en las ciudades medias del siglo XXI. Si bien, para que el análisis de la segregación residencial sea completo debe abarcar la totalidad de las dimensiones, este es un primer paso que demuestra la necesidad de dar continuidad a este tipo de estudios en las zonas conurbadas de Colima.

De acuerdo con De Mattos & Iracheta (2008), “las conurbaciones no siguen una lógica de extensión del tejido urbano, sino que, en cualquier lugar, aparecen instalaciones de toda naturaleza” (De Mattos & Iracheta, 2008, p. 104), generando una gran cantidad de problemáticas. De la misma manera, Ascher (2004) menciona que este tipo de asentamientos surgen por el desarrollo de los medios de transportes y el almacenamiento de bienes, información y personas, los cuales, confieren nuevas formas a las aglomeraciones urbanas. Las conurbaciones pueden ser entendidas como una metápolis, es decir, “áreas extensas y discontinuas, heterogéneas y multipolarizadas” (Ascher, 2007, p. 57). Esta situación las convierte en objetos de estudio aún más interesantes y delicados, donde la inestabilidad social y urbana es más susceptible, por lo que comprender su funcionamiento socioespacial favorecería al entendimiento de la segregación residencial en las grandes ciudades.

INEGI, CONAPO, & SEDESOL (2005, 2010, 2012) señalan que las ciudades conurbadas han venido en aumento en el país, pasando de 46, en 2005, a 78, en 2010. Es decir, en cinco años el número de asentamientos con estas características ha estado cerca de duplicarse. En el caso particular de Colima, en 2010 se agregó una nueva conurbación Manzanillo-El Colomo, constituyendo la tercera zona de este tipo en el estado junto a Armería-Tecomán y Colima-Villa de Álvarez. Al tratarse del estado más pequeño de la república, llama la atención que se sigan consolidando conurbaciones, indicando que el

proceso de expansión urbana se sigue desarrollando en el estado, acompañado de nuevas formas de configuración socioespacial que requieren ser analizadas.

Dentro de los temas pendientes que deja Galván (2017) están aquellos relacionados con el análisis de la segregación residencial socioeconómica desde otras dimensiones en que se presenta el fenómeno, como el agrupamiento, la centralidad o la exclusión. Asimismo, es necesario elaborar una propuesta de estratificación social detallada en la que se empleen aquellas variables que segmenten de forma precisa a la población, así como definir e incorporar un periodo temporal con el que se demuestre el proceso evolutivo de la segregación residencial socioeconómica en el espacio urbano de las ciudades de Colima.

De acuerdo con las tres investigaciones anteriores, para el estado de Colima sería relevante contar con un estudio de segregación residencial socioeconómica que abarque las tres conurbaciones que lo componen, ya que de acuerdo a la literatura son consideradas como áreas conflictivas que deben recibir especial atención. Cada una de éstas tiene una dinámica de funcionamiento distinta: a) Colima-Villa de Álvarez se posiciona como la zona central del estado, su capital; b) Manzanillo-El Colomo es una zona portuaria, industrial y turística; y Tecomán-Armería se trata de una zona con actividades principalmente agrícolas.

Considerando sus diferencias, y ante la situación de segregación que ya fue evidenciada en la primera, analizar la distribución de los grupos sociales en cada una de ellas supone un avance importante para comprender el comportamiento del fenómeno en ciudades de mayor tamaño en el país. Además, hasta el día de hoy no existe un estudio que abarque cada una de las dimensiones de la segregación en las ciudades del estado y los que se han realizado presentan deficiencias o no están enfocados en su totalidad a la medición del fenómeno, sino que lo abordan indirectamente.

En este sentido, para complementar las investigaciones que se han realizado en el estado de Colima, se tendría que iniciar por estratificar a su población en dos grupos socioeconómicos apoyándonos en las variables generadas por el INEGI relacionadas con la educación, ingresos, ocupación o cualquier otra que esté disponible en las bases de datos y nos permita delimitar estrictamente a los sujetos en un sentido socioeconómico. Una vez elaborada esta distinción de grupos seremos capaces de aplicar los diferentes índices de

segregación y, con los resultados representados gráficamente, de tener una perspectiva más amplia sobre la organización socioespacial de la población en el territorio urbano de las conurbaciones.

Asimismo, reconocemos que la aplicación de una metodología mixta que incluya el aspecto cualitativo es indispensable, de forma similar que se realizó en los estudios de condominios horizontales cerrados de Juárez Martínez (2007) y vivienda vertical de Galván (2017). Habiendo identificado las zonas más segregadas de grupos sociales altos y bajos, la trascendencia de la investigación se potenciaría con la aplicación de un recorrido de observación, una encuesta o un grupo focal, con la intención de conocer directamente la percepción de los habitantes ante el fenómeno de la separación social a causa de las diferencias económicas. Sin embargo, no será posible incluir el enfoque cualitativo por causas que se explican más adelante.

Como se puede observar, atender el campo de la segregación residencial socioeconómica se ha vuelto, en el siglo XXI, una necesidad de carácter mundial ante la magnitud de los cambios sociales y urbanos que se reflejan en las ciudades e impactan de forma negativa, aunque no generalizado, a los menos favorecidos. Si bien las modificaciones sociales, al tratarse de una cuestión intangible, han demostrado ser más severas que las urbanas, ambas han ocasionado alteraciones en los patrones tradicionales de distribución de las esferas sociales, configurando nuevos esquemas de ciudad con dinámicas socioterritoriales fragmentadas que alteran el funcionamiento de su estructura.

Estas modalidades de organización espacial, que son altamente imputadas a los procesos globales, están causando elevaciones en los niveles de segregación residencial afectando la interacción e integración social de los distintos grupos en que podemos dividir a la sociedad, principalmente de índole económica tratándose de Latinoamérica. Aunque por la evidencia que se ha generado parecería que la distancia física que hay entre estratos socioeconómicos ha disminuido reduciendo los niveles de segregación, lo que en realidad está sucediendo es un cambio en la forma de expresión del fenómeno que tiene que ver con la escala en que se produce, complejizando su análisis.



En México, la temática no ha sido abordada con la importancia que merece, habiendo un vacío de conocimiento. En primera instancia, se ha enfatizado en las zonas metropolitanas dejando en segundo plano a las ciudades de menor tamaño, muchas de las cuales se configuran como sistemas independientes y están experimentando acelerados procesos de crecimiento demográfico y urbano, comenzándose a incorporar en ambientes globalizados, lo que las hace medios susceptibles para el desarrollo de la segregación residencial.

Asimismo, se ha dado prioridad a la metodología cuantitativa, cuando se tendría que trabajar a la par de forma cualitativa para conocer la percepción de los habitantes sobre su situación de localización en el espacio urbano y dar cuenta de la aparición de subculturas, identidades o estigmas territoriales que pueden afectar directamente a la integración social. En la misma línea, al ser las desigualdades y la pobreza mecanismos que impulsan la segregación residencial, hay una inclinación por indagar en la situación de los grupos más vulnerables, pero ¿qué sucede con los estratos superiores?

Los estudios realizados en el estado de Colima, específicamente para la conurbación Colima-Villa de Álvarez, demostraron que, desde la década de 1990, la ciudad (intermedia) se ha consolidado como escenario de una reorganización socioespacial gatillada en gran medida por las acciones inmobiliarias, apareciendo conjuntos habitacionales cerrados dirigidos a personas de alto estatus social en zonas identificadas por contener a grupos de menor categoría, gracias al desarrollo de nueva infraestructura. Esto, junto con el impulso a la vivienda de interés social en las periferias, ha causado modificaciones en el patrón tradicional de segregación, situación que se podría estar replicando en las otras dos conurbaciones de Colima, Tecomán-Armería y Manzanillo-El Colomo, desconociendo esa información debido a la ausencia de investigación.

En los pocos análisis de segregación residencial que se han elaborado para esta zona, se han evidenciado niveles que, considerando el tamaño de la ciudad, sugieren ser preocupantes para las dimensiones de uniformidad y concentración. Sin embargo, sigue latente la necesidad de abordar el tema de forma integral para las tres conurbaciones. En lo cuantitativo, definir una escala de análisis con la máxima desagregación posible, delimitar una estratificación social a partir de variables como las educativas o el ingreso, incluir las cinco dimensiones en que se expresa el fenómeno utilizando índices de larga tradición que

admitan comparabilidad con otros trabajos y, de ser posible, definir un periodo temporal amplio apoyados en la información proporcionada por el INEGI.

En relación a lo cualitativo, conocer la percepción de los habitantes de las zonas que resulten en condiciones de máxima segregación, ricos y pobres por igual, identificando posibles estigmas territoriales. Sin embargo, este enfoque no será abarcado en nuestro proyecto de investigación por las condiciones de inseguridad a las que se enfrenta el estado de Colima actualmente, volviendo compleja la recopilación de información en gran parte por el miedo de las personas para dar a conocer datos con tal nivel de sensibilidad.

Analizar cuantitativamente el comportamiento de la segregación residencial en zonas conurbadas podría considerarse como un paso importante para la comprensión del fenómeno en las ciudades mexicanas, principalmente las de mayor tamaño, significando un aporte trascendental. En primer lugar, nos permitirá observar si las ciudades pequeñas mantienen el patrón residencial de las grandes metrópolis, o si, por el contrario, se tienen otras condiciones socioespaciales. Además, una vez calculados los índices de segregación, seremos capaces de correlacionar los niveles de segregación residencial socioeconómica con el tamaño de las ciudades, identificando aquellas dimensiones en las que el fenómeno se expresa con mayor intensidad y el tipo de ciudad donde lo hace.

En la tabla 1 se presenta, a manera de resumen, la información expuesta a lo largo del estado del arte, identificando los principales aportes hechos por los autores y los temas pendientes que dejan por investigar, sobre los cuales habría que concentrar nuestra atención. La intención es demostrar que el conocimiento generado hasta el día de hoy sobre la segregación residencial de corte económico aún es insuficiente, haciendo falta analizar el fenómeno a través de la implementación de cuatro acciones: emplear un enfoque cuantitativo de carácter global que abarque la totalidad de sus dimensiones, delimitar una categorización socioeconómica de la población mexicana que refleje contundentemente sus condiciones de organización urbana, establecer un periodo de análisis considerable con base en la información disponible y concentrar los esfuerzos en la medición cuantitativa de la segregación en las ciudades de menor tamaño, así como en grupos sociales vulnerables y acomodados.

De esta forma, acatando los puntos anteriores, seremos capaces de explicar los patrones y modalidades actuales de la segregación residencial socioeconómica, así como su evolución en las ciudades contemporáneas. El objetivo de abordar el tema en áreas urbanas de menor tamaño es que, al ser menor la cantidad de los datos a analizar, permite un margen superior de especificidad en la investigación, por lo que los resultados nos podrían ayudar a comprender con mayor claridad cómo se desarrolla el fenómeno en las ciudades más grandes, donde sus efectos son cada vez más preocupantes y representan retos de compleja resolución para la política pública y la planeación urbana.

Tabla 1. Segregación residencial socioeconómica en el mundo, principales aportes y vacíos de información.

Autor	Año	Ciudad/Lugar	Tema	Método	Aportes	Pendientes
<b>E u r o p a</b>						
<b>Martori, Hoberg, &amp; Surinach</b>	(2006)	Barcelona	Población inmigrante y espacio urbano. Indicadores de segregación y pautas de localización.	Cuantitativo	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Análisis de la distribución de la población inmigrante.</li> <li>-La segregación difiere de acuerdo al grupo estudiado.</li> <li>-Abordan las dimensiones de igualdad, exposición, concentración y centralidad.</li> <li>-No hubo relación entre el porcentaje de un grupo inmigrante y los valores de los índices de segregación.</li> <li>-Utilización de la autocorrelación espacial.</li> <li>-Las variables culturales no explican las modalidades o niveles de segregación.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Analizar la segregación de los grupos de inmigrantes a partir de las condiciones socioeconómicas.</li> <li>-Considerar el análisis de ciudades de menor tamaño.</li> <li>-Incluir la dimensión de agrupamiento de la segregación.</li> <li>-Establecer un periodo temporal más amplio.</li> <li>-Emplear la metodología cualitativa.</li> </ul>
<b>Martori, Joan Carles</b>	(2007)	Barcelona	La segregación residencial en Barcelona.	Cuantitativo	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Incluye el análisis de nueve grupos con diferente categoría socioeconómica.</li> <li>-Empleo de la estadística espacial.</li> <li>-Cálculo de los índices de segregación residencial con apoyo de software.</li> <li>-La nacionalidad con los niveles más altos de segregación son los pakistanís.</li> <li>-Detecta una reducción en la escala urbana del fenómeno.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Abordar la dimensión de exposición de la segregación.</li> <li>-Emplear la metodología cualitativa.</li> <li>-Considerar el análisis de ciudades de menor tamaño.</li> </ul>
<b>García Palomares &amp; Gutiérrez Puebla</b>	(2007)	Madrid	La ciudad dispersa: cambios recientes en los espacios residenciales de la comunidad de Madrid.	Empírico	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Analizan los impactos del crecimiento del parque de vivienda, las tipologías edificatorias y las densidades de los espacios residenciales sobre las diferencias socioespaciales.</li> <li>-Abordan la temática de las transformaciones urbanas de las ciudades, convirtiéndose en espacios discontinuos, fragmentados y dispersos.</li> <li>-Hablan sobre la reorganización socioterritorial en las periferias urbanas.</li> <li>-Demuestran la suburbanización de la ciudad de Madrid y los problemas de sostenibilidad de la nueva configuración urbana.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Aplicación de índices de segregación residencial que permitan correlacionar la situación del aumento del parque de vivienda y los niveles de fragmentación social.</li> <li>-Explicar cómo las tipologías habitacionales influyen en el aumento o deterioro de la segregación.</li> <li>-Relacionar las densidades poblacionales con alguna de las dimensiones de la segregación: concentración, centralización o agrupamiento.</li> <li>-Abordar las dinámicas socioespaciales de las áreas centrales de la ciudad.</li> </ul>

<b>Checa-Olmos, Arjona-Garrido, &amp; Checa-Olmos</b>	(2011)	Andalucía, España.	Segregación residencial de la población extranjera en Andalucía, España.	Cuantitativo -Cualitativo	-Demuestran que la diferenciación residencial se ha convertido en una constante en los procesos de configuración urbana. -Aplicaron dos de las dimensiones de la segregación e incluyeron el enfoque cualitativo. -Evidenciaron la existencia de segregación residencial por nacionalidad detonada por las condiciones económicas de los habitantes.	-Analizar a la población de acuerdo a sus características socioeconómicas. -Abarcar otras dimensiones de la segregación. -Ampliar la importancia del enfoque cualitativo. -Indagar en cómo la diversidad social contribuye en el aumento de los niveles de segregación residencial.
---	--------	--------------------	--	------------------------------	--	--

### N o r t e a m é r i c a

<b>Duncan &amp; Duncan</b>	(1955)	Chicago	A methodological analysis of segregation indexes.	Matemático - Cuantitativo	-Construcción del Índice de Disimilitud (D) para el cálculo de la segregación, el cual es reconocido a nivel internacional y su utilización sigue vigente. -Demostraron que todos los índices propuestos se corresponden con la curva de segregación. -Pequeñas modificaciones en las fórmulas de los índices son capaces de incidir fuertemente en los resultados.	-Análisis cualitativos de segregación residencial. -Incluir ciudades de menor tamaño en sus estudios. -Análisis de los patrones socioespaciales a través de factores socioeconómicos.
----------------------------	--------	---------	---	---------------------------------	---	---

<b>White, Michael</b>	(1983)	Zonas Metropolitanas de Chicago	The measurement of spatial segregation.	Matemático - Cuantitativo	-Reformulación del índice de Disimilitud (D) incorporando la cuestión espacial. -Propone una metodología que muestra la relación de proximidad espacial entre secciones geográficas. -Divide la segregación espacial en dos sentidos: sociológico y geográfico.	-Análisis cualitativos de segregación residencial. -Incluir ciudades de menor tamaño en sus estudios. -Análisis de los patrones socioespaciales a través de factores socioeconómicos.
-----------------------	--------	---------------------------------	---	---------------------------------	---	---

<b>Massey &amp; Denton</b>	(1988)	Áreas Metropolitanas de Estados Unidos	The dimensions of residential segregation.	Matemático - Cuantitativo	-Proponen cinco dimensiones para la segregación: uniformidad, concentración, exposición, centralidad y agrupamiento (clustering). -Analizan una serie de índices relacionados con esas dimensiones y determinan cuál es el más adecuado para cada una de ellas aplicándolos en casos reales. -Establecen una estandarización para el cálculo de la segregación residencial.	-Análisis cualitativos de segregación residencial. -Incluir ciudades de menor tamaño en sus estudios. -Análisis de los patrones socioespaciales a través de factores socioeconómicos.
----------------------------	--------	--	--	---------------------------------	---	---

<b>Arriagada Luco, Camilo</b>	(2006)	Áreas Metropolitanas del Gran	Segregación residencial según dos modelos de	Cuantitativo	-Compara zonas metropolitanas de países diferentes.	-Considerar ciudades de menor tamaño conservando
-------------------------------	--------	-------------------------------	--	--------------	---	--

		Santiago, Toronto y Vancouver.	urbanización y bienestar: estudio comparado de las áreas metropolitanas del Gran Santiago, Toronto y Vancouver.		-Las ciudades latinoamericanas se caracterizan por presentar altos niveles de segregación residencial socioeconómica. -Las ciudades canadienses no tienen una división social definida por factores económicos y son altamente integradas.	la comparación entre ambos países. -Verificar si la segregación por nacionalidad en las ciudades latinoamericanas se asemeja con las canadienses. -Incluir el resto de las dimensiones de la segregación. -Abarcar las cinco dimensiones del fenómeno. -Incluir la metodología cualitativa. -Ampliar el periodo temporal para contrastar resultados. -Incluir el análisis de otros tipos de segregación. -Considerar como zona de estudio ciudades más pequeñas. -Hacer un análisis comparativo de los modelos de ciudad de Puerto Rico y Latinoamérica para detectar diferencias que puedan explicar las los niveles de segregación distintos entre una y otra.
<b>Nieves-Ayala, Loyda</b>	(2012)	Áreas Metropolitanas de Puerto Rico.	Índice de entropía, disimilitud y centralización: Un abordaje a la segregación residencial por nivel socioeconómico en las Áreas Metropolitanas de Puerto Rico: 2000.	Cuantitativo	-Determinó la existencia de diferencias socioespaciales en las áreas metropolitanas de la zona de estudio a través de tres variables: ingreso, educación y ocupación. -Semejanza de la configuración socioespacial de las áreas metropolitanas de Puerto Rico con las ciudades Latinoamericanas. -Aplicación de más de un índice de medición para la segregación. -Los niveles de segregación en las zonas no fueron alarmantes.	

### L a t i n o a m é r i c a

<b>Rodríguez Vignoli, Jorge</b>	(2001)	Santiago de Chile	Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?	Estadístico-Cuantitativo	-Utilización de la plataforma REDATAM para el cálculo de los índices de segregación. -Abarca más de un nivel de desagregación del territorio. -Utiliza variables educativas para segmentar a la población en grupos. -Demuestra que el área de estudio sí está segregada socioeconómicamente. -La segregación existe a pequeña y gran escala. -Emplean el análisis de la varianza: total, entre grupos e intragrupos.	-Considerar la movilidad intrametropolitana como factor de impulso de la segregación. -Aplicar su metodología para ciudades más pequeñas. -Incluir la metodología cualitativa en sus estudios. - ¿Cómo incide el acercamiento artificial de grupos en la reproducción de la segregación? -Realizar estudios integrales de segregación que incluyan todas las dimensiones en que se divide el fenómeno.
<b>Kaztman, Rubén</b>	(2001)	América Latina	Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos.	Empírico	-Demuestra la malignidad que está alcanzado la segregación residencial socioeconómica especialmente para los estratos socioeconómicos bajos. -La segregación varía de acuerdo al grado de urbanización de las ciudades. -La limitada integración de ricos y pobres influye en el	-Incluir a las ciudades latinoamericanas de menor tamaño en los estudios de segregación residencial. - ¿Qué sucede con los grupos de mayores ingresos?, ¿Cómo se comporta la segregación de en esos estratos? -Profundizar en el surgimiento de subculturas y sus afectaciones sociales y urbanas en la ciudad.

					funcionamiento del tejido social de la ciudad. -Aparición de subculturas como consecuencia de los altos índices de segregación residencial. -El aislamiento es una expresión moderna de la segregación residencial. -Los efectos de la segregación residencial no son sólo negativos y se relacionan con la globalización. -Las políticas promovidas por el estado tienen gran influencia en la propagación de la fragmentación social. -La segregación de los pobres se ha vuelto un tema preocupante en la actualidad generando estigmas territoriales y falta de identidad. -Los problemas principales que producen la segregación son la desigualdad y la pobreza.	
<b>Sabatini, Francisco</b>	(2002)	Chile	La segregación de los pobres en las ciudades: un tema crítico para Chile.	Empírico	-Señalan la importancia del estudio de la segregación residencial socioeconómica (SRS) en las ciudades latinoamericanas actuales. -Surge una fuerte segmentación educativa. -Evidencian la necesidad de estudios sistemáticos de largo plazo sobre la evolución de la SRS. -Mencionan que la SRS es un fenómeno de alta complejidad. -Señalan la relevancia que toma la conformación de los grupos sociales en el análisis de la SRS. -Al reducir la escala de análisis los valores del índice de disimilitud aumentan.	- ¿Qué sucede con la concentración espacial de los grupos más afluentes? -Analizar la segregación en ciudades de menor tamaño. -Incluir diversas perspectivas en el estudio de la segregación (múltiples métodos de medición).
<b>Rodríguez, Jorge &amp; Arriagada, Camilo</b>	(2004)	México, Santiago de Chile, Sao Paulo y Río de Janeiro	Segregación residencial en la ciudad latinoamericana.	Cuantitativo -Explicativo	-Reitera los efectos positivos de la segregación. -Señala la importancia de las políticas públicas para controlar la distribución inequitativa de la población en el territorio urbano. -La segregación residencial de los pobres se agudiza cada vez más. -Se ha modificado el patrón tradicional de segregación	-Considerar otros índices de segregación para el análisis global del fenómeno. -Estratificar a la población por medio de otras variables y contrastar los resultados para verificar en qué caso se generan niveles más elevados de segregación residencial. -Incluir el enfoque cualitativo para conocer la percepción, de los habitantes que residen en zonas altamente segregadas, sobre el tema.
<b>Sabatini, Francisco</b>	(2006)	Latinoamérica	La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina.	Empírico	-Analizar qué sucede con la segregación residencial en América Latina considerando variables distintas a las económicas, como raciales, étnicas o etarias. -Analizar la segregación en ciudades de menor tamaño. -Proponer una estratificación social para el estudio de la SRS.	

					<p>adoptando el patrón habitacional del suburbio.</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>-Explica el patrón latinoamericano tradicional de segregación.</li> <li>-Se ha reducido la escala de segregación residencial.</li> <li>-Propone causas motivacionales y sistémicas de la segregación.</li> </ul>	
<p><b>Arriagada Luco, Camilo &amp; Morales Lazo, Nelson</b></p>	<p>(2006)</p>	<p>Chile</p>	<p>Ciudad y seguridad ciudadana en Chile: revisión del rol de la segregación sobre la exposición al delito en grandes urbes.</p>	<p>Empírico-Cuantitativo</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Demuestra el aumento de la inseguridad y el rezago educativo como consecuencias de los altos niveles de segregación en las ciudades.</li> <li>-Determinan los niveles de segregación apoyados en el índice de Disimilitud (D).</li> <li>-Recurren a la varianza para explicar los niveles de segregación.</li> <li>-Evidencian una correlación entre la SRS y los índices delictivos.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Incluir la metodología cualitativa en estudios futuros para conocer la percepción de las personas respecto a la segregación residencial y la inseguridad.</li> <li>-Aplicar su metodología para ciudades de menor tamaño.</li> <li>- ¿Qué relación existe entre la segregación y la inseguridad considerando las otras cuatro dimensiones del fenómeno?</li> <li>- ¿Cómo se modifica la relación entre segregación e inseguridad empleando una estratificación social por medio de variables distintas a las educativas?</li> <li>- ¿Cómo afectan los altos índices de inseguridad encontrados en las zonas segregadas a la interacción e integración social?</li> </ul>
<p><b>Cortés, Susana</b></p>	<p>(2008)</p>	<p>Santiago de Chile</p>	<p>"Vergüenza de vivir donde vivo": ideas para una re-conceptualización de la segregación residencial socioeconómica.</p>	<p>Empírico</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Evidencia la reducción de la escala geográfica de segregación residencial en las últimas dos décadas.</li> <li>-El acercamiento de grupos no promueve la interacción e integración social.</li> <li>-Señala los efectos socioespaciales de la segregación a corto y largo plazo.</li> <li>-La segregación de los pobres se agudiza en las periferias.</li> <li>-El agente inmobiliario promueve cambios en los patrones tradicionales de segregación residencial.</li> <li>-Propone un concepto para la segregación.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Analizar la segregación en ciudades de menor tamaño.</li> <li>-Proponer una estratificación social para el estudio de la SRS.</li> <li>-Analizar la situación de distribución espacial de los estratos superiores.</li> <li>-Incluir el enfoque cualitativo para conocer la percepción de los habitantes sobre la segregación residencial y los barrios cerrados.</li> <li>-Reconceptualizar la segregación residencial de acuerdo a las lógicas de las ciudades modernas.</li> </ul>
<p><b>Garín Contreras, Salvo Garrido, &amp; Bravo Araneda</b></p>	<p>(2009)</p>	<p>Chile</p>	<p>Tendencias en la segregación residencial en Chile.</p>	<p>Empírico</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Predominan los estudios cuantitativos.</li> <li>-La segregación residencial a gran escala disminuye mientras que a pequeña escala aumenta.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Abordar la segregación residencial desde el enfoque cualitativo.</li> <li>-Considerar la migración intraurbana como</li> </ul>



					<ul style="list-style-type: none"> <li>-Están surgiendo problemáticas relacionadas con el fenómeno como la delincuencia, deserción escolar e inseguridad atentando contra la estabilidad social.</li> <li>-Hay modificaciones en el patrón tradicional de distribución social.</li> <li>-La liberación de los mercados de suelo, la incorporación de tipologías habitacionales cerradas y el desarrollo de infraestructuras son promotores de las diferencias socioespaciales.</li> <li>-Analiza los patrones y tendencias de la segregación en una ciudad intermedia.</li> <li>-Demuestra que las ciudades más pequeñas también se están enfrentando a procesos segregativos detonados por las desigualdades sociales, pero no han recibido la importancia que merecen para su investigación.</li> <li>-Utiliza un periodo temporal amplio para contrastar los resultados.</li> <li>-Evidencia la situación de segregación de los sectores acomodados.</li> </ul>	<p>determinante de los procesos segregativos.</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>-Incluir a las ciudades latinoamericanas de menor tamaño en los estudios de segregación residencial.</li> <li>-Abarcar de forma integral la segregación residencial considerando todas sus dimensiones.</li> </ul>
<b>Molinatti, Florencia</b>	(2013)	Córdoba, Argentina	Segregación residencial socioeconómica en la ciudad de Córdoba (Argentina): Tendencias y patrones espaciales.	Cuantitativo		<ul style="list-style-type: none"> <li>-Abarcar otras dimensiones de la segregación y otros índices de medición.</li> <li>-Incluir una segmentación de la población a partir de variables distintas a las relacionadas con educación.</li> <li>-Incluir la perspectiva cualitativa.</li> <li>-Contrastar la situación de las ciudades pequeñas respecto a lo que sucede en las grandes ciudades.</li> </ul>
<b>Kaminker, Sergio</b>	(2015)	Argentina	Descentrar el estudio de la segregación residencial. Cargas, legados y reflexiones para su estudio en ciudades intermedias de América Latina.	Empírico	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Analiza la segregación residencial socioeconómica en una ciudad intermedia.</li> <li>-Plantea la importancia de analizar otros tipos de segregación en las ciudades latinoamericanas además de la socioeconómica.</li> <li>-Señala que es necesario analizar con detenimiento el concepto mismo de segregación.</li> <li>-Correlaciona el tamaño de la ciudad con la cantidad de problemas urbanos y sociales que mantienen.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Abordar la segregación residencial desde el enfoque cualitativo.</li> <li>-Seguir incluyendo a las ciudades latinoamericanas de menor tamaño en los estudios de segregación residencial.</li> <li>-Analizar la segregación residencial desde otras cualidades de división social.</li> <li>-Prestar igual atención a la segregación residencial de los grupos ricos y pobres.</li> <li>-Definir y diferenciar las ciudades intermedias.</li> </ul>
<b>M é x i c o</b>						
<b>Schteingart, Martha</b>	(2010)	México	División social del espacio y segregación en la ciudad de México. Continuidad y	Cuantitativo	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Analiza la configuración espacial de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM).</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Abundar más en la cuestión cualitativa.</li> <li>-Calcular los niveles de segregación residencial haciendo uso de los</li> </ul>

			cambios en las últimas décadas.		<ul style="list-style-type: none"> <li>-Propone una estratificación social que incluye seis categorías.</li> <li>-Identifica la forma de distribución de cada estrato en la ciudad.</li> <li>-Apoyada en esta estratificación y la distribución de los grupos en el territorio urbano, determina algunas pautas de segregación residencial.</li> <li>-Descarta la idea de la ciudad polarizada de ricos y pobres en el actual contexto urbano y social.</li> <li>-Complejiza las divisiones sociales.</li> <li>-Utilización de un periodo temporal amplio (1950-2000).</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>distintos índices de segregación.</li> <li>-Analizar la segregación residencial en ciudades de menor tamaño.</li> <li>-Estratificar a la sociedad en dos grupos correctamente delimitados para poder aplicar los índices de segregación y obtener resultados más cercanos a la realidad espacial de las ciudades contemporáneas.</li> </ul>
<b>Schteingart, Martha</b>	(2013)	Guadalajara, Monterrey y Puebla	Desigualdades socio-espaciales y segregación en ciudades mexicanas.	Cuantitativo	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Realiza un análisis similar al de la ZMCM para algunas ciudades que le siguen en tamaño.</li> <li>-A nivel macro el esquema socioespacial de la ciudad parecería ser el mismo, pero al reducir la escala de análisis la especificidad sobresale.</li> <li>- Las modificaciones espaciales han aumentado con el reforzamiento de las divisiones sociales causadas por la desigualdad y la pobreza.</li> <li>-Confirma que las grandes ciudades mexicanas están pasando por el mismo proceso de división socioterritorial.</li> <li>-La capital del país tiene las peores condiciones de segregación.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Abundar más en la cuestión cualitativa.</li> <li>-Calcular los niveles de segregación residencial haciendo uso de los distintos índices de segregación.</li> <li>-Analizar la segregación residencial en ciudades de menor tamaño.</li> </ul>
<b>Gómez Maturano &amp; Alvarado Rosas</b>	(2016)	Zona Metropolitana del Valle de México	La dinámica espacial de la segregación residencial: concentración y homogeneidad en la Zona Metropolitana del Valle de México.	Cuantitativo	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Identificar las tendencias de cambio de la segregación tomando como referencia la relación centro-periferia.</li> <li>-Demostraron el proceso de desconcentración de las élites en la zona central y en las periferias.</li> <li>-Identificaron una tendencia contradictoria de ubicación espacial de estratos.</li> <li>-Hablan sobre las desventajas acumuladas de los grupos pobres que son potenciadas por la segregación residencial.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Incluir otras dimensiones de la segregación.</li> <li>-Trabajar el enfoque cualitativo.</li> <li>-Estudiar ciudades de menor tamaño.</li> <li>-Estratificar a la población por medio de otras variables socioeconómicas.</li> <li>-Incluir un periodo temporal más amplio.</li> </ul>

<b>Juárez Martínez, Liliana</b>	(2007)	Colima-Villa de Álvarez	Fraccionamientos cerrados, entre la segregación y la integración urbana en una ciudad media.	Cualitativo-Cuantitativo	<p>-Análisis de la relación de los fraccionamientos cerrados con la segregación e integración urbana.</p> <p>-Los conjuntos cerrados están ocupando cada vez mayor superficie en el territorio urbano de la conurbación promoviendo los procesos segregativos.</p> <p>-Esta tipología habitacional ha impulsado el crecimiento urbano de la ciudad.</p> <p>-Los condominios horizontales están siendo asimilados por la población, pero han detonado el surgimiento de nuevos esquemas sociales.</p> <p>-Aunque la consolidación de esta tipología habitacional supone efectos positivos también ha disminuido la interacción social debido a las barreras físicas.</p> <p>-Permite entender que las dinámicas socioespaciales del área de estudio se encuentran en proceso de cambio.</p>	<p>-Realizar un análisis específico de segregación para la conurbación Colima-Villa de Álvarez.</p> <p>-Proponer una estratificación social detallada.</p> <p>-Indagar en la percepción de los habitantes sobre la segregación sin direccionarla hacia los condominios cerrados.</p> <p>-Verificar la relación que guardan los patrones actuales de segregación en la conurbación con los conjuntos cerrados.</p>
<b>Instituto de Planeación para el Municipio de Colima</b>	(2013)	Colima	Estudio de segregación espacial en la ciudad de Colima 2010.	Cuantitativo	<p>-Un primer acercamiento para conocer las condiciones socioespaciales en la ciudad de Colima de forma muy general.</p>	<p>-Analizar la segregación residencial considerando la conurbación Colima-Villa de Álvarez en su totalidad por su estrecho vínculo funcional.</p> <p>-Emplear las cinco dimensiones de la segregación en estudios posteriores.</p> <p>-Verificar detalladamente las variables empleadas para la división de grupos sociales.</p> <p>-Interpretar de forma más analítica los resultados obtenidos de los índices de segregación.</p> <p>-Incluir la metodología cualitativa para estudios de segregación.</p>
<b>Galván, Giovani</b>	(2017)	Colima-Villa de Álvarez	Vivienda vertical: desafío social y urbano en una ciudad media. Caso zona conurbada Colima-Villa de Álvarez.	Cualitativo-Cuantitativo	<p>-Medición de los índices de segregación en las dimensiones de uniformidad (índice de Disimilitud) y concentración (índice Delta).</p> <p>-El empleo de software QGIS para el procesamiento de los datos y su</p>	<p>-Analizar la segregación residencial en las conurbaciones del estado de Colima abarcando las cinco dimensiones del fenómeno.</p> <p>-Realizar una estratificación detallada de la población para la posterior aplicación de los índices.</p>

---

representación de forma gráfica. -Construcción de una estratificación social a partir de variables contenidas en el INEGI referentes a educación. -Demostración de la modificación del patrón tradicional de distribución de la población dentro del área de estudio. -Los resultados en la dimensión de concentración del fenómeno fueron elevados considerando la superficie de la conurbación con respecto a otras ciudades del país.	-Indagar con más profundidad en la cuestión cualitativa de la segregación residencial.
---	--

---

Fuente: Elaboración propia con base en textos analizados en el estado del arte.

Además de la forma en que se presenta la información en la tabla 1, organizada por el lugar de origen de los estudios, creemos pertinente estructurarla a partir del enfoque con que se ha analizado la segregación. De esta manera, en la tabla 2 se muestran las principales contribuciones y vacíos de conocimiento que distintas disciplinas como la sociología, el urbanismo, la geografía, la antropología y la demografía, desde las cuales se ha abordado el tema, han producido.

Por parte de la sociología se han tenido grandes aportaciones para el campo de estudio de la segregación residencial. Desde esta disciplina se han elaborado los principales índices (algoritmos) para la medición del fenómeno, así como su división en cinco dimensiones: uniformidad, concentración, agrupamiento, centralidad y exposición. Además, se ha señalado que los estratos socioeconómicos bajos son los más afectados por los efectos de la segregación habiendo una limitada capacidad de integración hacía con los grupos de nivel económico superior.

Sin embargo, se ha priorizado el análisis de grandes ciudades (zonas metropolitanas), aunque también se ha mencionado que los niveles de segregación están correlacionados con el tamaño de la zona urbana en cuestión. Dentro de los principales pendientes de investigación, que desde el enfoque sociológico siguen latentes, están el análisis del surgimiento de subculturas como resultado de la estricta fragmentación social, una reconceptualización del concepto propio de segregación congruente con el contexto de las

ciudades del siglo XXI, abarcar ciudades de menor tamaño e incluir con mayor énfasis la metodología cualitativa para conocer las percepciones de los habitantes sobre este fenómeno de expresión socioterritorial y considerar con la misma importancia la distribución espacial de estratos bajos y altos.

Al tratarse la segregación residencial socioeconómica de un fenómeno de carácter urbano y social, ambas disciplinas, urbanismo y sociología, han combinado esfuerzos para lograr explicar el comportamiento de la distribución de los distintos grupos sociales en el territorio urbano. Con esta fusión de perspectivas se ha logrado identificar la importancia de continuar estudiando este tipo de segregación debido a las constantes modificaciones a las que las ciudades son susceptibles, las cuales logran impactar de forma radical en la organización socioespacial de su población.

Asimismo, se ha detectado una alta segmentación de estratos sociales que viene determinada por el nivel educativo. Sin embargo, aunque la variable educación tiene relación con la posición económica de los sujetos no es un determinante total respecto a la cantidad de ingresos que éstos perciben. De esta forma, para el caso mexicano se puede cuestionar ¿es en realidad la variable del nivel de educación o de instrucción, capaz de explicar los niveles de segregación que reflejan las ciudades? y ¿qué otra variable es susceptible de utilizar para segmentar a la población socioeconómicamente?

Las escalas de análisis son otro de los temas en que estas dos disciplinas han trabajado de forma conjunta teniendo que mínimas modificaciones en la escala utilizada para los análisis del fenómeno tiene grandes afectaciones en los resultados. Señalan, además, que los efectos que se le atribuyen a la segregación no son sólo negativos, sino que también existe un lado positivo desde donde apreciar la situación; el papel que juegan las políticas de vivienda promovidas por el país en la propagación de la fragmentación social del territorio; y la estrecha relación que guardan la desigualdad y la pobreza con la segregación.

Los vacíos de información que dejan estas disciplinas en su trabajo conjunto son la falta de estudios sistemáticos de largo plazo sobre la evolución de la segregación residencial y la realización de análisis globales que contemplen la utilización de índices para la medición de cada una de las cinco dimensiones en que se puede presentar el fenómeno. También

detectamos la necesidad de estratificar a la población empleando distintas variables para contrastar los resultados, incluir con mayor peso análisis de enfoque cualitativo y considerar analizar otros tipos de segregación residencial en las ciudades (principalmente las latinoamericanas) y no únicamente la variante socioeconómica.

Así como la sociología se ha encargado, de manera independiente, de realizar estudios sobre segregación, el urbanismo también lo ha hecho. Dentro de este campo, los principales hallazgos que se han tenido están relacionados con la escala con que se expresa el fenómeno, pudiendo ser de pequeña o gran magnitud, así como el empleo de software para medir los niveles de segregación y las distintas desagregaciones del territorio que eso permite.

Además, esta disciplina se ha ocupado de correlacionar los modelos habitacionales horizontales y verticales con los índices de segregación residencial socioeconómica en ciudades de menor tamaño, como las conurbaciones, principales áreas de interés para el presente proyecto de investigación debido a los nuevos esquemas sociales que se están desarrollando y al proceso de cambio de sus dinámicas socioespaciales, ambas situaciones detectadas para la conurbación de Colima-Villa de Álvarez. Los pendientes de investigación que deja se vinculan con la movilidad intrametropolitana y su relación con el fenómeno de la segregación residencial de índole socioeconómica, y la indagación en la percepción socioespacial de los habitantes (análisis cualitativo) independientemente del modelo habitacional en el que se desenvuelvan.

Al igual que la sociología y el urbanismo, la geografía y el urbanismo también han combinado esfuerzos para analizar la situación de segregación de las grandes ciudades ubicando algunas tendencias de cambio en las que las zonas centrales se han venido consolidando como espacios de efectiva homogeneidad para los estratos superiores. En cambio, las periféricas son distinguidas por albergar proporciones de población pobre en evidente homogeneidad. De forma paradójica, al alejarse del centro, los grupos económicamente superiores pierden la homogeneidad y adquieren la condición de concentración, y viceversa, los grupos más pobres al acercarse a la zona central tienen a ser más concentrados y heterogéneos.

La geografía por su parte, se ha encargado de analizar la distribución de la población inmigrante por nacionalidad de procedencia, principalmente en ciudades europeas, teniendo como resultado una nula relación entre el porcentaje que representa determinado grupo con respecto a la totalidad de la población y los valores que puedan obtenerse al calcular los índices de segregación. Además, se expone que las variables culturales no son capaces de explicar las modalidades de la segregación y que ha habido una reducción en la escala urbana del fenómeno.

De la misma forma que el urbanismo, la geografía se ha apoyado en distintos softwares para la medición de los niveles de segregación de las ciudades encontrando que los resultados se vuelven más críticos al reducir la escala de análisis, surgiendo otras problemáticas como la inseguridad, la delincuencia y el abandono escolar. A esta disciplina le queda pendiente por analizar la distribución de la población inmigrante desde un sentido económico, incorporar ciudades de menor tamaño en sus estudios y establecer periodos de tiempo más amplios que admitan comparación y ayuden a explicar cómo ha sido la evolución de la segregación residencial en diferentes las etapas de las zonas urbanas.

Por otra parte, con perspectiva antropológica, se han obtenido resultados que demuestran la reducción en la escala geográfica de la segregación. Sin embargo, el acortamiento de distancias entre grupos sociales no es sinónimo de interacción e integración social, por lo que pueden coexistir en la misma zona grupos de estratos socioeconómicos polarizados sin llegar a haber alguna relación entre ambos por más mínima que ésta pueda ser.

Además, desde esta disciplina se señalan efectos a corto y largo plazo. Los primeros se refieren, con un sentido positivo, al acercamiento de grupos con diferente condición económica suponiendo un beneficio para los menos favorecidos. En contraparte, los segundos suponen efectos de gentrificación, es decir, esa reducción en la escala con que se comienza a manifestar la segregación residencial socioeconómica podría ser el comienzo de un proceso en el cual los grupos pobres estarían siendo desplazados poco a poco de su sitio de residencia por la llegada de población más afluente, impulsando el crecimiento urbano y el surgimiento de emplazamientos carentes de servicios e infraestructura concentrados en las periferias, las cuales se han consolidado como zonas donde la segregación se ha agudizado.

Los principales vacíos de información que se han venido acumulando para la antropología están vinculados con el estudio de los estratos socioeconómicos superiores y su situación de segregación y autosegregación. Asimismo, se plantea la necesidad de incluir el enfoque cualitativo y pensar en una reconceptualización del concepto mismo de segregación acorde con el funcionamiento y las dinámicas de las ciudades contemporáneas.

Por último, también la demografía se ha iniciado en el campo de la segregación residencial, teniendo como sus principales resultados que los niveles de segregación en las ciudades más grandes de Puerto Rico no son alarmantes. Aunque sus modelos de ciudad conservan características que los asemejan a los de las ciudades latinoamericanas, el fenómeno de la división socioespacial no se ha presentado con la misma magnitud. Sin embargo, queda pendiente por analizar con más detalle las diferencias entre ambos modelos de ciudad, permitiendo explicar el porqué de esas desigualdades, es decir, a qué se debe que las ciudades de Latinoamérica presenten grados más elevados de segregación residencial socioeconómica.



Tabla 2. Segregación residencial socioeconómica en el mundo, principales aportes y vacíos de información (por disciplina).

<b>Principales aportes y vacíos de información por disciplina</b>				
<b>Disciplina</b>	<b>Autores</b>	<b>Zona de estudio</b>	<b>Aportes</b>	<b>Pendientes</b>
<i>Sociología</i>	<i>Duncan, O. D., &amp; Duncan, B. (1955) (cuantitativa)</i>	<i>Norteamérica</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Análisis y construcción de índices de medición.</li> <li>*Incorporación de la cuestión espacial en los métodos de medición.</li> <li>*División de la segregación en cinco dimensiones.</li> <li>*Los estratos bajos son los más afectados por los efectos de la SRS (aislamiento).</li> <li>*Limitada integración de grupos sociales.</li> <li>*Correlación entre el tamaño de las ciudades y los niveles de SRS que presentan.</li> <li>*Se han analizado grandes ciudades (zonas metropolitanas).</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Analizar las afectaciones sociales y urbanas en las ciudades por el surgimiento de subculturas.</li> <li>*Analizar el concepto de segregación en el actual contexto urbano y social de las ciudades contemporáneas.</li> <li>*Analizar ciudades de menor tamaño (intermedias).</li> <li>*Abordar con mayor énfasis el tema desde el enfoque cualitativo.</li> <li>*Prestar atención a las formas de segregación de los grupos sociales altos.</li> </ul>
	<i>White, M. J. (1983)</i>	<i>Norteamérica</i>		
	<i>Massey, D. S., &amp; Denton, N. A. (1988)</i>	<i>Norteamérica</i>		
	<i>Kaztman, R. (2001)</i>	<i>América Latina</i>		
	<i>Kaminker, S. (2015)</i>	<i>Argentina</i>		
	<i>Molinatti, F. (2013)</i>	<i>Argentina</i>		
<i>Sociología/ Urbanismo</i>	<i>Rodríguez, J., &amp; Arriagada, C. (2004)</i>	<i>América Latina</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Se señala la importancia de continuar estudiando la SRS actualmente.</li> <li>*Alta segmentación de estratos sociales determinada por el nivel educativo.</li> <li>*Se aborda el tema de las escalas de análisis y sus afectaciones en los resultados de los índices de segregación.</li> <li>*Los efectos de la segregación también son positivos.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Realizar estudios sistemáticos de largo plazo sobre la evolución de la SRS.</li> <li>*Análisis globales que consideren la utilización de índices para cada una de las dimensiones de la segregación.</li> </ul>
	<i>Sabatini, F. (2000, 2002, 2006)</i>	<i>América Latina</i>		

	Arriagada Luco, C., & Morales Lazo, N. (2006)	Chile	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Las políticas de vivienda promueven la fragmentación social.</li> <li>*La segregación de los pobres se ha vuelto preocupante ante la generación de estigmas territoriales y falta de identidad.</li> <li>*La desigualdad y la pobreza están estrechamente ligadas a la segregación.</li> <li>*Modificaciones al patrón tradicional de segregación en las ciudades (reducción de la escala de segregación).</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Estratificar a la población por medio de distintas variables y contrastar los resultados.</li> <li>*Incluir análisis con enfoque cualitativo (percepción).</li> <li>*Cual es la situación de los grupos más afluentes.</li> <li>*Incluir a las ciudades de menor tamaño en las investigaciones.</li> <li>*Analizar otros tipos de segregación para las ciudades latinoamericanas.</li> </ul>
	Schteingart, M. (2010, 2013)	México		
Urbanismo	Rodríguez Vignoli, J. (2001)	Chile	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Utilización de software para el cálculo de los índices de segregación.</li> <li>*Se analizan varios niveles de desagregación del territorio.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Considerar la movilidad intrametropolitana como factor de impulso a la segregación.</li> </ul>
	Juárez Martínez, L. (2007)	México	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Se utilizan variables educativas para segmentar a la población.</li> <li>*La segregación se expresa a pequeña y gran escala.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Incluir la metodología cualitativa en los estudios.</li> <li>*Abordar ciudades más pequeñas como las conurbaciones.</li> </ul>
	Instituto de Planeación para el Municipio de Colima (2013)	México	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Análisis de los fraccionamientos horizontales cerrados y la vivienda vertical y su relación con la segregación residencial.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Calcular índices para cada una de las dimensiones del fenómeno.</li> <li>*Indagar en la percepción de los habitantes sobre la SRS sin direccionarla hacia los modelos cerrados de vivienda.</li> </ul>
	Galván, G. (2017)	México	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Las tipologías habitacionales cerradas han detonado el surgimiento de nuevos esquemas sociales.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Proponer una estratificación poblacional detallada para el caso mexicano.</li> </ul>
	Arriagada Luco, C. (2006)	Chile & Canadá	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Las barreras físicas que se han consolidado limitan la interacción social.</li> <li>*Las dinámicas socioespaciales están en proceso de cambio.</li> </ul>	
Urbanismo/ Geografía	Gómez Maturano, R., & Alvarado Rosas, C. (2016)	México	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Ubicación de las tendencias de cambio de la segregación a través de la relación centro-periferia.</li> <li>*Implementación de las dimensiones de concentración y exposición.</li> <li>*Análisis de la desconcentración de las élites.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Considerar la totalidad de las dimensiones de la segregación.</li> <li>*Incluir ciudades menores en su análisis.</li> <li>*Incluir un periodo de comparación anterior al año 2000 para contrastar al menos tres etapas distintas de la ciudad.</li> </ul>

			<ul style="list-style-type: none"> <li>*Utilización de índices de larga tradición con corrección espacial.</li> <li>*Los grupos pobres se concentran más al acercarse al centro de la ciudad.</li> <li>*Los sectores acomodados se concentran más al acercarse a las periferias.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Implementación de metodología cualitativa.</li> <li>*Definir una estratificación de población utilizando una variable distinta al nivel educativo.</li> </ul>
Geografía	Martori, J. C., Hoberg, K., & Surinach, J. (2006)	España	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Análisis de la distribución de la población inmigrante por nacionalidad.</li> <li>*No hay relación entre el porcentaje de un grupo y los valores de los índices de segregación.</li> <li>*Las variables culturales no explican las modalidades de la segregación.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Análisis de la distribución de la población inmigrante por su condición económica.</li> <li>*Considerar el análisis de ciudades de menor tamaño.</li> </ul>
	Martori, J. C. (2007)	España	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Utilización de la estadística espacial.</li> <li>*Cálculo de los índices de segregación través de software.</li> <li>*Se ha detectado una reducción en la escala urbana del fenómeno.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Establecer periodos de tiempo que admitan comparación.</li> <li>*Emplear en mayor medida la metodología cualitativa.</li> </ul>
	Garín Contreras, A., Salvo Garrido, S., & Bravo Araneda, G. (2009)	Chile	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Los índices de segregación aumentan al reducir la escala de análisis.</li> <li>*Se han detectado modificaciones al patrón tradicional de segregación.</li> <li>*La delincuencia e inseguridad son problemáticas relacionadas con la SRS.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Estudios más amplios que aborden las cinco dimensiones de la segregación.</li> <li>*Considerar la migración intraurbana como determinante de la segregación residencial.</li> </ul>
Antropología	Cortés, S. (2008)	Chile	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Reducción en la escala geográfica de segregación residencial.</li> <li>*El acortamiento de distancias entre grupos no promueve la interacción e integración social.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Analizar la segregación en ciudades de menor tamaño.</li> <li>*Analizar la situación de distribución espacial de los estratos superiores.</li> </ul>
	Checa-Olmos, J. C., Arjona-Garrido, Á., & Checa-Olmos, F. (2011)	España	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Se esperan efectos a corto y largo plazo.</li> <li>*Las periferias son zonas con niveles agudos de segregación.</li> <li>*Se reconceptualiza la segregación.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>*Incluir en mayor proporción el enfoque cualitativo.</li> <li>*Reconceptualizar la segregación residencial de acuerdo a las lógicas de las ciudades modernas.</li> </ul>

<i>Demografía</i>	<i>Nieves-Ayala, L. E. (2012)</i>	<i>Puerto Rico</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li><i>*Determinó la existencia de diferencias socioespaciales en las áreas metropolitanas de la zona de estudio a través de tres variables: ingreso, educación y ocupación.</i></li> <li><i>*Semejanza de la configuración socioespacial de las áreas metropolitanas de Puerto Rico con las ciudades Latinoamericanas.</i></li> <li><i>*Aplicación de más de un índice de medición para la segregación.</i></li> <li><i>*Los niveles de segregación en las zonas no fueron alarmantes.</i></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li><i>*Abarcar las cinco dimensiones del fenómeno.</i></li> <li><i>*Incluir la metodología cualitativa.</i></li> <li><i>*Ampliar el periodo temporal para contrastar resultados.</i></li> <li><i>*Incluir el análisis de otros tipos de segregación.</i></li> <li><i>*Considerar como zona de estudio ciudades más pequeñas.</i></li> <li><i>*Hacer un análisis comparativo de los modelos de ciudad de Puerto Rico y Latinoamérica para detectar diferencias que puedan explicar los niveles de segregación distintos entre una y otra.</i></li> </ul>
-------------------	-----------------------------------	--------------------	---	---

Fuente: Elaboración propia con base en textos analizados en el estado del arte.

Una opción más de organizar la información presentada en el estado del arte, y que es necesario mostrar para explicar cómo se ha desarrollado la investigación sobre segregación residencial a lo largo del siglo XX y XXI, es a través de una línea cronológica como la que se observa en la imagen 1. Se exponen los principales estudios realizados sobre la temática divididos por año y por disciplina.

A pesar de que la segregación es un tema que desde siglos atrás se ha venido estudiando, es a partir de la mitad del siglo XX que el interés por su análisis adquiere una magnitud superior. Esto debido a las rápidas y constantes modificaciones urbanas, sociales, políticas, económicas, tecnológicas e incluso culturales que comenzaron a experimentar las ciudades, causando una reorganización de las estructuras sociales dentro del territorio urbanizado e incluso el no urbano.

Así pues, los campos de la sociología y el urbanismo, de forma particular y combinada, han sido los que han abordado el tema en mayor proporción. Uno de los estudios más importantes que se han realizado es el de Duncan & Duncan (1955), elaborado en la década de 1950, demostrando que los índices expuestos hasta ese entonces no eran capaces de reflejar los niveles de segregación de forma correcta, proponiendo un nuevo algoritmo para su medición (Índice de Disimilitud), que incluso sigue siendo utilizado y validado por los expertos en el tema actualmente.

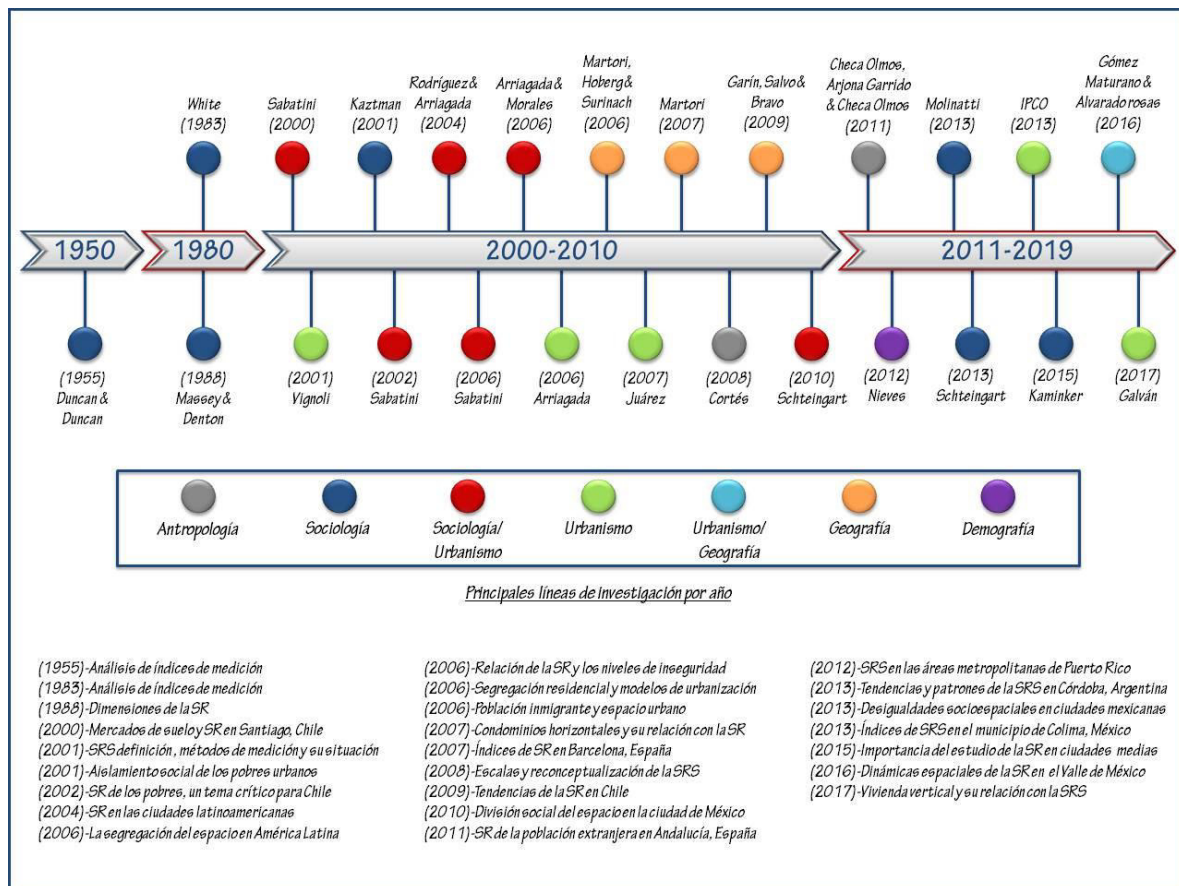
Más tarde, en la década de los ochenta, Massey & Denton (1988) y White (1983) realizaron contribuciones en el mismo sentido, proponiendo las cinco dimensiones de la segregación y los algoritmos ideales para el cálculo de cada una de éstas. Durante el 2000 y 2010 los estudios con enfoque urbano y social continuaron y aumentaron en número, incluso combinando esfuerzos ambas disciplinas para tratar de comprender con mayor claridad el comportamiento del fenómeno socioespacial.

Debido a la complejidad que supone entender los procesos de organización de los habitantes en las ciudades, la geografía y la antropología se incorporaron en el análisis de la segregación residencial a finales de la primera década del siglo XXI, introduciendo nuevas formas de interpretar la situación. Para la segunda década del siglo en curso, los estudios

desde la sociología, el urbanismo y la geografía, ya sea de forma independiente o combinada, se han mantenido presentes y se han integrado disciplinas como la demografía.

Es evidente que la complejidad de la segregación está ligada con la complejidad de las ciudades, y en la época en que vivimos donde grandes cambios, ya sean sociales, urbanos, políticos o cualquiera que sea, suceden en periodos cortos de tiempo afectando a toda la población, eleva la dificultad para comprender cómo se produce, se mantiene y se transforma este fenómeno que termina por fragmentar a la sociedad y al territorio. En este sentido, es de esperar que, además de las ya mencionadas, otras disciplinas comiencen a indagar en la temática, con la finalidad de entender e intentar minimizar los efectos malignos que se atribuyen a la segregación en un futuro cercano.

Imagen 1. Línea cronológica de los principales estudios realizados sobre segregación residencial socioeconómica (divididos por disciplina).



Fuente: Elaboración propia con base en textos analizados en el estado del arte.

De acuerdo con lo expuesto en el estado del arte en relación a la situación de la investigación referente a la segregación residencial y las diferentes posturas desde las que se puede analizar, comprender e interpretar el fenómeno, los conceptos que formarán parte de nuestro marco teórico y que consideramos son fundamentales para explicar cómo se distribuyen las distintas estructuras sociales actuales, delineadas por su condición económica, en el territorio urbano que comprenden las ciudades del siglo XXI son: **segregación y conurbación**. El primer concepto fue relevante, en todos los estudios analizados con anterioridad, para explicar los procesos de segmentación socioespacial. Mientras que el segundo no se abordó en ninguno de los trabajos, encontrando un nicho de oportunidad para vincularlo con el tema de la segregación residencial permitiendo la construcción de nuevo conocimiento.

En este sentido, el concepto de **segregación**, aunque ya ha sido analizado por varios autores en repetidas ocasiones, sigue siendo controversial en la actualidad debido a la variedad de perspectivas que admite y a las continuas modificaciones sociales y urbanas en las ciudades modernas detonadas en parte por la globalización. Es decir, se puede entender en un sentido sociológico o geográfico, e incluso ambos a la vez, dependiendo de los intereses del investigador. Entonces, queda claro que la segregación tiene que ser comprendida de acuerdo a las lógicas socioespaciales del mundo contemporáneo, y es en las ciudades latinoamericanas donde el fenómeno se expresa con mayor intensidad cuando se le atribuye la cuestión económica, siendo aquí donde radica nuestro interés.

Asimismo, las ciudades pueden dividirse en diferentes tipos de acuerdo a sus características demografías, territoriales, relaciones funcionales, etc., entre las cuales está la **conurbación**. Este tipo de asentamientos urbanos, de menor tamaño que las zonas metropolitanas (en el caso de México), han tenido poca o nula atención respecto a cómo se comporta la segregación residencial en sus inmediaciones. Se ha señalado que la división social del espacio urbano ya no es característica de las grandes ciudades, sino que aquellas de menor tamaño que se inician en la economía global también la padecen, habiendo un vacío importante de información en relación a estas últimas, volviendo pertinente y relevante su incorporación en los estudios actuales de la segregación residencial.

### **CAPÍTULO III. MARCO TEÓRICO**

Tomando en cuenta lo expuesto a lo largo del estado del arte sobre la segregación y la importancia en la continuidad de su análisis para las ciudades modernas empleando un enfoque cuantitativo más amplio, y una vez identificados los conceptos que formarán parte de nuestro marco teórico fungiendo como base para sustentar la elaboración del presente proyecto de investigación, a continuación se muestra una discusión sobre las distintas opiniones, definiciones y consideraciones que diversos autores, expertos en cada una de las temáticas, tienen para la segregación y el modelo de ciudad conocido como conurbación. La intención es esclarecer la perspectiva desde la cual abordaremos los dos conceptos que rigen la estructura de nuestro trabajo.

Es importante señalar que el concepto de segregación será desarrollado ampliamente debido a las múltiples definiciones que se tienen para el mismo, las cuales se relacionan con la perspectiva teórica que utilizan las diferentes disciplinas que las construyen, admitiendo particularidades y siendo motivo de controversia al usar de forma indistinta conceptos como división social del espacio, segregación urbana, segregación residencial y segregación social para referirse al mismo fenómeno, tal como lo menciona Duhau (2003). Asimismo, Schteingart (2010) refuerza lo anterior diciendo que hay un vacío en “la problematización de los cambios ocurridos en la conformación de los diferentes estratos sociales” (Schteingart & Garza, 2010, p. 348), conduciendo a la utilización de términos carentes de contenido social como fragmentación, mezcla social, mayor cercanía entre grupos sociales y aislamiento, “que no se explican adecuadamente y que a veces pueden implicar apariencias, más que relaciones sociales de distinto tipo” (Schteingart & Garza, 2010, p. 349).

Aclarar estos conceptos teóricamente, principalmente el de segregación, se vuelve indispensable para realizar una evaluación de los procesos de división socioespacial que contribuya en la difícil tarea de explicar las transformaciones físicas y sociales de las ciudades. De acuerdo con Tun Chim (2015), las pequeñas diferencias en la conceptualización de la segregación pueden implicar cuestiones importantes al momento de analizar el tema, siendo relevante precisar qué posición adoptaremos. Además, las modificaciones en las dinámicas socioespaciales de las ciudades actuales hacen forzosa una reinterpretación



constante de la segregación, tal como fue expuesto en el capítulo anterior, pues la intensidad que han adquirido algunas de sus dimensiones ya no es la misma que hace unas décadas.

En este sentido, con la finalidad de emplear un concepto acorde al contexto de las zonas urbanas que habitamos en el siglo XXI y que nos permita elevar la trascendencia de nuestro proyecto, hemos decidido no limitarnos y hacer un análisis detallado para la segregación y cada una de las cualidades que la caracterizan. Claro está que no dejaremos de lado la importancia que merecen el resto de los conceptos, en los cuales también se profundizará hasta alcanzar un nivel de comprensión tal que aclare el panorama de nuestro objetivo.

Así pues, en este apartado nos dispondremos a discutir la definición segregación, desde lo general a lo particular, para diferenciarla del resto de términos utilizados de forma un tanto vaga para referirse a la división social del espacio urbano. Con esto, seremos capaces de explicar a qué se refiere la *segregación residencial socioeconómica*, variante que nos interesa estudiar bajo un panorama socioespacial contemporáneo, y entender bajo qué condiciones se tiene un tipo u otro de segregación y cómo cada uno tiene efectos distintos sobre el territorio urbano.

### *3.1. El concepto de segregación*

El simple<sup>5</sup> concepto de segregación, de acuerdo con la real academia de la lengua española, viene del latín *segregatio* y hace referencia a la acción de separar, apartar o aislar algo o a alguien de otra u otras cosas o personas. Desde un enfoque sociológico, Rodríguez Vignoli (2001) menciona que la segregación puede ser entendida como “la existencia de diferencias o desigualdades dentro de un colectivo y a la separación de los sujetos en categorías que tienen cierto grado de distinción jerárquica o valorativa” (Rodríguez Vignoli, 2001, p. 13).

Entonces, podemos señalar que la segregación remite a una noción de separación o distanciamiento de una parte del todo o, hablando en un sentido social, hace referencia a la separación de una sección de la sociedad identificada de forma singular, por alguna cualidad,

---

<sup>5</sup> Se utiliza la expresión “simple” ya que hacemos referencia únicamente al concepto de “segregación”, evitando cualquier palabra que lo pueda acompañar (residencial, socioeconómica, cultural, racial, etc.) modificando su sentido.

del resto del conjunto social, donde interviene algún grado de superioridad o inferioridad. Así, al hablar de segregación, automáticamente está implícita la subdivisión de la sociedad, la cual requiere de un medio para expresarse y es donde el territorio urbano ha tomado su papel principal.

Bajo la óptica de la geografía, López Trigal (2015) señala que el término remite más a una idea de “cercamiento”, y es el gueto de Venecia el primer ejemplo histórico de segregación. De forma académica, el concepto comenzó a ser utilizado en la Escuela Sociológica de Chicago a principios del siglo XX. Históricamente, desde los inicios de su implementación, su objeto de estudio fueron los grupos y las clases subalternas de la ciudad, tanto por razones socioculturales como socioeconómicas (Álvarez, 2009). Sus representantes más conocidos, Burgess y Park, lo usaban para referirse a la formación de diferentes áreas sociales como producto de los grados de integración y asimilación de las minorías respecto a otros grupos étnicos.

Se infiere que la dificultad para analizar la segregación inicia desde su conceptualización. Mientras que para algunos se relaciona con una cuestión de separación, otros lo toman como una noción de cercanía, que finalmente se refieren a lo mismo, un distanciamiento físico entre grupos. La diferencia entre ambos está en que, al hablar de cercanía, nos aproximamos en un sentido positivo a la segregación, donde la parte segregada estaría en posición de obtener alguna ventaja, en tanto que hablar de separación remite a un ámbito de negatividad superior que es el que se tiende a retomar ante los efectos que se le imputan a este fenómeno.

Imagen 2. Nociones de cercanía y separación de la segregación.



Fuente: Elaboración propia con base en las conceptualizaciones previamente descritas.

A pesar de que en los dos sentidos la distancia está implícita, no aparece como un componente propio de la segregación. Su ausencia estriba en las dificultades conceptuales y operativas que supone introducirla. No se ha dejado claro que la forma más viable de capturar la distancia sea mediante la extensión física, pues las distancias sociocultural o temporal pueden llegar a ser más relevantes (Rodríguez Vignoli, 2001). Además, la misma distancia física, a pesar de su aparente sencillez, resulta compleja de medir.

El criterio bajo el cual estará direccionada nuestra investigación será el de separación, entendida como el distanciamiento físico entre grupos sociales, correspondiente a la cuestión medible o cuantificable. Por un lado, debido a que es el más utilizado para el entendimiento del fenómeno, y por otro, creemos será más factible al momento de presentar los resultados.

Desde la perspectiva de la sociología urbana, para Schteingart (2010), la segregación es el grado de proximidad espacial de las familias que pertenecen a un mismo grupo social y la distancia con otros grupos (étnicos, raciales o socioeconómicos). Una definición más es la de Aliaga Linares & Álvarez Rivadulla (2010), quienes la entienden como la separación espacial entre diferentes grupos de la población. Asimismo, Rodríguez & Arriagada (2004) la exponen como las formas de desigual distribución de grupos de población en el territorio.

Nuevamente, se aprecian los sentidos positivo y negativo en la forma de referirse a la segregación mediante los adjetivos de proximidad y separación, y se añade uno nuevo que

tiene que ver con la desigualdad. Se subraya también que la distancia toma significaciones distintas cuando hablamos de proximidad entre miembros de un mismo grupo social y miembros de distintos grupos, ampliando el panorama de apreciación del fenómeno.

Así pues, queda evidenciado que el concepto, por sí sólo, ya integra las cuestiones social y espacial (o geográfica), haciendo innecesario el acompañamiento del prefijo *socioespacial* al momento de analizarla. A menos que se requiera estudiar a la sociedad o al espacio urbano de forma independiente sí es necesario hacer la especificación, teniendo *segregación social* o *segregación espacial*, según sea el caso. Cabe señalar que, hasta este momento, se sigue hablando de una diferenciación de grupos sin especificar alguna característica que los distinga, lo cual es el principio fundamental para la correcta comprensión de la segregación y los cambios que va adoptando, dependiendo de las intenciones del investigador y su enfoque.

De acuerdo con Rodríguez Vignoli (2001), la segregación puede ser descrita al menos en dos sentidos, los cuales ya hemos abordado. En términos sociológicos es entendida como la ausencia de interacción entre grupos sociales y, en un sentido geográfico, se refiere a la desigualdad en la distribución de los grupos sociales en el espacio físico. Aunque “la presencia de un tipo de segregación no asegura la existencia del otro” (Rodríguez Vignoli, 2001, p. 11), ambas suelen estar relacionadas (White, 1983, p. 1009). Queda claro el vínculo que guarda la segregación con el componente socioespacial, de forma que si se requiere trabajarlo por separado es fundamental especificar si se trata de un tipo u otro de segregación.

Se puede dar el caso en el que distintos grupos sociales se encuentren distribuidos equitativamente dentro de un territorio sin haber interacción entre ellos, evidenciando la ausencia de segregación geográfica a la vez que una alta segregación social. Por esta razón, desde nuestra perspectiva, se deben analizar conjuntamente estas dos condiciones, bajo las cuales es entendido el fenómeno, para poder determinar el tipo de relaciones territoriales de los distintos grupos de población en las ciudades contemporáneas.

Sin embargo, al mezclar la cuestión social y geográfica (o espacial) e integrar más elementos de especificidad, la segregación adquiere un nuevo sentido que es necesario explicar. Para nosotros, la *segregación* se tratará de la separación física entre los diferentes

grupos de la sociedad dentro de un espacio determinado, entendiendo que es un proceso socioespacial derivado de las desigualdades en las relaciones sociales y territoriales que mantienen los sujetos, donde la jerarquía define el prestigio de la posición física y social que se adopta.

### *3.1.1. Segregación urbana (SU), segregación residencial (SR) y segregación residencial socioeconómica (SRS)*

Al trabajar de forma conjunta los enfoques social y espacial que caracterizan a la segregación y que están presentes en la gran mayoría de las definiciones que se han generado para el fenómeno, se suele relacionar de forma casi inmediata el ámbito de la residencia. Esto sucede debido a que es la condición de localización habitual de las personas o sus familias y se corresponde con los contrastes de ciertas características que se verifican entre los residentes de las distintas zonas de una misma localidad (Rodríguez Vignoli, 2001). Sin embargo, aunque la residencial no es la única, sí es la expresión socioespacial más evidente de la segregación, provocando confusión cuando no se precisa exactamente a cuál nos referimos (Tun Chim, 2015).

En ocasiones, se habla de segregación residencial como sinónimo de segregación socioespacial, lo cual resulta erróneo ya que hay más formas de diferenciación y, por sí sola, la segregación ya hace alusión a la cuestión socioespacial. Tun Chim (2015) señala que es necesario realizar esta precisión puesto que en el espacio urbano existen otras formas de distinción donde tienen cabida ambos elementos, sociedad y espacio, sin tratarse forzosamente de la situación de residencia. La fragmentación que se evidencia en la configuración de las ciudades actuales puede suscitar situaciones de segregación ajenas a la residencial, como es el caso de los grandes centros comerciales alejados de las zonas urbanas (segregación comercial), reforzados en seguridad a través de elementos físicos y de acceso limitado para grupos específicos de la población, determinados por su capacidad adquisitiva (Tun Chim, 2015).

Algo parecido sucede con los grandes centros deportivos y de recreación (segregación recreativa) y los centros de negocios especializados (segregación por actividad económica), como los financieros. Mientras que en los primeros, que también se encuentran distanciados

de la ciudad, se produce una falta de interacción entre grupos sociales diferenciados, en los segundos, la actividad económica es la principal forma de distinción social y, a menos que se pertenezca a un grupo de profesionistas en específico, la utilización de ciertas zonas de la ciudad quedaría restringida para gran parte de la población, más que por barreras físicas o la distancia, por la ausencia de motivos para hacer uso de las mismas (Tun Chim, 2015).

Ahora bien, es necesario explicar que, en el sentido más amplio, la noción socioespacial del fenómeno tiene su expresión más clara en el conjunto urbano, es decir, en las ciudades, y es por esta cualidad y por la especificidad que adquiere dentro del ámbito urbano que se le conoce como *segregación urbana*. En ese contexto, la segregación remite a las diferentes formas de ocupación del espacio urbano por parte de los grupos sociales, sin especificar si se trata de residencia, actividad económica o cualquier otro uso.

La cuestión social y espacial se mantiene, pero no se delimita un tipo específico de segregación más allá de la ciudad en general. Incluso se podría pensar la segregación urbana como la distribución territorial de las actividades que suceden en la ciudad, pudiendo ser económicas, comerciales, recreativas, etc. Claro está que en esa subdivisión interviene la estratificación social, teniendo áreas urbanas específicas para una misma actividad, pero ocupadas por sujetos de distinta posición en la escala social. De esta forma, el espacio se fragmenta a escala macro, complicando el análisis y comprensión de las dinámicas segregativas.

Aunque también existe la segregación rural, ésta ha sido abordada en menor medida teniendo como ejemplo el trabajo de Montes Velázquez (2017). Sin embargo, existe una preocupación superior por la complejidad y malignidad que ha adquirido la segregación al interior del espacio urbano, el cual se sigue extendiendo hacia las periferias modificando los patrones tradicionales de distribución poblacional y evidenciando la proliferación de asentamientos irregulares, que en conjunto terminan por consolidar amplias zonas homogéneas en condición de pobreza. De esta manera, al no ser de nuestro interés, evitaremos abundar en el tema rural, procurando concentrarnos en lo que realmente nos concierne que es la segregación urbana.

En principio, la sociología urbana ha utilizado el concepto de segregación orientada a comprender la relación de la sociedad con el espacio urbano, y cómo las diferencias que existen entre grupos sociales son capaces de incidir físicamente en la estructura urbana en su totalidad. La segregación es característica de las ciudades contemporáneas, no sólo las de mayor tamaño, y la sociología urbana se ha ocupado en gran parte de los estudios sobre este fenómeno por tratarse de “una manifestación de la relación entre sociedad y espacio, y ésta es evidente en un contexto urbano” (Tun Chim, 2015, p. 32). Dicha relación no tiene que ver únicamente con la forma de distribución en el espacio físico, sino también con las interacciones de los grupos con el resto de la sociedad.

Castells (1974) añade que la segregación urbana es una tendencia a la organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna y de fuerte disparidad social entre ellas, entendiéndose esta disparidad no sólo en términos de diferencia, sino de jerarquía. Así pues, la figura de una estratificación social a nivel urbano o lo que correspondería a una estratificación urbana toma relevancia, determinando el posicionamiento geográfico de los individuos de acuerdo con su estatus en la sociedad. Mientras más arriba se encuentren en la escala social mejor será la localización a la que podrán acceder e incluso tendrán opción de elegirla. Por el contrario, mientras más abajo, serán forzados a vivir, laborar e interactuar en sitios donde su capital económico les permita.

De acuerdo con Tun Chim (2015), la definición que construye Castells (1974) hace referencia a una tendencia puesto que no se trata de un fenómeno estático que puede comprenderse y quedar exento al cambio, sino que adquiere el nivel de proceso y responde a una estructura social de un contexto histórico determinado. De esta manera, hablar sólo de diferencias sin incorporar las partes jerárquica y cambiante, nos impediría entender a lo que realmente se refiere la segregación urbana. De ahí que la diferenciación incorpore implícitamente la distinción entre un grupo social y otro, además de algún grado de superioridad, pertenecientes a lógica de una época específica. Al respecto, Bourdieu (2002) señala que:

“La estructura del espacio se manifiesta, en los contextos más diversos, en la forma de oposiciones espaciales, en las que el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social. En una sociedad

jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales, de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el efecto de naturalización que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural: así, determinadas diferencias producidas por la lógica histórica pueden parecer surgidas de la naturaleza de las cosas”. (Bourdieu, 2002, p. 120)

Entonces, la segregación urbana se produce cuando “la distancia social tiene una fuerte expresión espacial” (Castells, 1974, p. 204) o en palabras de McKenzie (1967) cuando hay concentración de ciertos tipos de población en un territorio determinado. Para Groisman (2010), una de las consecuencias más negativas del fenómeno es que sitúa a los estratos sociales en un contexto de socialización e interacción uniforme que propicia la naturalización de las diferencias en la estructura social. Bourdieu (2002) y Groisman (2010) hacen explícito que la ocupación desigual del espacio se vuelve cotidiana, entendiendo que es una condición ligada a la capacidad social de los sujetos, provocando que haya una búsqueda de pares para la reproducción de la socialización y contribuyendo al arraigo de la tendencia de la segregación en las ciudades.

Lo que termina sucediendo es una zonificación de las relaciones sociales determinada por aspectos no sólo económicos, sino también culturales, donde la ecología urbana se ha sumado en los esfuerzos por tratar de explicar la estructura urbana a partir de estos patrones de ocupación espacial determinados por la estratificación social (Tun Chim, 2015). No obstante, aunque la existencia de estratos diferenciados se corresponde con la estratificación urbana, es la jerarquización de los mismos la que provoca el surgimiento de áreas urbanas segregadas donde predomina la homogeneidad social, en contextos también homogéneos.

Sucede un conflicto similar que con la segregación entre los conceptos de estratificación y jerarquización, teniendo que el primero se refiere a una división de la sociedad en grupos, y el segundo hace alusión al grado de superioridad e inferioridad que tienen entre sí. De esta forma, es de entenderse que la estructura social, organizada a partir de diferencias sociales del tipo que sean, tiene su reflejo espacial, el cual no es más que la representación del poderío de los grupos dominantes.



Partiendo de que la segregación es la separación de las partes con el todo y es característica de las sociedades que habitan las ciudades, Tun Chim (2015) plantea que la segregación urbana debe entenderse como un fenómeno de diferenciación entre las relaciones de la estructura social y el espacio urbano, implicando una jerarquía de los grupos sociales. Habla, además, de dos componentes que la conforman y que están altamente relacionados, siendo la falta de interacción entre grupos sociales y la distancia física, por lo que se tendría que hablar de una *segregación urbana socioespacial*.

Considerando que hemos apuntado que la segregación puede ser entendida en dos sentidos, social y geográfico (socioespacial), que el uso de la palabra sin “apellidos” que la acompañen remite a la separación de sujetos u objetos del resto de un conjunto, y que hoy en día el concepto tiende a relacionarse inconscientemente con la cuestión de diferenciación social expresada físicamente a través de la residencia, referirnos a una segregación urbana socioespacial sería redundante. Es decir, se sobreentiende que en la segregación interactúan las cuestiones social y espacial, por lo que sería más correcto hablar solamente de *segregación urbana* para indicar que se trata de aquella que se desarrolla en el ámbito urbano (en las ciudades) y diferenciarla de la rural, por mencionar alguna. Evidentemente, nos seguimos refiriendo al conjunto de relaciones asimétricas entre sociedad y espacio urbano, provocando ausencia de interacción social y ubicaciones geográficas específicas en la ciudad, vista de manera global, pero el concepto queda acotado facilitando su comprensión.

En su conceptualización, Tun Chim (2015) sigue conservando rasgos como la jerarquización de los grupos sociales como parte fundamental del proceso segregativo, así como el conjunto de relaciones diferenciadas entre sociedad y espacio urbano. Hasta este punto, estos elementos han sido decisivos para considerar la reproducción de la segregación a nivel urbano, aunque también se ha hablado de homogeneidad, concentración y distanciamiento físico, social y económico. Sin embargo, estos últimos pueden ser entendidos como consecuencias de los primeros, es decir, producto de la complejidad que existe entre la relación del sistema social y la estructura urbana.

Un ejemplo claro de segregación urbana son los condominios verticales u horizontales en formato cerrado. Esta tipología habitacional se ha desarrollado con mucho ímpetu en los últimos años, reforzando los procesos segregativos al promover la separación

de grupos con distinta jerarquía social. Se considera urbano no sólo por suceder en las ciudades, sino porque es en el territorio urbano donde adquiere sentido, requiriendo del contexto urbano en su totalidad para la reproducción de las desigualdades. Su ubicación puede variar, encontrándose en zonas centrales de alta densidad habitacional o periféricas de densidad menor de acuerdo a la capacidad económica de los habitantes, acortando o aumentando la distancia física y social entre grupos sociales y modificando sus dinámicas de interacción, por lo que se trata de un modelo habitacional que hace alusión a un cambio socioespacial. Incluso, llega a promover la exclusión de los más desfavorecidos o el aislamiento de los estratos altos, evidenciando la importancia de la diferenciación jerárquica o la posición dentro de la escala socioeconómica.

Para Armijo Z. (2000), los condominios son la clara representación del tipo de urbanización que caracteriza a los sectores de altos ingresos en las metrópolis, y corresponden a la dinámica propia de la segregación social de las grandes ciudades. Esta modalidad habitacional, que en algún momento fue característica de los sectores acomodados pero que ha perdido esa cualidad en la actualidad, ha terminado por originar enclaves residenciales urbanos al interior de zonas periféricas acercando espacialmente a las distintas estructuras sociales, favoreciendo los procesos segregativos (surgiendo nuevas configuraciones de los mismos) a la vez que refuerza la manifestación de las desigualdades.

Por otra parte, Duhau (2003) y Schteingart (2010) hacen una crítica a la utilización del concepto de segregación urbana indicando que, debido a la escala territorial a la que se refiere, el fenómeno tendría que ser entendido como la división social del espacio. El concepto de segregación será adecuado en la medida que los estudios socioespaciales tengan un nivel de desagregación mayor, ya que es en escalas menores donde realmente se podrá hablar de segregación. Para Schteingart (2010) la división social del espacio remite a los grandes lineamientos de la organización del espacio urbano, mientras que Duhau (2003) lo interpreta como:

Las diferencias existentes en la localización intraurbana o intrametropolitana de diferentes grupos, estratos o clases sociales, relacionadas fundamentalmente con el mercado inmobiliario, es decir, el costo de la vivienda y los costos derivados de

habitar en áreas específicas, pero que no son el producto de la exclusión forzada, o explícitamente buscada, de grupos sociales determinados. (Duhau, 2003, p. 177)

Desde nuestra posición, hablar sólo de división social del espacio se queda muy lejos de representar las interacciones que se dan entre ambos componentes, sociedad y territorio. Se puede apreciar que en ambos conceptos se sigue manifestando la idea de diferentes grupos sociales ubicados en áreas distintas del territorio urbano, pero se agrega un elemento que merece la pena resaltar: el costo. Evidentemente, habitar las distintas áreas de la ciudad conlleva diferencias en los costos tanto de la vivienda como del estilo de vida dependiendo de su prestigio.

No todos pueden acceder a las mismas zonas porque no están en la misma posición dentro de la escala socioeconómica, por lo que la idea de la no exclusión forzada sería equívoca. Si bien, no es por iniciativa propia de los grupos sociales acercarse o alejarse físicamente del resto (aunque en parte sí lo es) propiciando algún tipo de exclusión, son los encargados de controlar la construcción de asentamientos quienes tienen una alta influencia en dicho proceso, ya que son ellos quienes eligen donde situar a la población de acuerdo con sus intereses económicos sin preocuparles el daño que puedan estar ocasionando a la estructura social.

Es aquí donde el marco de políticas públicas toma un papel relevante en el control sobre la consolidación de conjuntos habitacionales que promueven el deterioro social y espacial en las ciudades previniendo, o al menos disminuyendo, los niveles de segregación urbana, lo cual al parecer no han logrado resolver. En general, las políticas elaboradas por el estado, las prácticas de exclusión de grupos determinados respecto a espacios específicos y las fuertes disparidades sociales constituyen segregación urbana (Duhau, 2003).

La definición de Duhau (2003) tiene similitud con la que propone Castells (1974) teniendo implícita la noción de jerarquía al hablar de diferenciación. La diferencia radica en el énfasis que se hace en la relación de las disparidades sociales con la cuestión habitacional como factor relevante en el proceso segregativo urbano o, en este caso, a criterio de los autores, en la división social del espacio. Cualquiera que sea el nombre que se le dé al fenómeno, aunque bajo nuestra perspectiva es más adecuado definirlo como segregación

urbana y es la forma que seguiremos utilizando, sigue correspondiendo a la interacción de las relaciones de la estructura social con el espacio urbano de acuerdo a una jerarquización del poder, evidenciando una organización social desigual en el territorio. En otras palabras, se trata de la expresión espacial de la estructura de clases, sin estar limitada a esta última, pues hay más formas en que se puede distribuir la población, por ejemplo, el género o la edad.

Lo que es de resaltar es la reiteración de la homogeneidad social que las unidades territoriales de menor tamaño deben presentar como parte fundamental de la segregación urbana. De acuerdo con Aliaga Linares & Álvarez Rivadulla (2010), a medida que la segregación se intensifica, la homogeneidad de las áreas espaciales aumenta. Por el contrario, la segregación será menor si la heterogeneidad es la que predomina. Sin embargo, la segregación no siempre es un reflejo de los patrones generales de desigualdad, sino que el espacio urbano tiene su propia autonomía relativa (Aliaga Linares & Álvarez Rivadulla, 2010).

De esta forma, la jerarquía de los grupos sociales es importante, pero no se vuelve la única determinante de la segregación urbana, ya que la estaríamos reduciendo a “una manifestación espacial de la estructura de clases” (Tun Chim, 2015, p. 35). Esto es, dentro del espacio urbano pueden existir grupos que pertenezcan a la misma escala social, pero distinguidos por alguna cualidad cultural y conservando la homogeneidad. Así pues, los conceptos de desigualdad y diferenciación perderían el sentido general que suelen adoptar, de dominio o superioridad.

Asimismo, De Queiroz Ribeiro & Dos Santos Junior (2003) han resaltado la dimensión inmaterial de la segregación urbana relacionada con el empoderamiento y desempoderamiento de los grupos o clases sociales en razón de su localización en el espacio urbano. La estructura urbana revela y reproduce las desigualdades que conciernen a la distribución del poder en la sociedad, entendido éste como la capacidad diferente de los grupos o clases para realizar acciones que les permitan disputar los recursos urbanos. Dicha capacidad depende de cuánto la concentración espacial conduce a la construcción de comunidades de intereses.

En cambio, para Saraví (2008) la segregación espacial urbana, que es como él la llama, puede entenderse como una dimensión específica de un proceso general de diferenciación social, admitiendo múltiples criterios a partir de los cuales puede tener lugar. Sin embargo, la relación entre división social y espacio urbano resulta aún más densa ya que se trata de una representación espacial como reflejo de la organización de la estructura social. Es decir, “no se trata de diferenciación casual, ahistórica, o natural, sino que ella deja leer los cortes y clivajes que atraviesan y dan forma a la estructura social (Saraví, 2008, p. 95).

Una conceptualización más es la de De Queiroz Ribeiro, Correa Do Lago, De Azevedo, & Dos Santos Junior (2015), donde la segregación urbana se convierte en un modelo de organización espacial dominado por los contrastes y las jerarquías que han emergido en las grandes ciudades. La diferenciación de las clases sociales es transformada en separaciones físicas y simbólicas que dificultan la sociabilidad, intensifican la fragmentación del espacio urbano y las identidades colectivas, y hacen latente la condición de inferioridad de ciertos segmentos de la sociedad.

Esta tendencia al distanciamiento va a depender en gran medida de la capacidad de organización de las clases sociales, teniendo que los grupos superiores tienen ventaja sobre el resto de la sociedad al poder elegir qué tan “lejos” o “cerca”<sup>6</sup> desean estar de los demás, mientras que los grupos inferiores, aun siendo los más densos, quedan dispersos por la ciudad en las zonas que son capaces de instalarse. Así, quienes están en el poder, tienen alta incidencia en los procesos de reestructuración urbana y en la profundidad que puede admitir la segregación, entendiendo que las diferentes ocupaciones del espacio están en función de la etnia, el género, la ocupación o cualquier otra cualidad que se utilice para distinguir a la población y su relación con su posición geográfica.

Hasta este punto se ha hablado de la segregación urbana partiendo de la noción sociológica. Ahora bien, desde la perspectiva de la geografía urbana, Levy & Brun (2000) mencionan que, independientemente del nivel de desarrollo económico, la segregación concierne a las incidencias de la división administrativa y de la organización territorial del poder en los conglomerados urbanos. En este sentido, son las anomalías de las relaciones de

---

<sup>6</sup> Se entrecorren las expresiones “lejos” y “cerca” debido a lo relativo y ambiguo que la distancia física y social pueden llegar a ser al trabajar el tema de la segregación urbana.

la estructura social y las posiciones de poder las que expresadas de forma territorial dan paso a la segregación urbana.

Retomando lo que plantea Castells (1974) en relación al distanciamiento social dentro del espacio urbano como promotor de la segregación debido a las localizaciones específicas que se adoptan, es necesario indagar en la correlación entre segregación y localización. Al respecto, Alegría (1994) expone que los estudios urbanos han intentado explicar la segregación socioespacial asociándola con los patrones de localización intraurbana de los grupos sociales a través de enfoques sociológicos y económicos.

Desde la economía, la localización aparece de manera explícita relacionando los mecanismos económicos y la segregación. En cambio, en la sociología, la localización es resultado implícito de la segregación socioespacial. La similitud que guardan ambos enfoques es la ausencia de relación teórica entre segregación y localización a pesar de su identidad espacial, impidiendo conceptualizar a la segregación de forma diferenciada a la localización (Alegría, 1994). Esto resulta conflictivo, ya que considerar la segregación como la distancia económica o social entre grupos de personas y espacio urbano “impide la explicación de la localización diferente de grupos similares (por ejemplo los grupos de ingreso) y la localización similar de grupos diferentes (por ejemplo los grupos por estatus profesional)” (Alegría, 1994, p. 414).

En parte, esta situación se debe a la independencia en el trabajo de análisis de la segregación urbana por parte de ambas disciplinas. De forma separada, han sido incapaces de expresar la realidad de la fragmentación socioespacial de las ciudades. Desde un enfoque de marginalidad social la segregación es tratada como una condición de exclusión, donde los sectores aventajados económica, social y políticamente tendrán el control sobre los procesos de localización urbana tanto en los centros como en las periferias. En este caso, quienes no participan de forma activa en los procesos dinámicos de la economía son condenados a habitar en las zonas más degradadas.

La localización espacial se vuelve un sistema de asignación de usos residenciales del suelo que no es independiente a los mecanismos de la segregación, y es determinada por la posición de las personas en la estructura económica, la cual también define su ubicación en

la escala social (Alegría, 1994). Aquí las preferencias quedan relegadas, y la pertenencia a un sitio es forzosamente resultado de un estatus superior. No se compite por mejores localizaciones físicas dependientes de gustos o cualidades personales, sino que éstas serán recíprocas al nivel de acceso que se tenga a los sectores privilegiados de la estructura social.

Por otra parte, el enfoque neoclásico de análisis urbano ha priorizado a la segregación como producto no de las relaciones sociales, sino de los mecanismos del mercado, los cuales determinan la localización residencial. Sin embargo, falla por considerar sólo aspectos económicos cuando en realidad hay incidencia de elementos sociales. Además, al haber sido desarrollado para ciudades con una elevada acumulación de capital económico, este modelo explicativo del fenómeno no se adapta al contexto de las ciudades latinoamericanas, debido a que se tienen dinámicas socioespaciales con características distintas. Cabe señalar que aún seguimos tratando el tema de la segregación urbana sin pasar a tratar particularmente la segregación residencial, pero como se mencionó en un principio, muchas de las puntuaciones que se hacen sobre el tema contienen esta noción.

Otro enfoque desde el que se ha intentado explicar la segregación urbana es el neomarxista, donde el distanciamiento “entre grupos sociales es el resultado del ejercicio del poder de la clase dominante sobre los mecanismos del mercado inmobiliario para obtener ganancias y asegurar la reproducción del sistema” (Alegría, 1994, p. 414). En este caso, la acción del gobierno y los promotores inmobiliarios particulares es el principal determinante de la segregación al producir asentamientos contrastantes entre ricos y pobres. Esta práctica ha culminado en la creación de conciencia por parte de las personas y la estigmatización de ser y pertenecer diferente de los demás, en muchas ocasiones desde un sentido negativo si hablamos de los desfavorecidos.

El problema no termina ahí, ya que el control sobre la producción de espacio habitable, las necesidades y los modos de consumo provoca el surgimiento de nuevos segmentos sociales que se cristalizan en comunidades multidimensionales dentro de la estructura urbana cuya convergencia detona la segregación. Agrega Tun Chim (2015) que, en las relaciones sociales de producción, el pensamiento marxista utiliza en profundidad el concepto de las clases sociales, vistas como la esfera de consumo, para explicar las diferenciaciones intraurbanas.

De esta forma, la localización de los grupos sociales estará modulada por el aspecto económico principalmente, aunque teniendo incidencia de lo simbólico-ideológico y de lo jurídico-político. Haciendo alusión a lo planteado por Castells (1974), mientras que el sistema capitalista de producción aumente su dominio sobre la producción del espacio urbano la segregación tenderá a aumentar. Si las relaciones asimétricas del poder disminuyen y las clases inferiores logran oponer resistencia al capitalismo la segregación, vista como un fenómeno social y económico, deberá disminuir.

Esta última explicación permite observar que la segregación se trata de un proceso constante que se adapta a las dinámicas (económicas, urbanas y sociales) en curso y funciona de forma independiente a la localización. Nos referimos a que los individuos pueden cambiar su lugar de residencia (localización) o su estatus social y seguir siendo segregados o pasar a ser segregantes, cualquiera que sea el caso la segregación sigue existiendo. Para tratar de solucionar esta cuestión conflictiva de vincular la localización con la segregación, y conservando la visión de la geografía urbana, Alegría (1994) propone una conceptualización del fenómeno en la que lo explica como la separación o adyacencia espacial entre grupos sociales y no de los grupos respecto a cualquier otra entidad urbana.

Si bien, constituye un esfuerzo por esbozar una definición que simplifique la complejidad que comprende la segregación urbana, no es del todo acertada. Resulta imposible contemplar la existencia de grupos sociales que no pertenezcan a una entidad o espacio urbano, a menos que se trate del ámbito rural, que no es el caso. Quizá, parte de su intención es darle un sentido más social al concepto y es por esta razón que precisa que la segregación es más una cuestión de separación espacial de grupos y entre grupos, pero sigue conservando la noción de espacio, lo cual remite a un distanciamiento físico. Esa lejanía o cercanía, desde un sentido cuantitativo, es tangible o medible y sucede inevitablemente dentro y entre dos o más espacios urbanos por lo que de forma obligatoria la separación de los grupos sociales estará determinada sí, respecto a otros grupos, pero también respecto a otras entidades urbanas que los contienen.

Así, en las ciudades que comenzaron a adoptar el capitalismo fordista-industrial, la segregación urbana fue un mecanismo importante en la formación de las clases sociales. En un sentido similar, Harvey (1990) atribuye al capitalismo la continua relocalización espacial



de las estructuras sociales en búsqueda de sitios de menor costo pero de mayor prestigio. Este proceso de reorganización espacial es incidido por el costo económico, social o cultural que esos movimientos representan, siendo el primero el de representación superior. De esta forma, dentro del marco del sistema económico capitalista, la competencia por pertenecer a los grupos dominantes se intensifica acelerando la reestructuración del espacio urbano, volviendo a los grupos sociales selectivos respecto a su ubicación en la ciudad.

Irónicamente, esta forma de producción del espacio urbano determinada por los procesos de producción, circulación y consumo, tiene múltiples contradicciones. El mundo globalizado ha reducido las barreras espaciales a través de una organización racionalizada del mismo espacio que conduce a la creación de configuraciones eficientes de producción, teniendo como resultado la división territorial y social del trabajo y el surgimiento de aglomeraciones homogéneas en zonas específicas de las ciudades; de redes de circulación, apareciendo nuevos sistemas comunicación y transporte; y de consumo, provocando distinciones sociales más agudas entre las familias y diferenciación residencial.

Este conjunto de acciones, que pretenden apoyar al sistema económico de acumulación de capital, han tenido una significación histórica que puede ser traducida geográficamente si observamos las reestructuraciones a las que se han enfrentado las ciudades en sus diferentes etapas (Harvey, 1990), habiendo variaciones en la expresión de la segregación urbana. Entonces, para suprimir las barreras de tiempo y espacio e incentivar una economía más activa y competente que beneficie a la sociedad, es necesario producir espacios que lo permitan, como autopistas o aeropuertos, mismos que terminan complejizando las relaciones entre el espacio urbano y la propia sociedad.

Lo que se logra es fragmentar el territorio y expandir las posibilidades de localización de los grupos afluentes hacia zonas alejadas de los entornos consolidados propiciando la expansión urbana y el aumento de las desigualdades. Si bien se está obteniendo un beneficio económico al incentivar la actividad del mercado, quienes están absorbiendo las consecuencias son el ámbito urbano y el social. De aquí que se hable de contradicciones en el sistema capitalista.

Volviendo a la sociología urbana, Tun Chim (2015) esclarece esta situación recurriendo al sistema urbano de Castells (1974), donde la posición económica dentro de la estructura social es importante, pues es sinónimo de un control superior por sobre los demás. Sin embargo, se refuerza por el marco institucional e ideológico, entendidos desde el enfoque urbano como la acción del estado, principalmente en la elaboración de políticas urbanas para la construcción del espacio, y por el capital acumulado por los individuos, no sólo el económico sino también el cultural. En conjunto, tienen la capacidad de incidir en la magnitud con que se expresa la segregación en el ámbito urbano.

Suárez Bonilla & López Irías (2016) apoyan la idea de la intervención del estado a través de las políticas habitacionales junto con la acción privada del agente inmobiliario regido por sus intereses lucrativos basados en la especulación de la tierra, como parte fundamental en la expansión de los procesos segregativos en las ciudades. Desde su perspectiva, la segregación urbana es un tipo de segregación socioterritorial que expresa las desigualdades a través de la población urbana, principalmente aquellos que son excluidos del mercado formal de suelo y vivienda por sus escasos recursos, provocando el surgimiento de asentamientos informales como única alternativa de acceso a un hogar.

Una idea similar, aunque con mirada antropológica, es la que presenta García Canclini (2005) al mencionar que las diferencias y desigualdades económicas entre estratos adquieren su significado en relación con otras formas de poder, como el simbólico, que contribuyen a la reproducción de la diferenciación social. Lo económico y lo simbólico son indisolubles, entonces es imposible que alguno de los dos elementos se sustraiga de la unidad social y determine por sí sólo a la sociedad entera. No obstante, en las sociedades actuales, las condiciones económicas gobiernan por mucho sobre las simbólicas, aunque estas últimas traducidas como estigmatización, han alcanzado niveles de malignidad capaces de excluir casi en su totalidad a grupos de población con respecto a los demás. Frente a esta concepción causalista (García Canclini, 2005) y en el contexto del siglo XXI, lo económico finalmente determina lo simbólico, o el prestigio si hablamos del espacio urbano.

De acuerdo con lo anterior, la *segregación urbana* será entendida como las diferencias en las relaciones territoriales de los múltiples grupos sociales (habiendo también ausencia de interacción social entre ellos) con el conjunto de la ciudad, sin indicar una

calidad específica que los delimite. De una forma más simple, se trata de la desigual distribución territorial de los sujetos con distinta posición en la escala social. Entonces, analizar las relaciones del aparato social con la estructura urbana considerando la totalidad de un territorio implicará todo el repertorio de acciones de cualquier ámbito que ahí sucedan, económicas, habitacionales, comerciales, entre otras.

Finalmente, Castells (1974) menciona que si bien la segregación urbana se trata de una tendencia general, no es capaz de explicar por sí misma la composición del espacio residencial de una aglomeración concreta ni incluso lo más significativo de la misma. Es decir, la ciudad está conformada por el entrelazamiento histórico de varias estructuras sociales, habiendo mezclas y combinaciones particulares en la distribución de las actividades y de los estratos sociales en el espacio, derivando en tipos específicos de segregación más allá de la urbana que tienen que ser analizados de forma independiente para poder entenderlos en todo su espectro.

En este sentido, bajo la óptica de la sociología, Rodríguez Vignoli (2001) expone que la segregación territorial, que es donde se inserta la segregación residencial, “es una modalidad específica de la segregación, en la que las categorías que separan a los individuos se refieren a su localización geográfica” (Rodríguez Vignoli, 2001, p. 13). Es decir, para que exista segregación residencial, además de las disparidades en el conjunto social, debe estar enmarcado el tema geográfico, construyendo una dialéctica entre sociedad y espacio residencial, dando origen a una noción socioespacial que difícilmente podrá ser tratada por separado. Esto es, de forma sintetizada, distintos grupos de población habrán de tener localizaciones diferentes en el territorio, en el entendido de que el tema de la residencia está inmerso.

Para Tun Chim (2015), la segregación residencial es considerada un tipo de segregación socioespacial, y es el más adecuado para comprender las diferenciaciones que la estructura social tiene en relación con el espacio urbano. Desde su punto de vista, el fenómeno es entendido como “la separación física de dos o más grupos distintos en diferentes barrios” (Tun Chim, 2015, p. 37). La importancia de su estudio (orígenes, magnitud, dinámica y consecuencias) por parte de la investigación social, radica en “su pertinencia para

evaluar los niveles de integración y equidad que alcanzan las sociedades” (Groisman, 2010, p. 431).

La segregación residencial se trata pues de la segregación social del espacio urbano, y “es un fenómeno espacial con complejas conexiones con las diferencias y desigualdades sociales” (Sabatini, 2006, p. 7), propio de ciudades con determinada escala poblacional (Ruben Kaztman & Retamoso, 2007). De esta forma, el territorio urbano junto con el espacio habitable o de residencia se vuelven el medio más viable para entender las dinámicas de fragmentación social de orden urbano. Es cierto que en las ciudades es posible identificar zonas segregadas en términos económicos o funcionales, pero éstas no permiten un análisis inmediato de la estructura social como la residencia, siendo la mayor expresión de la localización de los grupos sociales en el territorio urbano.

Lo anterior es reforzado por Sabatini (2002, 2006), uno de los principales referentes en el campo durante el siglo XXI, quien desde la sociología menciona que la segregación residencial o urbana se trata de un fenómeno social característico de las ciudades contemporáneas, principalmente aquellas de mayor tamaño, donde interactúa la dimensión espacial o territorial. Puede entenderse como “la aglomeración geográfica de familias de una misma condición o categoría social, como sea que se defina esta última, social o racialmente o de otra forma” (Sabatini, 2002, p. 18).

Por su parte, Molinatti (2013) habla de la segregación residencial como una forma espacial y arquitectónica de la ciudad, la cual se retroalimenta de un tipo de interacción social que contribuye poco a la construcción de relaciones sociales más justas. De esta forma, se hace alusión a una cuestión socioespacial que se reproduce en un sentido negativo impidiendo la integración de los diferentes grupos de población en el territorio. Asimismo, el fenómeno remite a la “existencia desigualdades en la distribución de las localizaciones cotidianas de las personas o sus familias que residen en un determinado aglomerado urbano” (Molinatti, 2013, p. 68).

Con el mismo enfoque social, Madoré (2005) menciona que la segregación residencial sucede cuando existe una diferenciación o desigualdad en la distribución espacial de la residencia de determinados grupos en el territorio de una ciudad, delineados por

características como la raza, la etnia, los recursos económicos, la religión, la nacionalidad o cualquier otro. Asimismo, Brun (1994) ha definido la segregación residencial como la distinción espacial entre las áreas de residencia de grupos de población que habitan en una misma aglomeración.

Rodríguez Vignoli (2001), Tun Chim (2015), Sabatini (2002, 2006), Molinatti (2013), Madoré (2005) y Brun (1994) arriban a conceptualizaciones compartidas que articulan significados estáticos, descriptivos y espaciales junto con los de carácter dinámico, relacional y sociológico (Álvarez, 2009). Hay elementos que han sido constantes desde que se comenzó a explorar con mayor interés en los procesos segregativos desde una perspectiva socioespacial, como la separación de las áreas urbanas y el distanciamiento entendido como magnitud. Aunque la forma de categorizar esas áreas de la ciudad sí se ha modificado, la idea de separación geográfica se ha mantenido inamovible.

En cambio, la cuestión social, donde está implicada la construcción de relaciones e interacciones intra y extra grupales, ha sido sometida a reformaciones continuas dependientes de las modificaciones que se han suscitado en los sistemas económico, político, tecnológico, religioso, y todos los que inciden en el funcionamiento de la sociedad. Así, las ubicaciones diferenciadas en el espacio urbano van a obedecer a las dinámicas sociales de un momento histórico particular y, en conjunto, van a delimitar la modalidad que adopta la segregación, a pequeña o gran escala, de ricos y pobres, o cualquiera que sea la cualidad de mayor envergadura en ese periodo. Por ejemplo, en el siglo en curso, mucho se ha hablado de la globalización como condicionante de las formas en que se desarrolla la segregación en las ciudades.

Cortés (2008) comparte la misma idea que los autores anteriores, exponiendo que el concepto de segregación residencial se conforma vinculando las definiciones de integración social y distancia física. La integración social se refiere a la mezcla social de clases socioeconómicas o de cualquier tipo en un mismo sitio, mientras que la distancia física es entendida como la cercanía o lejanía entre grupos de distinta categoría social. La poca distancia que puede haber entre los mismos no significa que la interacción esté presente, adquiriendo una serie de variantes complejas en su expresión.

Hasta este punto, los autores expresan que la segregación residencial engloba la diferenciación de grupos de población social y geográficamente teniendo como determinante principal el sitio de residencia, con lo cual coincidimos. No obstante, Sabatini (2002) utiliza la expresión de segregación urbana refiriéndose a la segregación residencial, cuando en realidad existe una distinción entre ambas. La primera se refiere al ámbito urbano en un sentido más general y es probablemente por la poca especificidad en relación al tipo de territorio urbano al que se refiere en su conceptualización que deja abierto el campo para entenderla en ambos sentidos.

Por su parte, De Queiroz Ribeiro & Kaztman (2010) abordan la segregación residencial como la concentración territorial de los segmentos más vulnerables de la sociedad, desencadenando la reproducción de la pobreza y las desigualdades. Ellos atribuyen el aumento de los procesos segregativos de las familias como consecuencia de la segmentación del mercado del trabajo y la liberación del mercado de suelo, que juntos han generado una tendencia al aislamiento de los grupos desaventajados en relación a las esferas socioeconómicas más altas en las ciudades.

Esa separación a la que se refieren se da en ambas direcciones, social y espacial, reforzando el distanciamiento físico, como producto de las diferencias económicas, al que hemos aludido hasta ahora. Sin embargo, hacen énfasis en la población de escasos recursos cuando la segregación acapara a todos los estratos sociales por igual. Lo que difiere es la forma en que cada uno de esos estratos segrega o es segregado, pero es cierto que debido a los contrastes geográficos tan marcados (desigual distribución residencial) entre grupos de altos y bajos ingresos, que las desigualdades se han agudizado habiendo una tendencia de afectación negativa hacia los más pobres, creando amplias zonas de carencia con composición social homogénea.

Suárez Bonilla & López Irías (2016) coinciden con la afirmación de que la segregación no es exclusiva de los grupos menos favorecidos, sino que los estratos más altos también participan en la consolidación del fenómeno, muchas de las veces autosegregándose en los considerados socialmente como mejores sitios. Agregan, además, que en los grupos segregados la cohesión social interna es mayor, mientras que quienes segregan o se autosegregan mantienen relaciones débiles. Sin embargo, a diferencia de lo que exponen De

Queiroz Ribeiro & Kaztman (2010), sostienen que es debido a la aparición de centros comerciales en áreas urbanas que se ha gatillado la producción inmobiliaria intensificando la estratificación socioeconómica y la fragmentación de la ciudad, lo cual se traduce como segregación residencial.

Más específicamente, refieren que el fenómeno es una expresión particular de la segregación, donde el territorio urbano se convierte en el escenario que acuña las diferencias entre los lugares de residencia de la población en términos objetivos (físicos y sociales), pero también en aspectos subjetivos de percepción. Este último tema, que será desarrollado en acápites posteriores, es relevante ya que permite explicar la percepción de la segregación residencial por parte de los sujetos y cómo influye en su estilo de vida causando estigmatización.

Por otra parte, el caso extremo de segregación residencial se puede observar a través de los asentamientos continuos de altos y bajos ingresos que se encuentran separados por medios físicos, como muros o vallas. Así, la separación geográfica de los sectores pobres los hace aún más pobres por implicarles deficiencias y costos de carácter urbano y social. Se hace visible el nuevo nivel de malignidad que la segregación residencial ha comenzado a adquirir, más intensa, cubriendo áreas más vastas y abriendo una línea muy delgada entre segregación y gentrificación, ya que ambos procesos alteran la composición socioespacial de los sectores de la ciudad (Sabatini et al., 2017).

De acuerdo con Ruben Kaztman & Retamoso (2005), es necesario aumentar la cantidad de estudios que incorporen las profundas transformaciones que afectan el tejido social de la ciudad, en este caso los relacionados con la segregación residencial. Desde su perspectiva, además de la vivienda, el fenómeno tiene que ver con la segmentación en la calidad de los servicios de salud y educación a los que acceden las distintas clases sociales, perpetuando la concentración de los estratos más vulnerables en zonas degradadas del territorio urbano, limitando sus posibilidades para mejorar sus condiciones de vida.

Resalta una vez más la preocupación sobre lo agudos que se consideran los efectos de la segregación del entorno social, pero ahora los vecindarios toman el papel de contextos mediadores de acceso a las fuentes de activos físicos, sociales y humanos del mercado (Ruben

Kaztman & Retamoso, 2005). Dicha mediación es intervenida por dos factores, la disminución de la interacción de las clases sociales y el aumento de las diferencias entre las áreas catalogadas como pobres y el resto de la ciudad.

Como las áreas habitadas por personas de bajos recursos tienen menor capacidad de aprehensión de activos económicos y culturales (aunque mantienen un elevado capital social compensando la carencia de los anteriores), están sometidas a mantenerse en ese estatus de pobreza e incluso agravar su situación. De esta forma, los procesos de segregación residencial transforman la morfología social del espacio urbano al modificar la composición social de los barrios, y al ser la población popular o pobre la más representativa cuantitativamente, su concentración geográfica causa homogeneidad social, ausencia de interacción con estratos superiores y la acentuación de la desigualdad en la distribución de las personas en el territorio urbano (Ruben Kaztman & Retamoso, 2007).

Con un enfoque más urbano, el Ministerio de Economía, Planificación y Desarrollo (2012) y Martori et al. (2006) plantean que la segregación residencial indica el grado de desigualdad de la distribución de los grupos de población entre las diferentes zonas o unidades espaciales que conforman una ciudad. Mencionan, además, que dos son las principales razones económicas que originan la presencia de población segregada: el modelo monocéntrico de la nueva economía urbana y la concentración de familias pobres en ciertos barrios. A diferencia de las conceptualizaciones con raíces sociológicas, en este caso se expone a la segregación sin considerar el aspecto social, sino sólo la localización diferenciada de la residencia de los distintos grupos en el espacio urbano, más atribuido a la cuestión económica.

Por otra parte, Clichevsky (2000) define la segregación residencial como el distanciamiento y la separación de grupos de población de una comunidad. Puede ser localizada -o socioespacial- cuando un sector o grupo social se encuentra concentrado en una zona específica de la ciudad; o excluyente, cuando hay ausencia de integración de los grupos sociales en espacios que son comunes para varios de ellos. Si bien, sigue manteniendo una connotación similar a lo que ya ha sido planteado, integra la cuestión del espacio público como factor de impulso a la interacción de las estructuras sociales. Sin embargo, al igual que con la residencia, existe una lucha por el control de sitios urbanos públicos fortaleciendo la



asimetría de las relaciones. Mientras los pobres urbanos se apropian de los sitios que el estado produce, el sector dominante crea sus propios espacios de convivencia.

Finalmente, se señala que la investigación de carácter cuantitativo sobre el fenómeno es básica y necesaria para actuar y prever su reproducción en los territorios más afectados, donde los procesos de fragmentación socioespacial se han vuelto críticos. Como podemos observar, se hace explícita la conjugación de las cuestiones social y espacial en las conceptualizaciones expuestas, dejando claro que la segregación residencial es un proceso que correlaciona las interacciones entre el espacio físico y los actores sociales, regido por la desigualdad y algún grado de dominio, pero ahora con una inclinación hacia el aspecto habitacional.

Así pues, desde nuestra perspectiva, en el proceso de *segregación residencial* interactúan indiscutiblemente las cuestiones social y espacial-residencial, teniendo como resultado una separación física entre dos o más grupos sociales distintos, donde queda estrechamente enmarcado el tema de la residencia y sus afectaciones alcanzan una escala global urbana. El caso extremo de segregación residencial se tendrá cuando cada estrato de la población tenga, dentro del espacio urbano, una localización y posición social exclusiva que lo distinga del resto, de tal forma que en cada unidad territorial de referencia no habrá mezcla o coexistencia de estratos, y por ende habrá ausencia de interacción social (Rodríguez Vignoli, 2001).

Ahora bien, siguiendo con las distinciones, existen atributos que actúan como diferenciadores de los grupos de población y que tienen una expresión territorial, modificando el sentido que adquiere la segregación residencial. Rodríguez Vignoli (2001) identifica dos líneas de atributos; la primera está relacionada con la estratificación socioeconómica y sobresalen el ingreso, la educación y las condiciones materiales de vida; en la segunda, que tiene que ver con la segmentación biosociocultural, destacan el color de piel, el idioma, la nacionalidad, la etnia, la religión y la casta.

Si se utiliza alguno de los primeros criterios a la segregación residencial debe añadirse el apelativo de socioeconómica. Si se emplean los criterios relacionados con la cuestión biosociocultural “la segregación residencial adquiere el apellido del atributo que diferencia

la localización de las personas, es decir, segregación (residencial desde luego) racial, lingüística, étnica, religiosa, etc.” (Rodríguez Vignoli, 2001, p. 14). Cuando los atributos socioeconómicos y los biosocioculturales se encuentran interrelacionados, la segregación residencial adopta ambas nociones teniendo, por ejemplo, segregación residencial socioeconómica racial, lo que significará que estaremos analizando la distribución de los grupos de población por raza y además consideraremos la posición económica de éstos.

En el mismo sentido, Suárez Bonilla & López Irías (2016) opinan que al analizar los efectos que tiene la distribución espacial en la vida de las personas, es indispensable asociar el fenómeno con las diferencias económicas, culturales, sociales e incluso políticas entre los grupos que habitan las ciudades, en otras palabras tipificarla de acuerdo a sus formas de expresión. La división social del espacio urbano y no urbano, como respuesta de las condiciones de inequidad social, es una cuestión tan amplia que se vuelve necesario acotarla para entenderla o tener nociones más claras de la interacción entre sociedad y territorio que se está llevando a cabo e intentar dar respuesta a su origen, efectos y formas de manifestación.

Menciona Tun Chim (2015) que, efectivamente, la segregación residencial está asociada con cualquier tipo de clasificación que se aplique a la sociedad, por ejemplo la raza, la etnia o el ingreso. Algunos tipos de segregación, como la étnica, han sido objeto de interés en ciudades estadounidenses, europeas o canadienses, donde está característica marca una diferenciación importante en la población. En Europa, las ciudades han estado históricamente inmersas en un proceso de inmigración constante, sirviendo como lugar de alojamiento para personas de distinta nacionalidad, las cuales han venido aumentando en número originando procesos segregativos que se relacionan más con esta característica y que impactan de forma específica el territorio urbano (Martori et al., 2006). De ahí que los estudios sobre segregación residencial se concentren en la cualidad del país de procedencia.

En otros países, las cuestiones religiosas tienen una importancia tal que son capaces de determinar varios aspectos de la vida cotidiana, entre ellos el lugar de residencia de las familias (Tun Chim, 2015). En este caso la segregación religiosa tiene una magnitud superior que la étnica o socioeconómica, pero ha tenido poca o nula atención por parte de los investigadores a pesar de la especificidad de las dinámicas territoriales que podría estar suscitando.

Existen otros tipos de segregación socioespacial en las ciudades que también han recibido poco interés, como es el caso de aquella que tiene que ver con la ocupación laboral (Tun Chim, 2015). Es decir, existen barrios destinados para ser habitados por ciertos sectores de la población de acuerdo con su actividad profesional, como los fraccionamientos creados para el ramo educativo o los que son construidos especialmente para los trabajadores de las fuerzas del ejército, la marina o de empresas como comisión federal de electricidad (CFE). De esta forma, la condición laboral se vuelve promotora de los procesos segregativos, ya que agrupa residencialmente sujetos pertenecientes a una misma condición social separándolos del resto, incluso a través de elementos físicos limitando la interacción con el exterior.

Sin embargo, en América Latina, a diferencia de lo que sucede en otros países, como Estados Unidos, donde hay una larga tradición de estudios enfocados en la segregación residencial racial, la atención ha estado centrada en la segregación residencial socioeconómica, dejando de lado otros tipos de separación social del espacio. Esta situación es comprensible puesto que son las desigualdades sociales, de ingreso o clase, las que representan la mayor distinción en la estructura social de las ciudades latinoamericanas. Incluso, se ha señalado por expertos que la importancia que ha alcanzado el factor socioeconómico en la reproducción de inequidades territoriales ha convertido a la segregación residencial en sinónimo de polarización social o exclusión, perdiendo de vista la especificidad espacial que le es inherente (Sabatini, 2006).

Con mirada antropológica, Nivón Bolán (2003) asegura que las ciudades modernas se están volviendo difusas, es decir, cada vez más difíciles de delimitar. Se ha pasado de un desarrollo urbano concentrado e intensivo que priorizaba la ocupación de zonas centrales consolidadas a uno difuso y extensivo que impide la igualdad de oportunidades a las personas para acceder al ingreso, los equipamientos y los servicios, aumentando las diferencias y limitando la movilidad social. Si bien, la expansión del territorio urbanizado supone efectos positivos como la disminución de densidades de población o la dotación de infraestructura y servicios de áreas que los carecían, de ninguna forma está ayudando en la disminución de la especialización funcional y la segregación social de los espacios, sino que estos procesos se han mantenido, pero ahora se expresan bajo nuevos esquemas.

Actualmente, con los efectos de la globalización, la liberación de los mercados de suelo y el control en la creación de vivienda por parte de las inmobiliarias, la segregación residencial se expresa principalmente por la situación económica de las familias, causando la conformación de estratos fácilmente identificables de acuerdo a su capacidad de adquisición material y su ubicación dentro de la ciudad. Quienes son menos favorecidos se ven forzados a habitar en zonas no aptas para el desarrollo de una vida digna, muchas de las veces en las periferias de las zonas urbanas, quedando separados de aquellos con oportunidad de acceder a una vivienda mejor en cuanto a diseño y ubicación, conformando grandes áreas homogéneas en pobreza (Galván, 2017).

Es evidente que la jerarquía económica que presentan las estructuras sociales sobre las demás toma relevancia y, hablando en un contexto dominado por la desigualdad social donde hay una fuerte discriminación de quienes son considerados de escasos recursos, se convierte en el principal determinante de la segregación residencial. En este sentido, Castells (1974) menciona que la organización social evoca demasiados campos y se refiere a demasiadas formas como para no estar obligados a seleccionar ciertas características particularmente significativas para abordar un problema de esta índole. Entonces, la clase social o nivel económico se vuelve un elemento vital para la reproducción de la segregación residencial.

López Trigal (2010) habla de la clase social como un grupo surgido de la división social del trabajo con desigualdades en los modos de vida y en las relaciones de poder, concretándose estas diferencias en la morfología urbana y produciendo problemas<sup>7</sup> como la segregación en las ciudades. La segregación residencial pasa a ser “el resultado del ejercicio del poder de la clase dominante sobre los mecanismos del mercado inmobiliario para obtener ganancias y asegurar la reproducción del sistema” (Tun Chim, 2015, p. 38). Quienes se encuentran en posición de controlar la organización social del espacio a partir de la producción residencial, lejos de promover una distribución socioespacial más equitativa entre estratos diferenciados, seguirán apostando por la separación social en busca de mantener los

---

<sup>7</sup> En un sentido estricto, la segregación no debe concebirse como problemática sino más bien como fenómeno, ya que también se le atribuyen efectos positivos para la sociedad.

mimos o mayores beneficios lucrativos, sin importar la malignidad que eso está significando para los grupos inferiores.

Respecto a lo anterior, Harvey (1977) expone que las poblaciones pobres funcionan como instrumentos de estabilización en las economías capitalistas, instrumentos de estabilización basados en la degradación y el sufrimiento humanos. Estas poblaciones son el resultado de la creación institucional de la mercancía fuerza de trabajo, que suele favorecer más a los que ya son favorecidos. El mismo Harvey (1977) señala que parece inevitable que los intentos de eliminar la pobreza dentro del sistema capitalista sean automáticamente contrarrestados por reajustes en el mercado autorregulador. Y es que la distribución del ingreso en la sociedad capitalista está, dentro de ciertos límites, estructuralmente determinada.

De esta forma, “dado que el mercado autorregulador lleva a los distintos grupos de ingreso a ocupar diferentes localizaciones, podemos considerar los modelos geográficos de la estructura residencial urbana como expresión geográfica tangible de una condición estructural de la economía capitalista” (Harvey, 1977, p. 285). Coincidimos totalmente con esta idea debido a que, efectivamente, la residencia es el único medio con carácter urbano capaz de reflejar (con bastante claridad) geográficamente cada una de las partes de la sociedad que componen la estructura económica del sistema de acumulación de capital.

Sin embargo, complementando lo que menciona Harvey (1977), Castells (1974) enfatiza:

...que hay, por un lado, interacción entre las determinaciones económica, política e ideológica en la composición del espacio residencial; por otro, que hay un refuerzo de la segregación, desbordamiento de sus límites tendenciales o modificación de los factores de ocupación del suelo según la articulación de la lucha de clases en el lugar de residencia. (Castells, 1974, p. 204)

Retomando la sociología urbana, para Schteingart (2010) la localización de grupos sociales en el espacio urbano es consecuencia de una compleja interacción de la estructura social, los procesos de producción del marco urbano construido (en particular, la intervención del estado) y las preferencias particulares. No podemos considerar al sistema económico

capitalista como el único determinante de la segregación urbana, cuando en realidad hay incidencia individual, familiar o colectiva en la decisión y lucha por adquirir una localización específica en el espacio urbano, delimitada no sólo por la acumulación de recursos económicos, sino también por el capital social, cultural y humano.

Tun Chim (2015) agrega que si bien la estructura de clases es causa de una segregación residencial como reflejo de las relaciones sociales de producción y apropiación del espacio, también hay otros aspectos que pueden intensificar o redireccionar el fenómeno. De esta forma, surgen otros determinantes como lo simbólico y el conocimiento, las preferencias de las familias, las lógicas individuales de elección y la identidad (Alegría, 1994; L. C. De Queiroz Ribeiro & Dos Santos Junior, 2003; Schteingart & Garza, 2010). Así pues, la segregación residencial guarda una estrecha relación con la distribución del ingreso y la estratificación social que esto provoca, pero está lejos de tener similitud con esta cuestión.

Entonces, para poder hablar de segregación residencial debe estar inmerso el tema geográfico, además del económico y social, aunque todos enmarcan desigualdades. Sin embargo, con el auge de la globalización la estructura social se ha visto impactada dando paso a la formación de clases sociales más definidas y específicas, principalmente por su posición en el aparato económico (L. C. De Queiroz Ribeiro et al., 2015). Esto ha propiciado la construcción de un sistema estricto de jerarquía social, en el cual, inevitablemente, todos competimos por alcanzar la superioridad sobre el resto en búsqueda de un estilo de vida que nos satisfaga o que creemos que debemos tener tomando en cuenta nuestro capital económico, social y cultural. Es decir, la segregación residencial ahora forma parte de nuestras vidas y somos reproductores de la misma, sin alcanzar a entender la magnitud de sus efectos sociales y urbanos.

Es de entenderse que la segregación residencial es un fenómeno social vinculado con la cuestión espacial, y que para las ciudades latinoamericanas tiende a referirse a la distribución de los grupos de población dependiendo en gran medida de su capacidad económica, exteriorizando las desigualdades a través de la ubicación de su residencia en el territorio y agudizándolas para los menos favorecidos. En el mundo actual, las divisiones sociales de la ciudad se han vuelto más complejas, y las barreras que impiden la interpolación de estratos no han desaparecido, sino que se han multiplicado constituyendo unidades

espaciales más pequeñas y específicas donde el factor segregador “ingreso” se ha reforzado (Nivón Bolán, 2003).

Ya que este trabajo está enfocado en la segregación residencial socioeconómica (SRS), se hace necesario discutir el concepto de forma independiente como se ha realizado para la segregación, la segregación urbana y la segregación residencial, con el fin de trabajar en la construcción de uno propio más cercano a nuestro propósito y a las características que ha adoptado en las ciudades modernas en los últimos años. De esta forma, se presentan a continuación los esfuerzos que han hecho diversos autores por generar una definición del fenómeno cuando es asociado con el nivel económico de las estructuras sociales, considerando la condición socioeconómica como el determinante principal del distanciamiento y la ausencia de interacciones que resultan en la fragmentación del espacio urbano.

Comenzando por el enfoque sociológico, para Saraví (2008) la diferenciación de grupos de población según su condición socioeconómica es uno de los ejes más importantes y críticos de la segregación residencial en las sociedades contemporáneas, particularmente la mexicana. Es cierto que existen muchos otros criterios de diferenciación social que pueden expresarse a través de la estructura espacial, sin embargo, la preminencia absoluta que ha alcanzado la condición socioeconómica para posicionar a los sujetos en la estructura social se ve reflejada en el espacio urbano de forma más evidente.

Quizá el criterio socioeconómico de diferenciación sea el que denota con más claridad las jerarquías y desigualdades sociales y espaciales que se desarrollan en el territorio urbano de las ciudades modernas, volviendo relevante su discusión. Por otro lado, la construcción de los ambientes de segregación social de sectores de altos y bajos ingresos son de igual manera consecuencia del debilitamiento de la gestión pública y la privatización (Nivón Bolán, 2003). Los estratos acomodados se erigen como constructores de estructuras sociales homogéneas de tamaño limitado que impiden la filtración de los desiguales, mientras que los de bajos recursos se ven forzados a habitar ambientes degradados donde la condición de homogeneidad que conservan no es por su elección.

Iniciaremos retomando el concepto propuesto por Cortés (2008), el cual desde nuestra perspectiva tiene un trabajo de análisis digno de destacar y, menciona además, que la condición socioeconómica es una cualidad que marca una alta distinción de grupos. Se refiere a este fenómeno como:

La situación en la que el patrón bajo el cual se distribuyen, construyen, adquieren e instalan las viviendas de los distintos grupos socioeconómicos en su entorno, genera, expresa o refuerza diferenciación, distancia y mutua exclusión entre estos, obstaculizando su interacción y la integración socioeconómica de los más desfavorecidos. (Cortés, 2008, p. 443)

Por su parte, Rodríguez Vignoli (2001) la define como “la ausencia o escasez relativa de mezcla socioeconómica en las subunidades territoriales de una ciudad” (Rodríguez Vignoli, 2001, p. 7). Sobresalen dos elementos, por un lado, la noción de separación, donde la vivienda es vista como mecanismo restrictivo de ocupación de una zona en el caso de los más desfavorecidos, y como dispositivo de control de acceso a los peldaños más altos de la escala social, donde se goza de ubicaciones exclusivas controladas por la esfera dominante; por otro, la ausencia de contacto e integración territorial y social entre estratos de nivel socioeconómico diferenciado.

De esta forma, al hablar de la distribución, concentración, homogeneidad o distanciamiento físico de la población en el espacio, como se ha hecho en las conceptualizaciones anteriores, no sólo nos referimos a la necesaria y creciente diferenciación de la misma, sino que están implícitas la desigualdad y la exclusión, que en el ámbito espacial se vuelven explícitas (Saraví, 2008). Ante esto, Barry (1998) señala que no debemos confundir la exclusión con el aislamiento, puesto que la primera se produce de forma involuntaria y es característica de los estratos sociales bajos; mientras que el segundo existe más por una cuestión de decisiones personales y tiende a ser vinculado con los sectores de élite. Cualquiera que sea el caso, la reproducción de ambas conduce a la fragmentación socioespacial.

Con visión antropológica, García Canclini (2005) agrega que la desigualdad, la diferenciación y la desconexión no pueden ser entendidas de forma similar. Cada uno tendrá



un significado dependiente de la visión teórico-práctica que se utilice. En la interpretación de Saraví (2008), estos conceptos no sólo se encuentran entrelazados, sino también superpuestos, ocasionando que a simple vista los tres fenómenos resulten indistinguibles. Sin embargo, realizar un esfuerzo teórico para establecer las cualidades que caracterizan a cada uno de éstos, nos desviaría de nuestro objetivo principal, por lo que para efectos de nuestro trabajo la diferenciación y las desigualdades hacen referencia a los contrastes socioespaciales que surgen del proceso de interacción y mutua relación entre sociedad y espacio residencial urbano, en este caso definidos por la posición económica.

Como ya se ha mencionado, el dominio que ha alcanzado la economía global en las ciudades, e incluso en el mundo actual, ha terminado por traducirse en el aumento de las desigualdades sociales principalmente por la posición económica que se es capaz de tener dentro del sistema. Esta situación tiene su máxima expresión en el espacio urbano, reflejándose como un contraste territorial extremo entre quienes pertenecen a la categoría de grupos dominantes, ocupando los lugares con mejores condiciones físicas y más protegidos, y dominados, quienes son condenados a vivir en zonas alejadas y poco aptas para ser habitadas.

De esta forma, el término de segregación aplica tanto para grupos afluentes como para los más pobres. Desde el ámbito urbano, Clichevsky (2000) menciona que, en un sentido estricto, no existe segregación cuando habiendo heterogeneidad socioeconómica, la población perteneciente a distintos niveles, vive mezclada desde una escala global de ciudad hasta la mayor desagregación que podemos tener, las manzanas. Sin embargo, la dificultad para seleccionar una variable de índole económica que denote la homogeneidad o heterogeneidad social de una zona sigue latente, abriendo campo a opiniones divididas sobre el análisis de este tipo de segregación, en la cual la dinámica demográfica de los distintos estratos de la escala socioeconómica y sus patrones de movilidad residencial toman relevancia.

Aunque pareciera sencillo identificar quienes son superiores o inferiores económicamente, en realidad no lo es. La ciudad dual caracterizada por contener dos grupos (ricos y pobres) que no coexisten entre sí se ha desvanecido con las nuevas formas que han adoptado la economía, los avances tecnológicos y la movilidad, creando espacios

multiculturales. La idea de polarización social ya no es tan correcta, sino que nos tendríamos que referir a una multipolarización, ya que las divisiones sociales derivadas del aspecto económico se han complejizado en las ciudades. Si bien, los “extremos de riqueza y de pobreza se han acentuado con los recientes procesos de globalización, también se da una gradación de situaciones entre las clases medias y trabajadoras, con límites más elásticos y permeables” (Schteingart & Garza, 2010, p. 347).

Con un enfoque distinto, Tun Chim (2015) considera que el término correcto para referirse al fenómeno debería ser segregación urbana socioeconómica residencial, entendiéndola como “las tendencias en la diferenciación de la producción y apropiación del espacio urbano por parte de los grupos sociales, de acuerdo a sus recursos socioeconómicos, culturales y preferencias particulares” (Tun Chim, 2015, p. 39). Desde nuestra perspectiva, sigue manteniendo una alta complejidad en su conceptualización al combinar las cuestiones socioeconómica, cultural y de preferencias como elementos decisivos en la localización espacial de la residencia de un grupo. Lo que plantea es cierto, no sólo la posición socioeconómica tiene incidencia en la decisión por la ocupación de un área, pero analizarla por sí sola ya representa un reto.

Se trata de trabajar el concepto con la intención de hacerlo más asimilable y que permita analizar ampliamente al menos una de las múltiples cualidades que conforman la separación espacial de grupos sociales en el territorio urbano, en este caso determinada por la cuestión residencial vista con enfoque económico. Si bien, es necesario considerar otros elementos culturales o ideológicos, debemos comenzar por entender cómo la parte económico-residencial, de forma autónoma, incide en la organización espacial de los grupos en el territorio, después de eso estaremos en posición de incorporar otros elementos.

Con lo que sí coincidimos, es con la forma de observar a la segregación como una tendencia, tal como lo hace Castells (1974), interpretándola como un fenómeno de continua modificación y no estático. Esto es muy acertado, puesto que queda evidenciado que la organización social del espacio urbano que se tiene actualmente no corresponde con la que se tenía siglos atrás, obligando a desarrollar análisis longitudinales para determinar los patrones de cambio en la estructura urbana asociados a las modificaciones que se han suscitado en la economía.

Asimismo, Grafmeyer (1994) sostiene que la segregación urbana se compone de dos dimensiones: una estática y una dinámica. La primera se refiere a la separación física, que es la condición que se ha mantenido con el tiempo; la segunda se trata de las posiciones sociales de los grupos y de las oportunidades de acceso a los bienes materiales y simbólicos de la ciudad. El carácter dinámico de la segregación abarca el tipo y la amplitud de las relaciones que se establecen entre los diferentes grupos sociales al habitar la ciudad, y Clichevsky (2000) refuerza este planteamiento señalando que los procesos de segregación son dinámicos temporal y espacialmente.

Por otra parte, Tun Chim (2015) vuelve a caer en una expresión redundante al hablar de segregación urbana socioeconómica residencial. Ya ha quedado claro que el término de segregación tiene una relación intrínseca con la cuestión social y espacial dejando de ser necesario acompañarla con la expresión “socioespacial”. Ahora bien, si nos vamos a referir a la segregación en el conjunto de la ciudad es correcto nombrarla “segregación urbana”, esto porque no estamos enfatizando en una escala menor de análisis ni en alguna cualidad específica que propicie diferenciación, y para distinguirla de la segregación de tipo rural o cualquier otra.

En el mismo sentido, debido al auge del estudio de la segregación residencial en las ciudades a partir de la primera mitad del siglo XX, ha dejado de ser necesario especificar que se trata de “segregación urbana residencial”. Es evidente que al referirnos solamente a la “segregación residencial” está implícito el ámbito urbano. A menos que se trate de un tipo de segregación que haya sido menos abordado<sup>8</sup> o distinto al ámbito urbano se hace necesario especificarlo, por ejemplo la “segregación residencial rural”, la “segregación social” o la “segregación laboral”.

Una vez realizada la elección de analizar la “segregación residencial” aún es necesario y sumamente indispensable identificar que cualidad será la que diferenciará a los grupos sociales. Si se trata de alguna característica relacionada con la raza tendremos como resultado una “segregación residencial racial”, o en nuestro caso, que la cuestión económica es la que

---

<sup>8</sup> Se habla de tipos de segregación menos abordados sin catalogarlos como de menor importancia, debido a que puede darse el caso de que un tipo de segregación en específico esté teniendo repercusiones considerables en el territorio donde se expresa sin haber recibido aún el interés que merece.

nos interesa, “*segregación residencial socioeconómica*”. Desde nuestro criterio, esta es la forma correcta para referirnos al fenómeno en cada una de sus variantes, por supuesto que centrando la atención en la que nos compete, por lo que no estamos exentos a ser cuestionados.

Ariza & Solís (2009) reafirman la condición mutable de la segregación residencial socioeconómica exponiendo que la pertenencia a un estrato socioeconómico puede variar como producto de la movilidad social, la cual ha encontrado como detonante las modificaciones del sistema económico en las distintas etapas de las ciudades hasta llegar a lo que hoy conocemos como globalización. De esta forma, al analizar los cambios de la SRS en la dimensión temporal, debemos considerar que las variaciones en los resultados, entendidos como el aumento o la disminución de los niveles de segregación, se pueden deber tanto a los cambios de los lugares de residencia de los grupos de población contrastantes como a la movilidad socioeconómica que estos grupos pueden experimentar sin la necesidad de alterar su lugar de residencia. Podemos decir entonces que, “los cambios en el tiempo en la SRS son más susceptibles a las dinámicas de la estratificación y movilidad social que los cambios en la segregación racial o étnica” (Ariza & Solís, 2009, p. 189).

Solís & Puga (2011) también abordan la segregación residencial socioeconómica desde la dimensión temporal, señalando un fortalecimiento de la sinergia negativa entre SRS y la estratificación social. Hasta antes de los años ochenta, la segregación del espacio se vivía como una fase temporal, de manera que las zonas urbanas que se encontraban en esa condición eran capaces de salir de ella en pocos años por medio de la instalación de infraestructura y la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes promoviendo la movilidad social ascendente.

En la actualidad, los cambios en la economía junto con la liberación del mercado de suelo han ocasionado el deterioro de los mercados de trabajo, la retirada paulatina del estado como ente proveedor de servicios sociales y urbanos y la mercantilización del espacio urbano, provocando que la SRS se haya vuelto permanente para el ámbito urbano y social incrementando sus efectos negativos, más para los grupos pobres (Solís & Puga, 2011). En el mismo eje, Arriagada Luco (2012) añade que la segregación de los grupos vulnerables no puede entenderse separadamente de la noción de “islas de riqueza” (barrios cerrados), y es

que entre ambos modelos de residencia se van construyendo barreras que impiden la integración social y fragmentan el espacio urbano.

Asimismo, es necesario entender que la segregación es producto de la autosegregación, por lo que ambos conceptos están estrechamente relacionados. De esta forma, el aislamiento de la élite y la exclusión socioespacial de los pobres dentro del mismo espacio urbano son el nuevo paisaje de la ciudad moderna globalizada, suprimiendo el antiguo modelo segregativo donde la coexistencia de estratos no sucedía (Arriagada Luco, 2012). Ahora, la separación, la exclusión y en general las desigualdades entre ricos y pobres son más pronunciadas, pero la distancia entre ambos ha disminuido, teniendo que la coexistencia de segregación de riqueza y pobreza es un fenómeno del siglo XXI.

Así, para Arriagada Luco (2012) la SRS “se define como la aglomeración geográfica de familias de una misma condición social, y que se expresa en la tendencia de un grupo a concentrarse en algunas áreas de la ciudad; la conformación de áreas socialmente homogéneas, y la vivencia de segregación o exclusión” (Arriagada Luco, 2012, p. 71). El fenómeno también se refiere a la estructuración social de las ciudades, resaltando nuevamente la cuestión socioespacial. La máxima segregación será producto de la inequidad, mientras que la ausencia de la misma será resultado de la equidad, afectando a grupos minoritarios y mayoritarios independientemente de su situación económica.

Desde la perspectiva de la geografía, Álvarez (2009) plantea que la segregación residencial de carácter socioeconómico es un ritmo más de la división social del espacio y corresponde a una forma fragmentada de configurar la ciudad espacialmente en la que tiene incidencia un tipo de interacción social que contribuye poco a la conformación de relaciones humanas y políticas más equitativas. Una vez más se hace alusión a las relaciones diferenciadas de los estratos sociales con el espacio urbano, pero en este caso la participación del contexto arquitectónico construido, entendido como las distintas modalidades habitacionales que se han consolidado, destaca en la reproducción de los procesos segregativos.

Así pues, en el marco de desigualdad y jerarquización que operan las ciudades que se inician en los procesos globales o que ya forman parte de los mismos, el incremento de la

distancia física y social entre grupos de población con distinta situación económica actúa como elemento atenuante del desarrollo socioespacial equitativo. De esta forma, la relación binaria entre sociedad y espacio que está presente en todos los formatos en que se expresa la segregación residencial, es el producto y medio a la vez, de la interacción de los capitales económico, político y cultural, cuya mediación define las cualidades que van a marcar diferencia entre lugares en el territorio urbano, catalogándolos como de alto o bajo nivel. Aunque la realidad es que la posición económica determina en mayor medida el prestigio de una zona, si hablamos de la época contemporánea.

Entonces, la *segregación residencial socioeconómica*, en el contexto de las ciudades actuales, debe incluir los elementos antes señalados incorporando la noción de reducción de la escala en que se manifiesta y la cuestión tendencial o no estática. *Se trata de una modalidad de la segregación en la que la condición económica de los distintos grupos de población determina el patrón de ocupación del espacio residencial. Dicho patrón se corresponde con las dinámicas del sistema económico en curso y actúa como limitante para la integración social entre estratos diferenciados, causando la mutua exclusión de los mismos a pesar de que la distancia física ha disminuido para modificar el esquema de ciudad polarizada a uno de multipolarización, donde las desigualdades son más evidentes y los menos favorecidos padecen más sus consecuencias.* De ahora en adelante, salvo en situaciones específicas, sólo utilizaremos la expresión segregación residencial, entendiendo que los razonamientos sugerirán la división del espacio urbano partiendo de los diferentes estratos socioeconómicos.

### *3.1.2. Dimensiones de la segregación*

Al ser un fenómeno socioespacial complejo dependiente del momento histórico que se estudia, que incluso resulta difícil de comprender al diseccionarlo para abarcar sólo algunas cualidades de la población y el territorio evitando su análisis en términos globales, la segregación residencial debe ser entendida a partir de tres dimensiones, las cuales han sido propuestas por Sabatini (1999):

- a) La tendencia de un grupo a concentrarse en algunas áreas.
- b) La conformación de áreas socialmente homogéneas.

- c) La percepción subjetiva que tiene la gente de las dimensiones objetivas (las dos primeras) de la segregación.

Las dos primeras son las dimensiones objetivas del fenómeno y pueden ser registradas en planos temáticos de la ciudad a través de índices estadísticos, como el de Disimilitud (D) de Duncan, el más utilizado a nivel internacional para medir los niveles de segregación residencial. A estas dimensiones de la segregación se les puede asignar un valor numérico para determinar el grado en el que se presentan, y en los planos es posible referenciar la localización de los distintos grupos socioeconómicos y sus variaciones respecto al resto de los grupos en el conjunto de la ciudad (Sabatini, 2006). Sobresale el hecho de que se sigue considerando a la segregación residencial como una tendencia, al igual que lo hace Castells (1974), lo cual es muy acertado tomando en cuenta el concepto que hemos construido, donde el factor temporal toma relevancia.

Aunque pareciera que ambas dimensiones remiten a la misma situación, pues la concentración de un grupo en un área determinada nos haría suponer que la presencia de homogeneidad social sería inminente, al diferenciarlas todo toma sentido. Así, la primera dimensión (de concentración) sucede cuando todos o la gran mayoría de los miembros de un grupo se localizan en un área específica del territorio urbano, sin importar si en dicha zona se encuentran otros grupos sociales. A este tipo de segregación también se le conoce como segregación por localización de grupo (Rodríguez Vignoli, 2001) y tiene lugar cuando los grupos sociales no están dispersos en el territorio, sino que se encuentran concentrados en un área determinada.

En cambio, la segunda dimensión, denominada por exclusión, se refiere a la ausencia de integración de los grupos sociales que comparten un espacio en común. En este caso, un grupo social no se mezcla con el resto aunque se encuentre disperso en distintas áreas de la ciudad, causando la consolidación de zonas homogéneas dentro de un contexto heterogéneo y dificultando la interacción con grupos de distinta categoría social. Ambas dimensiones pueden desarrollarse a la par, conduciendo a un tipo de segregación reforzada (Rodríguez Vignoli, 2001).

Explicado de una forma más asimilable, en la primera dimensión podemos ubicar a las clases de élite, quienes en base a su poder adquisitivo buscan apropiarse de las mejores zonas de la ciudad concentrándose en las mismas, pero no quedan exentos de coexistir con estratos de menor categoría social, como las clases medias o medias altas, produciendo ambientes urbanos con algún grado de heterogeneidad social. En la segunda dimensión, las áreas donde se localizan los grupos pobres son el mejor ejemplo, pues la homogeneidad social es la que lidera, habiendo una alta concentración de habitantes con la misma posición en la escala social. Esto provoca la ausencia de interacción con grupos sociales diferentes y la exclusión como producto de la condición inferior que se tiene, reforzando los procesos segregativos residenciales.

Rodríguez & Arriagada (2004) también hacen una propuesta de dimensionamiento del fenómeno, pero pierden de vista la cuestión subjetiva. Para ellos, las diferentes maneras en que se manifiesta la segregación residencial son:

- a) La proximidad física entre los espacios residenciales de los diferentes grupos sociales (White, 1983).
- b) La homogeneidad social de las distintas subdivisiones territoriales en que se puede estructurar una ciudad (Sabatini, 1999).
- c) La concentración de grupos sociales en zonas específicas de una ciudad (Jargowsky, 1996; Massey et al., 1996; Rodríguez Vignoli, 2001; Sabatini et al., 2001).

Las tres dimensiones identificadas por Rodríguez & Arriagada (2004) se encuentran contenidas en las dos dimensiones objetivas de Sabatini (1999), y se acercan más a formas de medir la segregación que a ser modelos de expresión del fenómeno. Asimismo, se omite el entendimiento tendencial de la segregación residencial que, como ha sido expuesto, no se trata de una cuestión estática, sino que ha estado sometido a un proceso de transformación que responde a los nuevos contextos urbanos. De esta forma, la primera triada dimensional es más compleja y abarca de forma más amplia todo el espectro que comprende la segregación residencial, teniendo en cuenta que la variante que nos interesa analizar es la socioeconómica.



Menciona Tun Chim (2015) que al considerar aspectos que están por encima de la estructura social y las determinantes económicas, la segregación residencial presenta muchas dificultades para ser abordada en términos globales. En el mismo sentido, Schteingart (2001) señala que la división social del espacio no ha constituido un tema de interés para la investigación social y urbana recientemente, cambiando los estudios globales y estructurales por el análisis de casos concretos y específicos que, si bien permiten profundizar y explicar algunos procesos socioespaciales, han implicado la pérdida de la visión global de los efectos que ha tenido la urbanización y la organización de la estructura social en las ciudades.

Por otra parte, la tercera dimensión que propone Sabatini (1999) ha sido abordada escasamente en los estudios sobre segregación residencial y tiene que ver con la mirada subjetiva del fenómeno, donde intervienen cuestiones simbólicas, de preferencias y percepción, y es relativa al grado de prestigio (o desprestigio) social que tienen las distintas áreas de la ciudad (Sabatini et al., 2001). Destaca la falta de correlatividad que existe entre las variables objetivas y subjetivas de la segregación, teniendo que en una organización espacial determinada por la cualidad económica, por ejemplo, no siempre las áreas que resultan más segregadas se corresponden con percepciones negativas de las mismas. A la inversa, zonas con bajos niveles de segregación, no necesariamente indican alto prestigio.

De acuerdo con Sabatini (2006), la cuestión de subjetividad se refiere, principalmente, a las imágenes, percepciones, reputación y estigmas territoriales asignados a algunas de las zonas de la ciudad por la propia población. Dicho prestigio, muchas veces es establecido teniendo poca concordancia con su contexto construido, teniendo zonas altamente valoradas inmersas en ambientes poco agradables. Además, esta situación incide en las preferencias de las familias para residir en áreas específicas, o en el caso de los más desaventajados, para modificar su sitio de residencia.

Desde el ámbito económico, el prestigio social de los barrios suele ser detonante de negocios inmobiliarios e inversiones particulares (apostando por la plusvalía) debido al aumento en el valor del suelo, beneficiando más a las clases sociales altas. Más que por la adquisición de mejores condiciones urbanas, se busca pertenecer a una zona por la idea de ascenso social que provoca el hecho de residir ahí. En el extremo social, la estigmatización

de ciertos barrios contribuye al debilitamiento y desintegración de la estructura social, lo cual se ve reflejado en el territorio a través de la segregación residencial.

Estos barrios en condición de rechazo social, o marginales, son vistos de forma negativa, a los que se les asignan actos de violencia, delincuencia, abandono escolar, entre otros que afectan el funcionamiento del tejido urbano. Así, la dimensión subjetiva de la segregación se vuelve un elemento central en los procesos socioterritoriales que están afectando las ciudades contemporáneas, haciendo pertinente integrarla en los estudios de segregación residencial para tener un entendimiento más acertado del comportamiento del fenómeno, principalmente las consecuencias de la estigmatización de las zonas de la ciudad.

### *3.1.3. Estigmas territoriales*

Sabatini (2002, 2006) y Sabatini et al. (2001) abren el panorama y se refieren a este fenómeno social de expresión urbana desde otra perspectiva, donde se toman en cuenta los rasgos culturales y de carácter subjetivo como la percepción, la reputación, el prestigio y los estigmas territoriales asignados a ciertas zonas de la ciudad. Saraví (2008) coincide y apoya la idea de que la segregación residencial no se agota en su dimensión objetiva, sino que es resultado de la compleja relación entre ambas dimensiones. No obstante, la subjetividad a la que se refiere es más bien una cuestión simbólica, de la cual forman parte los estigmas territoriales fungiendo como condicionantes de la configuración que adquiere la sociabilidad urbana.

Al emplear indicadores objetivos para medir la segregación residencial en un espacio, es común pensar que niveles altos son sinónimo de una fuerte segregación simbólica, o por el contrario, zonas con bajos niveles de segregación tendrían escasa segregación simbólica (Saraví, 2008). Pero esto no todo el tiempo es así, pues puede ocurrir que un sitio esté altamente segregado, sin que haya ningún tipo de estigma hacia él, o que éste sea positivo. Lo que es cierto es que el hecho de señalar o marcar determinados territorios de forma negativa provoca en sus habitantes la sensación de rechazo por parte del resto, fortaleciendo su aislamiento y los procesos de segregación residencial.

Menciona Barbosa (2001) que dentro de la cuestión subjetiva de la segregación están contenidos los patrones culturales y los elementos psicológicos que afectan los procesos de

separación socioespacial a través de las percepciones de y sobre los individuos y las identidades que se generan de forma colectiva. Comúnmente se suele relacionar a las zonas estigmatizadas con personas de bajos recursos debido a la tendencia de observar a la segregación como problemática y no como fenómeno.

Sin embargo, los grupos de élite también interactúan con la dimensión subjetiva, siendo probablemente quienes fomentan su reproducción con mayor fuerza. Es decir, quienes están en posibilidad de elegir su área de residencia buscan segregarse como mecanismo de protección o para reflejar cierto estatus, pero al mismo tiempo están induciendo la segregación de otros grupos a los que consideran no aptos para formar parte de su esfera, excluyéndolos y causando en ellos el reforzamiento psicológico de su condición inferior.

Para las familias pobres, esta dimensión subjetiva de la segregación significa sentimientos de marginalidad, de no pertenencia al sitio o de estar de más, reforzando la desintegración social causada por las dimensiones objetivas. Así, la estigmatización de las áreas donde se concentran los grupos pobres surge como una dimensión de la “nueva pobreza” que se ha hecho presente y sigue en aumento en todas las ciudades que se han adentrado en la economía globalizada (Sabatini et al., 2001). Estos barrios estigmatizados se caracterizan por el desarrollo de problemas sociales como la venta de droga, la delincuencia, la deserción escolar o el embarazo de adolescentes, teniendo similitud con lo que sucede en los guetos de las ciudades estadounidenses (Sabatini, 2006).

Wacquant (2001) explica que la nueva marginalidad que se está haciendo presente en las ciudades actuales ha marcado una tendencia a la conglomeración y acumulación de los sectores pobres en áreas degradadas claramente identificadas, tanto por quienes las habitan como por quienes son ajenos a éstas. Estas zonas son percibidas como “pozos urbanos infernales repletos de privación, inmoralidad y violencia” (Wacquant, 2001, p. 178) donde sólo los estratos más bajos de la escala social toleran habitar. Desde nuestra perspectiva, no se trata de una cuestión de tolerancia, sino más bien de imposibilidad social y económica de salir del lugar en el que se está.

Un penetrante estigma territorial recae sobre quienes habitan estos barrios exiliados socioeconómicamente (Wacquant, 2001), por un lado etiquetándolos socialmente como

personas a las que hay que temer y evitar, y por otro, en lo territorial, se considera que es en estas zonas donde surgen todos los males urbanos. La mala fama que predomina en estas zonas provoca un sesgo de su población distanciándola del resto de la sociedad, degradando la acción colectiva, aumentando la inseguridad y evitando cualquier intento de inversión particular que pudiera traer efectos positivos de renovación urbana e integración social.

Los estigmas territoriales también son alimentados por el conjunto de la población, las políticas de vivienda, la participación de los agentes inmobiliarios y los propios residentes de estos sitios percibidos como malos, provocando que los efectos de las dimensiones objetivas de la segregación residencial se vean potenciados y condicionen la subjetividad. Tal situación se evidencia con la disminución del grado de heterogeneidad social de las áreas de residencia de los sectores pobres de la ciudad, aumentando su concentración y homogeneidad, primera y segunda dimensión de la segregación respectivamente (Sabatini, 2006), asociando estos sitios con una serie de estigmas y valoraciones adversos.

De esta forma, el aumento de la segregación residencial en su dimensión subjetiva y sus efectos más directos hacia los actores sociales como el sentimiento de ser excluidos, diferentes y de no tener oportunidades de mejorar socialmente, puede entenderse como un fenómeno universal acorde a la configuración de las ciudades contemporáneas, donde las desigualdades sociales van en aumento, fragmentando cada vez más el territorio urbano a partir del prestigio o desprestigio que adquieren sus subdivisiones geográficas. En otras palabras, se trata de “la interacción entre las distancias espaciales que unen y separan a diferentes, desiguales, o excluidos” (Saraví, 2008, p. 98), cuya distinción y falta de integración es más por aspectos construidos de forma imaginaria sobre los sujetos y sus áreas de residencia, contribuyendo al deterioro de la socialización.

La dimensión subjetiva o simbólica de la segregación se vuelve entonces una construcción social de identidades espaciales que condicionan los encuentros o desencuentros de unos grupos con otros. Y a pesar de tratarse de un aspecto central y de sus implicaciones para el conjunto social y la estructura urbana de las ciudades, ha sido poco abordada, requiriendo ser mejor entendida profundizando en su análisis.

#### *3.1.4. Segregación voluntaria y segregación forzada*

La segregación residencial es un fenómeno socioespacial que abarca a todos los grupos de población independientemente de su posición económica, sólo que cada uno conserva una forma específica de relacionarse con el territorio urbano y con el resto del conjunto social. A partir de esto, Schteingart & Garza (2010) precisan que existen dos modalidades de segregación: pasiva y activa.

La segregación pasiva aplica para los grupos que se encuentran en las últimas posiciones de la escala social, cuyas áreas de residencia no forman parte del funcionamiento del mercado de suelo y, además, son rechazados por los sectores dominantes. En este caso, quienes son menos favorecidos están obligados a ser segregados por los demás en contra de su voluntad, y sus lugares de residencia siempre tendrán algún grado de estigmatización dependiente del nivel de exclusión social que la población les otorgue.

Por otra parte, la segregación activa es característica de los grupos más afluentes de la sociedad. Esto se debe a que tienen la capacidad de decidir la ubicación de su residencia de acuerdo a preferencias, gustos, necesidades, etc., creando enclaves homogéneos socialmente por iniciativa propia y, a la vez, promoviendo la consolidación de zonas homogéneas en pobreza como efecto secundario. Podríamos decir que los sectores de mayores ingresos se autosegregan o auto encierran utilizando como medio a las tipologías habitacionales cerradas. Esta situación no es del todo voluntaria, sino que se traduce como la respuesta a la inseguridad urbana a la que se enfrentan las ciudades actuales.

De forma similar, Sabatini (2006) se refiere a estas modalidades de la segregación residencial como voluntaria y forzada. La segregación voluntaria mantiene un vínculo con la dimensión de concentración de la segregación, donde la concentración de un grupo no limita la llegada de otros grupos con distinta condición. En ocasiones, los estratos sociales medios o medios-bajos prefieren vivir en zonas donde residen personas de mejor condición socioeconómica apostando por los beneficios que ahí puedan obtener, como mejores infraestructuras y seguridad.

También sucede que hay quienes prefieren vivir entre sus iguales, a pesar de tratarse de zonas segregadas, por la comodidad que eso les brinda y los lazos sociales sólidos que se construyen al estar rodeados de su misma gente. Entonces, la concentración espacial de los

grupos sociales es una forma de segregación que resulta del ejercicio de libre decisión de las personas (Sabatini, 2006). Su carácter voluntario es comprensible, pues está ligado con la búsqueda de identidades, de mayor calidad de vida o de localizaciones específicas por preferencias particulares (laborales, escolares, etc.).

En cambio, la segregación forzada o involuntaria está relacionada con la dimensión de homogeneidad de la segregación, y tiende a afectar a los grupos pobres excluyéndolos de ciertas áreas de la ciudad, obligándolos a aglomerarse en las peores zonas y contribuyendo a la desintegración social. Sucede en parte por el funcionamiento de los mercados de tierra y las políticas de vivienda, y dista de ser resultado de las preferencias de los habitantes. Pasa de ser segregación voluntaria a forzada cuando la concentración se vuelve excesiva y lo que se tiene en realidad son amplias zonas homogéneas socialmente.

Con otro enfoque, Barry (1998) habla sobre la diferencia entre exclusión y aislamiento. Esta cuestión es factible de relacionar con las modalidades de segregación que exponen Sabatini (2006) y Schteingart & Garza (2010). Por un lado, la segregación voluntaria o activa se relaciona con la cuestión de aislamiento. Es decir, los grupos con dominio socioeconómico deciden, por voluntad propia, aislarse del resto de acuerdo a intereses particulares. Por otro, la segregación forzada o pasiva se asemeja a la exclusión, teniendo que los grupos más bajos son excluidos del resto ya que no deciden donde ubicarse, habitando las zonas menos valoradas.

Así pues, la segregación involuntaria, promovida por la acción de la élite, se encuentra dispersa por las ciudades, tanto en zonas centrales como periféricas, siempre y cuando el valor del suelo o de la vivienda les permita a los sectores pobres obtener un lugar. Por el contrario, la segregación voluntaria tiende a concentrarse en zonas más específicas, donde el prestigio es superior y los sujetos se pueden distinguir del resto. Sin embargo, la homogeneidad social del espacio es la característica de la segregación de los grupos de menor ingreso en Latinoamérica, y dicha situación, que se encuentra lejos de ser producto de la decisión de las familias, está provocando los efectos más negativos que se le imputan a la segregación residencial.

### *3.1.5. Efectos positivos y negativos asociados a la segregación*

Al ser la segregación residencial un fenómeno que tiene incidencia en el ámbito urbano y social, algunos autores han evitado considerarla como una problemática, pues abogan que también tiene la capacidad de beneficiar a las ciudades. De esta manera, al ser el reflejo de las estructuras sociales en el territorio, la segregación tiene efectos importantes, tanto negativos como positivos (Sabatini, 2002, 2006).

Dentro de los efectos positivos podemos mencionar los relacionados con la cultura, expresados a través de los beneficios que pueden obtener los grupos étnicos discriminados al vivir concentrados en ciertos barrios, preservando más su identidad cultural. La concentración espacial y la cercanía entre sus iguales, les permite tener mayor presencia en la ciudad, realizar actividades culturales y apoyarse en sus necesidades, lo cual no podrían lograr de encontrarse dispersos por la ciudad (Sabatini, 2002). Así, la vida de la ciudad se enriquece gracias a los procesos segregativos, se vuelve diversa y cosmopolita.

Los efectos positivos también pueden ser políticos, ya que la condición de concentración o aglomeración de los grupos pobres en las zonas degradadas de la ciudad, principalmente en sus periferias, los ha favorecido al momento de exponer demandas sociales al estado y defender sus intereses. La modificación al patrón tradicional de segregación residencial en las ciudades se agrega también como aspecto positivo, habiendo una reducción de la escala en que se expresa acortando la distancia entre estratos sociales diferenciados (Cortés, 2008). La apuesta es que esa proximidad promueva la integración social a través de los espacios de consumo y la necesidad de mano de obra doméstica, aunque estaríamos hablando de relaciones sociales asimétricas sin intención de establecer lazos afectivos.

A pesar de las posibles ventajas que la segregación residencial de algunos sectores de la sociedad pueda representar, sus efectos positivos han tendido a desaparecer como producto de las modificaciones al sistema económico y político. Por este motivo, muchos autores coinciden en que los efectos son más bien negativos, teniendo mayor incidencia en los grupos pobres volviéndolos más pobres (Groisman, 2010; Rubén Kaztman, 1999; Rodríguez & Arriagada, 2004; Sabatini, 2002; Tun Chim, 2015).

Sabatini (2002) menciona que los efectos negativos del fenómeno pueden asociarse con las distancias que tienen que recorrer los grupos segregados espacialmente para acceder

a las fuentes de empleo y los servicios. También existen efectos ambientales, ubicando a las poblaciones pobres en áreas degradadas de alto riesgo para el asentamiento humano; y sociales, que son los más graves y los que se están agudizando. Estos últimos tienen que ver con la alta concentración espacial de grupos pobres, afectando a las personas de forma individual y colectiva. En lo individual, les hace incuestionable y latente su condición de marginales, reforzando la idea de que su situación se debe a cuestiones políticas y sociales más que a malas decisiones o falta de esfuerzo personal; en lo colectivo, se promueve el desapego por el barrio.

Otros de los problemas asociados con la segregación residencial y el capital humano son la delincuencia y el desempeño educativo. Respecto al segundo, Rodríguez & Arriagada (2004) mencionan que éste está determinado por las características sociales de los barrios en las ciudades, lo cual ha creado un ambiente desfavorable para la integración escolar resaltando las diferencias. La segregación residencial promueve entonces la segregación escolar, generando barreras en la interacción entre niños de distinta categoría social.

Incluso, las escuelas, que operan como entornos socializadores, mantienen un estatus de acuerdo con el nivel económico de los estudiantes que admiten, teniendo que mientras más alta sea la posición socioeconómica de las personas, mayor será la calidad de la educación a la que pueden acceder. De este modo, los altos niveles de segregación residencial socioeconómica han significado un aumento de la homogeneidad en la composición social de las escuelas y, a su vez, una reducción de las oportunidades de integración social, bajo condiciones de igualdad, de niños de altos y bajos recursos (Ruben Kaztman & Retamoso, 2007).

En relación con la delincuencia, es la misma concentración de la población de menores oportunidades la que favorece la reproducción de actos delictivos y conductas anómalas. Nuevamente son los pobres quienes sufren las consecuencias de la segmentación socioespacial, ya que es en sus contextos residenciales y ambientes sociales donde se desarrollan actividades que poco aportan a su prestigio. Así, la segregación residencial fomenta la inseguridad urbana aumentando la tasa de delitos en las ciudades, todo como resultado de una estratificación social estrictamente fragmentada entre ricos y pobres que da paso al surgimiento de identidades negativas (Arriagada Luco & Morales Lazo, 2006).



Tun Chim (2015) y Rubén Kaztman (2001) señalan las cuestiones laborales, como el desempleo, dentro de los efectos menos deseados de la segregación residencial. La poca interacción de grupos de bajo y alto nivel socioeconómico limita las posibilidades de ofertas laborales para los primeros, obligándolos a recurrir al mercado informal de trabajo y dificultando su ascenso en la escala social. Parte de esto tiene que ver que el aumento de la inseguridad, pues las pocas oportunidades laborales combinadas con los ambientes sociales y urbano degradados que habitan los pobres, gatilla la reproducción de conductas indeseadas.

Por otro lado, Cortés (2008) habla sobre las consecuencias de la segregación residencial a largo plazo. En este caso, existe la preocupación de que de aquí a unos años descubramos que no se trataba simplemente del acercamiento de grupos pertenecientes a distinta clase social, sino que en realidad era la etapa inicial de un proceso de gentrificación. Es decir, el acercamiento de grupos sólo habría sido el comienzo de lo que terminaría en ser un desplazamiento y reemplazo de un grupo social por otro, obligando a los más desfavorecidos a ocupar áreas periféricas irregulares carentes de servicios e infraestructura, promoviendo la expansión urbana desordenada y replicando el fenómeno segregativo.

Las políticas habitacionales se instalan como promotoras de los efectos negativos de la segregación residencial. A través de éstas, se limita el acceso de sectores de la población a ciertas zonas de la ciudad, conformando áreas homogéneas y dividiendo el espacio urbano de acuerdo con las capacidades económicas de las familias. Esta situación tiene que ver con las ventajas que obtiene del estado de la localización sectorial, ya que al ubicar a los estratos altos en sitios donde los precios de la vida son mayores se pueden tener ingresos más sustanciales, por ejemplo, en los impuestos prediales.

De acuerdo con lo anterior, algunos de los efectos más preocupantes de la segregación residencial son la profundización que provoca en la pobreza y la creación de una ciudad fragmentada donde predominan la desigualdad, la injusticia y la desesperanza, volviéndose una cuestión psicológica en la que los pobladores se autolimitan a progresar, condenando su futuro. Asimismo, la desintegración social originada por la liberación de la economía y los cambios asociados con la globalización es igualmente un problema relevante (Sabatini, 2006; Tun Chim, 2015). La segregación residencial restringe a los pobres fuertemente a relacionarse sólo con personas de su misma condición, debilitando los vínculos entre clases

y conformando barrios con un escepticismo muy arraigado sobre la posibilidad de movilidad social, constituyéndose como una especie de condena social.

Así pues, la concentración espacial de los pobres, conformando amplias zonas homogéneas de carencia donde los sentimientos de inferioridad y rechazo son latentes, como manifestación de la segregación residencial, es el principal detonante de los efectos negativos que se le atribuyen al fenómeno. La segregación se perfila entonces como un mecanismo reproductor de las desigualdades socioeconómicas y del aislamiento de los pobres, teniendo que zonas de bajos recursos con alta homogeneidad estarán altamente segregadas, y la pobreza será una de sus características más evidentes (Rodríguez & Arriagada, 2004).

A pesar de la perversidad de las consecuencias socioespaciales de la segregación residencial sobre la integración e interacción social en la ciudad, la calidad de vida, la movilidad social de los pobres y la fragmentación evidente del territorio urbano, el fenómeno y sus efectos en general han recibido poca atención en la investigación, pero los estudios demuestran que la situación es cada vez más grave (Rodríguez & Arriagada, 2004; Sabatini, 2002). Actualmente estos efectos se han intensificado en el contexto de las ciudades contemporáneas lideradas por los procesos globales, aislando de forma crítica a los sectores de bajos recursos diluyendo cualquier intento que hagan por modificar su condición, agravando muchas de las problemáticas que ya han sido tocadas en acápite anteriores.

Por esta razón, tratando de aportar evidencia contundente sobre la segregación residencial y los efectos que está causando en los ámbitos físico y social, nuestra propuesta de investigación pretende indagar en las relaciones que guarda el fenómeno con la sociedad y lo urbano en ciudades que difieren en su configuración de las grandes zonas metropolitanas. Si bien, lo que haremos se sitúa dentro del enfoque cuantitativo, el alcance será global, siendo esta actividad la que nos permitirá acercarnos a la comprensión de los nexos entre segregación residencial y cada uno de los efectos negativos y positivos que se le atribuyen.

### *3.1.6. Escala geográfica, de agregación, espacial o de análisis de la segregación*

Un elemento que no puede pasar desapercibido cuando de segregación residencial se trata es la escala geográfica o espacial de análisis. En la literatura, se ha comentado que en todas las ciudades existe algún tipo de segregación, urbana, residencial, social, económica, etc., pero

su lógica y sus efectos se expresan de forma diferente de acuerdo con la modalidad y la escala en que se analiza, volviéndose un factor clave para entender los cambios en el patrón tradicional del fenómeno e involucrando las dos dimensiones objetivas que se le atribuyen (Duhau, 2003; Rodríguez Vignoli, 2001; Sabatini et al., 2001).

De forma empírica, los estudios han demostrado que los resultados de los índices utilizados para la medición del fenómeno, principalmente el de disimilitud (D), presentan valores mayores para una misma ciudad cuando los datos están desagregados espacialmente, es decir, cuando la escala de análisis que se utiliza es menor (Sabatini et al., 2001). Siguiendo este principio, mientras más pequeña sea el área de medición, más elevada será la segregación residencial, sin embargo, es aquí donde comienzan las dificultades para su análisis, pues al modificar la escala, reduciéndola o aumentándola, estamos tratando con fenómenos distintos.

Así pues, una ciudad puede mostrar también niveles altos de segregación si ésta es observada a gran escala, o bajos, si se toma como referencia una escala de agregación menor. Esta situación queda evidenciada en la primera dimensión de la segregación, la cual habla sobre la marcada concentración de ciertos grupos que se separan del resto. Refiriéndonos a la élite, su concentración, vista a gran escala, indicaría altos niveles de segregación, pero a una escala menor, se encontrarían repartidos más equitativamente compartiendo el espacio urbano con otros grupos distintos, reduciendo los valores de la medición. De aquí la importancia de establecer, desde un principio, bajo qué condiciones escalares vamos a realizar nuestro análisis.

En general, para Duhau (2003), un área ausente de segregación es aquella en la que habitan estratos ubicados en una franja amplia de la estructura social, desde grupos populares hasta la élite, conservando proporciones similares. En cambio, un área segregada es aquella donde reside una población de extracción social altamente homogénea. Esto es confirmado por Rodríguez Vignoli (2001), indicando que una zona de la ciudad habitada únicamente por miembros de un grupo social estaría evidentemente segregada, en el supuesto de que existen diferentes grupos sociales.

Considerando el planteamiento anterior, la idea de segregación o no segregación continúa siendo relativa si no definimos la escala de análisis. Hablando de homogeneidad

geográfica bajo una escala de agregación acotada, para los residentes de una zona que conserve esta cualidad (homogeneidad), la existencia de segregación carecería de sentido, pues se encontrarían rodeados de personas de similares características socioeconómicas, impidiendo que puedan segregar o ser segregados.

Ahora bien, si nos referimos a una unidad espacial altamente homogénea, pero bajo la óptica de la ciudad en su conjunto, dicha zona será contrastante con el resto de las zonas de la ciudad, sean éstas colindantes o no, pudiendo encontrar sus similares a cortas o largas distancias. Evidentemente, la población que reside en esa zona es segregada o segrega en el marco de la ciudad, mientras que, en su interior, tomando en cuenta una escala de análisis menor, los índices de segregación residencial no serán alarmantes, pues no habrá diferencias sociales que puedan ser expresadas espacialmente. De esta forma, una misma situación objetiva puede tener diferentes evaluaciones, las cuales se corresponden con el nivel de análisis escogido (Rodríguez Vignoli, 2001).

La noción de homogeneidad social se vuelve, entonces, un componente fundamental para asegurar la existencia o no de segregación residencial, a la vez que una dificultad, ya que es completamente dependiente de la escala de análisis ocasionando que haya más de una interpretación del mismo fenómeno. De acuerdo con Rodríguez Vignoli (2001), las zonas totalmente homogéneas son inexistentes, teniendo que una zona de relativa homogeneidad, vista a una escala de ciudad, estaría segregada, requiriendo un análisis adicional de su estructura socioespacial interior para verificar las modificaciones en los niveles de segregación que la reducción de la escala de agregación pudo haber ocasionado. La segregación seguiría estando presente si los grupos sociales en su interior se encuentran concentrados sin mezclarse entre sí, o podría degradarse en caso de haber una mezcla de grupos sociales ubicados equitativamente en el territorio.

El tema de la escala representa un reto cuando se trabaja la segregación residencial al haber ausencia de categorías o criterios para la evaluación de las distintas situaciones que se pueden encontrar en una ciudad, por lo que tener un entendimiento amplio de su importancia y consecuencias, tanto teóricas como prácticas, nos permitirá abordarlo adecuadamente. Dentro de todo, destaca la peligrosidad de atribuir la esencia de segregación a la similitud social de un área sin considerar la localización espacial de los grupos que la

integran (Rodríguez Vignoli, 2001), ya que aunque conserve una proporción similar de cada uno, su distribución en el territorio puede no ser equitativa. Así, una zona puede ser heterogénea socialmente, pero estar geográficamente segregada.

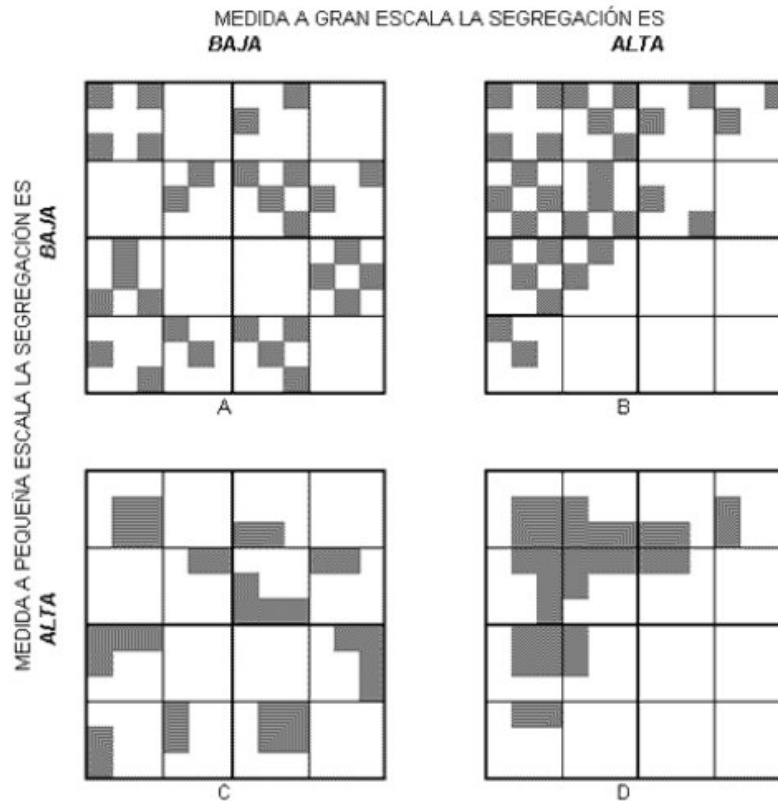
Como otro esfuerzo por explicar lo que la escala de análisis representa, recurriremos a algunos diagramas que han sido diseñados para demostrar la importancia que la delimitación de la unidad espacial de referencia tiene para el entendimiento y medición de la segregación residencial. En la imagen 3, se presenta el ejemplo que Sabatini et al. (2001) utilizan para exponer las distintas percepciones que se pueden tener de las dimensiones objetivas del fenómeno de acuerdo con el criterio de escala utilizado, provocando variaciones en su intensidad.

En este caso, se muestran cuatro diferentes situaciones de segregación espacial de un mismo grupo social: A) segregación baja a pequeña escala y baja a gran escala (características de ciudades pequeñas); B) segregación baja a pequeña escala y alta a gran escala (características de las grandes ciudades con zonas residenciales que abarcan amplias superficies territoriales y mantienen cierta heterogeneidad en su interior); C) segregación alta a pequeña escala y baja a gran escala (característica de ciudades pequeñas, medias o conurbaciones con zonas no muy bien definidas que vistas de forma independiente se mantienen altamente segregadas, en parte por la proliferación de los modelos cerrados de vivienda); y D) segregación alta a pequeña escala y alta a gran escala (la máxima situación de segregación que puede haber en las zonas urbanas, donde la diferenciación socioespacial se mantiene independientemente de la escala de análisis, a nivel macro y micro) (Tun Chim, 2015).

Hablando de la ciudad en su conjunto o de una unidad espacial en particular, un grupo social distribuido más equitativamente en el territorio demostrará una segregación menor, como se observa en la situación A, mientras que al estar más concentrado ésta tenderá a ser mayor, como en la situación D. Para las situaciones B y C, no es tan sencillo determinar cuál es más o menos segregada si no definimos antes la escala de análisis. Por ejemplo, a escala reducida, en la situación C habría una alta segregación, mientras que en B sería baja, pues el grupo está más disperso. En una escala mayor las cosas se invierten, y ahora la segregación

sería más evidente en B teniendo dos grandes zonas, en tanto en C el grupo estaría más uniformemente repartido.

Imagen 3. Intensidad y escala de la segregación residencial.



Fuente: Sabatini et al. (2001)

Con el propósito de aclarar aún más el tema, expondremos ahora el diagrama elaborado por Rodríguez Vignoli (2001). En su estructura, es muy similar al que proponen Sabatini et al. (2001), pero creemos pertinente incluirlo debido a que se refiere a situaciones de segregación más concretas en los contextos urbanos contemporáneos. Así, la imagen 4, muestra una situación de segregación a gran escala, donde la ciudad se encuentra dividida en dos grandes zonas (compuestas por barrios o colonias, representados por los cuadros con número o letra) y cada una de ellas es ocupada por un estrato socioeconómico en específico (blanco o verde) sin mezclarse con el otro. Se tiene como resultado una segregación total a escala de ciudad.

Imagen 4. Segregación residencial a gran escala.

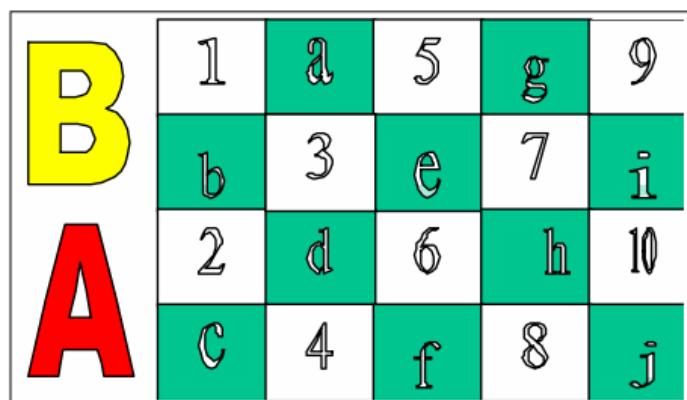
<b>B</b>	1	2	3	4	5
	6	7	8	9	10
<b>A</b>	[Barra roja horizontal]				
	a	b	c	d	e
	f	g	h	i	j

Fuente: Rodríguez Vignoli (2001)

Si conservamos la misma escala, la imagen 5 sería un ejemplo de una segregación residencial nula pues, independientemente de la forma en que podamos dividir el espacio urbano, los grupos sociales se encontrarían mezclados entre sí en proporciones equivalentes. Al disminuir la escala de análisis a nivel barrial, en la imagen 4 la situación de segregación se sigue manteniendo, ya que cada unidad espacial está inmersa dentro de un contexto ya segregado. En cambio, en la imagen 5, la segregación se vuelve extrema al adquirir una evidente homogeneidad social interna sin coexistencia de estratos.

Cabe señalar, que lo que hemos planteado hasta ahora, surge de considerar el conjunto de la ciudad. Si quisiéramos referirnos sólo a una zona de la misma, por ejemplo, la A, en la imagen 4 no habría segregación, dada la condición de homogeneidad social. Más, en la imagen 5, sí existiría algún grado de segregación, derivada de la mezcla socioeconómica y sus diferentes localizaciones en el espacio.

Imagen 5. Segregación residencial a pequeña escala.



<b>B</b> <b>A</b>	1	a	5	g	9
	b	3	e	7	i
	2	d	6	h	10
	c	4	f	8	j

Fuente: Rodríguez Vignoli (2001)

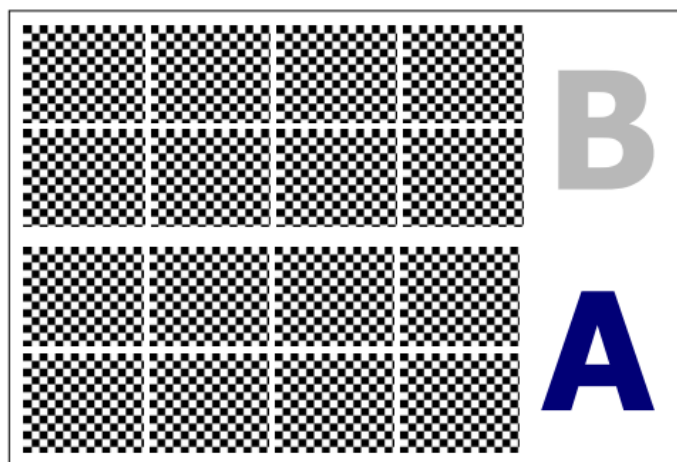
Finalmente, la imagen 6 pretende esclarecer aún más esta cuestión. Aquí, a pequeña o gran escala, la mezcla de estratos existe en proporciones similares, por lo que la idea de segregación queda descartada. No obstante, tanto en el diagrama de Sabatini et al. (2001) como en los de Rodríguez Vignoli (2001), se ha partido de la existencia única de dos estratos socioeconómicos en la ciudad, dando cuenta de la dificultad que esto supone al considerar todos los grupos de la escala social en los análisis de segregación residencial.

Parte del aumento en la complejidad del estudio del fenómeno, se debe a las fuentes de datos de las que ahora disponemos, principalmente las de los censos. Se ha incorporado información con una mayor desagregación del territorio que, si bien, nos permite alcanzar mayor especificidad en nuestros análisis, también se ha traducido como una serie de controversias para poder entender su comportamiento en su totalidad, pues se presta a múltiples interpretaciones en relación a los intereses del investigador.

Lo que sí se ha podido establecer, es que los patrones tradicionales de segregación se han venido modificando, reduciendo la distancia entre estratos acercándolos geográficamente, pero sin llegar a significar una integración social. Este proceso de acortamiento de distancia socioespacial seguramente comenzó hace ya varias décadas, pero fue gracias al surgimiento de nuevas fuentes de datos que, a partir de los años noventa, se pudo confirmar, aunque hoy en día es un fenómeno muy evidente.



Imagen 6. Segregación residencial a pequeña y gran escala.



Fuente: Rodríguez Vignoli (2001)

En respuesta a lo anterior, la escala de agregación debe ser explicitada y respetada durante todo el análisis que hagamos sobre los niveles de segregación residencial socioeconómica en las conurbaciones del estado de Colima, al igual que los atributos que servirán para diferenciar a la población. Además, la dimensión espacial debe tener especial consideración para complementar la condición de homogeneidad o heterogeneidad de las áreas urbanas que componen la ciudad y que define la segregación, estableciendo criterios relacionales más complejos. Sin embargo, la selección de un grupo de unidades espaciales cuya composición social y cercanía física serán la base para la medición, no impide que pueda haber interpretaciones diferidas si se realizan investigaciones similares para el área de estudio que contemplen una escala distinta.

### *3.1.7. Modificación al patrón tradicional de segregación: reducción de la escala*

A la luz de los grandes cambios económicos, sociales y urbanos de las últimas décadas, atribuidos a los procesos de globalización, algunos autores coinciden en que el esquema espacial de las ciudades se ha modificado (Sabatini, 2006; Sabatini et al., 2001; Schteingart & Garza, 2010; Tun Chim, 2015). Gran parte de estos cambios son imputados, principalmente, a los modelos que dirigen la economía mundial, los cuales se han venido articulando como detonantes de nuevas formas de organización espacial y de segmentación social en las grandes zonas metropolitanas (Sassen, 2005).

Para América Latina la situación no es distinta, habiendo una intensificación en los procesos de división social del espacio asociada con el aumento de la pobreza urbana. En sus ciudades, se ha mantenido una participación conjunta de fuertes desigualdades sociales y espaciales que tienen su expresión más evidente a través de la segregación residencial socioeconómica. Sabatini et al. (2001) han identificado transformaciones en el patrón tradicional de segregación de las ciudades latinoamericanas, destacando las modificaciones en su escala geográfica.

Para poder entender cómo se ha modificado dicho patrón segregativo, es necesario explicar a qué nos referimos cuando hablamos de tradición socioespacial. En primera instancia, existe semejanza en las ciudades latinoamericanas que se desarrollaron a lo largo del siglo XX con el modelo europeo de ciudad compacta, donde las áreas centrales son ocupadas por los grupos superiores y las condiciones sociales y físicas se van degradando conforme se avanza hacia las periferias, excepto en la dirección geográfica en que se fue formando una especie de cono de ciudad moderna, concentrando a los grupos de mayor categoría (Sabatini, 2006).

De acuerdo con Sabatini (2006), el patrón de segregación residencial de las ciudades latinoamericanas, que entenderemos como tradicional, tiene características específicas que lo definen y son las que se muestran a continuación:

- La marcada concentración espacial de los grupos altos y los medios ascendentes, en el extremo en una sola zona de la ciudad con vértice en el centro histórico y una dirección de crecimiento definida hacia la periferia (esta zona será llamada “barrio de alta renta”)
- La conformación de amplias áreas de alojamiento de los grupos pobres, mayoritariamente en la periferia lejana y mal servida, pero también en sectores deteriorados cercanos al centro.
- La significativa diversidad social de los “barrios de alta renta”, en los que viven, además de la virtual totalidad de las élites, grupos medios e incluso bajos, con la importante excepción de “gañanes”, “peones”, “informales”, o “marginales”, como se ha denominado a los grupos más pobres en distintos periodos.

Los dos primeros casos son recurrentes en la literatura, más no sucede lo mismo con el tercero, que ha sido abordado escasamente (Sabatini, 2006). Señala Tun Chim (2015), que en la primera tendencia, la de concentración, hay mayor heterogeneidad e interacción social en las zonas que ocupan los grupos de élite. Sin embargo, diferimos con su planteamiento, ya que esa relativa heterogeneidad no es sinónimo de interacción e integración, y está condicionada por la amplitud con la que se observe el fenómeno. Además, se ha hablado de la debilidad de las relaciones sociales que en este tipo de áreas suelen producirse, así como lo altamente segregadas que pueden estar en su interior a pesar de contener más de un grupo social, debido a la distancia entre ellos. Por otra parte, la segunda tendencia hace alusión a la homogeneidad que caracteriza a los asentamientos donde se ubican los grupos pobres (Sabatini, 2002).

Ambas condiciones iniciales del patrón tradicional latinoamericano de segregación, son entendidas por Sabatini (2006) como casos de segregación residencial a gran escala, cualidad que ha sido su marca distintiva durante la mayor parte del siglo XX. La idea de este patrón gira en torno a que las clases sociales superiores excluyen espacialmente a los grupos pobres impidiendo la coexistencia de estratos. Como resultado, se crean amplias zonas homogéneas socialmente en condición de pobreza, principalmente en las periferias urbanas, donde el valor del suelo es menor permitiendo la instalación de aquellos más desfavorecidos, recurriendo incluso a la informalidad.

Cortés (2008) concuerda con el hecho de que las desigualdades sociales y económicas en las ciudades latinoamericanas, se expresan a través de la distribución residencial de sus habitantes según un patrón de segregación residencial socioeconómica de gran escala. Este se ha caracterizado por la homogeneidad socioeconómica interna de las unidades político-administrativas que conforman la ciudad y por la distancia física entre las áreas más ricas y las más pobres, dando lugar a sectores muy bien delimitados ocupados por familias de una misma condición social, anulando la posibilidad de encuentro entre grupos.

Sin embargo, ese patrón de organización socioespacial, que tiene como base la cualidad socioeconómica, ha demostrado no ser inmutable, reduciendo la escala geográfica con que se produce, más aún a partir de los años ochenta.(Cortés, 2008; Duhau, 2003; Sabatini, 2006; Sabatini et al., 2001). Lo que ha sucedido es un acortamiento de la distancia

física entre los sitios de residencia de personas de altos y bajos recursos, contraponiéndose a la idea de nula coexistencia espacial que se había mantenido. Pero al mismo tiempo, la escala está aumentando en las áreas donde se ubican las familias de más bajos ingresos, conocidas como zonas de “nueva pobreza” (Sabatini et al., 2001).

En parte, las modificaciones al patrón tradicional de segregación residencial han sido producto de la globalización de la economía, la liberación de los mercados de suelo y la marginación política de los estratos pobres. Otros factores que también la han propiciado son la apertura de alternativas residenciales para los grupos medios y altos fuera de sus zonas tradicionales de concentración (en ocasiones dentro de asentamientos de bajos ingresos), la emergencia de centros comerciales y diversos servicios fuera del centro de la ciudad, la generalización de las tendencias alcistas de los precios del suelo urbano, la aparición de formas discontiguas de crecimiento residencial y la renovación urbana de áreas centrales (Sabatini, 2006).

La consolidación de estas dinámicas sugieren que la reducción de la escala de segregación se ha vuelto una tendencia estable en las ciudades latinoamericanas (Sabatini, 2000). Sin embargo, aunque somos más conscientes de la situación, la complejidad para explicar el fenómeno se ha maximizado, pues ahora nos es imposible referirnos a grandes sectores de una ciudad debido a la participación activa que los agentes inmobiliarios tienen en la construcción de conjuntos residenciales (donde ha tenido mucho auge la tipología del condominio cerrado), provocando una especie de cercanía forzada entre estratos que termina por fragmentar a menor escala el territorio.

En otras palabras, la homogeneidad que anteriormente caracterizaba amplias áreas en una ciudad, definidas por la capacidad económica de sus habitantes, ha adquirido mayor especificidad. Ahora debemos referirnos a zonas más delimitadas al analizar la segregación residencial, por lo que definir la escala de agregación es indispensable para poder realizar comparaciones con estudios similares.

Asimismo, al hablar de una tendencia de reducción de la escala de segregación residencial, no se infiere que sea una condición nueva del fenómeno en América Latina, sino que puede haber surgido varias décadas atrás sin ser tan evidente como en la actualidad.

Además, parte de lo que hoy conocemos sobre el tema es gracias a la información socioespacial con la que contamos, más desagregada, lo cual también ha sido determinante para poder establecer con firmeza los cambios que se han venido suscitando en la organización social del territorio.

Particularmente, para el caso mexicano, Duhau (2003) menciona que en la zona metropolitana de la ciudad de México existen colonias socialmente heterogéneas en áreas centrales que no fueron producidas a partir de la expansión de la ciudad, sino que se incorporaron en el curso de dicha expansión. Así, la mayor parte de la ciudad fue producida a partir de la segunda mitad del siglo pasado teniendo auge el desarrollo inmobiliario formal e informal, haciendo inminente la división social del espacio urbano en las subunidades territoriales (colonias, fraccionamientos, conjuntos cerrados), cuya población conserva perfiles sociales relativamente homogéneos.

Debido a que en estas zonas centrales se consolidaron proyectos de urbanización habitacional para distintos segmentos de la estructura social, la división social del espacio, que es otra forma de referirse a la segregación residencial, es caracterizada por la coexistencia de distintos estratos sociales en espacios cercanos entre sí, muchas veces adyacentes, pero fuertemente contrastantes. De esta forma, hablamos de la colindancia entre colonias, o cualquier otra unidad de desagregación del espacio, que contienen poblaciones pertenecientes a distintos estratos socioeconómicos altamente diferenciados por la superioridad e inferioridad de uno y otro.

Esto ha dado como resultado un tipo de segregación residencial en la que distintos estratos y grupos sociales se encuentran próximos espacialmente, pero al mismo tiempo netamente separados (Duhau, 2003). Queda evidenciado que la reducción en el patrón tradicional de segregación residencial se ha expandido, abarcando a la mayoría de las ciudades de Latinoamérica. Ahora es común encontrar, en una misma ciudad, zonas altamente desarrolladas y diversas socialmente, así como otras en situación de rezago dominadas por la homogeneidad social (Tun Chim, 2015).

Recordando que la segregación no es un fenómeno estable, sino más bien cambiante, su tendencia actual ha demostrado reforzar la concentración de los grupos de altos ingresos,

la creación de áreas periféricas densamente pobladas por grupos pobres, la diversidad social de las zonas de mayor prestigio y la homogeneidad de las zonas marginadas. Esto está relacionado con los nuevos modelos residenciales que han aparecido, por un lado, en los que los estratos altos privilegian un estilo de vida fuera de las zonas urbanas en conjuntos que les brindan todas las comodidades que la ciudad no les puede ofrecer, aunque eso implique compartir el espacio urbano con los estratos bajos. Por otro, la búsqueda de los sectores pobres por habitar cerca de las zonas de alta renta, con la idea de que la proximidad física los favorecerá en algún momento.

De esta forma, la idea de prestigio o desprestigio ya no es la misma que solía ser, pues ya no es necesario residir en una zona habitada en su totalidad por un estrato en específico para pertenecer a la baja o alta sociedad. Lo que se ha logrado es la creación de microambientes o microcontextos sociales delimitados físicamente e inmersos en un espacio geográfico donde interactúan distintos grupos, más esa interacción es solamente territorial sin llegar a darse una integración social. Las prácticas de movilidad y migración, también han favorecido la reproducción de estos esquemas socioespaciales fragmentados y débiles socialmente.

Finalmente, las transformaciones en el modelo segregativo han conducido a la necesidad de mediciones más amplias y complejas del fenómeno que permitan explicar, a diferentes escalas, lo que está sucediendo con la condición socioespacial de las ciudades. Asimismo, los métodos de medición se han vuelto relevantes y muy discutidos en trabajos sobre la temática, ya que los índices que en principio fueron creados para medir la segregación del conjunto urbano, ahora deben funcionar a escala reducida, y de acuerdo a la dimensión que pretendemos analizar, será la selección del algoritmo.

### *3.1.8. Propuestas de medición*

El tema de la segregación residencial socioeconómica ha sido muy discutido debido a la complejidad que representa su comprensión. Su estudio se ha canalizado hacia el campo cuantitativo resaltando sus dimensiones objetivas, donde uno de los aspectos que causa mayor controversia, además de la escala de análisis y los atributos diferenciadores, es el método o índice de medición. El aumento de su tendencia en América Latina, y en el mundo,

ha propiciado la búsqueda de procedimientos y algoritmos de cálculo que permitan observar, de forma gráfica y concreta, los niveles de segregación residencial de las ciudades contemporáneas.

Así pues, a partir de 1940 se comenzaron a proponer una serie de indicadores cuantitativos de medición, evidenciando los esfuerzos por desarrollar una ecuación que permitiera definir, adecuadamente, el nivel de segregación residencial de una unidad o subunidad territorial (Martori et al., 2006). Destacan los trabajos de Bell (1954) sobre los índices de interacción; Duncan & Duncan (1955) con el índice de disimilitud (D), el cual sigue siendo utilizado a la fecha y es considerado elemental en todo estudio sobre segregación; Kish (1961) con su coeficiente de correlación de Fischer ( $\rho$ ) para determinar la variabilidad entre las unidades territoriales por medio de la fórmula de la varianza; y Erbe (1975), quien analizó conjuntamente la segregación residencial racial y socioeconómica a través del índice de exposición (P) para calcular la probabilidad promedio de contacto entre miembros de distintos grupos sociales (Rodríguez Vignoli, 2001).

Más recientemente, durante 1980 y 1990, algunos autores han elaborado los denominados índices espaciales de segregación residencial. A diferencia de los que se propusieron en la primera mitad del siglo XX, este conjunto de índices permiten medir, clasificar y comparar las situaciones segregativas considerando las particularidades las zonas de la ciudad, abarcando las dimensiones espacial y temporal (Martori et al., 2006). Cabe mencionar los trabajos de Jakubs (1981), donde hace una extensión del índice de Disimilitud incorporando las ubicaciones de las unidades espaciales de referencia directamente en el proceso de medición; White (1983, 1986), proponiendo una metodología que combina la lógica del índice de disimilitud de Duncan incluyendo, además, la distancia física, teniendo como resultado un algoritmo más complejo; Morrill (1991, 1995) que habla sobre la propiedad de los índices de disimilitud e interacción si el interés es conocer el comportamiento de los grupos sociales en un sentido espacial; Jargowsky (1996), quien planteó trabajar directamente con varianzas y creó un índice de correlación; y Wong (1993), estableciendo que la longitud de los límites físicos que tienen en común dos áreas sumado a la forma de éstas son componentes espaciales importantes para determinar la segregación residencial.

No obstante, algunas de las propuestas se han encontrado con contrariedades como la exclusión de la distancia física o la dificultad para la recolección de los datos, situación que evita su reconocimiento o aceptación. Ya entrado el siglo XXI, investigadores más acercados al campo de la sociología como Sabatini (2000), Rodríguez Vignoli (2001), Monkkonen (2012), Molinatti (2013), entre otros, han continuado trabajando la temática recurriendo a índices como el de disimilitud, de entropía, de Moran, delta e incluso la desviación estándar, los cuales son adecuados para las distintas dimensiones de la segregación que serán expuestas más adelante.

De acuerdo con Rodríguez Vignoli (2001), la forma más simple de medición es mediante comparaciones aritméticas o gráficas de las condiciones socioeconómicas imperantes en las distintas subunidades territoriales de referencia. Mientras mayor sea el contraste entre ellas, los niveles de segregación residencial serán más altos en la unidad territorial de orden superior. Coincidimos con esta aseveración, en el entendido de que sólo se estarían abarcando las dimensiones objetivas ya que, al tratarse de investigaciones con orientación cuantitativa, todas tienen su base en fórmulas matemáticas que, al ser implementadas, pretenden facilitar el entendimiento de la distribución espacial de un grupo de población.

Una característica que guardan en común estos índices, es que funcionan a partir de las particularidades de la población, socioeconómicas, raciales, étnicas, etc., siempre y cuando existan fuentes de datos que las sustenten. A diferencia de lo que sucede en las ciudades de Norteamérica, donde los altos niveles de segregación racial no pueden ser explicados sólo por las diferencias sociales y económicas entre negros y blancos (Massey, 1979), en América Latina son las condiciones socioeconómicas las que segmentan con mayor fuerza a la población, de forma que el fenómeno puede ser explicado a partir de las siguientes variables cuantitativas:

- Educación
- Ingresos
- Condiciones materiales de vida
- Necesidades básicas insatisfechas
- Hacinamiento



No obstante, aunque estas variables son las que señala la literatura como adecuadas para la medición de la segregación residencial, habría que corroborar, para el caso de las ciudades mexicanas, cual sería más pertinente implementar, pues la selección de una u otra, en muchas ocasiones, está en función de la disponibilidad de los datos y no tanto por su viabilidad. Además, no se tiene que perder de vista que la selección de la variable debe ser de acuerdo a la dimensión del fenómeno que interese analizar, pues cada una de éstas tiene la capacidad de expresar con mayor contundencia una o algunas de las formas de expresión de este fenómeno socioespacial.

Rubalcava, Schteingart, & Ramírez (2012) dividen este conjunto de variables en dos grupos: condiciones socioeconómicas y condiciones físico-espaciales. Las primeras se relacionan con las características de las familias y sus integrantes, como el nivel de escolaridad y el ingreso; por otro lado, las segundas se refieren a las variables relacionadas con las características de las viviendas, como los materiales, los servicios y la cantidad de espacios. Ambos grupos de variables son susceptibles para ser utilizados en diferentes métodos de análisis que buscan indagar en las dimensiones objetivas de la segregación (Tun Chim, 2015).

De acuerdo con Jargowsky (1996), las variables de este tipo, conocidas como ordinales o de nivel de medición superior, son objeto de discusión y polémica al realizar ejercicios comparativos cuando son utilizadas para segmentar grupos, cosa que no sucede con las nominales, por ejemplo la nacionalidad o la raza, pues las distinciones son evidentes. Explica Molinatti (2013), que la variable del máximo grado de estudios del jefe de hogar es considerada una de las de mayor poder de segmentación de las sociedades latinoamericanas haciendo viable su utilización, más esta información no está disponible para las ciudades de todos los países, ya que cada uno se enfoca en recopilar información de acuerdo a sus intereses particulares. Por otra parte, los datos son retomados, en su mayoría, de los censos de población o, en su defecto, recolectados.

Sin embargo, al tratarse de un fenómeno multidimensional, el debate sobre cuál es el algoritmo más apropiado para medir la segregación residencial en las ciudades sigue latente, surgiendo propuestas que no han tenido trascendencia y sólo impiden la comparación de estudios que se realizan en latitudes distintas. Así, en las últimas décadas del siglo XX,

Massey & Denton (1988) trataron de dar respuesta a esta situación clasificando la segregación residencial en cinco dimensiones, cada una representando una perspectiva (o una conceptualización) distinta de abordaje de la distribución de grupos de población en el territorio: uniformidad (igualdad), concentración, exposición, centralidad y agrupamiento (clustering). Además, para la medición de cada una de éstas definieron, de todo el conjunto, el índice más adecuado.

La primera dimensión, de **uniformidad**, existe cuando los miembros de dos grupos sociales, uno mayoritario y uno minoritario, se encuentran distribuidos equitativamente en las subunidades territoriales, tomando como referencia su representación en la unidad territorial de orden superior. El método más reconocido a nivel internacional para su medición es el índice de Disimilitud de Duncan (D) que, en un principio, fue elaborado para cuantificar el grado de segregación residencial racial en las ciudades de Estados Unidos (Rodríguez Vignoli, 2001). Una de sus virtudes es que permite medir la dimensión más positiva de la segregación, en la cual, un índice alto no representa, necesariamente, efectos negativos (Sabatini, 2006).

Existen distintas formas para referirse a este índice. Rodríguez Vignoli (2001) lo define como un indicador de la relación que existe entre la composición social de las subunidades territoriales y la composición social de la unidad territorial de orden superior. Si la composición difiere significativamente la segregación residencial será evidente, ya que la distribución de los grupos sociales entre las subunidades territoriales estará desequilibrada con respecto a la representación de esos grupos en la ciudad. En cambio, para Molinatti (2013) hace alusión a la igualdad en la distribución de uno o más grupos en las unidades espaciales en que se puede dividir un espacio geográfico, y toma como referencia los parámetros del conjunto de la ciudad.

Aunque lo explican con palabras distintas, ambos autores se refieren a la misma situación, la cual se explica como la desigualdad en la distribución de las minorías y mayorías de población dentro de las secciones de la ciudad con respecto al todo urbano. Los valores del índice de Disimilitud varían de un mínimo de 0 (ausencia de segregación) a un máximo de 1 (segregación total), que multiplicados por cien pueden ser interpretados como el porcentaje de población que debería modificar su lugar de residencia para lograr una

distribución más equitativa, es decir, para obtener en cada área de la ciudad una representación idéntica de la proporción del grupo en el conjunto urbano (Massey, 1979; Molinatti, 2013).

Hay otra manera de entender el índice, pero es menos trascendental que las anteriores. Krivo & Kaufman (1999) lo explican desde la noción de intercambio, donde no sólo una parte de la población perteneciente a un grupo en específico, sea mayoritario o minoritario, tendría que cambiar su lugar de residencia. En este caso, se asume que los cambios en la distribución residencial de los grupos ocurren a través de un intercambio de las áreas de residencia de los miembros de un grupo con los miembros de otro grupo. A diferencia de lo planteado por Rodríguez Vignoli (2001) y Molinatti (2013), aquí se contempla la participación de ambos grupos para alcanzar la uniformidad socioespacial.

La segunda dimensión, de **concentración**, hace referencia a la ocupación de un espacio físico, en términos de superficie, por parte de un grupo de población (Martori et al., 2006). De acuerdo con Massey & Denton (1988), puede entenderse como la cantidad relativa de espacio físico ocupado por un grupo minoritario en el entorno urbano. Entonces, mientras más pequeña sea la superficie de la unidad territorial que ocupa dicho grupo y mayor su densidad poblacional, con respecto al área total de la ciudad, más concentrado residencialmente estará y, por lo tanto, más segregado. Es común que las minorías segregadas, o que segregan, ocupen pequeñas áreas del territorio urbano.

En la literatura se señala que el método con mayor validez para calcular esta dimensión de la segregación es el índice Delta (DEL), el cual fue propuesto por Hoover (1941) y adaptado posteriormente por Duncan, Cuzzort, & Duncan (1961). Se trata de una aplicación específica del índice de disimilitud que calcula la diferencia entre la proporción de un grupo en cada subunidad territorial respecto al total del mismo grupo en la ciudad, y la proporción de la superficie de cada subunidad respecto a la unidad territorial superior. Se puede resumir como la diferencia de proporciones entre población y superficie de cada subunidad en que se puede dividir el territorio (Martori et al., 2006).

Su aplicación permite calcular la proporción de los miembros de un grupo que residen en áreas con una densidad de población superior a la media para el mismo grupo en la ciudad.

De esta forma, se interpreta como la proporción de los miembros del grupo minoritario que tendrían que cambiar su lugar de residencia para lograr una densidad uniforme de miembros de esa minoría en todas las subunidades espaciales que componen la ciudad (Massey & Denton, 1988).

Si bien, el índice de Disimilitud y el de Concentración han pretendido demostrar, a lo largo del tiempo, de forma clara los niveles de segregación residencial en el contexto urbano por ser implementados con frecuencia, no quedan exentos a debilidades. Podemos mencionar el hecho de que consideran a la segregación como simple producto de la diferencia de proporción en un territorio entre dos grupos, mayoritario y minoritario. No obstante, para poder tener un panorama más amplio del fenómeno, es necesario contemplar con mayor profundidad el tema espacial a través de índices que tomen en cuenta las características físicas de las unidades y subunidades territoriales.

En cuanto a la dimensión de **exposición**, es entendida como el grado de contacto potencial o de posible interacción entre miembros de un mismo grupo o de distintos grupos sociales, uno mayoritario y otro minoritario, que comparten un mismo espacio geográfico (Martori et al., 2006; Massey & Denton, 1988). Los índices de exposición miden hasta qué punto los miembros de dos grupos se enfrentan físicamente al compartir un área residencial en común. Además, se caracterizan por incorporar la noción de probabilidad, así como por dar una alta importancia al tamaño relativo de los grupos mayoritario y minoritario sobre el total de la población, para determinar el grado de segregación en el que se encuentran.

Los índices de exposición y uniformidad suelen ser correlacionados empíricamente, pero son conceptualmente distintos ya que la condición de los primeros depende del tamaño relativo de los grupos, mientras que los segundos no. Los miembros de un grupo considerado minoritario pueden estar uniformemente repartidos entre las áreas residenciales de una ciudad, y al mismo tiempo experimentar una mínima exposición con miembros de una mayoría si la diferencia de habitantes entre ambos no es representativa. Por el contrario, si el grupo minoritario en realidad representa una pequeña proporción del total de la población, sus miembros tendrán una alta probabilidad de exposición con los integrantes del grupo mayoritario, sin importar el patrón de uniformidad (Massey & Denton, 1988).

El índice propuesto por Bell (1954) destaca la importancia de esta dimensión de la segregación, y aunque fue olvidado por un tiempo debido a la trascendencia del índice de disimilitud de Duncan & Duncan (1955), en la década de 1980 fue reintroducido extendiendo su uso hasta el siglo en curso. En la literatura es conocido como índice de interacción, y puede adoptar dos formatos. El primero, sirve para medir la probabilidad de que un individuo comparta el mismo espacio con miembros de su mismo grupo ( $xPx$ ), siendo denominado, bajo este escenario, índice de aislamiento; y el segundo, nos permite medir la probabilidad de que un individuo comparta el mismo espacio geográfico con miembros de un grupo distinto ( $xPy$ ), conociéndose como índice de exposición (Martori et al., 2006).

En nuestro caso, la probabilidad de contacto o exposición estará referenciada a la comparación entre dos grupos, siendo esta última condición la que más se ajusta a nuestro objetivo. Según Stearns & Logan (1986) la medición de los índices de interacción es clave ya que permite entender vagamente<sup>9</sup> cómo se está comportando la integración social al interior de un espacio urbano. Por ejemplo, si el índice tomara un valor de 0.30, podríamos entender que, por cada miembro del grupo minoritario, tres de cada diez del total de la unidad espacial de referencia pertenecerían al grupo mayoritario, indicando que valores bajos representan situaciones de segregación más agresivas.

La cuarta dimensión, de **centralidad**, está relacionada con la dimensión de concentración, pero es conceptualmente distinta. Se explica como el grado de cercanía física o proximidad espacial en que un grupo de población se encuentra respecto al centro de un área urbana (Martori et al., 2006; Massey & Denton, 1988). La localización central de las minorías ha estado asociada a altos niveles de segregación residencial, teniendo que aquellos grupos situados cerca del centro de la ciudad usualmente tienden a estar espacialmente concentrados, aunque no forzosamente se da esta situación, pues la concentración también es característica de las zonas periféricas en condición de pobreza.

Mientras que su aplicación en Norteamérica se enfoca en la localización urbana de las minorías raciales, en Europa lo hace en la población inmigrante y, en Latinoamérica, en los grupos socioeconómicos. Por otro lado, el grado de centralización ha sido una

---

<sup>9</sup> Se utiliza la expresión “vagamente” debido a que en el proceso de integración social interactúan otros elementos además de la cuestión espacial o residencial, por ejemplo, el ámbito laboral.

preocupación de larga tradición para la sociología, por lo que varios índices han sido propuestos para su medición. Sin embargo, el más elemental es el de centralización relativa (RCE), el cual hace un uso extenso de información espacial. Consiste en calcular la proporción de personas, pertenecientes a un grupo, que residen dentro de los límites del área central de la ciudad, en relación a la población total de ese grupo en la ciudad en su conjunto.

Además, admite comparaciones entre el grado de centralización de un grupo respecto a otro, teniendo que sus resultados pueden variar entre -1 y +1. Valores positivos indican mayor cercanía de un grupo hacia el centro urbano y valores negativos mayor lejanía. Si el valor encontrado es 0, podremos inferir que ambos grupos conservan una distribución espacial similar respecto al área central. El índice puede interpretarse como la proporción relativa de miembros de un grupo que tendrían que cambiar su espacio de residencia para coincidir con el grado de centralidad del grupo con el que se está contrastando (Massey & Denton, 1988).

Por último, la dimensión de **agrupamiento o clustering** se genera cuando las unidades espaciales ocupadas por miembros de la minoría se encuentran próximas unas de otras, y terminan uniéndose o agrupándose. A diferencia de las cuatro dimensiones anteriores, que se han ocupado por cuantificar la distribución de grupos mayoritarios y minoritarios o de su ubicación con respecto a un punto central de la ciudad, la agrupación se refiere específicamente a la distribución de áreas minoritarias entre sí (Massey & Denton, 1988).

Una estructura residencial donde las áreas minoritarias son contiguas o se encuentran muy cercanas entre ellas mostrará un alto grado de agrupamiento. Si las áreas minoritarias están dispersas en el territorio urbano, el nivel de agrupamiento será bajo. El planteamiento anterior remite al problema del tablero de ajedrez expuesto en el estado del arte, el cual ha sido motivo de controversia para sociólogos, geógrafos y urbanistas. Mencionan Massey & Denton (1988) que el índice de proximidad espacial de White (1983) es el más apropiado para la medición de esta dimensión de la segregación residencial, debido a que otorga mayor peso al factor de agrupamiento y es mencionado y aplicado reiteradamente en la literatura.

A pesar del trabajo exhaustivo de síntesis realizado por Massey & Denton (1988) para aclarar el panorama sobre cómo abordar la temática, algunos autores se inclinan hacia ciertas

dimensiones e índices de segregación que entienden como los más convenientes, independientemente de la ciudad que se trate. Sin embargo, Massey (1979), uno de los principales exponentes en el tema junto con Sabatini (2000, 2002, 2006), señala que la segregación residencial debe ser conceptualizada en términos de algunas diferentes dimensiones, proponiendo como dos de las principales la uniformidad y la concentración.

En su mayoría, los índices contemplan valores que van de 0 a 1 (o de 0 a 100 si hablamos de porcentajes) abriendo campo a otra cuestión polémica si nos preguntamos en qué momento se rebasa el umbral de población con ciertas condiciones socioeconómicas para determinar que estamos ante un caso crítico de segregación residencial. Para resolver esta incertidumbre recurriremos a lo expuesto por Quillian (1999), quien define como barrios extremadamente pobres a las áreas de la ciudad donde más del 40% de las personas pertenecen a familias con ingresos por debajo de la línea oficial de pobreza. En este sentido, valores para cualquiera de los índices utilizados en cada dimensión de la segregación por encima de 0.40 (40%) serán considerados como elevados.

Desde una perspectiva particular, sería muy complejo, y quizá erróneo, tratar de establecer un índice único como el correcto para medir la segregación residencial en el territorio urbano debido a que cada ciudad, dependiendo de su origen, mantiene cualidades que la diferencian del resto. De esta forma, se hace necesario un análisis previo de sus condiciones sociales y espaciales para seleccionar cuál o cuáles de las dimensiones de la segregación son las más adecuadas para explicar su situación. Una vez hecho esto, se verifican los índices más representativos de esa o esas dimensiones y se elige aquel o aquellos que demuestren resultados más acercados a nuestros objetivos.

Las ciudades se han perfilado como sitios de gran complejidad en el contexto económico, político, social y urbano actual, por lo que limitar su situación socioespacial a una sola forma de expresión segregativa nos llevaría a un sesgo en la investigación, obteniendo resultados que no demuestren la realidad de lo que está sucediendo en relación a la organización residencial de los habitantes. Lo que estaríamos propiciando sería la construcción de un imaginario poco sustentado y difícilmente aceptado de la forma en que una sociedad se distribuye en una ciudad.

Aún los estudios más completos que se han realizado no han abarcado las cinco dimensiones de la segregación, apostando por dos, tres o cuatro de éstas que, de acuerdo con los intereses de los investigadores, son las que los llevarían a demostrar sus hipótesis. Uno de los trabajos más amplios elaborados en el país es el de Monkkonen (2012), analizando la segregación residencial socioeconómica de una gran cantidad de ciudades medias segmentando a la población de acuerdo a sus ingresos. Sin embargo, excluye la dimensión de exposición (o aislamiento) argumentando que es simplemente otra forma de medir la uniformidad con más sensibilidad a la proporción de los grupos de población que se analizan.

En este sentido, nuestro estudio pretende ser un aporte empírico consolidándose como una nueva perspectiva de apreciación para la segregación residencial de las ciudades mexicanas. En primer lugar, se trabajará con conurbaciones, áreas que a diferencia de las zonas metropolitanas no han sido abordadas en el estudio del fenómeno; en segundo lugar, a pesar de las similitudes que pueda haber entre los índices, se hará la medición en las cinco dimensiones, lo cual nos permitirá contrastar los resultados y verificar en qué condiciones se tienen los niveles más altos de segregación residencial; en tercer lugar, se dividirá a la población en grupos a partir de múltiples variables, entre las que destacan el ingreso y la educación; en cuarto lugar, la escala de agregación será a nivel de colonias y no de AGEBS, que es como la mayor parte de los estudios se realizan por la facilidad de obtención de la información, quedando lejos de expresar lo que en realidad sucede dentro de las áreas reconocidas política y administrativamente en los estados del país; y finalmente, se explotará la cualidad comparativa que mantienen las zonas de estudio que, además de tratarse de conurbaciones, su superficie territorial no discrepa demasiado y pertenecen a la misma región, pero cada una mantiene ciertas particularidades morfológicas y de vocación productiva que posibilitarán clarificar si estos aspectos tienen incidencia en los procesos segregativos.

Una característica que hace aún más interesante los resultados que obtendremos es la posibilidad de realizar un análisis comparativo de la situación segregativa de tres zonas conurbadas con características distintas. Colima-Villa de Álvarez se consolida como ciudad central, Tecomán-Armería como una zona de producción con orientación agrícola y Manzanillo-El Colomo como una zona portuaria e industrial. Los contrastes vinculados con



la distribución residencial de la población que de aquí se desprendan, podrán ser entendidos como la construcción de nuevo conocimiento. Cabe señalar que la interpretación de los resultados de los índices estará relacionada estrechamente con la escala de agregación que vamos a utilizar, por lo que a otra escala de análisis podría haber variaciones.

### *3.2. Conurbación: concepción inicial y actual*

Una vez definida la forma de entender a la ciudad, es necesario precisar que existen varias clasificaciones para las mismas dependiendo de sus características demográficas, territoriales, económicas o funcionales, dentro de las cuales se insertan las conurbaciones. En este sentido, en 1915, al final del segundo periodo de la revolución inglesa, Patrick Geddes fue el primero en utilizar el término de conurbación para referirse a un hecho físico, de orden urbano-social, que implica ciudades y agrupaciones urbanas más pequeñas que las zonas metropolitanas, las cuales son resultado del proceso de crecimiento territorial periférico y de la coalescencia de áreas urbanas autónomas.

La conurbación, desde la perspectiva de Geddes (1960), se trata de dos regiones urbanas que, debido a su expansión, se convierten en una sola agrupación, creando conexiones en diversos puntos, manteniendo densidades de población altas sobre las principales vías de comunicación y guardando una estrecha relación funcional. En este tipo de asentamientos, las poblaciones y centros industriales se unen en vastas regiones urbanas o “conurbaciones”, dando paso a nuevas formas de agrupación social, residencial, económica y de gobierno, organizadas de acuerdo a las lógicas de producción. Parte del proceso de formación de estas conurbaciones también tiene que ver con la extensión y aceleración de los medios de comunicación (autopistas, aeropuertos, etc.), exigiendo análisis más extensos (de su conjunto) y particulares.

La diferencia más radical entre la conceptualización de Geddes y las construidas posteriormente para referirse a las conurbaciones es, quizá, la escala de apreciación del proceso, ya que estas últimas se vinculan específicamente con la tendencia a generar continuidad espacial por el choque físico de dos o más núcleos urbanos, dejando de lado la importancia del resto de los elementos que conforman el sistema urbano. Mientras la primera abarca un tipo de coalescencia interregional, en un sentido extenso y complejo derivado del

carácter evolutivo y cambiante de las estructuras urbanas, las que han surgido en la actualidad tienen un sentido espacial acotado a una escala local que, aunado a la cotidianeidad con que sucede, hace más sencilla su comprensión.

Para la Universitat Jaume I (2005), con un enfoque geográfico y urbano, la conurbación es el resultado de la fusión entre diferentes ciudades, donde el crecimiento urbano acaba por provocar la unión física de sus respectivas periferias, entendiéndose como el paso previo a la configuración de un área metropolitana. En este tipo de áreas conurbadas es común que la zonas industriales, habitacionales o comerciales entren en contacto, conformando estrictos nexos funcionales donde las intensas dinámicas de movilidad que se suelen desarrollar hacen imperceptible cuándo se está dentro de una ciudad u otra, naturalizando la acción de pasar de un sitio a otro en cualquier momento.

De forma similar y desde la geografía, López Trigal (2015) menciona que las conurbaciones hacen alusión a un grupo de ciudades que en un principio se encuentran separadas físicamente pero, en su proceso de evolución, se aproximan y se juntan. Señala también que puede considerarse como una aglomeración policéntrica de ciudades en un territorio continuo o en una amplia área urbanizada, donde los núcleos urbanos se encuentran próximos y los entornos suburbanos colindan entre sí, conformando un continuo urbano que promueve una gestión unificada o intermunicipal. Esto sucede por el desvanecimiento de los límites político-administrativos entre una ciudad y otra, bien como producto de la expansión urbana periférica o bien por la absorción de ciudades pequeñas por otra de mayor tamaño, en ambos casos habiendo contigüidad física y funcional.

Por su parte, el Congreso del Estado de Colima (2017) define a la conurbación como un fenómeno más que como un proceso. Se presenta cuando dos o más centros de población forman, o tienden a formar, una sola unidad física urbana. En el mismo sentido, la Real Academia Española (2001) señala que la conurbación es un conjunto de varios núcleos urbanos inicialmente independientes y contiguos por sus márgenes, que al crecer acaban formando una unidad funcional. En ambas definiciones, la concepción de las conurbaciones tiene como raíz la interacción entre varios centros o núcleos de población autónomos con algún grado de proximidad física, los cuales se conjugan creando un área urbana de mayor tamaño que, como expone López Trigal (2015), adquiere un carácter policéntrico.

Sin embargo, el hecho de formar una unidad física urbana única es subjetivo, pues se refiere a un imaginario en el que ambos centros de población que conforman la conurbación son vistos como un todo, pero objetivamente cada uno sigue distinguiéndose del otro conservando sus características territoriales, demográficas y culturales. Lo anterior es confirmado por el Thesaurus (2019), donde una conurbación es entendida como un área urbana extensa resultante de la expansión de varias ciudades o regiones urbanas, causando coalescencia entre ellas pero conservando cada una su propia identidad. Es decir, se produce un encuentro físico, demográfico y funcional, pero las cualidades distintivas de cada ciudad que forma parte de una conurbación se mantienen.

El origen del término hace referencia a una larga y densa congregación urbana densamente poblada, formada por el crecimiento y la coalescencia de pueblos o ciudades individuales. Al respecto, el Congreso General de los Estados Unidos Mexicanos (2016) menciona que una conurbación admite continuidad física y demográfica entre dos o más centros de población. Observamos que sigue interpretando a las conurbaciones como áreas urbanas detonadas por la unión de distintas ciudades, pero el elemento densidad poblacional adquiere importancia ya que, si bien había sido poco mencionado hasta ahora, es sin duda una característica intrínseca de las conurbaciones del siglo XXI.

La Biblioteca virtual Luis Ángel Arango (2017) explica a las conurbaciones como el proceso por el cual un área urbana crece a partir de su unión con poblaciones vecinas; y como un fenómeno producto de la industrialización y el acelerado crecimiento de la población urbana. En ambos casos, se hace alusión a la manera en que las ciudades en desarrollo terminan por integrar a su red urbana lugares pequeños menos poblados. Algo peculiar es que se utilizan las expresiones de proceso y fenómeno para describir la conurbación, haciendo conflictiva la interpretación de lo que realmente es. No obstante, podría inferirse que, como resultado de los fenómenos de industrialización y crecimiento demográfico, el proceso de conurbación se promueve.

Una conceptualización más amplia es la de Moreno Jaramillo (2008)<sup>10</sup>, teniendo que la conurbación es un fenómeno mediante el cual dos o más ciudades, independientemente de

---

<sup>10</sup> Las conceptualizaciones de Moreno Jaramillo (2008), Isaza Guerrero (2008), Alarcón Barrera (2015), Cujabanty Villada (2016) y Chiarella Quinhoes (2005) al ser autores de origen colombiano y este último

su tamaño, características propias y de la adscripción administrativa que posean, se integran territorialmente. Vemos que sigue conservando el sentido de continuidad espacial, lo cual remite a la integración física como hecho material, generando diversas dinámicas de interacción social, cultural, política, económica, etc. Estas dinámicas tienen su reflejo negativo en la cuestión político-administrativa, ya que la diferencia de intereses genera tensiones y rupturas que muchas veces se traducen en repercusiones territoriales.

Asimismo, Moreno Jaramillo (2008) y Cujabanty Villada (2016) exponen que, además de considerarse como fenómeno, la conurbación puede ser entendida como el proceso de “juntamiento” o “pegamiento” que “da lugar a una nueva territorialidad a modo de un rizoma que extiende sus tallos horizontalmente bajo el suelo, para emerger de nuevo a la superficie con la forma de más vida” (Moreno Jaramillo, 2008, p. 2). Esta analogía hace referencia a la conurbación como proceso totalmente, ya que en el momento en que dos núcleos urbanos alcanzan un nivel de desarrollo tal que sus límites territoriales se desvanecen y las actividades que se llevan a cabo en ellos tienen incidencia mutua, emerge una nueva unidad espacial de mayor complejidad con carácter eminentemente urbano. Sin embargo, la conurbación no sólo se trata de integración territorial, sino también de integración social, habiendo encuentros y desencuentros simultáneos que suceden de forma cotidiana, y que van a determinar la estructura socioespacial de la misma.

Así pues, las ciudades funcionan como un tejido urbano donde tienen lugar una serie de acontecimientos económicos, sociales, territoriales, políticos, entre otros, que posibilitan su existencia, manteniendo un carácter cambiante que se ajusta a las necesidades que se hacen presentes con el tiempo como producto de su expansión. Las conurbaciones, en cambio, aparecen como un tejido más complejo, formado por la unión de otros tejidos con características distintas, abriendo camino para la heterogeneidad como su característica principal. Aquí convergen diferencias de todo tipo, consolidándose contextos culturales, sociales y urbanos diversos de complejidad creciente por las constantes dinámicas de interacción entre ciudades. En otras palabras, se crean nuevas territorialidades en las que las

---

peruano, pueden mostrar características que las diferencien de aquellas elaboradas por autores mexicanos, país donde se desarrolla el estudio. Sin embargo, son utilizadas para comprender el tipo de ciudad al que nos estamos enfocando pues, aunque se trata de países distintos, conservan grandes semejanzas en el entendimiento del modelo de ciudad conocido como conurbación.

delimitaciones político-administrativas se erigen como una problemática para su administración y gestión.

Por otra parte, Isaza Guerrero (2008) y Hernández Licona (2008) hablan sobre las conurbaciones, con sentido geográfico y urbano, como el proceso y resultado del crecimiento de varias ciudades o centros urbanos que terminan por integrarse en un solo sistema que suele estar jerarquizado, el cual puede ser encabezado por una o varias de ellas pero siempre manteniendo relativa independencia funcional y dinámica respecto al resto. Entonces, un área conurbada se compone de diferentes ciudades (dos o más) que se distinguen funcional y orgánicamente, conservando cada una su organización espacial propia, actividades, dinámicas, recursos económicos, centro y periferia, grupos sociales, personalidad y cultura (Hernández Licona, 2008).

A diferencia de lo que se ha expuesto hasta el momento, al hablar de conurbación no está implícito el contacto físico entre las fronteras o perímetros urbanos o rurales de los sistemas que interactúan, sino que la conexión puede darse a través de vías de acceso o la cercanía entre sectores suburbanos de las regiones colindantes (Isaza Guerrero, 2008). Es decir, desde el punto de vista espacial, para consolidarse una conurbación la continuidad física de los espacios construidos no es indispensable, sino que basta con el enlace de las áreas suburbanas (Hernández Licona, 2008).

Otro de los efectos que acompañan el proceso de conurbación de ciudades es la obligatoriedad de las pequeñas regiones rurales de adquirir un carácter más urbano como consecuencia del crecimiento de un núcleo central que termina por absorber a otros grupos urbanos periféricos también en crecimiento. De acuerdo con Isaza Guerrero (2008), para Estébanez y Aguilera (1981) esto es lo que se conoce como conurbación, es decir, la aglomeración de varios centros de población que, debido a la expansión de sus núcleos urbanos, ejercen presión en las periferias rurales para adoptar modelos de organización territorial más urbanos y formar conexiones entre sí.

De forma más puntualizada, Alarcón Barrera (2015) define la conurbación como “una aglomeración producida por la tendencia a generar espacialidades continuas y funcionales entre dos núcleos urbanos” (Alarcón Barrera, 2015, p. 101). Sin embargo, un núcleo urbano

no está limitado a formar parte de una sola conurbación, sino que puede participar a la vez en distintos procesos de acuerdo a la relación que guarde con otros núcleos urbanos. De esta forma, las interacciones de las nuevas estructuras urbanas que se generan se vuelven más intensas, y lo que es entendido como el diálogo entre ciudades, más complejo.

Para el caso mexicano, el INEGI et al. (2012) se refiere a las conurbaciones como una conformación urbana que resulta de la continuidad física entre dos o más localidades geoestadísticas o centros urbanos, constituyendo una sola unidad urbana de al menos 15 mil habitantes. Pueden aparecer como intermunicipales o interestatales si su población oscila entre 15 mil y 49 mil 999 habitantes, e intramunicipales si superan este rango poblacional. Por su parte, el INEGI et al. (2010) habla de la conurbación como la continuidad física y demográfica que tienden a formar dos o más centros de población. Estas últimas definiciones se limitan por completo a una cuestión física y demográfica, sin llegar a exponer a la conurbación como proceso, fenómeno o sistema, y mucho menos referir los aspectos funcionales que conlleva, evidenciando la simplificación que se ha venido dando al entendimiento del concepto, lo cual no es favorable.

A partir de su concepción, el término ha evolucionado refiriéndose, en la actualidad, a dos o más ciudades contiguas que se expanden, en un sentido urbano, hasta unirse, tomando una de ellas el papel de ciudad principal, perdiendo de vista la noción evolutiva y funcional. No obstante, para algunos autores, utilizar el término de conurbación resulta conflictivo, ya que con las nuevas formas que ha adoptado la urbanización, volviéndose más difusa, fijar límites en las áreas urbanas se ha vuelto una cuestión compleja surgiendo otras designaciones, aunque más orientadas hacia regiones urbanizadas de mayor talla como las megalópolis. Éstas no van más allá de ser áreas metropolitanas contiguas en crecimiento (hacia el exterior) que terminan por establecer una relación, absorbiendo pequeños centros periféricos que en algún momento fueron núcleos urbanos próximos (Isaza Guerrero, 2008; López Trigal, 2015).

Después de la discusión anterior, sobre cómo pueden ser entendidas las conurbaciones, es necesario aclarar algunas cuestiones. En primer lugar, la concepción de conurbación desde los principios evolutivos sólo es mantenida por López Trigal (2015) y Geddes (1960), implicando una visión amplia del proceso de unión entre distintas regiones

urbanas que va más allá de la simple unión física y demográfica. De esta forma, las conceptualizaciones recientes han reducido su radio de influencia simplificando lo que las conurbaciones en realidad representan para el urbanismo y la sociedad.

En segundo lugar, se habla de la conurbación como fenómeno y como proceso, aunque nuestra fijación está más orientada a esta última noción. Si bien podemos decir que se trata de un fenómeno, éste es resultado de un proceso de expansión urbana donde participan dos o más ciudades que unen sus límites físicos para establecer una relación funcional y generar una continuidad espacial. La ejecución de ese proceso de integración de múltiples núcleos urbanos determina la consolidación de un sistema urbano más amplio no sólo territorialmente, sino que también las problemáticas relativas a los aspectos sociales, económicos, políticos, ambientales u otros aumentan su escala y ahora debe haber participación de cada una de las partes que integran la conurbación para resolverlas.

En tercer lugar, los autores utilizan de manera indistinta los términos de unión y fusión para referirse a la continuidad física que acompaña el contacto entre dos ciudades, conformando un ente urbano de mayor magnitud. Sin embargo, bajo nuestro criterio, la forma correcta de entender a las conurbaciones es como la unión de dos o más ciudades próximas entre sí que terminan por consolidar múltiples interrelaciones al grado que dependen una de otra para su funcionamiento. Por una parte, esto es así ya que una fusión implicaría que los límites político-administrativos se modificaran para dar lugar a una nueva unidad espacial, lo cual es muy poco probable que suceda en el contexto político actual; por otra, si bien existe una estrecha relación entre ambas, cada ciudad sigue conservando sus cualidades culturales y se sigue distinguiendo por las actividades específicas que ahí se realizan.

Así pues, los límites físicos entre las ciudades que conforman una conurbación se diluyen, haciéndose invisibles a simple vista, pero no se modifican políticamente. Se siguen conservando las mismas superficies territoriales, aunque las que sí cambian son cada una de las dinámicas que en estas ciudades suceden, adaptándose a la nueva configuración urbana que surge como producto de la proximidad o unión espacial, sin pasar por alto lo respectivo a la interacción social. De esta forma, hablar de fusión implicaría algo mucho más amplio, más allá de una simple unión física, sino un cambio drástico que promueva el surgimiento de una unidad político-administrativa con cualidades sociales, económicas y culturales únicas,

retomando los aspectos positivos de cada una de las unidades espaciales que permitieron que se originara, conformando una súper ciudad.

Quizá, donde sí tenga cabida el término de fusión, es en las actividades que se desarrollan en las conurbaciones, ya que las ciudades que pertenecen a las mismas se complementan unas a otras volviéndose dependientes entre sí, pero difícilmente van a ser modificadas en todos los aspectos en su totalidad. Por ejemplo, si lo trasladamos al ámbito territorial, a pesar de que haya una combinación de actividades y por más fuertes que se vuelvan las relaciones de cualquier tipo, cada ciudad perteneciente a la conurbación seguirá manteniendo su misma superficie, al igual que sus límites político-administrativos.

Por otra parte, también se habla de forma indiscriminada de centros urbanos, núcleos urbanos, regiones urbanas, aglomeraciones urbanas, ciudades, haciendo necesario definir, de acuerdo al sitio de análisis, la forma de referirse a estas unidades espaciales urbanas cuyo contacto físico y funcional permite la consolidación de una conurbación. Si no iniciamos por entender qué tipo de territorios producen conurbaciones al unirse, difícilmente podremos explicar lo que una conurbación es y representa.

Aunque debemos estar conscientes de que las interpretaciones territoriales que se propongan para este fenómeno mucho dependerán del país origen y de la escala con que se observe, existe una diferenciación importante entre aglomeración urbana y conurbación. Mientras que en la primera hay continuidad espacial pero no independencia funcional ni dinámica, la conurbación representa la expansión de una ciudad que termina por dirigir las dinámicas que suceden en el resto de núcleos urbanos vecinos que se integran físicamente para formar un todo continuo, donde la combinación territorial modifica la organización del espacio apareciendo un nuevo centro y una periferia, articulados por medio de subcentros (Hernández Licona, 2008).

Otra distinción que consideramos necesaria está relacionada con el proceso de conurbación en los países del primer y tercer mundo. En aquellos sitios de mayor poder, considerados de primera industrialización, el proceso de conurbación adopta un carácter regional y está asociado a un modelo de desarrollo industrial en el que varias ciudades dirigen las transformaciones urbanas que suceden; en los países más desaventajados o en vías de



desarrollo, las conurbaciones se producen más por el crecimiento urbano derivado de la demanda generada por el incremento de la población, sin haber necesariamente un desarrollo de carácter regional (Hernández Licona, 2008). Menciona Hernández Licona (2008) que un tercer tipo de conurbación se produce cuando dos o más ciudades vecinas se unen para conformar un sistema y una de ellas es de tamaño muy superior a la demás, dominándolas y haciéndolas depender de ella, convirtiéndolas en ciudades satélite.

De acuerdo con Chiarella Quinhoes (2005), diferenciar una conurbación de un área metropolitana también es indispensable. En este sentido, en las conurbaciones prevalece el aspecto morfológico de proximidad territorial, mientras que en las metrópolis lo hace más la relación estructural de las interrelaciones entre los diversos núcleos. Desde su perspectiva, la conurbación responde a “un proceso de urbanización, que establece una determinada estructura territorial urbana y que modela, a su vez, el sistema de relaciones entre diversos núcleos urbanos. En consecuencia, cada estructura territorial urbana conlleva un determinado tipo de gestión” (Chiarella Quinhoes, 2005, p. 85).

La conurbación, entonces, puede ser entendida como una estructura urbana en la que formalmente existen varias ciudades donde cada una es sede de un municipio diferente. No obstante, a pesar de que este proceso de urbanización es frecuente en las metrópolis no es estrictamente necesario, pues se puede presentar entre ciudades de menor tamaño que las áreas metropolitanas (Carmona Londoño & Álvarez Muñoz, 2011).

Independientemente del tipo de unidad espacial, aunque para no entrar en conflicto referiremos que es la unión de dos ciudades la que origina una conurbación, los autores coinciden en varias cuestiones, entre las que destaca la expansión territorial como el principal detonante del proceso de conurbación, haciendo latente la proximidad entre territorios colindantes. Además, concuerdan en las relaciones funcionales que se establecen entre las ciudades que forman parte del conurbano, formando una sola agrupación que, en ocasiones, no presenta continuidad física, sino que se une a través de puntos de conexión, como pueden ser vías carreteras.

De manera concluyente, las conurbaciones se constituyen como elementos urbanos complejos al conectar múltiples ciudades que, por sí solas, ya representan un reto para

comprender su funcionamiento, más si consideramos los nexos que guardan con las comunidades cercanas que se ven obligadas a modificar su naturaleza rural por la urbana. Añade Moreno Jaramillo (2008) que la conurbación (también conocida como el conurbano o el conurbio), entendida como proceso, es un fenómeno que ha sido poco estudiado y, aunque usualmente se analiza sólo como un hecho físico relativo a la conjunción de ciudades en el espacio, es necesario considerar su carácter dinámico.

Asimismo, Alarcón Barrera (2015) menciona que las conurbaciones se han venido distinguiendo por acumular variables negativas con una alta carga social, siendo entendidas como una patología o anomalía urbana que genera desequilibrios en las estructuras territoriales o sistemas espaciales urbanos, representando problemas sociales y urbanos principalmente. En este sentido, y para efectos de nuestra investigación, la conurbación será entendida, retomando los aspectos evolutivos y dinámicos, como *el proceso en el que la evolución de las ciudades propicia su expansión hacia las periferias, suscitando continuidad física con una o más ciudades próximas para constituir una nueva agrupación espacial urbana de mayor magnitud donde se desvanecen los límites político-administrativos para establecer una relación funcional estrecha, adquiriendo un carácter policéntrico que incide directamente en las interacciones sociales y distribuciones espaciales que ahí se desarrollan. No se trata de un proceso estático, sino que es cambiante, siendo direccionado por la ciudad que adopta el papel de principal.*

La revisión del estado del arte junto con la construcción del marco teórico nos permitió identificar las áreas de oportunidad que existen en el campo de estudio de la segregación residencial socioeconómica, la cual se ha desarrollado de forma evidente en el contexto socioespacial de las ciudades contemporáneas, alcanzando una magnitud superior en el área de Latinoamérica. Este fenómeno social y urbano, de grandes implicaciones para la configuración física del territorio, continúa siendo un tema obligatorio en el siglo XXI, más aún si pensamos en la rapidez con la que suceden las modificaciones económicas, políticas, sociales, urbanas y tecnológicas que terminan por influir en la distribución espacial de la sociedad.

Sin embargo, no es correcto ni suficiente concentrar los esfuerzos en analizar lo que sucede sólo en las grandes ciudades respecto a la segregación residencial de carácter

económico, y mucho menos enfocarse en periodos recientes u optar por creer fielmente en lo que la literatura menciona, triada de eventos que se están volviendo tendencia si se habla del caso mexicano. En cambio, es necesario indagar en ciudades de distinto tamaño y naturaleza, ya que el fenómeno no es característico de las zonas metropolitanas, sino que se ha generalizado a todo tipo de ciudades como consecuencia de su acercamiento hacia los procesos globales.

Asimismo, pensar que realizar estudios longitudinales que admitan comparación entre distintos periodos es la única manera de estudiar la segregación residencial sería desacertado, al igual que lo es abarcar únicamente la época actual. Limitarse a estas dos condiciones puede ocasionar sesgos en la comprensión del tema, que en ocasiones tienen que ver con cuestiones de superficialidad o carencia de información con la cual contrastar resultados. De esta forma, es obligada la mixtura de estudios al realizar investigación enfocada en segregación residencial, realzando la necesidad e importancia de aquellos de tipo transversal que enfatizan tanto en épocas pasadas, para generar datos base que permitan entender las características propias de las estructuras urbano-sociales previas, como en la contemporaneidad.

El hecho de profundizar en una temporalidad específica adquiere relevancia al permitir explicar de forma amplia cuál fue el comportamiento del fenómeno en alguna o algunas de sus dimensiones y cómo afectó a la ciudad y la sociedad en ese periodo en particular. Además, posibilita la manipulación de variables e indicadores que en los últimos años se han dejado de recopilar por parte del gobierno federal y sus dependencias censales (INEGI, CONAPO, SEDESOL, etc.), y que son cruciales para verificar si la dirección que han tomado los estudios sobre segregación residencial socioeconómica en las ciudades mexicanas es la más adecuada para captar y exponer la complejidad de su realidad socioespacial.

### *3.3. Pregunta de investigación e hipótesis*

De acuerdo con lo anterior, se plantea la siguiente **pregunta de investigación**:

1. ¿Cuál es la relación existente entre las características que guardan los patrones de segregación residencial socioeconómica de las tres ciudades conurbadas del estado de Colima, considerando las transversalidades institucionales,

culturales y demográficas que asumen al ser parte de un mismo estado, así como sus particularidades territoriales y económicas?

Como **preguntas secundarias** se tienen las que se muestran a continuación:

1. ¿Cuáles son los niveles y patrones de segregación residencial socioeconómica de cada una de las zonas conurbadas, teniendo en cuenta las cinco dimensiones en que se presenta el fenómeno?
2. ¿Cuál de las dos variables aplicadas, nivel educativo o ingreso, registra los mayores índices de segregación residencial socioeconómica y expone patrones segregativos más críticos?
3. ¿Qué relación existe entre la vocación productiva y la morfología urbana de las tres ciudades conurbadas y los niveles y patrones de segregación residencial socioeconómica obtenidos?
4. ¿Qué similitud o discrepancia hay entre el patrón de segregación residencial socioeconómica de otras ciudades medias y las grandes zonas metropolitanas y el de las zonas conurbadas analizadas?

Como **hipótesis** se tiene que:

1. Los patrones de segregación residencial socioeconómica de las ciudades conurbadas del estado de Colima refuerzan la idea de multipolarización socio-urbana, teniendo que las áreas y direcciones sobre las cuales el fenómeno se extiende y se torna más crítico son discrepantes en función de las condiciones morfológicas y de vocación productiva de cada lugar. Sin embargo, en todos los casos la segregación se presenta a escala urbana reducida; se alcanzan niveles superiores al 30.00%, refiriendo situaciones de alta segregación; y las periferias se consolidan como espacios socialmente homogéneos, de forma semejante a lo que sucede en las grandes zonas metropolitanas actuales.

#### *3.4. Objetivo general y específicos*

El **objetivo general** del proyecto de investigación es el siguiente:

Analizar en forma comparada los patrones de segregación residencial socioeconómica de tres ciudades conurbadas, identificando los posibles elementos transversales y de diferenciación que existen entre ellos, así como con los patrones de segregación que exhiben otras grandes y medianas ciudades en la actualidad.

Como **objetivos específicos** se plantean:

1. Conocer el grado de segregación residencial socioeconómica de las zonas conurbadas del estado de Colima.
2. Exponer dos diferentes realidades segregativas (educación e ingreso) de las ciudades conurbadas de México y las cualidades socioespaciales específicas de cada una de éstas.
3. Identificar las respectivas relaciones existentes entre el tipo de estructura urbana y vocación productiva de las conurbaciones (ciudad de servicios, agrícola y portuario-industrial) y la forma en que se reproduce el fenómeno.
4. Relacionar los resultados con los niveles y modelos segregativos urbanos que registran otras grandes áreas metropolitanas y ciudades intermedias para identificar, además de posibles similitudes, discrepancias en sus patrones segregativos vinculadas con la morfología y productividad inherentes de cada lugar.
5. Contribuir al debate de la segregación residencial socioeconómica a través de un análisis comparado enfocado en ciudades conurbadas, las cuales son escasamente consideradas al abordar la temática; y que reúne elementos de multidimensionalidad, multivariable y de desagregación territorial, todos de trascendencia para el análisis del fenómeno.

### *3.5. Justificación*

La segregación residencial socioeconómica se ha venido perfilando, a través de una serie de revoluciones urbanas, como una característica de las ciudades de América Latina -más si nos referimos a aquellas que pertenecen a la época actual-, independientemente del tamaño, en términos de superficie, que éstas presenten. Mucho se ha hablado sobre el aumento del fenómeno y de sus efectos (los cuales abaten mayormente a los estratos más bajos de la

sociedad) como consecuencia de los procesos de globalización a los que se han sumado las grandes, medianas y pequeñas áreas urbanas, con la firme intención de consolidarse como ciudades modernas.

No obstante, pese a los esfuerzos que se han realizado por comprender el comportamiento de la segregación residencial y mitigar sus adversidades a la vez que aprovechar sus bondades, en la literatura se continúa expresando la necesidad de analizar la temática a través de estudios longitudinales. Es decir, las investigaciones sobre este fenómeno deben considerar más de una temporalidad para estructurar una explicación clara del porqué de las modificaciones que ha desarrollado. Lo anterior como consecuencia de los cambios políticos, económicos, tecnológicos, urbanos y sociales que han determinado la configuración de las ciudades contemporáneas, donde la idea de ciudad dual se ha desvanecido para constituirse un nuevo esquema de territorio urbano en el que la organización socioespacial de la población ahora es más compleja.

Sin embargo, abogar en demasía por la cuestión multitemporal ha provocado el descuido de un aspecto fundamental para la comprensión de la segregación residencial socioeconómica, la sincronía. Esto no quiere decir que se está en desacuerdo con la idea de considerar varios periodos y procurar compararlos en los estudios que se hacen de la segregación residencial, pero concentrarse en periodos específicos para conocer a detalle las características segregativas de un momento determinado adquiere mayor significado al posibilitar comparaciones con mayor profundidad de análisis, a la vez que se genera un punto de referencia para las investigaciones posteriores. Así pues, se elabora un estudio sincrónico calculado con variables, índices y ciudades específicas, que difícilmente puede compararse con otros similares, pero significando un avance al considerar el estado actual de la investigación sobre la temática en las ciudades nacionales.

Para el caso mexicano, es complicado elaborar investigaciones de carácter diacrónico al abordar el tema de la segregación residencial. Esto como resultado de las constantes modificaciones en los instrumentos de recolección de datos utilizados en los censos de población y vivienda que elabora el INEGI. La información (variables e indicadores), así como la escala geográfica con la que se recaba, no se mantienen entre un censo y otro, sino que son cambiadas o eliminadas dependiendo de los intereses de la época, imposibilitando

realizar mediciones de los niveles de segregación en distintos puntos en la línea de tiempo y que éstas admitan comparación total.

Por esta razón, el presente proyecto de investigación se consolida como un estudio sincrónico comparado, condición que se busca explotar por su pertinencia para analizar con un nivel de detalle superior la situación de segregación residencial socioeconómica de tres ciudades mexicanas conurbadas en un periodo determinado, siendo éste la década del 2000. Dicha temporalidad es resultado de un exhaustivo trabajo analítico de la información contenida en las bases de datos del INEGI, concluyendo que es el único momento susceptible para verificar la realidad de la situación segregativa de este tipo de ciudades implementando dos variables de alto poder de segmentación social: nivel educativo (o de instrucción) y nivel de ingresos.

Asimismo, se han detectado una serie de vacíos de conocimiento que es necesario subsanar. Destacan, la falta de análisis de ciudades de menor tamaño que las zonas metropolitanas (por ejemplo las conurbaciones), la utilización de una escala de desagregación que permita reflejar contundentemente cómo se distribuye la población residencialmente en el territorio urbano (escala de colonias para el caso mexicano), la aplicación de una metodología cuantitativa amplia que abarque las cinco dimensiones del fenómeno determinando los niveles de segregación de cada una de éstas y, por último, la elaboración de una estratificación de la población que permita la aplicación de los algoritmos de cálculo, basada en un análisis detallado de las variables educación e ingresos.

En este sentido, esta investigación pretende ser un avance en la producción de conocimiento sobre segregación residencial socioeconómica al abordar como área de estudio las tres zonas conurbadas del estado de Colima (Colima-Villa de Álvarez, Tecomán-Armería y Manzanillo-El Colomo), realizando un análisis cuantitativo global en el que se medirán los niveles de segregación de cada ciudad integrando las cinco dimensiones en que se puede presentar dicho fenómeno sociourbano: uniformidad, concentración, exposición, centralidad y agrupamiento. Además, se elaborará una estratificación social a partir de los datos proporcionados por el INEGI, poniendo especial atención a los resultados que se desprendan de utilizar la variable ingresos, ya que si bien el nivel educativo tiene relación con la posición que ocupan los sujetos en la escala socioeconómica, éste no es determinante.

La desagregación del estudio será a nivel de colonias, y se tomará como referencia el año 2000 para verificar el comportamiento de la distribución de grupos sociales en tres ciudades medias de tipo conurbado que conservan características particulares en su forma urbana y vocación productiva. Esto permitirá generar un conjunto de datos que servirán como referencia al analizar, en años más recientes, las condiciones segregativas de estas tres ciudades conurbadas, denotando aquellas cualidades socioespaciales que se pueden seguir observando y las que se han modificado. De esta forma, se favorece una comprensión más amplia del fenómeno, revelando los sesgos de información que los investigadores en la temática podrían llegar a tener.

Como ya se mencionó, la elección del periodo es producto de una revisión de la información censal de la que se dispone, teniendo que para la desagregación del espacio urbano y el tipo de variables que se están trabajando sólo existen datos que admiten comparación en el año 2000. En el caso del censo de población y vivienda de 1990, la información que se recaba podría ser comparable con la del 2000, sin embargo, la escala de desagregación de los datos no lo permite. En cambio, en el censo realizado en 2010, que se posiciona como el más actual, la información referente a ingresos ya no es recolectada y los indicadores de la variable educación son modificados, impidiendo realizar comparaciones absolutas con censos anteriores, e incluso entre variables del mismo censo, a pesar de que la desagregación de datos que se maneja sí lo admite.

Por otro lado, la selección de las áreas de estudio parte de una investigación realizada en la conurbación Colima-Villa de Álvarez en 2017, la cual evidenció modificaciones en el patrón tradicional de segregación residencial que se tenía anteriormente, presentando una situación similar a lo que sucede en las grandes zonas metropolitanas de México y de otros países como Chile o Argentina, donde se ha reducido la escala urbana del fenómeno acercando físicamente a personas de distinta posición socioeconómica, configurándose un área a manera de cono en la que se ubican los estratos de élite. De acuerdo con esto, surge la necesidad de conocer si, para la década planteada, se tienen resultados similares, demostrando que las modificaciones socioespaciales comenzaron a suceder a finales del siglo XX o principios del XXI en este tipo de zonas urbanas.



De esta forma, estudiar un modelo de ciudad que mantiene dinámicas sociales y urbanas de menor magnitud, pero que es considerado de alta complejidad por no seguir las lógicas de crecimiento de las grandes zonas metropolitanas y albergar climas de inestabilidad social y urbana, servirá como fundamento para explicar los procesos de organización socioespacial de las grandes ciudades y el porqué de los mismos, así como para examinar si la segregación residencial es determinante para la morfología urbana, o si la vocación productiva junto con la morfología urbana condicionan la reproducción de la segregación y la forma que adoptan sus patrones socioespaciales, o si es que existe una relación dialéctica. Ya que ahora, los efectos de la segregación residencial socioeconómica se han extendido exponencialmente, e inciden en el funcionamiento de todo sitio urbano por más pequeño o grande que este sea.

Así pues, otro de los aportes, y quizá el de mayor relevancia, será la elaboración de un análisis comparativo de la situación de segregación residencial socioeconómica de las tres zonas conurbadas, identificando el tipo de estructura urbana y giro económico que promueven en mayor o menor medida la separación socioespacial, las tendencias segregativas que mantienen en común y aquellas en las que discrepan, y la relación que guardan la situación económica de los habitantes, su posición geográfica en el espacio urbano y los valores de los índices de segregación. En el mismo sentido, se realiza una comparación con la condición segregativa de otras grandes zonas metropolitanas y ciudades intermedias, verificando si las ciudades conurbadas tienen patrones socioespaciales similares o si éstos difieren, explicando las posibles causas de lo que resulte estar sucediendo y el probable papel que juegan los instrumentos de planeación en la reproducción de este fenómeno.

Si bien, la continuidad de los estudios sobre la temática será una necesidad latente en el futuro, puesto que las ciudades se seguirán modificando de acuerdo a las lógicas de la época en curso, conocer sus cualidades en un punto temporal específico, lo más cercano a la actualidad, a través de la medición de los índices que han sido elaborados para determinar los niveles con que se presenta en las ciudades, permitirá plantear acciones que, desde la política pública, puedan apoyar en la disminución de sus efectos más preocupantes, como la estigmatización. Sin embargo, algunos autores mencionan que la segregación no es un

fenómeno independiente que nace por sí solo, sino que es producto del aumento de la desigualdad y la pobreza.

Entonces, mientras no se resuelvan las problemáticas que abren paso a su origen, cualquier intento por suprimirla únicamente logrará aminorar sus repercusiones. De aquí parte la importancia de analizar, por medio de valores (objetivamente), la magnitud de la segregación que está presente en las conurbaciones, para así acercarnos a soluciones urbanas y sociales que permitan disminuir, en mayor medida, los efectos negativos asociados a la segregación residencial de la población dentro del territorio urbano o, de lo contrario, explotar dicha situación, buscando generar relaciones sociales más sólidas que tengan un impacto positivo en la ciudad. Se trata de fortalecer ese acercamiento físico de grupos, que ya se está generando, a través de acciones de integración social que permitan crear configuraciones socioespaciales equitativas en más de un sentido, es decir, más allá de lo territorial.

Es de considerar que, aunque se está abordando un fenómeno que involucra cuestiones sociales y cuyo análisis debería incluir más de un enfoque de investigación, su complejidad es tal que hace falta diseccionarlo para poder comprenderlo en su forma más básica, entendida como la distribución de todo el espectro de grupos sociales en el territorio urbano que comprende una ciudad, antes de estudiarlo con mayor profundidad e implementar métodos cualitativos. Y es que esto es lo que se intenta realizar con la estrategia de investigación que se explica detalladamente en el siguiente capítulo.

## **CAPÍTULO IV. ESTRATEGIA DE INVESTIGACIÓN**

Como conclusión del marco teórico se ha expuesto la pregunta, la hipótesis y los objetivos que van a direccionar la investigación. Para contestar la pregunta y poner a prueba la hipótesis se diseñó una estrategia de investigación, cuya finalidad es captar la realidad de la situación segregativa de las ciudades de menor tamaño del país, en este caso las conurbaciones, demostrando cómo se ha comportado el fenómeno durante la década del 2000. De acuerdo a lo anterior, en este capítulo se explican, en un primer momento, las posturas ontológica y epistemológica adoptadas, pues todo conocimiento nuevo que se pretenda generar debe tener un sustento teórico de referencia.

Posteriormente, se abordan el tipo de investigación que se está realizando y la metodología. Se trata de un estudio comparado de casos (entre las tres zonas conurbadas del estado de Colima) con carácter sincrónico y de alcance correlacional-explicativo. Es decir, se hace el análisis comparativo de los niveles de segregación de las conurbaciones (tres) en el periodo establecido (2000) y de la viabilidad de las variables implementadas para su medición, lo cual permite identificar tendencias distintivas para cada uno de los tres casos (si aplicara). Asimismo, se explica la relación entre los índices de segregación residencial socioeconómica y los patrones de distribución espacial-residencial de los grupos de población, verificando si hay similitudes con lo que sucede en las grandes zonas metropolitanas o si este modelo de ciudad conserva particularidades segregativas.

En cuanto a la metodología, ésta es entendida como lo que debemos hacer, desde una posición de observadores del mundo actual, para producir conocimiento de trascendencia ante la incertidumbre de los fenómenos urbanos y sociales que se han consolidado como principales en la época contemporánea. Así pues, se recurre al enfoque cuantitativo para analizar objetivamente el comportamiento de los procesos socioespaciales (o de segregación), relacionados con la ubicación residencial, que aquejan a las ciudades conurbadas actuales, dilucidando de esta manera las modificaciones que se han producido en los patrones tradicionales de organización espacial de la población urbana en un punto específico en el tiempo.

En el mismo sentido, se hace el análisis operativo (estrategia de verificación) del fenómeno de investigación. Se muestra la variable dependiente, entendida como los patrones de segregación donde las diferentes formas de expresión del fenómeno (uniformidad, concentración, exposición, centralidad y agrupamientos) actúan como indicadores; e independiente, que comprende la condición socioeconómica de los habitantes y cuyos principales indicadores son las características educativas de la población y sus ingresos. Ambos indicadores son utilizados para llevar a cabo la delimitación de grupos sociales (mayoritario y minoritario) que servirán como base para el posterior cálculo de los distintos índices de segregación.

Igualmente, se exponen los algoritmos, o métodos de análisis, seleccionados para cuantificar cada una de las dimensiones de la segregación y que apoyan la aproximación deductiva indirecta que se hace, la cual permite entender procesos y cambios en fenómenos de carácter social-urbano como lo es la segregación residencial socioeconómica. Esto es, a partir de premisas particulares y una universal, así como de la comparación entre ambas, se podrán inferir conclusiones generales, utilizando una escala de análisis, o de desagregación del territorio urbano, a nivel de colonias.

Además, se muestran detalladamente las fuentes de información, las técnicas de investigación, los instrumentos, las herramientas y las unidades de observación, así como la ética que debe prevalecer en el investigador respecto al manejo de los datos, resguardando la confidencialidad de las personas e instituciones que sean partícipes en el aporte de información. La intención principal es clarificar cómo se llevará a cabo la investigación justificando cada uno de los procesos, ya que en su conjunto nos permitirán obtener los resultados que someterán a prueba la hipótesis, evidenciando los cambios que han tenido los patrones tradicionales de segregación residencial socioeconómica de las zonas conurbadas del estado de Colima, las relaciones que guardan entre sí y aquellas que mantienen con ciudades de magnitud superior.

#### *4.1. Ontología y epistemología*

La ontología se define como la rama de la filosofía que se ocupa de organizar la realidad, así como de estudiar la naturaleza del ser y la existencia. Además, “busca identificar...las

condiciones esenciales que determinan la identidad y la existencia de las cosas” (Posada-Ramírez, 2014, p. 72).

Según Parada Corrales (2004), al hablar de ontología también nos referimos a una descripción de lo que como científicos urbanos y sociales consideramos que es la realidad. Entonces, establecer una ontología vinculada con el fenómeno que se está abordando en esta investigación (entendido como una parte de la realidad), en la cual se explique el porqué de su origen, se puede considerar como la base en el proceso de construcción de una metodología adecuada para su análisis.

Como se ha expuesto con anterioridad, las ciudades, desde el principio de su existencia, han albergado una estructura urbana y social específicas determinadas por las dinámicas, mayormente políticas, sociales y económicas, de la época en curso. La interacción entre estas dinámicas terminó por detonar localizaciones diferenciadas de los grupos sociales dentro del territorio urbano, ocasionando el surgimiento de los procesos segregativos residenciales condicionados por la capacidad adquisitiva de los sujetos.

De esta forma, tiene su origen la segregación residencial socioeconómica que, en un inicio, cuando las ciudades se empezaban a establecer como tal, la diferenciación entre estratos sociales altos y bajos, de acuerdo a su ubicación en el espacio urbano, era evidente. Sin embargo, con el paso del tiempo, el aumento en la complejidad de las propias ciudades ocasionada por su crecimiento, abrió paso a una serie de transformaciones en el fenómeno socioespacial de interés, teniendo cambios en la forma de organización residencial de la población. Ahora, ya no es tan claro donde se ubican ricos y pobres, sino que se ha trazado un escenario multipolarizado donde el valor de un sitio está determinado más por ideologías sociales que por los beneficios que éste sea capaz de ofrecer, por ejemplo, cercanía al centro de la ciudad, escuelas o trabajo.

Así pues, la relación sociedad-espacio expuesta anteriormente se constituye como la realidad de las ciudades que se pretende analizar. Menciona Franceschi (1929) que lo real es todo aquello que incide con fuerza en nuestro vivir, y es que la segregación es real, ya que se ha posicionado como uno de los fenómenos que representa mayor impacto en las ciudades contemporáneas, incidiendo en su funcionamiento al distanciar socialmente, aunque no

físicamente, a la población. Asimismo, se trata de un hecho socioespacial donde participan los sujetos a través de su forma de pensamiento estructuralista, el cual marca diferencias de acuerdo a una escala social que se traduce en el territorio urbano.

En función de estas características, esta investigación parte de un planteamiento ontológico subjetivo en el que la realidad se vuelve el conjunto de procesos socioespaciales que se llevan a cabo en las ciudades, donde la residencia y la capacidad económica de los habitantes toman un papel determinante formando estructuras sociales jerarquizadas que se delimitan a través del espacio urbano. Si bien, se trata de una de las múltiples realidades que se pueden abordar, pues cada investigador es capaz de construir su propia realidad en función de sus intereses, pretende ser la indicada para cumplir con los objetivos planteados.

Ahora bien, al igual que la ontología, es necesario dejar claro qué postura epistemológica se va a utilizar. En este sentido, la teoría estructuralista, que nace a partir de la aplicación del concepto estructura por parte de Ferdinand de Saussure en 1916, es la que se considera adecuada para esta investigación. La realidad, que desde esta corriente de pensamiento se observa, tiene que ver con un mundo estructurado, en el que las jerarquías sociales o, lo que es igual, la lucha de clases, se hacen inminentes causando diferenciación socioespacial en el territorio urbano.

Teniendo en cuenta que el estructuralismo refiere que una totalidad está constituida por elementos o fenómenos relacionados entre sí, cuyo valor radica en el conjunto de relaciones que éstos mantienen con los demás y no sólo por formar parte de esa totalidad, se infiere que lo importante de una estructura no son los elementos, sino sus relaciones. Entonces, la estructura o totalidad que se va a explicar y a la cual se intentará dar significado es la ciudad, basados en una realidad en que las relaciones de poder (económico) que existen entre la sociedad y el espacio urbano van a definir los patrones de organización socioespacial.

Es evidente que, al hablar de ciudad, el espectro de posibilidades para encontrar relaciones entre los elementos, más si aludimos a la sociedad y al territorio urbano, se vuelve inmenso y complejo. Sin embargo, con apoyo de los principios explicativos estructuralistas, se pretende tener una visión lo suficientemente amplia, y a la vez acotada, de la segregación residencial socioeconómica al descomponer y analizar el fenómeno en cada una de sus partes,

dilucidando las relaciones que guardan entre sí y sus efectos hacia a la ciudad. Pese a que los fenómenos sociourbanos son difícilmente reducibles a cuestiones matemáticas debido a la actuación de sujetos sociales, mantenerse al margen de lo estrictamente científico y cuantificable es necesario, ya que esta condición permitirá mensurar aquellos elementos que alteran la estructura socioespacial de la ciudad.

Si bien la segregación, al construirse por una conjunción de relaciones donde tiene cabida lo social, adquiere la cualidad de ser subjetiva, limitarnos al estudio de su parte objetiva o cuantitativa es primordial para comprender en principio los mecanismos que alteran su forma de manifestación en el territorio urbanizado. Mencionan Neri & Anthony (2015), que el estructuralismo vino a dar un sentido objetivo a los análisis que involucran a la sociedad y al territorio urbano por posibilitar el análisis de la estructura de los elementos que conforman una estructura de mayor envergadura.

Aunque la perspectiva estructuralista ha sido criticada por reducir la visión globalizada que se recomienda tener de la segregación, es esa misma acotación la que nos permite tener un mayor entendimiento del tema, pues se trata de un fenómeno multidimensional complejo que es necesario comenzar a comprender desde su forma más básica, los modelos de organización socioespacial en la ciudad. No obstante, la organización social del espacio involucra demasiados campos y se refiere a demasiados elementos que obligan a seleccionar sólo ciertas características significativas para abordarla, facilitando la comprensión de una de sus muchas formas de expresión (Castells, 1974). De esta manera, el nivel económico se vuelve un elemento clave para la reproducción de la segregación residencial si hablamos de Latinoamérica.

Esta combinación de ideas estructuralistas<sup>11</sup> y un tanto marxistas es la que va a soportar la visión de la Escuela Sociológica de Chicago, la cual se posiciona como el principal sustento teórico de esta investigación derivado de su preocupación ante los

---

<sup>11</sup> Autores como Checa-Olmos, Arjona-Garrido, & Checa-Olmos (2011), Cortés (2008) y White (1983), consideran que la inclinación hacia el pensamiento estructuralista puede sesgar la forma de entender la segregación residencial socioeconómica, pues también atañe cuestiones cualitativas. Sin embargo, en la literatura se expresa la factibilidad de analizar el fenómeno bajo esta óptica debido a su complejidad y al carácter multidimensional que adopta. De esta manera, se pueden comprender aspectos particulares de la organización socioespacial en las ciudades que, vistos en conjunto, permiten ampliar el conocimiento sobre la temática.

problemas sociales y urbanos confrontados por las ciudades a principios del siglo XX. La importancia de este movimiento de análisis de los fenómenos socioespaciales radica en su entendimiento de la realidad, teniendo que la estratificación social (estructura social), al igual que la organización territorial (estructura urbana), no son elementos estáticos, sino que son de naturaleza cambiante, por lo que se han venido ajustando de acuerdo a las lógicas económicas, políticas y sociales que ha desencadenado cada una de las revoluciones urbanas planteadas por Ascher (2007).

Particularmente, la Escuela de Chicago se ocupó de combinar la teoría y los estudios etnográficos para analizar los patrones socioespaciales de la ciudad, a la cual visualizaba como un laboratorio de investigación, considerando el sentido de pertenencia de los distintos grupos sociales hacia su lugar de residencia y sus dinámicas de interacción. De acuerdo con Azpúrua Gruber (2005), esta escuela promueve la utilización de procedimientos científicos e instrumentos, como la explotación de fuentes documentales, para la interpretación de la realidad social en busca de una aproximación científica. El objetivo es elaborar e implementar metodologías más tangibles o cuantificables, pero que sigan siendo capaces de explicar los fenómenos derivados de la correlación que se crea entre la sociedad y el espacio urbano.

Santos (2008) apoya lo anterior al afirmar que el interés de la escuela estaba focalizado en la problemática sociourbana, manteniendo un carácter empírico que fungía como su signo distintivo, a la vez que visualizaba a la sociedad como un conjunto de grupos sociales en constante interacción. Entonces, la segregación residencial, que comenzó a ser estudiada con perspectiva global durante las primeras décadas del siglo pasado, cuando surge el concepto de sociología urbana, e involucra aspectos sociales y espaciales, tiene que ser entendida a través de los planteamientos de la Escuela de Chicago. La forma que expone esta escuela de abordar los fenómenos, donde están implicadas la sociedad y la ciudad, permite construir relaciones de reciprocidad entre el nivel socioeconómico de los grupos de población y su ubicación física en el espacio urbano, teniendo como resultado patrones socioespaciales específicos para cada modelo de ciudad, calculables y comparables a través de métodos matemáticos.



Así pues, los postulados de la Escuela de Chicago permiten dar la importancia que merece a cada una de las estructuras que participan en el proceso socioespacial conocido como segregación residencial. Se trata de visualizar el fenómeno como una estructura formada por las estructuras de condición social y espacio urbano, cuya interacción termina por influir en una estructura de nivel superior, la ciudad. Al ser la segregación un fenómeno vinculado con lo social, se decide seguir los planteamientos de esta escuela debido a su inclinación por métodos objetivos para explicar situaciones de corte social y urbano, que difícilmente podrían explicarse si se adopta solamente una postura subjetiva.

#### *4.2. Metodología y tipo de investigación*

La metodología que se utilizará para realizar el presente proyecto de investigación será de corte cuantitativo debido a la naturaleza tan específica del mismo, ya que consideramos que es la forma más precisa de comprender la complejidad del fenómeno de una manera integral y profunda. Es decir, se analizará (cuantificará) objetivamente la situación (o el nivel) de segregación residencial socioeconómica de las tres zonas conurbadas pertenecientes al estado de Colima, por medio de la aplicación de cálculos aritméticos específicos para cada una de las dimensiones en que se presenta el fenómeno, y a través de un estudio comparado de casos con carácter sincrónico, abarcando el periodo del 2000. Además, se experimentará con variables e indicadores (relacionados con el nivel de educación e ingresos) contenidos en fuentes de datos del INEGI.

De acuerdo con Hernández Sampieri et al. (2010) las investigaciones cuantitativas pueden ser divididas en cuatro tipos dependiendo del alcance de las mismas: exploratorias, descriptivas, correlacionales y explicativas. La investigación exploratoria es más común cuando se trata de fenómenos poco estudiados y se busca sentar las bases para la realización de nuevos estudios; en la descriptiva, se trata de especificar las características del objeto de estudio recogiendo información sobre las variables sin establecer relaciones entre las mismas; la correlacional, como su nombre lo indica, intenta encontrar relaciones entre dos o más variables, midiéndolas de forma independiente para después vincularlas; y finalmente, la explicativa, que sobrepasa el alcance de las investigaciones anteriores intentando responder (o explicar) por los sucesos que causan que un fenómeno físico o social ocurra y el porqué de dicha situación.

Así pues, antes de puntualizar en temas operacionales es pertinente mencionar que el alcance de nuestra investigación será de tipo correlacional-explicativo, aunque se iniciará como una investigación descriptiva, pues es necesario realizar la medición de los niveles de segregación residencial a través de la aplicación de algoritmos de cálculo arrojando datos concretos. La cuestión correlacional deriva de la necesidad de encontrar la relación entre el nivel de segregación residencial socioeconómica y los patrones de distribución espacial-residencial de los distintos grupos de población dentro del territorio urbano que comprenden las áreas de estudio.

Una vez identificadas las correlaciones entre las variables de nivel de segregación residencial socioeconómica y distribución de la población en el espacio urbano, es necesario explicar detalladamente porqué están sucediendo de esa manera, qué las está causando, cómo están afectando a la ciudad y sociedad de las conurbaciones, que similitudes o diferencias tienen con lo que está sucediendo en las zonas metropolitanas, cuál es el papel de los instrumentos de planeación en la organización espacial de la sociedad, qué efectos podrían tener en un futuro y qué estrategias se podrían implementar para contrarrestar el fenómeno, o en su caso impulsarlo, si se descubre que lejos de impactar negativamente, y con lo común que es hoy en día, supone beneficios urbano-sociales. El proceso explicativo dependerá, en gran medida, de los resultados obtenidos por la aplicación de los algoritmos diseñados para cada una de las dimensiones de la segregación, ampliando el panorama de entendimiento del fenómeno al abordarlas en su totalidad.

De acuerdo con Hernández Sampieri, Fernández Collado, & Baptista Lucio (2006), una de las finalidades de la investigación cuantitativa es que los estudios realizados puedan replicarse, además de admitir la fragmentación de datos y tener una estricta visión objetiva de las cosas. Estas tres características evidencian aún más la viabilidad de la utilización del método cuantitativo dentro del trabajo que se realizará, donde será necesario analizar información de carácter numérico de forma independiente para posteriormente establecer relaciones algorítmicas fijas que nos permitan realizar el cálculo de la segregación residencial socioeconómica, replicando el proceso para cada una de las zonas conurbadas en cuestión sin cabida a la modificación de criterios, todo bajo una realidad única.

Desde una posición particular, el enfoque cuantitativo es el más adecuado para desarrollar la presente investigación, ya que se utilizará la recolección de datos existentes y de validez oficial para permitir comprobar la hipótesis planteada, teniendo como base la medición numérica y el análisis estadístico, estableciendo patrones de comportamiento de la segregación residencial (Hernández Sampieri et al., 2006, p. 5). Los resultados obtenidos a través de este enfoque serán presentados a manera de planos, tablas, gráficas y texto, realizando un análisis comparativo de datos, identificando los casos más críticos y explicando el porqué de los mismos.

#### *4.3. Marco operativo*

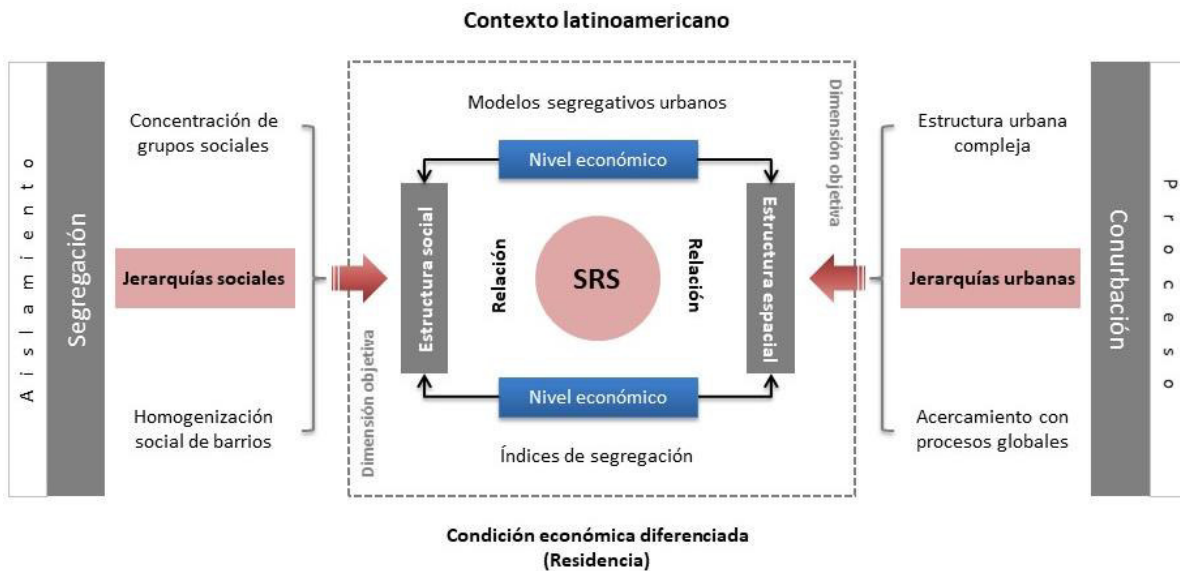
Una vez expuesto el panorama de las ciudades medias y pequeñas, entre ellas las conurbaciones, respecto al comportamiento de la segregación residencial socioeconómica, así como la realidad que, desde una perspectiva particular, está sucediendo en cuanto a la organización socioespacial de los sujetos en el territorio urbanizado, se dará continuación al análisis conceptual y a las posturas ontológica y epistemológica a través del análisis operativo. La intención es aclarar cómo surge el fenómeno de investigación, cuáles son las disciplinas adecuadas para su análisis y las categorías, conceptos, variables, indicadores y métodos a partir de los cuales será abordado.

En este sentido, la segregación residencial socioeconómica surge del conjunto de relaciones asimétricas que se producen entre la sociedad, el nivel económico y el espacio urbano. Para lograr esta afirmación es necesario concebir a la segregación desde una noción de aislamiento mientras que la conurbación es entendida como proceso. Dentro del contexto latinoamericano, la cuestión económica es determinante para ambos conceptos, dando lugar a una serie de jerarquías sociales y urbanas que se hacen perceptibles a través de la residencia (ver imagen 7).

La interacción constante de estas dinámicas sociales, económicas y espaciales es el detonante principal de los procesos segregativos, los cuales requieren ser analizados desde un enfoque objetivo para construir modelos de organización espacial que ayuden a explicar cómo se ha distribuido la población residencialmente en la ciudad y los impactos que tal situación implica para la estructura urbana y social. Es decir, la segregación residencial

socioeconómica, si bien debe ser entendida como un fenómeno, se trata de una serie de relaciones sociales y espaciales cuyo catalizador es la condición económica a la que se es capaz de acceder. Y para lograr cuantificar este fenómeno relacional es indispensable recurrir a índices matemáticos que posibiliten la generación de patrones socioespaciales como base para su comprensión.

Imagen 7. Análisis operativo de los conceptos.



Fuente: Elaboración propia.

De esta forma, en acuerdo con los planteamientos de la Escuela de Chicago, las relaciones que conforman la segregación residencial involucran a la sociología y a la geografía, ambas disciplinas desde un enfoque urbano. Dichas relaciones, que determinan la organización social del espacio urbano, deben ser concebidas desde una perspectiva de jerarquías, ligada con la localización residencial de los distintos estratos sociales dentro del territorio urbano. Para las ciudades de América Latina, la organización residencial se define por las condiciones de pobreza, las desigualdades y las diferencias en el nivel económico de los habitantes, y se traduce a través de la segregación espacial de clases (ver imagen 8).

Imagen 8. Construcción del fenómeno de investigación.



Fuente: Elaboración propia.

Una vez construido el fenómeno de investigación, se vuelve necesario esclarecer las categorías, conceptos, variables e indicadores que lo componen, y que ayudarán a desarrollar una estrategia metodológica adecuada para la comprobación de la hipótesis y el alcance de los objetivos. Así pues, partiendo del sustento teórico de la Escuela de Chicago y en el entendido de que se está ante un fenómeno complejo que reúne cualidades sociales y urbanas, la segregación residencial socioeconómica será abordada desde la sociología urbana y la geografía urbana.

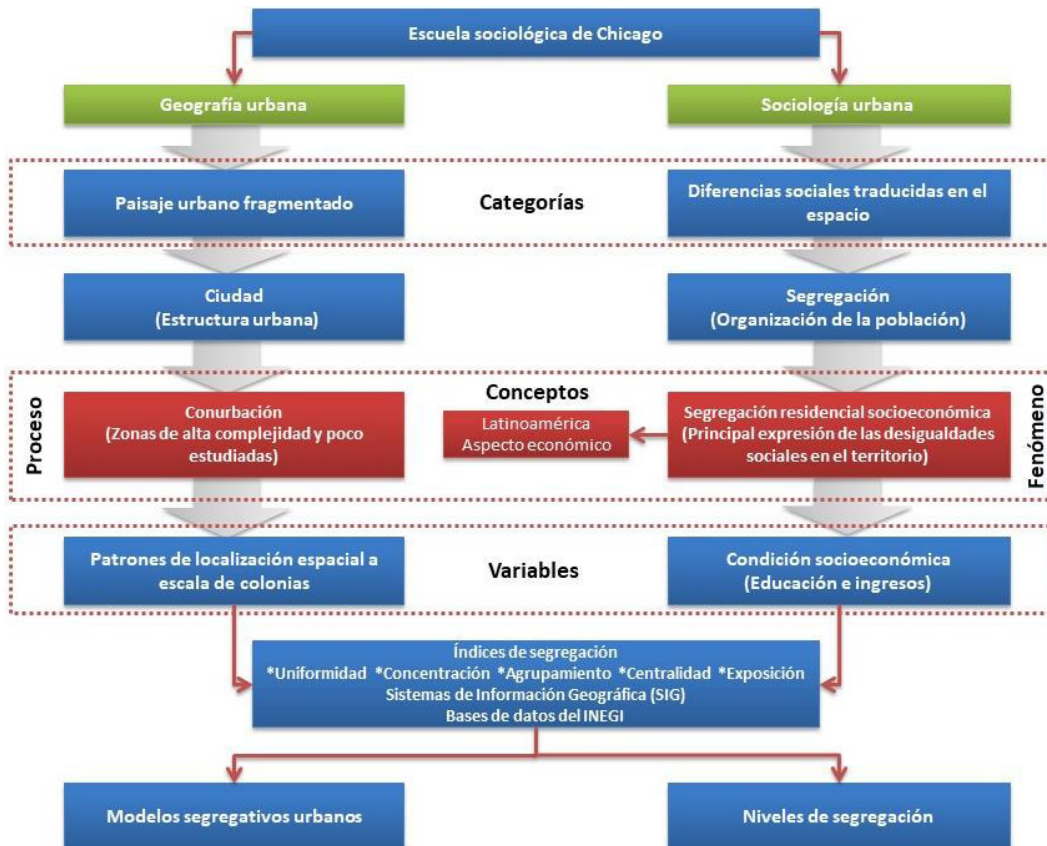
La primera disciplina evoca a la categoría de las diferencias sociales que se reflejan en el territorio urbano, situación que detona la segregación, entendida como las formas de desigual distribución de los grupos de población en la ciudad (Rodríguez & Arriagada, 2004). Como concepto está la segregación residencial socioeconómica, particular variante del fenómeno que interesa debido a que, en las ciudades latinoamericanas, se configura como la principal expresión de las desigualdades sociales. Las variables para su medición son el nivel de educación e ingresos de la población, ya que a partir de ambas condiciones se adopta una posición específica en la escala social, la cual guarda estrecha relación con la localización geográfica de los grupos sociales en la ciudad

De la segunda disciplina se desprende la categoría del paisaje urbano fragmentado, el cual se evidencia a través de las ciudades y su estructura urbana. De los modelos de ciudad establecidos para el país nos interesa la conurbación, que aparece como segundo concepto.

Estas ciudades se perfilan como zonas de alta complejidad social y urbana carentes de investigación respecto a la temática (De Mattos & Iracheta, 2008), cuyos patrones de localización espacial de la población, a una escala de colonias, se consolidan como variables.

En conjunto, ambas disciplinas permitirán comprender el fenómeno mediante la aplicación de ecuaciones matemáticas o índices de segregación desarrollados para medir, en cada una de sus cinco dimensiones, la magnitud de la segregación residencial con carácter económico en las ciudades. Para esto, será necesario delimitar estrictamente los grupos de población diferenciando entre ricos y pobres, apoyados en las bases de datos del INEGI. Una vez procesados los datos por medio de un Sistema de Información Geográfica (SIG) se obtendrán los niveles de segregación residencial socioeconómica, y se podrán observar gráficamente los modelos segregativos urbanos resultantes para la década del 2000 (ver imagen 9).

Imagen 9. Categorías, conceptos y variables del fenómeno de investigación.



Fuente: Elaboración propia.

La finalidad es realizar un análisis comparativo de la situación de segregación residencial socioeconómica en tres zonas conurbadas que conservan características particulares en su estructura urbana. Asimismo, verificar su relación con los niveles de segregación de las grandes zonas metropolitanas y evidenciar el grado de funcionalidad de los instrumentos de planeación para la organización espacial equitativa de la población. Todo bajo una desagregación del territorio urbano a nivel de colonias, escala que no se ha implementado para el caso de las ciudades mexicanas.

Además, se estará en posición de explicar el fenómeno comprobando si el aumento en las interacciones de ciudades de menor tamaño con cuestiones de globalización ha sido detonante de una multipolarización, que ha terminado por incrementar los niveles de segregación residencial. Y de la misma manera, analizar si, al igual que en las ciudades más grandes, los pobres están siendo obligados a habitar en las periferias urbanas, donde la distancia física hacia los estratos superiores es cada vez más corta pero la distancia social sigue creciendo.

#### *4.3.1. Variables e indicadores*

En este punto, se explican el conjunto de variables que serán objeto de análisis y los indicadores de los cuales se conforman, de acuerdo con los conceptos que se desarrollaron dentro del marco teórico: segregación y conurbación. La correcta selección de indicadores es primordial para uno de los objetivos, relacionado con la conformación de dos grupos sociales, uno mayoritario y uno minoritario, haciendo posible avanzar hacia el cálculo de los índices de segregación teniendo la certeza de que los resultados demostrarán contundentemente la forma de organización espacial de dos grupos socioeconómicamente contrastantes.

Como en todo proceso de investigación cuantitativa, se establecen una serie de variables dependientes e independientes. Las primeras se van a modificar si las segundas sufren algún cambio. Las variables dependientes serán los patrones y los índices de segregación residencial, mientras que las independientes serán aquellas relacionadas con la condición socioeconómica de los habitantes (características educativas e ingresos).

De acuerdo con Rodríguez Vignoli (2001), Rodríguez & Arriagada (2004), Sabatini (2006), Cortés (2008), Schteingart & Garza (2010), Molinatti (2013), entre otros autores que

se han encargado de estudiar la temática en las grandes ciudades de América Latina, para medir la segregación residencial de carácter socioeconómico se requieren variables cuantitativas vinculadas estrechamente con la condición económica de los habitantes. Así, las variables que han demostrado segmentar a la población en grupos mejor definidos son:

- Ingresos
- Nivel educativo
- Necesidades básicas insatisfechas
- Condiciones materiales de vida
- Hacinamiento

No obstante, se ha señalado que las variables de ingresos y educación son, por mucho, superiores al resto cuando se trata de dividir a la sociedad para trabajar el tema de la segregación residencial. Lo anterior, debido a que exponen con mayor fidelidad cómo es que la población se organiza espacialmente dentro del territorio urbano de acuerdo a su capacidad económica, y son susceptibles a comparaciones si se utiliza información contenida en los censos de población y vivienda. En este sentido, las variables de **nivel educativo** y **nivel de ingresos** serán utilizadas para la conformación de los grupos sociales que servirán como base para la aplicación de los índices de segregación.

Es necesario enfatizar que la selección de las variables también está relacionada con el propósito de la investigación, donde se abarcarán las dimensiones objetivas del fenómeno, excluyendo la cuestión subjetiva por motivos que ya fueron explicados con anterioridad. A continuación, se muestran las variables dependientes e independientes y sus respectivos indicadores, los cuales serán vinculados con el modelo de ciudad conurbada para conocer qué es lo que está sucediendo respecto a la segregación residencial en las áreas urbanas que difieren en tamaño respecto a las grandes zonas metropolitanas, pero que también conservan dinámicas socioespaciales de alta complejidad, las cuales han carecido de atención.

Tabla 3. Variables dependientes e independientes.

Variables	Indicadores
-----------	-------------



<b>Independiente</b>	Condición socioeconómica	Nivel de instrucción Nivel de ingresos
<b>Dependiente</b>	Índices de segregación	Uniformidad Concentración Exposición Centralidad Agrupamiento

Fuente: Elaboración propia con base en el marco teórico.

Como se puede observar, en el análisis de la relación entre las variables dependientes e independientes radica el problema de investigación entendido, de forma sintetizada, como las diferentes formas que ha venido adoptando la organización espacial-residencial en las ciudades conurbadas, teniendo como eje rector la capacidad económica de los actores sociales. Ahora bien, debido a que las variables de nivel educativo o de instrucción y nivel de ingresos, contenidas en las bases de datos del INEGI, se componen de una serie de indicadores que se han venido modificando durante cada periodo censal, su análisis y selección serán clave para la conformación de los grupos, así como para la implementación de los índices.

En las tablas 4 y 5 se expone la descripción de los indicadores empleados para delimitar los grupos de población, minoritario (ricos) y mayoritario (pobres), para el periodo censal seleccionado (2000). Se trata de conformar grupos que representen lo más exacto posible a las mayorías y minorías sociales abarcando la mayor cantidad de población que los datos estadísticos permitan, manteniendo la capacidad de comparación entre lo que resulte estar sucediendo, respecto a la segregación residencial socioeconómica, de acuerdo a una y otra variable una vez que se hayan aplicado los algoritmos de cálculo.

Tabla 4. Descripción de indicadores para la variable nivel de instrucción, periodo censal 2000.

<b>Nivel educativo o de instrucción</b>
<b>Grupo mayoritario</b>
Población de 15 años y más sin instrucción <sup>12</sup> .
Población de 15 años y más con primaria incompleta <sup>13</sup> .
Población de 15 años y más con primaria completa <sup>14</sup> .
Población de 15 años y más con secundaria incompleta <sup>15</sup> .
Población de 15 años y más con secundaria completa <sup>16</sup> .
Población de 18 años y más con instrucción media superior <sup>17</sup> .
<b>Grupo minoritario</b>
Población de 18 años y más con instrucción superior <sup>18</sup> .

Fuente: Elaboración propia con base en información del INEGI 2000.

Para el caso de la variable nivel educativo, el primer grupo (mayoritario) reúne a la población con los más bajos niveles de educación, entendiéndose como aquellos que perciben menores ingresos y representan un porcentaje mayor de la población urbana. El segundo grupo (minoritario) se conforma por un número menor de habitantes, los cuales acceden a un nivel académico superior. Esta situación los lleva a tener ingresos más altos (o al menos es lo que se supone debería suceder) y una representación menos significativa en la ciudad. Si bien, no existe una relación estricta de causa y efecto entre educación e ingreso, pues el hecho de tener un mayor o menor nivel educativo no siempre se corresponde con el ingreso que se

<sup>12</sup> Se entiende por población sin instrucción a las personas de 15 años de edad y más sin grados aprobados o únicamente con grados aprobados en preescolar o kínder (INEGI, 2000).

<sup>13</sup> Se entiende por población con primaria incompleta a las personas de 15 años de edad y más que aprobaron de 1 a 5 grados en primaria (INEGI, 2000).

<sup>14</sup> Se entiende por población con primaria completa a las personas de 15 años de edad y más que aprobaron 6 grados en primaria (INEGI, 2000).

<sup>15</sup> Se entiende por población con secundaria incompleta a las personas de 15 años de edad y más que aprobaron 1 o 2 grados en secundaria (INEGI, 2000).

<sup>16</sup> Se entiende por población con secundaria completa a las personas de 15 años de edad y más que aprobaron 3 grados en secundaria (INEGI, 2000).

<sup>17</sup> Se entiende por población con instrucción media superior a las personas de 18 años de edad y más con algún grado aprobado en preparatoria o bachillerato, carrera técnica o comercial (con antecedente de secundaria) o en normal básica (INEGI, 2000).

<sup>18</sup> Se entiende por población con instrucción superior a las personas de 18 años de edad y más con algún grado aprobado en carrera técnica o comercial (con antecedente de preparatoria), profesional, maestría o doctorado (INEGI, 2000).

percibe, es el criterio que se establece en la literatura como adecuado cuando se analiza la segregación residencial de carácter económico en las ciudades latinoamericanas, y es una de las incertidumbres que se van a comprobar con esta investigación.

Tabla 5. Descripción de indicadores para la variable nivel de ingresos, periodo censal 2000.

<b>Nivel de ingresos</b>
<b>Grupo mayoritario</b>
Población ocupada que no recibe ingreso por trabajo <sup>19</sup> .
Población ocupada que recibe menos de un salario mínimo mensual de ingreso por trabajo <sup>20</sup> .
Población ocupada que recibe 1 y hasta 2 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo <sup>21</sup> .
Población ocupada con más de 2 y hasta 5 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo <sup>22</sup> .
Población ocupada que recibe más de 5 y hasta 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo <sup>23</sup> .
<b>Grupo minoritario</b>
Población ocupada con más de 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo <sup>24</sup> .

Fuente: Elaboración propia con base en información del INEGI 2000.

Por otra parte, en la variable ingreso, que desde una perspectiva particular tiene capacidades superiores a la educativa para trabajar la temática de la segregación residencial socioeconómica, el grupo mayoritario se conforma por la población que no recibe ninguna clase de remuneración por su trabajo y aquella que llega a percibir hasta 10 salarios mínimos mensuales de ingreso. En cambio, el grupo minoritario reúne a la población que recibe más de 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por su trabajo, quienes en teoría ocupan las mejores zonas residenciales por formar parte del sector acomodado o de élite. No obstante,

<sup>19</sup> Población ocupada que no recibe ingreso por trabajo (INEGI, 2000).

<sup>20</sup> Población ocupada que recibe menos de un salario mínimo mensual de ingreso por trabajo (INEGI, 2000).

<sup>21</sup> Población ocupada que recibe 1 y hasta 2 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo (INEGI, 2000).

<sup>22</sup> Población ocupada que recibe más de 2 y hasta 5 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo (INEGI, 2000).

<sup>23</sup> Población ocupada que recibe más de 5 y hasta 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo (INEGI, 2000).

<sup>24</sup> Población ocupada que recibe más de 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo (INEGI, 2000).

esta situación es cuestionable en el contexto urbano actual ante los panoramas de multipolarización que han venido adoptando las ciudades.

Esta serie de indicadores fueron elegidos por su capacidad para segmentar a la población, teniendo grupos mayoritarios y minoritarios delimitados con claridad. Aunque sería ideal realizar una comparación de los niveles y patrones segregativos relativos a distintos periodos censales, observando las relaciones, similitudes y discrepancias que pudieran presentarse, las incongruencias de los datos, su modificación o eliminación, así como las diferencias en la escala geográfica con la que se recolectan, limitan el estudio a una época específica. En tal sentido, después de un riguroso análisis de datos censales, el 2000 resultó ser la década más factible para cumplir con los objetivos planteados, sirviendo como punto de referencia para comprobar si los cambios socioespaciales que señalan estudios recientes comenzaron a suceder a principios del siglo en curso o si, por el contrario, se tenían esquemas segregativos que discrepan de los actuales.

La condición sincrónica que se decide adoptar se explota al máximo ya que, el análisis comparativo de los procesos segregativos residenciales de tres conurbaciones a partir de dos variables pertenecientes al mismo censo, posibilita definir cuál es la más indicada para mensurar la segregación en las ciudades mexicanas de acuerdo a cada una de las cinco dimensiones en que se expresa. Con esto, se estará en posición de cuestionar aquellos estudios que se realizan apoyados en variables distintas a las aquí descritas, e incluso aquellos que utilizan las cualidades educativas como fiel representante de la condición económica de la población.

#### *4.3.2. Métodos de análisis*

De acuerdo a las dimensiones objetivas de la segregación residencial que se pretenden trabajar, se implementa el método deductivo indirecto. Es decir, de la teoría se deriva una premisa considerada como universal, siendo ésta el comportamiento de la segregación residencial socioeconómica en las grandes zonas metropolitanas de Latinoamérica, donde los rasgos distintivos apuntan hacia un acercamiento físico, más no social, de los diferentes grupos de población, así como a una homogeneidad social periférica. Entonces, a partir de premisas particulares para cada conurbación, se contrasta la información para obtener

conclusiones generales del fenómeno en las zonas de estudio y, de esta manera, evidenciar si se mantienen los mismos contextos segregativos en ambos modelos de ciudad.

En este sentido, el método de análisis deberá incluir la aplicación de índices para cada una de las modalidades del fenómeno. Su selección fue derivada de una revisión de la literatura, resultando ser los más viables de acuerdo con el trabajo de Massey & Denton (1988). La utilización de este tipo de índices para medir la segregación residencial, en sus diferentes variantes y modalidades, ha adquirido auge gracias a los programas estadísticos capaces de manejar amplias bases de datos que, incluso, permiten representar los resultados de forma gráfica.

La intención es realizar un estudio cuantitativo que cuestione la forma hegemónica de medir la segregación residencial y que mantenga un carácter global capaz de captar las cinco dimensiones de la segregación residencial: uniformidad, concentración, exposición, centralización y agrupamiento (clustering). Por esta razón, la implementación de algoritmos de cálculo es una actividad básica, pues menciona Rodríguez Vignoli (2001) que el medio más viable de medición son las comparaciones aritméticas que admitan representación gráfica de las condiciones sociales imperantes en las subdivisiones territoriales de referencia, en este caso, concentrados en la distribución socioespacial que se refleja a través de la residencia, condicionada por la capacidad económica de los sujetos.

A continuación, se exponen detalladamente los índices que serán utilizados para el cálculo de la segregación residencial socioeconómica de las zonas conurbadas del estado de Colima. Cabe mencionar que, debido a las características de la traza urbana de dos de las conurbaciones, Manzanillo-El Colomo y Tecomán-Armería, la dimensión de centralización podría demostrar condiciones específicas en sus patrones de segregación, las cuales serán verificadas en el capítulo de análisis de resultados. La representación gráfica de los resultados se hará a través de una serie de planos y gráficas que permitan observar el patrón particular de distribución de la población de cada uno de los casos de estudio para el periodo del 2000, y explicar cómo la distinta naturaleza morfológica y productiva de las ciudades modifica la forma en que la segregación se reproduce.

#### *4.3.2.1. Índice de Disimilitud (Dimensión de uniformidad)*

La fórmula para el cálculo del Índice de Disimilitud es la siguiente:

Imagen 10. Índice de Disimilitud.

$$D = \frac{1}{2} \sum \left| \frac{N_{1i}}{N_1} - \frac{N_{2i}}{N_2} \right|$$

Fuente: Massey y Denton (1988).

Donde  $N_{1i}$ = población del grupo 1 (minoritario) en la subdivisión territorial  $i$ ésima;  $N_{2i}$ = población del grupo 2 (mayoritario) en la subdivisión territorial  $i$ ésima;  $N_1$ = población total del grupo 1 (minoritario) en la unidad territorial de orden superior; y  $N_2$ = población total del grupo 2 (mayoritario) en la unidad territorial de orden superior. Sus valores van de 0 (ausencia de segregación) a 1 (segregación total), y al multiplicarlos por 100 obtenemos la proporción de habitantes que habrán de modificar su lugar de residencia para obtener, en cada subdivisión territorial, una representación similar de la proporción del grupo en la ciudad en su conjunto.

#### 4.3.2.2. Índice Delta (*Dimensión de concentración*)

La fórmula para el cálculo del Índice de Delta es la siguiente:

Imagen 11. Índice Delta.

$$DEL = 1/2 \sum_{i=1}^n \left| [x_i/X - a_i/A] \right|$$

Fuente: Massey y Denton (1988).

Donde  $x_i$ = población del grupo X en la subdivisión territorial  $i$ ésima (colonia);  $X$ = población del grupo X en la unidad territorial de orden superior (conurbación);  $a_i$ = superficie de la unidad territorial  $i$ ésima (colonia); y  $A$ = superficie de la unidad territorial de orden superior (conurbación). Sus valores van de 0 (segregación nula) a 1 (segregación total),

interpretándose como el porcentaje del grupo minoritario (X) que debe cambiar su lugar de residencia para tener una distribución uniforme en el espacio urbano.

#### 4.3.2.3. Índice de Interacción (Dimensión de exposición)

La fórmula para el cálculo del Índice de Interacción es la siguiente:

Imagen 12. Índice de Interacción.

$${}_xP^*_y = \sum_{i=1}^n [x_i/X][y_i/t_i]$$

Fuente: Massey y Denton (1988).

Donde  $x_i$ = número de miembros del grupo X (minoritario) en la unidad territorial  $i$ ésima;  $y_i$ = número de miembros del grupo Y (mayoritario) en la unidad territorial  $i$ ésima;  $t_i$ = total de la población de la subunidad territorial (colonia); y  $X$ = número de miembros del grupo X en la unidad territorial de orden superior (conurbación). Se mide la probabilidad de contacto u exposición de los miembros de un grupo minoritario con un grupo mayoritario de población. Los valores varían entre 0 y 1, teniendo que índices bajos significarían un menor grado de contacto, por lo que la segregación tendría un nivel superior. Esto es, el valor obtenido representará la proporción, por cada 10 habitantes, de miembros del grupo mayoritario capaces de compartir el mismo espacio geográfico con un miembro del grupo minoritario.

#### 4.3.2.4. Índice de Centralización Relativa (Dimensión de centralización)

La fórmula propuesta por Duncan & Duncan (1955) para el cálculo del Índice de Centralización Relativa es la siguiente:

Imagen 13. Índice de Centralización Relativa.

$$RCE = \left( \sum_{i=1}^n X_{i-1} Y_i \right) - \left( \sum_{i=1}^n X_i Y_{i-1} \right)$$

Fuente: Massey y Denton (1988).

Donde n= unidades espaciales o colonias (las cuales deben ser ordenadas conforme aumenta su distancia respecto al área urbana central);  $X_i$ = proporción acumulada de la población del grupo X (minoritario) en el área i; y  $Y_i$ = proporción acumulada de la población del grupo Y (mayoritario) en el área i. Los resultados pueden variar entre -1 y +1, teniendo que valores positivos indicarán que los miembros del grupo X se encuentran situados más cerca de la zona central que los miembros del grupo Y. En cambio, valores negativos significarán que la población del grupo X está más alejada físicamente de la ciudad central que los miembros del grupo Y. Si el resultado se acerca a 0, ambos grupos demostrarán tener una distribución espacial similar en relación al considerado como centro urbano.

#### 4.3.2.5. Índice de Proximidad Espacial (Dimensión de agrupamiento)

La fórmula propuesta por White (1983) para el cálculo del Índice de Proximidad Espacial es la siguiente:

Imagen 14. Índice de Proximidad Espacial.

$$SP = (XP_{xx} + YP_{yy}) / TP_{tt}$$

Fuente: Massey y Denton (1988).

Para medir esta dimensión de la segregación es necesario determinar la proximidad promedio entre los miembros de un mismo grupo X (minoritario) por medio de la fórmula que se muestra a continuación:



Imagen 15. Proximidad Promedio.

$$P_{xx} = \frac{\sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n x_i x_j c_{ij}}{X^2}$$

Fuente: Massey y Denton (1988).

Para el caso del grupo Y (mayoritario) y el grupo T (población total de ambas unidades espaciales) las proximidades espaciales son calculadas por analogía de la ecuación anterior. Donde  $X_i$ = población del grupo X en la unidad i;  $X_j$ = población del grupo X en la unidad j;  $C_{ij}$ =  $\exp(-d_{ij})$  (se trata del exponencial negativo de la distancia entre los centroides de las unidades espaciales i y j);  $X$ = población total del grupo X en ambas unidades espaciales;  $X^2$ = cuadrado de población total del grupo X en ambas unidades espaciales;  $Y$ = población total del grupo Y en ambas unidades espaciales; y  $T$ = población total de ambas unidades espaciales.

Este índice demuestra la proximidad promedio de las proximidades particulares de cada grupo, considerando la fracción que cada uno representa en la población. Su valor es igual a 1 si el agrupamiento es similar entre ambos grupos; mayor a 1 cuando los miembros de cada grupo habitan cerca unos de otros, es decir, miembros del grupo X y Y difícilmente coexisten; y menor a 1 si la distancia entre los miembros de los grupos X y Y es menor que entre personas de su mismo grupo, aunque esta última condición es inusual.

#### 4.4. Fuentes de información

Debido a la naturaleza cuantitativa de la investigación y en relación con las dimensiones objetivas del fenómeno que se pretenden analizar para la década del 2000, la fuente principal de información será el censo de población y vivienda elaborado por el INEGI en 2000. De acuerdo con Molinatti (2013), para el estudio de la segregación residencial la mayor parte de los datos son retomados de este tipo de fuentes de consulta, ya que se tiene información sobre las características socioeconómicas de los habitantes siendo susceptible para ser trabajada a través de algoritmos admitiendo, en algunas ocasiones, comparaciones entre un censo y otro.

Otra clase de información que será retomada del INEGI son los planos cartográficos de las tres conurbaciones y, con apoyo de la plataforma SCINCE 2000, se trabajarán los resultados con una desagregación a nivel de colonias para observar con más detalle la distribución residencial de los grupos de población. Los datos relacionados con la cuestión cartográfica de las tres ciudades conurbadas serán complementados con información proporcionada por el Instituto de Planeación de Colima (IPCO), así como de los departamentos de desarrollo urbano y catastro de los ayuntamientos de Colima, Villa de Álvarez, Tecomán, Armería y Manzanillo. Asimismo, la utilización de software libre, como Google Earth, permitirá verificar los límites físicos que comprende cada una de las zonas de estudio.

Al abarcar sólo una década, la investigación adquiere un corte transversal, condición que se vuelve fundamental para poder explicar los patrones segregativos en las ciudades cuando no se tienen datos que admitan comparación entre distintas temporalidades. De aquí la importancia de los censos de población y vivienda como fuentes de información para el análisis de la segregación residencial con vertiente socioeconómica. No obstante, el cuidado en la selección de los indicadores que conforman las variables es una actividad primordial para asegurar resultados confiables y comparables entre sí. Esta primera fase de recopilación, organización y análisis de datos adquiere gran importancia, pues de su adecuada ejecución dependen los resultados que se obtendrán al aplicar los algoritmos de cálculo de la segregación en cada una de sus respectivas dimensiones.

#### *4.5. Técnicas de investigación*

Obedeciendo al carácter cuantitativo y correlacional-explicativo del estudio, el tipo de información estadística y cartográfica, las distintas escalas de desagregación del territorio y las diferentes ecuaciones que se utilizarán para determinar el nivel de segregación residencial socioeconómica de las ciudades conurbadas del estado de Colima, es necesario implementar más de una técnica de investigación. En primer lugar, se realizará el análisis de la información estadística contenida en las bases de datos del INEGI referente a las características socioeconómicas de la población, concentrándose en las variables de educación e ingreso para identificar los indicadores susceptibles de utilizar en la conformación de los grupos sociales.

En un segundo momento, se recopilará información cartográfica, con una desagregación a nivel de colonias y manzanas, de las tres zonas conurbadas, que servirá como medio de representación de la información socioeconómica previamente analizada, y de esta manera conocer las cantidades de población, perteneciente a cada uno de los grupos, que reside en las áreas delimitadas. Como tercer paso, está la aplicación de los algoritmos de medición de la segregación residencial por medio de hojas de cálculo configuradas en Excel o, de ser posible, a través de un Sistema de Información Geográfica (SIG).

Finalmente, se realizará el análisis comparativo de los resultados matemáticos, expresados de forma gráfica, para explicar el comportamiento de la segregación residencial socioeconómica, de acuerdo a dos variables distintas contenidas en un mismo periodo, en las tres zonas conurbadas. Esto implicará establecer relaciones sobre cómo la configuración urbana de cada área conurbada incide en el comportamiento de la segregación residencial, determinando si, efectivamente, los procesos de organización socioespacial de las ciudades de tipo conurbado están adquiriendo el mismo rumbo que las grandes zonas metropolitanas. Además de verificar si los instrumentos reguladores del medio urbano deberían tener un tratamiento especial para este tipo de ciudades de menor magnitud.

#### *4.6. Instrumentos de investigación*

Dentro de los instrumentos y herramientas que se utilizan están los algoritmos correspondientes para cada una de las dimensiones de la segregación, un Sistema de Información Geográfica (SIG), el sistema SCINCE, Excel, AutoCAD, CorelDraw y Photoshop. Los índices propuestos por Massey & Denton (1988) actúan como una de las principales herramientas en la elaboración del proyecto de investigación, ya que permitirán observar las similitudes y diferencias en cada una de las modalidades del fenómeno durante el periodo establecido. Además, pueden ser aplicados utilizando diferentes escalas de desagregación de territorio, exponiendo con más detalle dichas transformaciones socioespaciales.

Asimismo, se recurre a un Sistema de Información Geográfica (QGIS) para el procesamiento de los datos sociodemográficos implementando una escala de desagregación a nivel de colonias y manzanas sirviendo, además, para la representación gráfica de los

resultados. Los datos contenidos en el sistema SCINCE 2000 también serán revisados, ya que esta plataforma contiene las bases de datos sobre las variables educación e ingreso que recaba el INEGI. De aquí se extraerá parte de la información sobre los indicadores que la integran para el posterior procesamiento de los valores dentro del SIG.

Por otra parte, se utilizan programas del paquete de Office como Excel y PowerPoint para la elaboración de las fórmulas, tablas, gráficas y, principalmente, el cálculo de los índices de segregación. AutoCAD será indispensable para la representación de los resultados a manera de planos y la manipulación de los mismos; y finalmente, Photoshop y CorelDraw para la elaboración de planos, gráficas, tablas o esquemas de presentación, asimilables para cualquier lector.

#### *4.7. Universo de estudio y selección de la muestra*

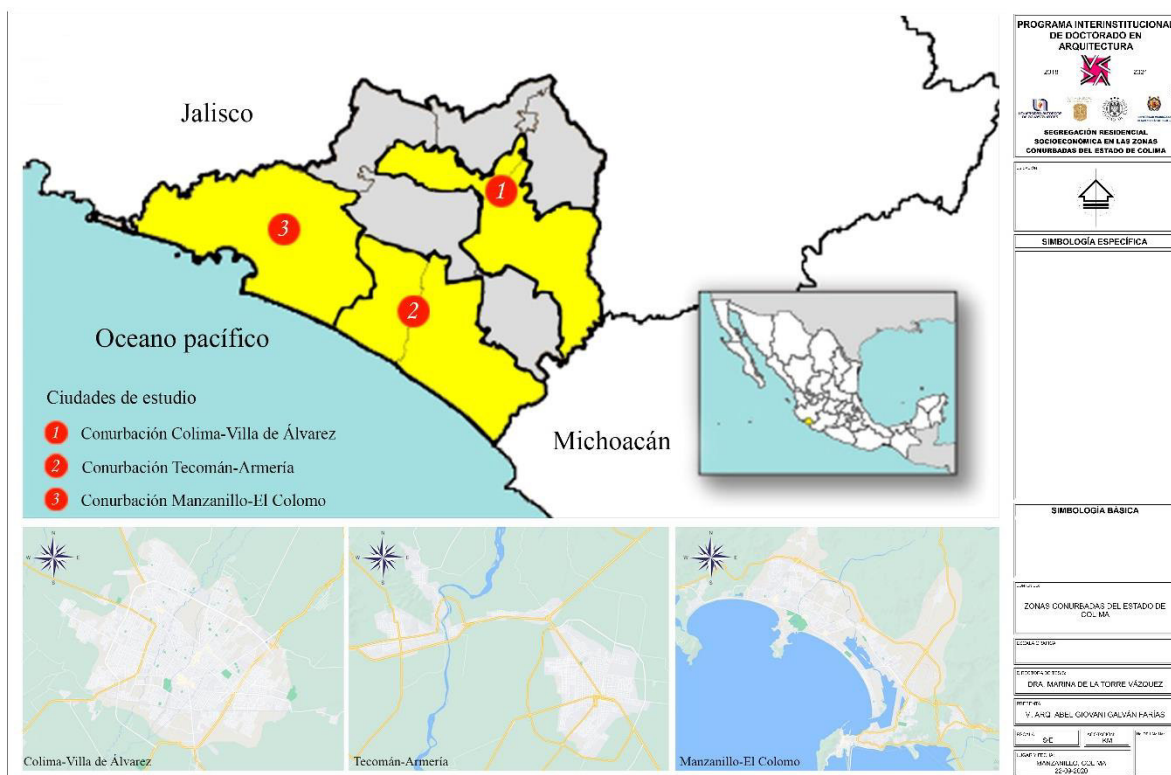
El universo y muestra de estudio está conformado por las tres ciudades medias de tipo conurbado del estado de Colima: Colima-Villa de Álvarez, Tecomán-Armería y Manzanillo-El Colomo (ver imagen 16). La conurbación Colima-Villa de Álvarez se configura como ciudad capital y es donde se desarrollan la mayor cantidad de actividades administrativas y de servicios del estado. Además, es el caso donde la situación de conurbación es más evidente, habiendo una relación funcional estrecha entre ambos municipios, donde los límites político-administrativos se desvanecen para conformar un sólo conglomerado urbano, haciendo imperceptible cuando se está en uno u otro. No obstante, el municipio de Villa de Álvarez ha mostrado un crecimiento urbano superior que Colima en los últimos años.

Por otra parte, Tecomán-Armería se trata de una conurbación donde se llevan a cabo actividades de corte agrícola, teniendo una estructura urbana menos desarrollada que el resto de las zonas conurbadas. En este caso, la continuidad física de ambas ciudades, aunque existe, no es tan evidente, sino que sucede a través de vías carreteras federales que las comunican. Sin embargo, la intensa interacción económica, urbana, social y política que mantienen es una cualidad que evidentemente las convierte en una conurbación.

Finalmente, la conurbación Manzanillo-El Colomo se emplaza como una zona portuaria, industrial, turística y hotelera, donde las dinámicas sociales y urbanas adquieren características particulares al haber una combinación de actividades de diversa índole. Aquí,

la continuidad física entre ambas áreas urbanas sucede por medio de vialidades locales. No obstante, El Colomo es un caso específico, ya que no se trata de un municipio sino de una localidad urbana, pero su desarrollo como zona industrial (principalmente se han construido bodegas para el almacenamiento de mercancías importadas o que serán posteriormente exportadas a través del puerto) ha terminado por aumentar su importancia para Manzanillo, sirviendo como un área de captación y retención de mercancías, considerándose de esta manera como área conurbada.

Imagen 16. Zonas conurbadas del estado de Colima.



Fuente: Elaboración propia a partir de INEGI, Censo de Población y Vivienda 2010.

Debido a la falta de estudios sobre la temática, de forma generalizada para las ciudades mexicanas y específicamente para el estado de Colima, nos es imposible explicar concretamente las tendencias generales de la segregación residencial socioeconómica, más si hablamos del área de estudio. Sin embargo, existe un antecedente para la conurbación Colima-Villa de Álvarez, el cual será explicado dentro del marco contextual con el fin de entender cómo se ha modificado la situación segregativa de la zona y porqué es necesario indagar en el comportamiento del fenómeno en el resto de las conurbaciones que comprende

el estado. Esta acción permitirá verificar si, al igual que Colima-Villa de Álvarez, las otras ciudades conurbadas se están enfrentando a una situación de transformación socioespacial.

Los análisis se realizan con una escala de desagregación a nivel de colonias, implicando trasladar de forma manual la información contenida en las AGEBS a una escala de manzanas urbanas, para después estructurarla a manera de colonias. Aunque se vuelve una labor compleja por la cantidad de información que se requiere organizar, es necesario para cumplir con el objetivo de trabajar con una escala del territorio que demuestre, de forma más acercada a la realidad, la situación de organización socioespacial en las áreas conurbadas seleccionadas, siendo un aporte más de la investigación. La problemática de trabajar con AGEBS es que el área que abarcan es demasiado amplia, no coinciden con los límites político-administrativos de las colonias de cada municipio y, además, cambian sus límites físicos entre censos, habiendo cierto grado de error cuando queremos referirnos a las condiciones de segregación residencial de una zona específica en la ciudad y más si se trata de realizar comparaciones en el tiempo.

#### *4.8. Ética del investigador*

Cabe señalar que, debido a la información estadística y cartográfica que se requiere utilizar, se hará un uso adecuado de la misma manteniendo la confidencialidad, tanto de la obtenida de la plataforma del INEGI como la proporcionada por los distintos ayuntamientos o dependencias, así como cualquier tipo de entrevista, encuesta, etc., que sea aplicada a los ciudadanos. En todas las etapas de la investigación se priorizará el respeto de los principios éticos para evitar inconvenientes futuros.

Se presentarán los oficios correspondientes que corroboren la validez del trabajo, respetando los lineamientos sobre la distribución y el manejo de datos de las dependencias (o personas) que los aporten. El interés de la información es con fines totalmente investigativos para la generación de conocimiento que contribuya en la resolución de problemáticas o fenómenos de carácter urbano y social en las ciudades contemporáneas. De esta forma, la confidencialidad de los datos obtenidos será prioritaria y, una vez concluida la investigación, los resultados serán hechos llegar a quienes puedan hacer uso de ellos para mejorar las condiciones socioespaciales de la población.

Habiendo expuesto concretamente el fenómeno y la metodología que guiará la investigación, se hace necesario contextualizar los sitios donde se realizará el análisis. Lo anterior, implica conocer el lugar, principalmente sus características socioespaciales (si es que existe la información), así como las condiciones educativas y de ingresos de la población urbana. De esta forma, podremos justificar la selección de las zonas conurbadas y cómo su análisis permitirá lograr los objetivos planteados. Esta información será abordada en el siguiente capítulo.

## **CAPÍTULO V. MARCO CONTEXTUAL**

México, al igual que el resto de los países de América Latina, se ha venido consolidando como un territorio eminentemente urbano, donde la mayor parte de su población reside en ciudades, las cuales se han incrementado en número y tamaño, pasando de centros urbanos a conurbaciones y de conurbaciones a zonas metropolitanas, caracterizadas por mantener una intensa integración funcional. Esta expansión física del territorio, junto con el aumento sistemático del volumen de población que reside en contextos urbanos, ha provocado el surgimiento de nuevos esquemas socioespaciales en los que es necesario indagar para promover un correcto desarrollo urbano, social, económico y ambiental en las ciudades del siglo XXI.

No obstante, el proceso de urbanización del país fue un poco tardío comparado con otras regiones más desarrolladas. Hasta 1970, el crecimiento urbano nacional estuvo estrechamente vinculado con el modelo de sustitución de importaciones y la industrialización (INEGI et al., 2012). Más tarde, en la década de los ochenta, tanto el proceso de desarrollo urbano como el crecimiento demográfico se vieron afectados por la crisis económica, habiendo una reducción de los mismos mientras que la expansión de la traza urbana de las ciudades se seguía produciendo, aunque a ritmo disminuido.

A partir de 1980, y hasta la actualidad, se ha tenido un crecimiento urbano moderado y diversificado al interior del país, detonando el surgimiento de nuevos sistemas y subsistemas de ciudades que terminan por absorber a las áreas rurales próximas. De esta forma, el fenómeno urbano es apoyado en mayor medida comparado con la situación que se vivía entre 1900 y 1940, cuando predominaba una fuerte hegemonía rural y el crecimiento urbano era relativamente lento. Sin embargo, se ha tenido mayor control sobre el desarrollo urbano del que se tuvo entre 1940 y 1980, época en que el predominio urbano presentó altos niveles de concentración.

El alto grado de urbanización de México queda evidenciado con el aumento de población urbana identificado en el Sistema Urbano Nacional (SUN), teniendo que en 2010 el 72.30% (81.20 millones) de la población habitaba en zonas metropolitanas, conurbaciones y centros urbanos, mientras que en 2018 lo hacía el 74.20% (92.70 millones) (ver tabla 6).



Asimismo, el incremento en el número de ciudades permite observar la tendencia hacia la urbanización en el país, pasando de 33 ciudades de más de 15 mil habitantes en 1900, a 343 en el 2000 y a 384 en 2010. El mayor porcentaje de población se ha mantenido en las zonas metropolitanas, seguido por los centros urbanos y las conurbaciones.

Tabla 6. Número de ciudades y población por tipo de ciudad.

Tamaño de población	Total		Zonas metropolitanas		Conurbaciones		Centros urbanos	
	Unidades	Población	Unidades	Población	Unidades	Población	Unidades	Población
Sistema Urbano Nacional	401	92,609,144	74	78,290,408	132	7,017,935	195	7,300,800
5 millones o más	2	26,861,070	2	26,861,070				
1 millón a 4,999,999	13	23,807,517	13	23,807,517				
500 mil a 999,999	22	17,103,639	22	17,103,639				
100 mil a 499,999	64	15,080,328	37	10,518,181	14	2,781,828	13	1,780,318
50 mil a 99,999	46	3,033,754			22	1,466,501	24	1,567,253
15 mil a 49,999	254	6,722,834			96	2,769,605	158	3,953,229

Fuente: Sistema Urbano Nacional (2018).

De acuerdo con datos de INEGI, SEDATU, & CONAPO (2018), actualmente existen 401 ciudades distribuidas en todo el país (ver Mapa 1). Son clasificadas en zonas metropolitanas (74), conurbaciones (132) y centros urbanos (195). Las primeras concentran la mayor parte de la población, con 78.3 millones de habitantes (84.00%), le siguen los centros urbanos con 7.3 millones (7.90%) y las conurbaciones con 7.0 millones (7.60%). Las zonas metropolitanas son las de mayor tamaño demográfico y físico, y se caracterizan por la integración funcional entre municipios; las conurbaciones lo hacen por la continuidad física entre dos o más localidades; y los centros urbanos funcionan como localidades individuales (INEGI et al., 2018).

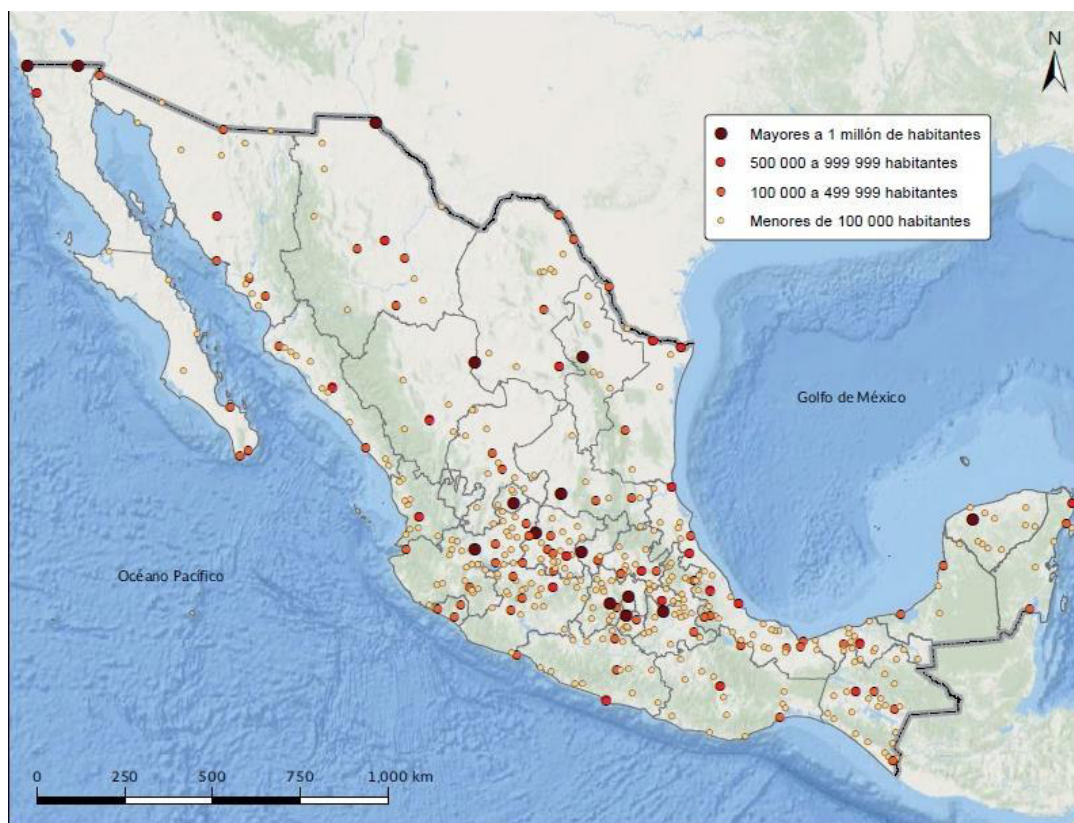
Mapa 1. Distribución territorial de las 401 ciudades que integran el Sistema Urbano Nacional.



Fuente: Sistema Urbano Nacional (2018).

En el mismo sentido, la Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano (SEDATU) y el Consejo Nacional de Población (CONAPO), en el Sistema Urbano Nacional publicado en 2018, clasificaron a las ciudades de acuerdo con su tamaño de población, existiendo dos ciudades de más de cinco millones de habitantes (clasificación 1); 13 de más de un millón y hasta 4,999,999 habitantes (clasificación 2); 22 de 500,000 y hasta 999,999 habitantes (clasificación 3); 64 de 100,000 y hasta 499,999 habitantes (clasificación 4); 46 de 50,000 y hasta 99,999 habitantes (clasificación 5); y 254 de 15,000 y hasta 49,999 habitantes (clasificación 6). Las ciudades de clasificación 6 son las que predominan con 254 unidades, de las cuales 96 son conurbaciones y 158 centros urbanos. En cambio, la clasificación 1 se conforma únicamente por dos zonas metropolitanas, Monterrey y Guadalajara (ver Mapa 2).

Mapa 2. Ciudades según tamaño de población y ubicación geográfica.



Fuente: Sistema Urbano Nacional (2018).

Esta información permite observar, de forma general, el panorama urbano de México, donde gran parte de la población se sigue concentrando en las ahora 15 zonas metropolitanas de mayor importancia, albergando en su conjunto el 54.71% del total de habitantes que considera el Sistema Urbano Nacional (2018). Relacionado con las conurbaciones, este tipo de ciudades han venido creciendo en importancia aumentando exponencialmente en número, pasando de 64 zonas conurbadas en 2005 a 78 en 2010 y alcanzando las 132 en 2018.

Asimismo, la población que habita en ciudades conurbadas se ha incrementado, teniendo que en 2010 el 6.00% (5.20 millones) de la población residía en estos lugares en tanto en 2018 lo hacía el 7.50% (7.10 millones). Ahora, el porcentaje de habitantes que viven en las zonas conurbadas es muy cercano al de los que residen en centros urbanos, situación que no era común en 2010, habiendo una disminución evidente de población en este último tipo de áreas urbanas. Así pues, las ciudades de carácter conurbado que forman parte del análisis no se encuentran consideradas como ciudades principales del país, sino más bien

como ciudades medias, ocupando un lugar intermedio dentro de las 64 ciudades registradas de entre 100,000 y 499,999 habitantes.

Es precisamente esa condición la que las convierte en objetos adecuados para el propósito de conocer las dinámicas segregativas residenciales en zonas de menor tamaño, las cuales permitan explicar los procesos segregativos de las grandes ciudades, cuya complejidad socioespacial es mayor y sigue en aumento. Con esto, no se está argumentando que las conurbaciones son ciudades de baja complejidad, porque en la literatura se ha sustentado que incluso pueden llegar a ser más conflictivas que las zonas metropolitanas. Sin embargo, la menor cantidad de datos a procesar es lo que permite realizar un análisis amplio que contemple cada una de las cinco dimensiones del fenómeno de la segregación residencial, además de poder manipular dos variables (educación e ingresos) de medición cuya comparación demuestre las diferentes dinámicas segregativas que se están llevando a cabo en las ciudades medias mexicanas.

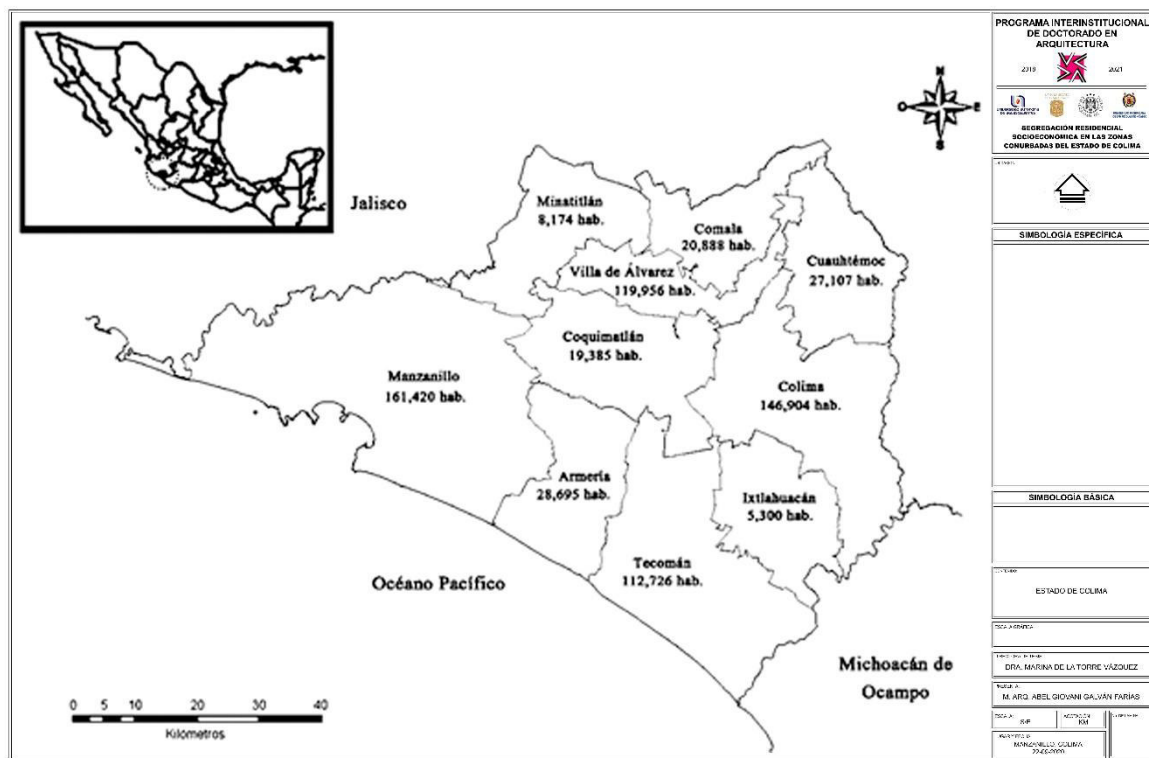
Las desigualdades sociales del país se han expandido a todo tipo de ciudades sin ser necesario un tamaño específico para encontrar organizaciones territoriales de la población que sean reflejo de las diferentes condiciones económicas de los habitantes. De esta forma, los contextos urbanos se vuelven sitios adecuados para la proliferación la segregación residencial, ya que es ahí donde interactúa una gran cantidad de población proveniente de distintos sitios, con culturas diferentes que, en ocasiones, son incapaces de coexistir, provocando una fragmentación socioespacial expresada a través del lugar de residencia y de la posición dentro de la escala económica imperante.

En el estado de Colima, se han identificado dos zonas metropolitanas que conservan la característica de tener municipios conurbados y una zona conurbada independiente, es decir, existen tres conurbaciones. En al menos una de ellas, ya se han evidenciado modificaciones en los patrones tradicionales de segregación residencial, lo cual indica que el proceso se podría estar replicando en el resto como producto de las nuevas modalidades que ha adoptado la economía, la movilidad social y el ritmo de vida, este último ligado a las necesidades sociales y urbanas del siglo presente. De aquí que uno de los objetivos sea conocer cómo se está comportando la situación socioespacial de las tres conurbaciones a partir de un estudio sincrónico que toma como referencia la década del 2000.

### 5.1. El estado de Colima

El estado de Colima se localiza en la región centro-occidente de México, la cual comprende los estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Aguascalientes. Actualmente tiene una población de 650,555 habitantes (INEGI, 2010), representando el 0.57% de la población (112.30 millones de habitantes) a nivel nacional. El 89% de su población se ubica en el ámbito urbano y el 11% se mantiene en el medio rural, superando la media nacional de 78% y 22% respectivamente. Su extensión es de 5,455km<sup>2</sup>, ocupando el 0.29% de la superficie del territorio mexicano. Está dividido en 10 municipios, de los cuales, Manzanillo, Colima, Villa de Álvarez y Tecomán son los más poblados, concentrando el 83.16% de la población total del estado (ver Mapa 3).

Mapa 3. División política del estado de Colima y población por municipio.



Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2010).

Durante la década del 2000, la población total del estado fue de 542,627 habitantes (16.60% menor que en 2010), siendo Colima, Manzanillo, Tecomán y Villa de Álvarez los municipios que albergaban la mayor cantidad de población, representando el 80.20% del total

de la entidad. En ese periodo, la población de Tecomán era mayor que la Villa de Álvarez y la de Colima que la de Manzanillo, situación que se invirtió para 2010. Asimismo, Ixtlahuacán ya demostraba ser el municipio menos poblado con tan sólo 5,478 habitantes. En total, la población del estado aumentó en 107,928 habitantes en un lapso de diez años y la mayor tasa de crecimiento medio anual la obtuvo el municipio de Villa de Álvarez con el 3.9 (ver tabla 7).

Tabla 7. Población de los municipios del estado de Colima. Periodo 2000-2010.

Nº	Municipio	Población 2000	% <sup>25</sup>	Población 2010	% <sup>26</sup>	TCMA
001	Armería	28,547	5.26	28,695	4.41	0.0
002	Colima	129,958	23.94	146,904	22.58	1.2
003	Comala	19,384	3.58	20,888	3.22	0.7
004	Coquimatlán	18,756	3.46	19,385	2.98	0.3
005	Cuauhtémoc	26,771	4.94	27,107	4.16	0.1
006	Ixtlahuacán	5,478	1.00	5,300	0.82	---
007	Manzanillo	125,143	23.06	161,420	24.82	3.1
008	Minatitlán	8,466	1.56	8,174	1.25	---
009	Tecomán	99,289	18.30	112,726	17.32	1.2
010	Villa de Álvarez	80,808	14.90	119,956	18.44	3.9
---	<b>Total del estado</b>	<b>542,627</b>	<b>100</b>	<b>650,555</b>	<b>100</b>	

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000 y 2010).

Tres son las conurbaciones que integran el estado, Colima-Villa de Álvarez, Tecomán-Armería y Manzanillo-El Colomo. Esta última, recientemente clasificada como conurbación por el Sistema Urbano Nacional (2018) y consolidándose como un caso peculiar al no tratarse de dos municipios que se unen física y funcionalmente para formar una aglomeración urbana de mayor tamaño, sino que se trata de un municipio (Manzanillo) y una localidad urbana (El Colomo). Colima-Villa de Álvarez es la conurbación con mayor cantidad de habitantes con 266,860, seguida de Manzanillo-El Colomo con 161,420 y Tecomán-Armería con 141,421. Manzanillo-El Colomo tiene la mayor superficie territorial con 1,578.4 km<sup>2</sup>, en seguida está Tecomán-Armería con 1,347.7 km<sup>2</sup>, y en tercer lugar Colima-Villa de Álvarez con 1,034 km<sup>2</sup>.

<sup>25</sup> Porcentaje respecto al total de población estatal.

<sup>26</sup> Porcentaje respecto al total de población estatal.

En el 2000, la situación poblacional de las conurbaciones era distinta. Colima-Villa de Álvarez presentaba una población superior con 210,766 habitantes, en la segunda posición estaba Tecomán-Armería con 127,863 y, finalmente, Manzanillo-El Colomo ocupaba la tercera posición con 125,143. Esto indica que, en una década, la zona conurbada de Manzanillo-El Colomo tuvo un desarrollo urbano y demográfico superior al de Tecomán-Armería, lo cual no es de extrañar al contener uno de los puertos más importantes del país, convirtiéndola en una ciudad en constante desarrollo, donde la demanda habitacional y de suelo industrial ha sido resuelta a través del crecimiento urbano.

Por otra parte, las principales actividades económicas que se desarrollan en el estado son, en orden descendente de importancia, comercio, actividades agropecuarias, construcción, industria manufacturera, transporte y comunicaciones, gobierno y organismos internacionales e industria extractiva y electricidad. El sector económico que predomina es el terciario (comercio y servicios), concentrando el 69.80% de la población mayor de 12 años; el sector secundario (industria y construcción) abarca el 17.60%; y el sector primario, se encuentra en la última posición con el 11.70%. En relación a las actividades agrícolas, éstas han venido perdiendo importancia desde el 2000, año en que el porcentaje de población que se dedicaba al campo representaba solo el 17.20%.

En relación a las características educativas, la Encuesta Intercensal realizada por el INEGI en 2015 señala que el grado promedio de escolaridad de la población de 15 años y más es de 9.53 años en el estado, lo que equivale a poco más de secundaria concluida, estando por encima del promedio nacional que es de 9.16 años. A pesar de esto, sólo Villa de Álvarez (11.20), Colima (10.40) y Manzanillo (9.50) rebasan o igualan la media estatal, los siete municipios restantes se encuentran por debajo de ésta, indicando que su población no supera el tercer grado de secundaria. De acuerdo con esta información, los niveles de segregación residencial socioeconómica deberían indicar una homogeneidad social superior de los estratos bajos para los municipios con menor grado promedio de educación y un aislamiento más pronunciado de la población con mayor nivel educativo.

Al igual que el resto de los estados del país, Colima ha evidenciado un incremento de su población urbana y una disminución de la población rural a partir de 1950 y hasta 2018. Este aumento de población urbana es derivado, en parte, por la constante dinámica de

migración del campo a la ciudad, de lo rural a lo urbano, así como por los acercamientos de las ciudades menores con los procesos de globalización. En 1950, cerca del 43% de la población en México residía en localidades urbanas<sup>27</sup>, en 2000 el porcentaje aumentó al 75% y para el 2010 fue casi del 78%. En contraste, la población rural ha disminuido, mientras que en 1950 representaba cerca del 57% de los habitantes de país, en 2000 se redujo a un 25.40% y, en 2010, disminuyó aún más hasta llegar al 22%.

La tasa de crecimiento medio anual (TCMA) de población rural e incluso de población a nivel nacional ha sido superada desde 1950 y hasta 2010 por la TCMA de la población urbana. En el periodo 1950-1960 la TCMA de la población del país fue de 3.01, la de la población rural de 1.51 y la población urbana tuvo un 4.68. Durante el lapso de 2000-2010 la TCMA de las tres clasificaciones anteriores disminuyó, teniendo un 1.42, 0.07 y 1.83 respectivamente, donde la población urbana siguió presentando la tasa mayor (ver tabla 8).

Tabla 8. Población urbana vs población rural en México, 1950-2018.

<b>Año</b>	<b>Población total</b>	<b>TCMA</b>	<b>Población rural</b>	<b>TCMA</b>	<b>Población urbana</b>	<b>TCMA</b>
1950	25,791,016	-	14,804,043	-	10,986,973	-
1960	34,923,128	3.01	17,217,102	1.51	17,706,026	4.68
1970	48,125,237	3.18	19,917,023	1.45	28,208,214	4.57
1980	66,846,833	3.26	22,547,000	1.24	44,300,000	4.44
1990	81,249,644	1.95	23,318,648	0.34	57,930,996	2.67
2000	97,483,411	1.82	24,760,786	0.60	72,722,625	2.26
2010	112,336,538	1.42	24,938,711	0.07	87,397,827	1.83
2014	119,990,073	1.65	27,798,779	2.71	92,191,294	1.33
2018	124,994,566		28,929,122		96,0665,444	

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000, 2010, 2014 y 2018).

La tendencia del país hacia la ocupación de zonas urbanas ha venido en aumento a partir de 1950 y hasta 2010, a pesar de que las TCMA han ido a la baja. Sin embargo, los datos revelan que, entre 2010 y 2014, se ha modificado dicha tendencia, reduciéndose el número de personas que se integran al medio urbano y, por consiguiente, aumentando la población rural. La TCMA de población en México fue de 2.31 en ese periodo, en tanto la

<sup>27</sup> El Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) considera como localidades rurales a aquellas que tienen menos de 2,500 habitantes, mientras que las urbanas albergan a más de 2,500 personas.



de la población rural fue de 2.82 y la urbana de 2.25, con lo cual se evidencia un cambio en la distribución de los habitantes en el territorio, en el que adquiere auge el medio rural. Esto no significa que la población urbana detuvo su crecimiento, sino que se trata de un suceso inesperado ante la tendencia de ocupación de zonas urbanas que ha predominado.

Dicha situación podría ser el resultado del uso excesivo del suelo en zonas rurales para la construcción de desarrollos inmobiliarios, obligando a la población a ocupar sitios cada vez más alejados de los entornos urbanos por su necesidad de acceder a una vivienda, más que por el interés de pertenecer o permanecer en un entorno rural. Asimismo, las dinámicas de segregación residencial tienen participación en la disminución de la población que se agrega a las zonas urbanas, pues se ha generado una tendencia en la que las personas de mayor poder adquisitivo deciden retirarse hacia sitios menos urbanizados, sin importar el hecho de que se encuentren próximos a estratos sociales bajos, con la intención de llevar ritmos de vida en contacto con entornos naturales, muchas de las veces en desarrollos que fomentan la fragmentación espacial de las ciudades

En el mismo sentido, en la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) realizada por el INEGI en 2014, se detectó que, en el estado de Colima, la población había aumentado a 713,612 habitantes, de los cuales 633,503 (88.80%) residían en el ámbito urbano y 80,109 (11.20%) lo hacían en el rural, superando la media a nivel nacional del 77% y 23% respectivamente. La misma encuesta fue elaborada por el INEGI en 2018, resultando que la población pasó a 762,087 habitantes. Es decir, aumentó en un 6.80%, manteniéndose los mismos porcentajes de población urbana (88.80%) y rural (11.20%) del 2014 (ver tabla 9). Esto confirma que, a pesar de ser el estado más pequeño de la república mexicana, cada vez es mayor el interés de las personas por pertenecer a un centro urbano en busca de mejores condiciones de vida, empleos más cercanos, transporte, vivienda, servicios de salud, entre otros.

Tabla 9. Población urbana vs población rural en el estado de Colima, 1950-2018.

<b>Año</b>	<b>Población total</b>	<b>TCMA</b>	<b>Población rural</b>	<b>TCMA</b>	<b>Población urbana</b>	<b>TCMA</b>
1950	112,321	-	44,762	-	67,559	-
1960	164,450	3.77	62,810	3.36	101,640	4.03
1970	241,153	3.78	74,223	1.67	166,930	4.86

1980	346,293	3.58	87,707	1.67	258,586	4.31
1990	428,510	2.12	71,476	-2.04	357,034	3.20
2000	542,627	2.35	78,189	0.90	464,438	2.61
2010	650,555	1.81	71,561	-0.89	578,994	2.20
2014	713,612	2.31	80,109	2.82	633,503	2.25
2018	762,087	---	85,605	---	676,482	---

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000, 2010, 2014 y 2018).

El modelo de vida actual, privilegiado por la mayoría, ha dejado de incluir a la integración social como aspecto fundamental, y ahora la estructura urbana de la ciudad se ha transformado en un conjunto de enclaves aislados socialmente homogéneos en su interior, capaces de coexistir físicamente entre sí. De esta forma, las ciudades modernas se han adentrado en un proceso de mutación urbana, donde su configuración debe satisfacer nuevas necesidades, destacando la diferenciación socioeconómica de la población a través de ubicaciones específicas o prestigiosas y modelos habitacionales con acceso a más y mejores servicios que los que la propia ciudad es capaz de brindar a sus habitantes.

El mismo patrón de urbanización que se dio en el país entre 1950 y 2010 se originó en el estado, disminuyendo la población rural y aumentando la urbana. Al igual que a nivel nacional, en el periodo 2010-2014 hubo un cambio en la distribución de los habitantes del estado de Colima, manteniéndose e incluso aumentando la proporción de población del medio rural frente al urbano, aunque a una escala mucho menor si es comparada con la nacional. Sin embargo, en ambos casos, la población urbana aumenta exponencialmente mientras que la rural lo hace de forma paulatina, sin tener la certeza de que se trate de una decisión propia el hecho de pertenecer al ámbito rural.

Habitar el medio rural se podría entender más como consecuencia de las relaciones asimétricas que se crean entre las políticas públicas en materia habitacional, los instrumentos de planeación urbana y las lógicas políticas, sociales y económicas de las ciudades del siglo XXI. Hoy en día, la superioridad económica está ligada a zonas urbanas prestigiosas que se constituyen en entornos poco urbanizados a conveniencia de sus promotores, obligando a la población rica a habitar áreas en contacto con lo rural. Asimismo, la población pobre que es incapaz de acceder a una vivienda en el ámbito urbano, por más económica que ésta pueda

ser, se ve forzada a mantenerse dentro de entornos rurales, favoreciendo el aumento de los habitantes que se concentran en estas zonas.

En el caso local hay dos periodos en los cuales la población rural disminuye considerablemente y es necesario precisar. El primero fue entre 1980-1990 donde la TCMA fue de -2.04. El segundo periodo fue 2000-2010 con una TCMA de -0.89. En este último, la disminución de habitantes fue menor, pero sus efectos siguen siendo visibles hoy en día ya que, después de casi una década, no se ha logrado alcanzar la cantidad de población rural que había en 1980.

Lo anterior puede ser traducido desde dos perspectivas. La primera, como un beneficio ante la expansión de la ciudad, ya que al reducir la cantidad de inmigrantes disminuye la superficie urbanizada requerida para satisfacer sus necesidades, tanto habitacionales como de movilidad e infraestructura, más no disminuye la consolidación del fenómeno de la segregación residencial. Además, puede ser una vía que permita repensar los proyectos de planeación urbana actuales, con la finalidad de elaborar propuestas que coadyuven al desarrollo sostenible de las ciudades en el estado o incluso en el país, evitando que su crecimiento sólo esté determinado por el incremento de población y eventos fortuitos.

Y, por otra parte, como un perjuicio para las ciudades mismas. Si bien, ha disminuido la cantidad de personas que se integran al núcleo urbano, no ha sucedido por que se utilicen herramientas adecuadas que permitan ordenar equitativamente a la población dentro del territorio urbano consolidado, o porque se creen nuevos servicios y equipamientos en zonas alejadas, sino que se han desarrollado viviendas en localidades aún consideradas como rurales aprovechando los bajos costos del suelo. Esto ha propiciado que el territorio urbanizado tenga que expandir las fronteras de su infraestructura y, al mismo tiempo, que se invierta el patrón de población rural y urbana atenuándose el aumento de esta última, pero potenciando los procesos segregativos, resaltando con mayor firmeza la línea entre ricos y pobres.

Así pues, las estadísticas reflejan que la situación entre lo rural y lo urbano está cambiando, y podríamos pensar que cada vez es menor el interés por residir en un entorno urbano o que la vida en el medio rural ha mejorado. Sin embargo, la realidad es que esas

modificaciones han sido promovidas, en gran medida, por la inconciencia de los agentes inmobiliarios y las autoridades, generando nuevas configuraciones en la organización espacial de la población que logran fragmentar el espacio urbano y la sociedad, todo direccionado más por una cuestión de intereses económicos públicos y privados que dejan en el olvido la interacción social como parte fundamental de la expansión urbana.

De acuerdo con proyecciones elaboradas por el Consejo Nacional de Población (CONAPO, 2010), la cantidad de habitantes en el estado ascenderá a 830,759 para el 2030. Las cifras indican que la cantidad de personas que prefieren el medio urbano seguirá en aumento, situación que incrementará la necesidad habitacional. En este sentido, el comportamiento de la segregación residencial de carácter socioeconómico ha sido, es y será un tema relevante ante la acelerada expansión del territorio urbano que se ha presentado en los últimos años, acompañada de la aparición de desarrollos comerciales e inmobiliarios privados que favorecen la segmentación espacial de la sociedad.

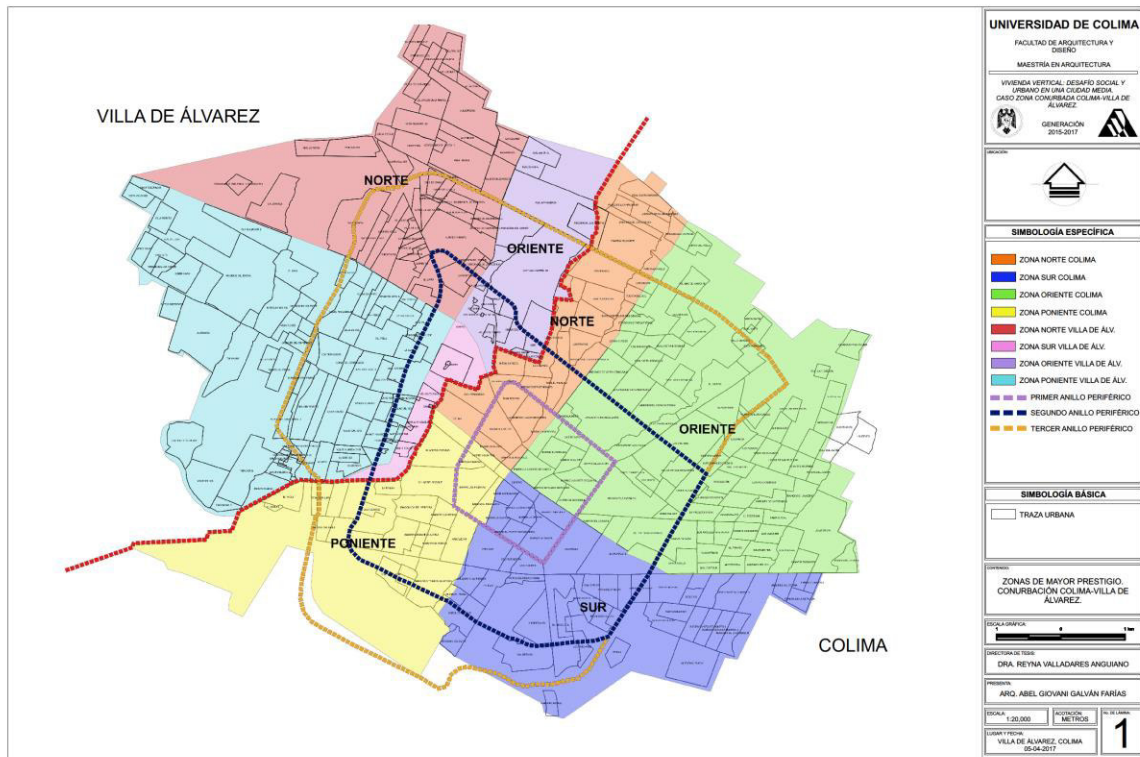
A continuación, se contextualiza cada una de las conurbaciones que se pretende abarcar, precisando las características particulares que las diferencian respecto a su cantidad de población, extensión territorial, actividades económicas principales, configuración urbana y panorama socioespacial. Todas estas cuestiones serán representativas al momento de obtener los resultados a través de los índices de segregación, ya que permitirán explicar el porqué de las variaciones en los mismos, así como las relaciones que se crean entre las situaciones segregativas de las tres zonas conurbadas, y de éstas hacia con las grandes zonas metropolitanas.

### *5.2. Conurbación Colima-Villa de Álvarez*

Colima-Villa de Álvarez se emplaza como una conurbación de configuración urbana radial, integrada a la zona metropolitana que lleva el mismo nombre. Se encuentra organizada a partir de vialidades en forma de anillos concéntricos que se han ido expandiendo a la par que lo ha hecho el área urbanizada. Comúnmente, se relaciona a las zonas centro y norte, tanto de Colima como de Villa de Álvarez, con la población de mayor poder adquisitivo, y a las zonas oriente, poniente y sur con aquella de menores recursos, creando un imaginario en el que la segregación residencial se produce a gran escala, polarizando la ciudad (ver Mapa 4).

Además, han aparecido fraccionamientos en formato cerrado, dirigidos a un mercado de recursos medios-altos, que provocan discontinuidades espaciales dentro de la misma conurbación. No obstante, el patrón socioespacial tradicional que se pensaba seguía predominando se ha modificado, causando el surgimiento de nuevos esquemas de organización social en el territorio urbanizado.

Mapa 4. Configuración urbana y zonas de prestigio de la conurbación Colima-Villa de Álvarez.



Fuente: Galván (2017).

Su superficie es de 1,034 km<sup>2</sup> y de acuerdo con el Sistema Urbano Nacional (SUN, 2010) tiene una población de 266,860 habitantes, lo que representa el 79.90% de la población de la zona metropolitana y el 41.00% de la estatal. Pertenece a la clasificación cuatro de ciudad que establece el SUN, donde la población varía entre 100,000 y hasta 499,999 habitantes (INEGI et al., 2010) y es Colima el municipio con mayor superficie (746km<sup>2</sup>) y proporción de habitantes (146,904).

En 2000, la población de la conurbación estaba conformada por 210,766 habitantes, lo que es un 21.00% menor que la actual. De éstos, el 61.65% se concentraba en Colima y el

38.35% en Villa de Álvarez, representando un 38.85% de la población del estado. Entre 1990 y 2000 la TCMA de Villa de Álvarez fue de 7.9, muy superior a la de Colima que fue de 1.1. Para el periodo 2000-2010, Villa de Álvarez continuó teniendo una TCMA superior con 3.9, mientras que la de Colima alcanzó el 1.2 (ver tabla 10).

Villa de Álvarez superó por mucho la tasa de crecimiento media anual del país, que fue de 1.9% para el primer periodo y de 1.4% para el segundo, reflejando el crecimiento urbano y de población que se ha presentado en el área de análisis. Si bien, no es la ciudad que funge como principal en la conurbación, ha tenido un desarrollo urbano mayor en los últimos años, siendo el sitio donde comúnmente se localiza la mayor parte del sector con menores recursos económicos.

Tabla 10. Población de la conurbación Colima-Villa de Álvarez. Periodo 2000-2010.

N°	Municipio	Población 2000	%	Población 2010	%	TCMA <sup>28</sup> (%)	Superficie (km <sup>2</sup> )	DMU (hab/ha)
060020001	Colima	129,958	61.65	146,904	55.00	1.2	746	62.7
060100001	Villa de Álvarez	80,808	38.35	119,956	45.00	3.9	288	85.3
---	Total de la conurbación	210,766	100.00	266,860	100.00	---	1,034	---

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000 y 2010).

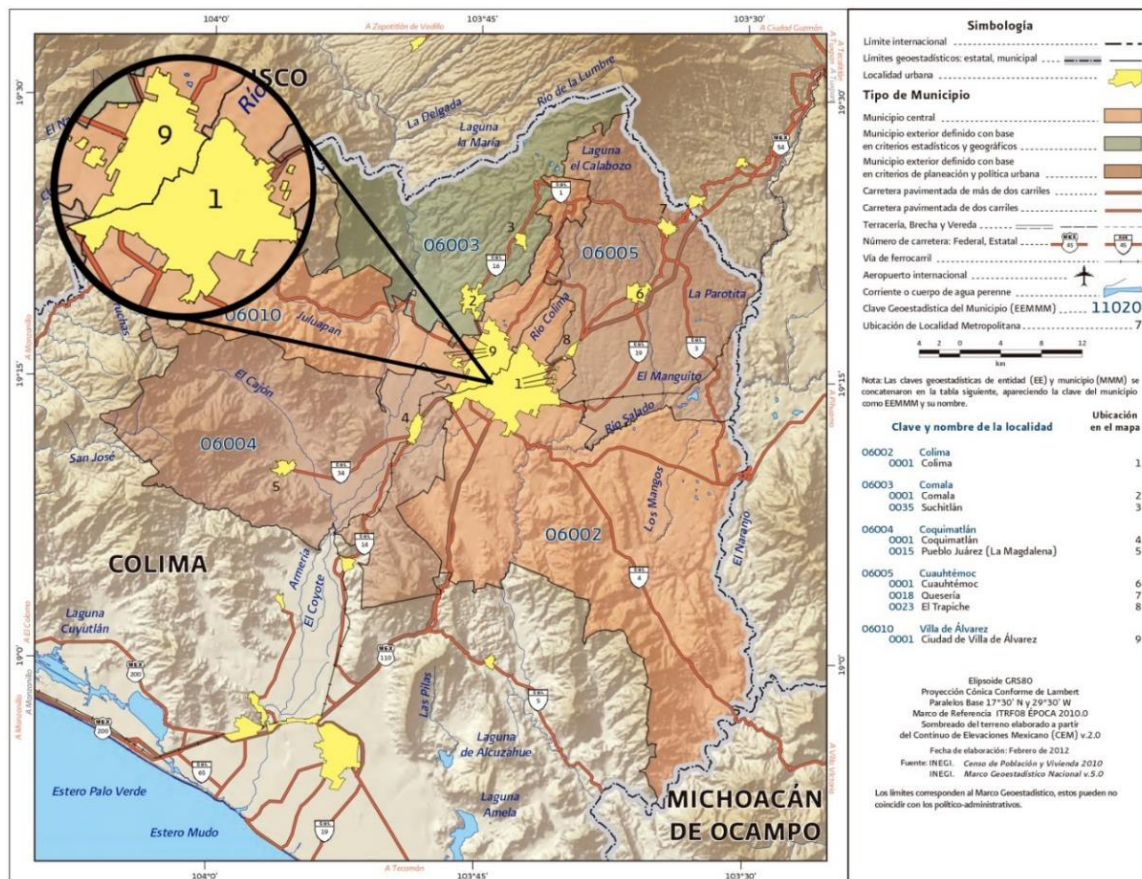
El Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) y la Comisión Nacional de Población (CONAPO) establecen como conurbación intermunicipal a Colima-Villa de Álvarez por tratarse de la unión física de dos localidades geoestadísticas urbanas pertenecientes a distintos municipios. Su población en conjunto supera los 50 mil habitantes y, además, dichos municipios presentan características eminentemente urbanas.

Otros de los criterios para definirla como zona conurbada son la continuidad en la conformación del amanzamiento, su alto grado de integración física y funcional y la diferenciación en la estructura del uso de suelo, habiendo una distinción de zonas especializadas para actividades agrícolas, comerciales, industriales, servicios y vivienda que,

<sup>28</sup> Tasa de crecimiento medio anual (TCMA).

además de cubrir la demanda local, satisfacen a la población de localidades aledañas. Asimismo, Colima es la ciudad que lidera las actividades en la conurbación, predominando las de corte administrativo de servicios y el comercio, acaparando al 56.77% y 20.23% de la población ocupada respectivamente (ver Mapa 5).

Mapa 5. Conurbación Colima-Villa de Álvarez.



Fuente: Delimitación de las Zonas Metropolitanas de México (2010).

El crecimiento urbano y demográfico que ha experimentado la conurbación, así como el aumento de la interacción con municipios cercanos, son cualidades que la han llevado a convertirse en una de las zonas metropolitanas del Sistema Urbano Nacional. Lo anterior, puede explicarse como el resultado de los procesos de globalización ya que, de acuerdo con Juárez Martínez (2007), éstos tienden a transformar las ciudades de menor tamaño adentrándolas en dinámicas sociales y urbanas que provocan el surgimiento de nuevas estructuras socioespaciales. El establecimiento de servicios, comercios e industrias ha

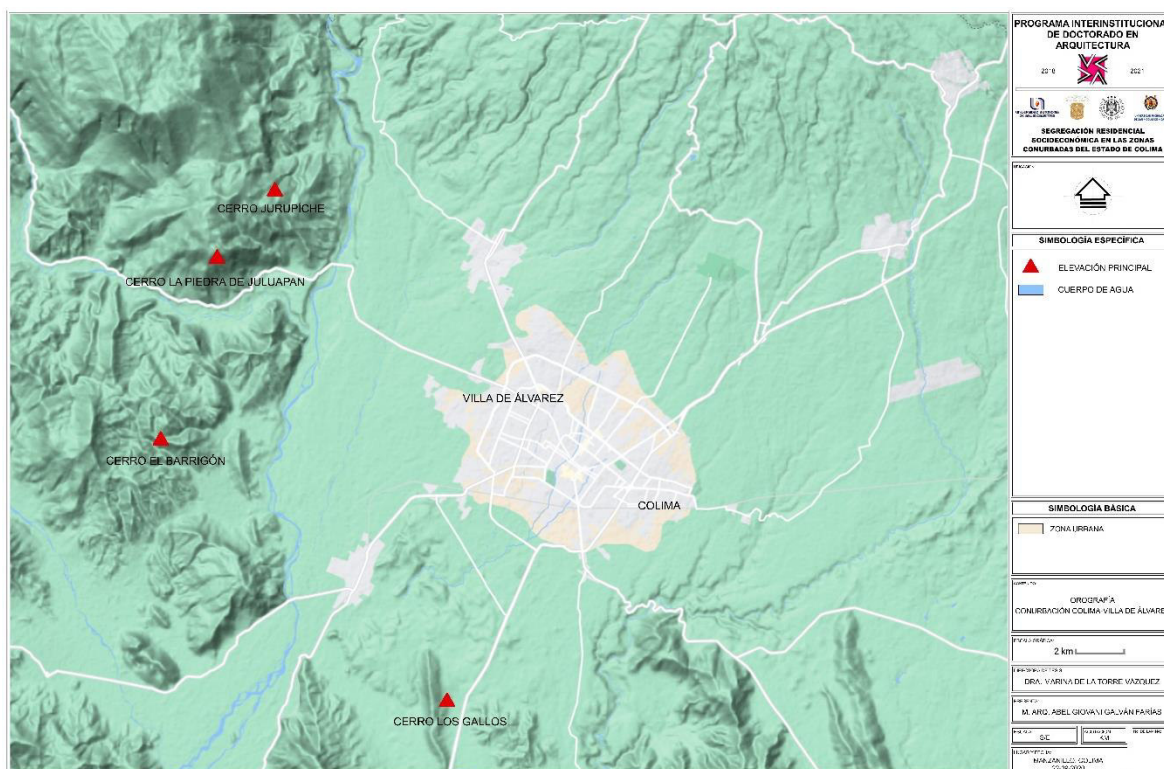
generado una mayor cantidad de empleos, convirtiéndose la conurbación Colima-Villa de Álvarez en una zona atractiva para personas de localidades rurales, e incluso urbanas, pertenecientes a otros municipios, propiciando un aumento constante de población que, en ocasiones, ha superado la tasa de crecimiento a nivel nacional.

Por otra parte, la orografía del lugar también ha incidido en la forma de crecimiento de la conurbación, desarrollándose de forma radial en la planicie localizada entre las elevaciones Jurupíche, La Piedra de Juluapan, El Barrigón, Los Gallos y el volcán de Colima (ver Mapa 6). Sin embargo, las características orográficas no han sido tan determinantes en los patrones de segregación residencial como en las conurbaciones Tecomán-Armería y Manzanillo-El Colomo. Es decir, la conurbación ha crecido de forma más o menos uniforme sin inclinarse el desarrollo urbano hacia una orientación específica en la planicie, teniendo que el oriente y el poniente son las direcciones más aptas para su expansión.

Si bien, la morfología urbana está condicionada por las características orográficas del sitio de emplazamiento, teniendo como resultado una ciudad que se expande a través de vialidades en forma de anillos periféricos, su configuración socioespacial es muy semejante a la de otras ciudades de mayor tamaño. Esto es, el patrón de segregación residencial que se puede observar reconstruye el modelo de organización socioespacial de centro-periferia que expresan distintas ciudades nacionales e internacionales, y da cuenta de la reducción que está teniendo el fenómeno. Lo anterior significa que hay una degradación de estratos a medida que aumenta la distancia entre el centro urbano y la periferia, pero también que está muy bien delimitado el reconocido como de alta renta, así como los fraccionamientos cerrados que promueven el acercamiento físico intergrupalo.



Mapa 6. Conurbación Colima-Villa de Álvarez y su orografía.



Fuente: Elaboración propia a partir de INEGI (2022).

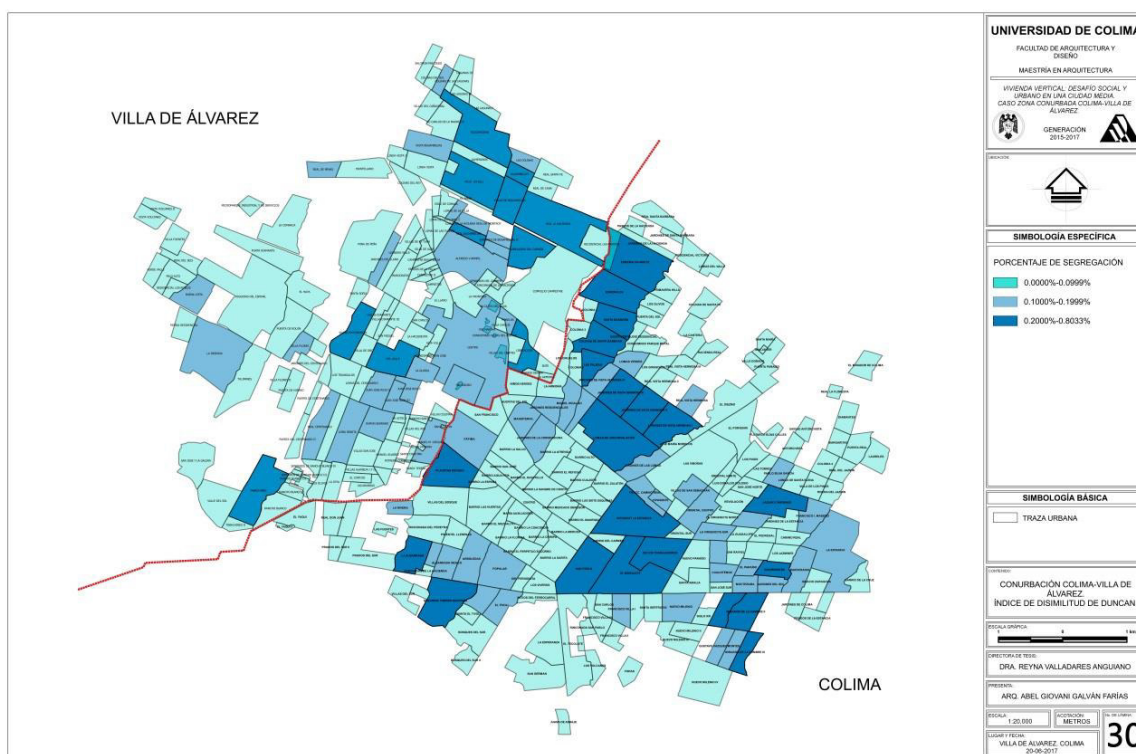
Ahora bien, ya hay un antecedente donde se explican los cambios en las dinámicas socioespaciales que ha tenido la conurbación, pasando de ciudad polarizada a una donde se observa un patrón socioespacial multipolarizado. En 2017, se realizó un estudio que midió dos de las dimensiones de la segregación residencial socioeconómica, uniformidad y concentración, a través de información relacionada con las características educativas de los habitantes. Se crearon grupos de población contrastantes y se aplicaron los índices de Disimilitud (uniformidad) y Delta (concentración) para obtener los niveles de segregación con una escala de desagregación del territorio urbano a nivel de colonias.

Los resultados demostraron que el Índice de Disimilitud en la zona conurbada es del 26.10%, porcentaje que, de acuerdo con la literatura, aún se encuentra dentro de un rango aceptable para una ciudad de esta magnitud, mostrando zonas homogéneas (ver Mapa 7). Se puede observar una tendencia marcada de disimilitud en las zonas centro, norte y oriente de la conurbación. Al sur y poniente también se ubican colonias con algún grado de disimilitud, aunque en menor proporción. Si bien, el porcentaje de segregación en su dimensión de

uniformidad aún no es alarmante, se está generando una tendencia de cambio clara en el patrón socioespacial de distribución poblacional, la cual, en un futuro no muy lejano, podría propiciar que se alcancen niveles de disimilitud considerables ante los que se tendrá que replantear la visión de ciudad, y así lograr organizar de forma más eficiente y equitativa a la población.

La situación de disimilitud actual en la conurbación podría estar siendo favorecida por dos factores. El primero, relacionado con el sentido de pertenencia de las personas de menores ingresos, las cuales buscan habitar áreas cercanas a los grupos más afluentes de la sociedad para sentir que forman parte de ese estrato social, diferenciándose de los demás. Y el segundo, que los habitantes de mayor nivel económico se están alejando del centro urbano en busca de un lugar de residencia libre de tráfico, ruido y contaminación, que les permita estar en contacto con ambientes naturales, tal y como está sucediendo en otras ciudades de Latinoamérica.

Mapa 7. Índice de Disimilitud en la conurbación Colima-Villa de Álvarez.



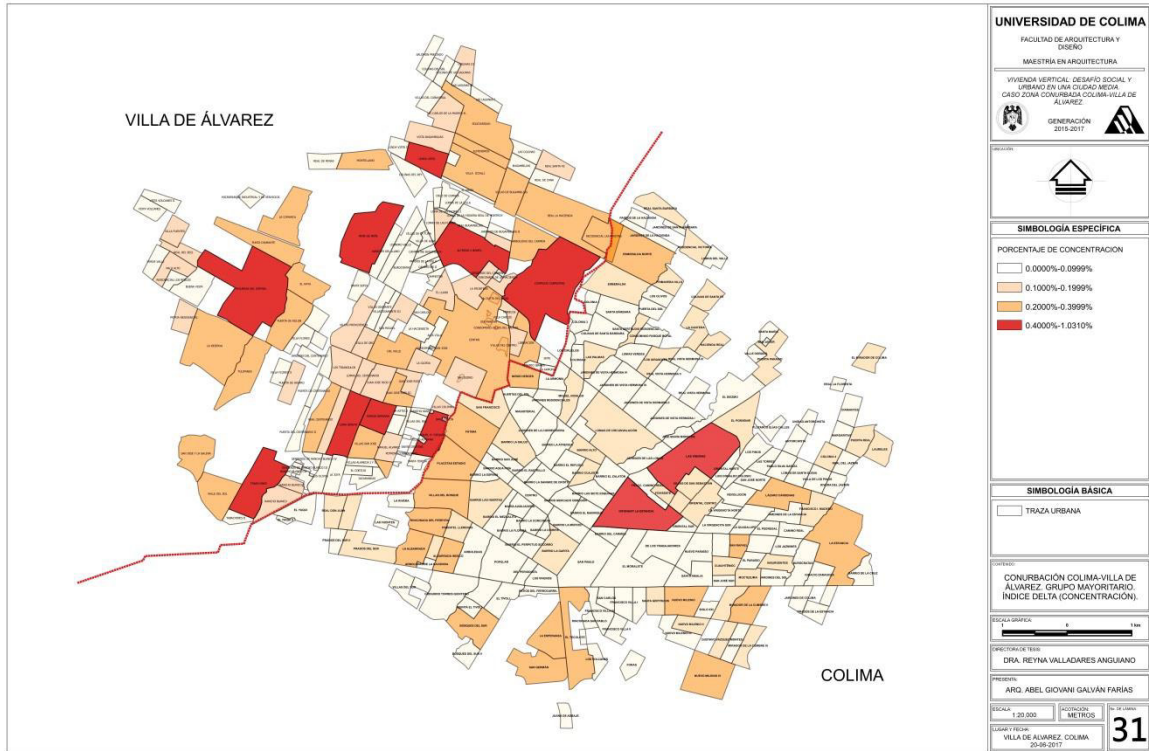
Fuente: Galván (2017).

Por otra parte, para el Índice de Delta, el cual mide la diferencia entre la proporción de cada grupo de población en las subunidades territoriales con respecto al total de los mismos grupos en la ciudad tomando en cuenta la superficie geográfica de la subunidad con respecto a la unidad territorial de orden superior, los resultados revelaron que hay un 43.28% de concentración del grupo mayoritario en la conurbación. Este índice, a diferencia del anterior, si se encuentra en un nivel que empieza a ser preocupante al ser similar al de las grandes zonas metropolitanas.

Hay una concentración superior de población de menores ingresos en la zona norte y poniente de Colima-Villa de Álvarez, destacando las colonias Linda Vista, Alfredo V. Bonfil, Complejo Campestre, Mina de Peña, Higueras del Espinal, Miguel M. Diéguez, Ramón Serrano, Loma Bonita y Tabachines. En la zona oriente y sur la concentración de este grupo es menor conservando cierto grado de homogeneidad, siendo referentes las colonias Infonavit la Estancia y Las Víboras (ver Mapa 8).

Es natural que Villa de Álvarez presente una concentración mayor de población de este tipo debido a que ha tenido un desarrollo urbano superior a Colima en los últimos años, catalogando a la zona poniente como el lugar que alberga a los habitantes menos favorecidos. La cuestión interesante es que la zona norte de la conurbación se ha convertido en sitio atractivo de residencia no sólo para personas de altos recursos, sino también para los niveles medios y bajos, ocasionando la pérdida de la homogeneidad que la había caracterizado por contener a personas de alto nivel económico y demostrando, una vez más, que la distancia física entre estratos sociales altos y bajos está disminuyendo.

Mapa 8. Índice Delta del grupo mayoritario en la conurbación Colima-Villa de Álvarez.



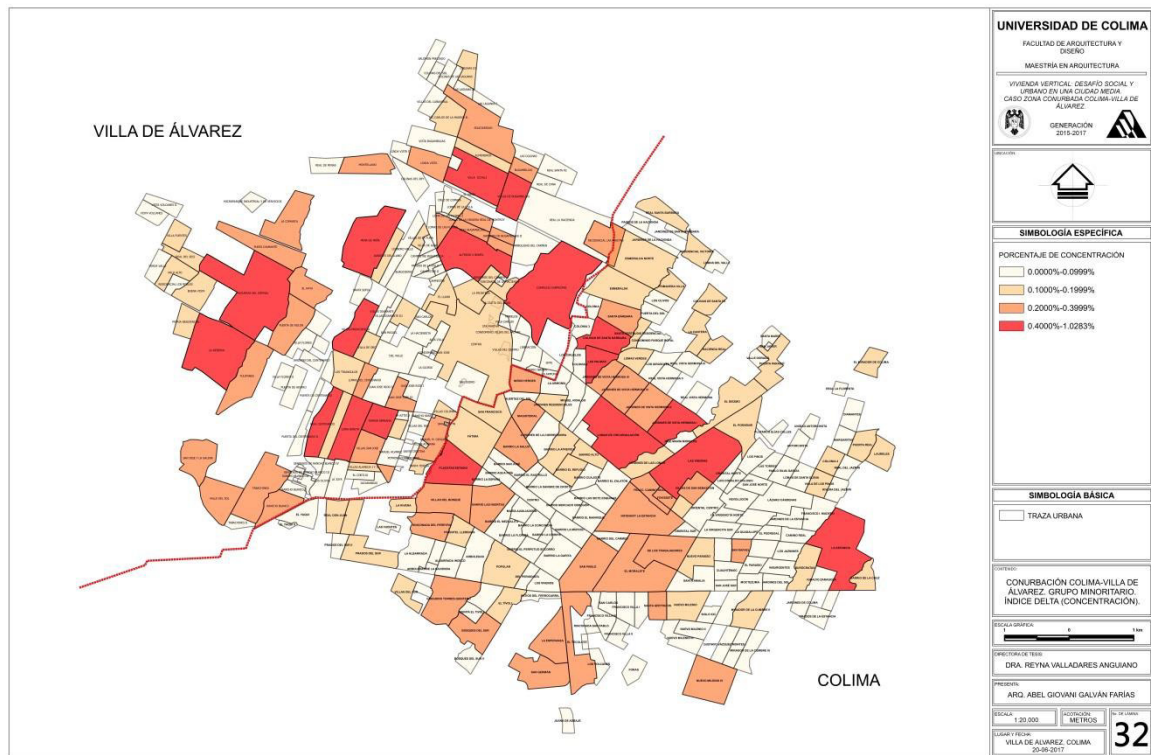
Fuente: Galván (2017).

Para el grupo minoritario el índice Delta fue del 38.16%, porcentaje menor que para el grupo mayoritario. En este caso, la distribución del grupo de mayores ingresos es más heterogénea, habiendo una tendencia de ocupación en la zona norte, centro y poniente de la conurbación. La zona sur y oriente no están exentas de albergar habitantes de este grupo, pero lo hacen en menor proporción (ver Mapa 9). Las colonias con mayor concentración de población perteneciente a estratos socioeconómicos altos son, en Villa de Álvarez, Villa Izcalli, Villas de Bugambilias, Mina de Peña, Alfredo V. Bonfil, Complejo Campestre, Villas Providencia, Higueras del Espinal, La Reserva, Real Centenario, Loma bonita y Ramón Serrano; y en Colima, Colinas de Santa Bárbara, Las Palmas, Jardines de Vista Hermosa I, Lomas de Circunvalación, Las Víboras, Placetas Estadio y La Estancia.

Se demuestra que los estratos altos de la sociedad no tienen la misma inclinación hacia la ocupación de las áreas norte y poniente de la conurbación, sino que han comenzado a establecerse en distintas zonas de la ciudad, independientemente de su distancia respecto al centro urbano. A diferencia del sector de menores recursos, la ubicación de quienes

pertenecen a la clase alta no es tan evidente en el área conurbada, siendo difícil delimitar una zona específica que haga referencia a este grupo. Es decir, se encuentran distribuidos de forma heterogénea o un tanto aleatoria en la misma, percibiéndose una ligera superioridad de concentración en el municipio de Villa de Álvarez.

Mapa 9. Índice Delta del grupo minoritario en la conurbación Colima-Villa de Álvarez.



Fuente: Galván (2017).

De esta forma, queda demostrado que la organización espacial de la población que se pensaba seguía prevaleciendo en la conurbación Colima-Villa de Álvarez ha sufrido los embates de algunos de los procesos relacionados a la globalización y, aunado al empeño de las ciudades por adentrarse en una etapa de modernización, acompañada de un sinnúmero de cambios sociales, políticos, económicos y culturales, se han gatillado nuevos esquemas socioespaciales que impulsan el fenómeno de la segregación residencial, desarrollándose con esquemas distintos a como lo había venido haciendo. Esto es, lo llevan a nuevas escalas en las que la ciudad ya no puede ser vista en su conjunto, ni dividida en grandes zonas, tal y como está sucediendo en las ciudades de mayor tamaño de América Latina, teniendo que recurrir a una visión acotada, en términos de superficie, de la segregación residencial.

En vista de lo anterior, se hace latente la necesidad de examinar si las modificaciones socioespaciales identificadas en la zona conurbada en cuestión están siendo adoptadas por el resto de ciudades medias de tipo conurbado del estado, y si éstas comenzaron a suceder apenas en 2010 o desde la década de 2000 ya demostraban transformaciones en sus procesos segregativos. Asimismo, verificar si la implementación de la variable de nivel educativo, dentro de los procesos de medición, permite explicar adecuadamente la situación de segregación residencial socioeconómica de las ciudades conurbadas mexicanas, o si, por otro lado, la utilización de la variable ingreso podría demostrar otro panorama socioespacial, probablemente más crítico. Y finalmente, analizar la existencia de relaciones de algún tipo entre la situación segregativa de las tres conurbaciones, y de estas hacia con las formas de expresión de la segregación residencial en ciudades de mayor tamaño.

### *5.3. Conurbación Tecomán-Armería*

Tecomán-Armería, a diferencia de Colima-Villa de Álvarez, se trata de una conurbación con configuración urbana lineal, integrada a la zona metropolitana que conserva el mismo nombre, a la que se incorporan las localidades de Cofradía de Armería, Cofradía de Juárez, Rincón de López, Tecomán, Colonia Bayardo, Cerro de Ortega y Madrid (INEGI et al., 2010). Está conformada por los municipios de Tecomán y Armería, fungiendo el primero como ciudad principal. Su morfología urbana es considerada como lineal debido a la dinámica de unión entre ambas ciudades, las cuales se comunican a través de una vía carretera federal, aunque Tecomán, por sí sólo, tiene una traza urbana más acercada al tipo radial.

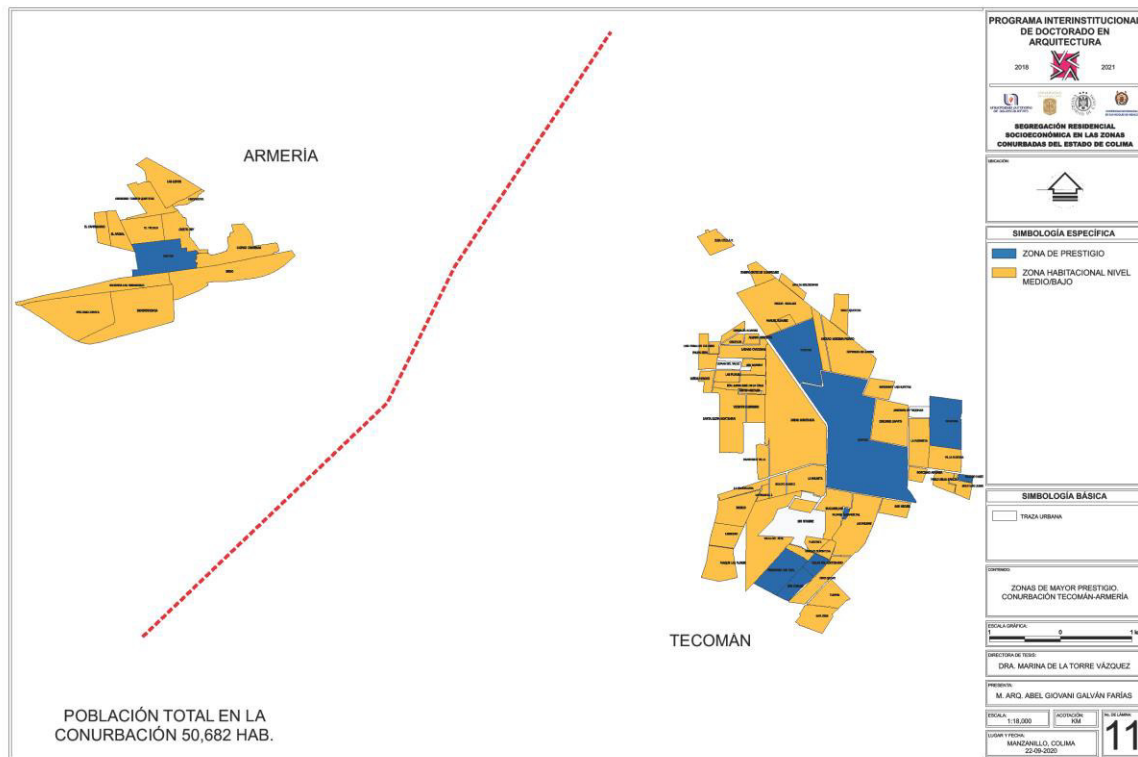
Las zonas consideradas de mayor prestigio<sup>29</sup> son las colonias Centro y Tepeyac, al centro de la conurbación; Chamizal y Unidad Habitacional Sedena, al oriente; y Palmas Bugambilias, Primavera del Real, San Carlos y Villas del Centenario, al sur. El centro de la conurbación adquiere una dinámica socioespacial particular, ya que conjunta un alto porcentaje de la población de élite, quienes coexisten, a pesar de su baja representación y altos niveles de concentración, con habitantes de menores ingresos. En Armería, la colonia Centro se posiciona como el sitio de mayor prestigio, siendo el mejor dotado de infraestructura y servicios. En ambos municipios, este tipo de colonias en las que reside gran

---

<sup>29</sup> Se trata de las zonas urbanas en las que comúnmente residen los grupos de élite.

parte del sector acomodado, se encuentran rodeadas por otras subunidades espaciales de menor nivel socioeconómico, dando cuenta de un patrón segregativo que encuentra su relación con el modelo centro-periferia, aunque ya hay indicios de una descentralización por parte del grupo de altos recursos (ver Mapa 10).

Mapa 10. Configuración urbana y zonas de prestigio de la conurbación Tecomán-Armería.



Fuente: Elaboración propia.

Su superficie es de 1,347 km<sup>2</sup>, es decir, 313 km<sup>2</sup> más que Colima-Villa de Álvarez, pero se mantiene por debajo de Manzanillo-El Colomo. Su población asciende a 141,421 habitantes, representando el 21.70% a nivel estatal (INEGI, 2010). Se mantiene dentro de la clasificación cuatro de ciudad propuesta por el SUN, estando entre los 100,000 y 499,999 habitantes. El municipio de mayor superficie y proporción de habitantes es Tecomán con 938.90 km<sup>2</sup> y 112,726 respectivamente. Por su parte, Armería tiene 408.80km<sup>2</sup> de superficie y alberga tan sólo 28,695 personas. En el periodo 2000-2010 la densidad media urbana fue de 44.70 para Armería y 69.80 para Tecomán, indicando mayor concentración de población en este último.

Para el año 2000, la población que formaba parte de la conurbación era de 127,863 habitantes, lo que indica un 9.60% menor que la que existe actualmente. Del total, el 77.65% se encontraba en Tecomán y el 22.35% en Armería, representando el 23.56% de la población estatal de esa década. En el periodo 1990-2000 la tasa de crecimiento medio anual (TCMA) fue de 0.30 para Armería y 1.90 para Tecomán. Entre 2000-2010 la TCMA para el primero fue de 0.00 y la del segundo de 1.2 (ver tabla 11).

Tecomán es el municipio de mayor crecimiento urbano en la conurbación desde 1990, igualando en ese año la TCMA del país que también fue de 1.9. Aunque en 2010 la TCMA disminuyó al 1.20 se mantuvo cerca de la nacional que era de 1.25. En cambio, Armería ha tenido un desarrollo urbano muy bajo, llegando a tener una TCMA de 0.00 en el último periodo censal. Así, Tecomán adopta el papel de ciudad principal y es donde se llevan a cabo la mayor parte de actividades económicas, principalmente aquellas relacionadas con el sector primario y de servicios, concentrando entre ambos más del 60.00% de la población ocupada. Mientras que Armería es una ciudad en la que se localiza gran parte de la población de menores recursos a nivel estado, teniendo que desplazarse diariamente hacia Tecomán por cuestiones laborales, de salud, entre otras.

Tabla 11. Población de la conurbación Tecomán-Armería. Periodo 2000-2010.

Nº	Municipio	Población 2000	%	Población 2010	%	TCMA <sup>30</sup> (%)	Superficie (km <sup>2</sup> )	DMU (hab/ha)
060010001	Armería	28,574	22.30	28,695	20.30	0.0	408.80	44.7
060090001	Tecomán	99,289	77.70	112,726	79.70	1.2	938.90	69.8
---	Total de la conurbación	127,863	100.00	141,421	100.00	---	1,347.70	---

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000 y 2010).

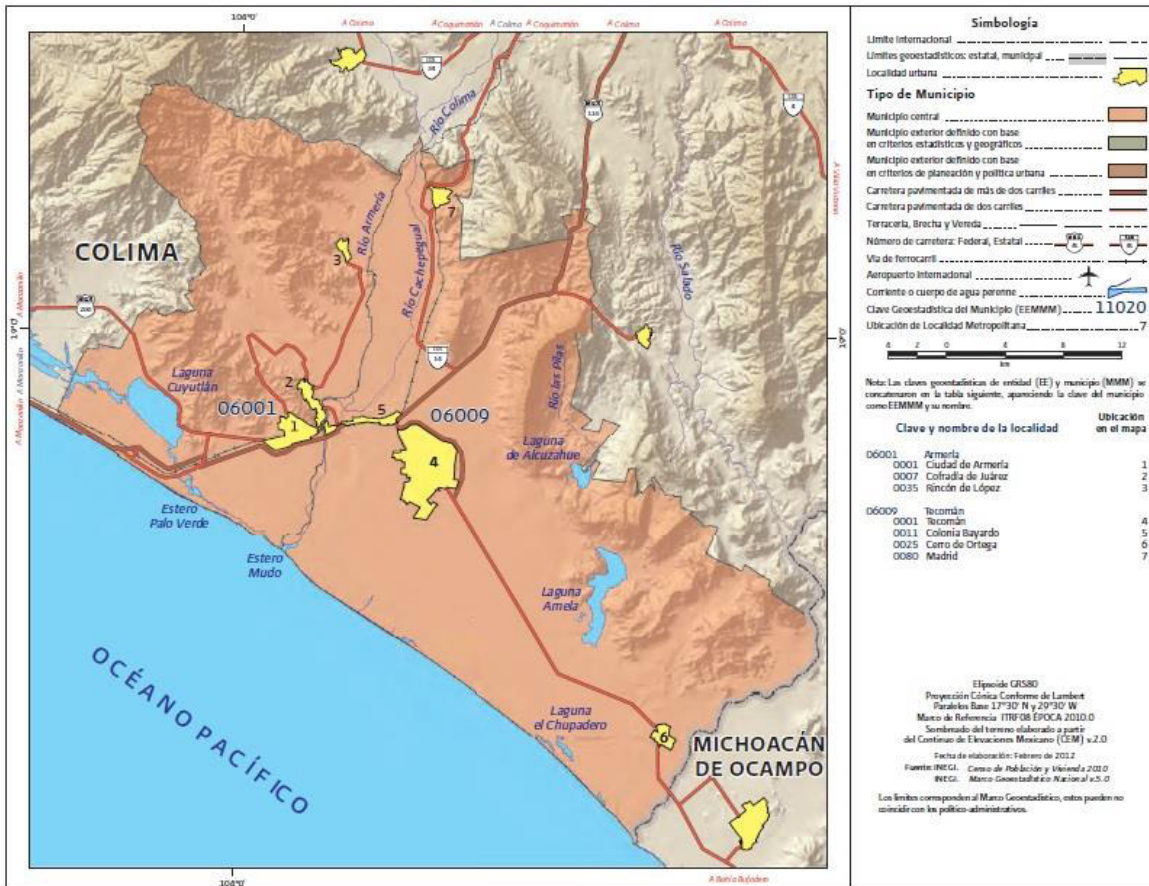
INEGI, SEDESOL y CONAPO establecen a Tecomán-Armería como conurbación por tratarse de dos localidades geoestadísticas urbanas pertenecientes a distintos municipios que se unen físicamente a través de su ameznamiento, y donde interviene la carretera federal 200D (Manzanillo-Colima) intercomunicando ambas ciudades (ver Mapa 11). Su población supera los 50,000 habitantes y demuestran un alto grado de integración funcional,

<sup>30</sup> Tasa de crecimiento medio anual (TCMA).



en la que Tecomán lidera las acciones de la zona conurbada. Además, hay una distinción de usos de suelo, predominando el habitacional y el agrícola (55.00% del territorio), y los servicios que se brindan satisfacen la demanda de localidades cercanas de menor tamaño.

Mapa 11. Conurbación Tecomán-Armería.

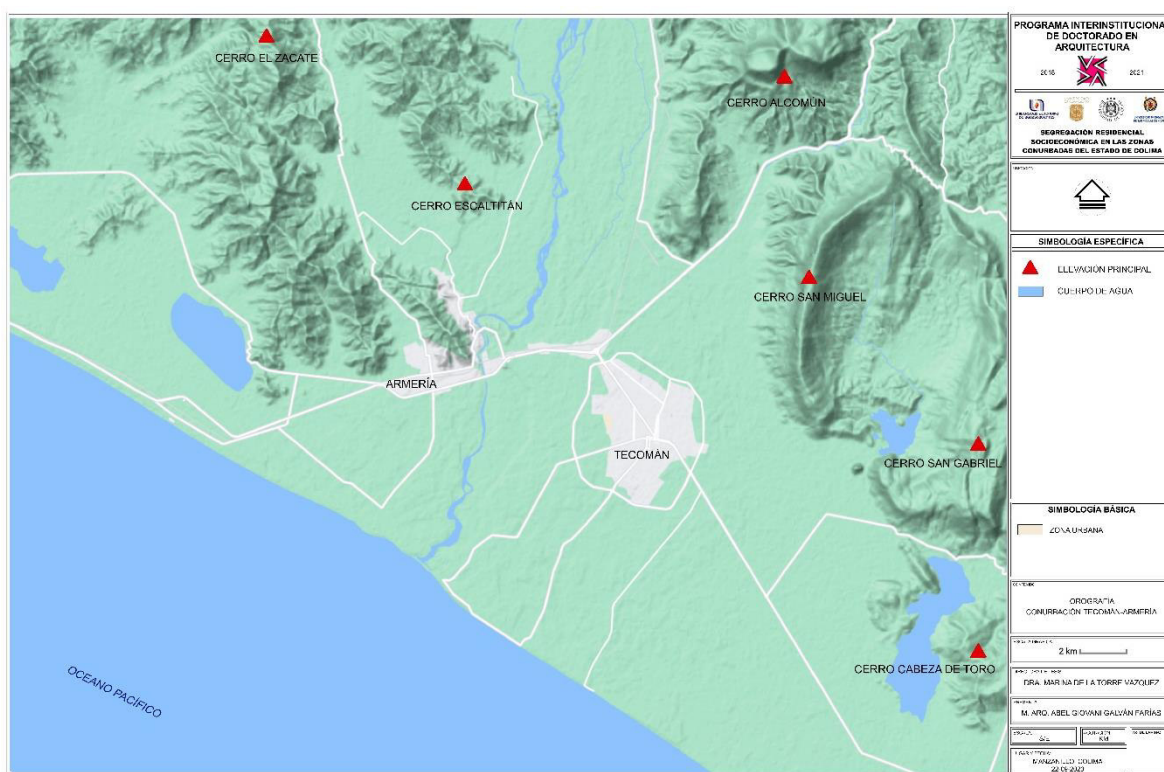


Fuente: Delimitación de las Zonas Metropolitanas de México (2010).

La ciudad se encuentra en una planicie delimitada al poniente por las elevaciones El Zacate y Escaltitán, al norte por Alcomún y San Miguel, al oriente por San Gabriel y Cabeza de Toro, y al sur por el océano pacífico (ver Mapa 12. Conurbación Tecomán-Armería y su orografía. Mapa 12). En esta conurbación la orografía del territorio, en conjunto con su dinámica funcional, ha provocado que se puedan apreciar dos tipos de morfología urbana. A una escala de conurbación, la morfología se presenta con forma lineal, pero al fijar la atención en la ciudad principal (Tecomán) la morfología es de tipo radial, mostrando características de crecimiento urbano semejantes a Colima-Villa de Álvarez, aunque con una ligera inclinación por las zonas norte y sur.

Particularmente, la ciudad de Armería se ha expandido hacia el oriente como consecuencia de las condiciones físicas del territorio y del beneficio que significa su proximidad con la ciudad principal, de forma que cada vez es más evidente su condición conurbada con Tecomán. A pesar de que la conurbación colinda con una franja costera que podría ser explotada (en mayor proporción) como sitio turístico y contribuir positivamente en su economía, esto no ha sido así, teniendo que el desarrollo urbano de esta zona ha sido poco significativo, habiendo sólo algunos restaurantes y pequeños hoteles que hacen evidente la carencia de planeación de la ciudad.

Mapa 12. Conurbación Tecomán-Armería y su orografía.



Fuente: Elaboración propia a partir de INEGI (2022).

Si bien, Tecomán-Armería no ha demostrado tener un desarrollo urbano similar al de Colima-Villa de Álvarez o al de Manzanillo-El Colomo, contrastar sus niveles y patrones de segregación residencial evidenciará si el mismo fenómeno de transformación socioespacial que ha venido sucediendo en las grandes ciudades está siendo acaparado por ciudades menores como las conurbaciones, independientemente de la situación económica por la que atraviesan. Es decir, la fragmentación espacial de las ciudades mexicanas medias es ahora

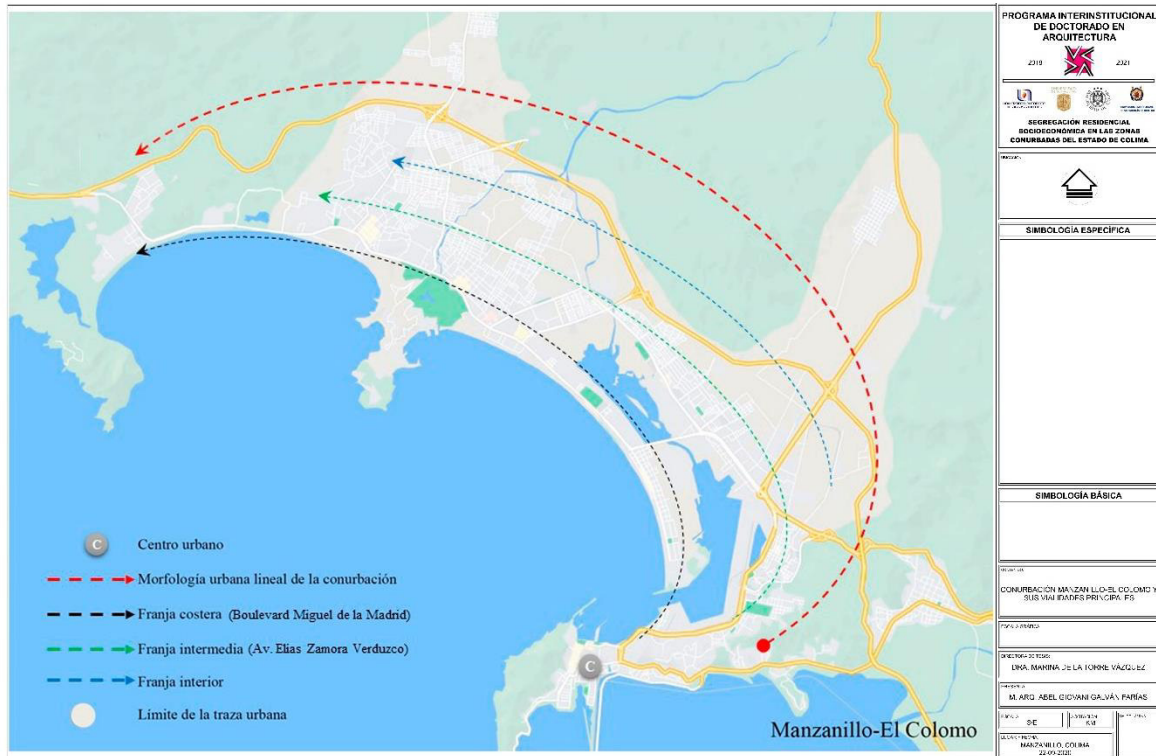
más una cuestión ligada con ideales políticos, sociales y urbanos particulares, acordes a las lógicas contemporáneas, que un producto de la realidad de la situación económica de los habitantes.

#### *5.4. Conurbación Manzanillo-El Colomo*

Manzanillo-El Colomo es un caso peculiar de conurbación, ya que no se trata de la unión física de dos municipios distintos, sino que se unen un municipio (Manzanillo) y una localidad urbana de menos de 15,000 habitantes (El Colomo). Fue catalogada como zona conurbada apenas en 2018 y dicha situación se relaciona con las estrechas dinámicas funcionales que mantienen, principalmente industriales y en beneficio del sector portuario, constituyéndose El Colomo como un área de captación y retención de mercancías de importación y exportación.

Su estructura urbana adopta una forma lineal, organizada a partir de dos vialidades principales, la Avenida Elías Zamora Verduzco y el Boulevard Miguel de la Madrid (ver Mapa 13). Las zonas costeras (suroriente y surponiente) son reconocidas como las de mayor prestigio y las más codiciadas por la población de altos recursos, resaltando colonias como Las Brisas, Las Hadas y Club Santiago. Por el contrario, las zonas alejadas de la bahía (norte, nororiente y norponiente) son identificadas por contener a los estratos sociales bajos y los contextos sociales más complejos, condición de El Jabalí, Valle Paraíso y Terraplena. Asimismo, existen colonias ubicadas entre ambas vialidades principales que funcionan como espacio de amortiguamiento entre ricos y pobres, Villas Marbella es un ejemplo.

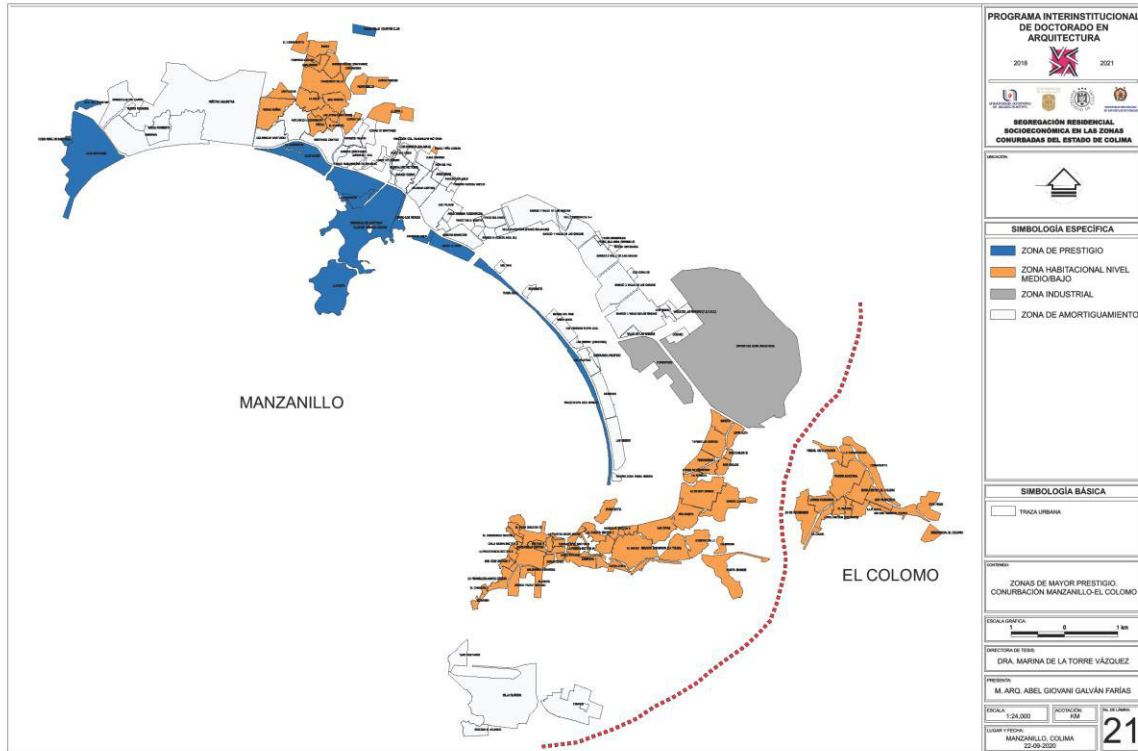
Mapa 13. Conurbación Manzanillo-El Colomo y sus vialidades principales.



Fuente: Elaboración propia a partir de INEGI (2022).

Estas zonas intermedias adquieren gran relevancia, ya que es en ellas donde debería evidenciarse un acercamiento físico superior de estratos sociales altos y bajos, así como los menores índices de segregación, mas esto no es sinónimo de interacción social. Además, de forma similar a lo que sucede en Colima-Villa de Álvarez, la consolidación de desarrollos inmobiliarios de carácter cerrado dirigidos a un público específico, ha provocado discontinuidades en la traza urbana de Manzanillo, ocasionando que esa franja de amortiguamiento se convierta en un espacio conflictivo, en un sentido urbano, por la mixtura de usos de suelo que admite el programa de desarrollo urbano del municipio (ver Mapa 14). Para El Colomo esta situación no marca una problemática ya que su desarrollo habitacional es menor, aunque suceden otro tipo de situaciones, como la ubicación de viviendas en zonas de riesgo, que exponen a los habitantes.

Mapa 14. Configuración urbana y zonas de prestigio de la conurbación Manzanillo-El Colomo.



Fuente: Elaboración propia.

Por otra parte, es la conurbación de mayor tamaño físico en la entidad (1,578.40 km<sup>2</sup>) y representa casi la tercera parte de la superficie estatal (28.00%). Manzanillo tiene la mayor superficie y población de la conurbación con 130,035 habitantes. De las tres conurbaciones, ocupa el segundo lugar en cuanto a cantidad de población con 140,290 habitantes, lo que representa el 21.56% a nivel estado (INEGI, 2010). Al igual que los dos casos anteriores, se inserta en la clasificación cuatro de ciudades propuesta por el SUN (2018) y su densidad media urbana es de 59 habitantes por hectárea, estando por debajo de los municipios de Colima, Villa de Álvarez y Tecomán, pero por encima de Armería.

En la década del 2000, la población en la conurbación fue de 104,791 habitantes distribuidos en proporciones contrastantes, 90.55% en Manzanillo y 9.45% en El Colomo, la mayor distinción en los tres casos de estudio. La cantidad de población en ese entonces era 25.30% menor que la actual y representaba el 19.30% de la estatal. Durante 1990-2000 la TCMA de Manzanillo fue de 3.5, rebasando la de El Colomo que apenas llegó a 2.0. Para

2000-2010 la TCMA de Manzanillo siguió siendo superior con un 3.1, en tanto El Colomo apenas alcanzó el 0.3 (ver tabla 12).

Tabla 12. Población de la conurbación Colima-Villa de Álvarez. Periodo 2000-2010.

N°	Municipio	Población 2000	%	Población 2010	%	TCMA <sup>31</sup> (%)	Superficie (km <sup>2</sup> )	DMU (hab/ha)
060070001	Manzanillo	94,893	90.55	130,035	92.70	3.1	---	59
060070021	El Colomo	9,898	9.45	10,255	7.30	0.3	---	---
---	Total de la conurbación	104,791	100.00	140,290	100.00	---	1,578.40	---

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000 y 2010).

Manzanillo se posiciona como la localidad de mayor desarrollo poblacional y urbano, lo cual es de esperar al ser la ciudad principal, estando cerca de duplicar la TCMA nacional en el primer periodo y superándola por mucho en el segundo. Casi la totalidad de las actividades se llevan a cabo en esta localidad, predominando el sector de servicios (turismo y hotelería) que reúne al 56.15% de la población ocupada, seguido por el comercial con el 19.05% y el sector secundario (industria y construcción) con el 18.08%. Por su parte, El Colomo alberga población de nivel socioeconómico medio y bajo que se traslada diariamente a la ciudad conurbada para acceder a servicios, como hospitales, supermercados y fuentes de empleo. Sin embargo, el crecimiento y la configuración que ha tomado del territorio urbano de esta conurbación ha sido direccionado al puerto interior, catalogado como el principal del país.

INEGI, CONAPO y SEDESOL caracterizan a Manzanillo-El Colomo como conurbación por ser dos localidades geoestadísticas urbanas, pertenecientes al mismo municipio, que se unen físicamente a través de carreteras municipales. En este caso, la continuidad del ameznamiento no existe, mas se tiene una intensa dinámica funcional entre ambos, en la que El Colomo funge como localidad de apoyo a Manzanillo en el proceso de las actividades portuarias. Además, se rebasan los 50,000 habitantes, los usos de suelo están claramente definidos, predominando el habitacional, industrial y turístico, y se da abasto de servicios a diversas localidades rurales.

<sup>31</sup> Tasa de crecimiento medio anual (TCMA).

Debido al auge del comercio, importaciones y exportaciones, se han emplazado zonas cuyo uso de suelo está destinado a la industria portuaria, principalmente para la conformación de almacenes de contenedores, en ocasiones modificando los usos de suelo a conveniencia de particulares a pesar de las repercusiones para la ciudad y su población. De esta forma, los habitantes son desplazados hacia desarrollos habitacionales cada vez más alejados de la zona urbana, ubicados al norte y norponiente, principalmente los estratos bajos. Así, se promueve la reproducción de la segregación residencial en su dimensión de concentración, más si se consideran la gran movilidad de personas y la multiculturalidad que se tienen en una ciudad de esta naturaleza.

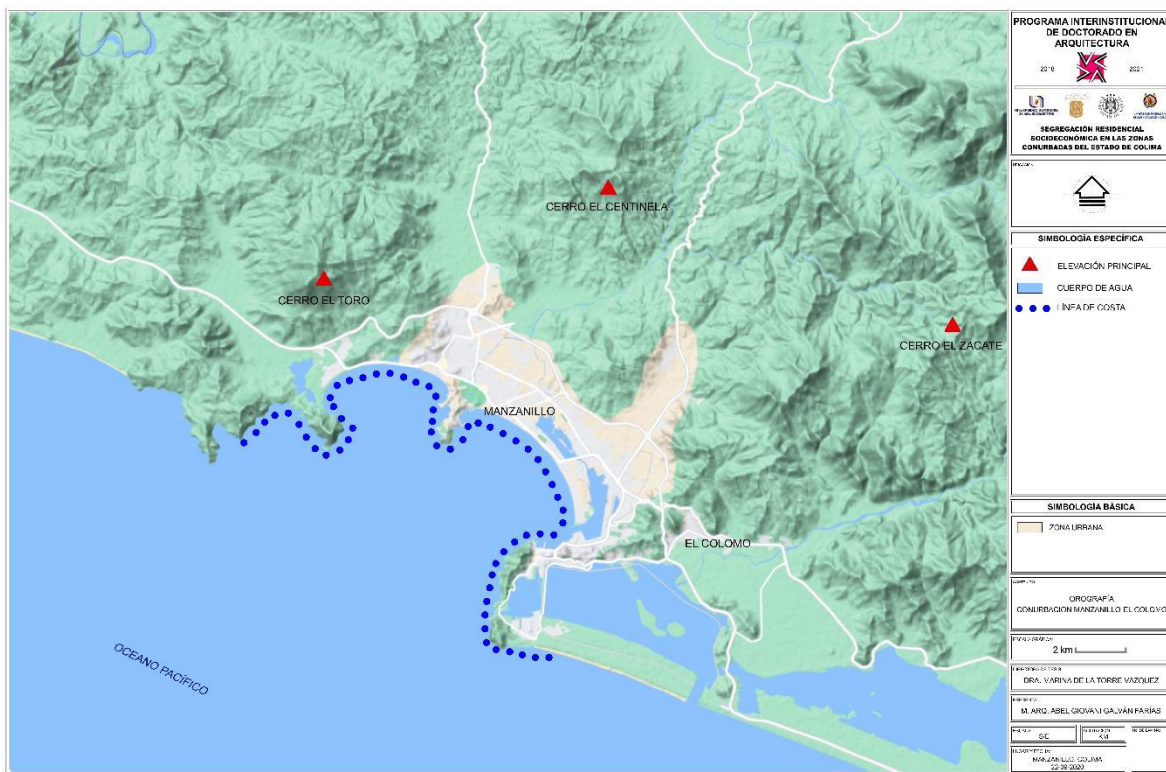
Sin embargo, la segregación adopta características específicas como resultado de las particularidades sociales y urbanas que se mantienen, así como también por la orografía del lugar. La conurbación Manzanillo-El Colomo se emplaza en una franja costera de mucha menor superficie en comparación con los casos de estudio anteriores, la cual colinda al sur con el océano pacífico, al norte con la elevación El Centinela, al oriente con El Zacate y al poniente con El Toro (ver Mapa 15). Se trata de la ciudad en la que la orografía es más determinante en tres sentidos: para su morfología urbana, para su patrón de segregación residencial y para su propia condición de conurbación. En relación al último aspecto, para trasladarse de El Colomo a Manzanillo o viceversa, es obligado cruzar la parte baja del cerro El Zacate.

En este sentido, las condiciones físicas del lugar han propiciado que la ciudad crezca hacia el oriente y el poniente principalmente, y en menor medida al norte, buscando aprovechar el suelo menos accidentado. No obstante, la condición portuaria y turística de la ciudad ha provocado que se dé prioridad al uso de suelo industrial y comercial, ocasionando que muchos de los sitios residenciales dirigidos a los estratos sociales medios y bajos se ubiquen en zonas alejadas (internas en la ciudad) o de acceso complicado, mientras que aquellos destinados a la élite se concentran en las zonas costeras y medias, las de mayor plusvalía.

A diferencia de Tecomán-Armería, aquí sí se ha explotado en todos los aspectos (turístico, industrial comercial, residencial) el hecho de tratarse de una conurbación localizada en el borde costero. Esto ha sido detonante de un patrón de segregación residencial

que difiere del tradicional latinoamericano, configurándose uno a manera de franjas que van de la costa hacia la zona interna de la ciudad, teniendo que mientras más al interior se ubica la residencia más abajo se está en la escala social. Sin embargo, aunque el patrón segregativo tiene cierta especificidad, la reducción de la escala con que sucede la segregación es una cualidad que se conserva y, ante la falta creciente de suelo poco accidentado, la aparición de fraccionamientos cerrados dirigidos a la población de mayores recursos en las zonas medias y periféricas ha tomado auge en la ciudad.

Mapa 15. Conurbación Manzanillo-El Colomo y su orografía.



Fuente: Elaboración propia a partir de INEGI (2022).

Si bien, el acortamiento de la distancia física entre grupos sociales es inminente, las características segregativas con que se configura el territorio urbano de Manzanillo-El Colomo es una incógnita, así como lo es para cada una de las conurbaciones que se han contextualizado. En el siguiente capítulo se presenta el análisis comparado de las condiciones de segregación residencial socioeconómica de los tres casos de estudio, explicando cómo se expresan las distintas dimensiones del fenómeno, el porqué de dichas situaciones y su relación con los patrones segregativos que exponen las grandes ciudades contemporáneas.



Además, se verifica la incidencia de cada una de las variables para la obtención de los índices de segregación, identificando algunas similitudes y discrepancias tanto en los datos como en los patrones de segregación. Cabe señalar que, al tratarse de un estudio sincrónico, todos los resultados se circunscriben bajo el marco de referencia del censo de población y vivienda elaborado por el INEGI en la década del 2000.

## **CAPÍTULO VI. ANÁLISIS COMPARATIVO DE SEGREGACIÓN RESIDENCIAL EN TRES CIUDADES CONURBADAS.**

En este capítulo, se realiza el análisis comparativo de los grados y patrones de segregación residencial socioeconómica de las tres ciudades medias de tipo conurbado que fungen como casos de estudio, permitiendo tener un panorama más claro sobre cómo se están desarrollando las dinámicas socioespaciales en cada una de éstas. El objetivo es identificar las particularidades y posibles relaciones que existen entre los niveles de segregación residencial y patrones de distribución socioespacial de dichas zonas conurbadas, bajo el marco de la década del 2000, y compararlos con la situación segregativa de otras ciudades medias y de las grandes ciudades actuales.

Analizar individualmente la situación socioespacial de cada ciudad es una actividad básica para comprender cómo sus características específicas, respecto a morfología urbana y vocación productiva, impactan en los procesos segregativos en cualquiera de las cinco dimensiones que adopta el fenómeno. Sin embargo, el análisis comparativo permite la construcción de relaciones entre los niveles y modelos de segregación de cada zona conurbada, así como también observar sus discrepancias. De esta manera, a partir de premisas particulares y la creación de otras más generales, se hace posible refutar la tendencia hegemónica de analizar la segregación residencial en aquellas ciudades de mayor tamaño a través de estrategias de corte longitudinal, prestando poca o nula atención a otros sitios urbanos de menor magnitud, como son las ciudades intermedias de tipo conurbado.

Asimismo, la comparativa se amplía al tener dos variables de referencia, nivel educativo y de ingreso, dilucidando dos diferentes realidades socioespaciales desarrolladas en las ciudades conurbadas en cuestión. De esta forma, es posible comprender la influencia que tiene el tipo de datos que se implementan para mensurar la segregación residencial en los patrones de organización espacial de la población, así como en los grados que alcanza la propia segregación. A continuación, se presenta el análisis comparativo, iniciando por el tipo de ciudades que se están trabajando, su vocación productiva y sus dinámicas socioespaciales, para posteriormente verificar cómo estas características impactan en las distintas dimensiones de la segregación y los patrones socioespaciales que les corresponden.

### *6.1. Análisis comparativo de los niveles y patrones de segregación residencial.*

El análisis de la segregación residencial, a partir de las dimensiones de disimilaridad, concentración, interacción, centralidad y agrupamiento, evidencia que determinadas características que guardan las ciudades conurbadas, tales como la morfología urbana y su vocación productiva, favorecen panoramas socioespaciales fragmentados en los que las áreas habitacionales aisladas y socialmente homogéneas son inevitables, y la ubicación geográfica de las mismas caracteriza a su población. Ambas cualidades, morfología y vocación, se posicionan como fuertes determinantes en la articulación de los procesos segregativos de las conurbaciones, favoreciendo situaciones socioespaciales específicas que, a pesar de las discrepancias urbanas, sociales y económicas, mantienen rasgos en común.

Ejemplo de lo anterior son los patrones de segregación residencial de las tres ciudades conurbadas de Colima, los cuales ya demostraban una reducción de la escala con que se produce el fenómeno desde principios del siglo en curso, acortando la distancia física entre estratos sociales económicamente contrastantes sin llegar a favorecer la actividad social. En este sentido, a fin de dar continuidad al tema comparativo manteniendo la claridad que hasta este punto se ha logrado, se procede a explicar detalladamente las transversalidades y divergencias de las condiciones físicas y segregativas de las ciudades en cuestión. En un primer momento, el análisis fija su atención en el tipo de ciudad, su morfología urbana, principales actividades económicas y forma de organización socioespacial, y en un segundo momento, se abordan los grados y patrones de segregación conservando el orden dimensional que se ha venido manejando (disimilitud, concentración, interacción, centralidad y agrupamiento), comenzando por los datos obtenidos de la variable nivel educativo para posteriormente analizar aquellos resultantes de la variable ingreso.

Así pues, estas tres conurbaciones corresponden a una misma región y comparten, por ende, un marco institucional y una estructura sociocultural, lo cual es un aspecto favorable para el análisis comparativo. Sin embargo, las dinámicas que cada una resguarda dotan al fenómeno de la segregación residencial de elementos para desarrollarse en formatos únicos y diferenciados, aunque en ocasiones coincidentes. Se trata de tres ciudades medias de tipo conurbado que discrepan completamente en su forma urbana, la cual está relacionada

con el carácter de las actividades económicas que en ellas se desarrollan, así como con su sitio de emplazamiento.

En Colima-Villa de Álvarez es fácilmente apreciable una morfología urbana radial, la cual se ha venido acentuando gracias al crecimiento que ha tenido la ciudad en sus periferias durante las últimas dos décadas, principalmente por la construcción de fraccionamientos dirigidos a las clases media y baja. Dicha forma urbana está relacionada con el carácter administrativo y de servicios de la conurbación, manteniendo un grado considerable de importancia el centro urbano, a partir del cual se desarrollan una serie de anillos concéntricos que trazan las avenidas principales. A pesar de tratarse de la capital del estado, no es la ciudad que tuvo mayor crecimiento poblacional entre 2000-2010, aunque éste si fue significativo.

En contraste, Manzanillo-El Colomo se trata de una conurbación que se desarrolla a lo largo de la costa, adoptando una morfología urbana lineal asociada a su carácter portuario, industrial, turístico y comercial, así como a su geografía. Es la ciudad con mayor crecimiento poblacional entre 2000-2010 y, a diferencia de la anterior, su centro urbano carece de importancia para la forma que adquiere su traza urbana. El crecimiento urbano se ha generado hacia el interior de la ciudad, en zonas relativamente alejadas de la costa, habilitando nuevos fraccionamientos para las clases medias y bajas que comienzan a coexistir con otros de formato cerrado dirigidos a las élites. Las zonas costeras, que se posicionan como las de mayor prestigio, más que un proceso de crecimiento urbano, enfrentan constantemente un proceso de renovación urbana, principalmente las áreas portuarias y turísticas.

Por su parte, Tecomán-Armería es la conurbación que ha tenido el crecimiento poblacional y urbano más lento en los últimos años. La unión física de las ciudades que conforman el área conurbada configura una traza urbana lineal, aunque en realidad la conurbación funciona a través de la morfología urbana que tiene Tecomán como ciudad principal, que es de tipo radial. Las actividades económicas que aquí se realizan son la agricultura, el comercio y el turismo, y el poco desarrollo urbano se ha producido en mayor medida hacia las periferias de Tecomán. No obstante, las condiciones menos favorables de la conurbación han propiciado que su centro urbano sea considerado como un área de gran

importancia para el funcionamiento de la ciudad, condición que no se replica en los otros casos de estudio.

Este conjunto de especificidades morfológicas y productivas funcionan como condicionantes en la forma de organización espacial de la población al interior de las conurbaciones, trazándose escenarios socioespaciales distintos, algunos más preocupantes que otros, en los que también tiene incidencia la variable considerada para la subdivisión de los grupos sociales. Y a pesar de que se está trabajando con ciudades medias que guardan cualidades físicas muy peculiares, sus formas de distribución poblacional encuentran cierta relación entre sí, así como con los modelos de organización socioespacial de otras ciudades de similar o mayor magnitud.

Partiendo del nivel educativo, y en relación a la distribución del grupo mayoritario, que es el que representa a aquellos de menores recursos, es posible señalar que, en Colima-Villa de Álvarez, este tipo de población se ubica en altas proporciones en las periferias norte, sur, suroriente y surponiente, y su densidad se degrada al avanzar hacia la zona central de la conurbación. Sin embargo, hay algunas colonias ubicadas en áreas cercanas a la zona centro, principalmente de Villa de Álvarez, que mantienen altas proporciones de población mayoritaria, así como un área al nororiente de la conurbación en la que la presencia del grupo mayoritario es casi nula, dando cuenta de lo que autores como Sabatini (2006) reconocen como cono de alta renta.

Para Tecmán-Armería la situación socioespacial del grupo mayoritario es bastante semejante, conservándose más fielmente el modelo de organización residencial centro-periferia como resultado de la acentuada importancia, social y urbana, que aún conserva el centro urbano. La población de menores recursos se ubica por todo el contorno del mismo, y disminuye su densidad conforme la distancia entre las periferias y el centro se reduce. En este caso, aunque la proporción de población mayoritaria disminuye en el área central, no lo hace de forma drástica, generándose una coexistencia territorial de estratos diferenciados, a la vez que se delinea un área, al surponiente de Tecmán, en la que se ubica una buena parte del sector acomodado.

A diferencia de lo anterior, la morfología urbana de Manzanillo-El Colomo ocasiona que la población mayoritaria se organice al interior de la ciudad, en las áreas más alejadas de la costa y otras cercanas a las fuentes de empleo, suponiendo un modelo socioespacial de costa-periferia. En contraparte, los grupos de élite privilegian las zonas residenciales costeras y los fraccionamientos cerrados con cierta cercanía a la costa o que ofrecen una amplia gama de servicios, obligando a los estratos inferiores a ocupar el área de amortiguamiento y las colonias más hacia el norte y oriente de la conurbación, estas últimas de muchas carencias aún en la actualidad.

A pesar de las discrepancias en las formas de ocupación del espacio urbano por parte del grupo mayoritario en las tres conurbaciones, es posible establecer algunas relaciones, como el hecho de que en todos los casos existe algún grado de permeabilidad entre estratos sociales. Es decir, hay cierta proximidad espacial del sector de medios y bajos recursos hacia con los estratos de élite, lo cual habla de una segregación a escala reducida. Asimismo, las periferias se consolidan como espacios de acumulación de habitantes de escasos recursos, repercutiendo en las formas de expresión y en los niveles que alcanza la segregación, más si se observa el fenómeno a gran escala.

Este proceso de expulsión de habitantes de menores recursos hacia las zonas más degradadas de las conurbaciones está vinculado con la acción del estado, ya que es el ente encargado de regular la apertura de fraccionamientos habitacionales. No obstante, las condiciones socioespaciales de las tres ciudades hacen evidente que su intervención no ha sido adecuada para controlar y disminuir las inequidades sociales que encuentran como medio de expresión el territorio urbano, sino que, por el contrario, se ha encargado de promover la desigualdad. De esta forma, se produce una situación similar a la que plantea Sabatini (2002) para las ciudades chilenas, en donde la oportunidad de acceso a una vivienda queda opacada por el hecho de ubicarse en zonas deficientes, a las cuales el autor reconoce como infiernos urbanos.

Al respecto de las minorías, las áreas urbanas que ocupan son muy específicas en cada conurbación, tratándose en los tres casos de zonas dotadas de una gran variedad de servicios, equipamientos e infraestructuras. En Colima-Villa de Álvarez hay mayor densidad del sector de élite al nororiente de la ciudad, dirección que configura el cono de alta renta, aunque

también tiene una presencia significativa al centro y norte de la misma. Sin embargo, también hay colonias cercanas a las periferias o a otras colonias de menor nivel socioeconómico que muestran altas concentraciones de este grupo, situación que habla de un proceso de descentralización y un acercamiento intergrupales.

En la conurbación Tecomán-Armería, el centro urbano de Tecomán es la zona que privilegia el sector acomodado para residir, trazándose dos direcciones hacia las que este grupo de población se extiende, siendo al oriente y al sur. A diferencia de Colima-Villa de Álvarez, donde las élites privilegian la cercanía al centro urbano más no el hecho de residir dentro de él, en Tecomán-Armería el grupo de altos recursos se ubica dentro de las inmediaciones del área central, ya que debido al poco desarrollo que ha tenido la conurbación, esta zona se consolida como la de mayor oportunidad para acceder a un mejor estilo de vida. Aquí, no hay una dispersión de colonias con alta ocupación de elites, sino que el grupo se concentra principalmente en la zona central y se extiende en direcciones definidas, formándose un cinturón de colonias de bajos recursos que delimitan el área que ocupa el sector acomodado.

Para la conurbación Manzanillo-El Colomo, la distribución de las minorías difiere en su totalidad de las dos anteriores, teniendo un centro urbano completamente carente de importancia para el sector poblacional en cuestión y una alta demanda de suelo costero e interno altamente dotado de servicios. En este caso, la morfología urbana sí se convierte en un fuerte determinante de la forma de ocupación del espacio residencial, creándose un cinturón de riqueza a lo largo de la bahía en tanto uno de pobreza más al interior. Similar a lo que sucede en Tecomán-Armería, son pocas las colonias alejadas de la costa que demuestran una alta proporción de población de élite, definiéndose muy claramente las áreas en las que reside uno u otro grupo.

De esta manera, a pesar de que el patrón de distribución espacial del grupo minoritario discrepa en las tres ciudades, también comparte algunas cualidades en común. Por ejemplo, las áreas de concentración de las élites están claramente definidas, aunque sus ubicaciones geográficas, superficies y direcciones de expansión no tienen coincidencia; se evidencia la disminución de la escala de segregación residencial al haber colonias en proximidad a otras áreas de menor nivel socioeconómico, situación que es más notoria en la zona conurbada de

Colima-Villa de Álvarez; y al menos dos de la conurbaciones siguen el modelo socioespacial latinoamericano de ciudad centro-periferia. Sin embargo, el segundo aspecto, relacionado con una cuestión de dispersión espacial de las élites, es el que, desde una perspectiva particular, tiene las afectaciones más grandes para los niveles y patrones de segregación de estas tres ciudades conurbadas, ya que es un indicador de cambio en el modelo tradicional de organización de los grupos sociales.

Ahora bien, al realizar el análisis segmentando a la población a partir de su nivel de ingreso se tienen contextos socioespaciales que difieren de los expuestos, reflejando situaciones más críticas de fragmentación social del territorio urbano que en parte es consecuencia de la proporción que ahora cada grupo, mayoritario y minoritario, representa respecto al total de población. El grupo mayoritario aumenta exponencialmente al cambiar la variable de referencia, teniendo una significación superior al 95.00% sobre la población total en las tres zonas conurbadas. Esto se corresponde con la ampliación de las áreas de ocupación o de residencia de dicho grupo, ubicándose en gran parte de las colonias las ciudades conurbadas en cuestión.

En contraste, el grupo minoritario decrece considerablemente, representando apenas el 4.00% de la población total en el caso de Colima-Villa de Álvarez, el 2.90% en Manzanillo-El Colomo y el 1.06% en Tecomán-Armería. Evidentemente, esta disminución en la cantidad del grupo promueve la reducción de la superficie que ocupan en las conurbaciones, haciendo fácilmente identificables las áreas urbanas en las que sus densidades son superiores y hacia qué dirección comienzan a extenderse. Asimismo, se da cuenta de aquellas colonias, ubicadas fuera de las zonas de alta renta, en las que la concentración de las minorías es significativa, factor relacionado con la segregación a escala reducida que demuestran los casos de estudio.

En Colima-Villa de Álvarez, el grupo de menores recursos tiene una ocupación bastante fuerte en la mayor parte del área conurbada. Se ubica de forma homogénea al centro, norte, oriente, sur y poniente de la ciudad, habiendo una degradación del grupo al avanzar hacia el nororiente, zona reconocida de larga tradición por albergar a los estratos sociales más altos. Sin embargo, la zona norte también ha sido y continúa siendo etiquetada en la actualidad como espacio de resguardo para las élites, aunque los resultados demuestran que



ya no es exclusiva, sino que se configura como un área urbana en que la reducción de la distancia física intergrupala se está generando.

Además, al observar a gran escala la distribución del sector de menores oportunidades, se identifican algunas colonias ubicadas fuera del centro urbano, y con cierto grado de proximidad a las periferias, en las que la densidad del grupo disminuye. Esta situación denota la paulatina retirada de las élites hacia sectores de menor nivel socioeconómico que, en muchas ocasiones, es promovida por el tipo de vivienda que se ofrece, principalmente los fraccionamientos cerrados, así como por los beneficios que se pueden obtener de esas ubicaciones, como la cercanía a las fuentes de empleo, servicios o algún estilo de vida en particular. Es decir, el temor o desagrado que expresaban las élites por habitar cerca de personas con condición económica contrastante ha pasado a segundo plano ante los distintos medios de protección a los que pueden acceder, privilegiando más lo que la zona es capaz de ofrecerles.

Para Tecomán-Armería la situación discrepa de lo anterior, y se posiciona como un caso muy particular, ya que la totalidad del área conurbada es ocupada por altas proporciones del grupo mayoritario, el cual representa más del 98.00% de la población que la habita. Esta condición, en la que es complejo diferenciar áreas con mayor o menor porcentaje de población mayoritaria, tiene que ver con las características propias de la ciudad, hablando en un sentido económico, social y urbano. Se trata de la conurbación peor posicionada económicamente, circunstancia que ocasiona que su proceso de desarrollo urbano sea lento y éste, a su vez, origina un escaso interés de las élites (que se encuentran muy subrepresentadas) para residir en sus inmediaciones ante la restringida calidad de vida a la que les permite acceder.

En Manzanillo-El Colomo, la distribución del grupo mayoritario de acuerdo al nivel de ingresos también adopta ciertas particularidades asociadas a la morfología urbana de la ciudad, aunque mantiene un rasgo en común con el panorama socioespacial que resulta a partir de la variable de nivel educativo, siendo éste la alta ocupación de las colonias al interior de la ciudad o, lo que es igual, de las zonas más alejadas de la costa, por el estrato de menores recursos. La diferencia radica en que, a partir del ingreso, las zonas de altos y bajos ingresos están más delimitadas y son fácilmente identificables a través de la información gráfica, lo

cual supone una segregación socioespacial más elevada. Asimismo, las colonias que, a partir del nivel educativo, se podían referir en proximidad hacia con espacios de mayor estatus social quedan suprimidas, estableciéndose la costa como sitio único de residencial del sector acomodado.

Como se puede apreciar, al dividir a la población de acuerdo a su nivel de ingreso la distribución que adopta el grupo mayoritario es muy específica en cada conurbación. Aun así, es posible establecer una serie de transversalidades, como son el hecho de que más del 80.00% de su superficie es ocupada por altas proporciones de este sector poblacional; que en todos los casos el patrón de distribución de las mayorías apunta hacia un acercamiento físico entre grupos diferenciados; que al menos en dos de las conurbaciones se pueden identificar las zonas y direcciones hacia las que se genera la degradación en la densidad de los estratos más bajos, ya que en Tecmán-Armería esa dinámica no se produce; y que las áreas en las que reside el grupo mayoritario están claramente delimitadas a la vez que guardan completa homogeneidad en las periferias.

Ahora bien, al analizar lo que sucede con la distribución de las minorías considerando su nivel de ingreso, se tiene que este grupo de población se encuentra fuertemente concentrado en áreas específicas del territorio urbano para los tres casos, pero sus dinámicas socioespaciales son discrepantes debido a la relación que guardan con las características físicas y económicas de cada ciudad. En Colima-Villa de Álvarez, este sector de la población se ubica principalmente al nororiente, incluso en colonias muy cercanas a las periferias. Sin embargo, también sobresalen algunas áreas urbanas al norte de la conurbación, y otras aledañas al centro urbano, como sitios aislados con densidades significativas del grupo, las cuales comparten la cualidad de no ubicarse dentro de las inmediaciones de la zona central, sino fuera de ésta.

De esta manera, las periferias, junto con la zona central, se consolidan como las áreas de menor o nula proporción de habitantes de altos recursos, y en conjunto rodean a aquellas en las que este grupo se emplaza. En contraste con lo que sucede tomando como referencia la variable de nivel educativo, el panorama socioespacial se torna más crítico y apunta hacia niveles de segregación más elevados, al menos en las dimensiones de concentración, disimilitud e interacción. La diferencia más evidente entre los patrones de distribución

espacial de las minorías que se construyen a través de las variables educación e ingreso, radica en la drástica disminución del área de ocupación del grupo al considerar la segunda variable, manteniéndose en común la zona nororiente como el área donde las élites tienen mayor densidad poblacional.

En Tecomán-Armería, se produce una dinámica similar a la de Colima-Villa de Álvarez, habiendo una disminución de la superficie en la que residen los estratos superiores, aunque no en la misma escala. En este caso, las minorías se encuentran altamente concentradas en la zona central de la conurbación, y al igual que sucede en el patrón que resulta de utilizar la variable de nivel educativo, se trazan dos direcciones, oriente y sur, hacia las cuales comienza a extenderse este grupo. Una característica muy peculiar es que la mayor proporción de las minorías reside dentro de las inmediaciones del centro urbano, y aquellos que residen fuera se ubican en colonias con relativa proximidad a éste.

Por su parte, el patrón de organización espacial de las élites de Manzanillo-El Colomo no discrepa de lo que ocurre en Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, pero mantiene ciertas especificidades ligadas a la forma urbana de la ciudad. El área que ocupa el grupo también decrece, consolidándose la franja más cercana a la costa como sitio específico del sector acomodado. En este caso, el centro urbano carece de total importancia para las élites, ubicándose a distancias considerables del mismo y, a diferencia del formato espacial que adquiere el grupo al considerar la variable de nivel educativo, las colonias al interior de la ciudad con algún grado de significación en cuanto a densidad poblacional casi desaparecen, creando un escenario segregativo en el que el distanciamiento intergrupalo es mayor.

Al igual que pasa con el grupo mayoritario, las minorías se organizan de forma muy particular en las conurbaciones, aunque eso no limita la posibilidad de establecer una serie de relaciones. La primera es que en todas las ciudades existe un área de extensión limitada, conformada por la agrupación de varias colonias, en la que la densidad del grupo es muy superior al resto; la segunda, que las colonias con densidad significativa de este grupo que se encuentran fuera de las zonas de alta renta son muy escasas; la tercera, que el grado de significación o importancia de la zona centro para las minorías es dependiente de las características económicas y urbanas de cada conurbación; la cuarta, que la descentralización de las élites es un hecho, aunque se encuentra en una fase inicial; y finalmente, que en todos

los casos la alta concentración de las minorías en áreas reducidas apunta hacia modelos segregativos más críticos, demostrando el proceso de fragmentación que están sobrellevando las ciudades conurbadas.

La comparativa de las formas de organización espacial de los grupos mayoritario y minoritario, da cuenta del poder que tiene cada una de las variables, nivel de educación e ingreso, para segmentar a la población, así como para reflejar dos realidades distintas de la segregación residencial en las ciudades medias de tipo conurbado. Mientras que la primera variable tiende a evidenciar una mayor homologación de los grupos sociales en el territorio urbano, el nivel de ingreso acentúa la separación física de los individuos a la vez que expone un contexto urbano socialmente fragmentado. Sin embargo, el trabajar con dos variables tiene la intención de posibilitar una evaluación de la pertinencia de la utilización de una u otra clase de datos, además de comparar los índices y modelos segregativos que se configuran. Todo bajo el entendido de que una comparación total es imposible al tratarse de información de diferente índole, condición que, además, impide la conformación de grupos sociales con proporciones similares.

En este sentido, a partir de la variable de nivel educativo se construyen patrones de organización socioespacial menos agresivos, los cuales son evidencia de la reducción que está teniendo la escala con que sucede la segregación a través del acortamiento de la distancia física entre grupos contrastantes. Por otra parte, al implementar la variable ingreso los patrones de organización socioespacial demuestran escenarios más preocupantes, en los que las ciudades se encuentran fragmentadas a gran escala delimitándose fuertemente las áreas que ocupa cada estrato social, con indicios más sutiles de la descentralización que están teniendo las élites y de la reducción de la escala urbana que, desde principios del siglo actual, ha estado experimentando la segregación residencial de corte socioeconómico.

De esta manera, la morfología urbana y la vocación productiva pueden no ser similares entre las áreas de estudio, e incluso la variable de aplicación puede diferir, pero aun así comparten rasgos transversales en sus dinámicas de organización socioespacial, los cuales llegan a asemejarse con lo que está sucediendo en sitios urbanos de mayor envergadura y en latitudes distintas. Sin embargo, es necesario tener presente que cada ciudad es distinta en infinidad de aspectos y, por tanto, siempre será necesario analizar su forma particular de

organización socioespacial y de segregación ya que, aun manteniendo similitud con otras ciudades, siempre tendrá cualidades muy específicas que la van a diferenciar del resto.

Ahora bien, después de haber analizado en forma comparada los tipos de ciudad, sus patrones de organización socioespacial determinados en base a las densidades poblacionales que tiene cada grupo socioeconómico en las colonias, y de acuerdo con las dos variables seleccionadas, corresponde analizar los grados o niveles de segregación que resultaron para cada una de las dimensiones del fenómeno. En general, e independientemente de la variable de aplicación, las tres ciudades conurbadas presentan índices de segregación residencial socioeconómica que superan el 30.00% en las dimensiones de uniformidad y concentración, porcentaje que, de acuerdo a la literatura, se corresponde con una situación socioespacial preocupante (Ariza & Solís, 2009; Checa-Olmos et al., 2011; Martori, 2007; Massey & Denton, 1988). Más aún al tratarse de sitios urbanos en proceso de expansión, en los que las dinámicas sociales y urbanas apenas trazan un somero escenario de la gran complejidad que pueden alcanzar.

Comenzando por la dimensión de **uniformidad**, el índice de disimilitud calculado en base a datos referidos a la variable de nivel educativo, demuestra que Manzanillo-El Colomo es la ciudad conurbada con mayor desigualdad socioespacial, alcanzando un grado de segregación de 43.00%. Le sigue Tecomán-Armería con un 38.00% y Colima-Villa de Álvarez se mantiene en tercer lugar con un 34.00%. Estos valores indican que la distribución de la población no es equitativa en las zonas conurbadas, sino que la proporción de cada grupo que habita en las colonias discrepa de su representación a escala de ciudad.

Sin embargo, es la relación que encuentra la disimilaridad con las características morfológicas y funcionales de las conurbaciones, lo que detona las diferencias en los valores del índice. De esta manera, no es de extrañar que Manzanillo-El Colomo sea el caso más crítico de disimilaridad, ya que al ser uno de los puertos más importantes del país su dinámica urbana traza zonas muy bien definidas de acuerdo a su uso y, en el ámbito de la residencia, de acuerdo al nivel socioeconómico de la población, fragmenta a gran y pequeña escala la ciudad. Las zonas habitacionales, industriales, portuarias, turísticas y comerciales se encuentran tan estrictamente delimitadas, que es fácilmente identificable cuando se está en una u otra, y el punto de confluencia de la mayor variedad de usos es la zona de

amortiguamiento de la ciudad, la cual funge como nexo entre las áreas de prestigio y aquellas de mayores carencias.

No obstante, el factor específico que provoca el alto nivel de disimilaridad en Manzanillo-El Colomo, es el desproporcionamiento residencial de sus habitantes. Esto es, quienes pertenecen a la élite residen en grandes proporciones en las áreas residenciales cercanas a la costa, mientras aquellos que forman parte del sector de bajos recursos lo hacen en las periferias de la ciudad, en muchas ocasiones en fraccionamientos de reciente apertura dirigidos a este tipo de población menos favorecida. Ese contraste tan marcado, tanto en el nivel económico de la población como entre las zonas habitacionales y su ubicación, es un fuerte determinante de lo alto o bajo que puede resultar el valor del índice en esta dimensión del fenómeno.

En Tecomán-Armería, aunque el nivel de disimilaridad se encuentra cinco puntos porcentuales por debajo del que presenta Manzanillo-El Colomo, se sigue tratando de una segregación relativamente alta. En esta ciudad, la distribución de los grupos sociales altos y bajos es irregular debido a sus deficiencias urbanas, incitando a grandes proporciones de la población de mayores recursos a residir en las inmediaciones del centro urbano de Tecomán, en tanto la población de menores recursos ocupa mayormente las periferias (aunque también tiene presencia en la zona central) y toda el área urbana correspondiente al municipio Armería, este último posicionado como uno de los más carentes económica y socialmente del estado. Entonces, la gran importancia que adquiere la zona central de Tecomán al ofrecer la mayor cantidad de servicios y el mejor estilo de vida promueve altos niveles de segregación en el área conurbada.

En contraste, Colima-Villa de Álvarez es la conurbación con el grado más bajo de disimilaridad, aunque se sigue sobrepasando el umbral que define cuándo la segregación se considera alarmante. En este caso, la distribución de los grupos de población es más uniforme que en las otras conurbaciones, pero las áreas en las que residen las élites continúan siendo muy específicas (al nororiente de la ciudad), así como las periferias siguen conteniendo a la mayor proporción del sector menos favorecido, condiciones que en conjunto promueven un índice de disimilaridad que supera el 30.00%. Asimismo, la vocación administrativa de la ciudad ha ocasionado que el centro urbano conserve relativa importancia al concentrar gran

parte de los empleos y una amplia gama de servicios, motivando a las élites a ubicarse en colonias con rápido acceso al mismo, aunque no dentro de él. Esto origina un desequilibrio en la forma de ocupación del espacio urbano que es acentuado por el proceso de descentralización de las minorías, tratándose del caso el más evidente de entre las tres conurbaciones analizadas.

Por otra parte, al modificar la variable de aplicación por el nivel de ingreso, los grados de segregación aumentan en los tres casos de estudio, estando muy cerca de porcentajes que son considerados por los expertos como de fuerte segregación y desdibujando los escenarios socioespaciales anteriores para construir otros nuevos que indican una fragmentación social del espacio urbano de mayor magnitud. Sin embargo, los ajustes en los índices mantienen una dinámica muy peculiar, en la cual la ciudad con la mayor segregación por disimilaridad de acuerdo a la variable de nivel educativo, es la que tiene el menor incremento y, por el contrario, la ciudad con el menor índice de segregación, tiene un incremento superior.

Colima-Villa de Álvarez es la ciudad que tiene el mayor incremento en su nivel de disimilaridad, alcanzando un 53.00%, lo cual significa un aumento de 56.00% respecto del anterior, que era de 34.00%. A Tecomán-Armería le corresponde un índice de segregación de 56.00%, significando un aumento de 48.00% en relación al anterior que fue de 38.00%. Y Manzanillo-El Colomo alcanzó un grado de disimilaridad de 57.00%, teniendo un aumento de 33.00% respecto del índice anterior de 43.00%. Nuevamente, es Manzanillo-El Colomo la conurbación con el nivel más alto de disimilaridad; Tecomán-Armería se mantiene un punto porcentual por debajo de Manzanillo-El Colomo y tres por encima de Colima-Villa de Álvarez; y Colima-Villa de Álvarez vuelve a colocarse como la ciudad con el nivel más bajo de segregación.

De forma generalizada, los incrementos en los niveles de segregación, como resultado de la utilización de datos relacionados con el nivel de ingreso de los habitantes, son un indicador de la magnitud que ha alcanzado la segregación residencial en ciudades intermedias, afectándolas a semejanza de aquellas de mayor tamaño. Lo anterior se puede constatar al trasladar la información de los índices de forma gráfica, ya que las áreas con mayor disimilaridad se encuentran muy bien delimitadas. Asimismo, se demuestra que las características propias de las ciudades, como la morfología urbana y la vocación productiva,

sí tienen incidencia en los niveles de segregación de las mismas ya que, independientemente de haber cambiado la variable de aplicación, las conurbaciones analizadas mantuvieron en el mismo orden de afectación. De acuerdo a lo anterior, es posible referir que las ciudades con carácter portuario tienden a ser más segregadas que aquellas en las que predominan las actividades administrativas y agrícolas.

De la comparativa entre las dinámicas de disimilaridad de las tres conurbaciones se desprenden dos temas a debatir, como son la influencia de la cantidad de población en los valores que alcanza el índice y el impacto que tienen las distintas variables en los mismos. Por un lado, se podría pensar que una ciudad altamente poblada estará más segregada que otra con menor cantidad de habitantes, pero eso no sucede, y queda evidenciado en los resultados obtenidos; y por otro, que el ingreso es una variable que permite segmentar a la población de manera más acercada a la realidad, aunque lo que en realidad hace cada una de las variables es darle una connotación distinta a la segregación, y el estudio de ambas pretende articular una idea más clara de su comportamiento en el territorio urbano de las conurbaciones mexicanas.

Respecto al primer tema, Colima-Villa de Álvarez es la conurbación que tenía la mayor cantidad de población en el 2000 (210,766 habitantes) y de la que se tiene la muestra más representativa para la conformación de los grupos (115,992 habitantes en la variable de nivel educativo y 67,526 en la variable ingreso). Sin embargo, al aplicar el índice de disimilaridad, es la ciudad con el menor grado de segregación en la dimensión de uniformidad. Por su parte, Manzanillo-El Colomo, que era la ciudad con menor cantidad de habitantes en ese año (107,791 habitantes) y está en segundo lugar respecto a la cantidad de habitantes que componen la muestra (58,785 habitantes en la variable de nivel educativo y 33,708 en la variable ingreso), tiene los mayores niveles de segregación. Y la zona conurbada de Tecomán-Armería, que ocupaba una posición intermedia en cuanto a cantidad de población durante ese periodo censal (127,863 habitantes) y de la que se tiene la muestra más reducida de habitantes para la conformación de los grupos (50,682 en la variable educación y 28,503 en la variable ingreso), se coloca en un punto también intermedio en relación al nivel de segregación, revelando que este fenómeno socioespacial no está en función de la



cantidad de habitantes sino de su forma de distribución en la ciudad, y ésta a su vez depende fuertemente de las características propias de la ciudad, urbanas y sociales.

En correspondencia con el segundo tema, es un hecho que los grados de segregación de cada una de las conurbaciones se modifican al emplear diferentes variables de segmentación socioeconómica. A partir del nivel educativo, los niveles de disimilaridad apuntan hacia una organización más uniforme de los grupos sociales en el espacio urbano, mientras que al aplicar la variable ingreso se refleja un modelo de ciudad dividida en la que sobresalen las zonas en las que residen estratos sociales altos y bajos. Sin embargo, no se puede realizar una comparativa y referir que una u otra variable es más viable para analizar la temática, ya que se trata de datos de distinta índole que van a representar dos vertientes de la segregación residencial.

La variable educación construye un panorama más amable del fenómeno, demostrando que los estratos bajos residen en zonas cercanas a las de mayor prestigio y que las élites comienzan a salir de sus zonas tradicionales de residencia, derivando en un acercamiento intergrupar y reduciendo la escala con que sucede la segregación. Por otro lado, la variable ingreso refleja un contexto socioespacial más crítico, en el que la fragmentación del territorio urbano a través de la delimitación de zonas específicas para cada estrato es incuestionable. Así, las periferias se establecen como áreas de residencia de los grupos menos favorecidos económica y educativamente, y las zonas centrales de los grupos de élite. En el caso específico de Manzanillo-El Colomo, las zonas costeras se consolidan como el espacio habitacional de las élites, en tanto la zona más interna (periférica) de la ciudad alberga al sector de bajos recursos.

Ahora bien, en la dimensión de **concentración** y partiendo de la información educacional, Manzanillo-El Colomo es la conurbación con el grado de segregación más elevado, presentando un 42.00%. Le sigue Colima-Villa de Álvarez con un 37.00% y en el tercer sitio está Tecomán-Armería con el 32.00%. Al igual que sucede con el índice de disimilaridad, se tienen porcentajes por encima de lo que podría considerarse como segregación baja o moderada, e indican que los grupos de élite residen y se acumulan en áreas específicas del territorio urbano, las cuales pueden, o no, estar en proximidad unas de otras, favoreciendo la reproducción del fenómeno a pequeña o gran escala.

A diferencia de la dimensión anterior, Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería intercambian posiciones, esto debido a que el índice de concentración es sensible tanto al tamaño del grupo como a la superficie que ocupa el mismo. Entonces, al tener un grupo de élite más numeroso en la primera ciudad, hay mayor posibilidad de que la densidad poblacional de ese grupo sea más elevada en los espacios que ocupan, que aquella que se tiene a escala de ciudad. De esta manera, aunque ambas ciudades compartieran la característica de tener un área urbana de extensión similar en la que se ubican las minorías (lo cual no sucede ya que es menor la superficie de ocupación de las élites en Tecomán-Armería), las densidades poblacionales van a discrepar entre sí.

Así pues, es Manzanillo-El Colomo la conurbación con el nivel más alto de segregación residencial. Esta reiteración de resultados alarmantes puede estar asociada a su condición de ciudad portuaria, turística e industrial, combinación de usos de suelo que ocupan gran parte de su territorio urbano, dejando con limitadas opciones residenciales a su población de altos recursos, quienes prefieren ubicarse en las áreas más cercanas a la costa (las de mayor plusvalía) y, en menor medida, al interior de la ciudad, en zonas próximas a las fuentes de empleo, así como a una amplia variedad de servicios y equipamientos. Dicha dinámica residencial costera origina un fuerte aislamiento espacial de las minorías sobre el resto de la conurbación, incitando en muchos fraccionamientos la implementación de diversos mecanismos de protección ante una ciudad abierta, como muros, cercas y vigilancia continua.

Por su parte, Colima-Villa de Álvarez tiene una dinámica de concentración de las élites distinta a la del caso anterior, la cual puede ser atribuida a su morfología urbana radial y el carácter administrativo de la ciudad. En este caso, la superficie destinada al uso residencial es mucho más amplia, valorizando más aquellas ubicaciones en proximidad con el centro urbano, así como el norte de la zona conurbada, sitio que ha tenido un desarrollo urbano constante y alberga cada vez una mayor proporción del sector acomodado. Si bien, no se trata de la conurbación con el índice más alto de concentración, sí es el mejor ejemplo de descentralización de las élites, ya que comienzan a aparecer colonias periféricas que tienen una densidad significativa de este tipo de población. Además, su nivel de segregación es preocupante al considerar que es la ciudad que funge como principal en el estado y alberga

la mayor cantidad de población, cualidades que podrían ser detonantes de situaciones segregativas más críticas en menor tiempo que en las otras dos conurbaciones.

Finalmente, Tecomán-Armería tiene el nivel más bajo de segregación residencial por concentración. Aquí, el grupo de élite es en extremo reducido y las áreas que ocupa son bastante amplias, provocando que el índice de concentración no se eleve demasiado. Esta situación está vinculada con las deficiencias urbanas y económicas de la ciudad, teniendo que el centro urbano como zona mejor dotada de infraestructura y servicios, se convierte en el área residencial más privilegiada por los habitantes mejor posicionados, quienes se ven obligados a interactuar con los grupos de menores recursos en la cotidianeidad, ya que estos últimos también residen en gran proporción en el sitio. No obstante, también hay indicios de un proceso de descentralización de las élites, situación poco común en una conurbación llena de carencias en la que para acceder a un mejor estilo de vida es necesaria la proximidad al centro urbano.

Ahora bien, al cambiar la variable de referencia por el nivel de ingreso los grados de concentración no se modifican en las conurbaciones de Manzanillo-El Colomo y Colima-Villa de Álvarez, manteniendo el 42.00% y 37.00% respectivamente. Sin embargo, en Tecomán-Armería el nivel de segregación disminuye, pasando de 32.00% a 30.00%, algo inesperado y poco probable al estar trabajando con una variable que, desde una perspectiva particular, tiene la capacidad de segmentar a la población de una manera más acercada a lo que realmente sucede en las ciudades. Es decir, Tecomán-Armería tuvo una disminución en su índice de segregación del 6.25%, y aunque pareciera no ser significativo le permite mantenerse dentro de un rango de segregación que aún se considera normal de acuerdo con la literatura. Este retroceso en el grado de segregación se debe a la mínima presencia de las élites en la ciudad, grupo que se reduce aún más al analizar el tema en base al ingreso.

Asimismo, la invariación en los niveles de segregación de Manzanillo-El Colomo y Colima-Villa de Álvarez es un evento a destacar. Y es que se vuelve interesante que, al tener proporciones discrepantes del grupo de élite como consecuencia de la modificación de variables, la relación densidad de población-espacio físico se mantenga. Esto significa que tanto la variable educación como ingreso guardan la misma correspondencia entre la cantidad de habitantes que pertenecen a la élite y la superficie que ocupan en la ciudad, más no se

puede afirmar que el grupo se distribuye espacialmente de forma similar en el territorio urbano para ambos casos. Entonces, a pesar de que los niveles de segregación no se alteran matemáticamente al aplicar una u otra variable, la configuración que adoptan los patrones de segregación sí lo hace, pero eso será explicado en acápites posteriores.

De esta forma, a través del índice de concentración es posible señalar que en las tres conurbaciones el grupo de élite busca establecerse en las zonas residenciales de mayor plusvalía y aquellas que posibilitan un mejor estilo de vida, las cuales van a variar en su ubicación geográfica de acuerdo a las características urbanas y económicas específicas de cada ciudad. Asimismo, hay algunas cuestiones a destacar de manera individual, como el hecho de que Manzanillo-El Colomo era la conurbación menos poblada en el 2000, y aun así mostró el nivel más alto de segregación en la dimensión de concentración; Colima-Villa de Álvarez, la ciudad con mayor cantidad de población en ese periodo, tiene una distribución más equitativa de las minorías que Manzanillo-El Colomo; y Tecomán-Armería, que por su lento crecimiento urbano y deficientes condiciones económicas supondría una alta concentración del sector acomodado, es la ciudad con el menor grado de segregación por concentración.

Hasta este punto, apenas se han abarcado dos dimensiones de la segregación (uniformidad y concentración), y ya se hace posible afirmar que no en todos los casos la implementación de la variable ingreso se va a corresponder con índices de segregación más elevados respecto de los resultantes de la aplicación de la variable de nivel educativo, lo cual queda evidenciado en la dimensión previamente analizada. Sin embargo, la degradación en el valor de los índices no se relaciona directamente con la forma de expresión que adopta la segregación en el territorio urbano. En este sentido, al trabajar con distintas variables, es obligatorio constatar a través de modelos gráficos que las reducciones numerales en los niveles de segregación residencial también se estén traduciendo al espacio urbano y no que, por el contrario, se estén produciendo escenarios socioespaciales más acercados a la creación de una ciudad polarizada.

Por otra parte, la tercera dimensión de la segregación que corresponde analizar es la de **exposición**, y se refiere a la probabilidad de interacción que tienen los grupos sociales altos y bajos al compartir un mismo espacio geográfico. De acuerdo a la variable de nivel

educativo o de instrucción, es en la conurbación de Colima-Villa de Álvarez en donde hay menor probabilidad de encuentro entre estratos sociales diferenciados, teniendo un índice de segregación de 67.00%. En Manzanillo-El Colomo, la posibilidad interacción es superior que en Colima-Villa de Álvarez, alcanzando un índice de 77.00%. Y, Tecomán-Armería, se coloca como la zona conurbada en la que es más probable el encuentro social, teniendo un índice de interacción de 88.00%, porcentaje que indica que por cada 10 miembros del grupo mayoritario 8.80 comparten el área de residencial con un miembro de la minoría.

A diferencia de las dimensiones de uniformidad y concentración, en la dimensión de exposición el índice de interacción debe ser interpretado de forma inversa. Es decir, valores bajos van a significar situaciones de segregación más agresivas, en tanto valores altos se van a relacionar con escenarios segregativos menos preocupantes. De esta manera, el índice que resulta en cada conurbación es coherente con las características socioeconómicas de su población, ya que mientras más amplio es el grupo minoritario su probabilidad de contacto con los miembros de la mayoría se aminora.

En este sentido, Colima-Villa de Álvarez es la conurbación con el grupo minoritario más numeroso y, consecuentemente, la que tiene menor posibilidad de encuentro intergrupar. Esta situación no resulta anómala, pues se trata de la ciudad principal y más poblada del estado, ofreciendo la mejor calidad y mayor cantidad de servicios, equipamientos e infraestructura a los habitantes en comparación con el resto de las conurbaciones. Por esta razón, gran parte de la población estatal demuestra un firme interés por residir en sus inmediaciones, principalmente aquellos que pertenecen al sector acomodado y que buscan constantemente mejorar su calidad de vida.

En Manzanillo-El Colomo, ciudad menos poblada de entre las tres conurbaciones analizadas, el grupo de élite es más reducido que en Colima-Villa de Álvarez, representando menos del 50.00% de los habitantes que conforman a la minoría en esta última conurbación. No obstante, es justamente esa reducción poblacional del grupo la que promueve que la probabilidad de interacción sea mayor, teniendo que por cada miembro de la élite cerca de ocho habitantes del sector menos favorecido son capaces de ocupar el mismo espacio físico. Es natural que el interés por residir en esta ciudad sea menor que en la capital del estado, ya que no es capaz de conceder un nivel de vida similar, y aunque alberga algunos sitios

turísticos, como son las playas, y otros residenciales de gran importancia ubicados próximos a la costa (como el fraccionamiento Península de Santiago), su vocación económica predominante es la portuaria e industrial, causando que la apariencia de ciertas zonas del área conurbada no sea del todo atractiva.

Por su parte, Tecomán-Armería, que ocupa el segundo sitio en cuanto a cantidad de población, guarda el grupo minoritario más pequeño de los tres casos de estudio, el cual apenas representa el 6.10% de su población total. La escasa cantidad de habitantes de élite se debe a las pocas oportunidades de progreso y a la deficiente calidad de vida que ofrece la ciudad, situación que detona un índice de interacción elevado en el que nueve de cada 10 miembros del grupo mayoritario coexisten geográficamente con un miembro de la minoría. Es decir, en esta conurbación el grupo de élite, al ser tan reducido, está prácticamente obligado a interactuar con el sector de menores recursos, que se conforma por el 93.90% de la población total, en la cotidianeidad. Más esto no significa que las minorías se encuentren repartidas de forma uniforme por todo el territorio urbano.

Al modificar la variable de aplicación por el nivel de ingreso, el índice de interacción se modifica ligeramente en todas las ciudades en cuestión, trazando imaginarios segregativos más favorables que indican una alta probabilidad de encuentro físico entre minorías y mayorías. El orden de las conurbaciones en cuanto a la trascendencia de la segregación por exposición también se mantiene, teniendo que Colima-Villa de Álvarez es la conurbación con la situación segregativa más preocupante al alcanzar un índice de 82.00%; Manzanillo-El Colomo continúa en la segunda posición con una probabilidad de interacción de 84.00%; y Tecomán-Armería sigue demostrado el mejor escenario socioespacial al obtener un índice de interacción de 96.00%.

Las conurbaciones de Manzanillo-El Colomo y Tecomán-Armería tienen un aumento en su índice de interacción del 9.00% con respecto al obtenido a partir de la variable de nivel educativo, mientras que Colima-Villa de Álvarez lo hace en un 22.00%, lo cual la deja a sólo dos puntos porcentuales de la ciudad portuaria. Sin embargo, la positividad de estos aumentos en los índices de interacción es cuestionable al tener implicaciones socioespaciales de magnitud considerable que se traducen al territorio de las ciudades, impidiendo sobreentender que un resultado elevado está relacionado con un menor grado de segregación

del espacio urbano. Y lo mismo sucede con los índices resultantes de aplicar la variable de nivel de instrucción.

En contraste con las dimensiones de uniformidad y concentración, la variable ingreso permite obtener valores que están más acercados a aspectos que, en acuerdo con los expertos, son positivos para la segregación, más esto debe ser corroborado por medio de los modelos segregativos urbanos construidos de forma gráfica ante las dos connotaciones que el índice de interacción puede tomar. La primera, y más positiva, tiene que ver con una organización espacial uniforme de las minorías en las ciudades, beneficiando la probabilidad de contacto intergrupar en todas las subunidades territoriales; y la segunda, desde una perspectiva más negativa, estaría refiriéndose a una concentración excesiva de los grupos de élite, provocando que el alto grado de contacto sí se produzca, pero sólo en determinadas colonias de las conurbaciones, escenario ante el cual la segregación tendría un impacto urbano y social más considerable para la ciudad, ya que se estaría apuntando hacia otra dimensión del fenómeno, la de concentración.

De esta manera, en las tres conurbaciones, y bajo la aplicación de ambas variables, el grado que alcanza la segregación por exposición habla de un acercamiento intergrupar, y es que a pesar de que Colima-Villa de Álvarez es la ciudad con la probabilidad de contacto social más baja, entre siete y ocho miembros de cada 10 que forman parte del grupo mayoritario pueden compartir el mismo sitio de residencia que un miembro de la minoría, proporción que no es tan alarmante y se corresponde con una disminución de la escala urbana de la segregación. Sin embargo, independientemente de cuál es la conurbación en la que se tiene la mayor probabilidad de contacto entre estratos sociales contrastantes, en todos los casos se configuran zonas urbanas específicas en las que la dinámica de interacción se produce con mayor o menor frecuencia, y esta va a ser incidida por las características propias de cada ciudad.

Esta última cuestión sí es preocupante, debido a que las altas probabilidades de interacción que se tienen de forma generalizada en las tres conurbaciones quedan opacadas ante la superficie urbana tan limitada en la que esta acción puede suceder. De aquí la importancia del enfoque multidimensional del estudio, ya que hace posible revelar que no siempre los valores que arrojan los algoritmos para el cálculo de los índices de segregación

se corresponden con la situación socioespacial de las ciudades, haciendo necesario recurrir a más de una de las dimensiones del fenómeno para lograr comprender con mayor exactitud el comportamiento de la segregación residencial en los sitios urbanos.

Así pues, los espacios urbanos en los que la interacción se lleva a cabo discrepan de conurbación a conurbación, siendo determinados en gran medida por su morfología urbana y vocación productiva, cualidades que sobresalen nuevamente como factores de impacto en la forma que adopta la segregación residencial en las ciudades intermedias. Sin embargo, las tres zonas de estudio guardan una relación entre sí, y es que sus centros urbanos se configuran como sitios en los que la interacción entre minorías y mayorías puede suceder a un nivel significativo, en tanto la probabilidad de contacto se diluye o desaparece al avanzar hacia las periferias.

La cuarta dimensión de la segregación a analizar es la de **centralidad**, y se ocupa justamente de mensurar la importancia que representa el centro urbano de las ciudades para los grupos de población. Comúnmente, la localización de las minorías en áreas centrales se asocia con altos niveles de segregación residencial, y mientras más próximo se encuentre el grupo a estas zonas tiende a estar más concentrado. Sin embargo, el proceso de descentralización que ha demostrado el sector de élite ha terminado por modificar la forma de entender este índice, ya que ahora la relación centralidad-concentración no es estricta, pues se puede encontrar a las minorías residiendo en enclaves periféricos o semiperiféricos manteniendo un alto nivel de concentración.

Los resultados del índice, desde el factor educativo, demuestran que Tecomán-Armería es la conurbación en la que las minorías valoran más residir dentro de los límites de la zona central, teniendo un grado de segregación de 0.67. Este dato es congruente con el funcionamiento de la ciudad, ya que la zona centro es el área que ofrece el mejor nivel de vida a sus habitantes, pero a su vez habla de una alta concentración de las minorías, lo cual estaría generando un aporte a la segregación. En relación a la dinámica de descentralización que han adoptado las élites en las grandes ciudades, en esta zona conurbada apenas se comienzan a dar algunos indicios de ese proceso, habiendo un par de colonias al oriente y sur en las que la densidad del grupo toma significación.



El segundo sitio lo ocupa la ciudad de Colima-Villa de Álvarez, expresando un índice de centralidad de 0.15. Esto significa que los diferentes grupos de población se distribuyen espacialmente de forma más similar respecto al área central, aunque también se da cuenta de que existe algún grado de concentración, por parte del sector acomodado, en áreas centrales o pericentrales de la conurbación. Al igual que en el caso anterior, el valor del índice es coherente con la situación socioespacial de la ciudad, pues el grupo de élite sí se ubica en áreas cercanas al centro urbano, aunque no necesariamente dentro del mismo. No obstante, se trata de la zona conurbada en la que es más evidente el proceso de descentralización del grupo de altos recursos, habiendo zonas cercanas a las periferias en las que se ubica en altas proporciones este tipo de población.

En Manzanillo-El Colomo la situación de centralidad es completamente discrepante de las anteriores, ya que el índice toma un valor de -5.19, indicando la escasa o casi nula importancia que implica el centro urbano para el sector acomodado. De forma reiterada, este valor coincide con la dinámica de organización espacial de las élites en la ciudad, ubicándose mayormente en las áreas más cercanas a la costa, al poniente y norponiente, y en menor medida al interior de la zona conurbada. Claro está que en la conurbación el resultado del índice de concentración es incidido considerablemente por la forma urbana lineal que presenta, obligando a su población de élite a residir en áreas alejadas de lo que es considerado como el centro urbano. Aunado a esto, la fisonomía deslucida y las complejidades urbanas y sociales de la zona central, refuerzan su abandono por parte de los estratos acomodados.

Ahora bien, al observar el panorama de segregación por centralidad a partir de la variable ingreso, los resultados de los índices se alteran, aumentando en el caso de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería y disminuyendo en Manzanillo-El Colomo. En la primera conurbación, el valor del índice tiene un aumento de 126.00%, resultando un índice de centralidad de 0.34; en la segunda, el incremento es de 95.00%, teniendo un índice final de 1.31; y para la tercera, la disminución es de 38.00%, expresando una centralidad de -3.19. Los nuevos valores de los índices están relacionados con la reducción del grupo minoritario como consecuencia del cambio de variable, y si bien no se mantiene un patrón entre aumentos y aminoramientos, sí se puede deducir que no en todos los casos las periferias son sitios con ocupación limitada de los grupos económicamente superiores.

Al tener grupos de élite más reducidos, el índice de centralidad demuestra que éstos se encuentran fuertemente concentrados en el perímetro nororiente inmediato a la zona central en el caso de Colima-Villa de Álvarez; dentro de los límites del centro urbano en Tecmán-Armería; y completamente fuera de la zona centro en Manzanillo-El Colomo, concentrándose significativamente en las zonas costeras. La información que deriva del índice resulta correcta al ser corroborada con los planos de distribución espacial de la población minoritaria de cada una de las conurbaciones, dando cuenta de la eficiencia del mismo para conocer el comportamiento de la segregación residencial, así como de los vínculos que se siguen manteniendo entre los índices de segregación y las cualidades físicas de los sitios urbanos. Así pues, el índice de centralidad permite tener una idea de que tan cerca o lejos se ubica un grupo con respecto del área central, pero para conocer la forma en que dicho grupo se organiza en el espacio es necesario recurrir a otras dimensiones de la segregación.

En este sentido, la dimensión de **agrupamiento** posibilita conocer que tan próximas se encuentran entre sí las subunidades espaciales en las que residen las minorías. Recurriendo al índice de proximidad espacial, se determina que el grado de segregación es de 0.99 para las tres conurbaciones y a partir de ambas variables, educación e ingreso. El resultado, al ser muy aproximado a 1, se explica como un agrupamiento similar de ambos grupos, mayoritario y minoritario, con una ligera inclinación hacia el acortamiento de la distancia física entre estratos diferenciados. Esta última afirmación es sustentada a través de los patrones de distribución socioespacial de la población minoritaria que se construyeron, en los que se observa la paulatina ocupación de áreas periféricas o características de los estratos sociales bajos por parte del sector acomodado.

La idea de proximidad ha sido tema de debate entre expertos, mientras algunos la interpretan como una expresión distinta de la exclusión, otros la ven como una oportunidad para mejorar la integración de las personas de bajos recursos (Rasse, 2015). No obstante, bajo el marco del presente estudio, la proximidad espacial se vuelve un elemento de impulso para la segregación residencial socioeconómica, más si es observada a gran escala, ya que enmarca las áreas urbanas en las que residen las clases sociales altas y bajas. Así, la percepción que se tiene de la proximidad en el territorio urbano de las zonas conurbadas está

más acercada a una noción de exclusión, aunque esto no quiere decir que no signifique algunos beneficios para el sector mayoritario ante su paulatino acercamiento hacia con las minorías.

El hecho de que se tengan resultados similares al implementar información socioeconómica distinta y, por ende, se conformen grupos minoritarios con proporciones discrepantes es una cuestión interesante, la cual no sucedió con el resto de los índices calculados pero que, en este caso, demuestra que tanto la información de nivel de instrucción como el nivel de ingreso, es viable para determinar la segregación por agrupamiento espacial. Sin embargo, se vuelve a requerir el análisis de otras dimensiones de la segregación que complementen la información que este índice es capaz de ofrecer, ya que por sí solo no permite pormenorizar el comportamiento y el grado de la segregación residencial en una ciudad intermedia.

Como se puede observar, cada una de las dimensiones de la segregación pone en evidencia una forma de expresión específica del fenómeno en las ciudades conurbadas de tipo medio. No obstante, de forma individual los índices no posibilitan explicar las condiciones, niveles y patrones segregativos de un área urbana en todo su espectro, haciendo inevitable que al analizar el tema se recurra a un enfoque multidimensional. Asimismo, se demuestra cómo la morfología urbana y la vocación productiva tienen una fuerte incidencia en las características que adoptan los procesos segregativos que se llevan a cabo en las ciudades conurbadas, alterando sus niveles de segregación y desarrollando patrones socioespaciales específicos para cada caso y en cada una de las dimensiones del fenómeno. Lo anterior, sustenta la afirmación de que la segregación residencial ha dejado de ser característica de las grandes ciudades, extendiéndose a los sitios urbanos de menor magnitud que, a pesar de su tamaño, también se han adentrado en una etapa de modernización ligada a la reconfiguración de las estructuras sociales y urbanas, gatillando la consolidación de nuevos esquemas segregativos.

Evidentemente, las desigualdades sociales han acompañado a las ciudades a lo largo de la historia, teniendo un impacto directo sobre la configuración del territorio urbano y generando algún grado de segregación residencial, cuestiones que se han venido complejizando. Entonces, las ciudades grandes, medianas y pequeñas exhiben algún grado

de segregación residencial que, al mantenerse dentro de un rango moderado, les permite funcionar correctamente. Sin embargo, al rebasar esos límites, tanto inferior como superior, comienzan a manifestar alteraciones en sus dinámicas sociales y urbanas, las cuales las acercan al caos, traducido como fragmentación socioespacial, deterioro urbano, gentrificación, pobreza, etc.

Así pues, en la Tabla 13 se puede observar que la ciudad conurbada de Manzanillo-El Colomo, cuyas actividades productivas se concentran en áreas específicas de su territorio, presenta los índices de segregación más críticos desde la perspectiva del ingreso, superando el 30.00% en disimilitud (57.00%) y en concentración (42.00%), correspondiéndose con patrones socioespaciales que van a reflejar con claridad las diferencias económicas de la población traducidas en el marco de la ciudad. Esto es, las áreas urbanas que ocupa cada estrato social están estrictamente delimitadas, disminuyendo gradualmente la calidad de las viviendas, el acceso a servicios y la diversidad de usos, conforme aumenta la distancia en relación a la costa.

Para las ciudades conurbadas de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, los índices de segregación también son elevados, aunque en menor medida. En la primera, que varía en su forma urbana de los otros casos de estudio, la disimilitud es de 53.00% y la concentración de 36.00%, mientras que, para la segunda, que mantiene una morfología urbana mixta, similar a la de Manzanillo-El Colomo a gran escala, pero más acercada a la de Colima-Villa de Álvarez a escala reducida, la disimilitud es de 56.00% y la concentración de 30.00%. Ambas situaciones hablan de ciudades con una marcada desigualdad socioespacial, en las que se establece una tendencia hacia la ocupación de áreas específicas por parte de los distintos estratos sociales, promoviendo la reproducción de la segregación residencial a pequeña y gran escala.

No obstante, al analizar el fenómeno socioespacial a partir de otra variable, como es el nivel de educación, los índices disminuyen en la dimensión de disimilitud y aumentan en la de concentración, aunque no de forma significativa para todos los casos. La ciudad conurbada de Manzanillo-El Colomo continúa siendo la de mayor grado de segregación con un 43.00% en disimilitud y un 42.00% en concentración, seguida de Colima-Villa de Álvarez

con un 34.00% y 37.00% y, en el tercer sitio Tecomán-Armería con un 37.00% y un 32.00% respectivamente.

Para el índice de interacción, en el que la interpretación discrepa de los anteriores, la ciudad con el nivel más alto de segregación es Colima-Villa de Álvarez con un 82.00% en ingreso y 67.00% en educación; en segundo lugar, está Manzanillo-El Colomo con un 84.00% y 77.00%; y en la última posición, Tecomán-Armería con un 96.00% y 88.00%. En la dimensión de centralidad, Tecomán-Armería es la ciudad más segregada con un índice de 1.31, y le sigue Colima-Villa de Álvarez con 0.34, aunque en estas conurbaciones la segregación existe por el excesivo interés de ocupación del área central.

En contraste, Manzanillo-El Colomo tiene una segregación elevada de -3.19, relacionada con el desinterés de ocupación del centro urbano por parte de las élites. Es decir, a través de este índice se pueden apreciar dos panoramas opuestos de la segregación que llevan a tener ciudades divididas en las que se refuerza la desigualdad social; por un lado, se tiene una alta concentración de las elites en áreas cercanas o dentro del centro urbano; y por otro, la concentración de los estratos altos no existe en el área central, sino en las periferias u otras zonas de mayor prestigio.

Finalmente, en la dimensión de agrupamiento, el índice de proximidad espacial refleja un resultado de 0.99 para las tres conurbaciones y a partir de ambas variables, haciendo alusión a un contexto de segregación en el que las subunidades espaciales que ocupa cada estrato se encuentran agrupadas de forma similar. Sin embargo, el hecho de tener un resultado por debajo de la unidad hace suponer que el distanciamiento físico entre grupos sociales diferenciados está disminuyendo, y es que esta es una cualidad que las tres ciudades conurbadas comparten en común.

Tabla 13. Índices de segregación de las tres ciudades conurbadas del estado de Colima.

<b>Conurbación</b>	<b>Población</b>	<b>D</b>	<b>DEL</b>	<b>xPy</b>	<b>RCE</b>	<b>SP</b>
<b>Ingreso</b>						
<i>Colima - Villa de Álvarez</i>	67,526	0.532	0.368	0.82	0.34	0.995
<i>Tecomán - Armería</i>	28,503	0.564	0.305	0.96	1.31	0.998
<i>Manzanillo - El Colomo</i>	33,708	0.578	0.424	0.84	-3.19	0.997
<b>Educación</b>						

<i>Colima - Villa de Álvarez</i>	115,992	0.342	0.372	0.67	0.15	0.997
<i>Tecomán - Armería</i>	50,682	0.379	0.326	0.88	0.67	0.999
<i>Manzanillo - El Colomo</i>	58,785	0.433	0.426	0.77	-5.19	0.994

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

De acuerdo con la tabla anterior, la ciudad conurbada de Manzanillo-El Colomo resultó ser la más segregada, en las dimensiones de uniformidad y concentración, a partir de las dos variables, demostrando cómo el desarrollo turístico y comercial del borde costero, en conjunto con los requerimientos de suelo de uso industrial para satisfacer la actividad portuaria, inciden en la conformación de un patrón de segregación residencial específico, con una clara separación entre lo que ocurre en las cercanías de la costa y lo que sucede hacia el interior de la urbe. De esta forma, las ciudades medias de carácter portuario son más susceptibles a presentar niveles de segregación residencial socioeconómica elevados, debido a la consolidación de conjuntos habitacionales de nivel medio y bajo en zonas alejadas de la costa como recurso para satisfacer la demanda de suelo con uso industrial en áreas cercanas al puerto interior.

Por su parte, la conurbación Colima-Villa de Álvarez expone un patrón de segregación residencial similar al de otras ciudades latinoamericanas (centro-periferia), en el que se puede observar una periferia conformada por amplias zonas homogéneas de vivienda económica promovida por el estado, así como por particulares, y sectores específicos de mayor heterogeneidad, en los que la periferia ha sido “colonizada” por desarrollos inmobiliarios orientados a sectores medios y altos, generalmente bajo la figura de urbanizaciones cerradas. En este sentido, el patrón de segregación demuestra una mayor diversidad de usos de suelo en la zona central, así como una alta concentración de población de élite que crece con dirección al norte de la ciudad.

En cambio, la conurbación Tecomán-Armería representa un tipo de ciudad en la que predominan los hogares de menores ingresos, muchos de ellos de autoproducción, existiendo una proporción muy pequeña de hogares de ingresos medio-altos y altos. En este caso, éstos se concentran en torno al centro de servicios, donde se concentra también la mayor calidad de vida urbana, pero sin generar una homogeneidad tan clara. Es decir, al ser un grupo tan pequeño, incluso al estar concentrado convive en proximidad con hogares de otros niveles

de ingreso, más esto no asegura el desarrollo de una dinámica social. Si bien, esta ciudad conurbada difiere del modelo de organización socioespacial de centro-periferia al ser observada en conjunto, al disminuir la escala de análisis se recrea dicho patrón segregativo como consecuencia de las características físicas de la ciudad que funge como principal.

Al analizar los resultados de los distintos índices de segregación correspondientes a cada una de las dimensiones abarcadas en el estudio, se puede tener un panorama general de cómo se está comportando el fenómeno en las tres conurbaciones seleccionadas. Sin embargo, para conocer a grandes rasgos las cualidades que adopta la segregación residencial en una ciudad, principalmente la dinámica de ocupación del espacio urbano por parte de los grupos sociales, no es suficiente con generar un índice, sino que se requiere elaborar modelos gráficos que apoyen a las explicaciones valorativas. Sólo a través de este método de análisis es posible realizar afirmaciones congruentes y verídicas respecto a las implicaciones de la segregación en determinada área urbana.

En este sentido, se procede al análisis comparativo de los modelos de segregación residencial construidos en base a los índices previamente expuestos. Manteniendo el mismo orden analítico, en la dimensión de **uniformidad** y desde la perspectiva del nivel educativo de la población, el patrón segregativo de la zona conurbada de Colima-Villa de Álvarez deja ver que hay mayor desigualdad en las proporciones de cada grupo en las colonias ubicadas al norte del centro urbano pero próximas al mismo. Asimismo, las áreas urbanas más al norte de la conurbación también se configuran como espacios de fuerte desigualdad social, condición que al sur y en las periferias se produce en niveles mucho más atenuados.

Este contexto de segregación es coherente con la forma de distribución espacial que tiene la población en la conurbación. La desigualdad tan pronunciada en las colonias cercanas al centro urbano se debe al alto porcentaje de población de élite que reside en ellas, sobrepasando la proporción que representa el grupo en la totalidad del área conurbada, y lo mismo pasa en la zona más al norte. En cambio, en las zonas centrales y periféricas, el desproporcionamiento social está ligado a un exceso de población de escasos recursos, habiendo pocas colonias en las que se alcanzan niveles de disimilitud significativos. Esta forma de distribución socioespacial deja entender que el área periférica es donde se acumulan

los habitantes menos favorecidos, llevando a una homogeneidad social que abona a la segregación residencial.

Al observar el fenómeno partiendo del nivel de ingreso, el panorama segregativo se vuelve más agudo, teniendo una fuerte disimilitud en la zona centro y en las colonias con orientación norte más cercanas a ésta. Aquí, se demuestra la gran importancia que aún conserva el centro urbano para la población de élite, ya que su presencia tan marcada es el factor que promueve grados significativos de segregación tanto dentro como fuera de esta área. En contraste, en la zona sur del área central el alto grado de disimilitud sí está relacionado con la presencia excesiva de población mayoritaria, pues se trata del área característica de los estratos desfavorecidos. Y las periferias se vuelven a consolidar como espacios socialmente homogéneos en los que predomina un solo grupo de población, el de menores recursos.

La forma de ocupación del espacio urbano central es la diferencia más radical entre ambos esquemas de segregación residencial, y es quizá lo que provoca que el índice de disimilitud aumente de 34.17% en educación a 53.20% en ingreso. Mientras que en el primero las élites dan menor importancia al hecho de residir en el centro urbano, el segundo expone un marcado interés del grupo por residir en él o en sus inmediaciones. Por otro lado, comparten la cualidad de que sus periferias se configuran como áreas extensas ocupadas por el sector de menores oportunidades, promoviendo la homogeneidad social. Sin embargo, en ambos modelos de segregación, se evidencia un ligero acercamiento físico de estratos al haber colonias en las que la disimilitud es ocasionada por la alta presencia de las élites muy próximas a otras en las que la segregación se debe a la alta densidad de población mayoritaria, principalmente al sur del área conurbada.

En Tecomán-Armería el contexto de segregación por disimilitud mantiene una estrecha relación con la situación socioespacial de Colima-Villa de Álvarez. En esta ciudad, también se tiene una fuerte desigualdad social en el centro urbano, incluso mayor que en la primera urbe, derivada de la alta cantidad de población acomodada que reside en él al ser el área que permite acceder a un mejor nivel de vida. Tomando en cuenta la variable de nivel de instrucción, la zona centro resulta bastante segregada, así como también lo hace una buena parte de las colonias periféricas ubicadas al sur y oriente de la conurbación, aunque en estas



últimas el fenómeno se vincula más con la alta presencia del sector de menores recursos. En lo que respecta a la ciudad de Armería, su centro urbano guarda un grado de segregación significativo por similares motivos que Tecomán, favoreciendo a la reproducción de la segregación residencial.

Bajo la perspectiva del nivel de ingreso, el patrón de disimilitud se vuelve más crítico, pasando de 37.00% a 56.00% y señalando una desigualdad superior en la distribución de los grupos sociales al centro, sur, norte y oriente de la zona conurbada. El modelo de segregación residencial que se construye hace referencia a una ocupación extrema tanto de las élites como del grupo de escasos recursos en la zona central y específicamente del sector de menores recursos en las periferias, situaciones que en conjunto abonan al alto grado que alcanza el fenómeno en esta ciudad intermedia. Además, los niveles de segregación disminuyen gradualmente conforme aumenta la distancia en relación a la zona central, indicando que la presencia de las élites en las periferias no se equipara con su porcentaje de representación a nivel de conurbación estando sub-representados, mientras que el grupo mayoritario se encuentra distribuido más uniformemente en estas áreas o se encuentra sobre-representado.

En ambas zonas conurbadas, Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, el patrón de segregación residencial se desarrolla en función de su forma urbana, la cual es de tipo radial, recordando que en la última conurbación Tecomán funge como ciudad principal liderando casi la totalidad de las actividades, y Armería es una ciudad de apoyo que concentra a la población de menor capacidad económica. Asimismo, tiene incidencia la vocación productiva, pues los centros urbanos se consolidan como las zonas en las que se concentran las mejores oportunidades laborales. Y es ahí, o en colonias muy cercanas a éstos, donde se acentúa la lucha constante entre estratos socioeconómicos por obtener un lugar de residencia. Mientras que, en las periferias, caracterizadas por sus condiciones urbanas y sociales decadentes, son obligados a habitar aquellos que no alcanzan un lugar en los peldaños más altos de la escala social.

No obstante, parte de la disimilitud en estas conurbaciones se debe al acortamiento de la distancia física entre grupos sociales que es fácilmente identificable al observar el patrón de distribución social de mayorías y minorías. Es decir, los grupos de élite han iniciado un proceso de descentralización, ubicándose ahora en colonias en las que predomina la

población de menores recursos, dinámica que no sucedía con anterioridad. Esto se debe a las nuevas ofertas de vivienda, mayormente en formato cerrado, las cuales ofrecen beneficios que, en ocasiones, la propia ciudad no es capaz de brindar. De igual forma, el interés del sector menos favorecido por conseguir mejores ubicaciones en el territorio urbano, en áreas cercanas a la población de estratos altos, no pasa desapercibido, ya que han logrado residir en colonias de prestigio, lo cual promueve y merma a su vez la reproducción de la segregación residencial, todo dependiendo de la dimensión y escala del fenómeno que se analice.

Finalmente, Manzanillo-El Colomo alberga los mayores niveles de disimilitud, y es que se trata de un caso particular debido a sus cualidades urbanas y económicas. En este caso, partiendo de la variable de nivel educacional, la disimilitud más alta se aprecia al sur, centro y norte de la ciudad, así como en todo el borde costero. En las zonas próximas a la costa, la disimilitud es significativa como resultado de la alta densidad poblacional que muestra el grupo de élite, en tanto en las zonas restantes el alto grado de segregación se debe a la gran proporción del sector de menores recursos que en ellas reside. Sin embargo, esta conurbación no ha escapado al proceso de reducción de la escala de la segregación, demostrando tener colonias con alta densidad de población mayoritaria cercanas a otras en la que predomina el grupo de élite.

Al analizar el contexto segregativo bajo la perspectiva del nivel de ingreso, el nivel de desigualdad socioespacial aumenta, pasando de 43.00% a 57.00%. La dinámica de organización social en el espacio es la misma, teniendo altos grados de disimilitud en las proximidades de la costa y al interior de la ciudad, en colonias cercanas a las fuentes de empleo. Por su parte, las periferias de la ciudad, conformadas por las colonias más alejadas de la costa, reúnen a la población de menores recursos, teniendo alzas leves en sus niveles de disimilitud que se corresponden con la presencia desproporcionada de este grupo de población.

Hay dos aspectos a señalar al analizar la segregación residencial de Manzanillo-El Colomo desde la variable ingreso. El primero, y más interesante, es que hay un mayor número de colonias próximas a las áreas más cercanas a la costa en las que la disimilitud es significativa, y se debe a la ocupación elevada de población mayoritaria, lo cual refuerza la

afirmación de que la escala de la segregación se ha reducido en esta ciudad conurbada. Y el segundo, tiene que ver con la zona al interior de la ciudad, donde los altos niveles de disimilitud no están relacionados solamente con la alta densidad del sector desfavorecido, sino también por la cuantiosa ocupación de los grupos de élite.

Si bien, las tres conurbaciones discrepan en su forma urbana, actividades económicas y formatos de organización socioespacial por disimilitud, guardan cierta relación en sus dinámicas segregativas. Por ejemplo, las áreas de mayor plusvalía tienen los grados más altos de disimilitud por la desmesurada ocupación de las élites en dichos espacios urbanos; el acercamiento espacial de estratos económicos diferenciados es inminente, pudiéndose corroborar en los tres casos a través de los mapas de organización socioespacial; las élites comienzan a salir de sus ubicaciones residenciales tradicionales para ocupar espacios característicos de los estratos sociales bajos; las periferias se consolidan como áreas extensas en las que reside una proporción considerable de la población de escasos recursos; y, de forma general, el grado de disimilitud es relativamente alto bajo la perspectiva del nivel educativo superando el 30.00%, y de fuerte segregación partiendo de la variable ingreso, desde la cual se supera el 50.00%.

Asimismo, el nivel de segregación residencial, en esta dimensión de uniformidad, resultó por mucho más elevado en la ciudad principal de cada conurbación, sugiriendo que la mayor parte de la población intenta residir en estas zonas al ser las que representan las mejores oportunidades de acceso a empleo, infraestructura, servicios y equipamientos. Entonces, las ciudades que tienen las dinámicas económicas más relevantes, como son Colima, Tecomán y Manzanillo, son las que atraen en mayor medida a los grupos sociales y en donde la élite privilegia residir, demostrando que la vocación productiva sí es un factor de impacto para la configuración que toma la segregación residencial en el espacio urbano de las ciudades conurbadas.

A diferencia de lo anterior, en la dimensión de **concentración**, el patrón de segregación residencial de la conurbación Colima-Villa de Álvarez, observado desde la variable de nivel educativo, expone una fuerte acumulación de las minorías en un conjunto de colonias que van del centro al nororiente de la ciudad, trazando el cono de alta renta. Sin embargo, también hay algunas colonias periféricas ausentes de proximidad entre sí, ubicadas

al sur, poniente y norte del área conurbada, en las que el grado de concentración de las élites es elevado, dando cuenta del proceso de descentralización y de salida de sus áreas tradicionales que este grupo está desarrollando, siendo capaz de coexistir físicamente con estratos de menor estatus social, lo cual impacta directamente en la escala con que se produce la segregación.

De esta manera, el centro urbano junto con la zona nororiente, así como las colonias con alta densidad del grupo minoritario, quedan rodeadas por espacios urbanos en los que la presencia de las élites es casi nula, generando amplias zonas en condición de homogeneidad social y favoreciendo la polarización de la ciudad, aunque a escala reducida. Esto da origen a lo que a lo largo de este proyecto de investigación se ha referido como ciudad multipolarizada o también conocida en la literatura como ciudad fragmentada, en la cual las áreas que habitan las élites se encuentran dispersas, haciendo imposible dividirla en dos grandes zonas (de altos y bajos recursos) como hace tres décadas (Borsdorf, 2003). Ahora, se generan una serie de áreas, de superficie más reducida, al interior de las ciudades, en las cuales sí se puede hablar de polarización. Entonces, al observarlas en conjunto, emplear el concepto de multipolarización para referirse al formato de organización socioespacial de una ciudad no sería erróneo.

No obstante, al modificar la variable por el nivel de ingreso, el patrón de segregación por concentración en Colima-Villa de Álvarez se agudiza a pesar de que el valor del índice se reduce ligeramente, demostrando que las élites se ubican en altas densidades en las proximidades del centro urbano, así como en las colonias inmediatas al nororiente (área que se mantiene como el cono de alta renta), norte y norponiente del mismo, conformando un conglomerado de mayor superficie. En este caso, no hay espacios urbanos dispersos en las periferias con altas concentraciones de la minoría, salvo un par de colonias al poniente, de forma que es aceptable hablar de ciudad polarizada. Es decir, el centro urbano y las colonias más próximas a éste configuran la zona de élite, mientras que las periferias que la rodean conforman la zona con mayores deficiencias, en la que residen los estratos sociales más bajos.

En Tecomán-Armería, el patrón de segregación residencial de acuerdo al nivel educacional, tiene similitud con la situación socioespacial de Colima-Villa de Álvarez. La zona central de la conurbación se consolida como el espacio que privilegian los grupos de

élite concentrándose en mayor proporción. Asimismo, hay algunas colonias al oriente y surponiente en las que su representación también es significativa, y es en esta última dirección sobre la que se conforma el cono de alta renta. Sin embargo, la distancia entre el centro urbano y el resto de colonias en las que reside una alta densidad de las minorías no es considerable, de forma que es susceptible tipificar a la ciudad como polarizada.

Entonces, al igual que en la conurbación anterior, la zona central y las colonias inmediatas a la misma conforman un área de mayor tamaño, que puede ser considerada como la zona de élite, mientras que las periferias construyen un anillo perimetral que la contiene y que puede reconocerse como la zona de bajos recursos. Al ser la ciudad conurbada de menor capacidad económica y de mayores deficiencias en cuanto a servicios, infraestructura y equipamientos, la población acomodada busca permanecer en el centro de la ciudad, ya que es ahí donde encuentran el mejor nivel de vida. Esta dinámica de ocupación del espacio urbano lleva a la reconstrucción fiel del modelo tradicional de centro-periferia que caracteriza a la ciudad latinoamericana.

Si bien, en Tecomán-Armería el proceso de descentralización de las élites aún es muy somero como resultado de la escasa cantidad de colonias ubicadas fuera del centro urbano con una proporción significativa del grupo, es posible señalar que la dirección surponiente es la que han seleccionado para su extensión residencial futura. Particularmente para Armería, la zona centro es el sitio donde las élites privilegian localizarse, pues se trata de la ciudad más deficiente en todos los sentidos, estableciéndose como espacio de contención de población mayoritaria, la cual se traslada día con día para laborar o para tener acceso a los servicios que ofrece Tecomán.

Al analizar la situación segregativa de esta conurbación desde la perspectiva del ingreso, se traza un escenario más crítico debido a que el área de ocupación de las élites se reduce, comprendiendo las colonias que forman parte del centro urbano, dos más contiguas al mismo (ubicadas al sur) y una fuera de su perímetro, ubicada en la periferia oriente. Esta forma de organización socioespacial guarda relación con un tipo de segregación residencial a gran escala, teniendo nuevamente un esquema de ciudad polarizada, en el entendido de que el centro pertenece al sector acomodado y las periferias a los estratos sociales bajos. Sin embargo, el hecho de tener algunas colonias con alta densidad de población de élite en la

periferia y fuera de los límites del centro urbano lleva a pensar que, efectivamente, la descentralización de este grupo está sucediendo, y que la reducción en el valor del índice de concentración no necesariamente se corresponde con contextos segregativos menos alarmantes.

En contraste con Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, la zona conurbada de Manzanillo-El Colomo tiene el nivel más alto de concentración, y es que las áreas en las que reside la élite están bastante definidas, aunque conservan la cualidad de no ser contiguas. El no tener áreas residenciales minoritarias próximas unas de otras, tiene que ver en gran medida con la morfología urbana de la conurbación, la cual discrepa de los dos casos anteriores. La forma urbana lineal aunado a la especificidad de los usos de suelo como resultado del carácter portuario, industrial y turístico de la ciudad, detona el surgimiento de zonas específicas en las que habita la élite y en donde pueden obtener algún tipo de beneficio en particular.

En este sentido, las áreas más cercanas a la costa resguardan una alta proporción del grupo minoritario debido a su plusvalía y a su cercanía con infinidad de sitios turísticos, como malecones, restaurantes y playas. Al interior de la ciudad, en la zona reconocida como el Valle de las Garzas, la alta densidad de la élite tiene relación con la proximidad hacia las fuentes de empleo y la gran cantidad de servicios y equipamientos a los que se puede acceder. En el considerado como centro urbano, la presencia de la élite se vincula con las actividades administrativas que se desarrollan y con la población que durante toda su vida ha residido en ese lugar. Y en la zona más al sur de la ciudad, la concentración de las minorías se debe a la presencia de una fuente específica de empleo, como es la termoeléctrica, forzando a quienes laboran ahí a residir en colonias cercanas.

De esta manera, la franja urbana ubicada al interior de la ciudad en el área más alejada de la costa, con excepción del Valle de las Garzas, termina por conformar la periferia, la cual se extiende a todo lo largo de la bahía concentrando la mayor proporción del sector menos favorecido, abonando a la construcción de un espacio urbano socialmente homogéneo de superficie considerable. En esta conurbación, la idea de polarización se desvanece, ya que el contexto segregativo que se configura está más acercado a la idea de multipolarización, teniendo espacios en los que residen las minorías rodeados por otros en los que predomina el grupo mayoritario, lo cual se traduce como una segregación a escala reducida.

Al analizar el patrón de segregación de la ciudad bajo la información referida al nivel de ingreso de la población, sucede una dinámica que no discrepa de las otras conurbaciones. Las áreas urbanas en las que se concentra la élite se reducen, teniendo que el extremo poniente, junto con el Valle de las Garzas y el extremo sur de la zona conurbada, son los espacios en los que el grupo tiene mayor densidad poblacional. Esto significa que la forma de organización socioespacial se continúa refiriendo a una ciudad multipolarizada, en la que la homogeneidad social es inevitable, y en donde el espacio urbano es extremadamente valorizado por los privilegios que concede, como aislarse del resto de la sociedad o mantenerse cerca de las fuentes de empleo.

La nueva dinámica de ocupación urbana de las minorías es promovida, en parte, por la acción del estado y los agentes inmobiliarios privados, pues también tiene incidencia la forma de pensar, los gustos y las necesidades de los habitantes. Por un lado, el estado es el encargado de autorizar la apertura de nuevos fraccionamientos y tendría que evaluar la viabilidad tanto social como urbana de su ejecución, actividad en la que su papel no ha sido del todo satisfactorio; y por otro, los agentes inmobiliarios aprovechan el bajo costo del suelo periférico para construir ofertas de viviendas dirigidas a estratos altos y bajos, preocupándose más por el lucro que por las repercusiones sociales y urbanas que ese acortamiento de distancias pueda tener.

Aquellos fraccionamientos dirigidos a la élite, que se ubican en colonias caracterizadas por contener población de menores recursos, adoptan el formato cerrado, implementando diversos mecanismos de seguridad para aislarse del resto del contexto urbano inmediato con la intención de que el grupo minoritario se sienta seguro de habitar en esos emplazamientos. Por otra parte, los fraccionamientos dirigidos al sector desfavorecido, al igual que en ciudades de mayor tamaño como Santiago de Chile y Buenos Aires, en ocasiones se desarrollan en las áreas periféricas más alejadas de los centros urbanos, las cuales son poco aptas para habitar ante las condiciones naturales de los terrenos y el escaso suministro de servicios y equipamientos, ocasionando que su calidad de vida se aún más deficiente.

A pesar de que se trata de conurbaciones con características urbanas y sociales particulares, guardan relaciones en su dinámica de segregación por concentración. Por ejemplo, en los tres casos se exhiben escenarios de segregación preocupantes en los que se

la concentración por parte de las élites es elevada, específicamente en las zonas centrales de Colima-Villa de Álvarez y de Tecomán-Armería, y en el extremo poniente, centro y sur de Manzanillo-El Colomo. Asimismo, se demuestra que en las tres ciudades las élites comienzan a descentralizarse, proceso que es más evidente en Colima-Villa de Álvarez, que apenas comienza en Tecomán-Armería y que en Manzanillo-El Colomo lleva tiempo sucediendo.

Otra cualidad que comparten las tres conurbaciones es que la ciudad principal de cada una conserva un índice de concentración más elevado que la ciudad secundaria. Además, de acuerdo a los resultados obtenidos de la variable de nivel educativo, sus centros urbanos carecen de importancia en algún grado, teniendo que las periferias comienzan a ser relevantes para los grupos de élite. Aunque este resultado no concuerda con el que se tiene de aplicar la variable ingreso, ya que en este caso los centros urbanos de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería son de alta relevancia para el sector acomodado, más no es así en Manzanillo-El Colomo. De aquí la importancia de incluir más de una variable en el análisis, ya que permite explicar las distintas realidades de la segregación residencial en una ciudad, y con un conocimiento previo de sus condiciones sociales y urbanas se puede afirmar con mayor solidez cuál es la que realmente le corresponde.

Así pues, la segregación residencial en estas tres ciudades no puede ser analizada a gran escala, sino que tiene que recurrirse a escalas urbanas menores para entender a grandes rasgos su comportamiento. Y al igual que sucede con los patrones de disimilitud, la morfología urbana y la vocación productiva vuelven a sobresalir como elementos que direccionan la forma en que se desarrolla la segregación residencial en el territorio urbano de las ciudades conurbadas, siendo más determinantes en el caso de Manzanillo-El Colomo por su carácter costero, las distintas actividades económicas que reúne y su traza urbana tan específica que es delineada por el borde costero.

Finalmente, en la dimensión de **exposición**, el patrón de segregación que se construye a través del índice de interacción y en relación a la variable de nivel educativo refiere una alta probabilidad de interacción espacial entre estratos sociales en el centro urbano de la conurbación Colima-Villa de Álvarez, teniendo un índice de 67.00%. Además, se trazan dos direcciones, norte y nororiente, hacia las cuales esa interacción mantiene la misma intensidad, aunque se degrada al acercarse a las periferias; y resaltan algunas colonias ubicadas en el



perímetro del centro urbano como sitios en los que el encuentro social puede suceder. Fuera de las zonas mencionadas, el grado con que sucede la interacción es bajo, y en las periferias más alejadas se vuelve nulo, más esto habla de la paulatina ocupación de nuevos espacios urbanos por parte de las élites.

Al observar el panorama de segregación tomando en cuenta la variable ingreso, el índice toma un valor más alto, de 82.00%, y a pesar de que las condiciones de interacción en el espacio urbano resultan muy similares, el área en la que esta dinámica puede suceder disminuye considerablemente. El centro urbano mantiene su importancia, siendo el espacio más susceptible para que suceda el encuentro físico intergrupar; las direcciones norte y nororiente no se modifican, y es hacia donde se extiende la mayor probabilidad de interacción; y vuelven a aparecer algunas colonias inmediatas al centro urbano en las que el nivel de interacción es significativo. Sin embargo, la diferencia más amplia entre ambos modelos de segregación es que, en el segundo, el cinturón periférico que rodea el área central es más amplio, reduciendo la superficie de espacio urbano en la que la coexistencia física entre minorías y mayorías ocurre.

En el territorio urbano de Tecomán-Armería, el comportamiento de la segregación residencial por interacción guarda una relación estrecha con el contexto socioespacial de Colima-Villa de Álvarez. Partiendo de la variable de nivel de instrucción, el índice de interacción toma un valor de 88.00%, teniendo que el centro urbano de la ciudad es el lugar de mayor probabilidad de contacto espacial entre grupos socioeconómicos contrastantes. Sin embargo, las direcciones hacia las cuales se extiende dicha probabilidad son al norponiente y surponiente, discrepando del caso anterior. Asimismo, sobresalen algunas colonias que bordean el centro urbano al norte, sur y oriente, en las que el nivel de interacción es representativo.

En las periferias más alejadas del centro urbano, la capacidad de coexistencia intergrupar se diluye, situación nada anómala que se explica por la ausencia de las élites en estas áreas urbanas. Particularmente, en Armería, la interacción alcanza niveles considerables en la totalidad de sus colonias, principalmente en su centro urbano y al sur del mismo. Esto se debe a que la mayor parte de la población que habita en la ciudad pertenece al grupo de menores recursos, ocasionando que en cualquier ubicación residencial que adopte un

miembro de la minoría tenga altas probabilidad de encontrarse espacialmente con otro de capacidad económica inferior.

Al modificar la variable de aplicación por el nivel de ingreso el índice alcanza un valor de 96.00%, pero el patrón de segregación demuestra la reducción del área en la que sucede con mayor frecuencia la interacción socioespacial. De nueva cuenta, el centro urbano es el sitio de mayor probabilidad de interacción, dinámica que se sólo se extiende hacia la zona norte; y al sur, oriente y poniente de la conurbación, es reducido el número de colonias en las que la coexistencia social se produce, indicando que hay un bajo interés de las élites por residir en estas ubicaciones. Al igual que sucede en Colima-Villa de Álvarez, la franja periférica que rodea la zona central aumenta su superficie, y en gran parte de las colonias que la conforman la posibilidad de encuentro físico intergrupacional es nulo, teniendo una situación semejante si se observa la ciudad de Armería de forma individual.

Ahora bien, el patrón de segregación por interacción en Manzanillo-El Colomo discrepa de las conurbaciones anteriores como consecuencia de sus características particulares, principalmente su morfología urbana lineal. Considerando la variable de nivel educativo, el índice obtiene un valor de 77.00%, construyéndose un modelo segregativo en el que la interacción es más susceptible de generarse en el centro urbano, extendiéndose hacia el poniente para abarcar una serie de colonias ubicadas al interior de la ciudad conocidas como el Valle de las Garzas, y unas cuantas colonias cercanas a la bahía, pertenecientes al área de Las Brisas. En el resto del borde costero, aunque la interacción tiene la capacidad de suceder, lo hace en un grado muy bajo debido a la escasa presencia del grupo mayoritario. En cambio, en las periferias, caracterizadas por su considerable distancia respecto a la costa, la posibilidad de encuentro intergrupacional se reduce por la baja proporción de las élites.

La zona reconocida como el Valle de las Garzas se consolida como el área urbana de mayor superficie en la que la coexistencia residencial de mayorías y minorías se lleva a cabo. Y es que esta zona, aunque no es la más bella de la ciudad, es valorada por ambos grupos sociales ya que se encuentra próxima a muchas fuentes de empleo y permite el fácil acceso a una amplia gama de servicios y equipamientos, incentivando la interacción socioespacial. En el caso de la franja costera, como área residencial altamente privilegiada por la élite, la ausencia de habitantes de nivel social inferior se debe a su incapacidad para costear el valor

excesivo del suelo, siendo obligados a buscar alternativas residenciales en áreas al interior de la ciudad, comúnmente alejadas del sector turístico.

Al analizar el contexto segregativo a partir de la variable ingreso, el índice de interacción toma un valor de 84.00%, y se puede observar que el patrón de interacción se modifica ligeramente adoptando dos cualidades que se hicieron presentes en las conurbaciones de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería. Por una parte, el área en que la interacción tiene más probabilidad de ocurrir se reduce, indicando una concentración más aguda del grupo de élite; y por otra, la franja periférica, en donde la interacción es inexistente, aumenta su superficie, advirtiendo que hay homogeneidad social relacionada con la concentración del grupo mayoritario. No obstante, el sentido en el que se extiende la segregación se mantiene, partiendo del centro urbano hacia el sector poniente de la ciudad, abarcando el Valle de las Garzas, Las Brisas y parte de Santiago.

Sin embargo, también se produce una dinámica socioespacial un tanto anómala, y es que algunas colonias cercanas a la costa demuestran grados significativos de interacción, lo cual estaría vinculado con una fuerte presencia del grupo mayoritario en la zona, siendo esto poco común. Posiblemente, en el área correspondiente a Las Brisas, las proporciones de ambos grupos sí detonen altos grados de interacción entre minorías y mayorías, pero en la colonia Península de Santiago, ubicada en una de las zonas más prestigiosas de la conurbación, es complejo pensar que la coexistencia espacial de estratos suceda al tratarse de un área en la que el costo del suelo urbano es elevado.

Así pues, los valores altos del índice de interacción no necesariamente se relacionan con panoramas segregativos favorecedores en las ciudades analizadas. Es decir, esta dimensión de la segregación tiene al menos dos sentidos de apreciación, uno positivo y uno negativo. El primero, se refiere al acortamiento de la distancia física de los grupos sociales, dinámica que estaría generando una interacción activa, más nada asegura que ese acercamiento se esté produciendo de forma uniforme en toda el área urbana. Y el segundo, se relaciona más con la idea de una concentración excesiva por parte de las minorías, promoviendo una intensa interacción sólo en algunos espacios específicos de la ciudad, mientras que en el resto de las colonias se estaría produciendo una homogeneidad social basada en la alta proporción del sector menos favorecido.

En este sentido, al analizar la segregación de forma particular en cada conurbación implementando una perspectiva multidimensional, es posible referir que, en la dimensión de interacción, el contexto socioespacial está más acercado a la idea de ciudad fragmentada o polarizada, que a un escenario de equidad espacial de grupos. Aquí toma relevancia el tema de las distintas variables a las cuales recurrir para cuantificar y elaborar los patrones de segregación residencial, ya que cada una expone un panorama distinto de la misma dimensión de la segregación y, en conjunto, posibilitan comprender con mayor claridad cómo se están produciendo las dinámicas segregativas en una ciudad determinada, en este caso, en aquellas de tipo conurbado.

De forma similar a las dimensiones de uniformidad y concentración, los patrones de segregación por interacción de las tres conurbaciones mantienen ciertas relaciones. Quizá algunas de las más evidente son que sus centros urbanos se perfilan como áreas de alto grado de interacción intergrupar; a partir de la variable educacional, las periferias cobran importancia como espacios en los que sucede en algún grado la interacción, pero al modificar la variable por el nivel de ingreso pierden esa cualidad; y que las áreas de mayor plusvalía y aquellas más cercanas a las fuentes de empleo o a una serie de servicios y equipamientos reúnen una alta proporción de habitantes de ambos grupos, promoviendo la probabilidad de encuentro espacial a la vez que la desigualdad social.

Nuevamente, la morfología urbana y la vocación económica sobresalen como factores de impacto en los procesos segregativos, y van a alterar la forma en que este fenómeno se expresa en concordancia con las características de las ciudades. Es por esto que en Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, el mayor grado de interacción se tiene en la zona central, ya que se trata del punto más importante de ambas ciudades en términos económicos y urbano-residenciales. En contraste, en Manzanillo-El Colomo la zona de mayor interacción es una franja urbana alejada de la costa, pero llena de beneficios económicos y urbanos como son la cercanía a los sitios productivos y el acceso a espacios residenciales de nivel medio-alto, muchos de los cuales se construyen bajo el formato de fraccionamientos cerrados.

Entonces, se hace necesario reflexionar sobre tres temas que han prevalecido a lo largo del análisis comparativo y que inciden directamente en el comportamiento de la segregación residencial, independientemente de la dimensión del fenómeno con que se esté

trabajando: la escala de la segregación, la morfología urbana y la vocación productiva. Respecto a la escala geográfica, espacial o de agregación de la segregación residencial, ha sido un tema de mucho debate y controversia entre expertos, ya que los efectos relacionados con este fenómeno se expresan de forma distinta de acuerdo a la escala con que se analiza el territorio y no existen criterios para evaluarlos (Rodríguez Vignoli, 2001).

Esto es, en una misma dimensión de la segregación los grados y patrones socioespaciales pueden discrepar de acuerdo a la escala con que se observe el territorio urbano, teniendo niveles de segregación altos a gran escala y bajos a escala reducida, o viceversa. De esta manera, la idea de un contexto segregado o ausente de segregación sería relativa si no se tiene definida la escala de análisis, y la selección de ésta va a depender de las condiciones urbanas y sociales del sitio a estudiar. Para evitar este tipo de situaciones un tanto confusas, relacionadas con las distintas interpretaciones que puede tener el mismo fenómeno, se vuelve ineludible establecer en un inicio la escala de agregación bajo la cual se van a suscribir los estudios, que en este caso se realiza de acuerdo a una desagregación del territorio a nivel de colonias urbanas.

Por otra parte, la morfología urbana junto con la vocación productiva demostraron ser elementos determinantes en la dinámica segregativa de las ciudades conurbadas, y es que en conjunto estructuran la forma de organización espacial de la sociedad. De acuerdo con Higuera (2015), la segregación socioespacial es un tema trascendental en la actualidad, pero pocas veces se incorpora la perspectiva espacial cuando se analiza, como es la incidencia de la morfología de la ciudad sobre los procesos segregativos, o de éstos últimos hacia la forma urbana de la ciudad. En tal sentido, ahondar en esta cualidad de los sitios urbanos y su relación con la segregación residencial socioeconómica se posiciona como un aporte ante la carencia de información respecto al tema en las ciudades latinoamericanas.

Ejea Mendoza (2016) explica que la evolución de la morfología urbana de una ciudad no puede desligarse de la transformación de sus estructuras social y económica. Dicho proceso de modificación en la forma tiene consecuencias asociadas con fenómenos de cambio en los usos del suelo, segregación residencial, nuevos modelos de vivienda, mayor densidad poblacional, elitización y gentrificación, todos ellos compartiendo la cualidad de responder a factores socioespaciales (Sepulveda Corzo, 2017). Sin embargo, la relación

morfología-segregación, que es la que nos compete, se ve afectada en gran medida por la lógica contemporánea de rentabilización capitalista, dando como resultado asentamientos dirigidos a mercados específicos y localizados en áreas particulares que van alterando paulatinamente el tejido urbano y social de la ciudad, y éstos a su vez estimulan nuevas dinámicas de segregación residencial.

Estas fuerzas económico-culturales del capitalismo actual que contribuyen al encierro de las ciudades no pueden ser entendidas como una evolución positiva del urbanismo y mucho menos como una mejor organización del espacio, ya que responden a la lógica de un lucrativo negocio inmobiliario y promueven la segregación de los espacios sociales, así como a la desarticulación del conjunto urbano (López Levi & Rodríguez Chumillas, 2005). Esta forma en que se erigen las ciudades hoy en día deriva en nuevas morfologías del territorio urbano altamente influenciadas por las fuerzas del mercado residencial, a cuyos promotores les es indiferente la afectación, sea positiva o negativa, que el desarrollo de espacios aislados de vivienda o cualquier otro uso pueda traer consigo.

De esta manera, corresponde a los organismos encargados de regular la cuestión urbana resolver la difícil tarea de articular los fragmentos que se tienen de ciudad para lograr que funcionen de forma conjunta. Ya que la dinámica urbana actual, la cual comenzó a adquirir su forma a partir de los años setenta, es el reflejo de la manipulación y el rebase de las políticas de suelo por parte del mercado inmobiliario, imponiendo modalidades de vivienda que son elemento distintivo de una estructura urbana fragmentada y que fomentan la segregación residencial, tal como lo hacen los fraccionamientos cerrados (Soto Canales, 2013). Esta tipología habitacional ha significado para las ciudades la creación de dos realidades contrastantes y de compleja articulación, la riqueza y la carencia, y es que los usuarios son obligados inconscientemente a formar parte de este nuevo esquema de organización socioespacial en el que la exclusión y la segregación son obligadas.

Desde una perspectiva más amplia, Juárez Martínez (2006) argumenta que las tendencias de reestructuración urbana que se hicieron presentes desde mediados del siglo XX y que prevalecen en la actualidad se deben a la inserción cada vez más impetuosa de las ciudades en los procesos de globalización, fenómeno al que considera eje rector de la geografía urbana contemporánea. Y son justamente las cualidades que adquieren los sitios

urbanos al adentrarse en el mundo globalizado las que los llevan a adquirir la condición socioespacial moderna de multifragmentación. Ahora, la suburbanización, la policentralización, la polarización social, la segregación residencial y la fragmentación de las estructuras urbana y social son rasgos distintivos de la nueva morfología urbana, construyéndose ciudades difusas y discontinuas en las que la producción del espacio urbano se caracteriza por promover la privatización, la distinción, el miedo y la desigualdad, así como por conceder nuevas formas y magnitudes a la segregación residencial.

La morfología urbana es, entonces, un elemento que puede favorecer o contrarrestar la segregación en las urbes, más sobre éste inciden las fuerzas gubernamentales, las políticas públicas en materia de ordenamiento territorial y los intereses de particulares, complejizando que a través de su correcto planteamiento se puedan llegar a tener ciudades con menor grado de desigualdad social. Asimismo, es necesario un desarraigo de la concepción de la morfología urbana como cualidad independiente a los procesos segregativos, sino que debe ser considerada como un mecanismo para controlar los altos niveles de inequidad social y espacial, promover la inclusión social y aumentar la calidad de vida de la población, sin beneficiar más a uno u otro grupo, pero sí igualando las oportunidades de acceso a los diversos servicios, equipamientos y opciones de suelo que ofrece la ciudad.

Autores como Aymonino (1981) señalan que el análisis de la forma urbana es un primer paso para conocer cómo los fenómenos de carácter social y espacial, como es la segregación residencial, interactúan con las ciudades. Rossi (1982) refuerza esta idea al explicar que es imprescindible hablar de forma cuando se estudia una ciudad, siendo ésta un dato concreto para cualquier tema relacionado con el ámbito urbano y social. Agrega Higuera (2015) que el conocimiento de los patrones morfológicos es básico para lograr propuestas urbanas en pro de la diversificación social, implementando estrategias de amanzamientos, tipologías edificatorias, densidades y distribución del espacio público que rompan con el esquema cerrado o de enclaves aislados que ha venido caracterizando a las ciudades desde el siglo pasado.

Sin embargo, erradicar la segregación residencial a través de la forma urbana de las ciudades es un reto imposible de cumplir, pues se trata de un fenómeno connatural de la sociedad y del espacio urbano, el cual se hizo presente desde el surgimiento de las primeras

civilizaciones y seguirá prevaleciendo, elevando su complejidad a la par que lo hagan las estructuras urbanas y sociales. Más el conocimiento de sus pautas dentro del territorio urbano posibilita encausarla para que sean más sus efectos positivos que adversos, promoviendo no sólo el encuentro social sino también la interacción intergrupala, aunque esto depende fuertemente de cuestiones culturales que van más allá del control que se pueda ejercer sobre el espacio y quienes lo habitan. No obstante, siempre habrá un escenario negativo en el que una parte de la población es excluida hacia las zonas más degradadas, en tanto otra se auto-segrega como medio de diferenciación sobre los “otros”, haciendo incuestionable que la desigualdad forma parte de la realidad socioespacial en las ciudades latinoamericanas modernas.

Mendoza Lozano & Treviño Aldape (2019) mencionan que en estos tiempos las ciudades no se conciben conceptualmente en función de sus límites físicos, o de lo arquitectónico y lo edificado, sino que lo hacen de acuerdo a las aproximaciones culturales de lo urbano. Es decir, la sociedad no percibe más a la ciudad como un todo, sino que ahora la observa como la unión de una serie de fragmentos urbanos muy delimitados, desconectados y valorizados de acuerdo a los beneficios económicos que ofrecen, al tipo de población que reúnen y a la capacidad de los mismos para marcar distinción por sobre los demás, dando paso a la noción de ciudad fragmentada. Sin embargo, esa fragmentación ha trascendido a escalas urbanas menores, motivando un cambio en la concepción y expresión de la segregación residencial que impide hablar de ciudades polarizadas, haciendo necesario recurrir a la idea de multipolarización.

En este sentido, la forma urbana de las ciudades puede ser incidida natural y deliberadamente. Por un lado, el plano topográfico del territorio condiciona las direcciones hacia donde puede producirse el crecimiento urbano, y por otro, ese proceso de expansión es dirigido por aquellos que tienen el poder de decidir sobre la planificación urbana. No obstante, las resoluciones que se toman no siempre priorizan el bienestar colectivo, tanto social como urbano, sino que también figuran intereses particulares, más de corte económico, que detonan la creación de ciudades encaminadas a un fin en específico. Tal es el caso de la conurbación Manzanillo-El Colomo, en la que se han habilitado infraestructuras que favorecen a las zonas industriales dejando de lado el ámbito habitacional, obligando a la



población menos favorecida a residir en conjuntos de vivienda caracterizados por tener múltiples carencias.

La desarticulación incompleta o articulación delimitada de las distintas áreas que conforman una ciudad dan paso a lo que Mendoza Lozano & Treviño Aldape (2019) reconocen como una morfología de bordes. Esto es, la unión física y social de las subunidades espaciales de una ciudad a través de sus bordes, siempre manteniendo límites individuales tangibles (muros y carreteras) e intangibles (hábitos y costumbres) que las diferencian de las demás, que las dividen y las segregan. Todo bajo el contexto de desigualdad social y económica que impera en el siglo XXI, época en la que las barreras sociales son igual o más fuertes que las barreras materiales, y en donde las divisiones socioespaciales ya no se dan sólo entre ricos y pobres, sino también entre ricos y muy ricos y pobres y muy pobres.

Villamizar-Duarte (2014) refiere que esta forma contemporánea tan compleja de producción de ciudad, bajo la categoría de bordes urbanos, puede ser concebida a gran y pequeña escala. A gran escala tiene que ver con la conformación de espacios dinámicos que relacionan territorios de gran envergadura y a su vez permiten el surgimiento de nuevas territorialidades en las que las clasificaciones sociales son inminentes. En cambio, a menor escala, se relaciona con la interacción que sucede entre las áreas urbanas internas de la ciudad, la cual influye en la forma urbana de la misma, así como en sus prácticas sociales, ambos elementos ejes rectores del fenómeno de la segregación residencial. En relación a esto último, el temor de las élites y grupos de nivel socioeconómico medio hacia la ciudad abierta es acompañado, en la cotidianidad, por la aparición de barreras físicas entre territorios intraurbanos contiguos, enmarcando aún más la división social del espacio urbano.

Así pues, la morfología urbana y la segregación residencial guardan una relación de afectación recíproca. Es decir, la morfología del territorio urbano influye en la forma como se desarrollan los procesos segregativos, delineando las zonas más propensas para que este fenómeno tenga lugar por situaciones vinculadas con la topografía del suelo o el acceso a ciertos beneficios, por mencionar un ejemplo. Y, a su vez, la segregación residencial tiene incidencia sobre la propia estructura urbana de las ciudades medias, fragmentándolas más conforme la configuración espacial que adopta la sociedad se vuelve más polarizada entre las subunidades residenciales. De esta manera, la morfología y la segregación son determinantes

una de la otra y difícilmente dejarán de estar relacionadas, haciendo relevante considerar esta cualidad al analizar la segregación residencial.

Sin embargo, no se puede hablar de una relación bilateral entre la vocación productiva y la segregación residencial ya que, si bien, las actividades económicas sí impactan en la manera en que se segregan espacialmente estratos altos y bajos, su forma de organización espacial no modifica drásticamente la vocación económica de la ciudad. Evidentemente, la segregación de grupos está relacionada con la aparición de ciertos tipos de comercio menor que dan servicio a pequeñas o medianas áreas urbanas, los cuales están en función de los requerimientos de la zona. Recurriendo al ejemplo de la ciudad conurbada de Manzanillo-El Colomo, las colonias con cercanía a la zona industrial están repletas de refaccionarias para tractocamiones y agencias aduanales, mientras que en las áreas más próximas a las playas no es difícil encontrar tiendas de ropa o restaurantes, aunque la vocación productiva principal, que en este caso es portuaria e industrial, continúa prevaleciendo.

La relación de ambos elementos, morfología urbana y vocación productiva, hacia con la segregación residencial es incuestionable, y es que se han convertido en directrices del fenómeno socioespacial. Más cada ciudad, de acuerdo a sus características particulares de población, urbanismo, economía, gobierno, etc., va a tener un contexto segregativo específico que no va a admitir comparación total con ningún otro, aunque si es posible encontrar rasgos comunes y discrepancias. En este sentido, la conurbación de Manzanillo-El Colomo es la de mayor segregación pues, además de haber demostrado tener los grados más elevados y una alta distinción de los usos de suelo, los patrones de organización espacial de la población hablan de una ciudad muy dividida a gran y pequeña escala, en la que fácilmente se pueden diferenciar las áreas urbanas que ocupan los grupos sociales altos y bajos.

En Tecomán-Armería y Colima-Villa de Álvarez la segregación también es elevada, pero sin llegar a alcanzar los niveles de Manzanillo-El Colomo. En ambas ciudades, los centros urbanos y las zonas cercanas a los mismos demostraron ser de gran importancia para el sector de élite y, en la medida de lo posible, los estratos inferiores luchan por residir en sus proximidades y acceder a la mayor cantidad de servicios posible. Asimismo, se pueden identificar las distintas direcciones hacia las que se extienden las áreas residenciales de las élites, construyéndose modelos de ciudad multifragmentados en los que se puede apreciar

cómo la segregación residencial ha venido disminuyendo la escala con que se produce en el territorio urbano de estas conurbaciones.

Dentro de las similitudes más relevantes que guardan los casos de análisis en sus patrones segregativos están la concentración de las élites en las zonas de mayor plusvalía, la existencia de homogeneidad social periférica, la marcada desigualdad social, la reducción de la distancia física entre estratos y por ende de la escala de segregación, la conformación de un cono de alta renta aunque con direcciones de expansión diferidas, la influencia de la vocación productiva y la morfología urbana en el ordenamiento espacial de la sociedad, la construcción de panoramas segregativos más críticos al implementar la variable ingreso y la recreación del modelo socioespacial de centro-periferia (con excepción de Manzanillo-El Colomo), en conjunto apuntando hacia la consolidación de ciudades fragmentadas. Como discrepancias se tienen el diferente nivel de importancia que toma el centro urbano para los grupos poblacionales, la dinámica de ocupación del espacio periférico por parte de las élites, las áreas de mayor concentración de las élites, la forma de aproximación del grupo desfavorecido hacia con el grupo de altos recursos y la configuración que adoptan los patrones de segregación residencial.

Así pues, estos son los niveles y formas de expresión de la segregación residencial socioeconómica en las tres ciudades conurbadas del estado de Colima, más hace falta contrastarlos con otros modelos de ciudad de características similares, así como con ciudades de mayor tamaño como son las zonas metropolitanas. Esto para verificar si los rasgos y grados que demostró el fenómeno socioespacial en las zonas de estudio se están replicando en otras ciudades medias de México y de otros países o si están adoptando cualidades específicas en los distintos sitios urbanos. Asimismo, identificar si se comparten algunas características con los patrones segregativos de las grandes ciudades, o si se trata de dinámicas socioespaciales completamente discrepantes. Ambas cuestiones serán abordadas en los subcapítulos que se presentan a continuación.

## *6.2. Vínculos entre los patrones de segregación residencial de tres ciudades conurbadas del estado de Colima y otras ciudades medias.*

Muchas ciudades medias de México, como de otros países, están teniendo alteraciones en los niveles de segregación residencial y la forma espacial en que la población se organiza en su interior, lo cual es resultado de su adentramiento al mundo globalizado y a las dinámicas sociales, urbanas, políticas, culturales, tecnológicas y económicas que este conlleva (Sassen, 1998), articulándose nuevas estructuras sociales que hacen explícita la condición económica de su contraparte. Sin embargo, debido a la complejidad que acompaña al fenómeno socioespacial cuando se trata de realizar comparaciones entre ciudades que difieren en sus características tales como tamaño, morfología, vocación y ubicación, ha sido escaso el análisis sobre las cualidades segregativas que son compartidas y aquellas en las que discrepan los sitios urbanos de latitudes desiguales.

En este sentido, el apartado tiene como finalidad ahondar en las similitudes y discrepancias que guardan los contextos de segregación residencial de las tres zonas conurbadas del estado de Colima con algunas ciudades medias de México y otras más pertenecientes a Latinoamérica. Dentro de los estudios recientes con foco específico en ciudades intermedias, se encuentra el de Pérez-Tamayo, Gil-Alonso, & Bayona-I-carrasco (2017) sobre los procesos de segregación residencial en la ciudad de Culiacán, Sinaloa. Aquí se puntualiza la importancia de trabajar con escalas de desagregación del territorio urbano menores a las Áreas Geoestadísticas Básicas (AGEB), posicionando la presente investigación en un sitio favorable.

Sus resultados muestran que Culiacán presenta rasgos segregativos que coinciden con el patrón tradicional de segregación latinoamericano, teniendo concentración de la población de élite en las zonas centrales mientras los estratos bajos son excluidos hacia las periferias. También se estarían produciendo procesos socioespaciales que apuntan hacia la construcción de un modelo de ciudad fragmentada, con nuevas formas residenciales dirigidas al sector acomodado fuera de los centros urbanos, principalmente en formato cerrado, promoviendo la diversificación social en las periferias, de modo similar a lo que ocurre en las grandes urbes latinoamericanas.

Si bien, este caso no guarda otra similitud con la ciudad de Manzanillo-El Colomo además de concentrar a la población de bajos recursos en las periferias, si lo hace con las conurbaciones de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería. Esto es, se recrea el patrón segregativo de centro-periferia característico y de larga tradición de las ciudades latinoamericanas, en el cual se identifica un vértice sobre el que se expanden las áreas residenciales del sector acomodado, a la vez que se comienzan a vislumbrar modificaciones en la dinámica segregativa vinculadas con la aparición de fraccionamientos cerrados ubicados fuera de las consideradas como zonas de alta renta.

Por su parte, Díaz-Núñez y Acosta-Rendón (2011) y Pérez-Campuzano (2016) analizaron la segregación residencial en la ciudad media de Puerto Vallarta, Jalisco, identificando dinámicas particulares vinculadas a su condición costera, con marcados contrastes socioeconómicos que tienen una fuerte expresión espacial. En este tipo de ciudades con inclinación turística la segregación más pronunciada se tiene en las zonas más próximas a las playas, donde la infraestructura, los servicios y las viviendas son mejores aumentando la plusvalía, concentrándose aquí la población de élite; así como en las periferias más alejadas del centro turístico y comercial, donde la deficiencia de los servicios básicos, las viviendas de mala calidad y la población de escasos recursos son una constante.

Coinciden también en el hecho de que la diferenciación socioespacial es una característica de las ciudades turísticas, situación a la que no se ha prestado mucha atención en la literatura. De esta manera, la vocación productiva de una ciudad tiene incidencia directa sobre la forma en que la población se organiza y se segrega residencialmente en el territorio urbano, principalmente si se trata del giro turístico. El patrón de segregación que se reproduce en las ciudades costeras da cuenta del amplio distanciamiento social que hay entre la población mejor acomodada y quienes conforman el sector de menores recursos, y dicho distanciamiento se vuelve proporcional a la distancia física de las áreas residenciales respecto de la zona que alberga la actividad turística. Es decir, mientras mayor sea la distancia por recorrer para llegar al centro turístico, peor posicionado se está en la escala social.

El panorama segregativo que muestra la ciudad de Puerto Vallarta tiene una relación muy estrecha con lo que sucede en la conurbación de Manzanillo-El Colomo. Se trata de ciudades muy similares en su estructura urbana y actividades productivas, las cuales por su

condición costera desarrollan un patrón de segregación específico que puede ser entendido como de costa-periferia, discrepando del tradicional latinoamericano. Es decir, la élite se ubica en las zonas más cercanas a las playas, caracterizadas por el turismo activo y el elevado valor del suelo. Y es a partir de estos sitios que comienza la degradación de estratos hacia el interior de la ciudad, creándose múltiples franjas urbanas (organizadas de forma paralela) en condición de homogeneidad social que suelen adoptar la forma física del borde costero, y cuyas condiciones sociales y urbanas decaen en tanto la distancia hacia con las zonas de alta renta se acrecenta.

Asimismo, la conformación de espacios de amortiguamiento entre estratos socioeconómicos altos y bajos, paralelos a la costa y en los cuales residen las clases medias, es una cualidad más que comparten este tipo de ciudades. Estas áreas residenciales se encargan de conectar los estilos de vida más ostentosos con los más simples, aunque en mayor proporción por el acercamiento de las personas de escasos recursos hacia las zonas enriquecidas en busca de oportunidades laborales, quedando exentos de la posibilidad de tener alguna otra relación con quienes conforman la élite. Además, articulan gran parte de las actividades que tienen lugar en la ciudad, pues sirven como punto de confluencia a la amplia gama de estratos sociales que la conforman.

De esta manera, las dinámicas y grados de segregación residencial de las ciudades costeras discrepan en su totalidad de lo que sucede en ciudades de distinta naturaleza. Únicamente se comparten dos cualidades que se pueden clasificar como generales y que han sido constantes en los patrones de segregación de las ciudades latinoamericanas: concentrar a la población de élite en las mejores zonas y excluir a la población de escasos recursos hacia las periferias. Así pues, se vuelve complejo señalar diferencias entre la situación de segregación residencial de Puerto Vallarta y Manzanillo-El Colomo y, aunque seguramente si existen, se requeriría analizar ambas ciudades de manera independiente y con mayor profundidad para revelarlas.

Algo similar encuentra Castillo Pavón (2011), quien basado en su análisis para la ciudad de Cancún, Quintana Roo, expone que en esta ciudad las zonas de segregación se organizan a manera de franjas en relación al borde costero, sin seguir el patrón tradicional de centro-periferia y como de alta renta que caracteriza las ciudades latinoamericanas, sino que

la forma en que se genera el crecimiento urbano y el decaimiento social es unidireccional. Además, argumenta que los patrones de segregación socioespacial en sitios costeros con alta dependencia del turismo exhiben situaciones más críticas.

Esto reafirma que las ciudades costeras de México guardan patrones y niveles de segregación residencial muy particulares y difícilmente equiparables respecto al resto de las zonas urbanas del país, teniendo que ser atendidas con detenimiento al mostrar panoramas socioespaciales fragmentados en los que las desigualdades económicas son reforzadas a un nivel mayor a través del territorio. De acuerdo con Sánchez Pavón (2006) la especificidad en las dinámicas segregativas que adoptan estas urbes de carácter costero, en las que está inserta la actividad portuaria, tiene que ver con la evolución de los mercados, los servicios y las tecnologías, obligando a las ciudades, su infraestructura y servicios, a transformarse progresivamente en pro de la economía, en tanto se refuerzan las distancias sociales y la propia segregación.

Ahora bien, los patrones de segregación de las tres ciudades conurbadas de Colima no sólo se corresponden con los de las urbes mexicanas, sino que también se pueden extrapolar a otras ciudades intermedias latinoamericanas. Linares (2013) analizó la segregación en tres ciudades medias argentinas -Olavarría, Pergamino y Tandil-, encontrando que comparten el modelo segregativo de ciudad compacta, en el cual el centro urbano contiene a los grupos mejor posicionados mientras que las periferias concentran a la población menos favorecida, consolidándose estas últimas como grandes zonas en condición de homogeneidad social con algún grado de estigmatización.

También señala que el formato tradicional de segregación residencial se ha estado modificando desde la década de los noventa como resultado de la apertura de nuevas alternativas habitacionales dirigidas al sector de élite, ocasionando su descentralización. Esta serie de cambios socioespaciales han sido acompañados a su vez por la multipolarización y la falta de integración social. El contexto segregativo de estas tres ciudades argentinas es coincidente con el que muestran las conurbaciones de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, siendo evidencia de que las urbes de menor tamaño comparten rasgos en sus dinámicas socioespaciales a la vez que juegan un papel fundamental para la comprensión de la segregación residencial y sus impactos en las grandes zonas metropolitanas.

Arriba a conclusiones similares Prieto (2012) al estudiar la ciudad intermedia de Bahía Blanca, Argentina. En este caso, se tiene gran relación con el panorama segregativo de la conurbación Manzanillo-El Colomo, pues se trata de una ciudad con carácter portuario en la que la configuración espacial de las estructuras sociales resulta preocupante al ser observada desde una amplia gama de variables. La masificación del sector desfavorecido en las periferias y el protagonismo ascendente de la periferización de las élites son dinámicas que se replican en esta ciudad, dando cuenta de que la descentralización es una característica que se mantiene constante en las ciudades intermedias, independientemente del modelo que se trate, favoreciendo nuevos esquemas de segregación residencial a escala reducida que desvanecen la idea de polarización social a gran escala.

Hollich Cabrera (2016) no difiere de lo anterior e identifica el patrón tradicional de segregación latinoamericano en la ciudad intermedia de San Carlos, Uruguay. Asimismo, Rasse (2016) identifica particularidades en los patrones de segregación en ciudades intermedias chilenas como Antofagasta, o las conurbaciones Temuco-Padre Las Casas y La Serena- Coquimbo, las que atribuye a cuestiones morfológicas y/o de historia local. Todos estos elementos estarían indicando que ciertas particularidades morfológicas y de vocación productiva pueden dar origen a patrones de segregación diferenciados en ciudades intermedias, los cuales no discrepan en demasía al ser comparados con ciudades de carácter similar.

De esta manera, se puede hablar de dos grupos de ciudades intermedias y, en algunos casos conurbadas, que guardan relación entre sí respecto a su situación de segregación residencial a pesar de no pertenecer a la misma región. Por un lado, están las ciudades con vocación turístico-portuaria, cuya morfología urbana es fuertemente influenciada por el borde costero y su vocación, y en las que el patrón de segregación difiere radicalmente del tradicional latinoamericano para convertirse en uno de costa-periferia. Por otro, se tienen las ciudades con vocación administrativa, agrícola, comercial u otras ajenas al turismo-puerto, en las que la traza urbana se ha expandido hacia las periferias de forma más o menos radial o con una dirección dominante, pero sin ser determinada por el factor costero. En estas, aún se puede apreciar el reconocido patrón tradicional de segregación centro-periferia, el cual no se replica con exactitud debido a las formas actuales de ocupación residencial de los sectores



acomodados, confiriendo nuevas características a los modelos socioespaciales que aumentan el distanciamiento social mientras disminuyen el distanciamiento físico.

En las ciudades turístico-portuarias, la segregación se torna más agresiva, igual de forma matemática que física, habiendo una mayor diferenciación de estratos y sus áreas de ocupación, así como un dominio residencial de las élites en las costas, de la clase media en la zona inmediata a la costa y del sector de menores recursos en las periferias. A escala macro aún es posible apreciar las tres grandes zonas que conforman la ciudad: borde, media e interna. Sin embargo, a escala menor, también se puede observar que la descentralización de las élites está sucediendo, acortando la distancia física, más no social, entre personas de altos y bajos recursos para promover nuevos formatos segregativos que abonan a la construcción de una ciudad multifragmentada.

En las segundas, el grado que alcanza la segregación residencial es menor, aunque la organización espacial de la población continúa sugiriendo situaciones segregativas alarmantes al considerar que se trata de ciudades medias. No es difícil encontrar zonas muy bien delimitadas y en condición de homogeneidad social distribuidas en puntos específicos de la ciudad, las cuales apoyan la reproducción del fenómeno. En este caso, la élite se apropia de los sitios residenciales de mayor plusvalía y mejor dotados de servicios e infraestructura, principalmente aquellos próximos al centro urbano, así como también otros ubicados en las periferias e inmersos en áreas urbanas características de los grupos de bajos recursos, población con la que tienen que seguir coexistiendo de forma limitada, separándose de ellos a través de barreras físicas.

Por su parte, la población desfavorecida ocupa masivamente las periferias y los sitios más degradados al interior de la ciudad, generándose amplias zonas socialmente homogéneas con grandes deficiencias de movilidad, infraestructura y equipamientos. Entonces, la descentralización por parte del sector acomodado se torna más aguda en las ciudades que discrepan del giro portuario, dinámica que ha favorecido que la segregación residencial a gran escala aparente estar disminuyendo. No obstante, al ser analizada a escala reducida, la realidad es que la segregación está adquiriendo nuevas formas espaciales de expresión que tienen gran incidencia, tanto en lo urbano como en lo social, elevando los niveles del

fenómeno, y ante lo cual la necesidad de abordar la temática multidisciplinaria y multidimensionalmente se hace latente.

La segregación como fenómeno de carácter espacial, y articulado con el sistema económico, tiene que analizarse no sólo a gran escala, sino también a escala micro para lograr interpretaciones congruentes sobre las complejas formas de organización socioespacial que están sucediendo en las ciudades de menor tamaño (Tocarruncho, 2020), las cuales son cada vez más importantes para el funcionamiento de las grandes zonas metropolitanas fungiendo como nodos entre ellas. En la actualidad, los mecanismos de distinción de grupos sociales impiden generalizar un escenario segregativo a la totalidad de una ciudad media, misma situación que sucede en las grandes urbes. Esto se debe a que cada una de sus zonas adquiere cualidades segregativas específicas acordes con las dinámicas socioespaciales que en ellas se pueden distinguir.

Como ejemplo de lo anterior es posible señalar la conformación de aglomeraciones de población en sitios específicos según sus condiciones socioeconómicas, la renta de suelo como promotor de fragmentación espacial, la tendencia de los estratos bajos a ubicarse en las periferias y de las élites por residir en las proximidades e inmediaciones de los centros urbanos y el auge de las ofertas residenciales con formatos que promueven la fragmentación urbana y, por ende, la segregación. Asimismo, la vocación productiva y la morfología urbana sobresalen como elementos determinantes en la configuración de los patrones de segregación residencial en los sitios urbanos de menor tamaño.

Si bien, no es amplio el repertorio de estudios realizados con atención centrada en las ciudades medias (conurbaciones) y la segregación residencial, su análisis representa ciertas ventajas para comprender el comportamiento socioespacial de las grandes urbes (Garrido Cumbreira et al., 2016). Se trata de sitios urbanos de menor magnitud, aunque no de menor complejidad, en los que se pueden manipular grandes cantidades de datos con mayor facilidad para lograr identificar cómo están sucediendo los procesos segregativos, que cualidades de las propias ciudades los inciden y cuáles son los impactos sociales y urbanos que están teniendo. Dicha información puede coadyuvar al entendimiento de las dinámicas segregativas de las zonas metropolitanas y por consiguiente a disminuir sus efectos más

negativos, como la estigmatización y la escasa integración social, a través de la política pública en materia de organización territorial.

En este marco, la percepción sobre la limitada inclusión de las ciudades medias en los estudios sobre segregación residencial es generalizada entre autores, y es que estas no han recibido la importancia que merecen respecto a cómo se produce la segregación en su interior y que efectos supone para la cuestión urbana y social. Este modelo de ciudad, a pesar de mantener dinámicas económicas, políticas o urbanas de menor magnitud, está sobrellevando procesos socioespaciales semejantes a los que enfrentan las grandes zonas metropolitanas, modificando su forma de organización residencial a consecuencia de los nuevos esquemas de ocupación territorial que emergen, construyendo contextos urbanos multifragmentados y cada vez más complejos.

Es decir, en las ciudades medias comienza a perder vigencia el tradicional patrón de polarización social de centro-periferia, manifestándose otros menos predecibles que amplían las desigualdades socioespaciales y que implican reducir la escala de desagregación del territorio para ser susceptibles a observación. Sin embargo, esto no indica una disminución en el grado de segregación residencial, sino la necesidad de nuevos análisis de carácter sociourbano que consideren los diferentes elementos que inciden en la configuración de los patrones segregativos de las ciudades medias contemporáneas, donde el aislamiento y la exclusión social son ahora más agudos. Tampoco hay que perder de vista que hay modelos de ciudad, como las de tipo costero, que exponen dinámicas segregativas discrepantes del modelo tradicional latinoamericano, en donde el fenómeno ha tomado magnitudes superiores y cuyo estudio es indispensable para la comprensión global de la temática.

Se puede afirmar, entonces, que sí existen vínculos entre la forma en que se produce la segregación residencial en las ciudades conurbadas del estado de Colima y otras ciudades intermedias del país y de Latinoamérica. Entre los principales están: la conservación en algún grado del patrón tradicional de segregación centro-periferia, el desplazamiento y acumulación de los estratos bajos en las periferias, la apropiación de las zonas mejor servidas y la descentralización de la élite, el acortamiento de la distancia física intergrupala y el incremento de la distancia social, el surgimiento de patrones de segregación residencial a escala micro que apuntan hacia una fragmentación múltiple del territorio urbano y la

conformación de un vértice o cono de alta renta sobre el que se ubica gran parte de los hogares del sector acomodado.

Además, las ciudades intermedias con carácter turístico-portuario conservan algunas otras similitudes de mayor especificidad, como es el hecho de estructurarse, en lo urbano y en lo social, a partir de la forma física que tiene el borde costero. Es decir, existen tipologías de ciudades que no solo guardan los rasgos segregativos que son generalizados, sino que también desarrollan dinámicas particulares asociadas a su vocación económica y morfología urbana, dando paso a nuevos esquemas de organización socioespacial de igual o mayor complejidad a los que se tienen en las grandes ciudades, pero que carecen de importancia en la literatura.

De esta forma, los sitios urbanos de menor magnitud juegan un papel importante en la reproducción del fenómeno pues, independientemente de su tamaño, comienzan a mostrar rasgos similares a los que presentan las grandes zonas metropolitanas, a la vez que conservan cualidades propias ligadas a su condición de ciudades intermedias. Sin embargo, no han logrado tener protagonismo dentro de los estudios sobre segregación residencial, ya que continúa arraigada la idea de que, en las grandes ciudades, con mayor cantidad de habitantes e impactos negativos supuestamente más evidentes, es donde hay que enfocar la atención, convirtiéndose en un vacío de conocimiento que merece la pena atender.

Expuesto lo anterior, se hace necesario analizar si los niveles y patrones de segregación residencial socioeconómica de las zonas de estudio guardan alguna relación con el panorama socioespacial que muestran las ciudades de mayor tamaño en la actualidad. Esta situación será abordada en los siguientes acápites y tiene como objetivo demostrar que el tamaño es una característica que ha pasado a segundo plano cuando se habla de segregación residencial. En la época en que vivimos, las ciudades no necesitan tener una superficie, una cantidad de población, una morfología urbana o una vocación económica específicas para ser susceptibles a los impactos, negativos y positivos, que este fenómeno supone, y que cada vez toman mayor fuerza acercándolas a contextos multifragmentados complejos que requieren de formas innovadoras para ser analizados.

### *6.3. Relaciones entre las dinámicas segregativas de tres ciudades medias de tipo conurbado y el patrón general de segregación de las zonas metropolitanas actuales.*

En América Latina, la segregación residencial puede observarse transversalmente en todo tipo de ciudades, independientemente de su extensión territorial y dinámicas funcionales (Sabatini, 2006). A pesar de esto, la hegemonía de los estudios cuantitativos enfocados en zonas metropolitanas ha persistido, ocasionando que las ciudades medias sean abordadas de forma limitada respecto a este fenómeno sociourbano, y que los hallazgos sobre grandes ciudades se extiendan de forma directa a ciudades de mucho menor tamaño y distintas características sociales y urbanas.

En ocasiones, las condiciones segregativas que imperan en las grandes ciudades coinciden con lo que está sucediendo en otras ciudades menores. Sin embargo, no en todos los casos la segregación tiene las mismas características que muestra en las zonas metropolitanas, por lo que trasladar ese conocimiento de manera franca sobre otros modelos de ciudad, no es un acierto. Incluso, pensar que al enfocar la atención sobre estos modelos de ciudad y sus dinámicas de segregación se tendrán elementos suficientes para lograr minimizar los efectos negativos del fenómeno y potenciar los positivos en cualquier sitio urbano, es equívoco. Esto debido a que algunas ciudades intermedias guardan cualidades socioespaciales que propician esquemas segregativos discrepantes de aquellos considerados como generales.

Distintas ciudades de Europa, Norteamérica y Latinoamérica, todas de gran tamaño, exhiben patrones de segregación residencial que mantienen cierta relación entre sí. Es por esto que expertos como Arriagada Luco (2006), Checa-Olmos et al. (2011), Cortés (2008), Duncan & Duncan (1955), García Palomares & Gutiérrez Puebla (2007), Gómez Maturano & Alvarado Rosas (2016), Kaminker (2015), Martori (2007), Massey & Denton (1988), Nieves-Ayala (2012), Rodríguez & Arriagada (2004), Rodríguez Vignoli (2001), Sabatini (2002, 2006), Sabatini et al. (2001), Schteingart & Garza (2010) y White (1983) han definido las particularidades que articulan el contexto socioespacial general de las grandes ciudades modernas, el cual no debe ser considerado como universal cuando se analiza la segregación de otros modelos de ciudad, aunque es lo que tiende a suceder.

Dicho patrón general de segregación residencial tiene como cualidad distintiva una organización socioespacial conocida como de centro-periferia. Es decir, la élite se ubica en las zonas centrales, en tanto las periferias son ocupadas por los estratos sociales más bajos, en el entendido de que actualmente –a gran escala- ya no es posible referir que hay una polarización entre el espacio residencial de ambos grupos -debido al acercamiento físico que han mostrado-, sino más bien una delimitación. La reducción de la escala, la aparición de nuevas modalidades de vivienda en formato cerrado, la aproximación física de las áreas residenciales de las distintas esferas sociales, el distanciamiento social, la conformación de un cono sobre el cual se extienden las residencias de la élite, la homogeneidad social periférica, la descentralización del sector acomodado y la autosegregación, son otras de las dinámicas que acompañan y determinan el patrón de segregación de las grandes ciudades.

Particularmente, se ha debatido mucho sobre la reducción de la escala territorial que ha tenido la segregación residencial. A diferencia de lo que sucedía a principios del siglo XX, cuando las ciudades no habían alcanzado el nivel de complejidad social y urbana que demuestran hoy en día y aún era adecuado emplear el término polarización para referirse a dos grandes áreas urbanas socialmente contrastantes, en la época en que vivimos el contexto socioespacial se acerca mucho más a la idea de multipolarización. Esto es, al observar a la ciudad en conjunto difícilmente se podrán delimitar sólo dos áreas diferenciadas de acuerdo al tipo de población que congregan, sino que se tendrán múltiples fragmentos urbanos ligados a la capacidad económica de su población y la concepción de polarización sólo será posible al reducir la escala de análisis del territorio.

Esta serie de elementos distintivos de la segregación residencial en las zonas metropolitanas llevan a la conformación de ciudades ya no fragmentadas, sino multifragmentadas, discontinuas y difusas. Ahora, las nuevas alternativas residenciales dirigidas a los sectores medios y altos no privilegian las zonas de alta renta para emplazarse, sino que lo hacen en zonas características de la población de escasos recursos auto-aislándose del contexto inmediato a través de barreras físicas para generar microambientes sociales que aportan a la segregación a la vez que debilitan la integración social. Este tipo de fraccionamientos cerrados, que están teniendo auge en las ciudades latinoamericanas de mayor envergadura, aparecen a manera de islas de riqueza ubicadas entre mares de pobreza,

reforzando el fenómeno de la segregación a escala reducida, modificando y complejizando los patrones tradicionales de organización socioespacial y detonando situaciones alarmantes como la estigmatización, la exclusión y el aislamiento.

No obstante, la segregación residencial también tiene una contraparte más positiva, pues hay que recordar que no se trata de una problemática, sino de un fenómeno de carácter social que encuentra como medio de expresión el territorio urbano. En este sentido, las dinámicas modernas de ocupación territorial significan ciertas ventajas para los grupos menos favorecidos, ya que al consolidarse estos desarrollos residenciales de nivel socioeconómico superior se resuelven problemáticas que el estado es incapaz de atender, relacionadas con la falta de servicios, empleo, equipamientos e infraestructura. Más eso no suprime el hecho de que surgen otras dificultades, como son la agudización de las desigualdades sociales, el deterioro urbano y la reproducción de la pobreza.

De esta manera, el aparato estatal, a través de las políticas de vivienda, juega un papel crucial en la consolidación de los patrones de segregación residencial de las ciudades contemporáneas. Se trata del ente encargado de regular el tipo de viviendas y el sitio en el que se construyen, labor en la que se reflejan deficiencias al ser cada vez más la desigualdad en la distribución de los grupos sociales dentro del territorio urbano. Así, su participación como promotor de los procesos socioespaciales es inminente, y es que su acción también ha detonado el incremento de los grados de segregación en todo tipo de ciudades, independientemente del tamaño que estas presenten, situación que es más evidente al realizar análisis con niveles de desagregación mayores.

Al trasladar el escenario de segregación residencial que exhiben estas grandes ciudades, entendidas como zonas metropolitanas, y compararlo con el panorama segregativo de las ciudades medias de tipo conurbado analizadas, es posible establecer algunas relaciones en sus dinámicas de organización espacial, aunque también existen discrepancias. Sobresale el hecho de que, en estas tres ciudades de menor tamaño, a pesar de que ya se están teniendo los cambios socioespaciales relativos a la reducción de la escala de la segregación, aún es posible apreciar ligeramente cómo se dividían los estratos sociales a gran escala, situación difícil de observar en las grandes ciudades.

Es decir, se puede verificar cómo ha sido el proceso de modificación en la forma de ocupación espacial del territorio por parte de los grupos sociales, esa transición entre polarización y multifragmentación. Esto es favorable para comprender con mayor certeza el comportamiento de la segregación residencial en este tipo de zonas urbanas medias, siendo susceptible trasladar ese conocimiento al analizar ciudades mayores para intentar construir relaciones entre sus dinámicas segregativas y proponer posibles soluciones para los efectos de impacto negativo inherentes al fenómeno.

Se trata de trabajar a la inversa de como se ha venido haciendo, analizando sitios urbanos menores para tener referencias que faciliten el entendimiento de la segregación residencial en las urbes de mayor magnitud, y dejando de transportar información tal cual es generada de un modelo de ciudad a otro suponiendo que en ambos sucede algo similar. El objetivo, es aprovechar el conocimiento adquirido sobre ciudades intermedias y buscar las relaciones que se mantienen con los modelos de segregación residencial de otras ciudades mayores, así como las diferencias. Coadyuvando, de esta manera, a comprender el proceso evolutivo de las dinámicas socioespaciales y cómo es que comienzan a obtener el nivel de complejidad con el que se presentan en los sitios urbanos más desarrollados.

En este sentido, Colima-Villa de Álvarez es la ciudad conurbada que guarda mayor similitud con el patrón de segregación residencial de las grandes urbes. Aquí, se replican fielmente situaciones como la consolidación de un patrón de organización socioespacial de centro-periferia, la acumulación de población de escasos recursos en las periferias, la ocupación de zonas distintas al centro urbano por parte de la élite, la aparición de fraccionamientos cerrados en colonias de bajo prestigio, la conformación de un cono unidireccional sobre el que se emplazan las residencias de los grupos acomodados y la reducción de la distancia física entre estratos diferenciados. Además, se tiene un índice de disimilitud (D) que rebasa el 50.00%, lo cual supone un grado de segregación preocupante de acuerdo con Rodríguez & Arriagada (2004), y más al considerar que se trata de una ciudad media que ya muestra los síntomas de una zona metropolitana.

Sin embargo, a pesar de que el contexto segregativo característico de las grandes ciudades se expresa con mucha exactitud en el territorio urbano de esta zona conurbada, conserva algunas particularidades en su patrón de segregación residencial relacionadas con



su condición de ciudad media. Por ejemplo, su centro urbano aún es muy valorizado por la población de élite y, aunque ya han comenzado a descentralizarse, una proporción representativa del grupo continúa situada en las inmediaciones del mismo, y otra menor al interior. Asimismo, pese a la homogeneidad social que existe en las periferias por la alta concentración de los grupos menos favorecidos, también se tienen altas densidades de este tipo de población en colonias centrales.

De esta manera, el tamaño de las urbanizaciones se convierte en un factor determinante para el acortamiento de la distancia física entre estratos contrastantes, evento que detona la reducción de la escala de la segregación. A diferencia de las zonas metropolitanas, en las ciudades medias las oportunidades de cambio residencial son más reducidas ocasionando que, independientemente de las modificaciones espaciales que sufran las estructuras sociales y la rapidez con que sucedan, el acercamiento intergrupual continúe prevaleciendo. En las ciudades de mayor tamaño, al modificar su sitio de residencia un grupo de población, cabe la posibilidad de quedar completamente aislado de aquellos con diferente posición económica, alterando el panorama de segregación, hecho que es menos probable que ocurra en una ciudad media.

En la zona conurbada de Tecomán-Armería la dinámica segregativa también es similar a lo que se tiene en las grandes ciudades. La ciudad principal que es Tecomán, al igual que en Colima-Villa de Álvarez, adopta un patrón de segregación centro-periferia, degradándose física y socialmente hacia las periferias con excepción de los sitios en los que se localizan los grupos afluentes descentralizados. En este caso, el esquema socioespacial es bastante congruente con dos cualidades muy arraigadas en las zonas metropolitanas: la excesiva concentración de los grupos de escasos recursos en las periferias y el predominio de las élites en los mejores sitios de la ciudad.

Ambas dinámicas son prueba de que las características de las ciudades, hablando de tamaño, morfología urbana y vocación productiva, influyen en gran medida en el patrón de segregación residencial que se desarrolla. En Tecomán, la élite y los estratos inferiores valoran en demasía el centro urbano al ser el sitio que les ofrece la mejor calidad de vida ante las innumerables deficiencias que tiene la ciudad, coexistiendo residencialmente dentro de esta zona sin haber alguna barrera física que los separe, e indicando que la cercanía física

intergruppal no es un fenómeno nuevo en la conurbación. De esta forma, la gran importancia que aún conserva el centro urbano y la cercanía obligada de grupos que promueve es quizá la condición segregativa más discrepante que muestra Tecomán-Armería respecto del patrón general de segregación de las zonas metropolitanas.

En relación a la ciudad de Armería, la cual pareciera ser un sitio aislado a Tecomán más que conurbado, sus condiciones urbanas, sociales y económicas la llevan a funcionar a semejanza de las colonias ubicadas en las afueras de las grandes ciudades. Esto es, se incentiva el traslado cotidiano de sus habitantes hacia la ciudad principal, que es la mayor fuente de empleo, significando distancias considerables de recorrido. Sin embargo, esa “distancia” sería relativa, pues al tratarse de una ciudad media los tiempos de traslado no son tan representativos entre un punto y otro. Así, en esta ciudad de menor magnitud y con carácter conurbado se estaría replicando parte del esquema segregativo de las metrópolis, que es la creación de colonias periféricas mal servidas que dificultan a sus habitantes el acceso a diversos servicios y equipamientos.

Este caso de ciudad media es el que conserva más la idea de ciudad polarizada, pues su poco desarrollo urbano, junto a las escasas oportunidades de progreso económico y las reducidas ofertas de vivienda, han permitido la preservación de su patrón socioespacial original, distinguido por concentrar a la élite en el centro urbano y excluir a los desfavorecidos en las periferias. No obstante, a pesar de ser la ciudad con el menor nivel de cambio socioespacial, la segregación mantiene grados alarmantes en más de una dimensión y las nuevas tendencias de ocupación del espacio urbano que se están presentando se corresponden con lo que está sucediendo en las grandes ciudades, apareciendo fenómenos como la descentralización y la consolidación de alternativas residenciales en formatos específicos que promueven la reproducción de la segregación residencial, la reducción de su escala y abren paso hacia un esquema de ciudad fragmentada en un sentido múltiple.

La ciudad de Manzanillo-El Colomo no es la excepción, y reúne algunas cualidades que determinan el patrón segregativo de las ciudades metropolitanas contemporáneas. Se puede observar la acumulación de población de escasos recursos en las zonas periféricas, la aparición de fraccionamientos cerrados de élite en sitios de menor nivel económico, el acortamiento de la distancia física entre estratos sociales diferenciados y la conformación de

una zona específica de residencia de la población de altos recursos. Sin embargo, también es la ciudad con mayor discrepancia en su configuración socioespacial respecto del patrón general de las grandes ciudades, lo cual se debe a su condición portuaria y su morfología urbana lineal.

Aquí no se replica el patrón de centro-periferia característico de las ciudades latinoamericanas y otras ciudades mayores, sino que se construye uno más acercado a una condición de costa-periferia. Es decir, los estratos de élite se ubican en altas densidades a todo lo largo de la costa, dominando el área (turística) de mayor plusvalía de la conurbación pero sin formar el reconocido cono de alta renta; el grupo de nivel económico medio ocupa la zona inmediata al borde costero (zona media o de amortiguamiento), manteniendo la forma urbana de la bahía para quedar inmerso entre la zona de opulencia y la más deficiente, y en donde un sector más reducido de la élite reside en los fraccionamientos cerrados que comienzan a surgir; y la población de escasos recursos se ubica en la zona más interna de la ciudad, en la considerada como periferia por su distancia en relación a la costa, donde la homogeneidad social es latente. Además, en esta ciudad conurbada se tienen los índices de segregación más elevados en varias dimensiones del fenómeno, como disimilitud, concentración y centralidad, incluso resultan superiores a los de algunas ciudades mayores como Santiago de Chile y Ciudad de México.

Este panorama socioespacial se acerca mucho a lo que exhiben otras zonas metropolitanas mexicanas, como son Acapulco y Cancún. Este tipo de zonas urbanas de gran magnitud y con inclinación turística también han sido objeto de carencia en cuanto a estudios de segregación residencial se refiere, a pesar de funcionar económica, urbana y socialmente distinto a otros modelos de ciudad. Aquí, se crean múltiples áreas urbanas de funcionamiento y dinámicas independientes, desarrolladas a lo largo de la línea costera y de los ejes de circulación que conforman la ciudad, teniendo como resultado no una ciudad funcionalmente integral sino un sistema urbano compuesto por la articulación de subsistemas homogéneos que, en conjunto, aportan a la diferenciación económica, a la desigualdad y al aumento de la segregación residencial (Moreno Galván & Hernández Diego, 2019).

Otros de los aspectos que se pueden apreciar en el patrón socioespacial de las grandes ciudades turístico-costeras son: la segregación física y funcional de la considerada como zona

turística; la existencia de una zona centro repleta de servicios y equipamientos que poco llama la atención de los turistas debido a su difícil acceso y a su imagen urbana deteriorada; una gran densidad habitacional en los fraccionamientos populares que se desarrollan en las periferias y que tienen limitado acceso a servicios y equipamientos; y el surgimiento de fraccionamientos cerrados en las zonas privilegiadas, dirigidos al sector de élite (Moreno Galván & Hernández Diego, 2019). Además, se origina especulación del suelo periférico; la expansión acelerada y difusa de la traza urbana; la zonificación especializada de la ciudad que degrada la integración funcional de sus áreas; y la excesiva homogeneidad social de las zonas habitacionales, excluyendo a otros tipos de población para compartir el esquema de ciudad fragmentada.

Toda esta serie de dinámicas socioespaciales, distintivas de las zonas metropolitanas costeras, se hacen evidentes en el territorio urbano de la ciudad conurbada de Manzanillo-El Colomo. Entonces, las ciudades medias, independientemente de su morfología, vocación y condiciones del sitio de emplazamiento, están siendo objeto de los procesos segregativos relativos a las grandes ciudades. No obstante, la carencia de atención sobre estos modelos menores de ciudad prevalece hoy en día, haciendo necesario realizar investigaciones que permitan determinar cómo se está comportando la segregación en estos lugares. Y así demostrar la importancia que las ciudades intermedias significan para la comprensión de un fenómeno de escala global que se ha posicionado como fuerte determinante para la construcción de los patrones socioespaciales en los sitios urbanos contemporáneos.

Grandes ciudades de otros países, como Río de Janeiro en Brasil, que también comparten las condiciones costera y turística, muestran situaciones de segregación residencial que no discrepan de lo señalado. No es complejo encontrar que la redistribución que está teniendo la población en esta metrópoli se relacione con una producción residencial intensa en las periferias ofrecida a los estratos acomodados, la creación de nuevos bordes periféricos o polos dinámicos de expansión hacia donde son expulsados los sectores marginados, la pérdida de población de las áreas centrales con su consecuente deterioro, y un desarrollo de la ciudad determinado por ejes viales, paralelos a la línea costera (Queiroz Ribeiro, 2003).

Asimismo, se trata de una ciudad en la que se reproduce un modelo de segregación muy particular intrincado con las singularidades históricas de su formación urbana y social, el cual se conoce como *carioca*. Es decir, hay una conjugación de distancia social, provocada por las diferencias económicas que mantiene la estructura social y las condiciones urbanas, y fuerte proximidad espacial entre los barrios más empobrecidos (favelas) y aquellos más acomodados (Alves et al., 2008; Queiroz Ribeiro, 2003). Ambas esferas sociales están obligadas a coexistir territorialmente, reconociendo sus diferencias, aceptándolas u oponiéndose, mientras comparten el mismo espacio cultural. Sin embargo, lejos de ser un patrón de segregación característico de esta ciudad metropolitana, se hace alusión a una dinámica socioespacial (de acercamiento intergrupalo) que paulatinamente se ha extendido a muchas otras ciudades, grandes e intermedias, de muchos otros países, favoreciendo la reproducción de las desigualdades sociales que a su vez se traducen al territorio urbano.

Las favelas son sustituidas por extensas áreas en condición de pobreza y socialmente homogéneas, y los barrios de élite por opciones residenciales amuralladas, protegidas y aisladas del mundo exterior, pero al final se refieren al mismo esquema segregativo, en el que el acercamiento físico de estratos sociales económicamente contrastantes sucede. Así, la mera interacción espacial obligada entre estratos diferenciados no construye un patrón de segregación singular en una ciudad, sino que son las características históricas de la estructura social y de la cuestión urbana de la propia ciudad las que le conceden esa especialidad. Y es que esta situación ha demostrado ser apreciada con mayor firmeza en las ciudades con vocación turístico-portuaria, habiendo una conexión entre las distintas zonas que las conforman.

De esta forma, Manzanillo-El Colomo es el ejemplo claro del error que se estaría cometiendo al trasladar directamente el conocimiento que se tiene sobre segregación residencial en las grandes ciudades hacia otras de menor tamaño, sin haber realizado un análisis previo de la compatibilidad entre dos de sus condiciones: vocación económica y morfología urbana. Si bien, su complejidad urbana y social es menor al no estar inmersas totalmente en el mundo globalizado, sino que sirven como nodos para el funcionamiento de las zonas metropolitanas, sus dinámicas segregativas adquieren gran especificidad y no resultan fáciles de comprender. Esto debido a que su tamaño las hace susceptibles a

modificaciones socioespaciales más rápidas comparado con una gran ciudad, aunque con impactos menores. Lo anterior, sumado a las diferentes vocaciones que pueden tener, en especial aquellas de carácter turístico-portuario, promueve el surgimiento de patrones de segregación residencial únicos que, aunque guardan unos cuantos aspectos que exhiben las zonas metropolitanas, también difieren de estos.

Esta ciudad portuaria es un caso muy particular para el tema de la segregación residencial, ya que discrepa en gran medida de los escenarios socioespaciales que muestran las conurbaciones de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, así como del patrón general de segregación de aquellas grandes ciudades con diferente condición productiva y estructura urbana. Se trata de un indicio de que las zonas urbanas con este tipo de vocación y tamaño merecen especial atención respecto a la temática, ya que su dinámica funcional les concede configuraciones socioespaciales poco comunes de las cuales el fenómeno socioespacial se apoya para alcanzar mayor magnitud y propiciar la fragmentación social del espacio urbano.

Así pues, queda evidenciado que en las ciudades medias (conurbadas) del estado de Colima, la segregación residencial reúne una serie de características relacionadas con el patrón socioespacial de las grandes ciudades contemporáneas, principalmente la homogeneidad social periférica, la descentralización de la élite, el acortamiento de distancia intergrupar y la conformación de un vértice sobre el que se extienden las residencias del sector acomodado. Asimismo, en los tres casos los centros urbanos han perdido importancia como espacios residenciales, aun cuando se trata de sitios con acceso a una amplia gama de servicios y equipamientos. Y es debido a lo agitado que resulta el ritmo de vida dentro de ellos que la población, particularmente la élite, busca alternativas habitacionales en lugares que ofrecen otra clase de beneficios a los que el estado ha restado importancia, como la cercanía con la naturaleza, la paz y la seguridad.

De esta manera, la ubicación dentro de la ciudad, aspecto que fungía como determinante para pertenecer a cierto peldaño de la escala social, ha pasado a segundo plano, y ahora se privilegia más el estilo de vida que es capaz de brindar el lugar de residencia restando importancia al contexto social inmediato. Esta situación ha detonado modificaciones en la forma en que las estructuras sociales se apropian del territorio urbano,

remarcando con mayor fuerza las desigualdades sociales a la vez que reduciendo la distancia física entre estratos sociales y, por ende, incentivando la aparición de nuevos modelos de organización socioespacial.

Sin embargo, cada una de estas ciudades conurbadas también demuestra particularidades en sus dinámicas segregativas que no han sido señaladas para las grandes ciudades, las cuales son favorables para entender la complejidad socioespacial de estas últimas. Ejemplo de esto, y coincidente en los tres casos, es la posibilidad de observar cómo la segregación residencial está pasando de gran a pequeña escala. Es decir, se está en posición de verificar la transición entre polarización y multifragmentación que está ocurriendo en las ciudades medias analizadas, y relacionar cómo su vocación y morfología inciden en la conformación de esos nuevos patrones de segregación residencial.

En el mismo sentido, resulta significativo reiterar la situación de segregación residencial muy singular que afrontan las ciudades de tipo costero, en las que aparentemente el fenómeno se torna más agudo y la especificidad de los usos de suelo toma relevancia para la consolidación del contexto socioespacial. Entonces, la relación de los patrones de segregación de las ciudades medias con los patrones de segregación de las grandes ciudades es indiscutible, y es que en las primeras se replican diversas características segregativas de larga tradición que suceden en las segundas. Y a su vez, las ciudades medias conservan cualidades en su estructura socioespacial, dependientes de su vocación económica y morfología urbana, que discrepan del considerado como patrón general de segregación residencial de las grandes zonas metropolitanas latinoamericanas actuales.

## DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

La presente investigación surgió del interés por aportar al conocimiento acerca de cómo las ciudades conurbadas de América Latina están sobrellevando los procesos de segregación residencial socioeconómica, fenómeno de carácter social y espacial que, como se ha explicado a lo largo del documento, se ha venido transformando y extendiendo a toda clase de sitios urbanos actuando de acuerdo a las lógicas del mundo contemporáneo. La perspectiva que se adoptó para analizar los niveles y patrones de segregación en estas ciudades es de índole multidimensional, abarcando las cinco dimensiones desde las que se puede observar este fenómeno<sup>32</sup>. Ya que la mayoría de las investigaciones que se han realizado desde mediados del siglo pasado sólo abarcan dos o tres de esas dimensiones<sup>33</sup> y se concentran en zonas metropolitanas, limitando la visión que se puede tener sobre la temática.

Asimismo, se buscó relacionar a la dinámica segregativa de las ciudades conurbadas dos factores que poco son tomados en cuenta: la morfología urbana y la vocación productiva. Es decir, cómo la forma física de una ciudad y su actividad económica principal inciden en la conformación de determinados patrones de segregación residencial y en qué medida contribuyen a la construcción de ciudades fragmentadas. Por otra parte, se trata de un estudio comparativo que incluyó tres ciudades pertenecientes a una misma región, abriendo la posibilidad de analizar los elementos segregativos transversales y aquellos en los que discrepan, así como las similitudes y diferencias que manifiestan al ser comparadas con sitios urbanos de similar y mayor extensión.

En resumen, esta investigación se desarrolló en el marco de los estudios urbanos, teniendo por objetivo la producción de nuevo conocimiento sobre segregación residencial socioeconómica y las características que manifiesta en ciudades conurbadas de tipo medio, principalmente los patrones socioespaciales, los niveles que alcanza y la relación que guarda con la morfología urbana y la vocación productiva del lugar. La finalidad, fue contribuir a la comprensión de las nuevas tendencias de la segregación residencial en ciudades menores y, en el entendido de que son el paso previo a la consolidación de una zona metropolitana,

---

<sup>32</sup> Las cinco dimensiones en que se puede analizar la segregación son: uniformidad, concentración, exposición, centralidad y agrupamiento.

<sup>33</sup> Las dimensiones de la segregación que más comúnmente se analizan son: uniformidad y concentración, y en menor medida la exposición.



situación que no demerita la complejidad de sus estructuras social y urbana, de su análisis se puede derivar la creación de políticas públicas más adecuadas para cada modelo de ciudad, y así contrarrestar con mayor solidez los efectos negativos que se asocian al fenómeno.

Así pues, en este apartado se construye una discusión con base en los resultados de la investigación y los planteamientos más relevantes de algunos autores referentes en el tema, los cuales fueron expuestos en el marco teórico. Además, se da respuesta a las preguntas de investigación, se somete a prueba la hipótesis y se exponen una serie de recomendaciones teóricas y empíricas para los estudios posteriores sobre segregación residencial en ciudades conurbadas.

Autores como Cortés (2008), Rodríguez Vignoli (2001) y Sabatini (2006) coinciden con la idea de que la segregación residencial es un fenómeno que ha venido en aumento a la par que las ciudades se han complejizado en lo social y en lo urbano. De tal manera que los modelos segregativos tradicionales en los que la polarización era una constante se han transformado, surgiendo otros nuevos que se acercan más a la idea de fragmentación socioespacial.

Latinoamérica es el sitio donde la segregación se expresa con mayor fuerza cuando se relaciona con el factor económico, y es que en sus grandes ciudades se pueden apreciar las tendencias generales que ha demostrado el fenómeno en las últimas décadas, principalmente la reducción de la escala, la descentralización de las élites y la homogeneidad social periférica. Estas tendencias se confirmaron para las tres conurbaciones del estado de Colima -Colima-Villa de Álvarez, Tecomán-Armería y Manzanillo-El Colomo- durante la década del 2000, indicando que desde principios de este siglo comparten algunas de las dinámicas de segregación de las zonas metropolitanas.

Sin embargo, también se confirmó la existencia de cualidades segregativas que discrepan del patrón tradicional latinoamericano, destacando el hecho de que en los tres casos aún es posible observar, a gran escala, cómo se divide la sociedad en el espacio urbano. Esto permitió verificar cómo se está desarrollando el proceso de cambio en la forma de ocupación del espacio urbano, o lo que es igual, la transición entre gran y pequeña escala, entendiendo que hay aspectos que se comparten como es la preferencia por residir en zonas específicas

del territorio por parte de los grupos de élite, pero que además cada una de las áreas de estudio tiene características socioespaciales que la diferencian del resto.

Probablemente, muchas otras ciudades menores del país estén teniendo dinámicas segregativas similares a lo que sucede en las conurbaciones analizadas y, ante esa posibilidad, se hace necesario reflexionar sobre la pertinencia de que la hegemonía de estudios en grandes ciudades prevalezca. Quizá, las lógicas de funcionamiento del mundo moderno junto con las nuevas formas de expresión espacial del fenómeno son la pauta para comenzar a repensar su forma de estudio, y construir estrategias metodológicas que posibiliten observar las características que ahora presenta, relacionadas en gran medida con la reducción de su escala urbana. Y, asimismo, evaluar la viabilidad de enfocar la atención en sitios urbanos más pequeños.

Esto cobra importancia bajo la óptica de autores como Schteingart & Garza (2010) y Pérez-Tamayo et al. (2017), quienes afirman que el conocimiento sobre segregación residencial aún es escaso en las ciudades mexicanas, más si se refiere a aquellas de menor tamaño. Lo anterior queda evidenciado a través de la producción científica nacional, pues la mayor parte de los análisis están enfocados en ciudades como México, Guadalajara, Monterrey o Puebla, aunque recientemente se han comenzado a incorporar ciudades como Culiacán, Puerto Vallarta y Cancún.

El interés en ciudades menores y su participación en los procesos de segregación residencial tomó mayor fuerza a partir de la segunda década del siglo XXI, y funge como indicador de la relevancia que están tomando este tipo de urbanizaciones para la comprensión de las dinámicas socioespaciales actuales. Es decir, en la época actual no es correcto suponer que a partir del entendimiento de la segregación en las zonas metropolitanas será posible elaborar políticas urbanas (de vivienda, usos de suelo, etc.) que ayuden a controlar los efectos del fenómeno en las pequeñas ciudades.

En lugar de esto, ahora se requiere analizarlas de forma particular debido a la complejidad social y urbana que han alcanzado como resultado de su paulatina incorporación al mundo globalizado. Si bien, no tienen un nivel de desarrollo que permita etiquetarlas como ciudades globales, sí incorporan algunas cuestiones alusivas a la globalización. Juárez

Martínez (2007) sustenta esta afirmación cuando menciona que el establecimiento de industrias provenientes de otros países o el desarrollo de tipologías habitacionales cerradas, son una expresión de la llegada de los procesos globales a un sitio urbano.

De esta manera, cada vez son más las ciudades menores que toman el papel de nodos entre las que sí pueden ser llamadas ciudades globalizadas. Y en el mismo sentido, cada vez son más aquellas en las que la segregación residencial adquiere formas de expresión singulares, las cuales están estrechamente relacionadas con las cualidades morfológicas y productivas del sitio.

Así pues, del análisis comparado de los patrones de segregación, es importante destacar que, en las tres conurbaciones, hay congruencia entre los valores de los índices y sus patrones socioespaciales. Sin embargo, los patrones de segregación de cada ciudad tienen características particulares relacionadas con sus condiciones morfológicas y económicas, aunque también comparten ciertos aspectos que se corresponden con el patrón tradicional de segregación de las grandes ciudades latinoamericanas.

Cortés (2008), Sabatini, (2006) y Sabatini et al. (2001) plantean que el sello de dicho patrón ha sido la expresión de la segregación a gran escala, donde puede ser observada la homogeneidad social periférica ocasionada por la acumulación de población de escasos recursos; y la concentración de la población de élite en un área específica de la ciudad, con vértice en el centro histórico y una dirección de crecimiento hacia la periferia. Sin embargo, también mencionan que la segregación está teniendo una reducción en la escala geográfica con que se expresa, pasando de ciudades polarizadas a multipolarizadas (o fragmentadas).

En la actualidad, es difícil hablar de polarización en las grandes ciudades debido al auge de la globalización y el acercamiento intergrupar que ha promovido (Sassen, 2005), pero al tratarse de ciudades menores aún es posible apreciar su situación socioespacial a escala macro y micro. Por una parte, los patrones que se identificaron en las ciudades analizadas demostraron que, a gran escala, se mantienen dinámicas segregativas similares a las de las zonas metropolitanas, habiendo áreas específicas de localización de grupos de acuerdo a su nivel económico. Por otro lado, se demostró que la reducción en la escala de la segregación también está sucediendo.

De esta manera, la afirmación que hace Sabatini (2006) sobre la reducción de la escala de la segregación como tendencia estable en las ciudades latinoamericanas cobra sentido, teniendo que las zonas conurbadas del estado de Colima pueden ser entendidas como lugares en los que se crean “patrones de transición”. Es decir, patrones socioespaciales en los cuales aún es posible observar cómo se polariza o polarizaba la ciudad a gran escala, y a su vez como se está comenzando a producir la segregación a escala reducida. En otras palabras, estos patrones dejan entender más a detalle el proceso de transición entre la ciudad polarizada y la ciudad multipolarizada, dinámica que en las grandes ciudades es difícil de apreciar.

Si bien, estas ciudades comparten algunas de las características que exhiben los patrones de segregación de las zonas metropolitanas, también reúnen otras propias que las hacen diferentes, principalmente la capacidad de observar ambos contextos socioespaciales en ellas: el dual y el fragmentado. Y es que esto es posible al tratarse de ciudades en las que los procesos sociales, urbanos, políticos y económicos son de menor magnitud, pero que a su vez provocan grandes desequilibrios en sus estructuras social y espacial, tal como lo señala Alarcón Barrera (2015).

Lo anterior, fue posible de visualizar gracias al sentido multidimensional del proyecto, el cual también contribuyó a determinar las tendencias generales de la segregación en las ciudades conurbadas en cuestión. No obstante, no todos los índices demostraron la misma viabilidad para analizar el fenómeno, reconociendo que los de mayor aporte en el cumplimiento de los objetivos fueron el índice de disimilitud, el índice de concentración y el índice de exposición. Aunque los índices de centralidad y agrupamiento permitieron conocer tanto la importancia que representa el centro urbano de cada ciudad para las elites como la cercanía entre las colonias en las que reside el mismo grupo, a través de los primeros fue que se definieron y compararon los patrones de segregación.

Respecto al índice de disimilitud y concentración, retomados por ser dos de los más utilizados a nivel internacional, admitir un mayor grado de comparabilidad y ser propuestos por referentes en el tema como Massey & Denton (1988), ambos son aespaciales. Esto es, no toman en cuenta donde están localizados los grupos más allá de su distribución en distintas unidades que son consideradas sin atención a su posición en el espacio (Sabatini & Sierralta, 2006). Sin embargo, en su cálculo es posible identificar la contribución de cada área espacial

al índice general de segregación de la ciudad, lo que nos da pistas respecto de las condiciones de segregación de cada área, y del patrón que se conforma. Debe considerarse como limitación que este procedimiento no permite analizar contigüidades o fronteras residenciales, pero sí definir los espacios habitacionales de la élite, y sus características de homogeneidad o heterogeneidad interna.

Así pues, el índice de disimilitud permitió conocer que en ninguno de los casos el patrón segregativo muestra una distribución equitativa de la población mayoritaria y minoritaria, sino que se detectaron las zonas en las que la uniformidad decrece de manera más evidente, así como las direcciones hacia las cuales se extiende esta situación. Por otra parte, aunque las conurbaciones tienen particularidades en su forma de segregación por disimilitud, se pueden establecer algunas relaciones, destacando el hecho de que en las tres ciudades hay una zona en la que la segregación es más aguda por la elevada proporción del grupo de élite que ahí reside.

Asimismo, se observa un direccionamiento específico sobre el que se extienden las residencias de los grupos acomodados, formando el conocido cono de alta renta; las periferias se establecen como zonas extensas en condición de homogeneidad social con una alta presencia del sector mayoritario; y comienzan a detectarse colonias fuera de las zonas de mayor plusvalía en las que habita la población de altos recursos. Esta serie de dinámicas se corresponden con el patrón tradicional de segregación latinoamericano, indicando que en estas ciudades menores se están replicando algunas de las condiciones segregativas que se exponen como propias de las grandes ciudades. La diferencia estriba en que estas conurbaciones aún están sobrellevando el proceso de transición, lo cual es favorable para comprender el fenómeno y lograr explicar sus efectos en los sitios de mayor magnitud.

Por su parte, el índice de concentración mostró que en las tres conurbaciones hay una fuerte acumulación de los grupos de élite en zonas específicas de su territorio, que la alta densidad del grupo disminuye hasta perderse conforme aumenta la distancia entre el centro urbano y la periferia, y que comienzan a consolidarse colonias con una alta presencia de población acomodada ubicadas fuera de sus zonas tradicionales de residencia, en cercanía con la población desfavorecida. Dichos cambios en la forma en que las élites ocupan el territorio urbano pueden deberse a diferentes razones, por ejemplo, la condición deteriorada

de los centros urbanos, las nuevas alternativas residenciales que son ofertadas para este tipo de población, la deficiencia de las políticas urbanas para lograr una distribución más equitativa de la sociedad, los intereses personales e identidad cultural de los habitantes, el surgimiento de nuevas fuentes de empleo y el poder que han adquirido en la actualidad los agentes inmobiliarios.

Se pueden señalar algunos aspectos que comparten en sus patrones de segregación por concentración. Tal es el caso de la alta densidad de población de élite en zonas específicas, como el centro urbano de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, y en la zona costera en Manzanillo-El Colomo; la ocupación de nuevas zonas de menor prestigio por parte del sector acomodado, residiendo regularmente en fraccionamientos cerrados o con algún tipo de seguridad; y la gran concentración de población mayoritaria en las periferias, creando una especie de anillos perimetrales que rodean a las zonas de alto nivel económico.

En congruencia con los dos anteriores, el índice de exposición permitió apreciar que en las tres ciudades conurbadas la probabilidad de encuentro intergrupar es más alta en las zonas en las que residen los grupos de élite, así como en aquellas colonias cercanas a estas, y en los centros urbanos. Además, los patrones de segregación por interacción mantuvieron los mismos direccionamientos o sentidos de expansión que se evidencian en las dimensiones de uniformidad y concentración, y conforme se acerca a las periferias la interacción entre minorías y mayorías se degrada hasta volverse imperceptible.

Específicamente, esta dimensión de la segregación puede ser apreciada en dos sentidos. Desde una parte positiva, la interacción se estaría generando por la reducción de la distancia física entre grupos contrastantes, pero nada asegura que ese acercamiento se esté llevando a cabo equitativamente en la conurbación o que signifique algún beneficio para las relaciones sociales. Y desde una posición negativa, se estaría refiriendo a la excesiva concentración de las élites, promoviendo el acortamiento de distancia sólo en determinadas áreas, lo cual favorecería la fragmentación de la ciudad. Quizá la diferencia más radical en los patrones de interacción se refleja al modificar la variable de aplicación, teniendo que la superficie en la que ocurre la coexistencia física entre grupos disminuye al observar la segregación desde la perspectiva del ingreso.

Por otra parte, el índice de centralidad, si bien comparte la condición de ser aespacial, sí admite ser corroborado a través de los patrones de distribución de la población de acuerdo a su nivel de ingreso e instrucción. En Colima-Villa de Álvarez, el grupo de élite valoriza significativamente el centro urbano al residir en gran proporción en la zona nororiente inmediata a este. Lo anterior, debido a que se trata de un sitio con una amplia gama de servicios y en el que se concentran gran parte de las fuentes de empleo. En Tecomán-Armería, la significación del centro urbano para la población acomodada es muy superior, ya que ante las carencias de la ciudad se consolida como la zona que brinda el mejor nivel de vida. En contraste, en Manzanillo-El Colomo residir en el centro urbano, o en las proximidades del mismo, no tiene valor alguno para la élite debido a que reúne una serie de cualidades negativas ligadas a temas de imagen urbana, inseguridad y hacinamiento.

Por último, el índice de agrupamiento, que tampoco admite ser observado a través de esquemas gráficos, señaló que las colonias en las que habitan las mayorías y minorías se encuentran agrupadas de forma similar en el espacio urbano de las tres conurbaciones. Esto es, no hay zonas de la ciudad tan amplias en las que sea evidente que las subunidades espaciales correspondientes a determinado grupo social se comiencen a agrupar para conformar un área de mayor superficie. Sin embargo, la forma en que se traduce el índice de agrupamiento hace alusión a la paulatina disminución de la escala con que se produce la segregación residencial.

En conjunto, los patrones creados a partir de los distintos índices de segregación dejan concluir que en Colima-Villa de Álvarez, Tecomán-Armería y Manzanillo-El Colomo<sup>34</sup> la descentralización de las élites es una dinámica que está sucediendo, y es que este grupo ahora es capaz de coexistir físicamente con estratos de bajo estatus social, aunque apoyado en tipologías edificatorias que reúnen ciertas características de protección ante la ciudad abierta. En congruencia con lo expuesto por Sabatini et al. (2001), es un hecho que el acercamiento espacial de grupos se ha venido reforzando y que las periferias son cada vez más relevantes para los grupos de élite, modificando los contextos socioespaciales y reduciendo la escala

---

<sup>34</sup> Este proceso de descentralización es más evidente en la conurbación de Colima-Villa de Álvarez, apenas se comienza a apreciar en Tecomán-Armería y en Manzanillo-El Colomo forma parte de su patrón tradicional de segregación residencial.

con la que se produce y debe ser analizada la segregación residencial socioeconómica en estas tres ciudades conurbadas.

Mendoza Lozano & Treviño Aldape (2019) hacen alusión a la morfología de bordes, y explican que se trata de la forma en que se unen dos o más subunidades espaciales a través de sus bordes. Sin embargo, las ciudades ya no pueden ser percibidas con esa escala, sino que también es necesario comprender cómo interactúan los espacios internos de una misma subunidad espacial, y es que este es el nivel de desagregación que ha alcanzado la segregación residencial en el siglo XXI. Los límites tangibles e intangibles ahora existen al interior de las colonias, diferencian a su población, la dividen y la segregan. La polarización a gran escala ha sido relegada de las ciudades, siendo necesario concebir a pequeña escala esta forma contemporánea tan compleja de hacer ciudad, tal como lo plantea Villamizar-Duarte (2014).

Así pues, en Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, se recreó el modelo segregativo tradicional latinoamericano de centro-periferia, en el cual la población acomodada reside en los centros urbanos, o cerca de los mismos, y la población desfavorecida se ubica en las periferias. Mientras que, en Manzanillo-El Colomo, se creó un patrón de segregación más específico, relacionado con su condición morfológica y acercado a la idea de costa-periferia, teniendo que las áreas costeras pertenecen al sector de élite en tanto las zonas más internas de la ciudad, al igual que las periferias, contienen una alta densidad de población de bajos recursos. Además, en las tres conurbaciones, las ciudades principales que lideran las actividades económicas fueron las más segregadas. Esto encuentra su lógica con el interés de los individuos por residir en las áreas urbanas que representan las mejores oportunidades de acceso a servicios, equipamientos, infraestructura y empleo.

De esta forma, surge la ciudad multipolarizada, que es como se la ha reconocido a lo largo de este proyecto de investigación al modelo de ciudad en el que las áreas que habitan las élites se encuentran dispersas, haciendo imposible polarizarla a gran escala en zona de riqueza y pobreza. Y es que este es el contexto de segregación residencial que exhiben las ciudades conurbadas del estado de Colima. Ahora, analizar las ciudades en su conjunto se ha vuelto una labor compleja, y no sólo hablando de las grandes metrópolis, sino que al interior de los sitios de estudio también fue posible observar múltiples áreas de superficie reducida en las cuales sí es posible hablar de polarización.



Si bien, autores como Borsdorf (2003), Gorelik (2003), García Palomares & Gutiérrez Puebla (2007), Kaminker (2015), Pérez-Tamayo et al. (2017), entre otros, reconocen como ciudades fragmentadas a estos sitios urbanos en los que la segregación ha venido adoptando la tendencia de reducción en su escala, se defiende la idea de que al observar esos fragmentos como un todo sí es correcto emplear el término de ciudad multipolarizada, haciendo referencia a un modelo de ciudad que se organiza socioespacialmente de forma polarizada en múltiples puntos. Y es en las conurbaciones donde aún es posible apreciar a gran escala cómo se producen los procesos segregativos, y cómo éstos han comenzado a interactuar con las lógicas sociales, urbanas, económicas y políticas del mundo moderno para iniciar la reducción de su escala.

El papel del aparato estatal en la consolidación de estos patrones segregativos también ha sido determinante, pues es el encargado de autorizar la apertura de nuevos asentamientos urbanos y, en general, de organizar el territorio. Y es en dicha actividad en la cual su actuación no ha sido del todo favorable, ya que los contextos segregativos que muestran las ciudades en cuestión hacen pensar que no se verifica la viabilidad de esos nuevos proyectos y su aporte en la conformación de una ciudad multipolarizada.

Quizá, esa multipolarización está relacionada con el modelo de planificación que el estado utiliza, ya que de acuerdo con Garín Contreras et al. (2009) la separación de actividades, aunado a los procesos de renovación urbana, detonan la separación espacial de las áreas que ocupan los estratos altos y bajos. Por otra parte, los agentes inmobiliarios desempeñan una labor fundamental en la consolidación de los patrones segregativos en las conurbaciones pues, como lo explican Sabatini (2006) y Cortés (2008), éstos toman ventaja de los bajos costos del suelo periférico para ofrecer nuevas alternativas habitacionales a sectores específicos de la población, los cuales abonan a la reproducción de la segregación socioespacial.

A final de cuentas, es el estado quien decide si se apertura un fraccionamiento, o no, de acuerdo con sus planes de desarrollo urbano, de tal suerte que los cambios sociales y urbanos que puede traer consigo un proyecto habitacional<sup>35</sup> continúan siendo su

---

<sup>35</sup> En muchas ocasiones, estos proyectos se desarrollan en formato cerrado cuando están enfocados en las élites, o en suelo periférico mal dotado si están dirigidos a la población desfavorecida.

responsabilidad. Asimismo, se implementan estrategias diseñadas para la disminución de los efectos más negativos del fenómeno trasladando el conocimiento que se tiene de las grandes ciudades directamente a estos sitios de menor tamaño. Si bien hay cierta congruencia con los patrones segregativos de las zonas metropolitanas, no es correcto emplear dichas estrategias sin haber un procesamiento previo de la información para analizar si su aplicación es pertinente en contextos de diferente magnitud y naturaleza, en los que interactúan estructuras urbanas y sociales con características propias.

Hay autores como Tun Chim (2015), quienes señalan que el tema de la segregación residencial es complejo de abordar en términos globales, abogando por el acotamiento en el número de elementos a considerar cuando se estudia. Mientras que otros como Schteingart (2001) y Martori et al. (2006), plantean que los estudios sociales y urbanos recientes se han enfocado demasiado en el análisis de casos concretos, lo cual es positivo al permitir explicar algunos procesos socioespaciales, pero a su vez negativo al causar la pérdida de la visión global de los efectos del fenómeno en la estructura urbana y social de las ciudades. Las dos formas de apreciación sobre cómo estudiar la segregación son correctas, mas hacen referencia a grandes ciudades, donde observar y comprender el fenómeno sea a gran o pequeña escala, o ambas a la vez, resulta más complicado.

Esta ambivalencia en la manera de analizar la segregación, lleva a repensar si en realidad es correcto continuar enfocando la atención en las grandes ciudades, pues hay otras alternativas probablemente más viables para entender los efectos de la segregación en las ciudades contemporáneas. El debate que hay entre autores sobre la conveniencia de estudiar la segregación a gran o pequeña escala queda resuelto al modificar la magnitud del sitio de estudio, es decir, al reducir el tamaño de las ciudades que se analizan. Lo complicado es desarraigarse de la obsesión por trabajar con zonas metropolitanas y comenzar a incorporar ciudades menores, como las conurbaciones.

Estas zonas urbanas de menor magnitud desarrollan dinámicas sociales y urbanas tan complejas como las zonas metropolitanas y son tan importantes como éstas, pues de las primeras depende el correcto funcionamiento de las segundas. Sin embargo, al ser menor la cantidad de datos brindan la posibilidad de analizar la segregación residencial a gran y pequeña escala a la vez, mostrando un panorama más claro de su situación socioespacial y

haciendo susceptible trasladar el conocimiento generado a otras ciudades mayores como apoyo en la comprensión de sus dinámicas socioterritoriales. De esta manera, se convierten en sitios ideales para analizar el fenómeno dentro del contexto social y urbano tan cosmopolita del siglo en curso, teniendo que es posible analizar la segregación de casos específicos sin perder de vista su impacto a escala global. Lo anterior quedó demostrado en las conurbaciones del estado de Colima.

Con base en el análisis cuantitativo de la información estadística, se determinó que la ciudad conurbada con el nivel más alto de segregación fue Manzanillo-El Colomo, ya que en las dimensiones de uniformidad, concentración y centralidad los resultados demostraron situaciones de alta segregación, teniendo valores por encima del 30.00% (57.00%, 42.00% y 84.00% respectivamente), muy cercanos al 60.00%. Para la dimensión de exposición el índice señaló que hay buenas probabilidades de que un miembro de la minoría comparta el mismo espacio residencial con un miembro de la mayoría, alcanzando un valor de 0.84; y en cuanto a la proximidad espacial, el índice tuvo un valor de 0.99, indicando que las subunidades espaciales ocupadas por minorías y mayorías se agrupan de forma similar.

Los índices elevados funcionan como indicador de que el giro portuario-turístico, aunado a la orografía y la morfología lineal de la ciudad desarrollada a lo largo de la costa, tiene incidencia sobre los procesos segregativos, volviéndolos más agresivos. Esta afirmación es sustentada por autores como Castillo Pavón (2011), Díaz-Núñez & Acosta-Rendón (2011) y Pérez-Campuzano (2016), quienes han enfocado su atención en ciudades costeras, encontrando que su propia naturaleza las hace susceptibles a marcados contrastes socioeconómicos, los cuales se expresan fuertemente en el espacio abonando a la reproducción y el reforzamiento de la segregación residencial.

Para las conurbaciones de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería el panorama segregativo observado a través de los índices guardó algunas similitudes, iniciando por ser menos preocupante que en Manzanillo-El Colomo. Demostraron ser ciudades en las que la organización de los grupos de población no es uniforme y la población de élite está altamente concentrada, teniendo índices de disimilitud y concentración que también rebasaron el 30.00% pero que se mantienen más distantes del 60.00%. Asimismo, la agrupación de las

subunidades espaciales características de minorías y mayorías fue similar, con un valor de 0.99 para ambas ciudades.

Donde se observó la mayor diferencia fue en los índices de exposición y centralidad. En el primero, se tuvo que en Tecomán-Armería la posibilidad de encuentro entre grupos diferenciados es muy alta, mostrando un índice de 0.96, en tanto el índice es de 0.82 en Colima-Villa de Álvarez. Y el segundo indicó que, en Tecomán-Armería, el centro urbano tiene un alto grado de significación para la élite, con un grado de centralidad de 1.31, mientras que en Colima-Villa de Álvarez la zona central no es tan relevante para ese grupo, teniendo una centralidad de 0.34.

En general, se puede deducir de los índices que el patrón de segregación reúne las siguientes características en las tres conurbaciones: la población se encuentra inequitativamente distribuida; hay una alta densidad de minorías y mayorías en zonas específicas de su territorio, siendo determinante el valor del suelo para su forma de organización espacial; la probabilidad de contacto intergrupal es elevada como consecuencia de lo reducido que resulta ser el grupo de élite; el grado de significación que tiene el centro urbano para las minorías está relacionado con las características morfológicas y productivas de la ciudad, así como por el nivel de vida que brinda a los habitantes; y las colonias en las que residen los grupos de altos y bajos recursos tienen una agrupación similar, apuntando a la disminución del distanciamiento físico entre ellos.

Lo anterior, resalta la importancia de analizar las dimensiones objetivas de la segregación propuestas por Rodríguez & Arriagada (2004) y Sabatini (1999), ya que a través del estudio de las condiciones de uniformidad y concentración de la sociedad, fue posible determinar los niveles y patrones socioespaciales del fenómeno en las tres zonas conurbadas. De esta manera, se puede señalar que en los modelos de ciudad analizados la segregación está condicionada por la localización de los grupos, principalmente de la élite. Es decir, esta forma de segregación, la cual reconoce y explica Rodríguez Vignoli (2001), es producto de la concentración de los grupos afluentes en áreas específicas de las conurbaciones y de aquellos de escasos recursos en las periferias.

Si bien, el análisis del valor de los índices deja tener una somera idea de cómo se está comportando el fenómeno, está claro que no basta para comprender ampliamente los patrones de segregación de las ciudades, por lo que es obligado trasladar la información cuantitativa o matemática a esquemas gráficos que permitan corroborar que existe congruencia. La generación de estos modelos gráficos se volvió primordial para realizar la comparativa de los patrones de segregación residencial de las tres ciudades, verificando que se están desarrollando tendencias similares pero que también existen discrepancias entre sí, y lo mismo sucede al compararlos con otros modelos mayores de ciudad.

Por otra parte, el panorama de segregación expuesto anteriormente surgió del rendimiento de dos variables: el nivel de educación y el nivel de ingreso. No se hizo una evaluación y se determinó si una variable es más viable que otra, sino más bien se correlacionaron ambas premisas para construir conclusiones más precisas sobre cómo se manifiesta la segregación residencial en los sitios conurbados del estado de Colima, y cuáles son los patrones que se están consolidando. En otras palabras, no se buscó realizar una confrontación entre los resultados obtenidos a través de dos formas de segmentar a la sociedad, sino que se reforzó la comprensión de este fenómeno socioespacial con apoyo del método multivariable, logrando mayor claridad sobre su impacto en las urbes menores.

De esta perspectiva multivariable de análisis se desprendió un hallazgo relacionado con la realidad socioespacial que deja ver cada variable en las conurbaciones. Por un lado, el nivel educativo mostró niveles menos agresivos de segregación residencial y expuso una mayor homologación de los grupos y su distribución en la ciudad. Por otro, el nivel de ingreso construyó escenarios de segregación más alarmantes en los que hubo áreas muy delimitadas y correspondientes a los distintos grupos sociales, haciendo alusión a la fragmentación socioespacial que caracteriza a las ciudades modernas.

Lo anterior, da cuenta de que el ingreso y el nivel educativo, en tanto determinantes de la condición económica, dividen social y espacialmente a la población de las zonas conurbadas analizadas. De esta manera, son correctos los planteamientos de Rubalcava et al. (2012) sobre la viabilidad de medir la segregación residencial a través de la implementación de variables cuantitativas, las cuales permiten determinar de forma escalar el nivel socioeconómico de la población latinoamericana y estudiar objetivamente el fenómeno. Sin

embargo, también hay congruencia con lo que menciona Jargowsky (1996), dificultándose realizar comparaciones cuando se utilizan este tipo de variables, ya que los criterios de segmentación poblacional, así como la disponibilidad de la información censal, no se conservan.

Aunque el primer panorama (los resultados rondan el 30.00% sugiriendo un contexto de alta segregación) resultó más favorable que el segundo (los resultados se acercan al 60.00% sugiriendo un contexto de fuerte segregación), ambos representaron situaciones en las que la segregación es considerada elevada. Haciendo énfasis en los niveles y patrones de segregación resultantes de aplicar la variable ingreso, éstos tienen una relación más estrecha con contextos socioespaciales en los cuales no es complejo encontrar situaciones de estigmatización como las que explican Sabatini (2006) y Wacquant (2001), siendo fácilmente identificables las zonas segregadas en las que es forzada a habitar la población de escasos recursos.

Explicados los contextos segregativos resultantes de segmentar a la población de acuerdo a su nivel de ingreso e instrucción, así como el rendimiento de ambas variables, se hace necesario reflexionar sobre la relación que existe entre la vocación productiva y la morfología urbana de las tres ciudades conurbadas y los patrones de segregación residencial socioeconómica obtenidos. Conocer esta relación es fundamental en la comprensión de la segregación residencial, puesto que las características morfológicas y económicas propias de una ciudad juegan un papel importante en su dinámica de organización socioespacial, y en el grado que alcanza el fenómeno.

En este sentido, la morfología urbana y la vocación productiva demostraron tener incidencia directa sobre los patrones de segregación residencial de las ciudades conurbadas estudiadas, independientemente de la dimensión de análisis. Y, aunque en conjunto estructuran los esquemas de organización espacial de la sociedad, Higuera (2015) afirma que estos elementos pocas veces son incorporados cuando se analizan los procesos segregativos y su afectación para la forma urbana de la ciudad, situación que se corroboró en el estado del arte. De esta forma, la reflexión sobre la morfología urbana y la vocación productiva y su relación con la segregación residencial en las conurbaciones es otro de los aportes de la investigación.

Respecto a la morfología urbana, ésta se encuentra estrechamente relacionada con las estructuras social y urbana de las ciudades conurbadas. Esta relación morfología-segregación se ha visto afectada en gran medida por las fuerzas del mercado residencial, detonando alteraciones en la composición social del espacio como resultado de la creación de asentamientos dirigidos a mercados específicos. En su trabajo, Sabatini et al. (2017) exponen que estos desarrollos se han encargado de impulsar nuevas dinámicas de segregación, e incluso gentrificación, en Santiago de Chile. Esta situación fue evidente en los casos de estudio, y es el reflejo de la incapacidad del estado para controlar el poder que tienen los agentes inmobiliarios para multipolarizar el espacio urbano.

En las zonas conurbadas del estado de Colima se encontró que la relación de afectación que guardan la morfología urbana y la segregación residencial es recíproca. Es decir, la morfología del territorio urbano tiene influencia en la forma como se desarrollan los patrones segregativos, delimitando las zonas más propensas para que la segregación se produzca, ya sea por situaciones de índole natural (como la topografía del suelo o la orografía) o de índole artificial (como la modificación de los usos de suelo). Y, a su vez, la segregación residencial afecta directamente a la configuración de la estructura urbana, fragmentándola de manera creciente a medida que las desigualdades sociales y la polarización a escala reducida aumentan. Es así que la morfología urbana y la segregación residencial demostraron estar correlacionadas, siendo determinante una de la otra.

Sin embargo, con la vocación productiva no sucedió lo mismo, ya que la relación que se mantuvo con la segregación no fue bilateral. Si bien las actividades económicas del sitio condicionan la manera en que se segregan los grupos mayoritarios y minoritarios, la forma de organización socioespacial de esos grupos no modifica la vocación económica principal de la ciudad. Quizá, puede haber otro tipo de actividades productivas de menor impacto que sean capaces de alterar los procesos segregativos de determinada área, pero nunca del conjunto. Y, probablemente, las modificaciones en los procesos segregativos pueden llegar a afectar una vocación económica secundaria, pero nunca la principal.

La ciudad conurbada en la que el grado de determinismo de los atributos morfológicos y productivos fue mayor en los patrones de segregación residencial identificados, es Manzanillo-El Colomo. En este caso, su condición costera, aunado a su orografía

accidentada, morfología urbana lineal y vocación portuario-turística, detonaron los niveles más altos de segregación, así como los patrones socioespaciales más fragmentados. En cambio, Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, ambas ciudades que discrepan en sus actividades económicas, pero que comparten una orografía menos accidentada que les ha permitido adoptar una morfología urbana radial, mostraron niveles y patrones de segregación menos preocupantes. Se puede afirmar entonces, que la morfología urbana y la vocación productiva son elementos directrices de los patrones de expresión de la segregación en las ciudades conurbadas del estado de Colima.

En congruencia con lo anterior, es fundamental enfatizar la importancia del estudio de la segregación en las ciudades conurbadas, ya que los patrones socioespaciales que exponen se corresponden con los contextos segregativos de otras ciudades intermedias, nacionales e internacionales, en los que las estructuras sociales hacen explícita la condición económica de los demás a través de su forma espacial de organización. En el ámbito nacional, Pérez-Tamayo et al. (2017) identificaron que la ciudad de Culiacán, Sinaloa conserva características segregativas de larga tradición en Latinoamérica, concentrando a su población de élite en las zonas centrales y habiendo una alta densidad de población desfavorecida en las periferias, lo cual es semejante a lo que sucede en Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería.

En otros modelos de ciudad, más cercanos a las condiciones costera y turística de Manzanillo-El Colomo, como Puerto Vallarta, Jalisco y Cancún, Quintana Roo, Castillo Pavón (2011) y Díaz-Núñez & Acosta-Rendón (2011) demostraron que los patrones de segregación expresan el amplio distanciamiento social que hay entre minorías y mayorías. En los tres casos, se discrepó de la forma tradicional de organización socioespacial latinoamericana, indicando que la vocación económica de los sitios costeros tiene una incidencia superior en la conformación de patrones de segregación. Asimismo, la forma urbana, junto con la orografía, demostraron ser grandes condicionantes de la dinámica segregativa, pues la costa se posicionó como el punto clave a partir del cual se comienza a degradar socioeconómicamente la población hacia el interior de la ciudad.

Ahora bien, los patrones de segregación residencial de las ciudades conurbadas del estado de Colima no sólo se correspondieron con los de otras urbes mexicanas, sino que hubo



ideas extrapolables a otras ciudades intermedias de Latinoamérica. Por ejemplo, en algunas ciudades argentinas como Olavarría, Pergamino y Tandil, y otras como San Carlos en Uruguay, Hollich Cabrera (2016) y Linares (2013) señalan que se comparte el modelo segregativo de ciudad compacta, en el cual la degradación social sucede desde el centro hacia las periferias y comienza a evidenciarse la descentralización de las élites, construyendo contextos multipolarizados. Todas estas condiciones socioespaciales similares a las que se observaron en las ciudades de Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería.

Otro caso, más acercado a la situación socioespacial de Manzanillo-El Colomo, es el de Bahía Blanca, Argentina, donde Prieto (2012) encontró que la masificación de la población desfavorecida en las periferias y de las élites en la costa son una constante, así como lo es la reducción de la escala de la segregación, desvaneciendo la idea de polarización social a gran escala. Esta serie de elementos confirman que las particularidades morfológicas y de vocación económica pueden dar origen a patrones de segregación diferenciados en ciudades intermedias conurbadas, los cuales no discrepan del todo al ser comparados con ciudades de carácter similar, pero de otras latitudes.

Como menciona Rasse (2016), las particularidades en los patrones de segregación residencial son susceptibles de atribuirse a cuestiones morfológicas. En este sentido, el análisis de las dinámicas segregativas en las conurbaciones del estado de Colima hace posible categorizar a las ciudades en dos grupos, los cuales guardan relación respecto a sus formas de segregarse, aun cuando se trata de sitios de regiones discrepantes. En primer lugar, están las ciudades con vocación administrativa o agrícola, en las que la estructura urbana se ha extendido hacia las periferias de forma más o menos radial. Este tipo de sitios urbanos expresan un patrón segregativo que tiene congruencia con el patrón tradicional de segregación latinoamericano de centro-periferia.

En segundo lugar, están las ciudades con vocación turístico-portuaria, en las que la morfología urbana es fuertemente determinada por la forma que adquiere el borde costero. En estas ciudades, el patrón de segregación difiere en gran medida del tradicional latinoamericano, adoptando uno caracterizado por desarrollarse desde la costa hacia la periferia. Asimismo, la segregación tiene un comportamiento más agresivo, habiendo áreas muy bien delimitadas y ocupadas por los diferentes grupos sociales, y un dominio residencial

de las zonas costeras por parte del sector acomodado. Un aspecto relevante es que, a gran escala, se pueden observar las tres zonas que conforman la ciudad: costa, media e interna.

Los vínculos entre los patrones de segregación residencial de las conurbaciones del estado de Colima y otras ciudades medias del país, y de Latinoamérica, son innegables. Destaca la conservación en algún grado del patrón tradicional de segregación o, en su defecto, la adopción de un patrón de costa-periferia; el desplazamiento y acumulación de los estratos bajos en las periferias; la descentralización de la élite; el acortamiento de la distancia intergrupala y el incremento de la distancia social; y el surgimiento de nuevos patrones segregativos a escala reducida que apuntan hacia la multipolarización urbana. De acuerdo con lo anterior, y en congruencia con lo expuesto por Sabatini et al. (2001), en las ciudades medias también ha comenzado a perder vigencia el patrón tradicional de segregación, consolidándose nuevos esquemas de organización socioespacial más complejos que, como mencionan Cortés (2008) y Duhau (2003), requieren de métodos de análisis enfocados en escalas urbanas menores.

En este punto, se vuelve necesario recordar que la hegemonía de los estudios cuantitativos con foco en ciudades metropolitanas ha persistido desde hace ya varias décadas, de modo que las ciudades conurbadas no han sido analizadas con la importancia que merecen. Sin embargo, gracias a ese énfasis en grandes ciudades autores como Rodríguez Vignoli (2001) y Sabatini (2006) han logrado establecer las características del patrón tradicional de segregación residencial latinoamericano, el cual, de acuerdo con este estudio, ha resultado ser válido no sólo para las grandes ciudades sino también para las conurbaciones, aunque en menor medida para aquellas que guardan una condición costera.

La gran ocupación periférica de los grupos pobres, la imposibilidad de referir que la ciudad se polariza a gran escala, la descentralización de las élites, la reducción de la escala de la segregación, el esquema de segregación centro-periferia que va en decadencia, la conformación de un cono de alta renta y la ahora autosegregación de los menos favorecidos, son dinámicas que fueron posibles de observar en los patrones de segregación de las tres zonas conurbadas de Colima. Asimismo, se tuvieron índices de segregación superiores al 30.00%, similares a los de grandes ciudades como Santiago de Chile. Esto da cuenta de la

estrecha relación que tienen las ciudades conurbadas con el contexto segregativo y los niveles que alcanza el fenómeno en ciudades mayores.

A pesar de esto, hay una cualidad que vuelve relevante el análisis de las conurbaciones, y es que en este modelo de ciudad es posible observar la transición de la segregación de gran a pequeña escala, enmarcando las nuevas tendencias residenciales que se están consolidando y que hacen que pierda sentido la idea de polarización social. Además, por su tamaño, tanto en términos de superficie como de población, permiten ser analizadas con un mayor nivel de profundidad, generando datos concretos y congruentes de las particularidades que articulan sus contextos socioespaciales, los cuales también conservan características que discrepan de lo que está sucediendo en las ciudades mayores, por ejemplo, la significación que aún tiene los centros urbanos para la población de élite o, en el caso de Manzanillo-El Colomo, la configuración de un patrón socioespacial de costa-periferia.

En la actualidad, el tamaño es una característica que ha pasado a segundo plano cuando se trata el tema de la segregación residencial. Ahora, las ciudades no necesitan tener una superficie, una cantidad de población, una morfología urbana o una vocación económica específicas para ser susceptibles a los impactos que este fenómeno trae consigo y que cada vez toman mayor fuerza en la consolidación de contextos multifragmentados complejos que requieren ser analizados por medio de formas innovadoras. Sin embargo, pese a las similitudes que pueda haber en los patrones de segregación de las ciudades, no es correcto trasladar el conocimiento de un sitio a otro sin un análisis previo de sus condiciones sociales, espaciales, de morfología y vocación.

Se trata de trabajar de forma inversa a como se ha venido haciendo, y en lugar de trasladar el conocimiento sobre segregación residencial generado para las grandes ciudades a los sitios urbanos menores, iniciar por analizar las pequeñas ciudades y a partir de ellas intentar comprender la dinámica socioespacial de los sitios urbanos de mayor magnitud. La idea es que al entender el comportamiento de la segregación en ciudades que son el paso previo a la conformación de una zona metropolitana, sus formas básicas y cómo terminan por alcanzar esos altos niveles de complejidad, será más fácil elaborar estrategias de planeación que coadyuven a una ocupación más equitativa del territorio urbano.

Las tendencias de la segregación residencial en las ciudades conurbadas de Colima, así como sus relaciones con los patrones de segregación de ciudades de tamaño similar y de zonas metropolitanas, fueron posibles de analizar gracias al esfuerzo de la investigación por abordar el fenómeno de forma multidimensional. Es así como se puede señalar que en las ciudades conurbadas la segregación comparte algunas de las características que presenta en sitios urbanos mayores, pero también reúne características socioespaciales propias que requieren de un tratamiento distinto por parte del estado para lograr disminuir sus efectos más negativos y potenciar los más positivos.

En este sentido, las ciudades conurbadas representan un desafío en el debate de la segregación residencial, ya que las nuevas formas de apropiación del territorio por parte de sus estructuras sociales refuerzan las desigualdades, así como la reducción en la escala del fenómeno, consolidándose contextos segregativos que no son una copia fidedigna de lo que sucede en las grandes ciudades. Y es que las conurbaciones están incrementando en número en el país, haciendo inviable continuar con el vacío de conocimiento respecto a la segregación residencial en este tipo de sitios urbanos.

Finalmente, en relación a la hipótesis que estructura este trabajo de investigación, se tuvo que, efectivamente, los patrones de segregación residencial socioeconómica de las ciudades conurbadas del estado de Colima reforzaron la idea de multipolarización socioespacial. Esto debido a que los grupos de élite y los menos favorecidos están adoptando nuevos esquemas de organización espacial en los que el acortamiento de la distancia física se ha vuelto una constante, detonando la reducción de la escala con que se produce la segregación. De esta manera, ya no basta con analizar la segregación en el conjunto de la ciudad, sino que el surgimiento de áreas más reducidas, en las que la noción de polarización aún es correcta, obliga a disminuir la escala de análisis.

Además, se corroboró que las áreas en las que la segregación es más aguda y las direcciones sobre las que se extiende sí discrepan en función de las características morfológicas y de vocación productiva de cada ciudad. Si bien, se mantienen cualidades en común respecto a la forma en que se desarrolla la segregación, como la homogeneidad periférica o la descentralización de la élite, también se tienen características segregativas particulares que van a depender de la naturaleza de la propia ciudad. Es así que se pudo

constatar que las ciudades costeras tienen los patrones y niveles de segregación más críticos en comparación con otros modelos de ciudad que revelan una morfología urbana radial y vocación económica de corte administrativo o agrícola.

Asimismo, se comprobó que los niveles de segregación rebasan el 30.00% en todos los casos, y que las periferias se configuran como espacios de fuerte homogeneidad social. Esto permite concluir que se trata de situaciones de alta segregación, más si se considera que en algunos de los índices los resultados estuvieron cerca de alcanzar el 60.00%, haciendo alusión a panoramas segregativos aún más críticos. Además, es un hecho que los patrones de segregación residencial de las ciudades conurbadas analizadas reúnen ciertas cualidades que caracterizan a los patrones segregativos de las grandes zonas metropolitanas actuales y de las ciudades latinoamericanas en general.

Sin embargo, gracias a su tamaño, morfología y vocación continúan conservando particularidades en sus dinámicas segregativas que las convierten en sitios adecuados para comprender con mayor amplitud las nuevas formas de expresión de este complejo fenómeno socioespacial. Y más aún si referimos su capacidad para evidenciar la segregación en un sentido dual. Es decir, a pequeña y gran escala a la vez a través de los “patrones de transición” que posibilitan construir.

Esta investigación se coloca como una base en la producción de conocimiento sobre segregación residencial socioeconómica y su relación con las ciudades menores, en este caso las de carácter conurbado. Se intenta dejar claro que es necesario desarraigarse de la fijación por analizar zonas metropolitanas y comenzar a poner atención en otros modelos de ciudad, en los que las dinámicas sociales y urbanas han adquirido tal complejidad que también enfrentan situaciones de fuerte segregación. Además, conservan características particulares en sus contextos socioespaciales que implican el desarrollo de políticas públicas, en materia de vivienda, discrepantes de las que se plantean para las grandes ciudades, a fin de controlar los niveles de segregación y lograr una ocupación más equitativa del territorio urbano por parte de los grupos sociales.

Una de las principales recomendaciones para quienes elaboran las políticas públicas en materia de vivienda es considerar a las ciudades de menor tamaño como elementos

complejos que desarrollan dinámicas segregativas que discrepan de lo que sucede en las grandes zonas metropolitanas. Y, así, lograr que haya un desarraigo de esa ideología de trasladar de forma franca las estrategias de control del fenómeno a otras ciudades con características socioespaciales particulares que, si bien muestran los rasgos distintivos de la segregación en Latinoamérica, también conservan cualidades que las distinguen.

En el mismo sentido, es necesario continuar incorporando las cualidades multidimensional y multivariable en los próximos estudios que se elaboren sobre segregación residencial. Ya que ha quedado demostrado que al conjugar la información que los diferentes índices de segregación producen, se puede tener una comprensión más amplia del fenómeno en las ciudades conurbadas, pues cada uno funciona como complemento del otro posibilitando la medición de los niveles y la construcción de los patrones de segregación de forma más acercada a lo que sucede en la realidad.

Por otra parte, sería relevante verificar si el grado de segregación y los patrones que se determinaron para la década del 2000, guardan relación o discrepan del panorama socioespacial que se tenía en años anteriores, específicamente en el periodo de 1990. Asimismo, analizar si se ha mantenido o cómo ha venido cambiando la forma de expresión de la segregación residencial de estas zonas conurbadas en décadas posteriores, hablando de 2010 y 2020 con referencia en los Censos de Población y Vivienda elaborados por el INEGI. Siempre procurando mantener una escala de desagregación de colonias urbanas.

De igual forma, cobra importancia verificar si otros de los índices que se han diseñado para cuantificar la segregación tienen mayor poder para reflejar la realidad socioespacial de las ciudades. Es decir, vale la pena indagar en distintas fórmulas y evaluar su pertinencia de acuerdo con las características del sitio de análisis. No se trata de restar valor a aquellos métodos de medición con reconocimiento internacional, sino de categorizarlos y relacionarlos con las distintas configuraciones morfológicas y económicas que pueden tener las ciudades, señalando bajo qué condiciones sería más viable utilizar uno u otro.

De esta manera, como pendiente por realizar está la búsqueda e incorporación de otras variables objetivas para la conformación de los grupos sociales y el cálculo de los índices. Si bien, las utilizadas en esta investigación fueron el resultado de un análisis exhaustivo de las

fuentes de datos, vale la pena volver a revisar y determinar si hubiera otras formas de segmentar a la población que posibilitaran tener distintas perspectivas del comportamiento del fenómeno en las áreas de estudio.

Asimismo, se recomienda elaborar investigaciones de corte longitudinal, como las que han elaborado Monkkonen (2012), Rodríguez Vignoli (2001) y Schteingart (2001), en las cuales se puede observar cómo han evolucionado los procesos segregativos y determinar el momento en el que se pierde la noción de ciudad polarizada y comienza a consolidarse la ciudad fragmentada. Sin embargo, un estudio con estas características abre paso a una nueva necesidad metodológica, entendida como la elaboración de un indicador para la segmentación de grupos sociales que admita un alto grado de comparabilidad entre diferentes temporalidades.

Además, aunque se ha demostrado que la relación entre morfología-segregación es dialéctica, mientras que la relación entre vocación-segregación es unidireccional, se trata de elementos que, observados en conjunto, tienen incidencia en la magnitud que alcanza la segregación residencial en esta serie de ciudades conurbadas. De esta manera, sería favorable continuar trabajando sobre la relación que mantienen la morfología urbana y la vocación productiva de las zonas conurbadas con los procesos segregativos.

Igualmente, habrá que analizar otros tipos de ciudades conurbadas, con morfología urbana y vocación económica discrepantes, para verificar bajo qué condiciones se tienen situaciones segregativas más agudas. Además, queda claro que los sitios costeros son objetos de estudio obligados ante los contextos de alta segregación que exponen, situación que fue corroborada en la conurbación de Manzanillo-El Colomo. Se comparte la idea de autores como Castillo Pavón (2011), Díaz-Núñez & Acosta-Rendón (2011) y Pérez-Campuzano (2016) sobre lo limitada que es la información enfocada en la segregación residencial de las ciudades costeras mexicanas, por lo que en este tipo de zonas también es necesario reforzar la producción de conocimiento.

De esta forma, se hace énfasis en la necesidad latente de seguir incluyendo a las ciudades conurbadas-intermedias en los análisis de segregación residencial, ya que se trata de urbes que se incorporan cada vez con mayor fuerza al mundo globalizado, y en las que los

cambios socioespaciales suceden con rapidez. Además, ya muestran la agudeza segregativa de los sitios urbanos más desarrollados, indicando que es en estas ciudades donde la segregación está teniendo los efectos más agresivos, dividiendo espacialmente a su población para construir un contexto multipolarizado. Por último, es importante la incorporación de la dimensión subjetiva de la segregación para complementar a la parte cuantitativa.



## **SIGLAS Y ACRÓNIMOS**

AGEB: Área Geoestadística Básica

CFE: Comisión Federal de Electricidad

CONAPO: Consejo Nacional de Población

ENADID: Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica

INEGI: Instituto Nacional de Estadística y Geografía

IPCO: Instituto de Planeación para el Municipio de Colima

SEDATU: Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano

SEDESOL: Secretaría de Desarrollo Social

SIG: Sistema de Información Geográfica

SRR: Segregación Residencial Racial

SRS: Segregación Residencial Socioeconómica

SUN: Sistema Urbano Nacional

TCMA: Tasa de Crecimiento Medio Anual

ZMCM: Zona Metropolitana de la Ciudad de México

## INDICE DE IMÁGENES

Imagen 1. Línea cronológica de los principales estudios realizados sobre segregación residencial socioeconómica (divididos por disciplina).....	174
Imagen 2. Nociones de cercanía y separación de la segregación. ....	179
Imagen 3. Intensidad y escala de la segregación residencial.....	230
Imagen 4. Segregación residencial a gran escala. ....	231
Imagen 5. Segregación residencial a pequeña escala. ....	232
Imagen 6. Segregación residencial a pequeña y gran escala. ....	233
Imagen 7. Análisis operativo de los conceptos. ....	276
Imagen 8. Construcción del fenómeno de investigación.....	277
Imagen 9. Categorías, conceptos y variables del fenómeno de investigación.....	278
Imagen 10. Índice de Disimilitud. ....	286
Imagen 11. Índice Delta. ....	286
Imagen 12. Índice de Interacción. ....	287
Imagen 13. Índice de Centralización Relativa.....	288
Imagen 14. Índice de Proximidad Espacial. ....	288
Imagen 15. Proximidad Promedio.....	289
Imagen 16. Zonas conurbadas del estado de Colima. ....	293

## ÍNDICE DE MAPAS

Mapa 1. Distribución territorial de las 401 ciudades que integran el Sistema Urbano Nacional. ...	298
Mapa 2. Ciudades según tamaño de población y ubicación geográfica. ....	299
Mapa 3. División política del estado de Colima y población por municipio. ....	301
Mapa 4. Configuración urbana y zonas de prestigio de la conurbación Colima-Villa de Álvarez. ....	309
Mapa 5. Conurbación Colima-Villa de Álvarez.....	311
Mapa 6. Conurbación Colima-Villa de Álvarez y su orografía.....	313
Mapa 7. Índice de Disimilitud en la conurbación Colima-Villa de Álvarez. ....	314
Mapa 8. Índice Delta del grupo mayoritario en la conurbación Colima-Villa de Álvarez.....	316
Mapa 9. Índice Delta del grupo minoritario en la conurbación Colima-Villa de Álvarez. ....	317
Mapa 10. Configuración urbana y zonas de prestigio de la conurbación Tecomán-Armería. ....	319
Mapa 11. Conurbación Tecomán-Armería.....	321
Mapa 12. Conurbación Tecomán-Armería y su orografía. ....	322
Mapa 13. Conurbación Manzanillo-El Colomo y sus vialidades principales. ....	324
Mapa 14. Configuración urbana y zonas de prestigio de la conurbación Manzanillo-El Colomo. .	325
Mapa 15. Conurbación Manzanillo-El Colomo y su orografía. ....	328
Mapa 16. Distribución del grupo mayoritario por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez. ....	449
Mapa 17. Distribución del grupo minoritario por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez.....	450
Mapa 18. Distribución del grupo mayoritario por ingreso. Colima-Villa de Álvarez.....	451
Mapa 19. Distribución del grupo minoritario por ingreso. Colima-Villa de Álvarez. ....	452
Mapa 20. Índice de Disimilitud por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez.....	456
Mapa 21. Índice de Disimilitud por ingreso. Colima-Villa de Álvarez. ....	457
Mapa 22. Índice Delta por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez. ....	459
Mapa 23. Índice Delta por ingreso. Colima-Villa de Álvarez.....	461
Mapa 24. Índice de Interacción por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez. ....	462
Mapa 25. Índice de Interacción por ingreso. Colima-Villa de Álvarez.....	464
Mapa 26. Distribución del grupo mayoritario por nivel educativo. Tecomán-Armería. ....	469
Mapa 27. Distribución del grupo minoritario por nivel educativo. Tecomán-Armería. ....	470
Mapa 28. Distribución del grupo mayoritario por ingreso. Tecomán-Armería.....	471
Mapa 29. Distribución del grupo minoritario por ingreso. Tecomán-Armería. ....	472
Mapa 30. Índice de Disimilitud por nivel educativo. Tecomán-Armería.....	478
Mapa 31. Índice de Disimilitud por ingreso. Tecomán-Armería. ....	480
Mapa 32. Índice Delta por nivel educativo. Tecomán-Armería. ....	482

Mapa 33. Índice Delta por ingreso. Tecomán-Armería.....	484
Mapa 34. Índice de Interacción por nivel educativo. Tecomán-Armería.....	485
Mapa 35. Índice de Interacción por ingreso. Tecomán-Armería.....	487
Mapa 36. Distribución del grupo mayoritario por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo. ....	493
Mapa 37. Distribución del grupo minoritario por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo. ....	494
Mapa 38. Distribución del grupo mayoritario por ingreso. Manzanillo-El Colomo. ....	495
Mapa 39. Distribución del grupo minoritario por ingreso. Manzanillo-El Colomo.....	497
Mapa 40. Índice de Disimilitud por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo. ....	502
Mapa 41. Índice de Disimilitud por ingreso. Manzanillo-El Colomo. ....	503
Mapa 42. Índice Delta por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo. ....	504
Mapa 43. Índice Delta por ingreso. Manzanillo-El Colomo. ....	506
Mapa 44. Índice de Interacción por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo. ....	507
Mapa 45. Índice de Interacción por ingreso. Manzanillo-El Colomo. ....	509

## ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Segregación residencial socioeconómica en el mundo, principales aportes y vacíos de información. ....	156
Tabla 2. Segregación residencial socioeconómica en el mundo, principales aportes y vacíos de información (por disciplina).....	169
Tabla 3. Variables dependientes e independientes.....	280
Tabla 4. Descripción de indicadores para la variable nivel de instrucción, periodo censal 2000. ..	282
Tabla 5. Descripción de indicadores para la variable nivel de ingresos, periodo censal 2000.....	283
Tabla 6. Número de ciudades y población por tipo de ciudad. ....	297
Tabla 7. Población de los municipios del estado de Colima. Periodo 2000-2010. ....	302
Tabla 8. Población urbana vs población rural en México, 1950-2018.....	304
Tabla 9. Población urbana vs población rural en el estado de Colima, 1950-2018.....	305
Tabla 10. Población de la conurbación Colima-Villa de Álvarez. Periodo 2000-2010. ....	310
Tabla 11. Población de la conurbación Tecomán-Armería. Periodo 2000-2010. ....	320
Tabla 12. Población de la conurbación Colima-Villa de Álvarez. Periodo 2000-2010. ....	326
Tabla 22. Índices de segregación de las tres ciudades conurbadas del estado de Colima. ....	357
Tabla 13. Características educativas de los grupos de población en el 2000. ....	446
Tabla 14. Características de ingreso de los grupos de población en el 2000. ....	447
Tabla 15. Índices de segregación, conurbación Colima-Villa de Álvarez. ....	454
Tabla 16. Características educativas de los grupos de población en el 2000. ....	466
Tabla 17. Características de ingreso de los grupos de población en el 2000. ....	467
Tabla 18. Índices de segregación, conurbación Tecomán-Armería. ....	476
Tabla 19. Características educativas de los grupos de población en el 2000. ....	489
Tabla 20. Características de ingreso de los grupos de población en el 2000. ....	490
Tabla 21. Índices de segregación, conurbación Manzanillo-El Colomo.....	500

## BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón Barrera, D. A. (2015). *La conurbación como escenario de ordenamiento en la región metropolitana de Santiago de Cali* [Universidad Nacional de Colombia]. <http://www.bdigital.unal.edu.co/53046/>
- Alegría, T. (1994). Segregación socioespacial urbana. El ejemplo de Tijuana. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 9(26), 411–428.
- Aliaga Linares, L., & Álvarez Rivadulla, M. J. (2010). Segregación residencial en Bogotá a través del tiempo y diferentes escalas. *Lincoln Institute Fo Land Policy*.
- Álvarez, G. H. (2009). *Segregación urbana y otros ritmos de la ciudad en el partido de San Martín, provincia de Buenos Aires*. Universidad Nacional de General San Martín.
- Alves, F., Franco, C., & de Queiroz Ribeiro, L. C. (2008). Segregación urbana y rezago escolar en Río de Janeiro. *Revista de La CEPAL*, 94, 133–148. <https://doi.org/10.18356/115b84af-es>
- Ariza, M., & Solís, P. (2009). Dinámica socioeconómica y segregación espacial en tres áreas metropolitanas de México, 1990 y 2000. *Estudios Sociológicos*, 27(79), 171–209. <https://doi.org/10.2307/25614137>
- Armijo Z., G. (2000). La urbanización del campo metropolitano de Santiago: crisis y desaparición del hábitat rural. *Revista de Urbanismo*, 3, 1–21.
- Arriagada Luco, C. (2006). Segregación residencial según dos modelos de urbanización y bienestar: estudio comparado de las áreas metropolitanas del Gran Santiago, Toronto y Vancouver. *CEPAL*, 201–226. <https://doi.org/10.1002/jps.3030440121>
- Arriagada Luco, C. (2012). *Megaciudades globales emergentes: formación de nuevas clases sociales y su relación con nuevas formas de segregación* [Facultad Latinamericana de Ciencias Sociales]. <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/140013>
- Arriagada Luco, C., & Morales Lazo, N. (2006). Ciudad y seguridad ciudadana en Chile: revisión del rol de la segregación sobre la exposición al delito en grandes urbes. *EURE*

(Santiago), 32(97), 37–48. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612006000300003>

Ascher, F. (2007). Los nuevos principios del urbanismo. In *Editorial Alianza, Madrid*.  
<http://scholar.google.com/scholar?hl=en&btnG=Search&q=intitle:Los+nuevos+principios+del+urbanismo#1>

Aymonino, C. (1981). *El significado de las ciudades*. Hermann Blume Ediciones.

Azpúrua Gruber, F. J. (2005). La Escuela de Chicago . Sus aportes para la investigación en ciencias sociales \*. *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación*, 6(2), 25–35.

Barbosa, E. (2001). Urban spatial segregation and social differentiation: foundation for a typological analysis. *Lincoln Institute of Land Policy*.

Barry, B. (1998). Social Exclusion , social isolation and the distribution of income. *Centre for Analysis of Social Exclusion*.

Bell, W. (1954). A probability model for the measurement of ecological segregation. *Social Forces*, 32(4), 357–364. <https://doi.org/10.2307/2574118>

Biblioteca virtual Luis Ángel Arango. (2017). *Biblioteca virtual Luis Ángel Arango*.  
<http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual>

Borja, J., & Castells, M. (2000). La ciudad multicultural. In *Laberintos urbanos en América Latina* (pp. 35–56).

Borsdorf, A. (2003). Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana. *Revista Eure*, XXIX(86), 37–49.

Bourdieu, P. (2002). Efectos de lugar. In P. Bourdeau (Ed.), *La miseria del mundo*.

Brun, J. (1994). *Essai critique sur la notion de ségrégation et sur son usage en géographie urbaine*. Dans: *La ségrégation dans la ville, dirigé par Jacques Brun et Catherine Rhein*. Paris. l'Harmattan.

Carmona Londoño, L. S., & Álvarez Muñoz, D. C. (2011). La región como expresión geográfica de las metrópolis colombianas. *Bitacora Urbano Territorial*, 19(2), 99–110.

- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana* (Siglo veintiuno (ed.); 15th ed.).
- Castillo Pavón, O. (2011). Segregación socioespacial en Cancún: 1990 - 2010 tres ciudades en una misma. *Provincia*, 26, 11–31.
- Chaves Palacios, J. (2004). Desarrollo tecnológico en la primera revolución industrial. *Norba. Revista de Historia*, 17, 213–375.
- Checa-Olmos, J. C., Arjona-Garrido, Á., & Checa-Olmos, F. (2011). Segregación residencial de la población extranjera en Andalucía, España. *Papeles de Poblacion*, 17(70), 219–246.
- Chiarella Quinhoes, R. (2005). ¿Conurbación o ciudad internacional? Gestión urbana e impactos en el territorio Iñapari, Assis Brasil, Bolpebra. *Espacio y Desarrollo*, 17, 70–88.
- Clichevsky, N. (2000). Informalidad y segregación urbana en América Latina. Una aproximación. *Comisión Económica Para América Latina y El Caribe*, 1–61.
- Colavidas, F. (2008). Teoría y planificación urbanísticas. In GPS (Ed.), *La vivienda social en Europa* (pp. 139–146).
- CONAPO. (2010). *Proyecciones de la población de México 2010-2050*. Consejo Nacional de Población. México.
- Congreso del Estado de Colima. (2017). *Ley de asentamientos humanos del estado de Colima*.
- Congreso General de los Estados Unidos Mexicanos. (2016). *Ley general de asentamientos humanos, ordenamiento territorial y desarrollo urbano*.
- Cortés, S. (2008). “Vergüenza de vivir donde vivo”: ideas para una re-conceptualización de la segregación residencial socioeconómica. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 3(3), 419–445.
- Cujabanty Villada, J. P. (2016). *El paisaje como herramienta transversal para la planificación ambiental en la conurbación Pereira-Dosquebradas*. Universidad



Tecnológica de Pereira.

- De Mattos, C., & Iracheta, A. (2008). Globalización y territorio. *Centro-H*, 2, 99–110.
- De Queiroz Ribeiro, L. C., Correa Do Lago, L., De Azevedo, S., & Dos Santos Junior, O. A. (2015). *Metrópoles: entre a coesão e a fragmentação, a cooperação e o conflito* (Fundação Perseu Abramo (ed.); 2nd ed.).
- De Queiroz Ribeiro, L. C., & Dos Santos Junior, O. A. (2003). Democracia e segregação urbana: reflexões sobre a relação entre cidade e cidadania na sociedade brasileira. *Eure*, XXIX(88), 79–95.
- De Queiroz Ribeiro, L. C., & Kaztman, R. (2010). A cidade contra a escola? Segregação urbana e desigualdades educacionais em grandes cidades da América Latina. *EURE*, 36(108), 161–164.
- Diario Oficial de la Federación. (2014). *Programa Nacional de Vivienda 2014-2018*.
- Díaz-Núñez, V. L., & Acosta-Rendón, J. J. (2011). Segregación residencial y división social del espacio, elementos para el análisis de la estructura urbana de Puerto Vallarta, México. *Revista Nodo*, 6(11), 117–133.
- Duhau, E. (2003). La división social del espacio metropolitano y movilidad residencial. *Papeles de Población*, 9(36), 161–210.
- Duncan, O. D., Cuzzort, R. P., & Duncan, B. (1961). Statistical geography: problems in analyzing areal data. *Social Forces*, 40(3), 281.
- Duncan, O. D., & Duncan, B. (1955). A methodological analysis of segregation indexes. *American Sociological Review*, 20(2), 210–217.
- Dureau, F., Lulle, T., Souchaud, S., & Contreras, Y. (2015). *Movilidades y cambio urbano: Bogotá, Santiago y Sao Paulo* (Primera ed.).
- Ejea Mendoza, G. (2016). *Morfología urbana y mercado inmobiliario en la ciudad de México 1950-2010. Una expansión por ejes*.

- Erbe, B. (1975). Race and socioeconomic segregation. *American Sociological Review*, 40(6), 801–812.
- Fischer, K., Jäger, J., & Parnreiter, C. (2003). Transformación económica, políticas y producción de la segregación social en Chile y México. *Scripta Nova*, VII(146).
- Flores, C. (2006). Consequências da segregação residencial: teoria e métodos. *Novas Metrópoles Paulistas: População, Vulnerabilidade e Segregação*, 197–230.
- Franceschi, A. (1929). Nota sobre el concepto de realidad. *Humanidades*, 19, 155–164.
- Galván, G. (2017). *Vivienda vertical: desafío social y urbano en una ciudad media. Caso zona conurbada Colima-Villa de Álvarez*. Universidad de Colima.
- García Canclini, N. (2005). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad* (Gedisa (ed.)).
- García Palomares, J. C., & Gutiérrez Puebla, J. (2007). La ciudad dispersa: cambios recientes en los espacios residenciales de la Comunidad de Madrid. *Anales de Geografía*, 27(1), 45–67.
- Garín Contreras, A., Salvo Garrido, S., & Bravo Araneda, G. (2009). Tendencias en la segregación residencial en Chile. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, XV(3), 407–418.
- Garrido Cumbreira, M., Rodríguez Mateos, J. C., & López Lara, E. (2016). El papel de las ciudades medias de interior en el desarrollo regional. El caso de Andalucía. *Boletín de La Asociación de Geógrafos Españoles*, 71, 375–395. <https://doi.org/10.21138/bage.2287>
- Geddes, P. (1960). *Ciudades en evolución* (Ediciones Infinito (ed.)).
- Gómez Maturano, R., & Alvarado Rosas, C. (2016). La dinámica espacial de la segregación residencial: concentración y homogeneidad en la zona metropolitana del Valle de México. *Cardinalis*, 7, 179–197.
- Goossens, M. (2013). La lenta materialización de la ciudad moderna. *DEARQ: Revista de Arquitectura de La Universidad de Los Andes*, 12, 1–6.

[http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=fua&AN=94811891&lang=es  
&site=eds-live](http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=fua&AN=94811891&lang=es&site=eds-live)

Gorelik, A. (2003). Ciudad, modernidad, modernización. *Universitas Humanística*, 56, 11–17.

Grafmeyer, Y. (1994). Sociologie urbaine. *Collection Nathan Université*, 128.

Groisman, F. (2010). La persistencia de la segregación residencial socioeconómica en Argentina. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 25(74), 429–460.

Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social* (Siglo veintiuno (ed.)).

Harvey, D. (1990). *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Blackwell Publishers.

Hernández Licona, J. M. (2008). *Marco jurídico mexicano de las zonas conurbadas* (Serie Verde (ed.)). <https://doi.org/10.4172/2168-9873.C1.006>

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, M. del P. (2010). *Metodología de la investigación* (5th ed.). Mc Graw Hill.

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, P. (2006). *Metodología de la investigación*. Mc Graw Hill.

Higuera, D. (2015). Morfología, marginalidad y gentrificación urbana. Una ciudad con calidad de vida para todos. *Revista Digital de Diseño*, 10(18), 6–19.

Hollich Cabrera, G. (2016). *Segregación residencial en ciudades intermedias del Uruguay*.

Holston, J. (2008). La ciudad modernista y la muerte de la calle. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 7, 257–292.

Hoover, E. (1941). Interstate redistribution of population, 1850-1940. *The Journal of Economic History*, 1(2), 199–205.

INEGI. (1950). *VII Censo General de Población 1950*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.

- INEGI. (1960). *VIII Censo General de Población 1960*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI. (1970). *IX Censo General de Población 1970*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI. (1980). *X Censo General de Población y Vivienda 1980*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI. (1990). *XI Censo General de Población y Vivienda 1990*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI. (2000). *XII Censo General de Población y Vivienda 2000*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI. (2010). *XIII Censo de Población y Vivienda 2010*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI. (2014). *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) 2014*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI. (2015). *Encuesta Intercensal 2015*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI. (2018). *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) 2018*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México.
- INEGI, CONAPO, & SEDESOL. (2005). *Delimitación de las zonas metropolitanas de México*.
- INEGI, CONAPO, & SEDESOL. (2010). *Delimitación de las Zonas Metropolitanas de México*.
- INEGI, CONAPO, & SEDESOL. (2012). *Sistema Urbano Nacional*.
- INEGI, SEDATU, & CONAPO. (2018). *Sistema Urbano Nacional*.  
<https://www.google.com.mx/maps/place/México/>

- Instituto de Planeación para el Municipio de Colima. (2013). *Estudio de segregación espacial en la ciudad de Colima 2010*.
- Isaza Guerrero, J. (2008). *Conurbación y desarrollo sustentable: una estrategia de intervención para la integración regional. Caso: primer anillo metropolitano Bogotá-Sabana de Occidente*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Jakubs, J. (1981). A distance based segregation index. *Socio-Economic Planning Sciences*, 15(3), 129–136.
- Jargowsky, P. A. (1996). Take the money and run: economic segregation in U.S. metropolitan areas. *American Sociological Review*.
- Jordan, R., & Simioni, D. (1998). Ciudades intermedias de América Latina y el Caribe: Propuestas para la gestión urbana. In CEPAL (Ed.), *Cepal*. <https://doi.org/10.1155/2016/4292417>
- Juárez Martínez, L. (2006). Segregación urbana y sus implicancias en las ciudades. Una aproximación teórica. *Revista de Investigación Científica En Arquitectura (PALAPA)*, 1(2), 43–48.
- Juárez Martínez, L. (2007). *Fraccionamientos cerrados, entre la segregación y la integración urbana en una ciudad media*. Universidad de Colima.
- Kaminker, S. (2015). *Descentrar el estudio de la segregación residencial. Cargas, legados y reflexiones para su estudio en ciudades intermedias de América Latina*. 19, 1–14.
- Kaztman, Rubén. (1999). *Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD y Comisión Económica para América Latina y el Caribe CEPAL. [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/28651/1/LCmvdR180\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/28651/1/LCmvdR180_es.pdf)
- Kaztman, Rubén. (2001). Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos. *Revista de La Cepal*, 75, 171–189.
- Kaztman, Ruben, & Retamoso, A. (2005). Segregación espacial, empleo y pobreza en

- Montevideo. *Santiago De Chile, Revista de La CEPAL*, 85, 131–148.
- Kaztman, Ruben, & Retamoso, A. (2007). Efectos de la segregación urbana sobre la educación en Montevideo. *Revista de La CEPAL*, 91, 133–152.
- Kish, L. (1961). Differentiation in metropolitan areas. In J. P. Gibbs (Ed.), *Urban Research Methods*. Van Nostrand Company.
- Krivo, L. J., & Kaufman, R. L. (1999). How low can it go? Declining black-white segregation in a multiethnic context. *Demography*, 36(1), 93–109. <https://doi.org/10.2307/2648136>
- Lash, S., & Urry, J. (1998). *Economías de signos y espacio* (Amorrortu (ed.)). Sage Publications.
- Levy, J. P., & Brun, J. (2000). Segregación residencial y especialización funcional. De la extensión a la renovación metropolitana: mosaico social y movilidad. In Alfaomega (Ed.), *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional* (pp. 147–220).
- Linares, S. (2013). Las consecuencias de la segregación socioespecial: un análisis empírico sobre tres ciudades medias bonaerenses (Olavarría, Pergamino, Tandil). *Cuaderno Urbano*, 14(14), 5–30. <https://doi.org/10.30972/crn.1414527>
- López Levi, L., & Rodríguez Chumillas, I. (2005). Evidencias y discursos del miedo en la ciudad: casos mexicanos. *Scripta Nova*, 9(194).
- López Trigal, L. (2015). *Diccionario de Geografía aplicada y profesional. Terminología de análisis, planificación y gestión del territorio*. Universidad de León.
- Madoré, F. (2005). La ségrégation sociale dans les villes françaises: réflexion épistémologique et méthodologique. *Cahiers de Géographie Du Québec*, 49(136), 5–117.
- Martori, J. C. (2007). La segregación residencial en Barcelona . In *Llibre Blanc de L'habitatge a Barcelona*.
- Martori, J. C., & Hoberg, K. (2004). Indicadores cuantitativos de segregación residencial. El caso de la población inmigrante en Barcelona. *Scripta Nova*, VIII(169).

- Martori, J. C., Hoberg, K., & Surinach, J. (2006). Población inmigrante y espacio urbano. Indicadores de segregación y pautas de localización. *EURE*, XXXII(97), 49–62. <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-169.htm>
- Massey, D. S. (1979). Residential segregation of Spanish Americans in United States urbanized areas. *Demography*, 4.
- Massey, D. S., & Denton, N. A. (1988). The dimensions of residential segregation. *Social Forces*, 67(2), 281–315.
- Massey, D. S., White, M., & Phua. (1996). The dimensions of segregation revisited. *Sociological Methods & Research*.
- McKenzie, R. M. (1967). *The ecological approach to the study of the human community*. University of Chicago Press.
- Mendoza Lozano, O. F., & Treviño Aldape, A. (2019). Hacia una morfología de bordes territoriales; cruzando segregación socioespacial e imaginarios urbanos, en San Pedro Garza García, N. L. In *Desigualdad socio-espacial, innovación tecnológica y procesos urbanos*. (pp. 699–714).
- Meyer, K. K., & Bähr, J. (2004). La difusión de condominios en las metrópolis latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande*, 53(32), 39–53.
- Ministerio de Economía Planificación y Desarrollo. (2012). Índice de Duncan en el Distrito Nacional. *Panorama Estadístico, Departamento de Investigaciones*, 5(49), 2–3.
- Molinatti, F. (2013). Segregación residencial socioeconómica en la ciudad de Córdoba (Argentina): Tendencias y patrones espaciales. *Revista INVI*, 28(79), 61–94. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582013000300003>
- Monkkonen, P. (2012). La segregación residencial en el México urbano: niveles y patrones. *EURE*, 38(114), 125–146.
- Montes Velázquez, V. A. (2017). *Segregación rural al norte del estado de Colima, 1992-*

2015.

- Moreno Galván, F. de J., & Hernández Diego, C. (2019). La segregación socio-espacial en dos ciudades turísticas costeras: Acapulco y Cancún. *Revista Nodo*, 13(25), 8–24. <http://revistas.uan.edu.co/index.php/nodo/article/view/806/616263>
- Moreno Jaramillo, C. I. (2008). La conurbación: rizoma urbano y hecho ambiental complejo. *VII Seminario Nacional de Investigación Urbano Regional*, 1–12.
- Morrill, R. (1991). On the measure of geographic segregation. *Geography Research Forum*, 11, 25–36. <http://raphael.geography.ad.bgu.ac.il/ojs/index.php/GRF/article/viewFile/91/87>
- Morrill, R. (1995). Racial Segregation and Class in a Liberal Metropolis. *Geographical Analysis*, 27(1), 22–41. <https://doi.org/10.1111/j.1538-4632.1995.tb00334.x>
- Neri, O., & Anthony, R. (2015). El estructuralismo: perspectivas de una corriente en decadencia. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 2, 223–226.
- Nieves-Ayala, L. E. (2012). Índice de entropía , disimilitud y centralización : Un abordaje a la segregación residencial por nivel socioeconómico en las Áreas Metropolitanas de Puerto Rico: 2000. *CIDE Digital*, 3(1–2), 65–92. <http://soph.md.rcm.upr.edu/demo/index.php/cide-digital/publicaciones>
- Nivón Bolán, E. (2003). Las contradicciones de la ciudad difusa. *Alteridades*, 13(26), 15–33. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74702603>
- Oropeza García, A. (2013). México en el desarrollo de la Revolución Industrial: Evaluaciones y perspectivas. *Instituto de Investigaciones Jurídicas de La UNAM e Instituto Para El Desarrollo Industrial y El Crecimiento Económico*, 199–236.
- Parada Corrales, J. (2004). Realismo crítico en investigación en ciencias sociales: una introducción. *Investigación y Desarrollo*, 12(2), 396–429.
- Pérez-Campuzano, E. (2016). Segregación socioespacial en ciudades turísticas, el caso de Puerto Vallarta, México. *Región y Sociedad*, 22(49), 143–176.



<https://doi.org/10.22198/rys.2010.49.a425>

Pérez-Tamayo, B. N., Gil-Alonso, F., & Bayona-I-carrasco, J. (2017). La segregación socioespacial en Culiacán, México(2000-2010): de la ciudad dual a la ciudad fragmentada? *Estudios Demograficos y Urbanos*, 32(3), 547–591. <https://doi.org/10.24201/edu.v32i3.1660>

Posada-Ramírez, J. (2014). Ontología y Lenguaje de la Realidad Social. *Cinta de Moebio*, 50, 70–79. <https://doi.org/10.4067/s0717-554x2014000200003>

Prieto, M. B. (2012). Segregación socio-residencial en ciudades intermedias. El caso de Bahía Blanca – Argentina. *Breves Contribuciones Del I.E.G.*, 23, 129–156. <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4322926.pdf>

Queiroz Ribeiro, L. (2003). Segregación, desigualdad y vivienda: la metrópolis de Río de Janeiro en los años 80 y 90. *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales*, 35(136), 295–314.

Quillian, L. (1999). Migration patterns and the growth of high- poverty neighborhoods, 1970–1990. *American Journal of Sociology*, 105(1), 1–37.

Rasse, A. (2015). Juntos pero no revueltos. Procesos de integración social en fronteras residenciales entre hogares de distinto nivel socioeconómico. *Eure*, 41(122), 125–143. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612015000100006>

Rasse, A. (2016). Segregación residencial socioeconómica y desigualdad en las ciudades chilenas. *Serie de Documentos de Trabajo PNUD*, 4.

Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española*. <http://www.rae.es/>

Revol, E. L. (2001). La gran ciudad. In *Le Corbusier La ciudad del futuro* (pp. 68–30). Infinito.

Rodríguez, J., & Arriagada, C. (2004). Segregación residencial en la ciudad latinoamericana. *EURE*, XXX(89), 5–24.

Rodríguez Vignoli, J. (2001). *Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se*

*mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?* (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) (ed.)).

Rojo Mendoza, F. (2014). Transformaciones urbanas vinculadas a barrios cerrados: evidencias para la discusión sobre fragmentación espacial en ciudades latinoamericanas. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 24(1), 121–133. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v24n1.47776>

Rossi, A. (1982). *La arquitectura de la ciudad*. Gustavo Gili.

Rubalcava, R., Schteingart, M., & Ramírez, J. (2012). *Ciudades divididas: Desigualdad y segregación social en México*. Colegio de México. <http://www.jstor.org/stable/j.ctt14jxr3p>

Sabatini, F. (1999). Tendencias de la segregación residencial urbana en Latinoamérica: reflexiones a partir del caso de Santiago de Chile. In “*Latin America: Democracy, markets and equity at the Thresfold of New Millenium.*”

Sabatini, F. (2000). Reforma de los mercados de suelo en Santiago, Chile: efectos sobre los precios de la tierra y la segregación residencial. *EURE (Santiago)*, 26(77), 49–80. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612000007700003>

Sabatini, F. (2002). La segregación de los pobres en las ciudades: un tema crítico para Chile. *CIS Centro de Investigación Social*, 2, 18–23.

Sabatini, F. (2006). La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina. *European Journal of Vascular Surgery*, 8(3), 381–381. [https://doi.org/10.1016/S0950-821X\(05\)80166-5](https://doi.org/10.1016/S0950-821X(05)80166-5)

Sabatini, F., Cáceres, G., & Cerda, J. (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. *EURE*, XXVII(82).

Sabatini, F., Rasse, A., Cáceres, G., Robles, M. S., & Trebilcock, M. P. (2017). Promotores inmobiliarios, gentrificación y segregación residencial en santiago de Chile. *Revista Mexicana de Sociología*, 79(2), 229–260.

- Sabatini, F., & Sierralta, C. (2006). Medición de la Segregación Residencial: Meandros teóricos y metodológicos, y especificidad Latinoamericana. *Documento de Trabajo N°38*.
- Sáinz Guerra, J. L. (2008). Breve historia. In GPS (Ed.), *La vivienda social en Europa* (pp. 15–38).
- Sánchez Pavón, B. (2006). Las ciudades portuarias como motor de desarrollo regional. *El Papel de Las Ciudades En El Desarrollo Regional: Innovación y Crecimiento*, 1–20.
- Santos, J. (2008). Desarrollos metodológicos de la Escuela de Chicago. *Perspectivas Metodológicas*, 8, 53–66.
- Saraví, G. A. (2008). Mundos aislados: Segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México. *Eure*, 34(103), 93–110.
- Sassen, S. (1998). Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos. *Eure (Santiago)*, 24(71), 5–25. <https://doi.org/10.4067/S0250-71611998007100001>
- Sassen, S. (2005). The global city: Introducing a concept. *Brown Journal of World Affairs*, XI(2), 27–43. <https://doi.org/10.1002/9780470693681.ch11>
- Schteingart, M. (n.d.). *Ciudades divididas: Segregación y pobreza en América Latina*. [http://spp-pr.org/oct2012/old/images/documents/ifhp/plenarias/MarthaSchteingart\\_CiudadesSeg-pobrezaenAL.pdf](http://spp-pr.org/oct2012/old/images/documents/ifhp/plenarias/MarthaSchteingart_CiudadesSeg-pobrezaenAL.pdf)
- Schteingart, M. (2001). La división social del espacio en las ciudades. *Perfiles Latinoamericanos ISSN:*, 19, 13–31.
- Schteingart, M. (2013). *Desigualdades socio-espaciales y segregación en ciudades mexicanas*. <http://www.inegi.org.mx/eventos/2013/Desigualdades/doc/P-MarthaSchteingart.pdf>
- Schteingart, M., & Garza, G. (2010). División social del espacio y segregación en la ciudad de México. Continuidad y cambios en las últimas décadas. In *Los grandes problemas de México II* (pp. 345–387). <https://doi.org/10.1109/ANTEM.2014.6887671>

- Sepulveda Corzo, J. G. (2017). ¿Gentrificación por fuera del centro tradicional? Transformación morfológica y funcional del pericentro norte de Bogotá, Colombia. *Perspectiva Geográfica*, 22(1), 33–48. <https://doi.org/10.19053/01233769.6106>
- Silva Moyano, M. (2014). La ciudad y el estado moderno: la retícula urbana global. *Revista Ciudades, Estados y Política*, 1(1), 1–9.
- Solís, P., & Puga, I. (2011). Efectos del nivel socioeconómico de la zona de residencia sobre el proceso de estratificación social en Monterrey. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 26(2 (77)), 233–265. <https://doi.org/10.24201/edu.v26i2.1383>
- Soto Canales, K. (2013). Segregación y exclusión urbana a partir de la morfología de la vivienda unifamiliar en fraccionamientos cerrados. Estudio en el Área Metropolitana de Monterrey, México. *Congresso Città e Territorio Virtuale*, 1294–1303.
- Stearns, L. B., & Logan, J. R. (1986). Measuring trends in segregation: three dimensions, three measures. *Urban Affairs Quarterly*, 22, 124–150.
- Suárez Bonilla, B., & López Irías, N. S. (2016). Formas de expresión de la segregación urbana en la ciudad de Managua. *Arquitectura+*, 1(2).
- Thesaurus. (2019). *Thesaurus*. <https://www.thesaurus.com/>
- Tocarruncho, W. (2020). Aproximación conceptual de la segregación socio espacial y residencial en ciudades intermedias en América Latina. *Revista Boletín Redipe*, 9(8), 96–115. <https://doi.org/10.36260/rbr.v9i8.1044>
- Tun Chim, J. E. (2015). *La segregación residencial y su relación con el capital social en la ciudad de León, Guanajuato*.
- Universitat Jaume I. (2005). *Glosario de términos geográficos* (p. 31).
- Villamizar-Duarte, N. (2014). Bordes urbanos: teorías, políticas y prácticas para la construcción de territorios de dialogo. *Revista Bitácora Urbano Territorial*, 24(2), 31–41.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*.

Manantial.

White, M. J. (1983). The measurement of spatial segregation. *American Journal of Sociology (AIS)*, 88(5), 1008–1018.

Wong, D. (1993). Spatial indices of segregation. *Urban Studies*, 30(3), 559–572.

## ANEXOS

### *Anexo I. Análisis particular de resultados*

En este capítulo, se realiza el análisis particular de la situación educativa y de ingresos para las tres áreas conurbadas de estado de Colima que forman parte del proyecto de investigación. Dichas variables, cuyos indicadores servirán como base para calcular los niveles segregación residencial socioeconómica y, posteriormente, exhibir los patrones de organización socioespacial, se encuentran referenciadas a los datos censales que recabó el INEGI en la década del 2000. El objetivo concreto de este apartado es explicar, de forma específica, las dinámicas segregativas que mantienen las conurbaciones en las cinco dimensiones en que se presenta el fenómeno para, en un segundo momento, proceder al análisis comparativo de los resultados y a la construcción de relaciones.

#### *1.1. Conurbación Colima-Villa de Álvarez*

Relacionado con las características educativas de la zona conurbada de Colima-Villa de Álvarez durante el año 2000, que es el que interesa para el estudio, el porcentaje de población respecto al total en la conurbación que carecía de instrucción era bajo, con tan sólo un 3.34%, al igual que el de población con secundaria incompleta que fue de 3.81%. El mayor porcentaje lo representaba la población con instrucción media superior con el 12.58%, seguido de aquellos con secundaria completa (12.38%) y con instrucción superior (12.10%). El grupo mayoritario conformado, considerado de menores ingresos, se compone por el 50.70% de la población conurbada, mientras que el grupo minoritario, o de capacidad económica superior, lo hace por el 12.10% (ver tabla 13). En conjunto, ambos grupos reúnen al 62.80% de los habitantes en la zona de estudio.

Tabla 14. Características educativas de los grupos de población en el 2000.

<b>Indicador</b>	<b>Habitantes</b>	<b>% respecto al total de población<sup>36</sup></b>
Población de 15 años y más sin instrucción.	7,037	3.34
Población de 15 años y más con primaria incompleta.	17,862	8.47

<sup>36</sup> Porcentaje de habitantes y su nivel de instrucción respecto al total de habitantes en la conurbación.

Población de 15 años y más con primaria completa.	21,301	10.11
Población de 15 años y más con secundaria incompleta.	8,036	3.81
Población de 15 años y más con secundaria completa.	26,095	12.38
Población de 18 años y más con instrucción media superior.	26,519	12.58
Población de 18 años y más con instrucción superior.	25,502	12.10

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

En cuanto a la distribución del ingreso, las personas que no recibían remuneración alguna por su trabajo figuraban el 1.61%, siendo la menor proporción de población. En seguida, estaban aquellos con más de 10 salarios mínimos mensuales con el 2.12% y en la tercera posición quienes recibían menos de un salario mínimo mensual con el 3.80%. El mayor porcentaje de habitantes estaba representado por quienes percibían entre 2 y 5 salarios mínimos mensuales tratándose del 15.13%, seguidos por los habitantes con 1 y hasta 2 salarios mínimos mensuales con un 10.32% (ver tabla 14). El grupo de menores ingresos (mayoritario) abarca el 35.51% de la población en el área conurbada, mientras que el de mayor ingreso (minoritario) el 2.12%. En conjunto, ambos representan el 37.63% de los habitantes de la conurbación.

Tabla 15. Características de ingreso de los grupos de población en el 2000.

<b>Indicador</b>	<b>Habitantes</b>	<b>% respecto al total de población<sup>37</sup></b>
Población ocupada que no recibe ingreso por trabajo.	3,391	1.61
Población ocupada que recibe menos de un salario mínimo mensual de ingreso por trabajo.	7,999	3.80
Población ocupada que recibe 1 y hasta 2 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	21,746	10.32
Población ocupada con más de 2 y hasta 5 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	31,891	15.13
Población ocupada que recibe más de 5 y hasta 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	9,809	4.65

<sup>37</sup> Porcentaje de habitantes y su nivel de ingreso respecto al total de habitantes en la conurbación.

Población ocupada que recibe más de 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	4,469	2.12
---	-------	------

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

Los datos permiten identificar que en el área conurbada es bajo el porcentaje de personas que acceden a los peldaños más altos de la escala social, más si se refiere a la variable ingreso. Además, se confirma que en este tipo de estudios cuantitativos de la segregación es complejo crear grupos contrastantes que abarquen a la totalidad de la población de una ciudad, esto como consecuencia de las discrepancias en la información capturada por los censos de población. En este caso, para la variable educación apenas se supera el 60.00% del total de los habitantes en la conurbación, mientras que para el ingreso no se rebasa el 40.00%.

A continuación, se explican las distintas formas de organización de la población en el territorio urbanizado de la conurbación Colima-Villa de Álvarez de acuerdo a las dos variables empleadas, así como los resultados de los índices de segregación y sus respectivos patrones socioespaciales. Si bien, aún se está en una fase un tanto descriptiva del proyecto de investigación, se está forjando la base para la construcción de relaciones entre las situaciones segregativas que resulten en cada caso de estudio y la explicación de las mismas.

### *1.1.1. Análisis de distribución de grupos*

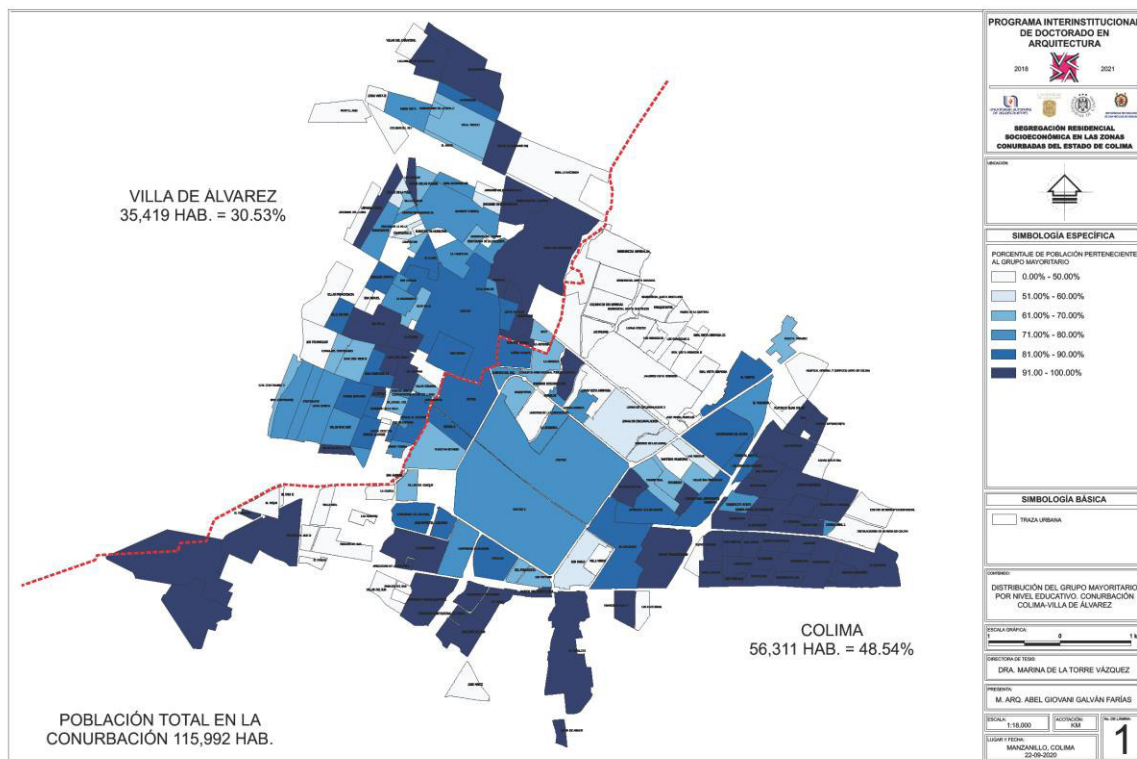
Referido a Colima-Villa de Álvarez y tomando como referencia la variable de nivel educativo, la población que forma parte del grupo mayoritario representa el 79.07% del total en la conurbación, de los cuales el 48.54% están en Colima y el 30.53% en Villa de Álvarez. Este grupo muestra una tendencia a ubicarse en las zonas periféricas, y es principalmente al sur de Colima y al norte de Villa de Álvarez donde se observa su mayor proporción. La concentración de personas de escasos recursos se degrada al avanzar hacia el centro de la ciudad y se vuelve muy baja en el sector nororiente, indicando que es el área donde residen los estratos acomodados (ver Mapa 16).

Al surponiente de Colima también se aprecian algunas colonias con menor proporción de habitantes de nivel socioeconómico bajo, exponiendo cómo la reducción de la escala de segregación se comenzaba a producir desde el 2000. En Villa de Álvarez, es posible apreciar



una brecha que va del centro al norte de la ciudad en la que la densidad de población del grupo mayoritario disminuye gradualmente, dando cuenta del auge que comenzaba a adquirir la zona norte del municipio, y de la conurbación, como área específica de residencia del grupo minoritario, así como del acercamiento de clases.

Mapa 16. Distribución del grupo mayoritario por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez.



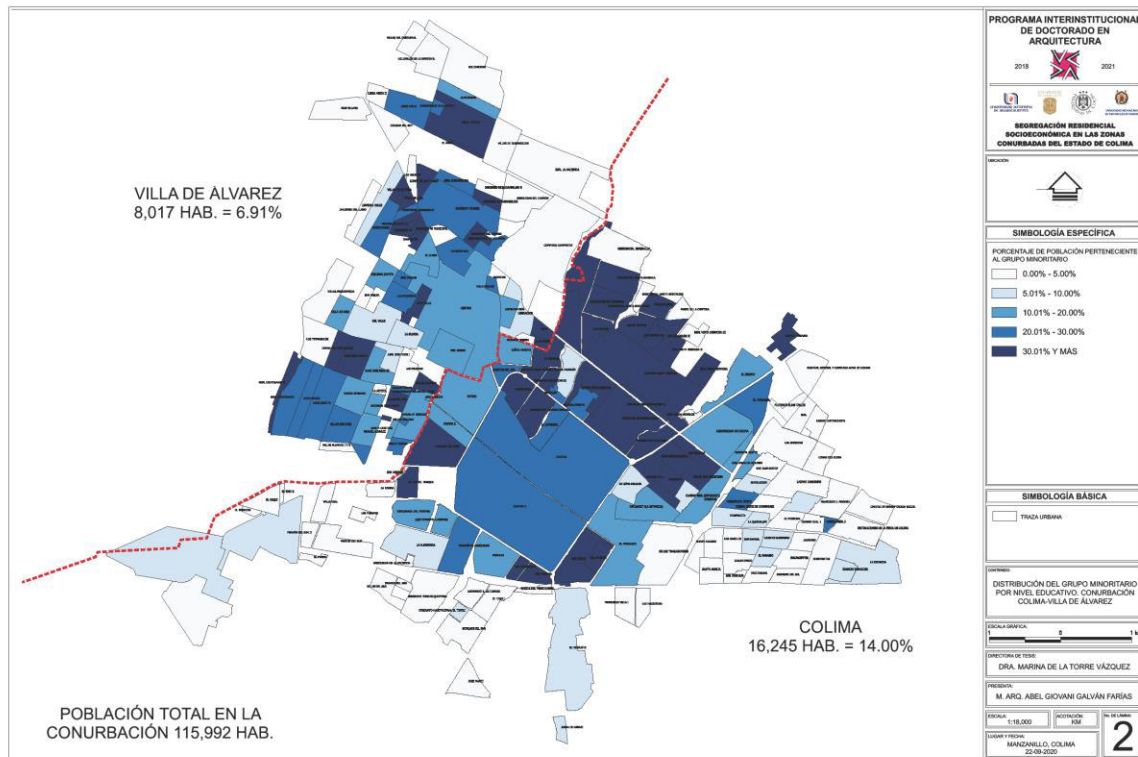
Fuente: Elaboración propia.

Por otra parte, al analizar la distribución del grupo minoritario, se puede observar que la situación es inversa. Las periferias son poco ocupadas por el sector de altos recursos, que representa el 20.91% de la población total de la conurbación, mientras que el centro y norte de ambas ciudades reúnen una mayor proporción de habitantes de este tipo (ver Mapa 17). En Colima, donde se concentra el 14.00% de la población acomodada, es evidente la preferencia por residir en la zona norte, creándose cierto grado de homogeneidad. En cambio, para Villa de Álvarez, que reúne el 6.91% del grupo minoritario, el patrón de organización socioespacial es menos definido, teniendo colonias de mayor concentración de estratos

sociales altos próximas al segundo y tercer anillo periférico de la conurbación, principalmente al centro, norte y poniente de la ciudad.

En general, el centro de la conurbación se caracteriza por contener proporciones homogéneas de cada grupo, situación que puede estar relacionada con la lucha constante por acceder a una mejor ubicación en la ciudad. Asimismo, se vuelve a demostrar el aumento gradual en la densidad de población de élite sobre la línea que se traza desde el centro al norte de Villa de Álvarez, apreciándose una dinámica similar al poniente de la ciudad. De esta forma, se ponen de manifiesto las zonas de la conurbación que comenzaban a ser atractivas para la población acomodada, esto bajo la óptica de la variable educación.

Mapa 17. Distribución del grupo minoritario por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez.



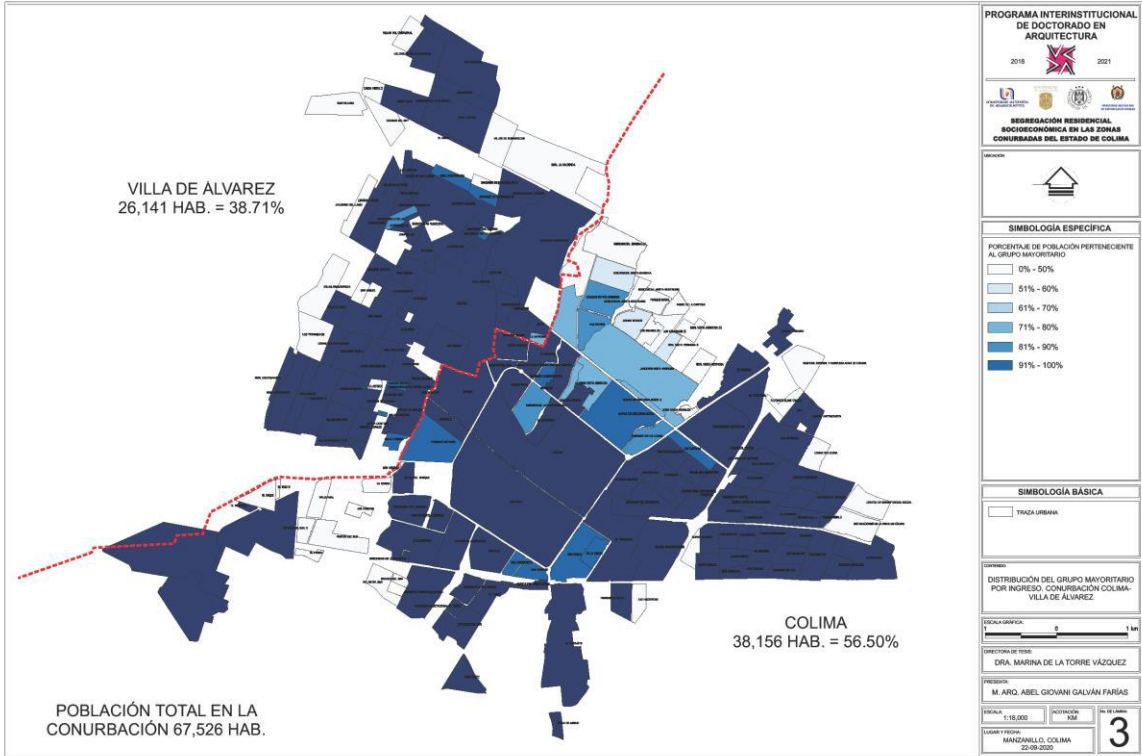
Fuente: Elaboración propia.

Ahora bien, la organización espacial de la población cambia drásticamente al obsérvala desde la perspectiva del nivel de ingresos, produciéndose un panorama segregativo a gran escala y más agresivo, en el que las áreas que ocupa cada grupo están claramente definidas. El grupo mayoritario, que considerando la variable ingreso representa el 95.21%

de la población en la conurbación, tiene una distribución mucho más homogénea en las periferias y el centro de la ciudad, excepto en la zona norte de Colima donde se encuentran colonias como Jardines de Vista Hermosa, Las Palmas y Colinas de Santa Bárbara, y algunas colonias del centro y sur como Jardines de la Corregidora y Placetitas (ver Mapa 18).

El 38.71% de la población de menores recursos se concentra en Villa de Álvarez y el 56.50% lo hace en Colima, indicando que esta última es la ciudad de mayor densidad poblacional. Sin embargo, la homogeneidad del grupo mayoritario es superior en Villa de Álvarez, habiendo sólo cuatro colonias (Prados de la Villa, Real Bugambilias, Jardines de Bugambilias y Rinconada de la Hacienda) ubicadas al norte de la ciudad que demuestran una proporción significativa de población del sector acomodado.

Mapa 18. Distribución del grupo mayoritario por ingreso. Colima-Villa de Álvarez.

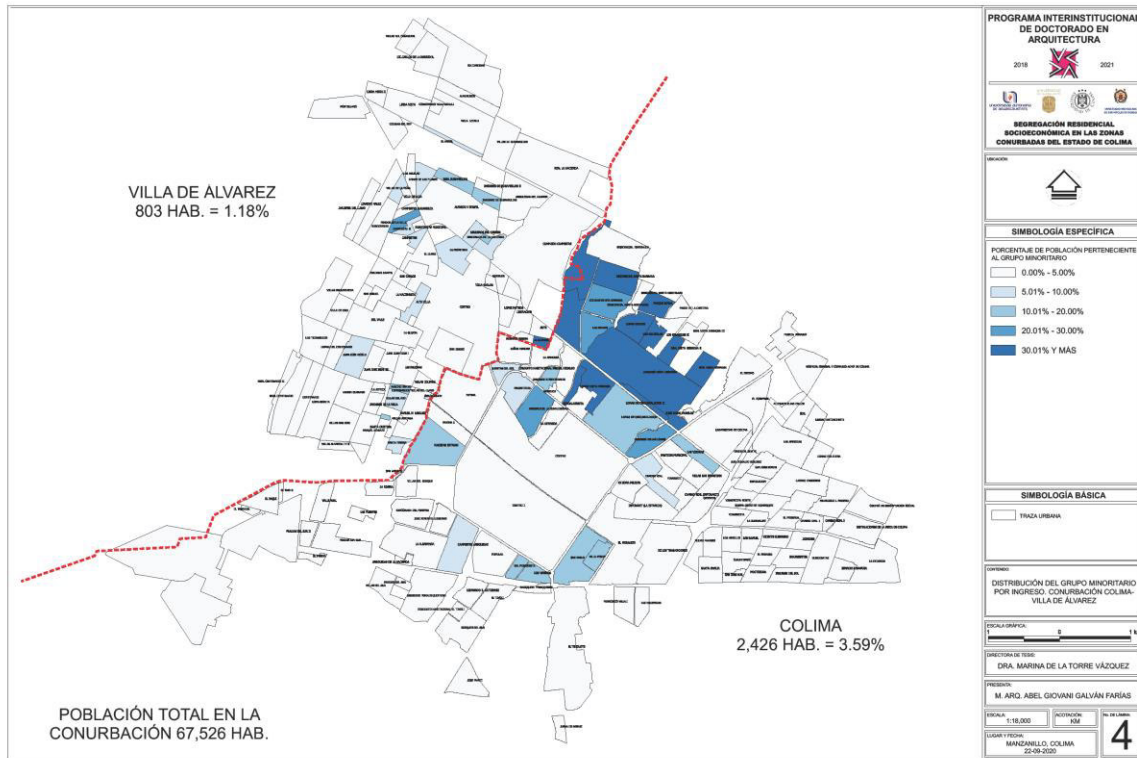


Fuente: Elaboración propia.

Por su parte, el grupo minoritario se encuentra fuertemente concentrado en la zona norte de Colima, así como en algunas colonias cercanas al centro de cada una de las dos ciudades que conforman la zona conurbada. En este caso, el grupo minoritario se compone

sólo por el 4.77% de la población total en la conurbación, distribuyéndose el 3.59% en la ciudad de Colima y el 1.18% en Villa de Álvarez (ver Mapa 19). Es de notar que, comparado con la variable educación, los porcentajes de cada grupo de población que resultan de utilizar la variable ingreso son inferiores, demostrando un panorama segregativo más crítico.

Mapa 19. Distribución del grupo minoritario por ingreso. Colima-Villa de Álvarez.



Fuente: Elaboración propia.

A partir de este primer análisis de distribución de grupos en base a su porcentaje de representación en la conurbación y de acuerdo a su nivel de ingreso y educativo, se puede referir que en Colima-Villa de Álvarez la población de menores recursos tiende a ubicarse en las periferias, pero también tiene una notable presencia en las zonas centrales. Los estratos de élite, por su parte, se concentran en las zonas centro y norte de la conurbación, siendo esta última el sitio donde es más pronunciada su densidad. Esta forma de organización socioespacial tiene que ver con el funcionamiento de la conurbación, posicionándose Colima como ciudad central concentrando la mayor cantidad de servicios, equipamientos, diversidad de uso y fuentes de empleo, provocando que el sector de altos recursos prefiera residir aquí.

Quienes no pueden acceder a las zonas de mayor plusvalía, pero siguen perteneciendo a los estratos socioeconómicos altos, buscan ubicarse en zonas cercanas al centro urbano, ya sea de Colima o Villa de Álvarez, sin alejarse mucho de los mismos para seguir teniendo la mayor parte de los beneficios. Asimismo, han comenzado surgir áreas urbanas que se van delineando como sitios de alojo de los grupos de élite, tal es el caso de la zona norte de Villa de Álvarez, ciudad cuya organización socioespacial resultó ser más heterogénea. A grandes rasgos, se podría decir que la distancia entre estratos ha pasado a segundo plano en esta conurbación, ya que ambos grupos son capaces de coexistir a pesar de haber áreas definidas para uno y otro. Dicha situación se relaciona con la disminución en la escala de la segregación residencial, y probablemente tendrá impacto en los índices de segregación que se exponen en el siguiente apartado.

### *1.1.2. Análisis de índices y patrones de segregación*

Como ya se ha mencionado con anterioridad, los índices de segregación indican el grado en que una ciudad se encuentra segregada o fragmentada socioespacialmente en alguna de las cinco dimensiones en que se presenta este fenómeno. En Colima-Villa de Álvarez, los resultados demuestran que las dinámicas de segregación residencial ya habían alcanzado niveles elevados desde la década del 2000. Es decir, los valores de los índices de disimilitud y concentración se acercan o rebasan el 0.40, indicando un grado de segregación que comienza a ser preocupante, más aún para una ciudad media.

Bajo la óptica del nivel educativo, el panorama de segregación resulta menos agresivo, en el entendido de que los valores siguen siendo elevados. La disimilitud (D) es de 0.34, indicando que sí existen diferencias entre las proporciones de cada grupo que habitan las colonias y su representación en la ciudad. Y la concentración (DEL) de 0.37, teniendo que existen espacios específicos del territorio urbano ocupados por las minorías. En estas colonias, la densidad poblacional del grupo de élite es superior que en el resto de la ciudad, de manera que tiene un aporte significativo para la consolidación de la segregación residencial en la conurbación.

Por otro lado, el índice de interacción ( $xPy$ ) es de 0.67, lo que equivale a un 67.00% de posibilidad de que un miembro del grupo minoritario tenga contacto con uno del grupo

mayoritario. Esto como resultado de las diferencias entre las proporciones de un grupo y otro, pues será más complicado que una persona del grupo mayoritario tenga contacto con otra perteneciente a la minoría. El índice de centralidad relativa (RCE) es de 0.15, advirtiendo que hay algún grado de cercanía física de la población de altos recursos al centro de la zona conurbada, situación que es asociada con la presencia de segregación. Finalmente, el índice de proximidad espacial (SP) es de 0.99, evidenciando un distanciamiento menor entre grupos de distinta condición socioeconómica (ver Tabla 16). Esta última situación no es muy usual, pero tiene relación con la organización socioespacial de grupos que presenta la conurbación.

Ahora bien, al emplear la variable ingreso la situación segregativa se vuelve más crítica en tres de las dimensiones. La disimilitud (D) es de 0.53, lo que representa una diferenciación superior entre la proporción de cada grupo en las colonias y su proporción en la ciudad; el índice de interacción (xPy) es de 0.82, lo que indica que el grado de contacto potencial de un habitante del grupo minoritario con uno del grupo mayoritario es del 82.00%, aunque las posibilidades de que una persona de bajos recursos se cruce con una de altos recursos disminuye significativamente; y el índice de centralidad relativa (RCE) es de 0.34, teniendo que el grupo de élite se localiza en mayor medida en áreas próximas al centro urbano de la conurbación.

En cuanto al índice de concentración (DEL) y el índice de proximidad espacial (SP), fueron similares a los resultantes de aplicar la variable educación, con un 0.36 y 0.99 respectivamente. El primer valor tiene relación con la alta densidad de población de altos recursos en colonias específicas de la conurbación, mientras que el segundo se explica como la proximidad promedio que existe entre miembros de grupos contrastantes, siendo ésta menor que entre miembros del mismo grupo socioeconómico.

Tabla 16. Índices de segregación, conurbación Colima-Villa de Álvarez.

<i>Conurbación</i>	<b>Población</b>	<b>D</b>	<b>DEL</b>	<b>xPy</b>	<b>RCE</b>	<b>SP</b>
<i>Colima-Villa de Álvarez</i>						
<i>Ingreso</i>	67,526	0.532	0.368	0.82	0.34	0.995
<i>Educación</i>	115,992	0.342	0.372	0.67	0.15	0.997

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

El aumento en los niveles de segregación al modificar la variable de referencia se debe a la drástica disminución de la población que conforma el grupo minoritario, favoreciendo la creación de un contexto urbano con mayor diferenciación social. No obstante, el grado de segregación que resulta a partir de las dos variables es elevado, demostrando que las dinámicas socioespaciales de la zona conurbada de Colima-Villa de Álvarez son más complejas de lo que aparentan. Una vez expuestos los datos referentes a los índices de segregación y teniendo una idea más clara de lo que está sucediendo en la zona conurbada respecto a la segregación residencial, se procederá al análisis de dichos valores representados a través de planos. Esto con la finalidad de conocer a detalle los patrones segregativos que se tienen en el área de estudio de acuerdo a cada una de las dimensiones del fenómeno y a las distintas variables implementadas.

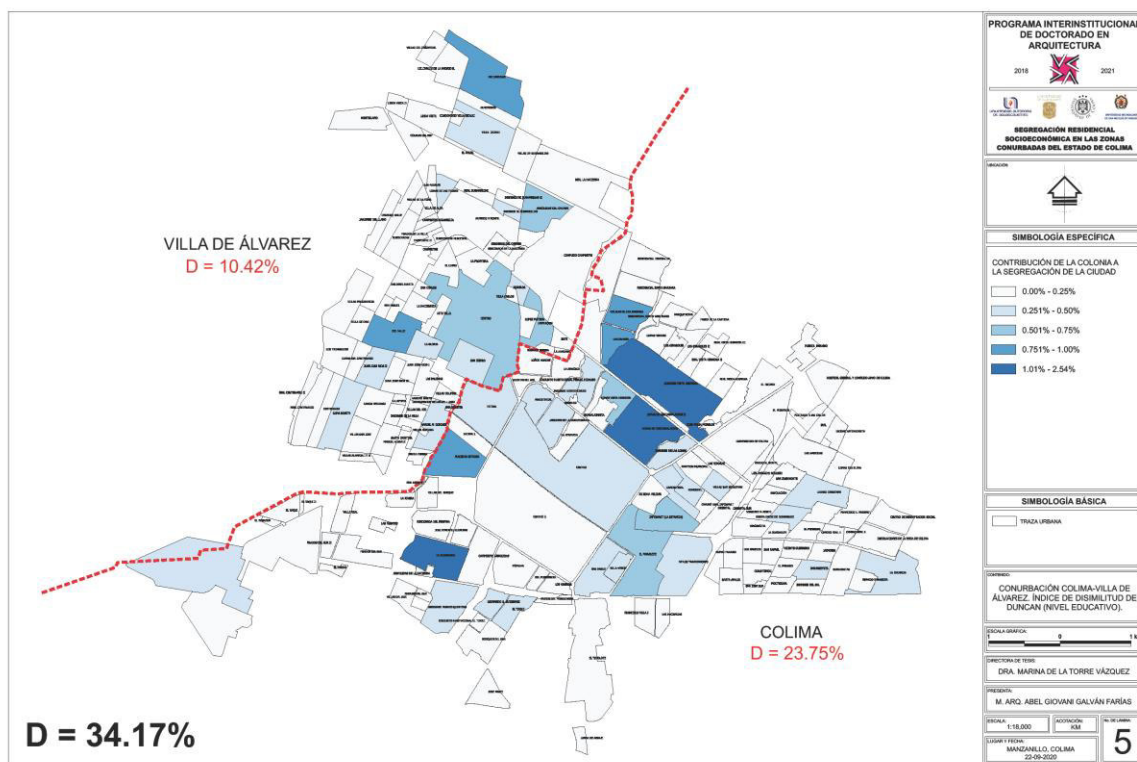
Para el índice de disimilitud (D), obtenido a partir de la variable de nivel educativo, el valor es de 34.17% en el área conurbada, de los cuales el 23.75% son aportados por la ciudad de Colima y el 10.42% por Villa de Álvarez (ver Mapa 20. Índice de Disimilitud por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez. Mapa 20). Colima aporta más a la segregación, en la dimensión de uniformidad, al tener una alta proporción de población de altos recursos residiendo en las zonas centro y norte, caracterizadas por albergar la mayor cantidad de servicios. Los grupos más acomodados buscan permanecer próximos al centro urbano, accediendo a todos los beneficios de la ciudad sin tener que mezclarse con los estratos inferiores.

Por su parte, Villa de Álvarez tiene un aporte menor para esta dimensión de la segregación, aunque también concentra altas proporciones del grupo de élite en la zona central, siendo aquí donde se tienen los niveles de disimilitud más elevados junto con algunas colonias de la zona norte, como Arboledas del Carmen, Villa Izcalli y Solidaridad. Esta última zona tiene una situación segregativa particular, ya que la disimilitud es pronunciada como consecuencia de lo atractiva que comienza a ser para las personas de altos recursos, causando que la proporción de minorías y mayorías se altere respecto de la que existe en la ciudad.

Así pues, las zonas periféricas de la conurbación reúnen a la población de menores ingresos, creando amplias áreas homogéneas en las que la disimilitud es menor, pero que

promueven la segregación residencial al haber una baja presencia de habitantes del sector acomodado. En este caso, el papel del estado ha sido fundamental para la formación del patrón segregativo, ya que es el encargado de autorizar la apertura de nuevos fraccionamientos que son dirigidos hacia un sector específico de la población, principalmente los estratos sociales bajos. De esta forma, las periferias de la conurbación se consolidan como zonas en las que predomina la vivienda de interés social financiada por organismos como Infonavit y Fovissste. En los casos en los que el nivel de disimilitud es fuerte en las colonias periféricas, se debe al exceso de habitantes del grupo mayoritario que en ellas habitan y no por la presencia de los grupos acomodados, teniendo como ejemplo La Albarrada, El Moralete y Gregorio Torres Quintero, áreas ubicadas al sur de la conurbación.

Mapa 20. Índice de Disimilitud por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez.



Fuente: Elaboración propia.

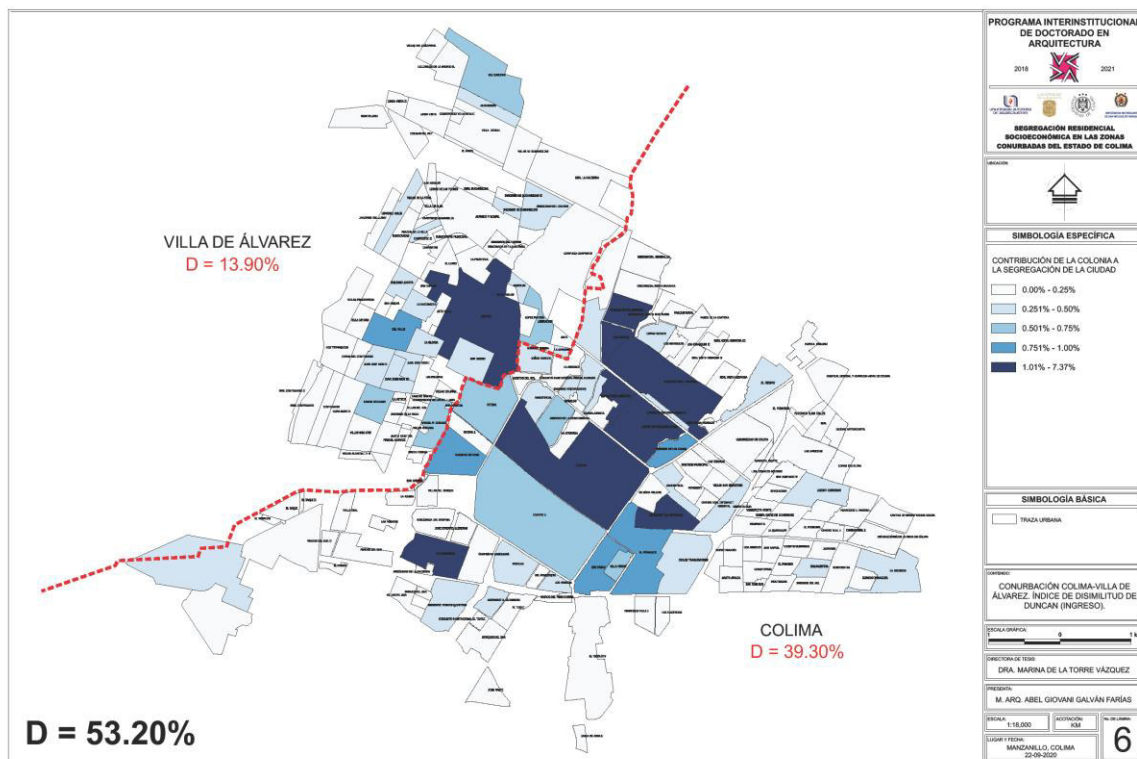
Si se observa el índice de disimilitud (D) a partir de la variable ingreso, su valor se incrementa alcanzando un 53.20% en la totalidad de la zona conurbada, de los cuales el 39.30% son aportados por Colima y el 13.90% por Villa de Álvarez (ver Mapa 21). Sin



embargo, el patrón de segregación que se genera es muy similar al anterior, teniendo mayores niveles de disimilaridad en las zonas centro y norte de la conurbación y una homogeneidad predominante en las periferias, esto por las mismas razones que ya fueron expuestas. No obstante, los valores altos en el índice son producto de la disminución del grupo de población minoritaria, ya que representa tan sólo el 4.77% de la población en la conurbación al ser conformado partiendo del nivel de ingreso.

Algunas de las particularidades que vale la pena destacar de este patrón segregativo son los mayores niveles de disimilitud que alcanzan la zona centro y norte de Colima (Centro, Lomas de Circunvalación, Jardines de Vista Hermosa) y el centro de Villa de Álvarez (Centro), quedando este último enmarcado por un cinturón de colonias de bajos ingresos. Asimismo, la marcada tendencia de poblamiento de la zona norte de la conurbación por los estratos sociales acomodados, creándose un área de altos ingresos aislada del resto de las colonias, incluso de la zona central que es la que concentra la mayor cantidad de servicios y equipamientos.

Mapa 21. Índice de Disimilitud por ingreso. Colima-Villa de Álvarez.

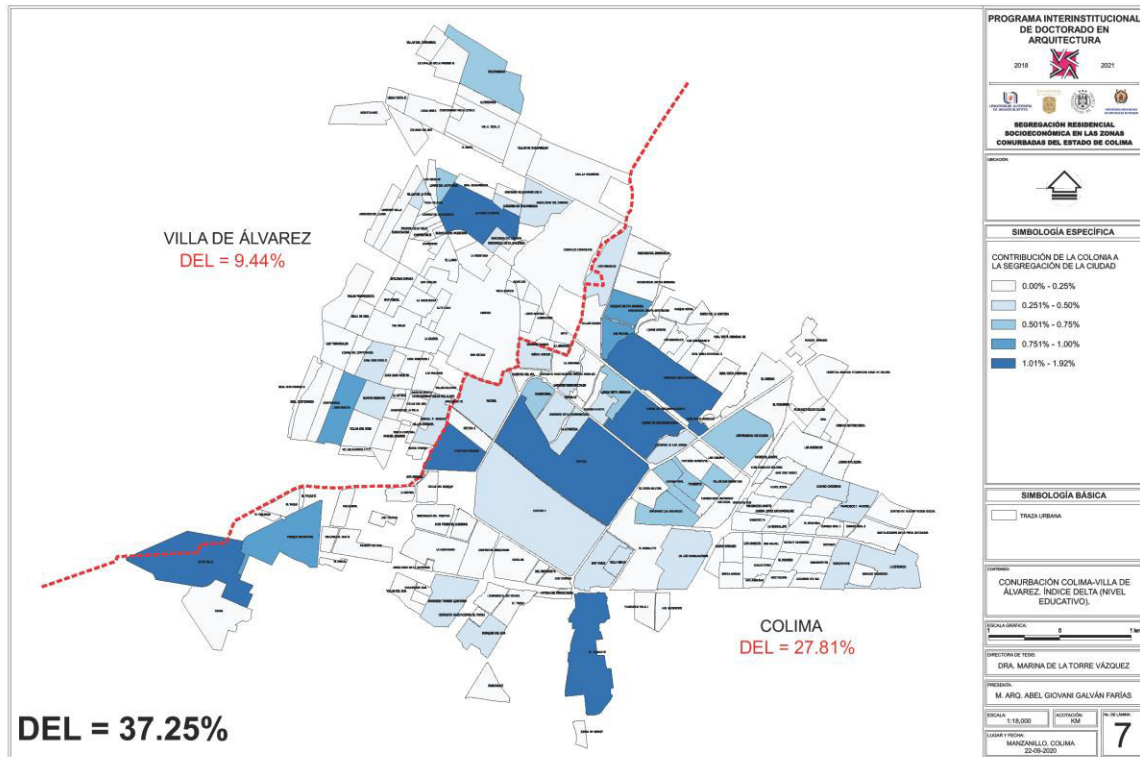


Fuente: Elaboración propia.

Las zonas de la conurbación que en la actualidad son catalogadas como de altos recursos y cuyo aporte para la segregación, en la dimensión de uniformidad, es evidente, ya se perfilaban como área de impulso para el fenómeno socioespacial desde la década del 2000, tal es el caso de la zona centro y norte tanto de Colima como de Villa de Álvarez. Y lo mismo sucede con aquellas áreas asociadas con la población menos favorecida, como es el sector sur, oriente y poniente de la zona conurbada. Con el paso del tiempo, estas zonas se han seguido desarrollando favoreciendo una dinámica socioespacial fragmentada, con una diferenciación clara entre los sitios de residencia de altos y bajos recursos, surgiendo modelos habitacionales en formato cerrado que han terminado por acortar la distancia entre estratos, otorgándole un nuevo sentido a la segregación residencial, a menor escala.

Por otra parte, bajo la aplicación de la variable de nivel educativo, el índice delta (DEL) tiene un valor de 37.25%, de los cuales 27.81% son aportados por Colima y 9.44% Villa de Álvarez. En esta dimensión de la segregación, entendida como de concentración, el patrón socioespacial demuestra que el grupo minoritario se encuentra fuertemente concentrado al centro y norte de la ciudad de Colima y al norte de Villa de Álvarez, zonas reconocidas por albergar a este tipo de población. En cambio, las colonias que rodean el centro de Colima y toda la zona central de Villa de Álvarez tienen una concentración menor de este grupo, creándose áreas homogéneas de superficie considerable (ver Mapa 22).

Mapa 22. Índice Delta por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez.



Fuente: Elaboración propia.

Asimismo, sobresalen las colonias El Tecolote, Lo de Villa y Loma Bonita, ubicadas al sur y poniente de la conurbación, como áreas de alta concentración de población acomodada. Esta triada de colonias evidencia que la escala de segregación se está reduciendo en la zona conurbada, y que el interés por parte del sector de altos recursos de residir en áreas periféricas va en aumento. Dicha situación se demuestra nuevamente al observar la zona norte de Villa de Álvarez, la cual se configura como un área alejada del centro urbano rodeada por un conjunto de colonias características de los estratos económicos bajos, situación que no impacta en su atractivo para el sector de élite. En la zona sur de Villa de Álvarez, la alta densidad del grupo minoritario en algunas colonias se debe a la cercanía que existe a los distintos servicios y equipamientos, cualidad que es valorada por este tipo de población.

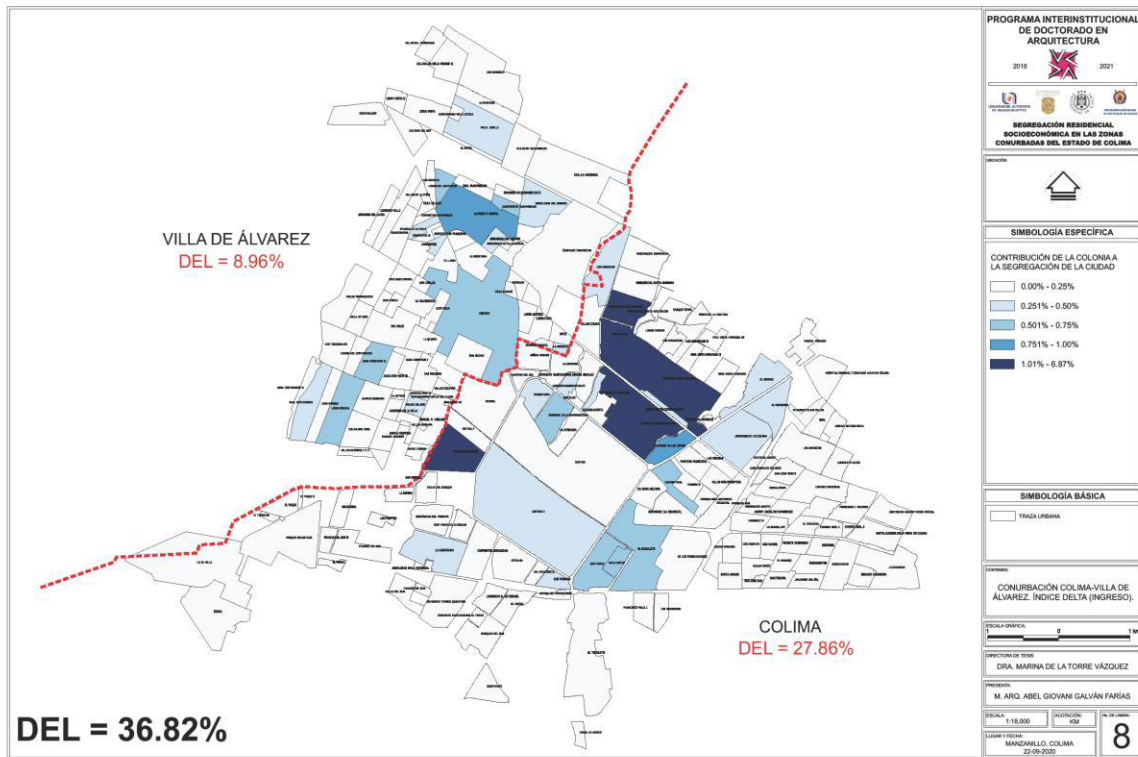
El índice delta (DEL), calculado de acuerdo al nivel de ingreso, tiene un valor de 36.82%, aportando un 27.86% Colima y 8.96% Villa de Álvarez. En este caso, a pesar de que el valor del índice es muy similar al que resulta de utilizar la variable educación, el

panorama socioespacial sí se modifica. Esto es, el patrón de segregación se vuelve más claro en Colima al observar el fenómeno a gran escala, teniendo que la mayor parte de las minorías acomodadas se ubican en la zona norte y centro de la ciudad, aunque en mayor proporción en la primera, provocando que en las periferias la presencia de este grupo sea baja o nula formándose una amplia zona en situación de homogeneidad (ver Mapa 23).

En Villa de Álvarez el patrón segregativo es más heterogéneo, habiendo una alta concentración del grupo minoritario en la zona centro, norte y sur de la ciudad. Sin embargo, la zona norte sigue siendo el lugar donde se concentra la mayor parte de la población de élite, independientemente de que también haya una representación considerable del grupo mayoritario, lo que provoca un acercamiento físico entre ambos grupos sociales. La concentración de las minorías en la zona central tiene relación con la búsqueda de acceso a mejores servicios, al igual que en las colonias Juan José Ríos II, Villas del Río, Real Centenario y Loma Bonita, todas ubicadas al sur de Villa de Álvarez.

En este caso, las zonas que tienen mayor densidad de población acomodada quedan rodeadas por colonias en condición de homogeneidad social, habitadas mayormente por los estratos socioeconómicos bajos, situación que se evidencia con claridad en el centro de la ciudad. En Colima sucede algo similar, creándose dos zonas (una al norte y otra al sur) de elevada concentración del grupo de élite rodeadas por colonias habitadas por personas de nivel socioeconómico menor. Nuevamente, se puede atribuir a la acción del estado la creación de un patrón segregativo a escala reducida, en el que las periferias se consolidan como áreas de alojamiento para la población menos favorecida, quienes son obligados a residir en estas zonas ante su incapacidad para acceder a ubicaciones mejores.

Mapa 23. Índice Delta por ingreso. Colima-Villa de Álvarez.



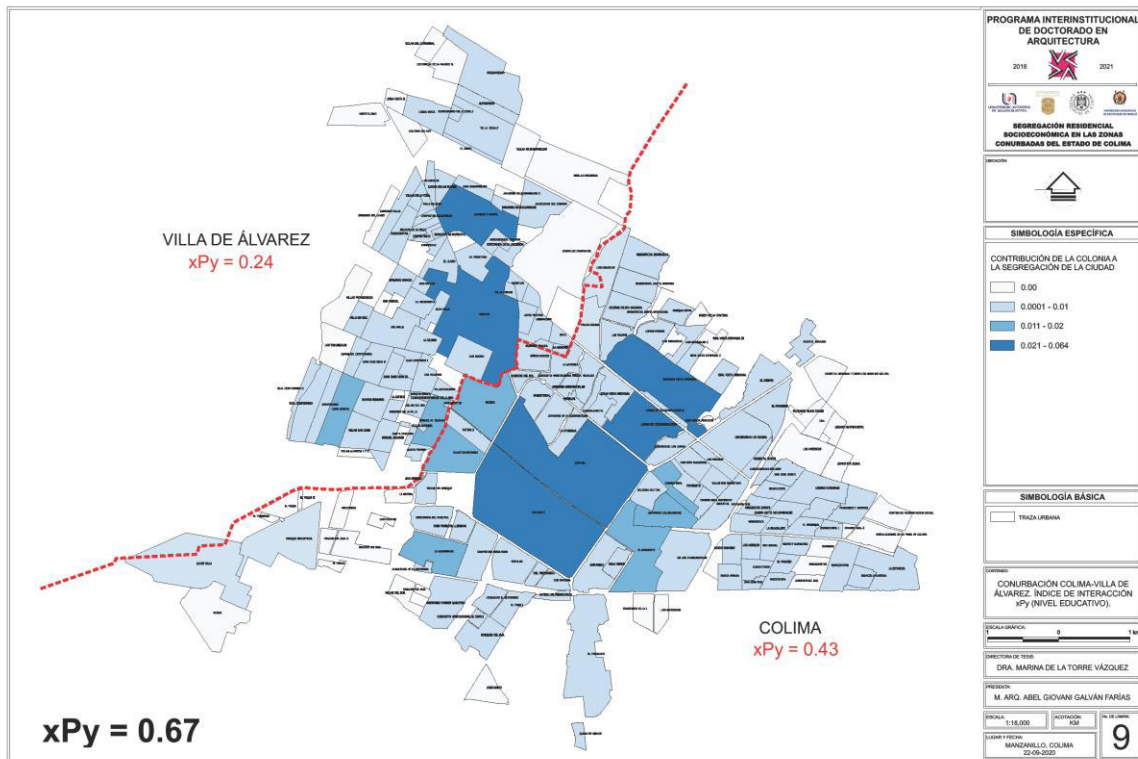
Fuente: Elaboración propia.

En la tercera dimensión analizada, de interacción (xPy), y aplicada la variable educación, el valor del índice es de 0.67 en la conurbación, lo que indica que un miembro del grupo minoritario es capaz de compartir el mismo espacio geográfico con 6.7 miembros del grupo mayoritario, habiendo una alta posibilidad de contacto. Colima aporta el 0.43 y Villa de Álvarez el 0.24 del índice total en la conurbación, teniendo mayor oportunidad de encuentro quienes habitan en la primera ciudad. La zona central de la conurbación, junto con las colonias Lomas de Circunvalación y Jardines de Vista Hermosa, al norte de Colima, y Alfredo V. Bonfil, al norte de Villa de Álvarez, es donde se registra la mayor probabilidad de interacción entre grupos, ya que en ellas se localiza la mayor proporción de actores sociales de élite y una buena parte de la población de menores recursos (ver Mapa 24).

En toda el área periférica de la conurbación el índice de interacción resultó bajo, disminuyendo las posibilidades de encuentro entre minorías y mayorías a la vez que se crea un anillo de colonias que confinan la zona central, en las que predomina la homogeneidad

social. Esta situación se relaciona con la escasa o nula presencia de personas de altos recursos residiendo en zonas alejadas del centro urbano. Sólo algunas colonias como Fátima, Placetas Estadio, Camino Real, Infonavit (La Estancia), El Moralete, La Albarrada, Loma Bonita, y Manuel M. Diéguez, las cuales se encuentran fuera del perímetro de la zona centro de la conurbación, demuestran un mínimo grado de interacción, indicando la ocupación paulatina de áreas medias<sup>38</sup> por parte de los estratos acomodados.

Mapa 24. Índice de Interacción por nivel educativo. Colima-Villa de Álvarez.



Fuente: Elaboración propia.

Ahora bien, el índice de interacción calculado en base el nivel de ingreso es de 0.82 en la conurbación, de los cuales 0.59 son aportados por Colima y 0.23 por Villa de Álvarez. Aunque se podría pensar que un mayor grado de interacción indica que la segregación es menor, el panorama socioespacial puede ser explicado al menos desde dos perspectivas. La primera, y más positiva, tiene que ver con la mayor probabilidad de ocupación de un mismo

<sup>38</sup> Las zonas medias son aquellas áreas que se encuentran fuera del perímetro de la zona central de la conurbación, pero no se ubican completamente en la periferia, sino que quedan próximas a ambos puntos.

espacio físico que hay entre el sector acomodado y el de menores recursos, favoreciendo la actividad social. Y la segunda, en un sentido negativo, que el mayor grado de interacción se debe a una mayor concentración del grupo minoritario en la ciudad, lo cual estaría aportando a la segregación residencial.

El patrón de segregación que resulta es muy similar al anterior, demostrando que la zona centro de la conurbación es el espacio en el que se desarrolla la mayor dinámica de interacción intergrupala. La diferencia radica en que la superficie del territorio urbano donde sucede dicho encuentro social y espacial es más limitada, y que la homogeneidad social periférica es más crítica, ya que los valores del índice son nulos en esta zona (ver Mapa 25). Nuevamente, Colima es la ciudad en la que es más probable que suceda contacto entre minorías y mayorías, más si se refiere al centro y norte de la ciudad. Aunque también varias colonias aledañas a estas zonas demuestran algún grado de interacción.

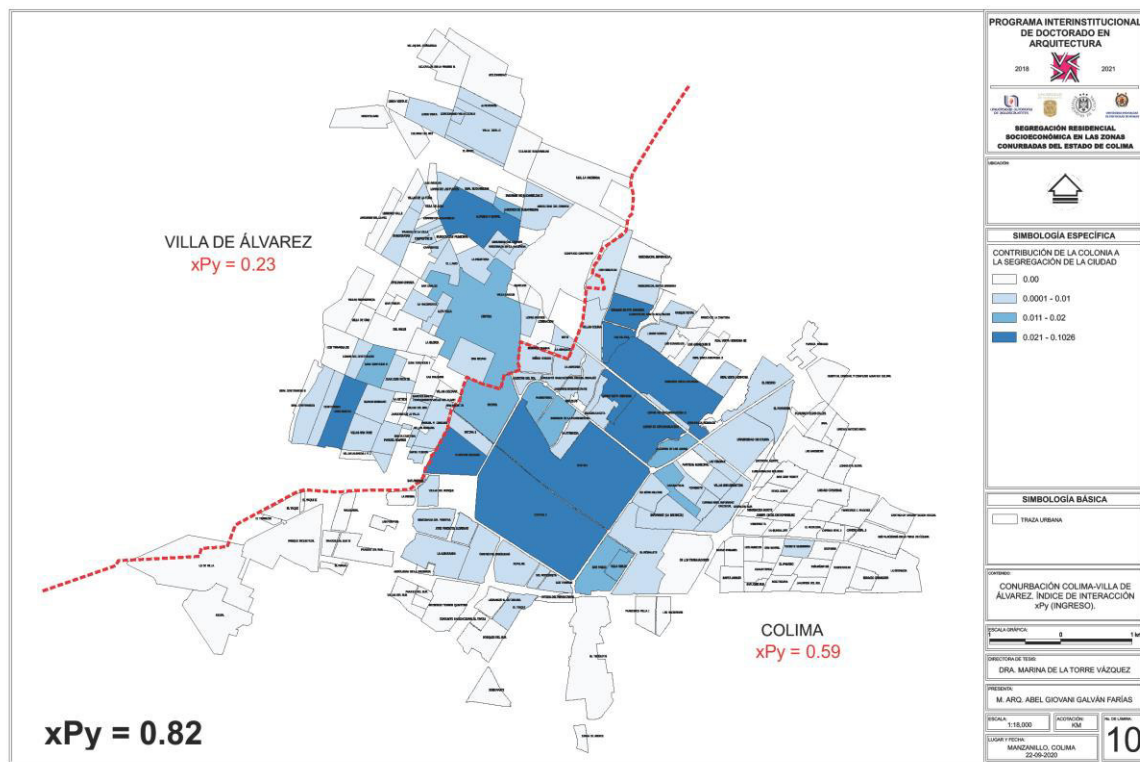
En Villa de Álvarez, los índices de interacción más elevados se tienen al centro, norte y sur de la ciudad, en las colonias Juan José Ríos II, Loma Bonita, Centro, Alfredo V. Bonfil y Jardines de Bugambilias. A pesar de que en la zona centro de esta ciudad no hay una alta densidad del sector de élite, si se considera su distribución espacial a partir del nivel de ingreso de la población, la interacción es mayor a la de muchas otras colonias como consecuencia de la alta presencia del grupo mayoritario. Una situación similar sucede al observar la zona sur, aunque aquí la densidad poblacional de las minorías es más representativa que en el centro de la ciudad.

Respecto a la zona norte, se produce una dinámica de interacción particular, en la que mayorías y minorías coexisten de forma intensa en las primeras colonias fuera del centro de Villa de Álvarez. No obstante, al avanzar a las colonias ubicadas más al norte la interacción se sigue produciendo, pero en menor escala. Esto da cuenta de la importancia que desde la década del 2000 comenzaba a adquirir el extremo norte de la ciudad, ya que en él predomina la población de élite en la actualidad.

Una característica más a destacar de este patrón de interacción por ingreso en la conurbación, es la forma en que los niveles de segregación se van degradando desde las zonas centrales a las periferias, resaltando la importancia que la población otorga a las zonas con

mayor cantidad de servicios. De esta manera, el fenómeno socioespacial se ve favorecido al haber zonas específicas en las que los diferentes estratos económicos interactúan, y se acentúa aún más el hecho de que la segregación ya no puede ser analizada a gran escala en la zona conurbada de Colima-Villa de Álvarez.

Mapa 25. Índice de Interacción por ingreso. Colima-Villa de Álvarez.



Fuente: Elaboración propia.

Para la dimensión de centralidad, el comportamiento de la segregación adopta rasgos muy particulares en cada conurbación, relacionados con la naturaleza policéntrica y la configuración urbana de las mismas. En Colima-Villa de Álvarez, el índice de centralidad es de 0.15 a partir de la variable educación, indicando que la población de élite privilegia ubicaciones con algún grado de proximidad al centro urbano. Sin embargo, el patrón de segregación residencial que se construye al analizar la distribución espacial del grupo minoritario demuestra que este tipo de población tiende a ubicarse en zonas inmediatas al centro urbano, aunque en baja proporción dentro del mismo. Principalmente se emplazan al norte del área conurbada, teniendo mínima presencia al sur, oriente y poniente.



Para la variable ingreso, el panorama de segregación por centralidad es muy similar al ya descrito, teniendo un índice superior que alcanza el 0.34. En este caso, la condición de centralidad de la población de mayores recursos es más pronunciada y el área en la que se ubican mucho más delimitada, conservando su rasgo característico de residir al nororiente de la conurbación, dirección en la cual se desarrollan las ofertas de vivienda de mayor prestigio, pero de forma externa a las inmediaciones del centro urbano. De esta manera, es casi nulo el número de personas de élite que residen dentro del centro urbano, o en otras zonas cercanas al mismo.

Finalmente, en la dimensión de agrupamiento, el resultado del índice es de 0.99 para ambas variables. Dicho valor, en contraste con la distribución socioespacial de la población, refiere un contexto urbano segregado en el que las subunidades espaciales que ocupa cada sector poblacional (minorías y mayorías) están agrupadas de forma similar en la ciudad, con la cualidad de ocupar áreas específicas de acuerdo a su nivel socioeconómico, es decir, al norte las elites, y al sur, oriente y poniente los menos favorecidos. No obstante, el tener un valor ligeramente por debajo de 1, hace suponer que se está desarrollando una disminución en la distancia física entre miembros de grupos contrastantes, dinámica que es reforzada si se observan los patrones segregativos resultantes en la dimensión de concentración.

### *1.2. Conurbación Tecomán-Armería*

En cuanto a las características educativas de la conurbación Tecomán-Armería para el año 2000, la población con instrucción superior representaba el 3.16% respecto a la población total del área urbana conurbada, mientras que aquellos con educación media superior figuraban un 5.85%, lo que significa que sólo una minoría logra acceder a una educación completa. Los porcentajes más altos los conserva la población con primaria incompleta y completa, con el 15.98% y 11.53% respectivamente, seguidos de aquellos con secundaria completa (9.59%) y sin ningún tipo de instrucción (9.48%).

Esto indica que el nivel promedio de educación es menor que en Colima-Villa de Álvarez, lo que traducido a índices de segregación debería exponer una homogeneidad superior de grupos sociales bajos (posiblemente en las periferias) y una concentración de los estratos altos. Asimismo, el grupo mayoritario, de acuerdo con el grado de instrucción, se

conforma por el 56.20% de la población en la zona conurbada, mientras que la esfera de élite representa tan sólo el 3.16%. En conjunto, ambos grupos reúnen al 59.36% de la población de Tecomán-Armería (ver Tabla 17).

Tabla 17. Características educativas de los grupos de población en el 2000.

<b>Indicador</b>	<b>Habitantes</b>	<b>% respecto al total de población<sup>39</sup></b>
Población de 15 años y más sin instrucción.	12,120	9.48
Población de 15 años y más con primaria incompleta.	20,433	15.98
Población de 15 años y más con primaria completa.	14,748	11.53
Población de 15 años y más con secundaria incompleta.	4,809	3.76
Población de 15 años y más con secundaria completa.	12,265	9.59
Población de 18 años y más con instrucción media superior.	7,481	5.85
Población de 18 años y más con instrucción superior.	4,041	3.16

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

En cuanto a sus condiciones económicas, en Tecomán-Armería los sectores que se desarrollan son el industrial, comercial y de servicios, aunque debido a las características del suelo y el clima el que predomina es el agrícola, abriendo diversas oportunidades de empleo para la población. No obstante, se distingue por ser la conurbación con menos capacidad económica del estado, concentrando a la población con menores salarios. Siguiendo con el periodo del 2000, la población que no recibía ingresos por su trabajo figuraba el 1.80%, en tanto aquellos que percibían entre 5 y 10 salarios mínimos mensuales el 1.56%, demostrando un panorama menos favorable que para el resto de las conurbaciones.

El grupo más pequeño lo conforman las personas con más de 10 salarios mínimos mensuales de ingreso siendo el 0.64% de la población, mientras que el más grande se relaciona con quienes obtienen de 1 a 2 salarios mínimos mensuales representando el 14.72%, seguido por los de 2 y hasta 5 salarios mínimos con el 9.64% (ver Tabla 18). El grupo mayoritario que se conformó para el análisis de la segregación corresponde al 33.15% de la

<sup>39</sup> Porcentaje de habitantes y su nivel de instrucción respecto al total de habitantes en la conurbación.

población del área conurbada y el minoritario al 0.64%. En total, ambos grupos constituyen el 33.78% de la población en la conurbación.

Tabla 18. Características de ingreso de los grupos de población en el 2000.

<b>Indicador</b>	<b>Habitantes</b>	<b>% respecto al total de población<sup>40</sup></b>
Población ocupada que no recibe ingreso por trabajo.	2,299	1.80
Población ocupada que recibe menos de un salario mínimo mensual de ingreso por trabajo.	6,941	5.43
Población ocupada que recibe 1 y hasta 2 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	18,820	14.72
Población ocupada con más de 2 y hasta 5 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	12,322	9.64
Población ocupada que recibe más de 5 y hasta 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	2,001	1.56
Población ocupada que recibe más de 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	812	0.64

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

Para ambas variables, el grupo mayoritario representa un porcentaje de la población similar al que se tiene en Colima-Villa de Álvarez, incluso, en cuestión de educación, el porcentaje de población de menores recursos es superior. Sin embargo, la población de élite disminuye considerablemente, teniendo que desde la perspectiva educativa corresponde a un 3.16% mientras que tomando en cuenta el ingreso un 0.64%. Estos datos posibilitan la construcción de un primer panorama de segregación residencial en la conurbación, donde al ser escasa la población acomodada probablemente habrá una inclinación de la misma a concentrarse en las zonas de mayor plusvalía, acceso a servicios y equipamientos, entendidas como aquellas cercanas al centro urbano.

El bajo nivel educativo, aunado a la limitada cantidad de población de altos recursos, posiciona a Tecomán-Armería como la conurbación de menor capacidad económica, dificultando las oportunidades de ascenso social. Esta situación podría estar relacionada con

<sup>40</sup> Porcentaje de habitantes y su nivel de ingreso respecto al total de habitantes en la conurbación.

una homogeneidad social generalizada en la totalidad del área urbana, significando grados de segregación más elevados como consecuencia de las contrastantes diferencias en las proporciones entre mayorías y minorías, situación que será verificada a continuación.

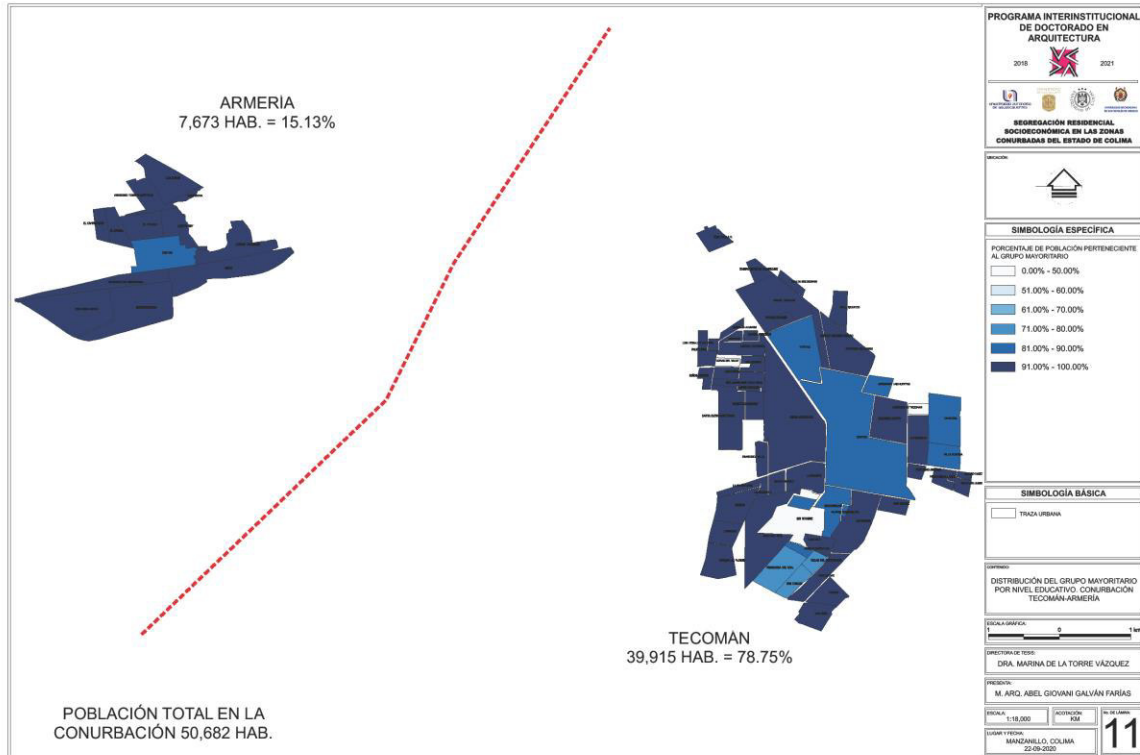
### *1.2.1. Análisis de distribución de grupos*

En Tecomán-Armería, de acuerdo al nivel educativo, el grupo mayoritario representa el 93.88% del total de la población, de los cuales el 78.75% se ubican en la ciudad de Tecomán y el 15.13% restante en Armería. La tendencia que muestra este sector de la población se corresponde con la ocupación de zonas periféricas, habiendo una degradación en la cantidad del mismo conforme se avanza hacia las zonas centrales de ambos municipios (ver Mapa 26). Este patrón de organización socioespacial es aún más evidente en Armería, donde la zona centro se encuentra rodeada por colonias en las que predomina la población de menores recursos.

En Tecomán, el esquema socioespacial no discrepa de lo ya descrito. Sin embargo, la disminución de población del grupo mayoritario que se produce en el área central, así como en algunas colonias periféricas como Chamizal y Villa Florida, no es tan drástica, conservándose una representación de más del 80.00%. Sólo se pueden observar cinco colonias fuera del perímetro central, principalmente al sur de la ciudad, en las que el cambio en la cantidad de población perteneciente al sector de menores recursos es significativo. En Villas del Centenario, San Carlos y Primavera del Real, la presencia del grupo mayoritario varía entre 70.00% y 80.00%, mientras que en Jardines de Tecomán y Lomas del Valle es menor al 50.00%.

Esto da cuenta de una ligera descentralización por parte de las minorías, aunque se estaría hablando en términos relativos debido a que la distancia de dichas colonias con respecto al centro de la ciudad no es representativa. Asimismo, la disminución en la proporción del grupo mayoritario en algunas colonias específicas de la ciudad confirma que, desde la década del 2000, se comenzaba a producir el acercamiento físico de clases sociales, reduciendo la escala de la segregación residencial.

Mapa 26. Distribución del grupo mayoritario por nivel educativo. Tecomán-Armería.



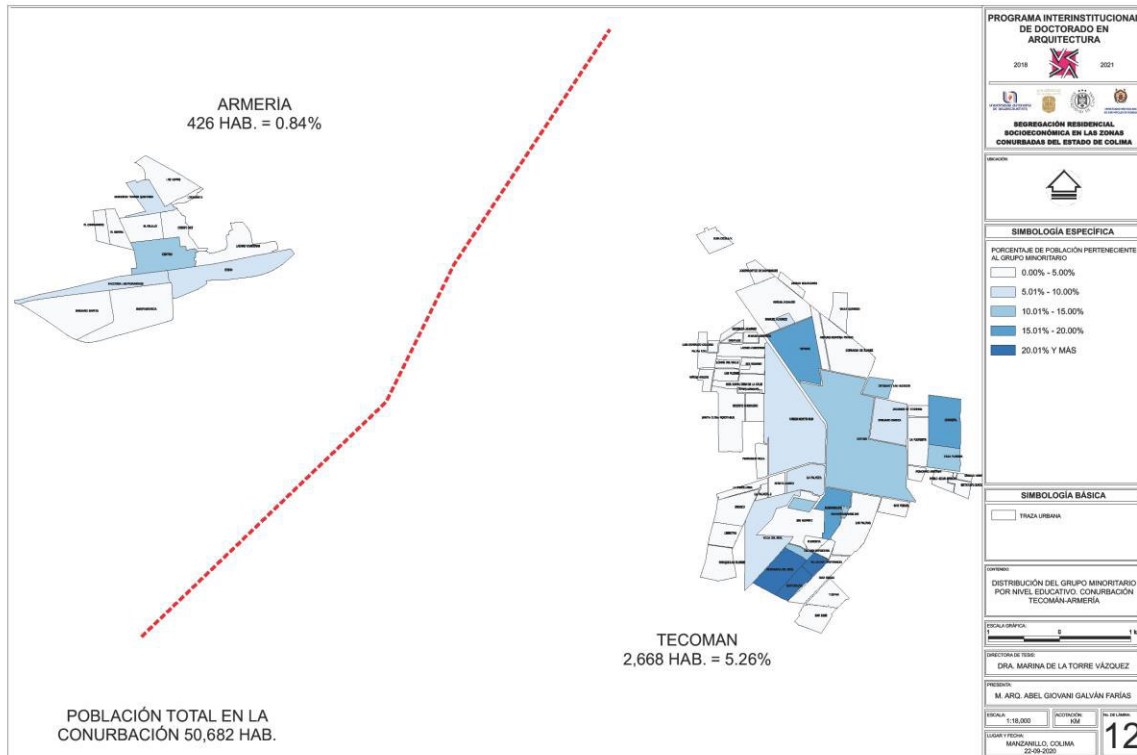
Fuente: Elaboración propia.

Respecto al grupo minoritario, representa el 6.12% de la población en la conurbación, distribuidos el 5.26% en Tecomán y el 0.86% en Armería. En este caso, se observa una dinámica socioespacial contraria a la que presentó el grupo mayoritario, habiendo una concentración superior de la minoría en zonas centrales y en colonias próximas al centro urbano de cada una de las ciudades (ver Mapa 27). Evidentemente, Armería es la ciudad con menor nivel económico en la conurbación ante la baja presencia de población acomodada que reside, sobresaliendo las colonias Gregorio Torres Quintero, al norte, y Hacienda Las Primavera y Ejido, al sur, con una proporción de población de élite que oscila entre el 5.00% y el 10.00%, así como la zona centro, con una variación de entre 10.00% y 15.00%.

Por su parte, Tecomán exhibe un patrón de organización socioespacial de las élites menos definido. En la zona centro de la ciudad es clara la concentración de este grupo, aunque no en la medida en la que se presenta en las colonias Tepeyac, al norte, Chamizal, al oriente, y Bugambilias, Villas del Centenario, Primavera del Real y San Carlos, al sur. Si bien se

establece cierta homogeneidad centralizada, las periferias comienzan a ser habitadas por el sector acomodado, promoviendo la heterogeneidad social, lo cual corrobora que el modelo de segregación centro-periferia se está quedando obsoleto en esta ciudad.

Mapa 27. Distribución del grupo minoritario por nivel educativo. Tecomán-Armería.



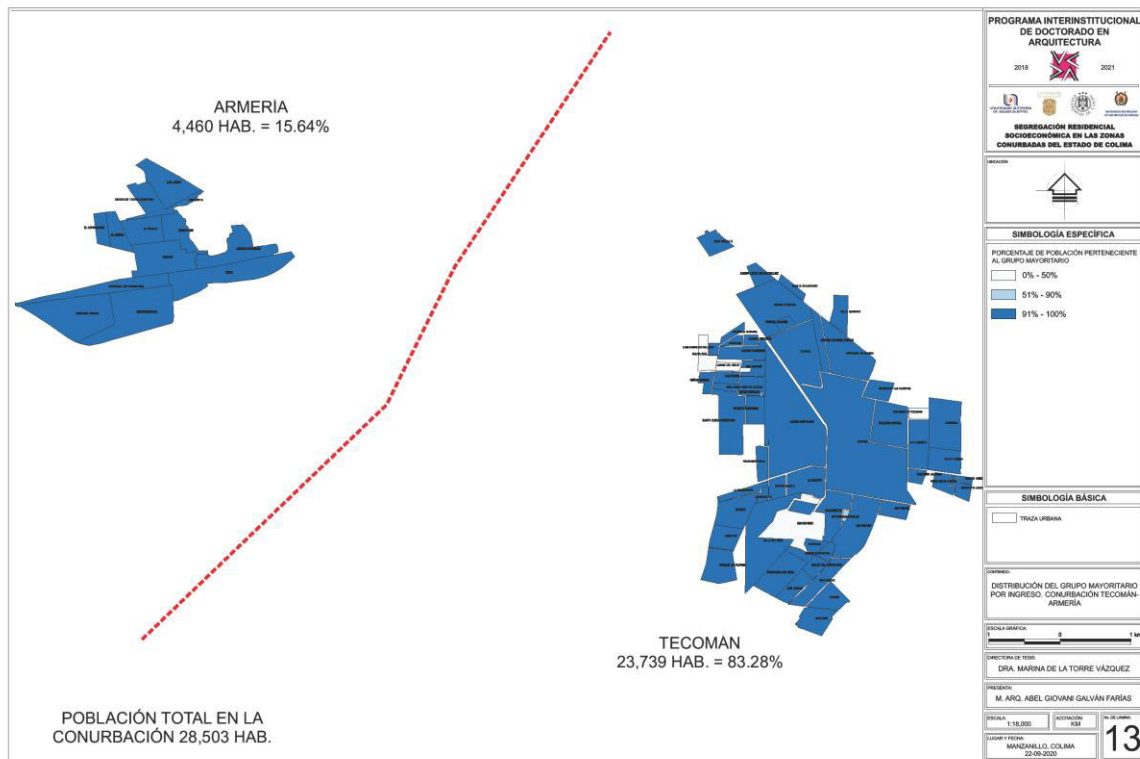
Fuente: Elaboración propia.

Es de notar que, a diferencia de Colima-Villa de Álvarez, en esta conurbación no es posible establecer un patrón socioespacial general como consecuencia de su configuración urbana, en la que la continuidad física del amanzanamiento de ambas ciudades aún no es evidente. Sin embargo, tanto Armería como Tecomán conservan rasgos similares en cuanto a la distribución socioespacial de mayorías y minorías, siendo el caso más notorio de preservación del modelo segregativo europeo centro-periferia, aunque ya se están generando indicios de su acercamiento hacia las formas contemporáneas de organización espacial de la población, en las que es característica la descentralización de las minorías.

Por otra parte, considerando la variable ingreso, la organización espacial de estratos se vuelve más crítica, construyéndose un panorama segregativo en el que predomina la

homogeneidad social. El grupo mayoritario, cuya representación sobre el total de población en la conurbación es exponencial con un 98.92%, tiene una distribución completamente homogénea en la totalidad de las colonias de la conurbación. Esto es, en toda el área urbana de Tecomán-Armería entre el 90.00% y 100.00% de los habitantes pertenecen al grupo de menores recursos, ubicándose el 83.28% en Tecomán y el 15.64% en Armería (ver Mapa 28).

Mapa 28. Distribución del grupo mayoritario por ingreso. Tecomán-Armería.

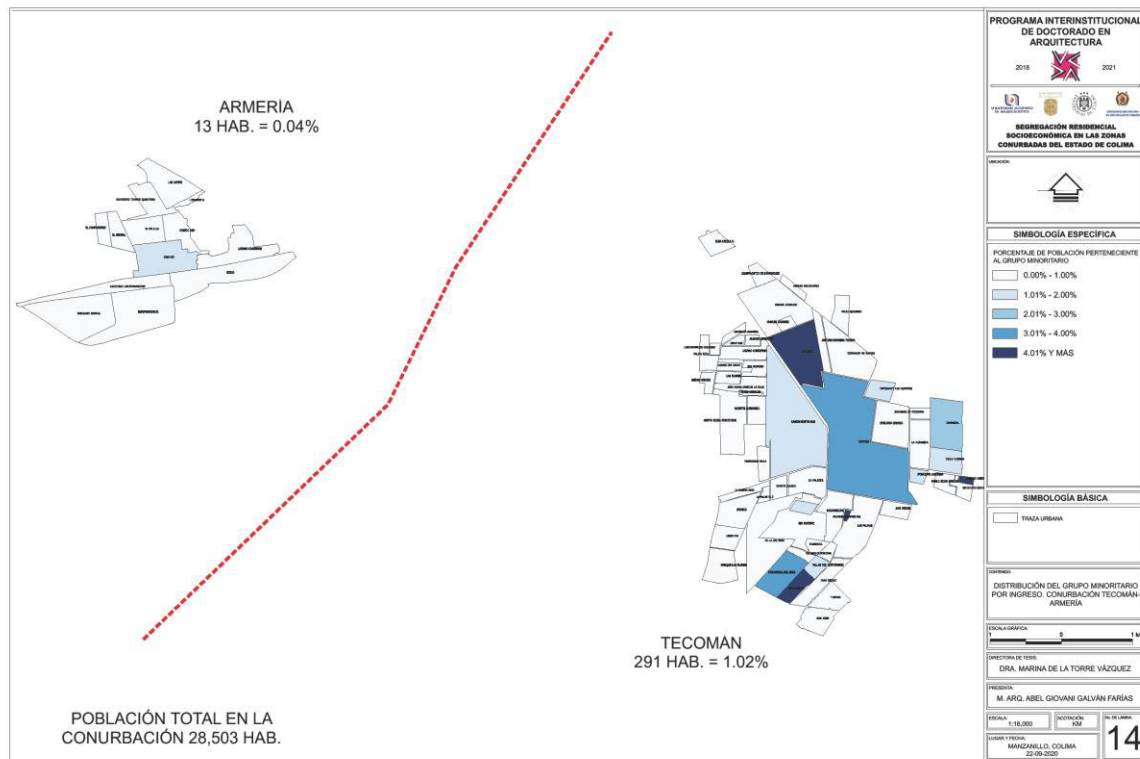


Fuente: Elaboración propia.

En cambio, el grupo minoritario se compone por el 1.06% de la población total en la conurbación, distribuyéndose el 1.02% en Tecomán y tan sólo el 0.04% en Armería. A diferencia de la variable educación, el porcentaje de población minoritaria disminuye drásticamente, demostrándose en ambas ciudades una tendencia de alta concentración de las élites en las zonas centrales (ver Mapa 29). En Armería, la colonia centro es la única que tiene presencia del sector de altos recursos, quedando rodeada por un cinturón de áreas habitadas en su totalidad por miembros de la mayoría, mientras que Tecomán presenta una

concentración de las minorías en la zona central y en algunas colonias aledañas, conformándose un centro urbano dividido con distintas representaciones del grupo de élite. No obstante, la mayor proporción del grupo de altos recursos se localiza al norte, oriente y sur de la ciudad, que corresponde a las colonias Tepeyac, Palmas Bugambilias, San Carlos y la Unidad Habitacional Sedena, todas con una proporción de población superior al 4.00%, exponiendo la paulatina apropiación de las periferias por parte del sector acomodado.

Mapa 29. Distribución del grupo minoritario por ingreso. Tecomán-Armería.



Fuente: Elaboración propia.

Este primer acercamiento a la distribución socioespacial de los grupos de altos y bajos recursos deja entrever que la situación económica de la conurbación no es ejemplar, mucho menos la de la ciudad de Armería. La densidad de la población menos acomodada supera en demasía a la de las élites, más si se considera la variable de nivel de ingreso, causando que estos últimos se concentren en las mejores colonias de cada ciudad, principalmente en la zona central, manteniendo el reconocido patrón segregativo de centro-periferia. Aunque se observa que éste se ha comenzado a modificar acortando la distancia física entre estratos.



Dicha situación tiene que ver con la forma en que opera la conurbación pues, debido a su baja capacidad económica las oportunidades de subir peldaños en la escala social son limitadas, de forma que quienes se encuentran en posiciones ventajosas luchan por mantenerse en ese sitio y buscan agruparse. Sin embargo, esto no obliga al resto de la población de mayores carencias a habitar fuera del perímetro central, ya que su presencia es generalizada en la conurbación, habiendo colonias específicas al centro y en las periferias en las que la densidad de las minorías es más representativa.

### *1.2.2. Análisis de índices y patrones de segregación*

Una vez expuesta la forma de distribución de los grupos mayoritario y minoritario, se procede a analizar los índices de segregación de la conurbación de Tecomán-Armería. Al igual que sucede en Colima-Villa de Álvarez, los resultados demuestran que el panorama de segregación residencial presentaba niveles considerables, en algunas dimensiones del fenómeno, en la década del 2000. Esto es, los índices de disimilaridad y concentración superan el 0.30, lo cual se relaciona con un grado de segregación elevado, y más para una ciudad media de tales características urbanas y económicas.

Tomando como referencia la variable educativa, el contexto segregativo es menos crítico, aunque los valores continúan siendo elevados. En la dimensión de uniformidad, el índice de disimilaridad (D) es de 0.37, valor superior al de Colima-Villa de Álvarez a pesar de ser Tecomán-Armería una conurbación de dinámicas, económicas, sociales y urbanas de menor magnitud. Esta cifra se vincula con un desequilibrio entre las proporciones de cada grupo que habita las subunidades espaciales y la proporción que representan en la ciudad vista en conjunto. Es decir, hay colonias altamente pobladas por individuos de menores recursos y con ausente población acomodada, lo cual aporta a la disimilaridad del caso.

Para la dimensión de concentración, el índice delta (D) es de 0.32, indicando la existencia de espacios específicos en los que se ubican las minorías (ver RCE) es de 1.31, casi el doble del valor obtenido a partir del nivel educativo, refiriendo que la ocupación de las zonas centrales y peri-centrales por parte del sector de elite es incuestionable.

Para el índice de concentración (DEL) el valor es de 0.30, lo que hace suponer que la segregación es menor. Sin embargo, la situación no es de esa manera, sino que al tener un

grupo de élite más reducido su densidad de ocupación es menor en las colonias, las cuales conservan la misma extensión territorial. En consecuencia, se produce una aparente disminución del índice delta relacionada con la baja cantidad de habitantes del grupo minoritario ocupando una superficie mayor del territorio, lo que en realidad indica una concentración superior de dicho grupo en el espacio urbano. Y finalmente, el índice de proximidad espacial (SP) es de 0.99, valor similar al obtenido en la variable educación, correspondiéndose con la explicación realizada con anterioridad en la que se exponen dos panoramas segregativos divergentes.

Al igual que en la conurbación Colima-Villa de Álvarez, la discrepancia entre los valores de los índices de segregación que resultan de acuerdo a cada una de las variables, se debe a la modificación en las proporciones de los grupos de población. A partir del ingreso, la segregación residencial incrementa como consecuencia de la disminución del grupo minoritario, que en este caso es exponencial. Sin embargo, el grado de segregación que se tiene al segmentar grupos sociales por nivel de ingreso o educativo es elevado en la conurbación de Tecomán-Armería, evidenciando la complejidad de las dinámicas socioespaciales que las ciudades medias del estado de Colima han adquirido.

Tabla 19)RCE) es de 1.31, casi el doble del valor obtenido a partir del nivel educativo, refiriendo que la ocupación de las zonas centrales y peri-centrales por parte del sector de elite es incuestionable.

Para el índice de concentración (DEL) el valor es de 0.30, lo que hace suponer que la segregación es menor. Sin embargo, la situación no es de esa manera, sino que al tener un grupo de élite más reducido su densidad de ocupación es menor en las colonias, las cuales conservan la misma extensión territorial. En consecuencia, se produce una aparente disminución del índice delta relacionada con la baja cantidad de habitantes del grupo minoritario ocupando una superficie mayor del territorio, lo que en realidad indica una concentración superior de dicho grupo en el espacio urbano. Y finalmente, el índice de proximidad espacial (SP) es de 0.99, valor similar al obtenido en la variable educación, correspondiéndose con la explicación realizada con anterioridad en la que se exponen dos panoramas segregativos divergentes.

Al igual que en la conurbación Colima-Villa de Álvarez, la discrepancia entre los valores de los índices de segregación que resultan de acuerdo a cada una de las variables, se debe a la modificación en las proporciones de los grupos de población. A partir del ingreso, la segregación residencial incrementa como consecuencia de la disminución del grupo minoritario, que en este caso es exponencial. Sin embargo, el grado de segregación que se tiene al segmentar grupos sociales por nivel de ingreso o educativo es elevado en la conurbación de Tecomán-Armería, evidenciando la complejidad de las dinámicas socioespaciales que las ciudades medias del estado de Colima han adquirido.

**Tabla 19. Índices de segregación, conurbación Tecomán-Armería..** Si bien, la presencia del sector de élite en la conurbación es limitado, en algunas colonias la densidad poblacional del grupo es superior al resto, abonando a la segregación residencial. Por otro lado, el índice de interacción ( $xPy$ ) es de 0.88, el cual se corresponde con un 88.00% de posibilidad de que un miembro del grupo minoritario comparta la misma ubicación física con un miembro del grupo mayoritario. Este índice también resultó ser más alto que en Colima-Villa de Álvarez, y se debe a la baja cantidad de población de altos recursos que hay en la conurbación, aumentando sus probabilidades de contacto con el grupo contrario.

Respecto al índice de centralidad relativa (RCE), es de 0.67, refiriendo que hay una cercanía pronunciada del sector acomodado hacia el centro de la conurbación, entendido como la colonia centro de la ciudad de Tecomán, situación que tiende a relacionarse con altos grados de segregación al significar que hay una degradación de estratos sociales conforme se avanza hacia las periferias. Por último, el índice de proximidad espacial (SP) es de 0.99, abriendo campo a dos interpretaciones socioespaciales. La primera es que, al ser cercano a 1, el valor podría ser relacionado con la idea de un agrupamiento similar de ambos grupos en el territorio urbano; y la segunda, que al ser una centésima menor a 1, la distancia entre miembros de grupos de distinta condición económica es menor que entre miembros de su mismo grupo. No obstante, al considerar la forma de organización socioespacial de la sociedad en la conurbación, la proximidad espacial está más en función de la primera forma de interpretar esta dimensión de la segregación.

Por otra parte, al utilizar la variable ingreso, los niveles de segregación residencial aumentan exponencialmente en algunas de las dimensiones. Por ejemplo, la disimilaridad

(D) es de 0.56, teniendo que es 50.00% más elevada que la que resulta de aplicar la variable educación, e indicando una distribución aún más inequitativa de estratos en la conurbación; el índice de interacción (xPy) es de 0.96, lo que indica que el grado potencial de encuentro entre un miembro del grupo minoritario y uno del grupo mayoritario es de 96.00%, un 8.00% mayor que el anterior, trazándose un panorama socioespacial menos agresivo, que visto desde la perspectiva de las mayorías, sus oportunidades de contacto hacia con los habitantes de altos recursos se ven disminuidas debido a su baja representación en la conurbación; y el índice de centralidad relativa (RCE) es de 1.31, casi el doble del valor obtenido a partir del nivel educativo, refiriendo que la ocupación de las zonas centrales y peri-centrales por parte del sector de elite es incuestionable.

Para el índice de concentración (DEL) el valor es de 0.30, lo que hace suponer que la segregación es menor. Sin embargo, la situación no es de esa manera, sino que al tener un grupo de élite más reducido su densidad de ocupación es menor en las colonias, las cuales conservan la misma extensión territorial. En consecuencia, se produce una aparente disminución del índice delta relacionada con la baja cantidad de habitantes del grupo minoritario ocupando una superficie mayor del territorio, lo que en realidad indica una concentración superior de dicho grupo en el espacio urbano. Y finalmente, el índice de proximidad espacial (SP) es de 0.99, valor similar al obtenido en la variable educación, correspondiéndose con la explicación realizada con anterioridad en la que se exponen dos panoramas segregativos divergentes.

Al igual que en la conurbación Colima-Villa de Álvarez, la discrepancia entre los valores de los índices de segregación que resultan de acuerdo a cada una de las variables, se debe a la modificación en las proporciones de los grupos de población. A partir del ingreso, la segregación residencial incrementa como consecuencia de la disminución del grupo minoritario, que en este caso es exponencial. Sin embargo, el grado de segregación que se tiene al segmentar grupos sociales por nivel de ingreso o educativo es elevado en la conurbación de Tecomán-Armería, evidenciando la complejidad de las dinámicas socioespaciales que las ciudades medias del estado de Colima han adquirido.

Tabla 19. Índices de segregación, conurbación Tecomán-Armería.

<i>Conurbación</i>	<b>Población</b>	<b>D</b>	<b>DEL</b>	<b>xPy</b>	<b>RCE</b>	<b>SP</b>
--------------------	------------------	----------	------------	------------	------------	-----------

<i>Tecomán - Armería</i>						
<i>Ingreso</i>	28,503	0.564	0.305	0.96	1.31	0.998
<i>Educación</i>	50,682	0.379	0.326	0.88	0.67	0.999

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

Teniendo un panorama más claro del comportamiento de la segregación residencial en la conurbación de Tecomán-Armería, se procederá al análisis de los índices de segregación representados en forma gráfica. La intención es evidenciar que los patrones segregativos de esta ciudad comenzaban a demostrar, desde la década del 2000, una fragmentación social del territorio similar a lo que ocurre en las grandes ciudades actuales. Dicha situación probablemente se ha venido agravando con el tiempo, adoptando el modelo segregativo de élites descentralizadas que ha terminado por reducir la escala con que se tiene que observar este fenómeno socioespacial.

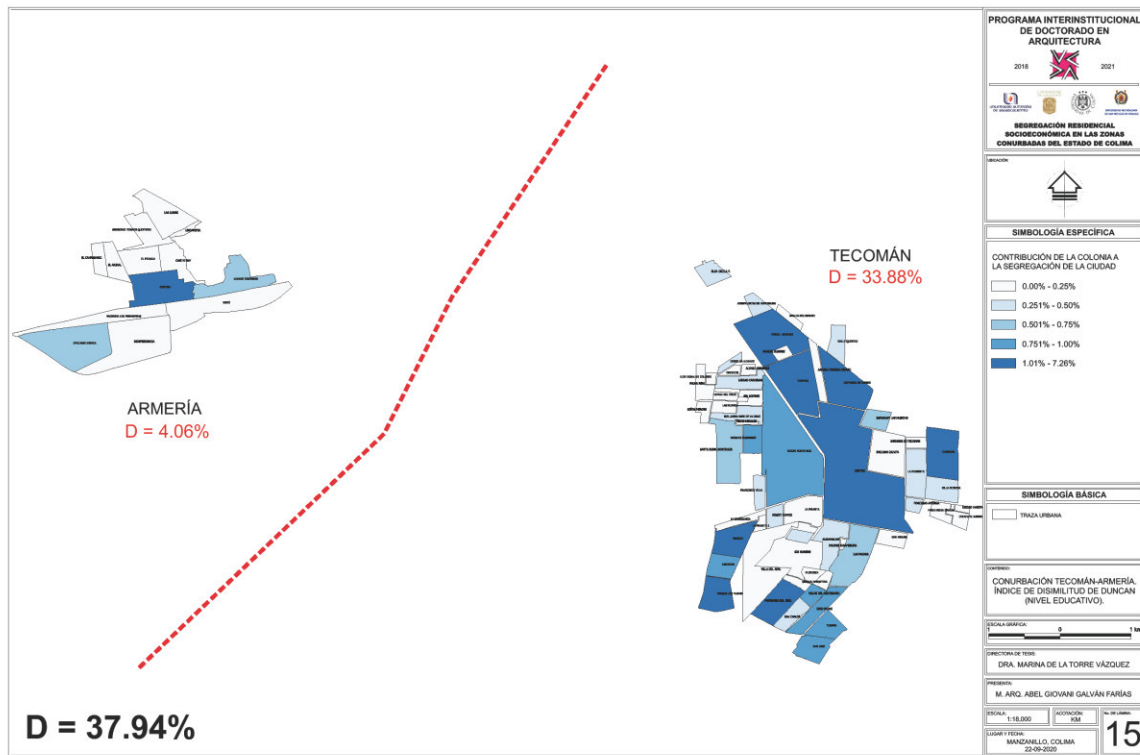
Desde la perspectiva del nivel educativo, el índice de disimilaridad (D) de la conurbación es de 37.94%, de los cuales el 33.88% los aporta Tecomán y el 4.06% Armería (ver Mapa 30). La ciudad de Tecomán tiene un aporte superior para la segregación en la dimensión de uniformidad, ya que alberga cantidades considerables del grupo mayoritario en colonias periféricas, como San José, Parque las Flores, Indeco y Chamizal, así como proporciones elevadas del grupo minoritario en la zona centro y algunas colonias al sur, destacando Primavera del Real y Díaz Ordaz. La zona centro y norte conforman un área con cierto grado de homogeneidad, y es donde la disimilaridad resulta más elevada, mientras que al oriente y sur la situación se vuelve heterogénea, habiendo colonias con bajos niveles de disimilaridad próximas a otras con índices superiores.

La ciudad de Armería tiene un aporte por mucho inferior para esta dimensión de la segregación. En este caso, la disimilaridad es superior en la zona centro, situación que no resulta anómala pues es donde se ubica la mayor proporción del grupo acomodado como consecuencia de los beneficios a los que pueden acceder. En el resto de las colonias, la disimilaridad mantiene niveles más bajos debido a que son ocupadas, casi en su totalidad, por habitantes del sector menos acomodado, y su proporción se asemeja a la del grupo en la ciudad, de forma que se construye una amplia zona en condición de homogeneidad al norte

y otra al sur, en las que la vivienda autoconstruida de baja calidad es característica. Las colonias Emiliano Zapata y Lázaro Cárdenas se posicionan como casos específicos en los que hay una mínima presencia del grupo de élite, lo cual se traduce en un grado de disimilitud superior al de las otras subunidades espaciales, aunque inferior al de la zona central.

De esta forma, se puede referir que es en las periferias de ambas ciudades donde se ubica un alto porcentaje de la población de menores recursos, habiendo una situación de homogeneidad periférica más notoria en Armería, que a pesar de ser la ciudad más pequeña de las tres conurbaciones demuestra ser el ejemplo más claro del modelo segregativo centro-periferia. Asimismo, los centros urbanos se consolidan como las zonas de mayor atracción para las elites, provocando que la segregación residencial se reproduzca debido a su sobrerrepresentación en áreas específicas. No obstante, en algunas colonias periféricas, la disimilitud también se ve incrementada por la alta concentración de las mayorías más que por la presencia de minorías.

Mapa 30. Índice de Disimilitud por nivel educativo. Tecomán-Armería.



Fuente: Elaboración propia.

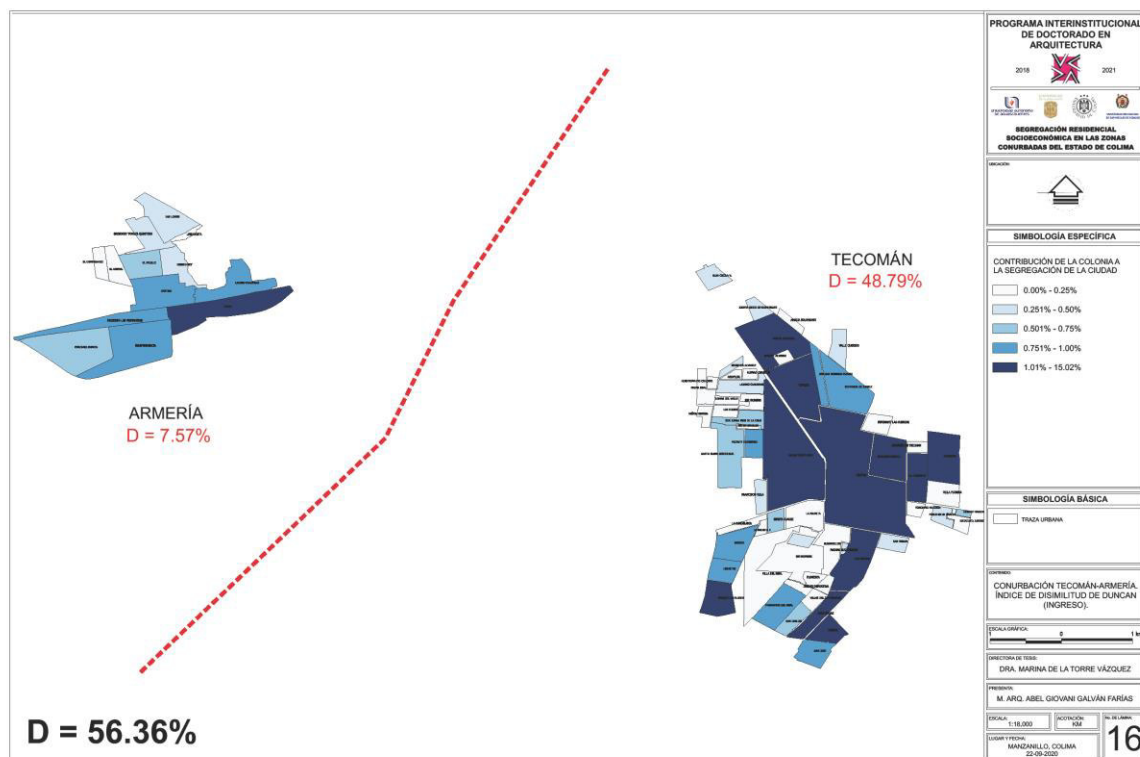
El esquema de segregación que expone la conurbación está relacionado con el lento proceso de desarrollo urbano que ha tenido y el amplio parque habitacional autoconstruido que existe, más si se refiere a la ciudad de Armería. Su carente situación económica y urbana no ha permitido que la descentralización del sector acomodado se produzca a gran escala, sino que aún se prioriza la inversión en zonas centrales por parte del estado y particulares, permitiendo que el patrón tradicional de segregación de las ciudades latinoamericanas se conserve. Sin embargo, la conurbación no queda exenta de la presencia de fraccionamientos en los que predomina la vivienda de interés social financiada por Infonavit y Fovissste, la cual se ubica en zonas alejadas del centro urbano (por ejemplo, Primavera del Real y San Carlos) y es dirigida al público de medianos y bajos recursos.

Ahora bien, al observar el índice de disimilaridad (D) a partir de la variable ingreso, el valor se eleva para alcanzar un 56.36% en la totalidad de la zona conurbada, aportando el 48.79% la ciudad de Tecomán y el 7.57% Armería (ver Mapa 31). Evidentemente, la segregación adopta niveles más críticos, aunque conserva algunas cualidades del patrón socioespacial analizado anteriormente, como el hecho de un alto grado de disimilitud en la zona central de Tecomán que se extiende hacia el norte (área que se puede considerar como el cono de alta renta), sur y oriente de la ciudad, configurando una amplia zona en condición de homogeneidad.

En cambio, las periferias exponen una heterogeneidad superior, principalmente al sur y poniente de la ciudad. Aquí, la disimilaridad se mantiene en niveles más bajos que en la zona centro, y se vincula con el desproporcionamiento del grupo mayoritario respecto a su representación en la ciudad más que por la presencia del grupo minoritario. Esta situación encuentra su relación con la disminución tan pronunciada que tiene el sector de élite al considerar la cuestión del ingreso, el cual representa el 1.06% de la población total en la conurbación y demuestra una tendencia de ocupación del centro urbano con una paulatina extensión hacia el norte de la ciudad, motivo por el cual la segregación residencial se ve aumentada en estas zonas.

En Armería, también se generan algunas características particulares en el patrón segregativo al modificar la variable de aplicación. Por ejemplo, la disimilaridad se eleva en la totalidad del área urbana, teniendo el mayor grado de segregación en la colonia Ejido al albergar una gran cantidad de población del grupo mayoritario y tener una nula presencia del grupo minoritario. La zona Centro, junto con las colonias Lázaro Cárdenas, Independencia y Hacienda Las Primavera, conforman un polígono de superficie considerable donde la segregación también alcanza niveles significativos (entre 0.75% y 1.00%), pero en menor medida que la colonia Ejido. En este caso, la disimilaridad de la colonia centro sí se debe a la presencia del sector de élite, mientras que en el resto tiene que ver con la alta concentración de las mayorías. En general, Armería se consolida como la ciudad de mayores carencias, habiendo una sobrepoblación del sector de menores recursos, lo cual detona grados de segregación residencial elevados y una dinámica socioespacial en la que el desequilibrio de ocupación territorial de grupos es rasgo distintivo.

Mapa 31. Índice de Disimilitud por ingreso. Tecomán-Armería.



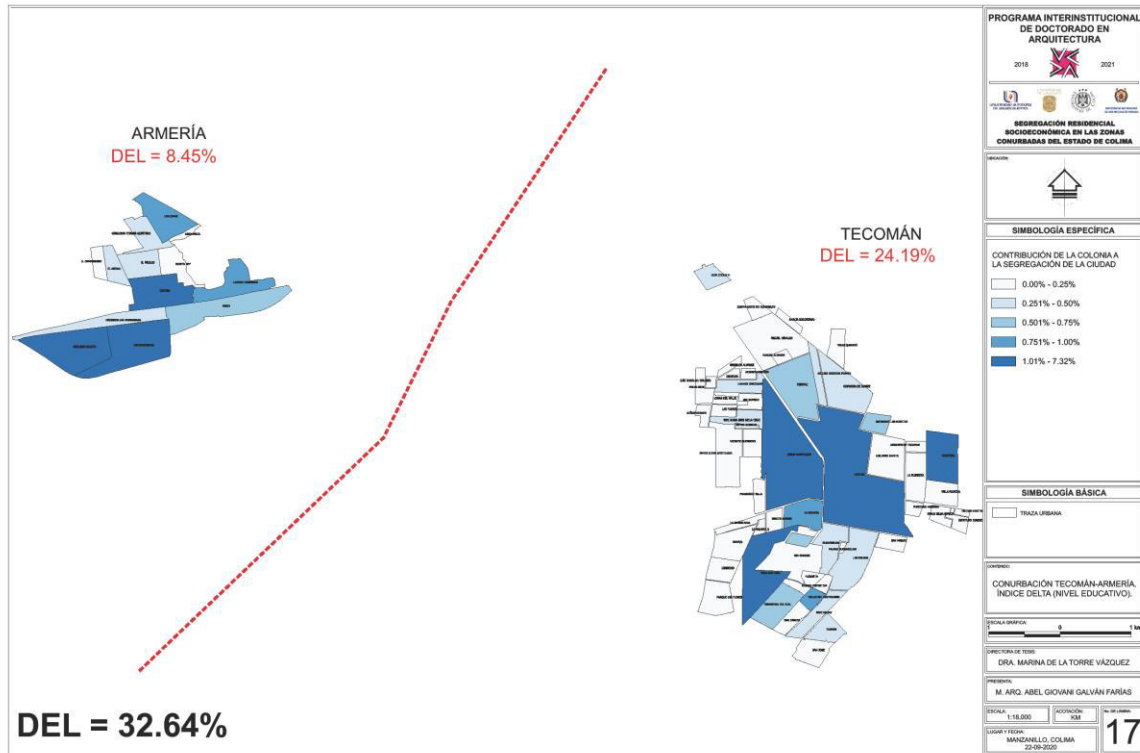
Fuente: Elaboración propia.



Por otra parte, el índice delta (DEL) calculado considerando la variable de nivel educativo, tiene un valor de 32.64%, correspondiendo 24.19% a Tecomán y 8.45% a Armería. El patrón socioespacial, en la dimensión de concentración, muestra una fuerte ocupación de las zonas centrales por parte de las élites, habiendo algunas colonias periféricas en las que se aprecia una alta proporción del mismo grupo, como Chamizal y Villa del Real, en Tecomán, e Independencia y Emiliano Zapata, en Armería. Asimismo, la segregación se vuelve más heterogénea en las colonias que rodean el perímetro central, evidenciando una degradación de los niveles de concentración de las minorías al avanzar hacia la periferia, dando cuenta de la importancia que la sociedad acomodada otorga al centro urbano (ver Mapa 32).

Nuevamente, es Tecomán la ciudad con mayor aporte para la segregación residencial, situación relacionada con el alto porcentaje de población de menores recursos que habitan y la escasa cantidad de personas acomodadas residiendo en áreas específicas de su territorio. Además, los altos niveles de concentración en algunas colonias alejadas del centro urbano son un indicio de la descentralización de las élites en la ciudad, que a pesar de establecerse como la conurbación con menor capacidad económica y, consecuentemente, con el desarrollo urbano más lento, ha sido acaparada por las tendencias segregativas que abaten a zonas urbanas de mayor magnitud en la actualidad. En Armería, la dinámica segregativa se produce de forma similar, independientemente de ser la ciudad más pequeña y de mayores carencias urbanas, evidenciando una reducción en la escala de este fenómeno socioespacial.

Mapa 32. Índice Delta por nivel educativo. Tecomán-Armería.



Fuente: Elaboración propia.

En cuanto al índice delta (DEL) calculado de acuerdo al nivel de ingreso, su valor es de 30.52%, aportando el 29.69% la ciudad de Tecomán y el 0.83% Armería. En este caso sucede algo particular, el nivel de segregación disminuye comparado con el que resulta de aplicar la variable educación, pero el patrón socioespacial que se construye refleja una situación de segregación más agresiva. Esto debido al mínimo porcentaje que representa la población de élite respecto al total de población en la conurbación y a la proporción de superficie urbana que ocupan, ya que ambos aspectos afectan la fórmula de cálculo para esta dimensión de la segregación.

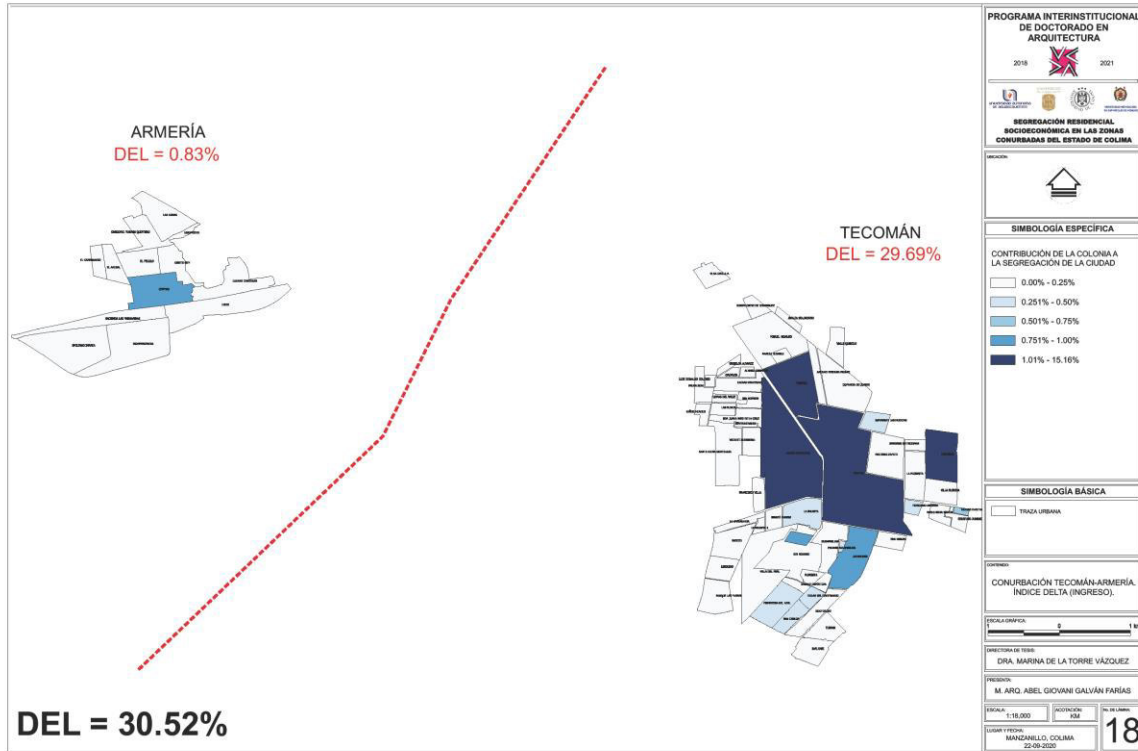
Es decir, la concentración será más elevada si es mayor la densidad poblacional del grupo minoritario en una colonia, pero si en la misma colonia la densidad de ese grupo disminuye, el valor del índice será menor, lo cual no se corresponde necesariamente con la disminución de la segregación. Este tipo de casos, un tanto confusos, acentúan la necesidad de realizar análisis específicos de segregación para cada ciudad y dan cuenta de lo complejo

que resultan las comparaciones entre estudios como consecuencia de las características particulares que guarda cada zona urbana.

En este sentido, el patrón de segregación que se observa en la conurbación es más claro, demostrando una intensa concentración de las minorías en el centro urbano. En Armería se reproduce en su totalidad el modelo segregativo, característico de las ciudades latinoamericanas, de centro-periferia. Esto es, la zona centro como único sitio con presencia del estrato de élite, queda rodeada por el resto de las colonias en las que no hay concentración de este grupo. Por su parte, Tecomán expone una alta concentración de las minorías en las colonias centrales, habiendo una ligera tendencia hacia la ocupación de la zona norte. Al igual que Armería, el centro urbano de esta ciudad también queda rodeado por colonias con bajo o nulo nivel de concentración de las élites, habiendo una disminución de este tipo de población conforme aumenta la distancia respecto a la zona central (ver Mapa 33).

No obstante, algunas colonias periféricas como Chamizal, San Carlos y Primavera del Real, y otras apenas fuera del perímetro del centro urbano como Las Palmas, La Palmita e Infonavit las Huertas, presentan grados considerables de concentración del sector de altos recursos. En general, las periferias se consolidan como una amplia zona en condición de homogeneidad, en las que la presencia de la población acomodada es nula, salvo en algunas colonias ubicadas al sur y oriente de la ciudad, lo cual podría estar relacionado con el comienzo de una dinámica de descentralización de élites cimentada por la apertura de nuevos modelos habitacionales, como son los fraccionamientos en formato cerrado.

Mapa 33. Índice Delta por ingreso. Tecomán-Armería.



Fuente: Elaboración propia.

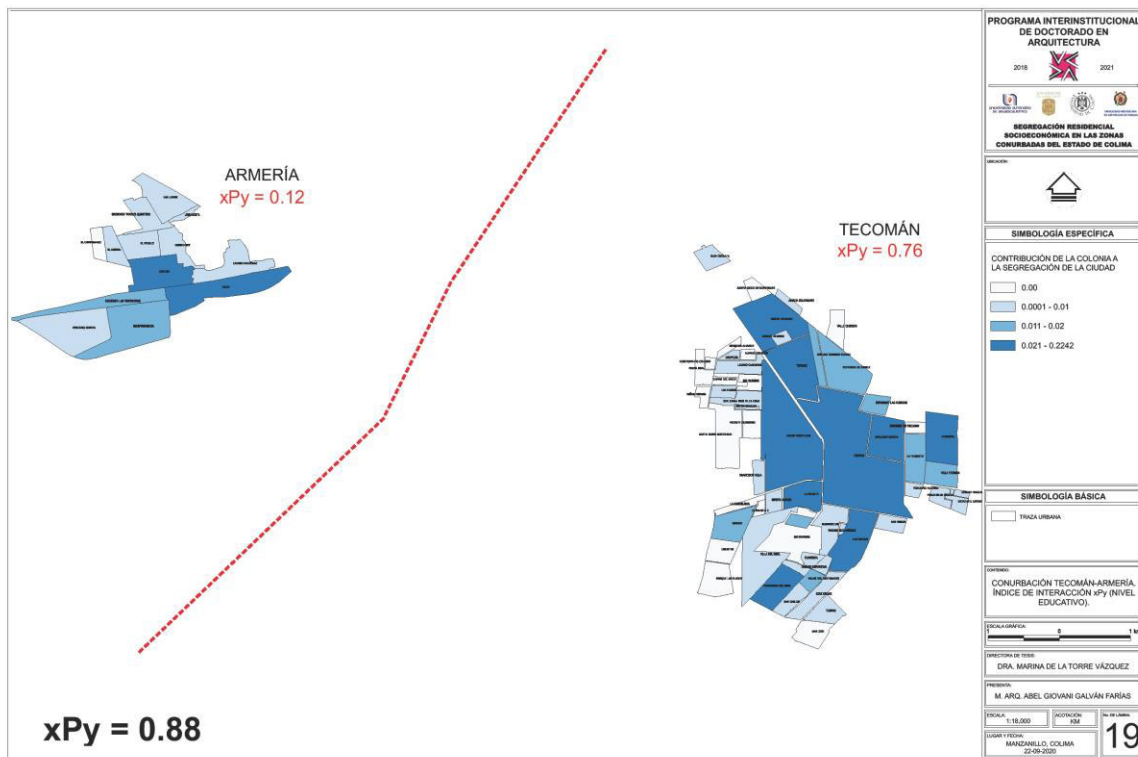
Para la dimensión de interacción (xPy), y de acuerdo a la variable de nivel educativo, el valor del índice es de 0.88 en la zona conurbada, indicando que la probabilidad de contacto entre un miembro del grupo minoritario y uno del grupo mayoritario es alta, pues por cada individuo de élite pueden existir hasta 8.80 personas de escasos recursos en el mismo espacio geográfico, situación que no es generalizada para la totalidad de las colonias. Tecomán aporta el 0.76 y Armería el 0.12 del índice a nivel conurbación, teniendo mayor posibilidad de encuentro las minorías que habitan en la primera ciudad (ver Mapa 34). La zona centro y norte de Tecomán registran la mayor probabilidad de encuentro entre minorías y mayorías, ya que es ahí donde se localiza una gran parte del sector acomodado, a la vez que un alto porcentaje de población de escasos recursos.

Para Armería, el esquema de segregación por interacción no discrepa demasiado de lo que sucede en Tecomán, siendo la zona central el sitio en el que se puede producir con más facilidad el encuentro entre minorías y mayorías al ser altamente ocupada por ambos

estratos sociales. En las periferias de las dos ciudades el índice de interacción resultó menor, principalmente al norte y sur de Armería, y al poniente y sur de Tecomán. Esta disminución en el grado de interacción, que se traduce como un aumento en la segregación, se debe a la baja ocupación del grupo de élite en áreas alejadas del centro de la ciudad, corroborando la existencia del patrón socioespacial de centro-periferia en esta conurbación.

Colonias como Independencia y Hacienda Las Primaveras, en Armería, y Las Palmas, Primaveras del Real y Chamizal, en Tecomán, son algunas de las pocas subunidades espaciales periféricas que tienen algún grado de interacción. De esta manera, el patrón de segregación que se observa demuestra una homogeneidad superior en las zonas centrales de la conurbación, mientras que en las periferias predomina la heterogeneidad.

Mapa 34. Índice de Interacción por nivel educativo. Tecomán-Armería.



Fuente: Elaboración propia.

La dimensión de interacción, analizada de acuerdo al nivel de ingreso, tiene como resultado un índice de 0.96, del cual 0.92 lo aporta Tecomán y 0.04 Armería, dando lugar a una situación de segregación similar a lo que sucede en la dimensión de concentración, e

incluso a lo que sucede en la conurbación de Colima-Villa de Álvarez. Es decir, un mayor grado de interacción no significa obligatoriamente el retroceso de los procesos segregativos, sino que, por el contrario, puede estar relacionado con una configuración socioespacial en la que el distanciamiento entre grupos es más pronunciado. Esto como resultado de las características sociales, urbanas y económicas propias de la conurbación.

En un sentido positivo, tener un índice de interacción elevado hace pensar, en primera instancia, que la segregación no es elevada, pues se refiere a una alta probabilidad de coexistencia de minorías y mayorías en el mismo espacio geográfico, teniendo que por cada miembro del primer grupo puede haber hasta 9.60 miembros del segundo. Sin embargo, desde una perspectiva adversa, ese mayor grado de interacción indica una concentración superior de las élites en áreas específicas de la ciudad, las cuales estarían funcionando como espacios de reproducción de la segregación residencial.

Entonces, a pesar de tener un índice de interacción que aparenta ser positivo, el patrón de segregación demuestra ser más crítico que el anterior. En Armería, sólo es posible que la interacción intergrupala suceda en la colonia centro, ya que es el único sitio donde hay presencia del estrato socioeconómico alto. El resto de áreas urbanas de esta ciudad tienen una interacción nula, convirtiéndose en un gran cinturón en condición de homogeneidad que rodea al centro urbano (ver Mapa 35). La configuración socioespacial de Armería tiene un aporte significativo para la segregación en la conurbación, demostrando que la ciudad se encuentra fragmentada socialmente y se privilegia la ocupación central por parte de las minorías, mientras que las mayorías menos acomodadas habitan las zonas periféricas debido a su incapacidad para acceder a mejores ubicaciones.

En Tecomán, la interacción se desarrolla con más intensidad en las zonas centro y norte de la ciudad, las cuales se encuentran rodeadas por colonias en las que la interacción sucede en menor medida o no sucede. Las colonias con los mayores niveles de interacción son Unión Norte-Sur, Tepeyac, Miguel Hidalgo y Cofradía de Juárez, al norte, La Palmita y Primavera del Real, al sur, y Chamizal, al oriente. Las últimas dos subunidades espaciales se encuentran fuera del perímetro central, consolidándose como áreas urbanas aisladas que conservan la característica de estar rodeadas por colonias de baja o nula probabilidad de

contacto intergrupal, y cuya función es acortar la distancia física entre estratos sociales a la vez que promueven la segregación a escala reducida.

Asimismo, la periferia norte y poniente en encuentran exentas de algún tipo de interacción, posicionándose como sitios exclusivos del sector de menores ingresos. En contraste, la periferia sur y oriente se muestran más heterogéneas, habiendo una serie de colonias en las que se percibe algún grado de interacción, aunque son más aquellas donde no coexisten grupos sociales altos y bajos. Al igual que sucede en la dimensión de disimilaridad y concentración, la interacción se degrada conforme se avanza hacia las periferias, demostrando que aún se mantiene la relación centro-periferia, pero se han comenzado a adoptar cualidades de la segregación contemporánea direccionadas hacia la descentralización de las élites y a la reducción en la escala del fenómeno.

Mapa 35. Índice de Interacción por ingreso. Tecomán-Armería.



Fuente: Elaboración propia.

Por otra parte, en la dimensión de centralidad, la situación de segregación residencial de la conurbación resulta bastante peculiar. Esto debido a que el área considerada como

centro urbano se ubica en la ciudad de Tecomán, al ser la mayor dotada en servicios, equipamientos e infraestructura. En este sentido, todas las colonias pertenecientes a Armería quedan ubicadas a gran distancia de esta zona, afectando directamente en los resultados del índice. Así pues, el índice de centralidad que se deriva de aplicar la variable de nivel educativo es de 0.67, lo cual se traduce como una importancia inminente del centro urbano para la población de mayores recursos, buscando residir dentro o muy cerca del mismo, principalmente en la zona oriente y sur. Tal situación se evidencia al observar el patrón de distribución espacial de este grupo en la ciudad.

Al realizar el análisis partiendo de la variable ingreso, el índice se incrementa exponencialmente para alcanzar un valor de 1.31, indicando que la población de élite prioriza en demasía residir dentro de las inmediaciones del centro urbano, dinámica lógica si se considera que es el área que permite alcanzar un mejor nivel de vida. De esta forma, el patrón de centralidad que se configura deja entender que sólo una muy baja proporción de población acomodada reside fuera del perímetro del centro urbano, quienes tienden a ubicarse al norte, oriente o sur de la ciudad, y en casi nula proporción en Armería.

Para la dimensión de agrupamiento el índice tiene un valor de 0.99 en ambas variables, haciendo alusión a un panorama socioespacial en el que la población de altos y bajos recursos ocupa áreas específicas del territorio urbano, las cuales se encuentran agrupadas de forma similar en la conurbación. Es decir, las colonias en las que reside la élite se encuentran próximas a otras colonias que contienen población de similar nivel socioeconómico, y lo mismo sucede con el sector menos favorecido. En este caso, la colonia centro, y algunas aledañas a la misma, configuran el área de mayor poder adquisitivo, aunque hay algunas otras descentralizadas al oriente y sur en las que también reside el sector acomodado. Mientras que las periferias y toda Armería se caracterizan por contener a la población desfavorecida.

No obstante, sucede algo similar que en Colima-Villa de Álvarez, ya que al tener un valor un punto por debajo del 1, podría estarse llevando a cabo un acercamiento intergrupalo. Esto es, la distancia física entre los miembros de minorías y mayorías o entre las colonias que habitan unos y otros podría estar disminuyendo, lo cual afectaría directamente el comportamiento del patrón de segregación residencial en la conurbación. Sin embargo, para



conocer esta información se tendría que recurrir a otro tipo de análisis que no se contempla en el presente estudio.

### 1.3. Conurbación Manzanillo-El Colomo

En relación a las características educativas de la conurbación Manzanillo-El Colomo para el año 2000, la población con secundaria incompleta representaba el 5.09% respecto al total de la conurbación, mientras aquellos que carecían de instrucción un 5.68%, significando que el grado promedio de escolaridad es mayor que en Tecomán-Armería, pero se mantiene por debajo de Colima-Villa de Álvarez. Los porcentajes más altos pertenecen a la población con secundaria completa (16.04%), seguidos por quienes tienen primaria completa (14.46%) e instrucción media superior (11.81%).

Las cifras indican que los estratos superiores se mantienen concentrados en mayor proporción comparado con Colima-Villa de Álvarez, de forma que los niveles de segregación deberían mostrar una gradación que va de las bahías hacia las zonas urbanas más alejadas de las mismas. Próximo al Boulevard Miguel de la Madrid se establecerían áreas homogéneas de élite y en los sitios ubicados más allá de la Avenida Elías Zamora Verduzco áreas homogéneas en pobreza, creándose un área central donde la segregación residencial tendería a demostrar cierta heterogeneidad.

El grupo mayoritario construido para la aplicación de los índices de segregación residencial lo constituye el 64.60% de la población de la zona conurbada. En cambio, el grupo minoritario, se conforma por el 6.33% y, en conjunto, ambos grupos representan el 70.93% de la población de Manzanillo-El Colomo (ver Tabla 20). Hasta ahora, es el único caso en el que se supera el 70.00% de la población urbana.

Tabla 20. Características educativas de los grupos de población en el 2000.

<b>Indicador</b>	<b>Habitantes</b>	<b>% respecto al total de población<sup>41</sup></b>
Población de 15 años y más sin instrucción.	5,949	5.68
Población de 15 años y más con primaria incompleta.	12,080	11.53

<sup>41</sup> Porcentaje de habitantes y su nivel de instrucción respecto al total de habitantes en la conurbación.

Población de 15 años y más con primaria completa.	15,153	14.46
Población de 15 años y más con secundaria incompleta.	5,329	5.09
Población de 15 años y más con secundaria completa.	16,805	16.04
Población de 18 años y más con instrucción media superior.	12,380	11.81
Población de 18 años y más con instrucción superior.	6,634	6.33

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

En cuanto a la economía, las actividades principales son el comercio, la industria y el turismo, en vista de que las cualidades de la ciudad permiten obtener el máximo beneficio de las mismas. A diferencia de Tecomán-Armería, no se tiene un suelo apropiado para el desarrollo de la agricultura, pero sí para la ganadería, siendo uno de los medios de ingreso más importantes para las localidades rurales aledañas.

Continuando con la década del 2000, la distribución del ingreso evidenció que la población con más de 10 salarios mínimos mensuales era del 1.66%, lo que hace alusión a un grupo pequeño de gran capacidad económica. El grupo más amplio es el de personas con 2 a 5 salarios mínimos mensuales de ingreso, representando el 18.26% de la población conurbada, y es seguido sólo por quienes reciben de 1 a 2 salarios mínimos mensuales de ingreso con el 11.70%. Estos datos exponen que las condiciones económicas de Manzanillo-El Colomo no son del todo malas, pues apenas el 5.49% de la población no percibe ningún ingreso o recibe menos de un salario mínimo mensual por su trabajo (ver Tabla 21).

Tabla 21. Características de ingreso de los grupos de población en el 2000.

<b>Indicador</b>	<b>Habitantes</b>	<b>% respecto al total de población<sup>42</sup></b>
Población ocupada que no recibe ingreso por trabajo.	2,250	2.15
Población ocupada que recibe menos de un salario mínimo mensual de ingreso por trabajo.	3,497	3.34
Población ocupada que recibe 1 y hasta 2 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	12,263	11.70

<sup>42</sup> Porcentaje de habitantes y su nivel de ingreso respecto al total de habitantes en la conurbación.

Población ocupada con más de 2 y hasta 5 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	19,135	18.26
Población ocupada que recibe más de 5 y hasta 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	4,440	4.24
Población ocupada que recibe más de 10 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo.	1,743	1.66

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

El grupo minoritario que se constituyó para determinar el grado de segregación residencial se compone por el 1.66% de la población, en tanto el grupo mayoritario abarca el 39.68%. Sumados, ambos grupos representan el 41.35% de la población y, al igual que sucede con el nivel de instrucción, es la única conurbación cuyos grupos de población, de acuerdo al ingreso, rebasan el 40.00% del total de habitantes, característica positiva para el cálculo de los índices de segregación.

Ahora, se procederá al análisis de las diferentes dinámicas de organización socioespacial que exponen los grupos de población en la zona conurbada de Manzanillo-El Colomo, en función de los índices de segregación resultantes para cada dimensión del fenómeno y de acuerdo a las variables de nivel educativo y de ingreso. Esta actividad posibilita el posterior establecimiento de relaciones entre los patrones de segregación que demuestra la conurbación en cuestión, así como con los patrones segregativos de los otros casos de estudio y de ciudades contemporáneas de mayor tamaño.

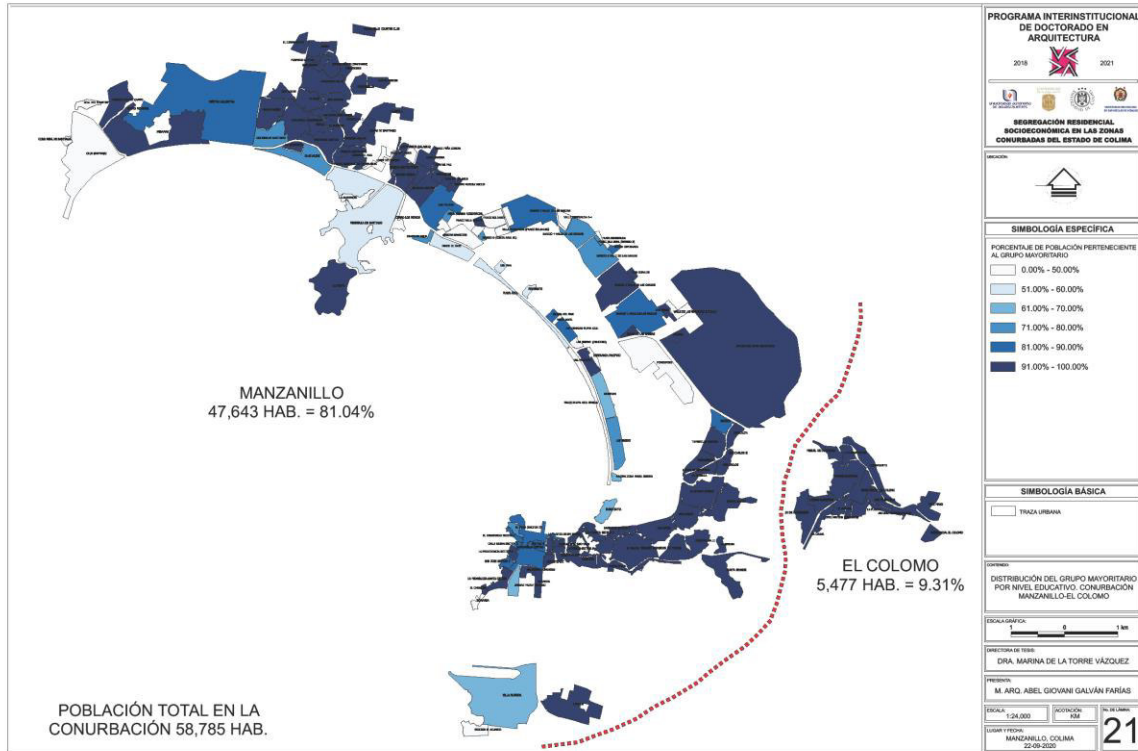
### *1.3.1. Análisis de distribución de grupos*

Manzanillo-El Colomo es un caso particular, en el que su situación de conurbación no se corresponde con la unión física de dos municipios, sino que se trata de un municipio y una localidad urbana. Además, es una ciudad de carácter costero, habiendo una diversidad de usos de suelo y actividades económicas que promueven dinámicas socioespaciales con características específicas que la diferencian de otras conurbaciones. Partiendo del nivel educativo, la población que forma parte del grupo mayoritario en la conurbación representa el 90.35%, de los cuales 81.04% se ubican en Manzanillo y 9.31% en El Colomo (ver Mapa 36).

De forma general, este sector de la población tiende a localizarse en las áreas más alejadas de la costa, principalmente al norte, oriente y sur, lo que podría considerarse como las periferias de la ciudad. Se aprecia una alta concentración del grupo mayoritario en la franja que se crea entre la zona industrial de Tapeixtles y la colonia centro de Manzanillo, situación que podría explicarse en concordancia con la cercanía que tienen estas colonias con el puerto interior, una de las principales fuentes de empleo en la ciudad. Asimismo, El Colomo tiene una fuerte presencia de este grupo, observándose algún grado de desventaja en su proceso de integración a la dinámica urbana, ya que éste no ha sido natural. Es decir, la localidad se ha utilizado como área de apoyo a las actividades portuarias forzando la transformación de suelo rural a urbano, situación que ha detonado modificaciones en la dinámica social, emplazándose como área de concentración de población de escasos recursos.

La concentración del grupo mayoritario se degrada al avanzar hacia las áreas cercanas a la costa, haciendo posible referenciar que se crea un patrón socioespacial costa-periferia. Es natural que las colonias próximas a la costa sean ocupadas por la población más acomodada, pues son las más atractivas y de mayor plusvalía, mientras que el sector menos acomodado es obligado a buscar opciones habitacionales acordes a sus posibilidades, optando por ocupar fraccionamientos de interés social al norte de Manzanillo.

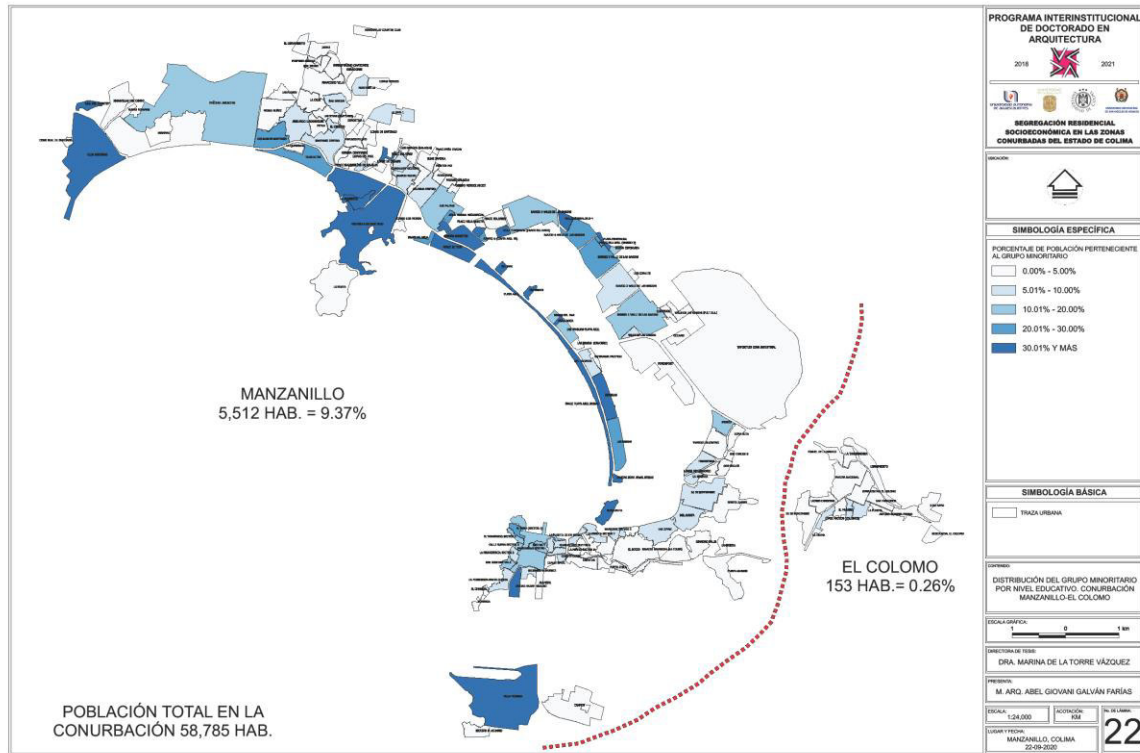
Mapa 36. Distribución del grupo mayoritario por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo.



Fuente: Elaboración propia.

Por otra parte, el patrón de organización socioespacial del grupo minoritario es inverso, evidenciando una alta ocupación de este sector de la población en las zonas más próximas a las costas de Santiago y Las Brisas. En cambio, las periferias tienen una baja presencia de personas con nivel educativo alto, las cuales representan el 9.63% de la población total de la conurbación, construyéndose un modelo socioespacial más heterogéneo. En Manzanillo se concentra el 9.37% de este grupo, creándose cierta homogeneidad en la zona costera, mientras que El Colomo reúne sólo al 0.26%, privilegiando las colonias López Mateos y La Playita para residir, generándose un patrón socioespacial más definido (ver Mapa 37).

Mapa 37. Distribución del grupo minoritario por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo.



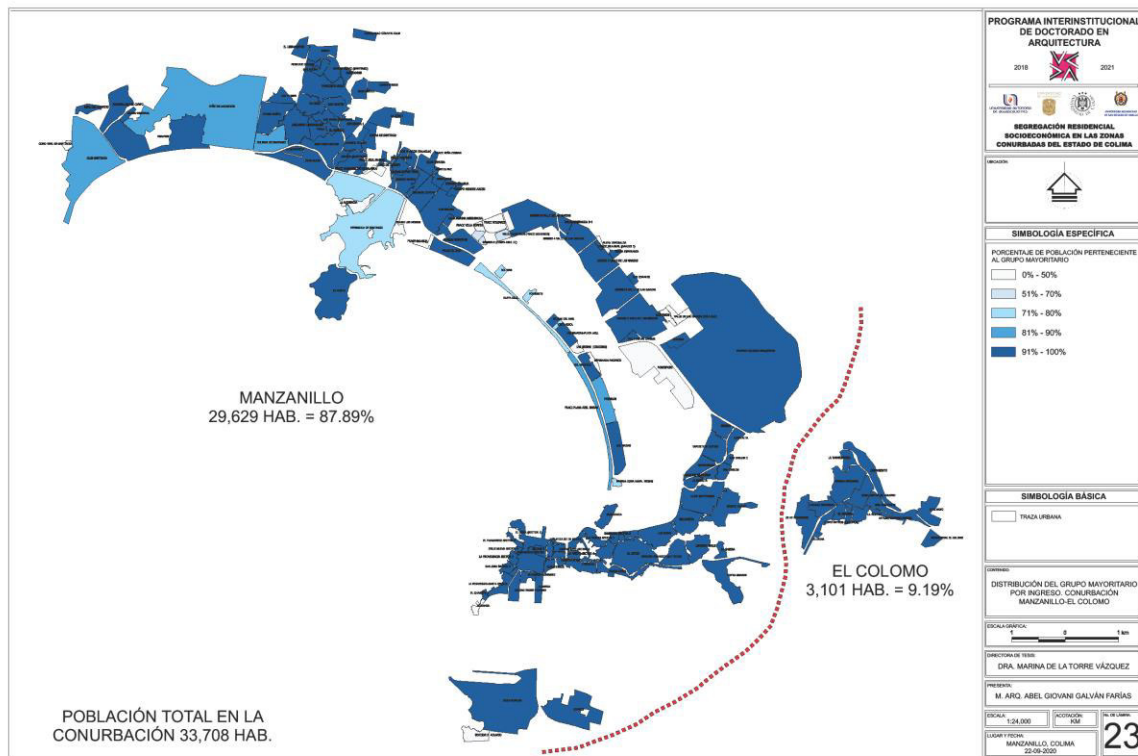
Fuente: Elaboración propia.

Algunas colonias pertenecientes a las zonas medias, entendidas como aquellas que se ubican entre la costa y la periferia, presentan proporciones considerables del sector más acomodado, tal es el caso de Real del Country, Fraccionamiento Delfines, Garzas Gaviotas y Villa Flamingos. Esto da cuenta de la degradación social que hay conforme se avanza hacia la periferia, así como del interés compartido de la sociedad por intentar ocupar áreas donde los usos de suelo son más diversos, y por consiguiente hay mayores ofertas de empleo, servicios y equipamientos. Este modelo de organización de la sociedad en el espacio urbano ha sido promovido en parte por el estado, al aprobar la apertura de múltiples fraccionamientos en formato cerrado dirigidos al sector acomodado de la población.

Ahora bien, bajo la perspectiva del nivel de ingreso, la distribución socioespacial de la población se modifica, trazando dos grandes áreas urbanas (costa y periferia) caracterizadas por contener un tipo específico de población, situación que tiene un aporte significativo para la segregación volviéndola más crítica. El grupo mayoritario, que en este

caso representa el 97.08% de la población en la conurbación, demuestra una ocupación homogénea en las periferias y zonas medias de la ciudad, habiendo una disminución del mismo en las colonias más cercanas a la costa, como Playa Azul, Península de Santiago, La Audiencia, Colinas de Santiago, Peñitas Lagunitas y Club Santiago (ver Mapa 38).

Mapa 38. Distribución del grupo mayoritario por ingreso. Manzanillo-El Colomo.



Fuente: Elaboración propia.

El 87.89% de la población mayoritaria se ubica en Manzanillo y el 9.19% lo hace en El Colomo. En esta última localidad urbana más del 90.00% de la población pertenece al grupo de menores recursos, configurando un panorama socioespacial más homogéneo que el que demuestra Manzanillo. En general, el norte de la conurbación se consolida como la zona de desarrollo de vivienda de interés social financiada por organismos federales como Infonavit y Fovissste, e incluso de autoconstrucción. En consecuencia, es donde se genera la mayor densidad de población de menor nivel económico, situación que ocasiona una homogeneidad superior de los usos de suelo.

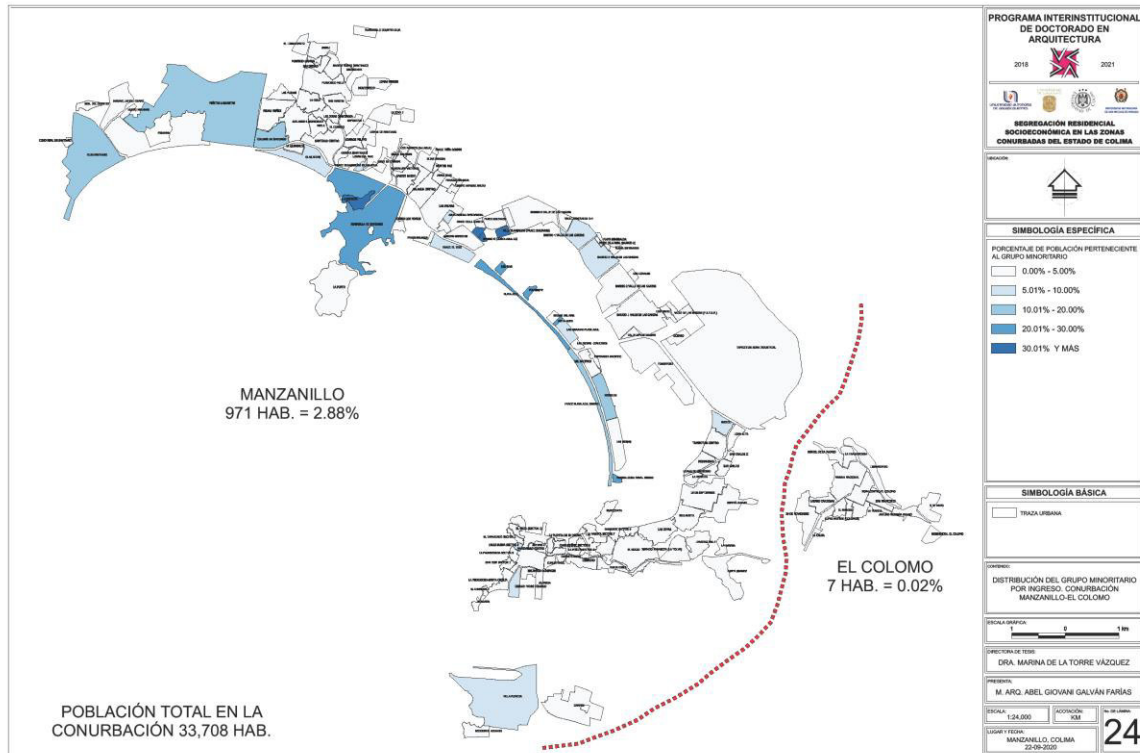
Las zonas medias, aunque también demuestran ser altamente habitadas por el sector de medianos y bajos recursos, conservan una diversidad de usos mayor, y son altamente valoradas por la población al permitir un acceso rápido a los destinos servicios y fuentes de empleo que ofrece el área conurbada, tal es el caso de Villa Flamingos y Barrio 3, 4 y 6 en el Valle de las Garzas. Este tipo de colonias son la transición entre la zona de mayor prestigio y la más desvalorizada, sirviendo como nexo entre ambas y articulando las distintas dinámicas funcionales y espaciales que tienen lugar en la ciudad.

Por su parte, el grupo minoritario se encuentra concentrado en toda la zona costera de Manzanillo, principalmente en las colonias Del Pacífico, Playa Azul, Península de Santiago, La Audiencia, Olas Altas, Colinas de Santiago, Peñitas Lagunitas y Club Santiago, así como en algunas colonias cercanas a la zona centro, como son Indeco y Villa Florida. Este sector representa el 2.90% de la población total en la conurbación, distribuyéndose el 2.88% en Manzanillo y el 0.02% en El Colomo (ver Mapa 39). A partir del nivel de ingreso, la proporción del grupo correspondiente a las minorías mejor acomodadas disminuye drásticamente, teniendo como resultado una concentración superior en áreas particulares de la ciudad, principalmente en la costa, así como una ligera presencia en zonas periféricas (Barrio 3 y 4 en el Valle de las Garzas), abonando al fenómeno de la segregación y exhibiendo un panorama socioespacial dividido.

Este primer acercamiento a los patrones socioespaciales de la conurbación Manzanillo-El Colomo, de acuerdo a las características educativas y de ingreso de sus habitantes, permite distinguir tres áreas urbanas que se encuentran articuladas. La primera se refiere a las zonas costeras, que son privilegiadas por el sector de altos recursos, y es aquí donde se desarrolla la mayor parte de las actividades productivas que sostienen económicamente a la ciudad, hotelería, turismo, comercio, exportación, etc. La segunda son las colonias intermedias, que funcionan como nexo entre los estratos más altos y los más bajos de la sociedad, a la vez que forman parte de las actividades económicas, como el comercio y el turismo. Y la tercera hace alusión a las periferias, las zonas más alejadas de la costa que congregan a la población de menor capacidad económica en la conurbación.



Mapa 39. Distribución del grupo minoritario por ingreso. Manzanillo-El Colomo.



Fuente: Elaboración propia.

Esta forma de organización socioespacial tiene que ver con las características propias de la conurbación, ya que al tratarse de una ciudad de carácter portuario las mayores oportunidades laborales se concentran en las áreas costeras, las cuales son acaparadas por las élites tanto habitacional como productivamente. De esta forma, la degradación social de estratos sucede al alejarse de la costa, orillando a los más desfavorecidos a formar parte de dos realidades en su vida cotidiana, es decir, un estilo de vida lleno de carencias en constante contacto con la opulencia.

Manzanillo-El Colomo es quizá el caso más evidente de distanciamiento social y espacial como consecuencia de su modo operativo, sin quedar libre de la aparición de modelos habitacionales en formato cerrado que promueven el acercamiento físico intergrupal, así como la reducción de la escala de la segregación. Esta situación será abordada con mayor profundidad en el siguiente apartado, donde se exponen los índices de segregación y los patrones socioespaciales que se construyen para cada una de las dimensiones del

fenómeno, los cuales probablemente se verán afectados por las dinámicas productivas y la morfología urbana de la conurbación.

### *1.3.2. Análisis de índices y patrones de segregación*

En Manzanillo-El Colomo la separación espacial de los habitantes se produce a gran escala, demostrando que desde la década del 2000 se comenzaban a tener niveles elevados de segregación. Es decir, para las dimensiones de uniformidad y concentración los valores superan el 0.40, cifra que indica un grado segregativo preocupante para una ciudad, más si se considera que es de tipo medio. Sin embargo, al igual que sucede en Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, comienza a generarse una mixtura social en el espacio urbano que termina por acortar la distancia física entre estratos sociales diferenciados, obligando una disminución en la escala de análisis de la segregación para lograr entender de forma más amplia las dinámicas socioespaciales en el territorio.

Desde la perspectiva del nivel educativo, los índices de segregación que resultan para cada una de las cinco dimensiones analizadas son elevados, aunque en menor medida que aplicando la variable ingreso. La disimilitud (D) es de 0.43, lo cual se corresponde con una diferenciación entre las proporciones de los grupos de altos y bajos recursos que residen en las colonias, considerando su representación en la ciudad. Asimismo, el índice de concentración (DEL) es de 0.42, indicando que existe una dinámica socioespacial en la que las minorías se encuentran altamente concentradas en zonas específicas del territorio urbano, que en este caso se trata de colonias próximas a la costa, teniendo un aporte relevante para la reproducción de la segregación residencial (ver Tabla 22).

Para el índice de interacción (xPy) el valor es de 0.77, expresando un 77.00% de posibilidades de que un miembro de las minorías comparta la misma subunidad espacial que un miembro de las mayorías. La aparente positividad de este índice se debe a la diferencia tan marcada que hay entre las proporciones de cada grupo, indicando que hay coexistencia de estratos en algunas áreas de la conurbación, más no está implícito que esa cercanía promueve el desarrollo de la actividad social entre los individuos. No obstante, al ser más reducido el grupo de altos recursos, la posibilidad de encuentro de una persona perteneciente a la mayoría con una de la minoría decrece.

Por su parte, el índice de centralidad relativa (RCE) es de -5.19, advirtiendo que no hay un interés de las minorías por habitar en lo que se considera la zona centro de la conurbación. En este caso, el resultado de esta dimensión de la segregación se ve afectado directamente por la morfología de la ciudad, al igual que por su vocación productiva. Es decir, la zona centro de Manzanillo se trata de una colonia distanciada del área productiva de la ciudad (el puerto interior, hotelería, comercio, turismo, etc.), ubicada al sur de la misma. Sus condiciones sociales y urbanas son deficientes, presentando situaciones de vandalismo, hacinamiento y carencia constante de servicios básicos, como agua potable, lo cual ocasiona un bajo o nulo interés del sector acomodado por residir ahí.

Finalmente, el índice de proximidad espacial (SP) es de 0.99, valor que se relaciona con un agrupamiento similar de las subunidades espaciales que habita cada estrato social. Es decir, las colonias ocupadas por miembros de las minorías se encuentran próximas unas a otras, y lo mismo sucede con las áreas urbanas en las que reside el grupo contrario. De esta forma, se genera una fragmentación social que puede observarse en el conjunto de la ciudad, generando amplias superficies en condición de homogeneidad habitadas por las minorías, situación que se corresponde con la dinámica económica de la conurbación.

Ahora bien, al segmentar a la población de acuerdo a sus ingresos, el panorama segregativo se torna más agudo en algunas de sus dimensiones. La disimilitud (D) aumenta a 0.57, lo que supone una diferencia superior en la proporción de los grupos sociales en las colonias y su representación en la conurbación; la concentración (DEL) se mantiene en 0.42, continuando con el mismo panorama socioespacial en el que la densidad de las minorías es superior en las zonas costeras que en las periferias, donde tienen un bajo porcentaje de ocupación; y el índice de interacción ( $xPy$ ) se eleva a 0.84, exhibiendo una mayor probabilidad (84.00%) de encuentro espacial entre la minoría y la mayoría como consecuencia de la disminución de la representación de las élites en la conurbación. Sin embargo, el resultado de este último índice se asocia más con una concentración superior del sector acomodado, que con la posibilidad de contacto hacía con el grupo de menores recursos.

Por otra parte, el índice de centralidad relativa (RCE) disminuye a -3.19, significando que las minorías prefieren residir en áreas alejadas del centro urbano, aunque en un grado menor que al aplicar la variable educativa, las cuales suponen mayores beneficios sociales,

urbanos, económicos y de otro tipo. Por último, el índice de proximidad espacial (SP) se mantiene en 0.99, exponiendo un panorama similar de agrupación pronunciada de las subunidades espaciales habitadas por la minoría, situación que habla de la evidente concentración que existe en la zona de estudio.

Tabla 22. Índices de segregación, conurbación Manzanillo-El Colomo.

<i>Conurbación</i>	<b>Población</b>	<b>D</b>	<b>DEL</b>	<b>xPy</b>	<b>RCE</b>	<b>SP</b>
<b>Manzanillo - El Colomo</b>						
<i>Ingreso</i>	33,708	0.578	0.424	0.84	-3.19	0.997
<i>Educación</i>	58,785	0.433	0.426	0.77	-5.19	0.994

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2000).

Como se puede apreciar, el grado de segregación resulta más agresivo al cambiar la variable de referencia. Esta situación se debe a la diferencia entre las proporciones de cada grupo que se producen al segmentar a la población de la conurbación, teniendo un grupo minoritario bastante reducido ante un grupo mayoritario que representa más del 95.00% del total de los habitantes. A pesar de esto, los resultados de ambas variables se refieren a un panorama segregativo de magnitud preocupante para una ciudad media, en el que la diferenciación socioespacial existe a gran y pequeña escala.

A partir de esta primera contextualización de los índices de segregación que presenta la ciudad de Manzanillo-El Colomo y con una idea más sólida de las dinámicas socioespaciales que aquí suceden, se procede al análisis de los mismos representados en forma gráfica. El objetivo es construir, verificar y comparar los diversos patrones de segregación residencial que resultan en cada dimensión del fenómeno, y de acuerdo a ambas variables implementadas, dilucidando en qué condiciones se tienen panoramas segregativos de mayor impacto para el territorio urbano y la sociedad de esta zona conurbada.

Desde la perspectiva del nivel educativo, el índice de disimilitud (D) es de 43.32% en el área conurbada, de los cuales 39.52% son aportados por Manzanillo y 3.80% por El Colomo (ver Mapa 40). Manzanillo tiene una contribución superior para la segregación, en la dimensión de uniformidad, al ser el sitio en el que se concentra la mayor cantidad de población y donde las diferencias sociales son más evidentes. Por su parte, El Colomo aporta

significativamente al fenómeno socioespacial al consolidarse como una localidad homogénea socialmente, en la que habita una alta proporción de población de escasos recursos. Esa condición de homogeneidad social, acompañada de aislamiento físico, deriva de su forma de integración asimétrica en la dinámica urbana de la conurbación, funcionando como área de apoyo para las actividades económicas, principalmente portuarias, y de residencia para el sector poblacional menos favorecido, quienes se trasladan diariamente a Manzanillo para desempeñar alguna labor.

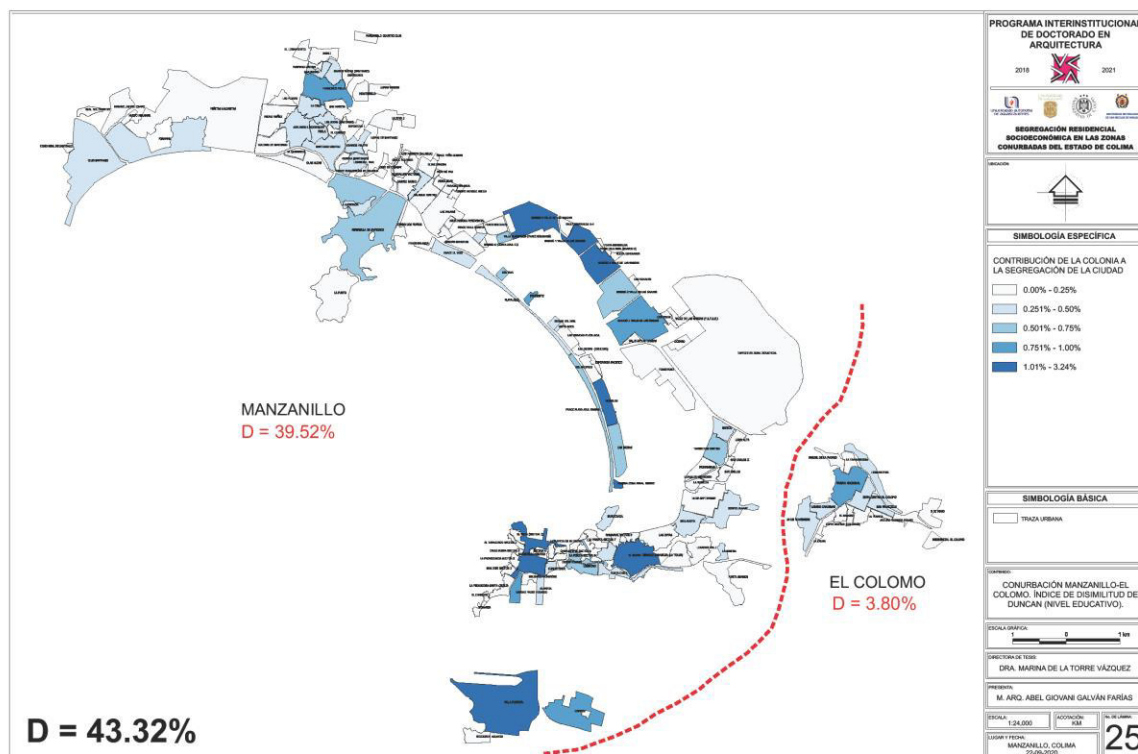
Los niveles más altos de disimilitud se tienen en zonas periféricas de la conurbación, como es el caso de Valle de las Garzas (barrio 1, 2, 3 ,4 y 5), Francisco Villa, Villa Florida, Campos, El Roció y la zona centro de Manzanillo, así como en unas pocas colonias cercanas a la costa, entre las que sobresalen Morelos, Marina Zona Naval Brisas, Fovissste y Península de Santiago. En las primeras, el elevado grado de segregación está relacionado con la alta densidad de población perteneciente al sector menor favorecido, mientras que en las segundas la situación es inversa, habiendo una proporción considerable de población de élite, la cual rebasa su porcentaje promedio de representación en la ciudad.

No obstante, en Villa Florida y Campos el proceso segregativo es peculiar, debido a que se trata de colonias con una alta presencia de población mayoritaria en las que también habita un porcentaje considerable de la minoría, principalmente trabajadores de la termoeléctrica concentrados en un conjunto de viviendas propiedad de la compañía de Comisión Federal de Electricidad (CFE), provocando que el índice de disimilitud incremente a consecuencia del contraste socioeconómico. Asimismo, El Colomo observado como localidad independiente, evidencia un patrón segregativo de centro-periferia, en el que la escasa población acomodada reside en la zona central, y las periferias son habitadas por el sector de menores oportunidades, provocando que la disimilitud decrezca al haber más distancia hacia el centro urbano.

En general, el patrón segregativo de la conurbación conserva tres particularidades. La primera, que el sector de élite tiende a residir en las áreas más próximas a la costa, las cuales suponen beneficios económicos, sociales, urbanos y habitacionales al concentrar la mayor diversidad de usos, elevando la densidad de este tipo de población y causando su desproporcionamiento en relación con su representación en el conjunto de la ciudad,

apoyando un modelo socioespacial fragmentado con áreas definidas para cada grupo poblacional. La segunda, que las zonas medias son ocupadas por proporciones similares a las que se tienen a nivel conurbación de los grupos de alto y bajo nivel educativo, generando la disminución del grado de segregación. Y la tercera, que las periferias son ocupadas en mayor proporción por la población menos acomodada, elevando los niveles de segregación a la vez que se construye un patrón de segregación costa-periferia.

Mapa 40. Índice de Disimilitud por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo.

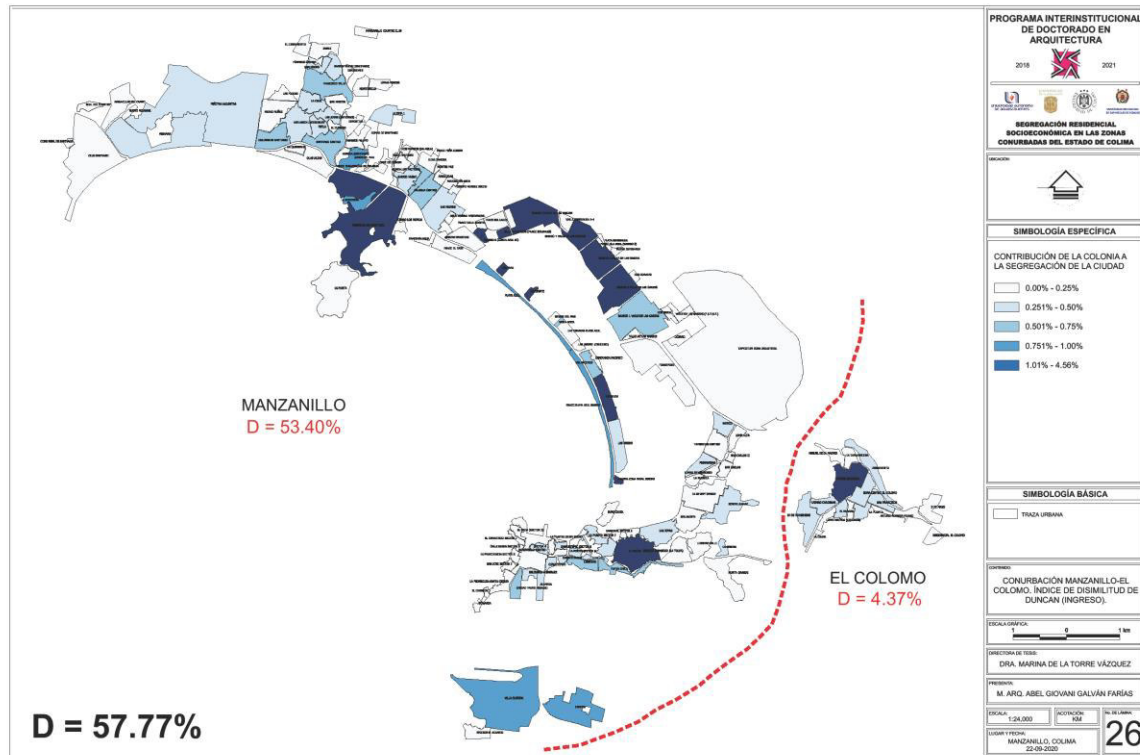


Fuente: Elaboración propia.

Ahora bien, al analizar la disimilitud (D) considerando el nivel de ingreso, el valor aumenta a 57.77% en la zona conurbada, correspondiendo el 53.40% a la ciudad de Manzanillo y el 4.37% a la localidad de El Colomo (ver Mapa 41). El patrón de segregación resulta muy similar al anterior, aunque demuestra un panorama socioespacial más crítico. Las zonas costeras y periféricas continúan presentando la mayor disimilitud, condición que se atenúa en las colonias ubicadas en la zona media de la ciudad donde se puede apreciar cierta homogeneidad. El incremento en el nivel de segregación se relaciona con la baja

proporción de habitantes del sector de élite que resulta al segmentar la población de acuerdo al ingreso, ya que pasa de representar un 9.65% (considerando la variable educación) a un 2.90% de la población total de la conurbación.

Mapa 41. Índice de Disimilitud por ingreso. Manzanillo-El Colomo.

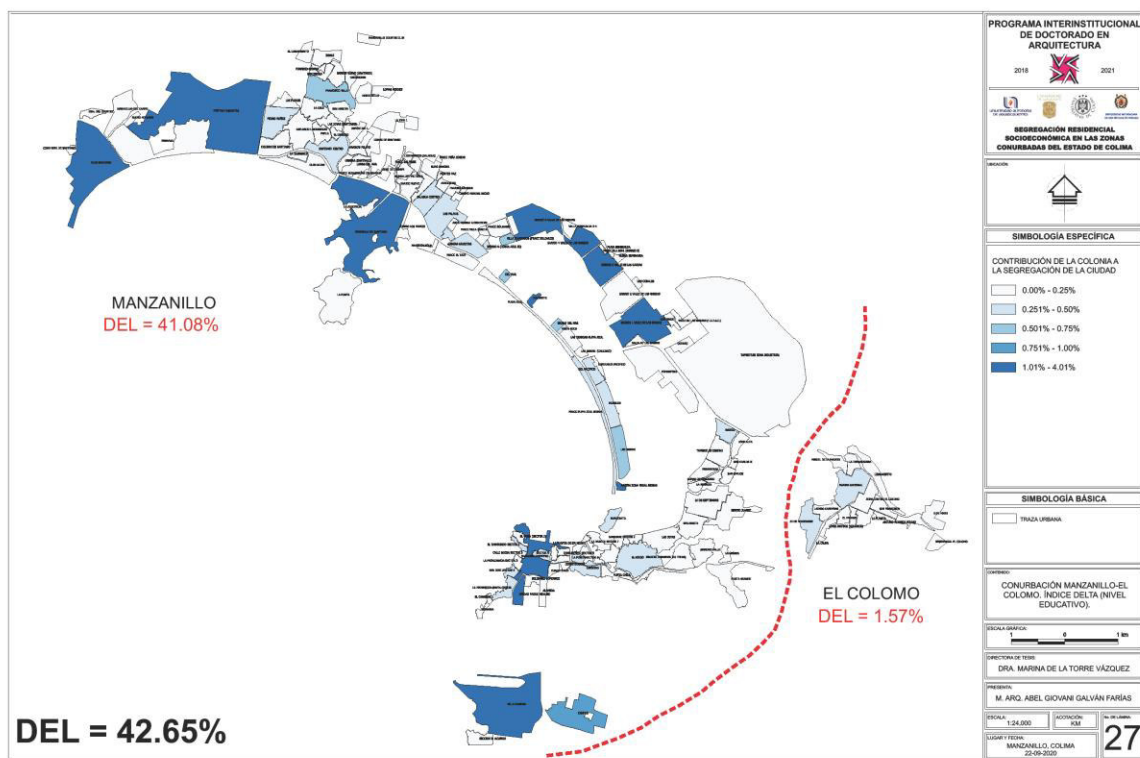


Fuente: Elaboración propia.

Un aspecto relevante es que el nivel de segregación se ve potenciado en las periferias debido a la alta concentración de las mayorías, mientras que en las colonias cercanas a la costa se vincula con la sobrerrepresentación de las minorías, habiendo un equilibrio de ambas condiciones al aproximarse a la zona media. De esta forma, las tres grandes zonas de la conurbación están claramente definidas físicamente, pudiendo delimitar una cuarta que abarca la franja entre Tapeixtles Zona Industrial y Manzanillo Centro, exhibiendo una baja disimilitud. Sin embargo, todas se articulan en lo social para permitir el funcionamiento de la ciudad, ya que por su vocación productiva depende en gran medida de la población del sector popular.

Por otra parte, el índice delta (DEL) calculado de acuerdo al nivel de educación, es de 42.65%, aportando 41.08% Manzanillo y 1.57% El Colomo. El patrón socioespacial que se crea es heterogéneo, habiendo colonias distribuidas en la zona norte, centro y sur de la conurbación en las que la concentración de las minorías es elevada, con tendencia hacia la ocupación de zonas costeras (ver Mapa 42). Club Santiago, Peñitas Lagunitas y Península de Santiago son colonias en las que no es de extrañar que la densidad del grupo minoritario sea elevada, pues son áreas reconocidas por contener población acomodada.

Mapa 42. Índice Delta por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo.



Fuente: Elaboración propia.

No obstante, el alto nivel de concentración en la zona correspondiente al Valle de las Garzas y Manzanillo Centro sí resulta anómalo. Dicha situación puede explicarse en relación a la poca distancia que hay entre estas áreas habitacionales y la zona industrial de la ciudad, ocasionando que parte de las minorías mejor posicionadas dedicadas a este sector productivo se agrupen en colonias de menor prestigio privilegiando la cercanía hacia sus centros de



trabajo. Algo similar sucede con Villa Florida y Campos, en donde existe población acomodada debido al emplazamiento de la termoeléctrica, su principal fuente de empleo.

Estas dinámicas socioespaciales, asociadas a la cuestión laboral, promueven el acercamiento de grupos sociales diferenciados, y por consiguiente la segregación residencial, ocasionando la búsqueda de pares por parte los grupos para crear agrupaciones residenciales homogéneas. Para la zona costera, que recorre todo el norte y centro de la conurbación, los altos niveles de concentración están más relacionados con la presencia de fraccionamientos residenciales específicos para la élite, algunos en formato cerrado, los cuales interactúan constantemente con otras subunidades espaciales en las que predominan actividades turísticas, hoteleras y comerciales.

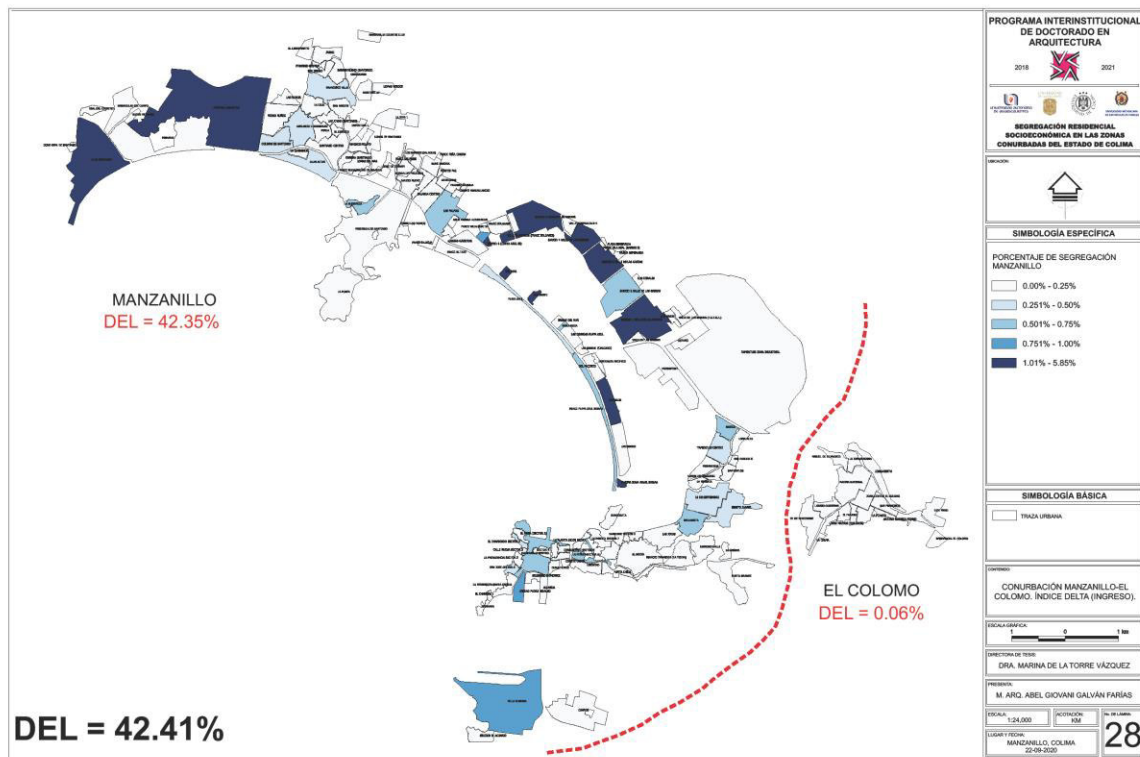
Si se observa esta dimensión de la concentración dividiendo a la población por su nivel de ingreso, el valor del índice delta (DEL) disminuye mínimamente teniendo un 42.41%, de los cuales 42.35% son aportados por Manzanillo y 0.06% por El Colomo (ver Mapa 43). Al igual que sucede con el índice de disimilitud (D) el patrón socioespacial mantiene sus características, pero exhibe una situación de segregación más crítica relacionada con la violenta disminución de la proporción del grupo minoritario en la conurbación. Esto es, gran parte de las colonias próximas a la costa demuestran algún grado de concentración de las minorías, habiendo casos más acentuados como Club Santiago, Peñitas Lagunitas, Del Mar, Fovissste, Morelos y Marina Zona Naval Brisas.

En cambio, las periferias norte y oriente exponen una condición de homogeneidad, quedando casi la totalidad de las colonias libres de algún nivel de concentración minoritaria. Particularmente, la localidad de El Colomo, se muestra como una gran superficie en la que no existe concentración de las élites. Al sur de la conurbación, en la franja creada entre Tapeixtles Zona Industrial y Manzanillo Centro, la organización socioespacial adopta cierta heterogeneidad, habiendo algunas colonias con grados de concentración significativos como Indeco, Bella Vista, La Peñita, Manzanillo Centro y Villa Florida.

En relación a la zona del Valle de las Garzas, la concentración de las elites sigue sobresaliendo a lo largo de cada uno de los barrios que la conforman, dando cuenta del interés que hay por habitar sus inmediaciones. Sin embargo, dicho interés, aunque tiene que ver más

con ventajas de otro tipo antes que sociales o urbanas, está generando una aproximación física intergrupala, reduciendo la escala con que ocurre la segregación en Manzanillo-El Colomo. El análisis de la dimensión de concentración, de acuerdo al nivel de ingreso de la sociedad, permite definir que la configuración urbana y productiva de la conurbación favorecen un esquema de segregación residencial en el que los espacios urbanos aislados y socialmente homogéneos son inevitables, y la ubicación geográfica de los mismos tiene un gran poder para caracterizar al tipo de población que los habita. Y aunque la interacción social sucede entre minorías y mayorías, no va más allá de una mera cuestión laboral.

Mapa 43. Índice Delta por ingreso. Manzanillo-El Colomo.



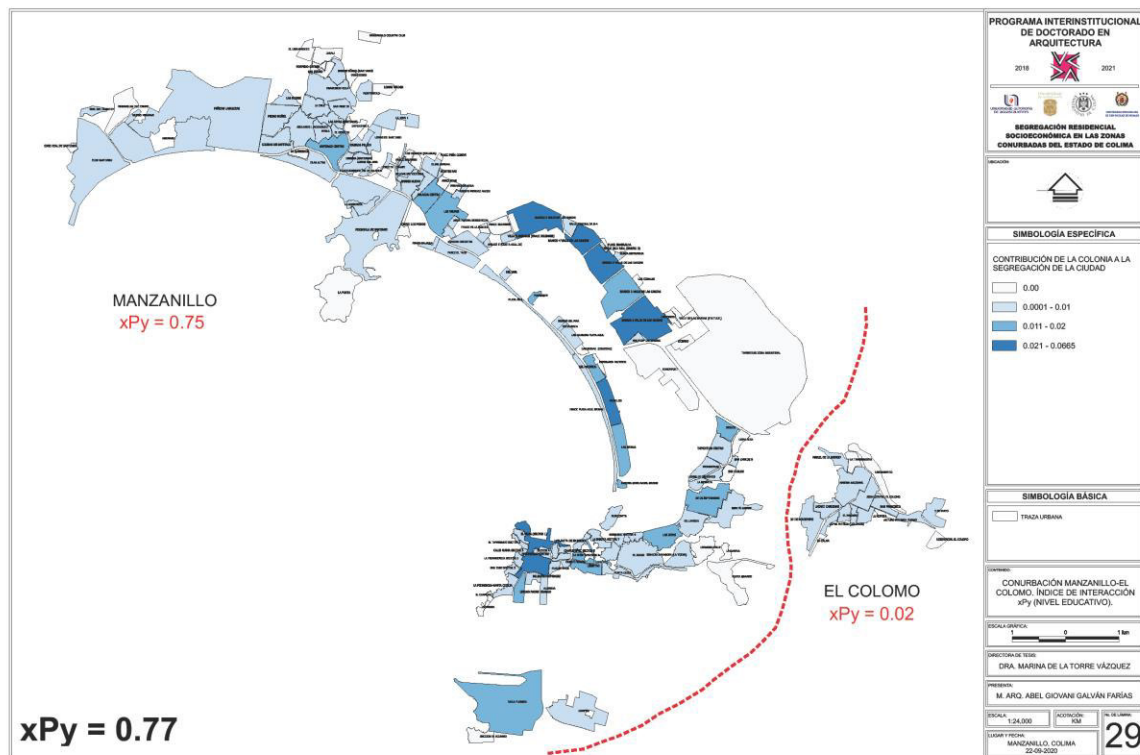
Fuente: Elaboración propia.

Respecto a la dimensión de interacción (xPy), y aplicada la variable de nivel educativo, el valor del índice es de 0.77 en la conurbación, significando que hay un 77.00% de posibilidades de que un individuo de la minoría comparta el mismo espacio geográfico que un miembro de la mayoría. Manzanillo aporta el 0.75 mientras que El Colomo el 0.02 del índice total en la zona conurbada, habiendo mayor oportunidad de encuentro para quienes

habitan en la primera ciudad y poniendo en evidencia el poco interés del sector de élite por residir en la segunda localidad (ver Mapa 44).

El patrón de segregación indica que la mayor posibilidad de interacción se tiene en las zonas del Valle de las Garzas y Manzanillo Centro, situación que se debe a la ligera superioridad en la representación del grupo minoritario respecto a otras áreas en la conurbación, así como a la alta densidad de población mayoritaria. Para la zona próxima a la costa, sólo hay un caso que sobresale por su alto grado de interacción, siendo la colonia Morelos, ubicada en la bahía de las brisas.

Mapa 44. Índice de Interacción por nivel educativo. Manzanillo-El Colomo.



Fuente: Elaboración propia.

En el resto de la conurbación la segregación por interacción se vuelve homogénea, tanto en la costa como en la periferia, teniendo una baja probabilidad de posible contacto espacial entre estratos relacionada con la baja o nula presencia de las minorías en las colonias, o lo que es igual, su alto grado de concentración en zonas específicas del territorio urbano. A excepción de algunas colonias al norponiente y sur de la misma, donde hay subunidades

territoriales con algún grado de interacción de mayor significación, por ejemplo, Santiago Centro, Salagua Centro y Las Palmas, ubicadas en la zona media; Fovissste, Del Mar y Las Brisas, en la costa; y Las Joyas, Libertad, La Peñita y Villa Florida, en la periferia. Particularmente, El Colomo presenta un patrón socioespacial homogéneo, en el que ninguna colonia demuestra un nivel considerable de segregación residencial.

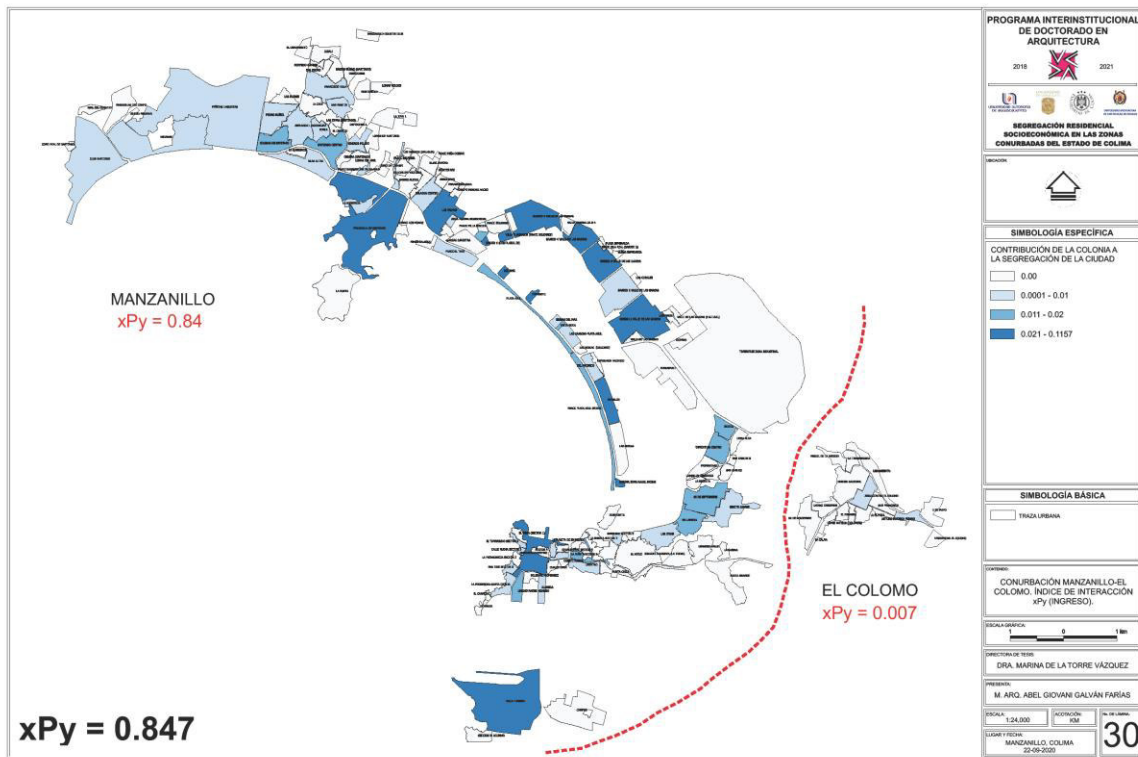
A partir del ingreso, el índice de interacción es más elevado, teniendo un 0.847 en la conurbación, lo que corresponde a un 84.70% de posibilidades de las minorías para encontrarse geográficamente con las mayorías. Manzanillo aporta el 0.84 y El Colomo el 0.007, confirmando lo cosmopolita que es la primera ciudad y la mínima cantidad de población acomodada que residen en la última localidad. El patrón de segregación no discrepa en demasía del anterior, aunque adopta determinadas singularidades, como el hecho de que la zona central (costa y periferia) de la conurbación concentra la mayor probabilidad de contacto intergrupales; se produce un decaimiento del grado de interacción en las colonias ubicadas al sur de la misma, así como en toda el área de El Colomo; y el panorama socioespacial demuestra ser más fragmentado (ver Mapa 45).

Tanto la variable educacional como el ingreso reflejan índices de segregación aparentemente positivos. En el primer caso, el patrón segregativo es más homogéneo, identificando algunas colonias específicas en las que la interacción es superior, mientras que, en el segundo, el área en la que se expresa la segregación se extiende, favoreciendo cierta heterogeneidad socioespacial. Sin embargo, el hecho de tener índices de interacción elevados no siempre tiene una interpretación positiva de la segregación, como es el caso de Manzanillo-El Colomo. Lo que sucede es que la interacción es elevada sólo en determinadas colonias, lo que habla de una mayor fragmentación social del espacio urbano a consecuencia de la alta concentración de las minorías en áreas específicas de la ciudad. En el resto de las colonias, la interacción alcanza apenas el mínimo grado de significación.

No obstante, en el área costera, la interacción sucede difícilmente debido al dominio que ejerce el sector de élite, acaparando estas zonas para residir y desarrollar actividades productivas, principalmente turismo y comercio. En las colonias medias y periféricas la posibilidad de contacto es superior, ya que la densidad poblacional de las mayorías es elevada al tratarse de sitios más accesibles para su condición económica, en algunos de los cuales las

minorías deciden residir al suponer ciertos beneficios, como la cercanía a las fuentes de empleo y el acceso a distintos servicios y equipamientos. Lo anterior da cuenta de la aproximación socioespacial que, desde la década del 2000, se hacía evidente en esta ciudad conurbada.

Mapa 45. Índice de Interacción por ingreso. Manzanillo-El Colomo.



Fuente: Elaboración propia.

Ahora bien, en la dimensión de centralidad el índice alcanza un valor de -5.19 al calcularlo a partir de la variable de nivel educativo, y se asocia con una dinámica socioespacial en la que hay un desinterés pronunciado por parte del sector de altos recursos de habitar en las inmediaciones del reconocido como centro urbano. De esta forma, se crean enclaves o áreas específicas en las que este tipo de población prefiere residir, compartiendo la característica de ubicarse a distancias considerables de la zona central de la conurbación, situación que aporta al fenómeno de la segregación residencial.

Esta forma de organización espacial de la población está relacionada, en parte, con las características morfológicas, funcionales y económicas de la ciudad ya que, como se ha

mencionado con anterioridad, se desarrolla por todo el borde costero y son fácilmente identificables las distintas actividades económicas que se llevan a cabo en cada zona de la misma, como comercio, industria, hotelería, turismo, entre otras. En este sentido, se genera un panorama segregativo en el que las elites deciden residir completamente fuera del centro urbano, incluso en colonias bastante alejadas del mismo, más cercanas a los sectores productivos, la costa (área de mayor plusvalía) o aquellos sitios que les brindan mayor cantidad de servicios, como es el caso de algunos fraccionamientos en formato cerrado.

Apoyado en la variable ingreso, el índice de centralidad disminuye a  $-3.19$ . A pesar de ser menor que el anterior, se sigue vinculando con la baja presencia de las élites en el centro urbano de la conurbación, construyéndose un patrón segregativo que refuerza el hecho de que el área costera y sus proximidades son los lugares que privilegian aquellos mejor posicionados económicamente. Así pues, la superficie del territorio urbano que ocupan las minorías es más delimitada si se considera el nivel de ingreso de los habitantes al observar el panorama de segregación residencial por centralidad, condición que reproduce el fenómeno al tener áreas específicas de la ciudad ocupadas por un sector específico de población.

Finalmente, en la dimensión de agrupamiento, el valor del índice es de  $0.99$  en ambas variables, indicando que las subunidades espaciales que cada uno de los grupos ocupada se agrupan de forma similar dentro de la conurbación, lo cual tiene incidencia en la reproducción de la segregación. Al igual que sucede en Colima-Villa de Álvarez y Tecomán-Armería, las minorías y mayorías buscan agruparse con sus semejantes, aunque los modelos de organización socioespacial de las tres conurbaciones sugieren una disminución de la distancia entre estratos diferenciados, habiendo colonias de élite que comienza a emplazarse en áreas cercanas a otras de menor nivel económico.

En manzanillo, las colonias cercanas al borde costero configuran el área en la que las minorías tienden a agruparse, desde la bahía de Santiago hasta la bahía de Las Brisas, zona caracterizada por su intensa actividad comercial y turística. Mientras que las mayorías se agrupan en colonias cercanas al centro urbano y aquellas más alejadas de la costa, hacia el interior de la conurbación y próximas a las zonas de corte industrial. El hecho de tener indicios de un acercamiento intergrupar es alentador ante los panoramas segregativos que enfrentan hoy en día muchas ciudades de mayor envergadura, ya que se podría explotar como

oportunidad para intentar integrar, a través de programas sociales y de vivienda, a los distintos grupos de población, con la finalidad de lograr construir una ciudad más equitativa halando en un sentido socioespacial.

Como se puede apreciar, cada una de las ciudades analizadas mantiene niveles y patrones de segregación residencial muy particulares, vinculados con su forma urbana y actividad económica principal, así como con el tamaño de los grupos de población para cada variable de aplicación. Sin embargo, es posible señalar algunos aspectos en los que los tres casos de estudio encuentran transversalidad, como el hecho de haber zonas específicas en las que la concentración del grupo de élite o de escasos recursos es elevada, la expresión a escala reducida de la segregación y la alta densidad de población menos acomodada en las periferias, por mencionar algunas.

Asimismo, se demuestran algunas tendencias comunes en relación a los grados o niveles de segregación. Por ejemplo, partiendo de la variable ingreso, en los tres casos se supera el 50.00% en disimilitud y la proximidad espacial es de 0.99, lo cual indica que hay un marcado desequilibrio en la forma de distribución espacial de los grupos de población y un agrupamiento similar de las zonas que ocupa cada grupo, con la ligera sospecha de estarse desarrollando un paulatino acortamiento de distancia entre éstos. No obstante, al cambiar de variable las semejanzas no se mantienen, al menos respecto a los índices, generándose escenarios segregativos que discrepan entre sí.

De esta forma, queda sustentada la importancia de tener un análisis particular, en primera instancia, de los datos obtenidos a partir de la estrategia de investigación previamente diseñada. Esto con la finalidad de observar las características específicas de las tres conurbaciones, tanto en su morfología urbana, vocación productiva y grupos de población, como en sus niveles y patrones de segregación, todo bajo una perspectiva multidimensional. Más esto es sólo la base para cumplir con el objetivo principal del proyecto de investigación, que comprende establecer las posibles relaciones y discrepancias, que ya se dejan entrever a lo largo del presente capítulo, entre las distintas acepciones de la segregación residencial en las ciudades conurbadas del estado de Colima, y los factores sociales y urbanos que pueden estar apoyando esas formas de expresión del fenómeno en el territorio y el impacto que significan para las ciudades y su población.